The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

863
M42m

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
JAN 08 1979	FEB 21 '79		
Form No. 513			

MUÑECOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

Ganarás el pan	24.000	ejemplares.
La Catorce	18.000	»
Corazones sin rumbo	46.000	»
Un grito en la noche	50.000	»
Irresponsables	30.000	»
El hombre de La Rosa Blanca. (Historia triste de una niña «bien»)	20.000	»
Una aventura demasiado fácil	20.000	»
El hombre que se reía del amor	30.000	»
Más allá del amor y de la vida	20.000	»

TEATRO

Teatro trágico. (Tercera edición.)
La vida es muy sencilla. Comedia en tres actos.
El infierno de aquí. Idem.
El deber. Comedia en dos actos. (En colaboración.)
La otra. Comedia en un acto. (Idem.)
En la boca del lobo. Drama en un acto.
La Goya. Drama en tres actos.
La sombra. Comedia en tres actos. (En colaboración.)
Uno menos. Drama en un acto.
El torrente. Comedia en cuatro actos.

VERSOS

Para ella y para ellas. 15.000 ejemplares.

PEDRO MATA

MUÑECOS

NOVELA

33 MILLAR

MICROFILMED BY THE UNC
LIBRARY PHOTOGRAPHIC SERVICE

MADRID
EDITORIAL PUEYO, S. L.
CALLE DEL ARENAL, 6
1926

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reservados todos los derechos de traducción, reproducción y adaptación.

Copyright by Pedro Mata. 1926.

Imprenta Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

A Rafael Sánchez Guerra.

184372

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/muecosnovela00mata_0

Esta novela, querido Rafael, no tiene protagonista. Es decir, sí le tiene, pero no se le ve. No sale a escena. Como el coro famoso de la tragedia clásica, él se entera de todo, en los momentos más culminantes de la acción permanece impasible, y después pone su comentario; pero, más cauto o más hipócrita, lo hace entre bastidores. Al público sólo llegan confusos y lejanos los rumores de las cosas que dice.

Como no hay protagonista, todas las restantes figuras son segundos papeles. Si a veces algunos parece que descuellan, otras en cambio se empequeñecen y se borran. Y todo ello sin motivo aparente. Conste, pues, la advertencia de que este es el motivo.

Muchas personas encontrarán acaso esta novela demasiado frívola, algo cruel y un poco desvergonzada. No es culpa mía. Yo no he hecho más, querido Rafael, que acomodarme al medio. Ya lo dijo Goethe: Cuando la época cambia, el arte cambia. El artista, como el insecto, toma el color de la planta en que vive.

Más lamentable que estas opiniones aisladas, que por reflejar un sentido burgués honesto y pulcro me-

recen toda clase de respetos, son los aspavientos farisaicos de algunos espíritus cucos que, teniendo obligación de velar por el arte, atienden, más que al arte, a las exigencias del estómago. Usted sabe con cuánto regocijo los hemos comentado y qué benévola conmiseración nos merecieron. Son tan graciosos, que no vale siquiera la pena de indignarse. Dios les aumente la cuquería y a usted y a mí nos libre de ella.

Muy cordialmente, muy sinceramente,

PEDRO MATA.

Madrid, agosto, 1919.

I

Un pequeño salón de recibir en casa del marqués de Alora; un hotel chiquitito y moderno que ha sido necesario edificar a toda prisa en la calle de Núñez de Balboa para sustituir al viejo caserón solariego de la calle de San Miguel, expropiado para la construcción de la Gran Vía. Aunque el marqués está constantemente lamentándose en público de esto que él llama despojo inicuo y atropello incalificable, lo cierto es que la tal expropiación ha sido para él un soberbio negocio, pues aparte de que ha obtenido por un edificio que, como todo el mundo sabe, se caía a pedazos, una indemnización tan cuantiosa que no sólo le ha permitido sufragar con largueza todos los gastos que ha originado el sustituto, sino que encima le ha quedado dinero; con el pretexto de acomodarse a las condiciones de la nueva casa, ha podido prescindir de muchos lujos superfluos y onerosos y someterse a un plan de economías que hubiera sido muy difícil de justificar en el viejo palacio. Se ha reducido la servidumbre, se ha suprimido la caballeriza, y con excusa de que no cabían o que por desentonar demasiado han tenido que enviarse a Ondárroa, han desaparecido algunos lienzos valiosos, muebles, armaduras, libros y otras joyas históricas y artísticas que constituían la riqueza tradicional de la Casa de Alora.

El saloncito en cuestión está amueblado sobria, sencilla y elegantemente con una sillería Luis XV de color de topo. Cubre el *parquet* un gran tapiz cuadrado, del mismo tono, con una ancha cenefa de hojas verdes; en las esquinas hay vitrinas doradas llenas de antigüedades, y colgante del techo una araña de cristal de Venecia. El salón comunica en el fondo con otros dos; en el de la izquierda se ve jugar al *bridge;* en el de la derecha, gente que toma te. Son las seis y media de la tarde de un martes; día de recepción.

El marqués de Alora está hablando con Germán Atienza y Carlos Monterrey. DON INOCENCIO MARÍA TEGERINA DE ALORA Y HERNÁN DE VILLAVICENCIO, MARQUÉS DE ALORA Y DE FULGÉN, grande de España, gentilhombre de S. M. con ejercicio y servidumbre y senador del Reino, acaba de cumplir cincuenta y siete años, aunque cualquiera al verle pensaría que ha pasado de los sesenta y cinco: tal está de aviejado. Es alto, enjuto, cetrino, nervioso; lleva barba blanca cuadrada y corta, rapada en las mejillas; la nariz enérgica, la mirada dura, las cejas muy pobladas y encarrujados los aladares grises. Viste de negro.

GERMÁN ATIENZA tiene veintiocho años. Es alto y gansarón, muy pálido, con los ojos almendrados y azules, los labios muy finos, los dedos muy largos y por bigote dos puntas de pincel. En toda su persona hay un gesto constante de cansancio, una actitud de criatura flácida, desmadejada y desvaída.

CARLOS MONTERREY es mayor, pero no se sabe con exactitud la edad que tiene. A los treinta y dos perdió la cuenta y desde entonces viene haciendo cuanto está en su mano para que los demás no la sospechen. Puede tener treinta y tres; puede tener treinta y ocho; acaso no sea una suposición disparatada aventurar que ha cumplido cuarenta. Va siempre limpio, pulcro, primorosamente afeitado, perfumado, pulido; viste muy bien, esclavo siempre de todos los detalles; tiene la cara tersa, el pelo lustroso, la mirada brillante, el gesto juvenil, actitudes elegantes y airosas; aspecto de hombre sano, complexión robusta de domador de fieras... o de mujeres.

El marqués de Alora.—Quiero, Carlitos, que juzgues desapasionadamente mis palabras y te des cuenta de que no hay ni puede haber en ellas el menor asomo de molestia para ti. Tú no puedes dudar de mi estimación personal.

Carlos.—Marqués, por Dios...

El marqués de Alora.—Lo sé, y por lo mismo me considero autorizado para hablarte con entera franqueza. Conoces mi criterio en estas cosas. Soy enemigo de presentaciones y de caras nuevas. Creo que el exceso de nuevas amistades sólo sirve para perjudicar la solidez de las que se cultivan. Será un criterio arcaico, pero es un criterio.

Carlos.—Que yo respeto y acato como todo lo de usted.

El marqués de Alora.—No hablemos más entonces. Dale a ese muchacho, que por lo demás y desde el momento que tú le garantizas debe ser una persona absolutamente honorable, la explicación que más le satisfaga y... perdóname este rasgo de sinceridad.

Carlos.—Yo soy quien debo pedirle a usted perdón por mi osadía.

El marqués de Alora.—Hasta luego, Carlitos. Hasta luego, Germán.

Germán.—Marqués, siempre a sus órdenes. *(Se va el marqués a la sala de «bridge» y Germán sigue hablando con Carlos.)* ¿Lo ves? Ya te lo dije: te has puesto en evidencia y, lo que es más lamentable, inútilmente y a sabiendas del resultado.

Carlos.—Pero, ¡qué iba a hacer! No tienes idea de lo pesado que se puso ese hombre. Cuidado que se lo dije: «Que tú no conoces a Alora... que no hay manera de entrar en esa casa... Mira que es un castillo cerrado... Mira que me van a dar un sofión...» No hubo modo de convencerle. Se le metió en la cabeza que eran pretextos míos, que era yo el que no le quería presentar.

Germán.—De todos modos no debiste arriesgarte. Estaba previsto el resultado.

Carlos.—Hombre, previsto... hasta cierto punto. Se trata de un secretario de Embajada.

Germán.—De Legación, no confundas. Si fuera de Embajada ya habría sido otra cosa. Tú te olvidas de

que en esta casa el cuerpo diplomático se reduce a las grandes potencias, como el ejército comienza en los tenientes generales y los políticos en ministros de la Corona. Para entrar aquí hay que ser primera jerarquía. Además, que en esto de las presentaciones Alora tiene, como él mismo confiesa, criterio cerrado. Le molestan las caras nuevas. ¿Cuándo has visto tú que aquí presenten a nadie?

CARLOS.—Hombre; el otro día presentaron a uno.

GERMÁN.—Sí, a Gabriel Heredia. ¡Y vas a comparar a Gabriel Heredia con el secretario de una Legación americana! Gabriel Heredia es primogénito de Grande de España, cinco veces Grande de España y poseedor de diez y siete títulos. Sus padres han comido aquí, sus abuelos han bailado aquí; se trata de una amistad de tres siglos consolidada con el prestigio de diez generaciones. Como tú y como yo. Porque supongo que no pretenderás que te admiten aquí porque eres un muchacho «bien» que juega al *bridge* y sabe dirigir un cotillón. No, hijito, no te hagas ilusiones. Con todas tus excelentes prendas personales, aunque tuvieras más millones que Rothschild, como fueses hijo de un almacenista de carbones no habrías podido pasar de la escalera.

CARLOS.—Lo cual no deja de ser una tontería.

GERMÁN.—¡Psss!... qué sé yo... A mí en el fondo me parece bien. Se está democratizando la vida de tal modo que hay que ensalzar estos últimos baluartes de la verdadera aristocracia. Si no fuera por ellos todos seríamos iguales y lo mismo.

CARLOS.—¿A qué llamas tú la verdadera aristocacia?

GERMÁN.—¡Qué pregunta! A lo mismo que tú. No creo que en esto pueda haber discrepancia ninguna.

CARLOS.—Te advierto que yo estoy variando mucho de modo de pensar.

GERMÁN.—Por mucho que varíes siempre tendrás que reconocer que hay algo que está por encima de todo.

CARLOS.—El dinero, ¿verdad?

GERMÁN.—¡Hombre, por Dios...!

CARLOS.—Pues es lo único eficaz, verdadero, positivo y práctico. Déjate de niñerías y de romanticismos. ¡Dinero! Todo lo demás, de añadidura y como adorno. ¿Noblezas, ejecutorias, blasones, historial glorioso?... Todo

eso está muy bien, pero además, ¡dinero! ¿Talento, posición, jerarquía, puestos preeminentes?... admirable, ¡pero dinero! Chico, se ha puesto la vida tan cara, es necesario gastar tanto para vivir que no se puede desdeñar el dinero. ¡Ay del que lo desdeñe! Ahí tienes el caso de Alora. Toda la vieja grandeza de la casa no puede evitar que la familia se derrumbe.

GERMÁN.—El caso de Alora es respetabilísimo.

CARLOS.—A todos nos infunde muchísimo respeto, pero no pasamos del respeto y la lamentación.

GERMÁN.—¿Y qué vamos a hacer?

CARLOS.—Contribuir al levantamiento o por lo menos al sostenimiento. Mira, hay un medio muy fácil. Dos hijas tiene. No hablemos si no quieres de la mayor porque ya se ha pasado; pero ahí está la pequeña; bien linda es. ¿Por qué no te casas con ella?

GERMÁN.—Nunca se me ha ocurrido.

CARLOS.—Lo creo. Pero que tuviera diez millones y ya veríamos si te hubieras casado. Es decir, no te habrías casado tú porque me habría casado yo. Sí, hombre, sí, ¿para qué hipocresías? Marta se ha pasado porque, con todo el esplendor de su apellido, la pobre no tiene dos pesetas, y a Mercedes le ocurrirá lo propio si el padre no se decide a transigir con alguno de esos almacenistas que ahora desprecia y que son hoy los únicos capaces de vigorizar con inyecciones de billetes de Banco el agotamiento de las viejas casas. ¿Que esto es muy lamentable? ¡Quién lo duda! A mí, por lo menos, no puedes figurarte la pena que me da ver a esta pobre criatura condenada por las intransigencias ridículas del padre a agostarse también en flor como su hermana... una chiquilla tan buena, tan linda, tan inteligente... Pues ahí la tienes. No hay quien se acerque a ella. Ahora parece que tratan de pescar a Gabriel Heredia.

GERMÁN.—Hombre, me alegraría mucho.

CARLOS.—Yo también. Pero ya verás tú cómo Gabriel Heredia no se deja pescar.

Entran LUIS VALDÉS y FERNANDO ALCARAZ. LUIS VALDÉS, treinta y ocho años, soltero, diplomático, empleado en el Ministerio de Estado con un alto destino; mediana estatura, delgado, ligeramente calvo, con el bigote gris recortado a la inglesa; muy fino, muy bien educado, muy correcto, acaso un poco frío. FERNANDO ALCARAZ, veintiséis años, teniente de húsares, primogénito del duque de Aironalto, es un muchachote fuerte,

recio, muy campechano, muy alegre, que hasta ahora no se preocupa de pedir otra cosa a la vida que su apariencia externa y agradable de placer y de diversión. Viste de paisano; americana negra ribeteada de trencilla, pantalón de rayas y botas de charol con caña de gamuza. Valdés va de *jacquette.*

LUIS.—¿Qué pasa?

GERMÁN.—Nada.

LUIS.—¿De qué habláis?

CARLOS.—De Heredia.

FERNANDO.—Anoche cenamos en su casa.

CARLOS.—¿Cómo está su padre?

LUIS.—Bien. Completamente fuera de peligro. Hace ya ocho días que sale a la calle.

CARLOS.—Entonces no ha sido nada...

LUIS.—Hombre, ha sido y no ha sido. Ya sabéis lo que son estas cosas. Se muere uno o pasan. Por lo visto no fué más que un amago... tuvieron la fortuna de acudir a tiempo... él es un hombre fuerte... De todos modos, yo en el caso de Gabriel no estaría ya tranquilo. Estos ataques hemipléjicos a la larga son siempre fatales. Por muy bien que se escape del primero, queda siempre pesando en el aire la amenaza de la repetición.

GERMÁN.—Gabriel estará abrumadísimo.

LUIS.—Figúrate. Como que el pobre muchacho tiene conciencia exacta del peligro. Exigió a los médicos que le dijesen la verdad y los médicos han sido tan sinceros que se lo han dicho todo. Yo no sé si han hecho bien o han hecho mal.

CARLOS.—Han hecho bien... ¡qué duda cabe!

LUIS.—¡Qué sé yo! Yo creo que ciertas cosas lo mejor que puede suceder es no saberlas. Puesto que el dolor tarde o temprano tiene inevitablemente que venir, lo mejor es que venga cuando menos se espere. Quién sabe si todo el secreto de la vida humana estriba en ignorar. Si todo se supiera no se podría vivir.

FERNANDO.—Muy bien, muy bien; estás muy filosófico.

LUIS.—Me sucede siempre que hablo de la muerte.

CARLOS.—Pues hablemos de otras cosas más divertidas. ¿Qué hiciste anoche?

LUIS.—Ya lo oíste; cenar en casa de Gabriel con éste. *(Señalando a Fernando.)* Después estuvimos los tres en la Princesa.

CARLOS.—¿Y luego?

LUIS.—Nada; Gabriel se fué a la cama y éste y yo caímos en Maxim's.

GERMÁN.—Gabriel ¿no?

FERNANDO.—Imposible, chico; no hubo manera.

GERMÁN.—Me parece, Fernandito, que pierdes tu apuesta.

CARLOS.—¿Qué apuesta?

GERMÁN.—¿No sabes? Muy gracioso. Este, que ha apostado quinientas pesetas con Manolo Aldán a que antes de un mes pervertía a Gabriel Heredia.

CARLOS.—¿Y qué?

GERMÁN.—Pues que faltan tres días para que el plazo se cumpla y Gabriel sigue irreductible como un anacoreta del desierto.

FERNANDO.—Bueno, pero hay que poner las cosas en su punto. Hay que tener en cuenta que en este intervalo surgió la enfermedad del padre. El propio Manolo lo reconoció y me dió una prórroga.

CARLOS.—¿De cuánto?

FERNANDO.—De otro mes.

CARLOS.—Pues aún hay esperanza.

LUIS.—Ninguna, ¡qué va a haber! Asunto perdido. Doy momio por Manolo; ochenta a diez.

FERNANDO.—Van.

CARLOS.—Muy seguro estás.

FERNANDO.—Segurísimo. En cuanto le pesque una tarde por mi cuenta. ¡Tengo de cómplice a una mujercita para dar el golpe!... ¡Vaya una mujer! Si se la presentan a San Antonio y le pide ella al santo que la invite a cenar, se comen entre los dos el cochinillo asado.

EL CONDE DE FRESNEDO entra en el saloncillo encendiendo un cigarro. Al oír la frase sonríe y se acerca al grupo:

—¿Dónde vive esa desgraciada?

El conde es una figura arrogantísima; alto, esbelto, gallardo, distinguidísimo de ademanes, muy elegante en el vestir, con una gran simpatía atrayente en toda su persona. Lleva un traje de *jacquette* gris plomo con chaleco de ante y botines claros. Por si no le han oído repite la pregunta:

—¿Dónde vive esa desgraciada?

FERNANDO.—Se ha mudado, conde.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Monopolios, no.

FERNANDO.—Nada de monopolios. Precisamente esta-

ba diciendo que la tengo acotada para pervertir a un amigo.

El conde de Fresnedo.—Hombre, muy bien. ¿Y quién es ese feliz mortal que necesita aún que le perviertan?

Fernando.—Gabriel Heredia.

El conde de Fresnedo.—No le conozco; mejor dicho, no le trato. Pero en cambio conozco mucho al padre y os aseguro que como la astilla salga al palo va a ser él quien os haga a todos bailar de coronilla.

Germán.—Dicen que fué tremendo.

El conde de Fresnedo.—¿Quién? ¿El padre? De lo más tremendo que conocí en mi vida. Bien es verdad que lo reunía todo... fortuna, presencia, posición, simpatía... un verdadero privilegiado de la suerte; uno de esos casos en que parece que todas las circunstancias se conjuran para decir: ¡Ahí va un hombre! El lo llevó muy bien; ¡muy bien! Fué un maestrazo; siempre dueño de sí, siempre correcto, de una discreción irreprochable. Quién sabe si en esto estribara precisamente el éxito de sus grandes triunfos, porque no lo olvidéis, pollos, y aceptad el consejo de un hombre que también ha vivido: con las mujeres el gran secreto estriba en guardar el secreto. ¿Estáis seguros de que el chico no sigue el ejemplo del padre?

Carlos.—Quite usted, por Dios; el chico es tonto.

Fernando.—Yo creo más bien que es un hipócrita.

Germán.—Ni hipócrita ni tonto. Es sencillamente un hombre que tiene un concepto de la vida distinto al de nosotros.

Fernando.—¡Y tan distinto!

Germán.—Cuestión de educación y de temperamento. Tú, por ejemplo, gozas lo indecible con verte a las cuatro de la madrugada rodeado de mujeres ante la mesa de un restaurante de noche; él encuentra mucho más divertido levantarse a las ocho de la mañana y marcharse a la Venta de la Rubia.

Fernando.—No le alabo el gusto.

Germán.—Ni él a ti; por eso no te imita.

Fernando.—Es un hombre famoso. *(Al conde.)* Figúrese usted que la otra noche conseguimos después de no sé cuántos esfuerzos llevárnosle a cenar. Yo había escogido un plantel de mujeres...

EL CONDE DE FRESNEDO.—¡Nombres!

FERNANDO.—Paquita Ruiz.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Bien.

FERNANDO.—La Saluqui.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Bien.

FERNANDO.—Trini Arellano...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Esa no sé quién es.

FERNANDO.—Una chiquilla rubia como un sol que debuta mañana en Romea. Lo más bonito de Madrid. Bueno, ¿pues querrá usted creer que no hubo modo de arrancarle en toda la noche una sonrisa? Pero aún hay más. Figúrese usted que cuando estábamos en la primer botella se le ocurre a Paquita coger el vaso de él, beber un sorbo y devolvérsele con una de esas miradas enloquecedoras que se trae la niña cuando quiere trastornar a uno. ¿Y qué dirá usted que hizo el hombre para corresponder a la fineza? Pues llamar al mozo y decirle: ¿Me da usted otro vaso?

CARLOS.—Definitivo.

FERNANDO.—*(Al conde.)* ¿Qué le parece a usted?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Hombre, yo no me atrevo a fallar. Necesitaría estudiar el sujeto más a fondo. Porque los hay que engañan. Yo he conocido en mi vida casos muy curiosos. Recuerdo que una vez...

Se agrupan todos en corrillo íntimo, y por la puerta del salón de te entra MARTA, la primogénita de Alora. Tiene treinta y dos años; pero, como su padre, también está la pobre envejecida. Como él, es alta, enjuta, cetrina, nerviosa; como él, tiene en el fondo de los ojos grises una mirada cortante, dura y fría, los ademanes secos y el empaque altanero y desdeñoso. Viste traje de seda verde obscuro bordado en acero, con el escote muy cerrado. No lleva ni una alhaja.

MARTA.—Por Dios, conde, su conversación de usted es amenísima, pero hágame el favor de no entretenerme a los muchachos. Encima de que hay pocos me los acota usted. ¿Y ustedes? ¿Les parece bien estar aquí charlando y entretanto todas esas pobres muchachas aburridas sin tener quien las sirva una taza de te? *(Se van todos excepto el conde, que avanza hacia Marta.)*

EL CONDE DE FRESNEDO.—Martita, tiene usted razón; he sido yo, efectivamente, quien tuvo la culpa. Pero, ¡qué quiere usted!, no puedo sustraerme al encanto de la juventud.

MARTA.—Sí, sí; ya está usted bueno. Sabe Dios de qué

cosas les hablaría usted para tenerlos tan entretenidos.

EL CONDE DE FRESNEDO.—De nada malo; se lo aseguro. Hablábamos de Gabriel Heredia.

MARTA.—Excelente muchacho. Yo le trato muy poco, pero tengo de él referencias inmejorables. ¿Usted le conoce?

EL CONDE DE FRESNEDO.—A él, no; al padre, mucho.

MARTA.—El padre es otra cosa. Digo, usted lo sabe mejor que yo. Precisamente lo bueno que tiene este muchacho es que, según mis noticias, no se parece al padre. Es un hombre muy serio, muy formal, muy sensato... de lo poquito que va quedando ya... un hombre que hará feliz a la mujer que tenga la fortuna de llevárselo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Usted cree?

MARTA.—Usted ¿no?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Yo, no sé nada. Pero permítame usted una pregunta, si no es indiscreción: ¿Es verdad que galantea a Mercedes?

MARTA.—¿A mi hermana? Oh, no. No hay nada de eso.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Me habían dicho...

MARTA.—Nada; en absoluto.

EL CONDE DE FRESNEDO. Perdone usted si...

MARTA.—Jesús, ¿por qué? Usted y yo tenemos confianza para hablar de eso y de mucho más. ¿Quiere que le diga una cosa con entera franqueza? No crea usted que me disgustaría que fuese cierto.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pues quién sabe... Mercedita se lo merece todo.

MARTA.—No siempre se logra lo que se merece.

Se cuelga del brazo del conde y se le lleva hacia el salón de te, al propio tiempo que por la otra puerta llegan Mercedes y Angelina. MERCEDITAS ALORA es casi tan alta como su hermana mayor, pero más llenita, más airosa, mejor proporcionada. Tiene nueve años menos. Trigueña, con los ojos azules, grandes y rasgados, las pestañas muy largas, el pelo castaño, la nariz muy fina, el óvalo perfecto, hay en su cara una expresión de bondad cautivadora que contrasta dulcemente con el aire altanero del conjunto, el empaque antipático característico de toda la familia. Lleva un traje de crespón de seda azul pálido con guirnaldas de rosas, media manga, el escote redondo y discreto, y en medio del escote, como si fuera un cuajarón de sangre, una pomposa rosa cárdena con las hojas tan aterciopeladas y tan grandes que parece una flor artificial.

ANGELINA es la íntima de Mercedes; blanca, rubia, menuda, grácil, juguetona, simpatiquisima. Viste un traje de punto de seda de color de Burdeos muy sencillo, pero muy lindo y muy gracioso. Entran hablando y se detienen en medio del salón.

ANGELINA.—¿Qué me das por una buena noticia?

MERCEDES.—Lo que tú quieras.

ANGELINA.—¡Ay, si tú pudieras darme lo que yo quiero!

MERCEDES.—¿Qué pedirías?

ANGELINA.—Seguramente lo que tú.

MERCEDES.—Ay, hija, a mí en este momento no se me ocurre nada.

ANGELINA.—Pues a mí en este y en todos los momentos se me ocurre siempre lo mismo.

MERCEDES.—¿El qué?

ANGELINA.—Un novio.

MERCEDES.—¡Qué loca!

ANGELINA.—Como lo oyes.

MERCEDES.—Pero ¿de veras tienes tantas ganas de novio?

ANGELINA.—Mujer, de novio precisamente... ¡qué sé yo!, pero de casarme...

MERCEDES.—Cualquiera que te oyese...

ANGELINA.—No oiría más que la verdad. Y mira lo que son las cosas: creo que precisamente por tener tantas ganas Dios me castiga; porque, hija, no me sale uno; es que ni uno. Estoy desesperada.

MERCEDES.—Eres graciosísima.

ANGELINA.—Sí, sí, ríete. Ya me lo dirías si tuvieras mis años.

MERCEDES.—Un horror de años.

ANGELINA.—Veintisiete, camino de veintiocho, y en cuanto me descuide un poco, treinta. No se lo digas a nadie, pero es para morirse, para volverse loca, para ponerse a llorar y no dejarlo en todo el día. Ay, Mercedítas, tú no sabes lo que es la situación de una mujer soltera... que se pasa. Ojalá no lo sepas nunca.

MERCEDES.—Mujer, no es para tanto.

ANGELINA.—¿Que no? ¿Pero tú has pensado alguna vez en lo que es esto? Es espantoso. De todas las injusticias sociales no hay ninguna más indignante ni que subleve más el ánimo que esta diversa condición de los hombres y de las mujeres. Los hombres están autorizados para hacer lo que quieran. Tienen perfecto derecho a acercarse, a solicitar, a pretender. Nada hay que los detenga. Proceden con nosotras en todos los actos de la

vida como si estuviesen en un mercado de esclavas. Con una mirada nos desechan o nos eligen. Y contra eso, a las pobrecitas mujeres, ¿qué recurso nos queda? Esperar; nada más que esperar; esperar a todas horas la llegada del amo, del señor, del comprador que se fijará en nosotras o pasará de largo.

MERCEDES.—Aun suponiendo que fuera verdad, contra eso tenemos nosotras un derecho que es el decisivo: aceptar o no.

ANGELINA.—¡No faltaba más! Pero aceptar no es escoger. Fíjate bien: tú puedes rechazar a un hombre que no te guste; pero, ¿cómo te atraerás al que te guste si él no se fija en ti? ¿A qué recursos apelarás, qué medios emplearás sin desacreditarte, sin ponerte en evidencia, sin exponerte a que todo el mundo, él mismo, diga que eres una ligera y una loca? Esta es la cuestión. Todos los hombres, desde el más pobre, desde el más feo, desde el más ridículo, pueden impunemente dirigirse a ti. Tú no puedes dirigirte a ninguno. Si hay uno que te guste, tienes que ocultarlo, que fingir, que bajar los ojos, que poner un candado en la boca, que esperar a que pase. ¿Y si no pasa? ¿Y si pasa de largo? ¡Cuántas veces habrás visto pasar de largo a tu ideal y no habrás podido detenerle!

MERCEDES.—¡Qué cosas dices! *(Se sienta en un sofá y Angelina a su lado.)*

ANGELINA.—Podrán ser vulgaridades, pero te aseguro que no son tonterías. Me las enseñaron veintisiete años de soltería. Ya las aprenderás tú también si llegas a ellos sin casarte.

MERCEDES.—Lo creerás o no lo creerás, pero me da lo mismo.

ANGELINA.—Ya hablaremos de eso cuando llegue... si llega. Afortunadamente creo que no llegará. Te dije antes que te traigo una buena noticia.

MERCEDES.—¿Cuál?

ANGELINA.—Gabriel Heredia va a venir esta tarde. Debía ya haber venido. Esta mañana se encontró a mi hermano y quedaron citados aquí. ¿Es o no es una buena noticia?

MERCEDES.—Mujer, ni buena ni mala.

ANGELINA.—Hipócrita.

MERCEDES.—Te digo la verdad. No sé qué pensar de ese muchacho. Le presentaron en casa a los pocos días de llegar de Londres; hará de esto dos meses; el veintitrés de febrero.

ANGELINA.—Llevas muy bien la cuenta.

MERCEDES.—Era el santo de mi hermana Marta: no cabe confusión.

ANGELINA.—Sigue.

MERCEDES.—Nada, que le presentaron, volvió unas cuantas veces; estuvo muy galante conmigo, muy obsequioso; al parecer distinguiéndome mucho, y de pronto, un día desapareció y no le he vuelto a ver.

ANGELINA.—Ya sabrás que su padre ha estado gravísimo.

MERCEDES.—Sí, ya lo sé, muy grave. Pero ha sido precisamente después de la enfermedad del padre cuando él ha estado más afectuoso y más expresivo conmigo. Hubo días que no me dejaba a sol ni a sombra. Y de pronto, sin razón alguna, sin motivo que lo justifique, desaparece y no le veo más.

ANGELINA.—Bueno; pero en esos días, ¿él se insinuó algo contigo, te dijo algo?

MERCEDES.—Ni una palabra.

ANGELINA.—¡Qué raro!

MERCEDES.—Es más: nos hemos encontrado algunas veces en la calle, en el paseo, en el teatro... siempre se ha limitado a saludarme desde lejos. La otra noche en el Real, creo que estuvo en todos los palcos menos en el nuestro. Y sin embargo, no me quitó los gemelos en toda la noche. Todo el mundo lo notó. Yo estaba violentísima. Porque es lo que yo me pregunto: si le intereso, ¿por qué no me habla? Si no le intereso, ¿por qué me mira?

ANGELINA.—Ay, hija; me parece que aquí la interesada eres tú; estás más interesada de lo que yo creía.

MERCEDES.—No, no; interesada, no; estoy intrigada. Es que realmente no sé qué pensar.

ANGELINA.—Ante todo, con entera franqueza, ¿a ti te gusta ese muchacho?

MERCEDES.—Mujer, no hay razón ninguna para que me disguste. Es muy simpático, muy elegante, muy bien educado.

ANGELINA.—Muy rico.

MERCEDES.—No había pensado en eso.

ANGELINA.—Conviene pensar en todo. Gabriel Heredia es un partido inmejorable aun para ti que tanto te mereces. No has de encontrar otro que valga lo que él. Por eso sería una verdadera lástima que por un puntillo de vanidad mal entendida, por cualquier tontería de amor propio, se deshiciera antes de cuajar una cosa que puede ser tu felicidad y tu porvenir. Piénsalo bien, porque podría suceder que cuando quisieras arrepentirte ya no tuviera remedio.

MERCEDES.—¿Qué quieres decir?

ANGELINA.—Quiero decir que si ese muchacho no está contigo todo lo expresivo y todo lo afectuoso que tú mereces, acaso sea porque le hayas dado algún motivo.

MERCEDES.—¿Yo? Absolutamente ninguno.

ANGELINA.—¡Quién sabe! Acaso tú misma no te hayas dado cuenta. Mira, perdóname lo que voy a decirte; no lo tomes a ofensa; tú sabes que yo te quiero bien y sólo deseo tu felicidad; ¿verdad que lo sabes?

MERCEDES.—Sí, habla.

ANGELINA.—Mira, vosotras, tanto tu hermana como tú... tu hermana sobre todo..., tú, no tanto... tenéis la desgracia de ser..., ¿cómo diré yo?, un poquito estiradas. Cuando se os trata se ve en seguida que sois simpatiquísimas, pero la primera impresión—no te enfades—la primera impresión es tremenda. Tu hermana, sobre todo, tiene un gesto... el gesto de tu padre, que será un bendito señor, pero que da miedo. Y esto es lo que yo me pregunto: este empaque tuyo, del que tú misma quizá no te das cuenta, ¿no lo habrá interpretado él como altivez, como orgullo, como desdén hacia su persona?

MERCEDES.—¿Tú crees?

ANGELINA.—Busco la explicación más lógica. Porque si no, no se comprende su desvío. Tú dices que los primeros días estuvo contigo muy amable...

MERCEDES.—Amabilísimo.

ANGELINA.—Que te distinguió mucho.

MERCEDES.—Eso me pareció a mí; y eso le pareció a todo el mundo. Todas vosotras, entre burlas y veras, me felicitasteis.

ANGELINA.—Y de pronto, sin motivo, ese hombre se arrepiente y da un paso atrás...

MERCEDES.—Eso es.

ANGELINA.—Pues yo creo, Merceditas, que tú debes aclarar esta situación.

MERCEDES.—¿Y cómo?

ANGELINA.—Hijita, supongo que no pretenderás que te dé lecciones de coquetería.

MERCEDES.—Ah, ¿pero tú pretendes que sea yo la que...?

ANGELINA.—¿Qué?

MERCEDES.—¿La que se... insinúe?...

ANGELINA.—Mujer, por Dios... Lo que yo pretendo, mejor dicho, lo que yo te aconsejo sinceramente, es que por una vez te despojes de tu empaque de reina inasequible y te dignes mostrarte como lo que eres, una muchacha simpática, muy sencilla y muy buena.

MERCEDES.—¿Pero eso del empaque lo dices en serio?

ANGELINA.—Si te molesta, no. Si crees que lo digo por tu bien, sí. Repito que sólo deseo tu felicidad y Gabriel Heredia es tu felicidad. No la dejes perder.

MERCEDES.—No lo veo tan claro como tú. Ten en cuenta que esta es la hora en que a mí ese muchacho no me ha dicho nada.

ANGELINA.—Pues eso es lo que hace falta; que lo diga.

MERCEDES.—¿Y cómo?

ANGELINA.—¡Merceditas de mi alma, que tienes veintitrés años! No me preguntes cómo se hacen estas cosas, porque voy a creer que te burlas de mí.

MERCEDES.—Podrás creerlo o no, pero te aseguro que no sé coquetear.

ANGELINA.—Si no sabes, aprendes. Mira tú ésta con lo que se sale. Nenita, déjate de tonterías y si puedes cázale, que a eso estamos todas. Mira que si no te le llevas tú otra se le va a llevar. Y en estas cosas la que da primero da dos veces. ¡Quién como tú pudiera aspirar a él!

MERCEDES.—Mujer, como aspirar...

ANGELINA.—Digo con probabilidades de éxito. Mira, hablemos en serio. Sujétate esa horquilla que se te cae. Tú lo que debes de hacer es...

MERCEDES.—Calla.

ANGELINA.—¿Qué pasa?

MERCEDES.—Que está ahí.

ANGELINA.—¿Quién? ¿Gabriel?

MERCEDES.—Sí.

ANGELINA.—¿Te ha visto?

MERCEDES.—No sé... está allí, en un grupo... No mires, no vuelvas la cabeza. No vaya a creer que hablamos de él.

ANGELINA.—¿Y qué que lo crea? ¿Qué tiene eso de particular? Anda, vamos.

MERCEDES.—No, no te muevas... bien estamos aquí... Deja que venga él... Cuanto menos gente, mejor.

ANGELINA.—¿Y eres tú la que no sabe coquetear? ¡Bueno!

MERCEDES.—¡Adiós! *(Saludando con la mano.)* Ya nos ha visto. *(Angelina vuelve la cabeza y saluda también con la mano a Gabriel, que está en la puerta del salón de «bridge» departiendo con Marta.)* Pero no viene.

ANGELINA.—Mujer, está hablando con tu hermana.

MERCEDES.—Si tuviera interés por mí ya habría venido.

ANGELINA.—Ya vendrá. ¿Ves? Ya se despide.

MERCEDES.—Sí; y se pone a hablar con otro. ¡Cuando yo te digo! ¡Nada, que no viene! ¡Y, sin embargo, no me quita los ojos de encima! ¡Yo no sé qué pensar de este hombre!

ANGELINA.—Ay, Merceditas; tú estás más interesada de lo que parece.

MERCEDES.—No, no es eso, te lo juro, te aseguro que no. Es que este hombre me desconcierta.

Recortado en medio del rectángulo de la puerta GABRIEL HEREDIA está hablando con Carlos Monterrey. Es un muchacho alto, fuerte, con la piel curtida, el rostro rasurado, el pelo corto, la cabeza pequeña, el aire un poco inglés. Viste un *jacquette* maravillosamente hecho, pantalón de rayitas muy estrechas, zapato de charol y calcetín de seda blanco.

GABRIEL.—¿Me permites un momento? Voy a saludar a Mercedes.

CARLOS.—Hasta luego entonces.

GABRIEL.—Si no es más que un momento... Soy contigo en seguida.

CARLOS.—Pero, tonto, si lo que te voy a decir no tiene nada de particular... lo mismo da hoy que mañana. Ya

hablaremos... Anda, ve ahora con Mercedes... no la hagas esperar, que está impaciente.

GABRIEL.—No te vayas, hazme el favor; te lo suplico... es cuestión de un instante... *(Se separa de Carlos y avanza lentamente hacia Mercedes y Angelina, que no se han movido del asiento y que al verle llegar le tienden la mano.)* Buenas tardes, Mercedes. ¿Cómo va, Angelina?

MERCEDES.—Dichosos los ojos...

ANGELINA.—Ya, ya... sí que se hace usted desear, señor Heredia.

MERCEDES.—Como que ya empezábamos a sospechar si no querría usted nada con nosotras...

GABRIEL.—En este momento acabo de tener el honor de ofrecer mis excusas a su hermana, que me ha dicho lo mismo. Perdónenme ustedes. Estoy atareado, abrumadísimo... esta enfermedad de papá me ha complicado la vida de una manera lamentable.

ANGELINA.—¿Pero no está ya bien?

GABRIEL.—Relativamente...

MERCEDES.—Sin embargo, me han dicho que ya sale...

GABRIEL.—En coche. Tengo yo que ir con él. No nos atrevemos todavía a dejarle solo. Luego, ya saben ustedes; él ha sido siempre un hombre muy activo... le gustaba llevar personalmente todos sus asuntos... Como ahora el pobre no puede ocuparse de nada, he tenido yo que encargarme de todo.

ANGELINA.—Sí, sí; ya vemos que está usted muy atareado.

MERCEDES.—¡Qué se le va a hacer! En fin, confío que si sus ocupaciones se lo permiten, alguna que otra tarde, cuando tenga un ratito de lugar, ya nos le dedicará usted.

ANGELINA.—No nos tenga usted tan olvidadas.

MERCEDES.—Ya sabe usted que en esta casa se le quiere muy bien.

GABRIEL.—Tenga usted, Mercedes, la seguridad absoluta de que siempre es para mí una gran alegría saludarla a usted. Hasta luego. *(Dándole la mano.)* A sus pies, Angelina. *(Le da también la mano y se va en busca de Carlos.)*

MERCEDES.—*(A Angelina.)* Vamos, ¿lo ves? ¿Ves cómo no le importo? Ha venido a saludarme por puro com-

promiso, porque no dijéramos, pero tú lo has visto... estaba violentísimo... deseando marcharse. ¿No lo has notado?

ANGELINA.—Yo lo que he notado es que se te come con los ojos.

MERCEDES.—Eso es verdad.

ANGELINA.—Y en que hay momentos en que no puede dominar la emoción. Ahora mismo, al despedirse, le temblaba la voz. ¿No te has fijado?

MERCEDES.—Pero entonces, ¿por qué esta frialdad en la expresión, por qué este afán de aparecer indiferente? ¿No te parece extraño?

ANGELINA.—Muy extraño.

MERCEDES.—¿Qué pensar de este hombre, Angelina?

ANGELINA.—No lo sé.

GABRIEL.—*(A Carlos.)* ¿Y está muy lejos eso?

CARLOS.—Nada, aquí al lado; cuarenta kilómetros y un camino soberbio. Estamos de vuelta a las seis de la tarde. Te advierto que la finca es magnífica; todo a gran *confort*. Lo pasaremos bien.

ANGELINA.—*(A Mercedes.)* Ya te está mirando otra vez.

MERCEDES.—Sí, hija; como si no me hubiera visto nunca. Es ridículo esto. Te juro que me pone nerviosísima. *(Se levanta para marcharse.)*

ANGELINA.—*(Deteniéndola.)* ¿Dónde vas?

MERCEDES.—Déjame. *(Se va al salón de te.)*

GABRIEL.—*(Distraído, siguiendo con los ojos a Mercedes y sin mirar a Carlos.)* Y, ¿quiénes vamos?

CARLOS.—Hasta ahora, Atienza... Alcaraz... *(Se calla.)*

GABRIEL.—Sigue.

CARLOS.—Pero qué sigue, si no me oyes, ni me ves, ni me entiendes... Mírala, hombre, mírala, hártate de mirarla y cuando desciendas de la luna volveremos a hablar.

GABRIEL.—Te aseguro que...

CARLOS.—No me des explicaciones, criatura. Si todo es muy natural y muy humano. Si a mí me parece muy bien que te guste Mercedes. Lo único que no encuentro ni medianamente bien es que tengas reservas conmigo.

GABRIEL.—¡Cómo! ¿Tú crees?

CARLOS.—Yo y todo el mundo. Pero, hijito de mi

alma, si no hay más que mirarte a los ojos para comprender que estás loco por ella.

GABRIEL.—Te doy mi palabra de honor de que estás completamente equivocado.

CARLOS.—¿Que yo estoy?... *(Deteniendo con un gesto a Angelina, que pasa cerca de ellos.)* Angelina, hazme el favor; sé juez en este pleito.

ANGELINA.—*(Acercándose.)* ¿Qué pasa?

CARLOS.—¿Pues no quiere este hombre convencerme de que no le interesa Merceditas?...

GABRIEL.—No, perdona; yo no he dicho eso.

CARLOS.—Ahora mismo.

GABRIEL.—No. Yo lo que he dicho es que no me interesa en el sentido que tú supones. Quiero decir que...

CARLOS.—No te molestes, Gabriel, no nos convences.

ANGELINA.—Perdona, Carlos; a mí sí. Yo estoy absolutamente convencida de que Mercedes a este señor no le interesa nada.

GABRIEL.—Tanto como nada...

ANGELINA.—Bueno, casi nada... lo que otra cualquiera. ¿No es verdad? *(Gabriel calla.)* Mercedes es muy buena, muy linda, muy simpática, pero realmente, no es una mujer excepcional, ¿verdad, señor Heredia?; no es una de esas mujeres que apasionan, que arrebatan al primer encuentro... Hay que tratarla mucho... Ahora sí, tratándola no hay más remedio que quererla... es encantadora. Todo lo que tienen el padre y la hermana de serios y entonados lo tiene ella de cariñosa y de sencilla. Es igual que su madre. ¿Usted no conoció a la madre?

GABRIEL.—No.

ANGELINA.—Pues el vivo retrato... un carácter angelical... como Mercedes. Porque Mercedes es buenísima. Y a usted le quiere mucho. Me consta que tiene por usted una gran simpatía.

GABRIEL.—¿Usted cree?

ANGELINA.—Yo nunca en estas cosas hablo de ligero. Es más, si usted me prometiera guardar el secreto y no abusar de una pequeña confianza, me atrevería a decirle una cosa.

GABRIEL.—¿Cuál?

ANGELINA.—Que está usted siendo muy cruel con Mercedes.

GABRIEL.—¿Yo?

ANGELINA.—Usted. Lo que está usted haciendo—permítame que se lo diga—no está bien. No se puede jugar con el corazón de una mujer. Eso no es leal. O lo uno o lo otro. Al vado o a la puente.

GABRIEL.—Angelina, le aseguro que yo...

ANGELINA.—Chisss... calle usted, que viene aquí Mercedes... *(A Mercedes, que en efecto llega muy despacio.)* Acércate, pocholona, acércate... precisamente hablábamos de ti.

MERCEDES.—¿De mí?

ANGELINA.—De ti. Heredia nos estaba diciendo que eres una mujer encantadora.

CARLOS.—Lo decíamos todos.

MERCEDES.—Dios os lo pague. Váyase por las malas ausencias que otros harán de mí.

CARLOS.—De ti, Merceditas, no se puede hacer más que elogios.

ANGELINA.—Tengo una sed horrible. *(A Carlos.)* ¿Quieres llevarme a tomar otra taza de te?

CARLOS.—Con mil amores.

ANGELINA.—*(A Mercedes.)* Espéranos. No te muevas. Volvemos en seguida. *(A Carlos, en voz baja, cuando ya se han separado un poco.)* Si este hombre no se arranca ahora no se arranca nunca.

CARLOS.—*(A Angelina, en el mismo tono.)* Y que ha sido a punta de capote. *(Angelina y Carlos se van cogidos del brazo.)*

GABRIEL.—*(A Mercedes, que se ha quedado indecisa.)* Un momento. Mercedes, usted perdone... ¿Puede usted concederme cinco minutos de atención?

MERCEDES.—Con muchísimo gusto.

GABRIEL.—Tengo que hablarle a usted de una cosa muy íntima.

MERCEDES.—Pero con otro gesto y con otro tono... Así me asusta usted.

GABRIEL.—Es que se trata de una cosa muy seria.

MERCEDES.—Caramba.

GABRIEL.—No se ría usted.

MERCEDES.—*(Siempre sonriendo.)* ¿Tan seria es?

GABRIEL.—*(Gravemente.)* Muy seria.

MERCEDES.—*(Poniéndose también grave.)* Bien: usted dirá. *(Se sientan.)*

GABRIEL.—Una cosa muy seria y muy grave que no sé cómo decir, y que, sin embargo, no tengo más remedio que decirla: Mercedes, prométame que, sea cual fuere el resultado de esta conversación, a usted no le molestará lo que yo diga; usted comprende la buena intención de mis palabras y no me guardará nunca rencor. ¿Verdad que no me guardará usted nunca rencor?

MERCEDES.—Señor Heredia, no le entiendo a usted; no sé lo que quiere usted decir.

GABRIEL.—Le aseguro que no es una improvisación del momento. Lo he meditado mucho, lo he reflexionado mucho, hace un mes que no pienso en otra cosa; sé todo el esfuerzo que me cuesta decirlo y, sin embargo, ¡qué razones tendré cuando a pesar de todo me decido a afrontarlo!

MERCEDES.—Acabe usted de una vez, se lo suplico.

GABRIEL.—Mercedes, yo no soy como los demás, no soy, al menos, como la mayoría de esos muchachos que usted conoce y que conozco yo, que nos están presentando todos los días. No es que pretenda valer más ni menos, ser mejor o peor que otro cualquiera... es que soy de otro modo. Me he educado de otra manera, en otro ambiente y con otras costumbres. Me han tenido—usted lo sabe—muchos años alejado de aquí. Mi padre, que es muy bueno, muy bueno, pero que tiene la desgracia de no haber querido nunca renunciar a la parte agradable de la vida, creyó que mi convivencia con él a la edad en que uno empieza a darse cuenta de lo que es el mundo podía ser peligrosa para su autoridad paternal si yo me enteraba, como necesariamente tenía que enterarme, de muchísimas cosas, y antes de que esto ocurriera juzgó prudente enviarme lo más lejos posible con el pretexto de que me hiciese hombre y aprendiese a vivir. Inconveniente de ser papá joven.

MERCEDES.—¡Gabriel!

GABRIEL.—No; si no le censuro. Cada uno es como es. Más aún: si realmente no tenía el valor de renunciar a su vida, lo menos que podía hacer es que yo la ignorase. Hizo bien. No me quejo. Pero es el caso que yo he

vivido ocho años ausente de mi casa, lejos de los míos; sin calor, sin afecto, sin cariño, sin ninguna de esas intimidades que constituyen la necesidad sentimental de un hombre, sobre todo de un hombre como yo que pone por encima de todo el culto del hogar y la santificación de la familia. Y de pronto todo cambia agradablemente para mí. Mi madre, la pobre, se vuelve loca de alegría con pensar que ya para siempre me tendrá a su lado. Mi padre me acoge como un camarada y un amigo. En todas partes se me recibe con los brazos abiertos. No tengo para todos más que motivos de gratitud.

MERCEDES.—Estará usted, pues, muy satisfecho.

GABRIEL.—Satisfechísimo. ¡Cómo no estarlo si todo el mundo es a halagarme y a complacerme, si todo es para mí efusión y cordialidad y simpatía y meterse corazón adentro como yo no he visto en ninguna parte! ¡Oh, Madrid de mi alma, mi bendito Madrid!

MERCEDES.—Entonces, ¿cuáles son sus motivos de preocupación?

GABRIEL.—Yo llegué aquí desorientado. Los primeros días me encontré forastero. Todo era nuevo para mí, todo me sorprendía, personas y costumbres. Reanudé algunas amistades de la juventud, camaraderías de la infancia, conocí gente nueva, me presentaron en algunas casas, pero a pesar de todo continuaba descentrado. Mi padre se reía mucho conmigo. Todos los días, en el comedor, de sobremesa, me hacía relatarle el resultado de mis observaciones. Yo le hablaba con entera franqueza y él me daba su consejo leal. Ya le he dicho a usted que mi padre para mí más que un padre es un camarada y un amigo. Una tarde hablamos de ustedes.

MERCEDES.—¿De nosotros?

GABRIEL.—De ustedes; de su padre, de su hermana, de usted, sobre todo de usted. Yo hice de usted los elogios que usted se merecía; pero debí poner en mis palabras un poco de calor, porque mi padre, tan burlón de ordinario, por primera vez se puso serio y no me dijo nada. Por la noche, después de cenar, me llamó a su despacho y cuando estuve a solas con él me preguntó: Oye, ¿realmente te interesa mucho esa muchacha? —¿Cuál? —Esa de quien me has hablado esta tarde. Mercedes Alora. —Hombre, pues la verdad—le contesté—, no sé

qué decirte. Es, en efecto, muy interesante. De todas las muchachas que conocí estos días, no creo que haya ninguna que le supere en simpatía, en gentileza, en distinción y en hermosura. Además me parece muy buena y muy inteligente.

MERCEDES.—Gracias.

GABRIEL.—Ahora bien—añadí—; si tu pregunta encierra una doble intención debo advertirte, con la franqueza con que siempre te hablo, que esa muchacha hoy por hoy no me inspira más que una buena amistad y una gran simpatía. No sé si algún día me inspirará algo más; hoy por hoy no veo en ella más que eso.

MERCEDES. - Gracias.

GABRIEL.—Ya sabes—le dije a mi padre—que yo soy un hombre muy serio y que me gusta proceder en todas mis cosas con gran sinceridad. Claro es que algún día tendré que casarme, pero hasta ahora no he pensado en ello. No me he orientado aún. El día que me oriente escogeré y me decidiré. No soy hombre de aventuras ni devaneos. Cuando me decida por una mujer será para casarme porque estaré verdaderamente enamorado de ella.

MERCEDES.—Así debe de ser.

GABRIEL—Mi padre me escuchó en silencio, vaciló un largo rato y por fin me dijo...

MERCEDES.—¿Qué le dijo a usted?

GABRIEL.—*(Después de un momento de vacilación y costándole un gran esfuerzo.)* Me dijo...: No sabes cuánto me alegra oirte hablar así. —¿Por qué?— le pregunté. —Porque si hubiera ocurrido lo que yo me temía no sé cómo habría podido decirte lo que te tengo que decir. —¿Qué me tienes que decir? —Que de todas las mujeres que conoces ésa es la única a quien no te puedes dirigir.

MERCEDES.—¿Por qué?

GABRIEL.— Eso mismo le pregunté yo: ¿Por qué? El insistió: —Es necesario que te hagas a la idea de que esa mujer es imposible para ti; es preciso que desde hoy te acostumbres a mirarla como si fuese hermana tuya. —¿Qué quieres decir? —Como si fuese tu hermana. —Yo le pedí una explicación y él entonces me relató una historia con tal lealtad, con tal sinceridad y sobre todo con

tal emoción que no se podía dudar de sus palabras. Aquella misma noche le dió a mi padre el ataque apoplético.

ANGELINA.—*(Que se ha acercado por detrás sin que la vean y se apoya entre los dos en el respaldo del asiento.)* ¿Qué? ¿Se os puede ya dar la enhorabuena?... Jesús, hijos, qué caritas tenéis... ¿Es que he venido a interrumpir?... Pues hasta luego... El noveno, no estorbar... *(Hace un gesto pícaro y se vuelve a marchar otra vez.)*

GABRIEL.—La gravedad de mi padre, la amenaza del peligro que todos considerábamos inminente, me aturdió de tal manera los primeros días que no pude pensar en otra cosa. Además, lo confieso, en el primer instante no le di importancia a la revelación. Me sorprendió desagradablemente la noticia, me impresionó bastante, pero, la verdad, no alcancé a abarcar toda la trascendencia que tenía. Ni por un momento pasó por mi imaginación la sospecha de que pudiera influir para nada en mi vida; no se me ocurrió que el secreto pudiera quebrantarse.

MERCEDES.—Como que nunca se debió quebrantar. Hay cosas tan duras que aunque sean verdad no debieran saberse.

GABRIEL.—Eso pensaba yo. Pero contra el pensamiento está la realidad.

MERCEDES.—No hablemos más. ¿Para qué insistir en una crueldad innecesaria? *(Lo ha dicho con un tono seco y duro, haciendo ademán de levantarse para irse. En el fondo de sus ojos azules brilla un relámpago de altivez y sus labios se crispan con el gesto desdeñoso característico de la familia.)*

GABRIEL.—*(La detiene.)* Innecesaria, no. Por cruel que parezca, yo estoy seguro de que procedo bien. No puedo proceder de otro modo. Por frío y desafectivo que uno sea, por mucho que uno quiera sustraerse a las sorpresas del destino, hay cosas, Mercedes, que emocionan muy profundamente, que dejan en el alma una huella muy honda. No se puede ir por el mundo de espaldas a la vida. El corazón y el sentimiento no son palabras vanas. En mí, no lo son. Mientras estuve a la cabecera del lecho de mi padre no pensé más que en él; pero cuando, pasado ya el peligro y desvanecida la preocupación, salí a la calle, mi primer pensamiento fué ir a verte.

Tenía una gran curiosidad de verte. Te lo juro; en aquel momento no había en mí más que curiosidad. Quería saber qué impresión me causabas. Te encontré encantadora, divinamente encantadora... no, no pongas esa cara, no te asustes. Todo lo que te voy a decir es de una pureza inmaculada. Sería preocupación, sería sugestión, sería lo que fuese, pero me causaste una emoción enorme. ¡Qué alegría y qué dolor saqué de la entrevista! ¡Alegría de poderte querer sabiendo lo que eras; dolor de pensar que nunca, nunca, sabrías quién era yo! Desde aquel día te busqué, te asedié, no hubo ocasión que yo desperdiciara para estar un momento al lado tuyo. Yo tengo la desgracia de ser excesivamente afectivo. Tú no sabes cuando yo era pequeño la pena que me daba tener que jugar solo; tú no sabes cuando salía del colegio con qué envidia miraba marchar a mis amigos cuando venían sus hermanitas a buscarlos; tú no sabes en las tardes aburridas de Londres, en la habitación agresiva del hotel o en la celda solitaria del Club, lo que yo he echado de menos no tener una hermana. ¡Y de pronto, cuando menos lo espero, de buena o de mala manera me la ofrece el destino; me encuentro con que esta hermana es la más dulce, la más buena, la más encantadora de todas las hermanas, y yo no se lo puedo decir! ¡Cómo te lo iba yo a decir! ¡Cómo iba yo a cometer la crueldad de romper tu tranquilidad y tu inocencia, de quebrantar en tu corazón el culto sacratísimo de una memoria santa! ¿Me lo perdonarías tú? ¿Me lo perdonaría yo?... Yo no te lo podía decir. No me quedaba más recurso que gozar en secreto de la felicidad de tu presencia. ¡Era yo tan dichoso queriéndote aunque tú no supieses cómo te quería! Pero un día una frase tuya me desconcertó. Fué una coquetería inocente, una ingenuidad sin malicia, pero que a mí me dió un escalofrío. Me detuve y pensé. ¿Podía yo seguir haciendo lo que hacía? Por mí no había peligro. Yo no había de mirarte ya nunca más que de una manera; pero ¿y tú? ¿Podía yo arriesgarme a alentar en ti, con un equívoco peligroso, otra clase de sentimientos? Esto habría sido criminal, monstruoso. Esto no podía ser. Para evitarlo no había en el momento más que una solución: no verte. Como no había otra, por dolorosa que para mí fuese, la acepté. No volvimos a ver-

nos. A ti, seguramente, te extrañaría mi conducta, ¿verdad que te extrañó?

MERCEDES.—Sigue.

GABRIEL.—Pero esto que en apariencia parecía tan sencillo era en la práctica de una dificultad insuperable. Si tú no hubieras sido más que una burguesita, hija de un médico, de un ministro, de un general, de un magistrado, no hubiera habido obstáculo ninguno. Madrid es lo bastante grande para que las personas que no se buscan no se encuentren. Pero tanto tú como yo vivimos, por nuestra condición, en un medio especial, muy limitado. Somos veinte familias en Madrid que hacemos la misma vida, que frecuentamos las mismas casas, que nos vemos a las mismas horas en los mismos sitios. Renunciar a ti era tanto como renunciar a todo lo que me rodea, a mis relaciones, a mis amistades, a mi condición social, a mi modo de ser y de vivir. ¡Adónde iré yo que no te vea! ¿Dónde irás tú que no me encuentres? ¿No es verdad?

MERCEDES.—Sigue. *(Está arrebolada, encendida. Sus ojos húmedos y brillantes parpadean con un tic nervioso haciendo esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas que a raudales quisieran afluir. Los labios crispados y mordidos sujetan los sollozos que le desgarran la garganta. El pecho sube y baja enarcándose hasta los hombros, y las aletas de la nariz tiemblan estremecidas con el fatigoso respirar de los suspiros contenidos. Un taconcito repiquetea seguido con un sonido sordo que se amortigua en la blandura del tapiz.)*

GABRIEL.—Era mi situación tan complicada y tan difícil, que incluso llegué a pensar en la conveniencia de marcharme, poner tierra por medio, irme de nuevo a Londres. Yo te juro que, si no fuera por la enfermedad de mi padre, hace ya muchos días que no estaría aquí. ¡Pero cómo dejo yo a mi padre en el estado en que se encuentra! ¡Cómo me voy sabiendo que está herido de muerte, que tiene las horas contadas, que cualquier día se nos quedará entre las manos!

MERCEDES.—¡Pero tan grave está! ¿Tú crees?

GABRIEL.—No soy yo quien lo cree; son los médicos. Desgraciadamente se trata de una enfermedad sin espe-

ranza. No hay momento seguro. En estas condiciones, ¿cómo me voy yo? ¡Cómo abandono a mi padre! ¡Cómo dejo a mi madre desamparada y sola!

MERCEDES.—No, no; eso no... tú no te puedes ir.

GABRIEL.—Mas entonces, ¿qué hacer? ¿Qué era entonces lo que yo podía hacer? ¿No verte? ¡Imposible! ¿Decirte la verdad? Más imposible aún. ¿Fingir, dominarme, sobrellevar la situación equívoca de una fría amistad indiferente? Era muy peligroso. No se puede jugar con los afectos. Yo soy, ya te lo he dicho, excesivamente afectivo... no me sé contener. Un día cualquiera, podía, inconscientemente, cometer una imprudencia que tú interpretaras de otro modo... ¡Quién sabe si tú misma!... A pesar de todo me decidí a intentarlo... Vine esta tarde decidido a ello, te lo juro. Y tú misma ves lo que ha sucedido... tú misma lo estás viendo... ¿No te das cuenta de lo que está pasando? ¿No ves que hay una conjura en contra de nosotros? Son todos, todos, tus amigas, mis amigos, tu propia familia los que nos empujan... Ahora mismo nos han dejado solos... Ya has visto que no se trata de una cosa casual... se ha preparado premeditadamente... nos observan, nos vigilan... está todo el mundo pendiente de nosotros... Sin volver la cabeza estoy sintiendo el peso de todas las miradas. *(Es verdad, todo el mundo los mira. Alguien ha dicho que el observador más torpe y menos perspicaz puede en seguida reconocer en los salones a las parejas de enamorados porque son como islas desiertas a las que nadie aborda. Hay una especie de tácito convenio en dejarlas aisladas. Pero aunque se las aisla se las observa. Diríase que se las aisla para observarlas mejor. No hay gesto que se pierda ni expresión que pase inadvertida. Todo son cuchicheos y sonrisitas y comentarios, pero sin volver la cabeza, con el rabillo del ojo, mientras se sostiene con la mano la tacita de te o se mordisquea la rebanadita tostada. Hasta las damas cuarentonas, que parecen por completo embargadas en el «bridge», vuelven la cara de cuando en cuando, apartan la vista de las cartas y dirigen a la pareja una mirada rápida y furtiva. En el marco de la puerta, Marta charla con el conde de Fresnedo, pero desde luego se advierte que su espíritu está muy lejos de la conversación. Se la ve*

inquieta, nerviosa. Y Gabriel Heredia sigue hablando.) En cuanto nos separemos, todo serán preguntas y bromas y enhorabuenas y alusiones... Y esto se repetirá mañana y pasado y el otro, y llegará un día en que la situación se hará imposible... Yo no puedo exponerme ni exponerte a ti a que llegue este trance... yo no puedo arriesgarme al peligro de que pienses de mí lo que no puede ser, en ningún sentido, porque yo sé lo que es el despecho y el amor propio... Yo no puedo marcharme, ni dejar de verte, ni seguir alentándote, porque esto sería monstruoso... Pero entonces, ¡qué hacer! Dime, ¿qué puedo hacer más que decirte toda la verdad? Perdóname, Mercedes, si te he hecho mucho daño; piensa que este dolor, con ser muy grande, nos puede evitar otros mucho mayores. Yo no puedo ni quiero renunciar a ti. Yo te quiero con toda mi alma. Y ahora que sabes toda la verdad, ahora que sabes de qué modo te quiero, dime, Mercedes: ¿quieres ser mi hermana?

(Marta no puede más; hace una seña a Angelina, habla con ella en voz baja, y Angelina se acerca a Mercedes.)

ANGELINA.—Marta está violentísima. Dice que vayas en seguida.

MERCEDES.—*(Se levanta y va al lado de Marta.)* ¿Qué quieres? *(Angelina se queda con Gabriel.)*

MARTA.—Llevas veinte minutos hablando con ese muchacho. Está todo el mundo fijándose en vosotros. Bueno está lo bueno; pero tanto, no.

II

Un rincón del Parque del Oeste a las doce y media de una mañana luminosa de abril. Por fondo, un bosque de bambúes, y a su agradable sombra dos bancos de madera. Enfrente, una pradera salpicada de blancas margaritas, que desciende en rápido declive hasta el pequeño cauce de un arroyo y empinada otra vez en recuesto limita con el seto de una gran avenida. Por la derecha, el sendero sube zigzagueando, y a la izquierda, se pierde en un recodo que cierran dos abetos enormes. Por todas partes enebros, eucaliptus, olmos, álamos blancos, magnolias, laureles, y en primer término, al borde del camino, en la misma cenefa que forma el violetal, casi al alcance de la mano, como una tentación para los paseantes, una gran lila en flor.

En lo más alto de la pradera, sujetas por horquillas entre los bojes del sendero, unas mangas de riego, seis o siete, vierten sin cesar sobre la hierba largos chorros de agua; cuando caen a la sombra la lluvia forma una clara cortina de cristal; cuando los hiere el sol cada chorro es un espléndido arco iris. Lucen los árboles la verde pompa de sus hojas nuevas. Se oyen gorjeos y trinos. Huele a tierra mojada.

De los dos bancos que hay a la sombra del cañaveral uno está vacío y el otro ocupado por un hombre, una mujer y una niña. El hombre, un muchacho de veintitantos años, sentado a media anqueta, con una pierna cruzada sobre otra, parece por completo embebido en la lectura de un cuaderno; la mujer, también joven, rubia, feúcha, pero de expresión muy simpática, vestida con sencillez, pero muy limpia; trajecito de gabardina claro con la falda corta; velo a la cabeza, medias de hilo tostadas y zapatitos de color, está atareada en una labor de ganchillo. La niña, una rubia encantadora de tres años, va y viene dando saltos a la pata coja desde el banco hasta el borde del sendero y desde el borde del sendero al banco.

LA MUJER.—Mira que te vas a caer.

LA NIÑA.—No.

LA MUJER.—Como te caigas te voy a dar dos azotes encima. *(Ante la amenazadora advertencia, la chiquilla deja de saltar; se queda un momento indecisa y por fin viene lentamente hacia el banco.)* Toma la pelota y juega, pero sin saltar.

LA NIÑA.—No quero. Estoy cansala.

LA MUJER.—¿Estás cansada? Pues siéntate. *(Hace ademán de cogerla para acomodarla en el banco.)*

LA NIÑA.—*(Sentándose en el suelo.)* No; quiqui.

LA MUJER.—Bueno.

Por el sendero de la izquierda vienen Mercedes, Angelina y DOLLY. Dolly es la señorita de compañía de Mercedes; una inglesa muy delgada y

muy rubia, con los ojos muy claros y la boca muy grande. Viste traje negro bordado de azabache y sombrero redondo, también negro, de tul. Mercedes y Angelina llevan vestidos de primavera y sombrero de paja. Al llegar al bosquete de bambúes cierran las sombrillas y se detienen ante el banco vacío.

MERCEDES.—¿Quieres que nos sentemos un momento aquí?

ANGELINA.—¿Estás cansada?

MERCEDES.—Más que cansada, tengo calor. Voy sofocadísima. Aprieta mucho el sol, ¿verdad?

ANGELINA.—Como que si no fuera por este remusguillo sería insoportable.

MERCEDES.—*(Señalando el banco vacío.)* Aquí se debe estar muy bien.

ANGELINA.—Demasiado bien. Acaso notes frío.

MERCEDES.—Yo, no. Voy bien abrigada. Llevo cubrecorsé.

ANGELINA.—*(Admirada.)* ¡Es posible!

(El muchacho del banco, que al cruzar el grupo de las tres paseantes apartó la vista del cuaderno para examinarlas, vuelve a enfrascarse de nuevo en la lectura. La mujer sigue haciendo ganchillo, aunque de cuando en cuando mira con el rabo del ojo. La niña, sentada en el suelo, coge puñaditos de tierra y se los vierte en el halda.)

LA MUJER.—*(Fijándose de pronto.)* ¡Pero qué haces!... ¡Jesús, Jesús, cómo te estás poniendo!... *(La coge de un brazo bruscamente; la sacude el vestido y con el pañuelo la limpia las manos.)* ¡A ti te parece! ¡Mira cómo tienes el traje! ¡Puesto de hoy!... ¡Sucia, más que sucia... cochina! *(La niña hace un puchero.)* Eso es: llora encima. Como llores, te doy así. *(Levanta la mano y la amenaza con pegarla en la boca.)*

ANGELINA.—*(En voz alta, sin poder contenerse.)* ¡Pobrecita!

LA MUJER.—*(Vuelve la cabeza y se echa a reír.)* ¡Ay qué crios éstos, madre mía! *(La niña se aleja del banco, se detiene un momento ante Angelina, la mira largamente de alto a bajo y luego, como avergonzada de pronto, da media vuelta y echa a correr.)*

ANGELINA.—*(Con efusión verdaderamente maternal.)* ¡Qué rica! *(A Mercedes.)* ¿Verdad que es muy mona?

MERCEDES.—*(Indiferente y distraída.)* Sí.

ANGELINA.—Bien vestida sería esta chiquilla una preciosidad.

MERCEDES.—Mujer, no va mal.

ANGELINA.—Para su clase, no. ¡Pero es que yo la llevaría!... Vi la otra mañana en la calle de la Victoria unos trajecitos de nena... ¡Qué cosa más linda!... A mí me gustan mucho las cositas de niño. Me sé de memoria todos los escaparates de Madrid. A ti, ¿no te interesan?

MERCEDES.—Mujer, nunca se me ha ocurrido.

ANGELINA.—¿No te gustan los niños?

MERCEDES.—Para un rato.

ANGELINA.—A mí, con delirio. Sobre todo cuando son bonitos. Si yo tuviera una nena como ésta me volvería loca.

MERCEDES.—¡Qué cosas dices!

ANGELINA.—Yo creo que una criatura así en un matrimonio que se quiera debe ser el compendio de la felicidad. ¿A ti no te da envidia ese grupo? ¿Verdad que tienen aspecto de ser muy dichosos?

MERCEDES.—Ella es bien feúcha.

ANGELINA.—Pero tiene una cara simpática. Y él es muy buen tipo.

LA NIÑA.—*(Llega al borde del sendero, coge una florecita silvestre y va a depositarla en el regazo de la mujer.)* Toma; una fo.

LA MUJER.—Gracias, rica.

(La niña cruza el sendero, coge otra flor y la deja sobre la rodilla del caballero.) Toma tú mamén ota fo. *(El caballero permanece impasible.)*

ANGELINA.—¡Qué tío más soso! Si yo tuviera un marido así le pegaba. *(El caballero se sacude la florecilla, se levanta del banco y se va sin saludar, siempre embebido en la lectura del cuaderno.)* Toma, pues por lo visto no es el padre.

MERCEDES.—*(Sonriendo.)* Por lo visto.

ANGELINA.—Ya decía yo que este hombre era demasiado soso para padre. En cambio ella no hay que preguntar. Se la nota en la cara. Se ve que debe estar chiflada por su hijita.

(La niña, que iba corriendo al parecer muy decidida en busca de más flores, al llegar frente al banco de Angelina se detiene, se la queda mirando y después de

un rato de vacilación se aproxima.) ¿Tú queres mamén ota fo?

ANGELINA.—¿Tú quieres un bombón?

LA NIÑA.—Yo, sí.

ANGELINA.—Pues tráeme la flor y te daré el bombón.

LA NIÑA.—Meno. *(Sale corriendo, pero en su precipitación tropieza y cae de bruces.)*

ANGELINA.—¡Hija mía! *(De un salto llega hasta ella y la levanta. Todo ha sido tan rápido, que cuando la mujer, atareada con la labor, ha querido acudir, la niña ya está en pie y Angelina, en cuclillas delante de ella, la limpia los ojitos llenos de lágrimas y las manos llenas de tierra.)* Vamos, mujer, no llores que no ha sido nada... ya pasó.

LA NIÑA.—*(Llorando y llevándose una mano a una rodilla.)* Sí... sí... pupa... quiqui...

ANGELINA.—A ver... ¿dónde? ¿Aquí?... ¡Bah!, eso no es nada... Las niñas no lloran. Ahora mismo te voy a dar el bombón.

LA MUJER.—¡Muchas gracias, señorita... muchísimas gracias! No se moleste usted.

LA NIÑA.—¡Pupa!... quiqui...

LA MUJER.—No llores, rica. *(La besa.)*

ANGELINA.—Ven, que te voy a dar el bombón. Verás qué rico está. *(Cada una la coge de una mano y se la llevan al banco.)* Toma el bombón. ¿Te gusta?

LA NIÑA.—*(Con los ojos todavía húmedos de lágrimas.)* Sí.

ANGELINA.—Toma más. *(Saca del bolso unos cuantos bombones y se los da a la mujer.)* Que te los guarde tu mamá.

LA MUJER.—*(Sonriendo.)* Yo no soy su mamá.

ANGELINA.—*(Toda asombrada.)* ¿Cómo? ¿Esta nena no es hija de usted?

LA MUJER.—No, señorita; es de una vecina. Su madre está muy delicada, muy enferma; tiene cuatro y yo me llevo a ésta, que es la más chica y la que da más guerra, para que la pobre tenga siquiera un momento de tranquilidad.

ANGELINA.—*(Confusa.)* Yo creía...

LA NIÑA.—*(Que se ha comido ya el bombón.)* Me lele mucho quiqui. Name oto momón.

LA MUJER.—No, que te va a quitar las ganas de comer. Vámonos a casita y luego te los darán de postre.

LA NIÑA.—*(Resignada.)* Meno.

ANGELINA.—¿Y dice usted que esta niña da guerra? ¡Pero si es un ángel!

LA MUJER.—¡Es muy rica! Anda, da un beso a esta señora y dila «muchas gracias». ¿Cómo se dice?

LA NIÑA.—¡Muchas gachas! *(Pone la cara para que Angelina la bese.)*

ANGELINA.—Bésame tú también.

LA NIÑA.—Meno. *(La besa.)*

LA MUJER.—Vaya; buenos días. Y muchas gracias, señorita. Muchas gracias por todo. *(Se van.)*

ANGELINA.—*(Que se ha quedado sola en el banco, en voz alta, a Mercedes, cuando la mujer y la nena han desaparecido.)* ¿Has visto?

MERCEDES.—¿El qué?

ANGELINA.—Que no era su madre.

MERCEDES.—Ni el otro su padre.

ANGELINA.—No.

MERCEDES.—Y tú que suponías este grupo el compendio de la felicidad. ¡Para que veas! No juzgues nunca por apariencias, Angelina, ¡nunca!... Créeme a mí. No hay nada más engañoso que el espejo de la realidad.

Por el recodo del sendero aparecen Gabriel Heredia y el DUQUE y la DUQUESA DE HINOJARES. El duque ha debido ser una figura arrogantísima. Aun ahora, encorvado el cuerpo, caída la cabeza, pálido el rostro, la mirada turbia, las piernas torpes, el paso vacilante, hay en el conjunto de su persona un noble empaque gallardo y señoril. Viste americana negra ribeteada de trencilla, pantalón de rayas, botines claros y sombrero gris. Con una mano se apoya en un recio bastón; con la otra en el hombro de su hijo.

La duquesa es una mujer insignificante. Más vieja que su marido o más envejecida, por lo menos, tiene el rostro surcado de arrugas y todo el pelo blanco. Lleva un abrigo largo de seda y nutria y una toca negra que hace resaltar más aún la blancura del pelo.

Detrás, a diez o doce pasos de distancia va el lacayo del automóvil, muy alto, muy serio, muy rígido, con los brazos cruzados sobre el pecho y en ellos, doblado, el abrigo de su señor.

ANGELINA.—Mercedes... *(Un poco más alto porque su amiga no lo ha oído.)* Mercedes.

MERCEDES.—*(Distraída.)* Qué...

ANGELINA.—Mira quién viene por ahí.

MERCEDES.—*(Vuelve la cabeza y al divisar el grupo se estremece.)* ¡Ah!...

ANGELINA.—*(Acercándose a ella.)* Tus futuros suegros... Y que no tienes más remedio que saludarlos. No hay manera de evitar el encuentro. Va a ser un momento emocionante.

MERCEDES.—*(Muy pálida.)* No digas tonterías.

ANGELINA.—¡Lo que yo me voy a reír!

MERCEDES.—*(Nerviosa.)* Calla... No seas imprudente... Te lo pido por Dios.

ANGELINA.—Bueno, mujer. No te pongas así.

MERCEDES.—*(Saliendo al encuentro de los recién llegados y haciendo esfuerzos poderosos para mantenerse serena.)* ¡Querida duquesa!... ¿Qué tal, duque? ¿Ustedes por aquí?... ¡Quién iba a pensar!... ¡Qué sorpresa tan agradable!

LA DUQUESA.—Agradable para nosotros, Merceditas, porque es como si recibiéramos la visita en casa. Esto es ya casi nuestro. Venimos aquí todos los días.

MERCEDES.—Ah. ¿Sí?

LA DUQUESA.—Casi todos los días. ¿Cómo está tu padre? ¿Y tu hermana? Tengo muchas ganas de verlos... Diles que me perdonen si no he ido. No voy a ningún lado, hija mía... *(Reparando en Angelina, que se ha acercado.)* ¿Qué tal, Angelina?

ANGELINA.—Muy bien. ¿Y usted, duquesa?

(Saludos, apretones de manos, besos, frases afectuosas... Dolly y el lacayo contemplan la escena silenciosos, apartados del grupo.)

ANGELINA.—*(Al duque.)* Está muy bien... Tiene usted muy buen aspecto.

EL DUQUE.—*(Con gesto amargado y un poco torpe de expresión.)* Así, regular, nada más que regular... muy flojo.

LA DUQUESA.—No le hagáis caso. Es un aprensivo. Está mucho mejor.

EL DUQUE.—¡Oh, es que si no estuviera mejor...!

LA DUQUESA.—El caso es que lo estás.

EL DUQUE.—Sí, eso sí; lo estoy... indudablemente lo estoy... Yo mismo lo comprendo. Pero esta pierna... ¡ah, esta pierna... no la puedo mover!

LA DUQUESA.—Por eso te han dicho que hagas ejercicio.

(Mercedes, muy emocionada, contempla al duque

atentamente sin saber qué decir. El duque alza la cabeza y la mira también; son dos largas miradas acariciadoras que se funden un instante en una mutua compenetración de sentimientos.)

EL DUQUE.—*(En un arranque efusivamente cordial.)* ¡Cuánto me alegro haberte visto, hija mía!... ¡Qué ganas tenía de verte!... *(Daminándose ante el temor de ir demasiado lejos.)* ¡Os quiero tanto a todos!... a tu hermana... a ti... Yo he sido un gran amigo de tu madre...

LA DUQUESA.—*(Completamente ingenua.)* Es verdad; la queríamos mucho. ¡La pobre era tan buena!

EL DUQUE.—Una santa.

(Hay una pausa larga. Nadie se atreve a hablar. Diríase que el espíritu de la muerta acaba de rozar con sus alas invisibles la conciencia de todos. Mercedes, cada vez más conmovida, aparta los ojos del duque y los fija en los de Gabriel. Hay en ellos una emoción tan honda, que Mercedes siente que los suyos se le llenan de lágrimas.)

EL DUQUE.—*(Apoyándose en el brazo de Mercedes.)* ¿Queréis que nos sentemos un ratito?

GABRIEL.—Lo que quieras, papá.

MERCEDES.—Sí, sí... vamos a sentarnos.

LA DUQUESA.—¿No estará eso muy húmedo? Parece ese banco demasiado sombrío. A ver si te enfrías, Javier.

EL DUQUE.—Me pondré el abrigo. Que me lo echen encima de los hombros.

(Gabriel hace una seña al lacayo y el servidor acude solícito con el gabán de su señor; cumple la orden y vuelve a retirarse. El duque, apoyado en su hijo y en Mercedes, se dirige lentamente al banco. Los tres se sientan.)

GABRIEL.—*(Incorporándose al darse cuenta de que su madre se ha quedado de pie.)* Perdón, mamá.

LA DUQUESA.—Estás bien, hijo; no te muevas. Yo me iré a aquel otro con Angelina. ¿Quieres, Angelina?

ANGELINA.—Encantada, duquesa. *(Se sientan las dos en el banco de al lado.)*

LA DUQUESA.—*(Fijándose por primera vez en Dolly y mirándola con los impertinentes.)* ¿Quién es esa muchacha? ¿Venía con vosotras? ¿Es la miss?

ANGELINA.—Sí... la de Mercedes... Dolly...

LA DUQUESA.—Ah, sí... es verdad, ¡veo tan poco! *(En voz alta, como si llamara al gato.)* Miss... miss, venga aquí; siéntese; hay sitio.

DOLLY.—Muchas gracias, señora. *(Se sienta en la punta del banco.)*

LA DUQUESA.—¿Cómo está tu madre, Angelina? Tengo muchas ganas de echar un párrafo con ella. Hace un siglo que no la veo.

ANGELINA.—Sale muy poco.

LA DUQUESA.—Pero ¿está buena?

ANGELINA.—Gracias a Dios, muy buena y muy ágil. Todas las mañanas se va un ratito al Cristo... sola...

LA DUQUESA.—Qué pícara. ¿Pues no decías que no sale?

ANGELINA.—A misa nada más.

LA DUQUESA.—Pues dile que haga un esfuercillo y dedique un rato a las viejas amigas. Y eso que ella también dirá que yo... Pero es que yo tampoco voy a ninguna parte, y ahora menos que nunca. Desde el ataque de Javier, no tenemos un momento tranquilo. Esta dichosa enfermedad nos ha trastornado por completo.

ANGELINA.—Yo le encuentro muy bien.

LA DUQUESA.—¡Por Dios!

ANGELINA.—Los médicos ¿qué dicen?

LA DUQUESA.—¿Qué quieres que digan? sobre todo, ¡qué quieres que me digan a mí!... que esto no es nada, que pasará... pero yo estoy muy asustada; siempre oí que esta enfermedad no tiene remedio.

ANGELINA.—¡Bah, quién sabe!... Dicen que hay muchos casos en que la curación es absoluta.

LA DUQUESA.—Sí; eso dicen también. *(Siguen hablando.)*

EL DUQUE.—*(Con una mano de Mercedes sobre la izquierda de él, la paralítica, y acariciándola con la sana.)* Eres la misma cara de tu madre, Mercedes, eres igual, igual... la misma boca, la misma expresión de bondad en los ojos. Te miro y me parece que la estoy viendo a ella. *(Calla otra vez. Por sus pupilas dilatadas y turbias pasa un relámpago de luz, como si la memoria al revivir el recuerdo de la mujer amada encendiera detrás de los ojos una llama de vida y de ilusión.)* Yo he querido mucho a tu madre, mucho... ¿No

te lo ha contado nunca ella? Nos conocimos muy pequeños, jugamos de niños; nuestras familias eran íntimas y siempre estábamos el uno en la casa del otro; a veces temporadas muy largas... Crecimos y fuimos como dos hermanos que se lo cuentan todo... Jamás hubo entre nosotros secretos ni dobleces. Luego tu madre se casó... la casaron... muy joven... Yo también me casé. Nos desvió la vida, pero el afecto no se entibió nunca. En otro medio social quién sabe si yo me hubiera casado con tu madre..., pero a tu madre la tenían ya destinado marido... A mí me tenían elegida mujer... Obedecimos. Nos dejamos llevar... *(Dando un suspiro.)* ¡Ya ves tú qué cosas!

MERCEDES.—*(Haciendo esfuerzos sobrehumanos para contenerse; los ojos húmedos, los labios secos; queriendo inútilmente sonreír.)* Es curioso...

EL DUQUE.—Al verte ahora, todos los recuerdos de las cosas queridas se han agolpado a mi memoria y es como si lo mejor de mi vida pasada volviera a desfilar. Déjame que te mire, Mercedes... ¡Qué linda eres, qué bonita eres! Eres lo mismo que tu madre; eres igual... Mírame... ¿qué es eso? ¿qué te pasa?... ¿Te entristece lo que te digo? ¿Te molesta?

MERCEDES.—*(Consiguiendo por fin crispar los labios con una mueca que quiere ser una sonrisa.)* ¡No!

EL DUQUE.—Así... así... ríete así... Ahora te pareces mucho más todavía. Así se reía ella.

GABRIEL. - ¡Papá!

EL DUQUE.—*(Descendiendo a la realidad.)* ¿Qué quieres?

GABRIEL.—¿No sientes frío? ¿Te parece que nos vayamos?

EL DUQUE.—*(Malhumorado.)* No. *(Callan los tres.)*

LA DUQUESA.—*(A Angelina.)* María y yo nos queríamos mucho. Yo a estas niñas las he visto nacer. Yo iba mucho a su casa... hasta que la pobre María se murió... Ella realmente era la que sostenía la amistad. Alora y Javier no congeniaron nunca. Eran dos caracteres diametralmente opuestos, antagónicos. Javier siempre ha sido un espíritu abierto, muy a la moderna; Alora, un reaccionario, de lo más reaccionario que yo he conocido. La pobre María debió sufrir muchísimo con él.

ANGELINA.—Sí, eso mismo le he oído contar a mi madre.

LA DUQUESA.—Pero nunca se quejó. Nadie podrá decir que la oyó lamentarse. La pobre sobrellevó su cruz con una resignación verdaderamente ejemplar.

ANGELINA.—Todo el mundo dice que era muy buena.

LA DUQUESA.—Una santa.

ANGELINA.—Pues Mercedes también es muy buena.

LA DUQUESA.—*(Con alegría.)* Sí, ¿verdad?

ANGELINA.—¡Un ángel! Mercedes es una criatura encantadora. Sencilla, amable, cariñosísima...

LA DUQUESA.—Yo la conozco poco. A quien más he tratado es a Martita...

ANGELINA.—Marta es otra cosa; es más... al padre. No es que sea mala, no; yo la quiero muchísimo, pero es... ¿cómo le diré yo a usted? más arisca, más seca, más...

LA DUQUESA.—Empaquetada.

ANGELINA.—Eso es.

LA DUQUESA.—Como el padre, que siempre parece Don Rodrigo en la horca. Y yo no sé verdaderamente a qué viene este orgullo; porque, según mis noticias, está el hombre arruinado.

ANGELINA.—*(Confusa.)* Yo no sé, duquesa.

LA DUQUESA.—Sí, sí; completamente... Se lo ha jugado todo en Bolsa y hasta fuera de Bolsa. Están viviendo de las últimas migajas y de los sueldos de tres o cuatro Consejos de Administración que le han dado por ahí... ¡Una catástrofe!... ¡Yo no sé qué va a ser de estas pobres criaturas el día que Alora muera!... Por qué no se casan...

ANGELINA.—Mercedes aún es joven.

LA DUQUESA.—¿Qué edad tiene?

ANGELINA.—Veintitrés años.

LA DUQUESA.—*(Haciendo memoria.)* Sí, es verdad; esos debe tener. Con todo, me parece que como no se dé mucha prisa... ¿Tiene novio?

ANGELINA.—*(Azorada.)* No sé, duquesa... Creo que no...

LA DUQUESA.—A mí estos días me han dado algunas bromas... Dicen que si Gabriel...

ANGELINA.—Yo no sé... Ellos dicen que no...

LA DUQUESA.—Eso mismo me ha asegurado Gabriel.

ANGELINA.—*(Con gran interés.)* Ah, ¿usted se lo ha preguntado a Gabriel?

LA DUQUESA.—*(Ingenua.)* Sí; y me ha dicho que no.

ANGELINA.—Tal vez haya sido por miedo de disgustarla.

LA DUQUESA.—¿A mí? ¿Por qué?

ANGELINA.—¡Qué sé yo! *(Decidida de pronto a salir de dudas y afrontar el asunto.)* Acaso haya temido que usted juzgue que Mercedes es poco partido para él.

LA DUQUESA.—Hombre, claro está que lo es. Pero, ¡si se querían! Yo lo único que puedo desear para mi hijo es que se case con una mujer buena y digna de él. No estorbaría que además fuese rica, pero si no lo es, ¡qué le vamos a hacer!

ANGELINA.—*(Conmovida.)* Es usted muy buena, duquesa, ¡muy buena! *(Le coge las manos y se las besa.)*

LA DUQUESA.—*(Retirándolas.)* Angelina, chiquilla... estate quieta... ¿Te has vuelto loca?

ANGELINA.—¡Qué buena es usted!

EL DUQUE.—*(A Mercedes.)* Ve algún día por casa. Alguna tarde que estés muy aburrida y no tengas nada que hacer, en lugar de ir a un *cine,* vienes y me dedicas un ratito, ¿quieres?

MERCEDES.—Sí, señor, sí...

EL DUQUE.—¿De verdad?

MERCEDES.—Se lo prometo a usted. Además, alguna otra mañana nos volveremos a ver. Ahora llega el buen tiempo y yo vengo también a pasear por este parque.

EL DUQUE.—*(Con gran alegría.)* ¿Sí?

MERCEDES.—Y como usted también viene, pues nos encontraremos...

EL DUQUE.—*(Estrechándola fuertemente la mano.)* ¡Cuánto te lo agradezco!

MERCEDES.—No tiene usted que agradecerme nada. Lo hago de corazón. Yo le quiero a usted mucho.

EL DUQUE.—¡Hija mía! *(Mercedes tiene que morderse los labios porque la palabra santa se le va de la boca.)*

GABRIEL.—*(Que se está dando perfectamente cuenta de la emoción de ambos.)* Vámonos, papá, que es muy tarde.

EL DUQUE.—¿Me dejas, hija, que te dé un beso?

MERCEDES.—Sí. *(Pone la cara para que el duque la*

bese, y al sentir en la piel más que el beso el calor de una lágrima, no puede contenerse y le besa también.)

GABRIEL.—*(Imperiosamente.)* Vámonos.

MERCEDES.—*(Reaccionando y echándose hacia atrás.)* Sí, vámonos.

EL DUQUE.—*(Resignado.)* Vámonos. *(Se levantan los tres.)*

LA DUQUESA.—¿Nos vamos?

GABRIEL.—Sí. Dice papá que siente frío.

LA DUQUESA.—Ya os lo advertía yo. *(Se aproxima con Angelina y todos forman grupo.)*

EL DUQUE.—*(Completamente dueño ya de sí.)* Adiós, Merceditas; da un abrazo a tu hermana... y a tu padre... Diles que ya iré a verlos si me deja esta pierna.

MERCEDES.—Está usted cumplido. No se preocupe usted. Adiós, duquesa.

LA DUQUESA.—Adiós, hija. Muchos recuerdos a todos. Adiós, Angelina.

ANGELINA.—Adiós, duquesa. Adiós, duque.

MERCEDES.—Adiós, Gabriel.

LA DUQUESA.—*(A su hijo.)* Quédate tú si quieres. Acompáñalas. Nosotros nos vamos a casa.

MERCEDES.—No, no, de ninguna manera. Gabriel debe ir con su padre... y con usted.

LA DUQUESA.—Pero si tenemos el auto ahí mismo. No nos hace falta... Quédate, Gabriel.

GABRIEL.—*(Indeciso.)* Yo lo que mandéis.

LA DUQUESA.—Quédate.

MERCEDES.—No; vete.

GABRIEL.—Como queráis. *(Después de un instante de indecisión.)* ¿Vamos, papá? *(Le coge del brazo enfermo y echan los dos a andar sendero abajo. Mercedes los sigue con la vista hasta que desaparecen tras la hojarasca del recodo. Después se sienta en el banco y queda pensativa.)*

ANGELINA.—*(Se acerca a ella con cariñosa solicitud.)* ¿Qué tienes?

MERCEDES.—*(Pasándose la mano por los ojos.)* Nada.

ANGELINA.—*(Mirándola fijamente.)* Tú has llorado, Mercedes... Estás emocionada... ¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué te ha dicho el duque?

MERCEDES.—Nada... ¿Qué querías que me dijese? Me

ha estado hablando de su enfermedad... el pobre se da cuenta de todo... sabe que se muere... y... no lo he podido remediar... me ha conmovido; me ha dado mucha pena.

ANGELINA.—Sí, verdaderamente... a mí me hubiera sucedido lo mismo. Pero, en fin, déjalo... Todo no han de ser desgracias. Yo te voy a dar una buena noticia. ¿Sabes lo que me ha dicho la duquesa?

MERCEDES.—¿Qué te ha dicho?

ANGELINA.—Pues me ha dicho... verás. Te advierto que ha salido de ella. Me ha indicado que no se opone a vuestros amores ni muchísimo menos; es más: me ha dado a entender muy claramente que los ve con gusto.

MERCEDES.—*(Severa.)* Te advertí, Angelina, que no dijeses nada.

ANGELINA.—¡Pero si no se lo he dicho! ¡Si ha sido ella la que ha sacado la conversación! Además, supongo que me lo habrá dicho para que te lo cuente, porque si no, ¿a qué santo me lo iba a mí a decir? *(Mercedes no contesta.)* ¿No te parece? *(Mercedes sigue silenciosa, muy entretenida en dibujar redondelitos en la arena con la contera de la sombrilla.)* ¡Ay, hija, no sé cómo eres! Otra en tu lugar estaría loca de alegría, y tú... De algunos días a esta parte no sé lo que te pasa. Cada vez te entiendo menos.

MERCEDES.—*(Levantando la cabeza.)* ¿Te parece que nos vayamos?

ANGELINA.—Lo que quieras. Pero dime, ¿qué tienes? ¿Por qué estás disgustada? ¿Es porque no has podido hablar con Gabriel? ¿Es eso?

MERCEDES.—¡Oh, no!

ANGELINA.—Es que si fuera por eso, tú has tenido la culpa. El muchacho quería quedarse. Has sido tú quien le has dicho que se marchara.

MERCEDES.—¡Que no es eso, mujer!

ANGELINA.—¿Entonces?... ¡Ah!... ahí está.

MERCEDES.—*(Volviendo rápidamente la cabeza.)* ¿Quién?

ANGELINA.—Gabriel, ahí le tienes.

(En efecto, Gabriel llega por la izquierda muy de prisa. Las dos muchachas se levantan y salen a su encuentro.)

MERCEDES.—¿A qué vienes? ¿Por qué no has ido con tu padre?

GABRIEL.—Porque mamá no ha querido que os deje solas. Ya sabes lo que es...

MERCEDES.—Pero, ¿y tu padre?

GABRIEL.—No tengas cuidado. Va muy bien... Yo mismo le he ayudado a subir en el coche. Dentro de diez minutos está en casa.

MERCEDES.—Hubiera preferido que fueses tú con él.

GABRIEL.—Es lo mismo.

ANGELINA.—Bueno, niños, ¿qué hacemos?

GABRIEL.—Lo que digáis.

MERCEDES.—Daremos una vuelta.

ANGELINA.—Muy bien. Voy delante con Dolly, ¿eh?

MERCEDES.—No, mujer; vamos los cuatro juntos.

ANGELINA.—No, hijita, no, que yo soy también de carne y hueso y hay cosas que me dan mucha envidia. Prefiero ir delante. Ojos que no ven... Vaya: ahí os quedáis. Adiós. *(Va en busca de Dolly y echan las dos a andar.)*

GABRIEL.—*(En voz baja, a Mercedes, que sigue parada ante él.)* ¿Lo ves? Ya te lo dije; ha sucedido lo que yo me temía. Has pasado un mal rato.

MERCEDES.—¡No lo sabes tú bien!

GABRIEL.—¡No lo he de saber si os estaba mirando! Hubo un momento en que creí que ibas a romper a llorar. Por eso corté... ya lo comprenderías.

MERCEDES.—Hiciste bien.

GABRIEL.—Era ya demasiado.

MERCEDES.—Como que ya no podía más.

GABRIEL.—¡Pobre Mercedes!

MERCEDES.—Me he emocionado mucho.

GABRIEL.—Conste que has sido tú quien lo ha querido. Yo te lo advertí...

MERCEDES.—No, no, si no me pesa. Lo que siento es no poderle ver todos los días.

GABRIEL.—Sería muy expuesto.

MERCEDES.—Por eso digo que es lo único que siento.

ANGELINA.—*(Desde lejos volviendo la cabeza.)* ¡Niños!...

MERCEDES.—(*A Angelina en voz alta.*) Vamos... (*Echan a andar muy juntos.*)

GABRIEL.—(*Cagiéndola de un codo.*) Oye: ¿qué efecto

te ha causado? ¿Cómo le encuentras? ¿Verdad que está muy mal?

MERCEDES.—Hombre, yo no le veo tan mal... ¡Como no sea que tú me exageraste tanto!

GABRIEL.—(*Profundamente abatido.*) Está muy mal... Muy mal!... (*Desaparecen por la izquierda.*)

Por la derecha del sendero bajan cogidos del brazo ALBERTO y LUISA, un joven matrimonio en el dulce encanto todavía de la luna de miel. Ella es rubia, delgada, menudita y representa tener unos diez y nueve años, lo cual quiere decir que, por lo menos, pasa de veinticinco. Viste traje gris plomo con la falda muy corta, medias de seda, zapatitos de ante y una gorra de paja también gris, bajo la cual se alborotan en la frente unos ricillos ensortijados de color caoba. La garganta blanquísima, maravillosamente modelada, se prolonga hasta la abertura un poco exagerada de un escote cuadrado, en medio del cual tiembla, sujeta por un hilo de platino, una crucecita de brillantes. Recogida en el brazo lleva una piel de skun y en la mano una sombrilla cerrada.

El debe tener veintisiete o veintiocho años; es alto, muy moreno, viste traje de americana azul marino, botines blancos, sombrero gris con cinta negra y un clavel rojo en el ojal.

LUISA.—¿Te parece que nos detengamos un momento aquí?

ALBERTO.—¿Estás cansada?

LUISA.—Cansada, precisamente, no; es que me duele un poco el pie.

ALBERTO.—Te apretará el zapato. Tendrás alguna arruguilla en la media.

LUISA.—No, no; si llevo precisamente unas medias muy finas y los zapatos son los de siempre. Es el calor. En cuanto aprieta el calor se me ponen los pies delicadísimos.

ALBERTO.—¿Quieres que nos sentemos?

LUISA.—No, si no es más que un momento; se me pasa en seguida. (*Apoya ambas manos en el puño de la sombrilla, levanta un pie y se queda sobre el otro, como las grullas.*)

ALBERTO.—Sería mejor que nos sentáramos.

LUISA.—No, no, que luego se enfría y me duele más al levantarme.

ALBERTO.—En cuanto lleguemos a casa voy a tirar esos zapatos por el balcón.

LUISA.—Sí; con ocho duros que han costado... Buenos están los tiempos para despilfarrar... No, hijito, no...

ALBERTO.—¡Pero si te hacen daño! Siempre dije que esos zapatos te están chicos.

LUISA.—¡Y dale! Si no son los zapatos... ¡Son los pies! (*Volviendo la cabeza alrededor, siempre apoyada en la sombrilla.*) Qué lindo es este sitio, ¿verdad?

ALBERTO.—Muy lindo.

LUISA.—Yo no sé cómo hay quien se atreve a decir que los alrededores de Madrid son feos. Yo te aseguro que si me dejaran tener aquí una casita, aunque fuera chiquirritita como la de un guarda, no sentiría ni por un momento el deseo de veranear. ¡Qué felices deben ser los guardas, Alberto!

ALBERTO.—Con diez reales de jornal, ¡muy felices!

LUISA.—Pero, ¿y el placer de vivir aquí, rodeados por todas partes de árboles y de flores? ¿Es que no vale nada? ¿Crees tú que se encuentra en muchas partes un rinconcito tan encantador como éste? Mira, mira esa lila ¡cómo está de flores! ¿No es una envidia? Fíjate en esas, en aquellas del centro... ¡Qué rama más linda! ¡Lo que yo daría por una rama así!

ALBERTO.—¿La quieres?

LUISA.—Es preciosa.

ALBERTO.—¿La quieres?

LUISA.—No, que puede venir el guarda.

ALBERTO.—(*Escrutando minuciosamente la espesura.*) No veo ninguno. No vamos a tener la mala suerte de que surja de pronto.

LUISA.—No te fíes, por si acaso, que son muy tunos. Muchas veces están escondidos.

ALBERTO.—Sí, tienes razón. No vale la pena. (*Cogiéndola del brazo.*)

LUISA.—(*Sin moverse y sin quitar la vista del árbol.*) ¡El caso es que es tan linda! ¡Si supiéramos que no venía el guarda!

ALBERTO. ¿Tú la quieres, verdad? ¿la quieres? (*Acercándose más a ella y acariciándola dulcemente un brazo.*) Dime, nenita ¿es un deseo o es un antojo?

LUISA.—(*Ruborizándose.*) ¡Qué tontísimo eres!

ALBERTO.—(*Decidido.*) Te la voy a dar.

LUISA.—(*Deteniéndole.*) ¿Y dónde la guardamos?

ALBERTO.—Verdad. Eso es lo más difícil. (*Súbitamente, con una inspiración.*) ¡En el sombrero!

LUISA.—¿En el sombrero?

ALBERTO.—Sí, debajo del sombrero, del mío, como

los soldados los pitillos. Todo será que me haga cosquillas.

LUISA.—La esconderé yo debajo del boa.

ALBERTO.—Mejor. Voy por ella. Ten cuidado. Mira tú entretanto a ver si viene el guarda.

LUISA. - (*Dando un grito terrible.*) ¡Ay!

ALBERTO.—(*Volviendo la cabeza asustado.*) ¿Qué pasa? ¿Viene el guarda?

LUISA.—¡Ay, ay, ay!

ALBERTO.—(*Corriendo hacia ella.*) ¿Pero qué te pasa?

LUISA.—(*Señalando el escote.*) Aquí... aquí...

ALBERTO.—No te muevas. Estate quieta. Es una avispa. ¡Ah tuna, dónde quería meterse! Espera, no te muevas, que la voy a matar. (*Saca el pañuelo, lo coge de las puntas y sacude un golpe en el escote. La avispa cae atontada al suelo.*) Ya está. (*Pone el pie encima del insecto y lo aplasta.*) Se acabó. Lo que es ésta no vuelve a darte más sustos.

LUISA.—(*Muy pálida.*) ¡Ay!

ALBERTO.—(*Alarmado.*) Pero, ¿es que te ha picado? Pobre nenita... Sí, efectivamente, tienes un punto encarnado... ¡Pobre hijita mía! Vaya, esto no es nada... (*Acariciándole con la mano el pecho.*) «Sana, sana, culito de rana.» Ven, que te doy un beso para que sane del todo... (*Mete las narices en el escote.*) Uno, dos, tres...

LUISA.—(*Ahogando un grito.*) ¡Ay!

ALBERTO.—(*Levantando la cabeza.*) ¿Qué pasa?

LUISA.—¡El guarda!

(*En efecto, separando con su cuerpo la espesura de los matorrales, se ha presentado inopinadamente un guarda con la banderola terciada y en la mano un nudoso garrote. Apoyado en él se queda mirando descaradamente a la pareja.*)

ALBERTO.—(*Muy azorado, muy confuso.*) ¡Caramba con la avispa! ¡Menudo verdugón te ha hecho! Si hubiera por aquí un poco de agua fresca... (*Cogiendo a su mujer del brazo.*) Ven, allí hay un arroyito. Mojamos el pañuelo y te refrescas un poco.

LUISA.—(*Muy colorada y bajando mucho la voz.*) ¿Ves, ves cómo son unos tunos? ¿No te decía yo que no te fiaras?

ALBERTO.—(*Hablando muy alto y sin volver la cara.*) Ahí tienes; estas son las delicias del campo y los encantos de la primavera.

EL GUARDA.—(*Con socarronería.*) ¡La primavera... el campo! ¡Sí que estáis buenos! (*El marido, que ha oído la frase, se para en seco y vuelve la cabeza con desplante agresivo.*)

LUISA.—(*Asustada se cuelga de su brazo y le obliga a seguir.*) No hagas caso... Déjalo; no vayamos a tener un disgusto.

EL GUARDA.—(*Siguiéndolos con la vista.*) ¡Valientes sinvergüenzas!

Por la derecha MARÍA PEPA y su madre la CONDESA DE ARNEDO, prima hermana del marqués de Alora. Cuarenta y seis años, un metro setenta de estatura y noventa y seis kilos de peso. Aunque esta obesidad le molesta bastante, desconfiada y aprensiva, no ha querido jamás, y en ello seguramente ha hecho muy bien, someterse para adelgazar a peligrosos procedimientos de desgaste. Nada de drogas ni potingues. Está a régimen, pero un régimen sencillo y razonable: una taza de te con leche, sin pan, de desayuno; carne asada y fritos; y por toda bebida un vasito de agua de Vichy; un rato largo de pie, después de cada comida; una hora de paseo por la mañana y dos por la tarde, sin agitarse mucho, porque el exceso de ejercicio abre las ganas de comer y es contraproducente. Como es preferible que estos paseos se hagan al aire libre, la condesa va unos días a El Pardo, otros al Retiro y con preferencia al parque del Oeste. Deja el automóvil en cualquier avenida y le vuelve a tomar terminada la pedestre excursión. La acompaña siempre una de sus hijas: María Luisa o María Pepa. Cuando María Pepa va por la mañana, María Luisa va por la tarde, y viceversa. Esta mañana le tocó a María Pepa.

Es tan alta como su madre, pero la pobrecita está en los huesos. Viéndolas juntas a las dos se da uno cuenta de lo mal repartido que anda el mundo. Con la mitad de la carne que a la madre le sobra, equitativamente distribuída bajo la piel de la muchacha, la madre tal vez sería una jamona apetitosa todavía y la niña, seguramente, una figura escultural, una mujer muy sugestiva. Porque María Pepa es guapa. Tiene los ojos negros y aterciopelados, muy hermosos; la boca un poco grande, pero graciosa y fresca. Es muy morena; le sombrea el bozo, se le prolongan las patillas, y por detrás, en el escote, se ve bajo los rizos de la nuca el surco de la espalda lleno de vello. Viste un traje de seda azul eléctrico, muy amplio, con la cintura en las caderas. No lleva corsé.

Cuando llegan frente a la lila en flor el guarda está refunfuñando todavía. La condesa se para, se cala los impertinentes y le mira curiosa.

EL GUARDA.—¡Indecentes! ¡Luego dicen que si los pobres no tenemos educación!

LA CONDESA.—¿Qué ha sido?

MARÍA PEPA.—¿Pero a ti qué te importa, mamá?

EL GUARDA.—Nada, señora; aquellos señoritos... (*Señalándolos con el garrote.*) Aquellos que van por allá, que los acabo de coger ahora mismo besándose.

La condesa.—(*Escandalizada.*) ¡Qué barbaridad!

María Pepa.—¿Es posible?

El guarda.—¿Que si es posible? ¡Y de qué manera! Primero la metió la mano... Luego la besó, aquí (*Señalando el pecho.*) en las...

La condesa.—(*Atajándole.*) Basta, basta... Suprima usted las descripciones realistas. Nos damos cuenta. ¡Qué escándalo! (*Echa a andar con María Pepa.*)

El guarda.—¡Y luego dicen que si los pobres!... (*Blande el garrote, mueve la cabeza y se vuelve a meter en la espesura.*)

La condesa.—¡Cómo están las mujeres!

María Pepa.—(*Sonriendo.*) La primavera, mamá.

La condesa.—¡Qué primavera ni qué narices! Que se besen en su casa si quieren y no vengan aquí a dar el espectáculo. (*Mirándolos atentamente con los impertinentes.*) Y el caso es que tienen traza de matrimonio.... (*Indulgente.*) Quizá sean dos recién casados...

María Pepa.—Mamá, por Dios. ¿Tú crees que si fueran matrimonio vendrían a besarse aquí?

La condesa.—También tienes razón. Debe ser un lío.

María Pepa.—Seguramente. No hay más que ver lo acaramelados que van.

La condesa.—(*Sin dejar de mirarlos.*) Y ella es una niña. No tiene seguramente más de diez y seis años.

María Pepa.—Huy, en eso no te fíes.

La condesa.—¡Dios mío, Dios mío, cómo están las niñas!

María Pepa.—(*Deteniéndose de pronto y señalando entre unos árboles.*) Mira, mira quién va por allí.

La condesa.—¿Quién?

María Pepa.—Mercedes, tu sobrina.

La condesa.—(*Volviéndose a calar los impertinentes y mirando en la dirección que señala su hija.*)

María Pepa.—Sí, Merceditas Alora, con Gabriel Heredia... Míralos, cogidos del brazo y bien acaramelados también... Me parece que tampoco a éstos les falta mucho para besarse.

La condesa.—¡Qué vergüenza!

María Pepa.—Vamos a salirles al encuentro a ver qué cara ponen.

La condesa.—No, no; de ninguna manera. Prefiero no encontrarlos. No me podría contener.

María Pepa.—Mira Merceditas... ¡la mosquita muerta!

La condesa.—¡Qué niñas, Dios mío, que niñas éstas! ¡Cómo están estas niñas!

III

Gabinete-tocador-fumadero en casa de Carlos Monterrey (piso tercero con entresuelo, principal y ascensor en el promedio de la calle de Ayala). Es una habitación cuadrada, muy hermosa, sobre todo muy clara porque hace esquina y tiene dos balcones; el de la izquierda cerrado y con los cristales cubiertos con altos visillos de batista moteada de puntitos blancos; el de la derecha abierto de par en par. Por él se ve, en primer término, un inmenso solar vallado, lleno de verde hierba que pastan unas cabras, y picotean hasta docena y media de gallinas presididas por un enorme gallo rubio que cuando le da el sol brilla como si fuera un ídolo de bronce. Al final, tras la valla, se alzan dos casas en construcción, unos tejados rojos y sobre los tejados, recortada en el cielo, intensamente azul, la cúpula de la iglesia de la Concepción, ese deplorable armazón de hierro pintarrajeado de blanco, que se descubre desde todos los puntos del barrio de Salamanca y que si a primera vista causa indefectiblemente una impresión desagradable, concluye uno por convencerse de que es mucho más feo cuanto más se le mira.

Carlos Monterrey ha sacado de esta habitación todo el partido posible. En el ángulo de los dos balcones hay un diván anchísimo y muy bajo, cubierto con mantas jerezanas que por un lado arrastran por el suelo las borlas de sus flecos amarillos y rojos y por el otro trepan por la pared formando una especie de respaldo limitado por una cornisa de caoba atestada de libros. En el rincón de enfrente hace juego otro diván igual, con la única diferencia de que en la cornisa, en vez de libros, hay cacharros de Talavera, Tanagras, terracottas, y porcelanas de Copenhague. Los dos divanes están materialmente llenos de almohadones de todas formas, colores y tamaños y tienen delante dos taburetes árabes, de imitación, naturalmente, con petacas, pitilleras, cajitas de tabaco y en medio de cada uno un narguilé con las gomas enrolladas alrededor de la botella.

En el tercer rincón hay esquinada una gran mesa Imperio con filetes de oro, cubierta con un grueso cristal biselado sobre un fondo de muaré violeta tan deslucido, que se diría una casulla vieja. Sobre la mesa se yergue un altísimo espejo de caoba que casi roza con el techo y sobre el tablero de cristal hay esparcidos frascos, frasquitos, botellas, pomos, cajas, polveras, pulverizadores, esencieros, cepillos, peines, tijeras, tenacillas, limas, espejos, pulidores, tantos y tan surtidos que más que el mueble de un soltero joven parece el tocador de una cocota vieja.

En el último rincón no hay nada ni puede haber nada porque uno de los lados está ocupado por el radiador y el otro roto por una puertecita que da al pasillo y al cuarto de baño. Pegando con esta puerta hay un armario de dos lunas y en el testero principal, enfrente del balcón cerrado, se abre la puerta de la alcoba.

En el centro de la habitación un veladorcillo del mismo estilo que la mesa y sobre él unos guantes, unos gemelos de camisa, un alfiler de corbata, un reloj y un bolsillo de oro, una cartera de piel con iniciales, un pañuelo de seda y dos reales en calderilla.

Carlos Monterrey, vestido con un pijama azul con listas blancas, sale del cuarto de baño secándose los labios con una toalla; coge de encima del tocador un espejo de mano y se mira los dientes. El examen debe satisfacerle porque sonríe complacido y vuelve a dejar el espejo sobre el tocador. Saca de un estuche de cuero la maquinita de afeitar, pone en ella una hoja y se va otra vez al cuarto de baño. Al poco rato suena el tim-

bre de la puerta, se oyen recias pisadas en el entarimado del pasillo y una voz de hombre que dice:

—Pásame donde esté. Yo soy de confianza.

Fernandito Alcaraz, vestido de uniforme: chaquetilla de húsar de la Princesa con la roja cruz santiaguista en el pecho, *breeches* caquí, botas de montar, guantes de piel y una fusta en la diestra, avanza por el pasillo sin descubrtrse y sacudiéndose las botas blancas de polvo. Al llegar frente a la puerta del cuarto de baño se detiene indeciso. Carlos sale a su encuentro con una mejilla enjabonada y en la mano la maquinilla de afeitar.

CARLOS.—Hola... ¿eres tú?... ¿qué tal?... Pasa.

FERNANDO.—¿Adónde?

CARLOS.—Donde tú quieras. Ahí mismo, al gabinete. Estarás más cómodo.

FERNANDO.—Chico, siento haber venido a molestarte.

CARLOS.—No me molestas nunca. Además, termino en seguida. Es cuestión de un momento. Me perdonas, ¿verdad?

FERNANDO. — (*Confundido ante tanta amabilidad.*) ¡Hombre!

CARLOS.—Siéntate. Y fuma. Por ahí habrá tabaco. Si te gusta la pipa, llama y que te preparen un narguilé.

FERNANDO.—No, muchas gracias; prefiero los pitillos. (*Inspecciona dos o tres cajas y se decide por un emboquillado de color de miel. Lo enciende, y después de acondicionar en el ángulo del diván un montón de almohadones, se tiende sobre ellos con los brazos en cruz y las piernas rígidas y abiertas.*) ¡Muchacho, cómo estoy!... Hecho pedazos... No puedo más. Figúrate que no me he acostado todavía.

CARLOS.— (*Desde el cuarto de baño, indiferente, sin volver la cabeza.*) ¿Y eso?

FERNANDO.—Nada, que anoche me entretuve demasiado y cuando llegué a casa eran las tres y media. El tiempo justo para darme una ducha y cambiarme de ropa. A las cinco menos cuarto estaba el asistente con los caballos en la puerta. Paseo militar. Y menos mal que no nos han llevado como el lunes a Las Matas y no nos han tenido todo el dia. ¡Te digo que...! (*Calla como si aguardara una respuesta, pero Carlos no puede contestar porque se está afeitando el labio superior. Fernando deja pasar unos minutos y prosigue.*) Chico, qué calor hace en esta casa. ¿Tienes calefacción todavía?

(*Y como Carlos sigue sin contestar, se levanta muy despacio, avanza hasta el radiador y pone prudentemente dos dedos sobre el tubo.*) No; está frío. ¡Qué raro! Porque hace muchísimo calor.

CARLOS.—(*Que ha concluído de afeitarse.*) Sí. (*Mete la cabeza en el lavabo y se chapuza repetidas veces. En seguida vierte el agua fría, echa agua caliente, empapa una toalla de felpa, se la enrolla a la cara y por encima de la tela empieza a friccionarse. Se quita la toalla, se da una abundante pulverización de un líquido de color de coral, extiende luego sobre la piel una pomada blanca que saca de un bote con un poquito de algodón y vuelve a friccionarse.*)

FERNANDO.—(*A quien intrigan mucho estas operaciones.*) ¿Qué es eso?

CARLOS.—Nada; un poco de masaje.

FERNANDO.—¿Con qué?

CARLOS.—Cera, mentol y no sé qué más. Hace mucho tiempo que lo uso.

FERNANDO.—¿Y te va bien?

CARLOS.—Fíjate; ni un grano, ni un salpullido, ni una roseta... nada... Y toca, mira qué suavidad.

FERNANDO. — (*Asombrado.*) ¡Maravilloso! ¿Es específico?

CARLOS.—No, fórmula. Te la daré si quieres.

FERNANDO.—¡Hombre, sí!...

CARLOS.—¿Me permites? (*Le empuja suavemente, pasa por delante de él y se dirige al tocador. Fernando le sigue y vuelve a sentarse en el diván después de coger otro pitillo.*)

CARLOS.—Dame a mí otro. Gracias. (*Lo enciende, da dos chupetones y lo deja cuidadosamente sobre el hierro de unas tenacillas; se echa en el pelo una abundante loción de un líquido verde que trasciende a rosas y comienza a peinarse.*)

FERNANDO.—Chico, es admirable. No tienes una cana.

CARLOS.—(*Con la mayor naturalidad.*) No.

FERNANDO.—Yo estoy perdido. Y me da mucha rabia, no creas. Oye, tú que tan enterado estás de todas estas cosas, ¿qué me recomiendas?... ¿No sabes?

CARLOS.—(*Con la misma naturalidad de antes.*) No. (*Se sienta en una silla delante de la mesa y se pone a*

arreglarse las uñas. La operación es muy complicada. Primero se las lima, luego se las lava, luego se las tiñe, luego se las frota, se las limpia otra vez con un algodoncito enrollado en la punta de un palillo de dientes, vuelve a frotarlas, cambia de pulidor, vierte en él unos polvos de rosa y sigue dando lustre, primero con la gamuza, luego con un paño de hilo y por fin con la palma de la mano. Las diez uñas brillan como espejos.)

FERNANDO.—Chico, qué bien.

CARLOS.—(*Cayendo por fin en la cuenta de que la visita de Fernando tiene que obedecer a algo.*) Bueno, ¿y qué te trae a estas horas? ¿A qué debo el gusto de verte por aquí?

FERNANDO.—A pedirte un favor.

CARLOS.—(*Extrañado.*) ¿Un favor?

FERNANDO.—Si, un favor muy grande. Necesito que me saques de un apuro, de un compromiso del momento.

CARLOS.—A buena parte vienes.

FERNANDO.—Pero si no sabes lo que voy a pedirte...

CARLOS.—Si es dinero...

FERNANDO.—(*Que acaba de heredar cincuenta mil duros de una tía, que tendrá diez mil de renta el día que se muera su padre y cuarenta mil si se muere su abuela.*) Carlitos, por Dios.

CARLOS.—(*Comprendiendo que ha dicho una tontería.*) Hombre, perdona... ya sé que a ti afortunadamente, no te hace falta nada... pero también sé que a veces hay circunstancias en la vida... todo es relativo... Como me hablabas de un compromiso del momento.

FERNANDO.—(*Un poco serio todavía.*) No se trata de eso.

CARLOS.—(*Echándolo a broma.*) Ah, pues no siendo dinero ni cosa que lo valga, pídeme lo que quieras.

FERNANDO.—Necesito que me prestes tu casa por dos horas.

CARLOS.—¿Que te preste mi...? ¡Fernandito!

FERNANDO.—Por un par de horas... nada más. Creo que no tendré necesidad de explicarte para qué la quiero. Te lo figurarás.

CARLOS.—Me lo figuro. Y por lo mismo que me lo

figuro y acierto, siento decirte que me pides una cosa imposible, absolutamente imposible.

FERNANDO.— ¡Cómo! ¿No quieres?

CARLOS.—No es que yo no quiera, hijo mío, es que no puede ser. Tú no sabes cómo es esta casa, el ambiente que hay en ella de moralidad y de ñoñería. Los caseros viven en el principal; son dos viejos ridículos que se pasan la vida en la iglesia..., la portera una chismosa..., toda la vecindad decente... No te quiero decir, si se enteraban, el escándalo que armarían... Tendría que mudarme.

FERNANDO.—¿Pero por qué se iban a enterar?

CARLOS.— Porque no hay manera de ocultar estas cosas... ¿Tú crees que la portera...? Si tomabais el ascensor, malo; si no lo tomabais, peor... ¿Y las criadas?

FERNANDO.—Las echas a la calle.

CARLOS.— ¿Y quién te abre?

FERNANDO.—Nadie. Me das la llave.

CARLOS.—Y entonces sí que no te deja subir la portera.

FERNANDO.—Le decimos que vamos a otro piso.

CARLOS.—Y toca el timbre y os salen a abrir. Nada, Fernando, que no puede ser. ¡Cuando yo te digo que no puede ser!

FERNANDO.—No te esfuerces, déjalo... Con excusas no me has de convencer. Es mucho más franco y más leal decir que no.

CARLOS.—No seas ridículo. ¿A mí qué trabajo me cuesta ni, en último término, qué me importaría? ¿Crees que si yo pudiera...? ¡Ni hablar, hombre, ni hablar... ¡Hecho!... Pero es que no hay manera. En fin, con decirte que yo, con ser yo, no me he atrevido nunca.

FERNANDO.—¿Que tú... no?

CARLOS.— ¡Nunca!

FERNANDO.—¡Vamos, hombre!

CARLOS.—Mi palabra de honor.

FERNANDO.—Bueno. (*Levantándose y tirando con un gesto de muy mal humor la colilla en una escupidera.*) ¡Me has fastidiado!... ¡Me has partido por el eje!... No sé qué hacer.

CARLOS.—¿Te urgía mucho?

FERNANDO.—Para esta misma tarde.

CARLOS.—No te apures. Puede arreglarse todavía. Yo te recomendaré un buen sitio.

FERNANDO.—Gracias. Todo lo que tú me puedas recomendar lo conozco seguramente yo.

CARLOS.—Y acaso ella.

FERNANDO.—(*Ofendido.*) Supondrás que cuando te pido tu casa no es para traer una golfa.

CARLOS.—Hombre, no creo tampoco que será una vestal precisamente.

FERNANDO.—Es una mujer «bien».

CARLOS.—Te felicito.

FERNANDO.—Una mujer honrada.

CARLOS.—Que por lo visto tiene muchas ganas de dejar de serlo.

FERNANDO.—No digas tonterías. Parece mentira que un hombre de mundo como tú diga esas tonterías. Todas las mujeres son honradas mientras no hay manera de demostrar que no lo son. Y algunas aunque se demuestre. A ésta, por ejemplo, aun suponiendo que supieras quién es, el día que te la encuentres en la calle no tendrás más remedio que quitarte el sombrero para saludarla.

CARLOS.—(*Intrigado.*) Ah, ¿sí?

FERNANDO.—Naturalmente. Si no, ¡cómo iba yo a venir a molestarte!... Es una mujer «bien», ¡muy bien!... una cosa muy seria, de mucho compromiso... una chica soltera.

CARLOS.—¿Soltera?... pero, ¿con familia?

FERNANDO.—Con padre y madre y hermanos y abuelos y relacionada con medio anuario de la nobleza de Madrid.

CARLOS.—Entonces la conozco yo.

FERNANDO.—Muchísimo.

CARLOS.—(*Cada vez más intrigado.*) ¿Sí?... Oye, ¿es rubia? (*Fernando hace signos negativos con la cabeza.*) ¿Morena?

FERNANDO.—No te molestes, que no lo adivinas. Es materialmente imposible que ni siquiera puedas presumirlo. Si te dijese el nombre te ibas a quedar estupefacto.

CARLOS.—(*Que está rabiando por saberlo.*) Comprenderás que no tengo ningún interés.

FERNANDO.—(*Que está rabiando por decirlo.*) Ya me

lo figuro... Tú sabes tan bien como yo que estas cosas son muy delicadas. Y eso que tratándose de ti no me importaría. Te conozco y me consta que eres hombre discreto.

CARLOS.—¡...!

FERNANDO.—(*Decidiéndose.*) Voy a darte una prueba de confianza. Aunque sólo sea para que reconozcas lo justificado de mi petición... Por lo demás, creo que nada tengo que advertirte... estoy seguro que me confío a un caballero...

CARLOS.—Fernandito, por Dios...

FERNANDO.—(*Bajando la voz.*) Es... María Pepa Arnedo...

CARLOS.—(*Pegando un salto.*) ¿Cómo?

FERNANDO.—(*Presuntuoso.*) La misma, chico.

CARLOS.—Me dejas de una pieza.

FERNANDO.—Ya te lo dije. Vamos, la verdad. ¿Lo hubieras sospechado?

CARLOS.—¡Qué había de sospechar!... Pero esto es una cosa muy seria.

FERNANDO.—¡Y tan seria!

CARLOS.—Te expones a un disgusto muy gordo...

FERNANDO.—¡Toma! Demasiado lo sé. Pero, ¡qué voy a hacer! ¿Qué quieres tú que haga? Yo no lo he buscado. Yo no busco nunca estas cosas. Vienen ellas rodadas. Ha sido ella la que se ha insinuado... Ponte en mi lugar... Si una mujer te solicita, tú, ¿qué vas a hacer?

CARLOS.—Verdaderamente; pero, chico, con franqueza, yo no sé lo que haría; es posible que pasara por todo antes de meterme en un lío. A mí me dan un miedo horrible las mujeres solteras.

FERNANDO.—(*Con el mismo acento que podría emplear Don Juan Tenorio.*) A mí, tratándose de mujeres, no me da miedo nada.

CARLOS.—En fin, allá tú. (*Se frota largo rato las uñas contra la tela del pijama y luego se las mira extendiendo las manos para comprobar si brillan a la luz.*) Bien; pero lo que yo no comprendo es por qué te has fijado precisamente en esta casa.

FERNANDO.—Ah, pues muy sencillo... te lo explicaré en dos minutos. Hace ya tres días que tengo a la chiquilla convencida, decidida y gustosa... todo está ya previs-

to... preparada maravillosamente la coartada para justificar una ocupación de dos horas, todo... pero le ha tomado un pánico espantoso al detalle del sitio; no quiere ir a ninguna parte... ¡no hay manera...! ¡Figúrate tú lo que yo le habré dicho!... ¡qué no habré argumentado para convencerla!... Inútil... no hay modo. Bueno, el secreto está en que a una amiga suya, no me ha querido dar el nombre, le ha sucedido un caso horrible. Iba con su amante no sé adónde, a un sitio muy reservado, claro está, y de incógnito, por supuesto... Pues a pesar de todas las precauciones los han seguido, han averiguado quiénes son y desde entonces ¡creo que es un saqueo!

CARLOS.—No digas más. Conozco el caso: Carolina Albrit.

FERNANDO.—Ah, ¿pero es Carolina?

CARLOS.—Sí, hombre, con Gonzalo... lo sabe todo el mundo... Si ha intervenido hasta la Policía...

FERNANDO.—Anda, qué gracioso... Bueno, ya ves cómo no es mentira lo que te contaba. Y como la chiquilla lo sabe, no hay modo de llevarla a ningún lado. Está asustadísima. Cree que vaya adonde vaya, le va a pasar a ella. Por todas partes no ve más que *chantages*... Llevamos tres días en esta indecisión... Esta mañana, por fin, en un momento que la he visto, como yo la apremiara un poco, me dijo: «¡Si tú tuvieras un cuarto de soltero!» Yo entonces me acordé de ti, y plaf, se lo propuse.

CARLOS.—Y ella.

FERNANDO.—Le pareció admirable.

CARLOS.—¿Le pareció bien?

FERNANDO.—Tan bien, que está decidida a venir esta tarde.

CARLOS.—¿De modo que aquí no le da miedo?

FERNANDO.—¿Por qué le va a dar? Ella está segura de que tú me harás el favor sin preguntar de quién se trata. Sabe demasiado que tanto tú como yo, ¡naturalmente!, somos dos caballeros... Además, no le da importancia. Cree que entre hombres esto es cosa corriente.

CARLOS.—¡Angelito!

FERNANDO.—¡Y qué le digo yo ahora!

CARLOS.—(*Como si hablara consigo mismo.*) ¿De manera que ella sabe que viene a mi casa?

FERNANDO.—(*Impaciente.*) Si, hombre, sí.

CARLOS.—(*Vacilante.*) Chico, la verdad... yo no sé qué decirte... me pones en un compromiso... Me hago cargo de tu situación... yo quisiera servirte, pero... Aparte de que no se resuelve nada, porque dentro de cuatro días volverías a tener el conflicto.

FERNANDO.—(*Que acaba de vislumbrar un rayo de esperanza.*) No te preocupes de eso. La cuestión es ahora... Tú sabes como yo lo que son las mujeres. Al principio todo miedos y dificultades y remilgos... luego es uno el que tiene que refrenarlas. Además, que como esto cuaje voy a poner en seguida un cuarto de soltero. Me he convencido de que es necesario. No puedes figurarte las ocasiones que me pierdo por no tener casa. Ahora mismo estoy trabajando a dos o tres mujeres, que están casi al caer... sobre todo una de ellas. Muchacho, ¡qué mujer!... un poquito pasada... como a mí me gustan, pero fina, primorosa, exquisita, una cosa estupenda... (*Confidencialmente.*) la Fresnedo.

CARLOS.—(*Dando un salto en el diván.*) ¡Cómo! ¡Que tú...!

FERNANDO.—Está todavía un poquito reacia, pero caerá, caerá...

CARLOS.—(*Mordiéndose los labios.*) ¿Tú crees?

FERNANDO.—Yo espero que sí.

CARLOS.—(*Pretendiendo forzar una sonrisa.*) Eres tremendo.

FERNANDO.—¡Qué quieres! Son cosas que se vienen a la mano. Yo no las busco.

CARLOS.—(*Levantándose.*) Bueno, pues yo, chico, siento decirte que no me decido.

FERNANDO.—¡Cómo!

CARLOS.—No me atrevo...

FERNANDO.—Pero si yo creía que...

CARLOS.—No me atrevo... Esta casa es muy particular... Me costaría un disgusto.

FERNANDO.—¡Carlitos de mi alma, que me pones en un compromiso!

CARLOS.—No te puedes figurar cuánto lo siento.

FERNANDO.—Ya sé que es un favor enorme, mas por lo mismo te lo agradeceré toda la vida. Hazlo por mí...

CARLOS.—No puedo.

FERNANDO.—*(Cruzando una pierna sobre otra y sacudiéndose el polvo con el látigo.)* ¡Qué lástima! ¡Tan bien situada como está esta casa, tan alejada, tan sola, tan tranquila!... Aquí no se ve a nadie... porque aquí no viene nadie, ¿verdad?

CARLOS.—Nadie.

FERNANDO.—*(Como si le asaltara de pronto una duda.)* Oye, con franqueza: ¿es que tú esperas a alguien esta tarde?

CARLOS.—No.

FERNANDO.—¿De veras? Porque ese podría ser el único motivo... Motivo que yo respetaría, naturalmente... No iba a ser más papista que el Papa.

CARLOS.—No espero a nadie.

(En este momento suena el timbre de la puerta: dos timbrazos cortos y un repiqueteo prolongado.)

FERNANDO.—Han llamado.

CARLOS.—Sí. Debe ser el cartero. Tiene la costumbre de llamar siempre así.

FERNANDO.—¡Conque el cartero!

CARLOS.—Seguramente. En fin, vamos a verlo. *(Toca el timbre y a los pocos instantes aparece en la puerta del pasillo una doncella.)* Era el cartero, ¿verdad?

LA DONCELLA.—Sí, señorito; el cartero.

CARLOS.—¿Qué ha traído?

LA DONCELLA.—Dos cartas.

CARLOS.—Démelas usted.

(La doncella se va y vuelve a aparecer con dos cartas en una bandeja.) (Se las da a su señor y se marcha otra vez.) (Los dos hombres se miran en silencio.)

FERNANDO.—*(Levantándose.)* Bueno, ¿en qué quedamos?

CARLOS.—¿Qué hora es?

FERNANDO.—*(Después de mirar el reloj.)* Las doce.

CARLOS.—¿Tú vas a almorzar en tu casa o en la Peña?

FERNANDO.—Si tú vas a la Peña, en la Peña.

CARLOS.—Pues espérame allí. Iré a las dos; almorzaremos juntos y te daré la contestación definitiva.

FERNANDO.—Carlos, ¡por lo que más quieras!

CARLOS.—*(Estrechándole las manos.)* Hasta luego. *(Se va con él por el pasillo.)*

Cuando regresa a la habitación encuentra en ella a la condesa de Fresnedo, que ha entrado por la puerta de la alcoba. La CONDESA DE FRESNEDO, Enriqueta para los íntimos, es lo que los hombres llaman en su lenguaje familiar y corriente «una gran mujer». Fernando Alcaraz ha tenido un verdadero acierto al definirla; un poquito pasada, pero fina, exquisita, primorosa, estupenda. En estos cinco calificativos está condensada físicamente por entero toda la personalidad de la condesa. Añadir que es alta sin exageración, mórbida sin gordura, blanca sin palidez, que tiene los ojos almendrados y negros, la boca muy fresca y la mano muy chica, es sólo dar detalles para completar la figura. Viste un abrigo de raso marrón con piel de topo y debajo de él un traje negro, muy sencillo, de punto de seda; sombrerito de tul del mismo tono del abrigo, adornado con *brindillis* de jaspe; media transparente con espiga bordada; zapatos de charol con enormes hebillas y guantes de gamuza. Por únicos adornos lleva unas largas arracadas de oro afiligranado, un collar con gruesas cuentas de azabache y marfil y un reloj de pulsera.

ENRIQUETA.—Buenos días, Titín. Qué sorpresa, ¿verdad? no me esperabas.

CARLOS.—No, no te esperaba. Te tengo dicho que no vengas nunca sin avisar, ¡nunca! ¿lo sabes? y tú empeñada siempre en hacer tonterías. ¿Pero no comprendes que es muy expuesto comprometerse así? Cualquiera que te vea... Ahora mismo ha estado en un tris... No sé cómo no te has dado con ése en la escalera. ¡Eres de una imprudencia!

ENRIQUETA.—Bueno, chico, cállate, déjalo..., no me marees más, que no me ha visto nadie.

CARLOS.—Por milagro.

ENRIQUETA.—El caso es que no me han visto, y si no me han visto ¿para qué reñir? ¿O es que nos vamos a disgustar por lo que no ha pasado?

CARLOS.—Pero pasará cualquier día.

ENRIQUETA.—Pues que pase. Mejor. Me tiene sin cuidado.

CARLOS.—Muy bonito. *(Se sienta en un diván.)*

ENRIQUETA.—*(Se encoge de hombros; se despoja del abrigo, lo tira despectivamente sobre el respaldo de una silla, se quita ante el espejo del tocador el velo y el sombrero y se arregla con los dedos los bucles que se le han despeinado.)* Sí que tienes una manera amable de recibirme.

CARLOS.—*(Sin levantar la cabeza, muy atareado en frotarse las uñas contra la tela del pijama y contemplárselas después.)* ¡Es que haces unas cosas, nena! Me disgusta tanto tu manera de ser...

ENRIQUETA.—*(Sonriendo por el espejo con una mueca encantadora.)* ¡Ay, Titín, qué tontísimo eres!

CARLOS.—*(Levantando al fin los ojos y sonriendo también.)* A ver si no tengo razón.

ENRIQUETA.—A ver si te vas a callar. *(Avanza hacia él y le pone las manos en los hombros.)* Eres muy gracioso. Cualquiera que te oyese se creería que soy yo la que no tiene que perder nada. Si te hiciese caso nos veríamos una vez al mes.

CARLOS.—Tanto como una al mes, no: pero una a la semana, es suficiente.

ENRIQUETA.—Sí, ¿verdad?... ¡qué rico!... Pues nada, hijo, no te hagas ilusiones. Yo vendré a verte siempre que quiera y que me dé la gana, y si no te gusta, te chinchas. O te buscas otra que tenga sangre de horchata como tú. Pero mientras estés conmigo se hará lo que a mí se me antoje. ¿Qué quieres? ¿que yo te deje el tiempo libre para campar a tu albedrío, para navegar a tus anchas, para disponer de tu persona como te parezca y a mí dedicarme un día a la semana con hora fija y todo prevenido?... No, hijo... Yo necesito cogerte siempre como hoy, así, de sorpresa... yo quiero saber qué es lo que haces y si estás en casa y a quién recibes y quién viene aquí... Te lo dije el primer día: yo en estas cosas soy intransigente, no comparto; yo tengo que ser sola, so-li-ta.

CARLOS.—*(Sentándola en sus rodillas y besándola.)* Lo que tú eres, feísima, es una celosa insoportable.

ENRIQUETA.—Mejor.

CARLOS.—*(Acariciándola las manos con muchísimo mimo.)* ¿Pero no comprendes, Titina, que todo lo que te digo es por tu bien? ¿No te asusta pensar que un día cualquiera puedes comprometerte? ¡Qué sería de ti si esto se divulgase!

ENRIQUETA.—Si hablas en serio te contestaré en serio.

CARLOS.—En serio te lo digo.

ENRIQUETA.—Pues en serio. Tú crees que hay por mi parte una gran exposición en venir aquí. Claro está que la hay. Pero ¿es que esta exposición sería menor si en lugar de venir dos o tres veces a la semana viniera sólo una? ¿Es que puedes garantizarme que en esa una no ocurrirá nada? ¿Es que ni tú ni yo sabemos cuándo puede ocurrir? Las cosas suceden cuando menos se espera o

no suceden. Si uno supiera cuándo van a suceder, no sucederían nunca.

CARLOS.—Siempre sería menor el cálculo de probabilidades.

ENRIQUETA.—No lo creas. El riesgo siempre es riesgo. Por eso lo que tú crees desaprensión en mí no es más que fatalismo, convicción de que sólo sucede lo que tiene que suceder. Si está de Dios que no pase nada, no pasará aunque nos veamos todos los días; si ha de ocurrir, ocurrirá por muchas precauciones que tomemos. Por eso, chico, lo mejor es no pensar en ello. ¿Que nos jugamos la cabeza? ¡Qué le vamos a hacer! Son los inconvenientes de querer a una mujer casada y de que una mujer casada quiera a un hombre... Ni tú ni yo podemos en este punto alegar ignorancia. Los dos sabemos lo que nos jugamos.

CARLOS.—Eres de una serenidad que aterra.

ENRIQUETA.—Es que te quiero mucho.

CARLOS.—¿De veras me quieres?

ENRIQUETA.—Si no te quisiera, ¿vendría aquí?

CARLOS.—¿Pero de veras me quieres mucho, mucho?

ENRIQUETA.—¿No lo sabes?

CARLOS.—Hoy necesito que me lo digas. Más que nunca me hace falta oírlo de tus labios.

ENRIQUETA.—Pues ya lo oyes.

CARLOS.—¿No me mientes?

ENRIQUETA.—No te he mentido nunca. ¿Pero a qué vienen estas preguntas? ¿Por qué me hablas así?

CARLOS.—Porque... Oye... ¿tú sabes quién estaba aquí cuando has venido?

ENRIQUETA.—Sí; Alcaraz. Me lo ha dicho tu chica.

CARLOS.—Y este nombre, ¿no te recuerda nada?

ENRIQUETA.—¿A mí? ¿Qué me va a recordar?

CARLOS.—Haz memoria.

ENRIQUETA.—Mira, chico, déjate de jeroglíficos y de camelos. Háblame claro. ¿Qué pasa?

CARLOS.—Pasa que estás coqueteando con Alcaraz.

ENRIQUETA.—¿Yo?

CARLOS.—El mismo me lo ha dicho.

ENRIQUETA.—*(Frunciendo el entrecejo.)* ¿Qué te ha dicho?

CARLOS.—Eso: que estás coqueteando con él.

ENRIQUETA.—¿Nada más?

CARLOS.—*(Incorporándose y mirándola agresivo.)* Ah, ¿te parece poco?, ¿conque era verdad?

ENRIQUETA.—¡Ay, mi nene, qué rico... que tiene celos!... Ven acá tú, mi alma...

CARLOS.—Suprime las zalamerías.

ENRIQUETA.—Ah, ¿pero de veras has creído que yo?...

CARLOS.—Las cosas no se dicen sin algún fundamento.

ENRIQUETA.—Muy bien. ¿De modo que esa es la opinión que tú tienes de mí? ¿Ese es el concepto que yo te merezco? Tú crees que yo soy una golfa que hago cara al primero que se me pone por delante... ¡Pues si que estoy lucida!... Bueno, pues ¿sabes lo que te digo? que no sé si algún día me cansaré de ti, pero aunque me canse no te sustituiré con el imbécil de Alcaraz. Puedes estar seguro.

CARLOS.—Por lo pronto coqueteas con él.

ENRIQUETA.—Yo qué voy a coquetear con ese idiota. ¡No seas imbécil!

CARLOS.—Mira, Enriqueta; por muy fatuo y muy presuntuoso que sea un hombre, no se aventura a ciertas confidencias como no tenga una base de apoyo.

ENRIQUETA.—Pues como la base sea yo, menuda costalada se va a pegar... Titín, Titín, no me des disgustos... Pero, señor, ¿qué haré yo para quitarte esos celos ridículos, para que tengas en mí completa confianza? ¿Tú no ves la vida que llevo? ¿Puede ser más clara ni más transparente? ¿No te dedico todas mis horas libres? ¿No se las robo hasta a mis hijos para dártelas a ti?... ¡Pues qué más quieres!... Yo tengo un carácter muy abierto, muy expansivo... muy alegre... tú lo sabes... me río por cualquier cosa... pero esto ¿es coquetear?... ¿Es que te molesta que sea como soy?

CARLOS.—*(Cogiéndole las manos y mordisqueándole las puntas de los dedos.)* No me engañas, ¿verdad?

ENRIQUETA.—¡Tonto!

CARLOS.—No me engañes, Titina, que yo te quiero mucho.

ENRIQUETA.—*(Conmovida.)* No te engaño. ¡Para qué te iba a engañar! ¿No comprendes, nene, que no viene a qué? Se puede engañar a un marido; a un amante, no.

Yo no diré que engañar al marido esté bien, pero sí que en la mayoría de las ocasiones tiene disculpa. Cuando una mujer se decide a engañar a su marido, casi siempre tiene razón. Hablo, naturalmente, del engaño por amor, porque el vicio es repugnante. Eso no es engaño, es una porquería. Hablo por amor, por la necesidad de satisfacer una ansiedad espiritual que el marido no ha sospechado, o lo que es peor aún, ha profanado. Cuando un marido es tan torpe y tan grosero que no sabe satisfacer las ansias espirituales de una mujer buena, no tiene derecho a quejarse si ella deja de serlo. Las mujeres, como los niños, van adonde encuentran cariño, ternura y bondad. Engañar a un marido en estas circunstancias siempre tiene disculpa, porque es la protesta contra lo irremediable. Y no cabe argüir el tópico manido de las personas virtuosas: «que lo hubiera visto antes». No: esto no puede ser nunca una razón. Estas cosas no se ven antes... Se aprenden, por desgracia, después, mucho después, cuando el mal ya no tiene remedio... Con un amante el caso es distinto. A un amante se le puede dejar cuando una quiere. No hay ningún lazo que romper; se desata y en paz. Ni siquiera hay que provocar escenas de violencia. Basta con mostrarse con él indiferente y fría. No hay hombre en el mundo, por enamorado que esté, que al darse cuenta de que la mujer a quien ama ya no le quiere, no se desilusione. Por muy poco hábil que sea la mujer, como ella quiera, él será siempre quien provoque la riña y a ella le quedará incluso la figura gallarda y elegante de aparecer como víctima y como abandonada. Pero mantener el fuego, seguir enloqueciendo al amante con palabras y juramentos y caricias y luego engañarle, eso es una infamia. Eso no se debe hacer. Yo no lo hago. Si yo quisiera reñir contigo, nene, ¿quién me lo impediría? Pero engañarte, ¿por qué? ¿para qué? ¿Para echarme encima una nueva preocupación? No, hijo, no, gracias; bastante tengo ya con la tuya... menudos sustos paso, aunque tú no lo creas... Además, si te quiero, ¿por qué te voy a engañar? ¿Y por qué te quiero, vamos a ver? No será por dinero, ni por vanidad, ni por bonito, ¿eh?... no te hagas ilusiones, que no eres tan bonito... (*Metiéndole los dedos entre el pelo y despeinándole, naturalmente.*)

CARLOS.—*(Le rodea con los brazos el talle y la mira arrobado.)* ¡Nena!

ENRIQUETA.—Yo no sé, golfo mío, si algún día me harás una trastada y tendré que dejarte... yo no sé si algún día me cansaré de ti, pero ¿engañarte? no; puedes estar seguro de que no te engaño.

CARLOS.—(*Cogiéndola bruscamente la cara.*) Vuelve a decir eso de que te vas a cansar de mí.

ENRIQUETA.—(*Entornando los ojos y alargando los labios con un hociquito delicioso.*) Creo que lo estoy ya.

CARLOS.—Te voy a morder la boca para que no vuelvas a decirlo.

ENRIQUETA.—¡Burro, más que burro... quita, que me despeinas!

CARLOS.—(*Besándola en los labios y sujetándola con las manos la nuca para que no se escape.*) Vuélvelo a decir... Anda, vuélvelo a decir.

ENRIQUETA.—Quita, quita, que no lo digo... Me arrepiento... Perdón... (*Se desprende de los brazos de Carlos; se humedece los labios con la puntita de la lengua y se los mordisquea después.*) Te has llevado todo el colorete. Menos mal que, como siempre me sucede lo mismo, vengo prevenida. (*Saca del bolso que dejó sobre el diván una barrita roja y delante del espejo se retoca los labios. Luego se da polvos y se arregla el pelo.*) Mira, haz el favor de ser formal. No hagas más tonterías, que luego llego a casa hecha una fiera. Oye, ¿qué hora es?

CARLOS.—La una menos cuarto.

ENRIQUETA.—Ah, tengo tiempo. Creí que era más tarde... Bueno, ¿y a qué ha venido a verte ese imbécil de Alcaraz? Porque supongo que no habrá sido exclusivamente a decirte que... coqueteo con él...

CARLOS.—Pues nada... verás... ha venido a decirme... que...

ENRIQUETA.—(*Muy rápida.*) No lo pienses, que me vas a mentir.

CARLOS.—No seas tonta. Yo no te miento nunca. Ha venido sencillamente a decirme que le preste la casa.

ENRIQUETA.—¿Para qué?

CARLOS.—Ya te lo puedes figurar.

ENRIQUETA.—¡Hombre, me gusta la frescura!... ¡Qué sinvergüenza! Por supuesto, le habrás dicho que no.

CARLOS.—Por supuesto.

ENRIQUETA.—No, no... es que no vayamos a tener una tontería... En este punto no transijo... Aquí no sube ninguna mujer... sea quien sea... no me da la gana... Te lo advierto de antemano. Mira que podemos tener un disgusto muy serio...

CARLOS.—Te acabo de afirmar que le he dicho que no.

ENRIQUETA.—¡Hum!... no me fío... Tú eres muy blando... Te conozco, Titín; no sabes negar nada en cuanto te dan un poquito de coba... De nacer mujer habrías sido una calamidad.

CARLOS.—(*Muy serio, muy solemne.*) Te repito que le he dicho que no.

ENRIQUETA.—Bueno, por si acaso, no te ablandes... Y... ¿quién es ella?

CARLOS.—(*Encogiéndose de hombros.*) No lo sé.

ENRIQUETA.—¿No lo sabes?

CARLOS.—Ni él me lo ha dicho ni se lo he preguntado.

ENRIQUETA.—¡Qué discretos!

CARLOS.—Era una discreción elemental.

ENRIQUETA.—No, no; si me parece bien... no es que yo lo censure... Pero, vamos, es que yo tenía otro concepto formado de Alcaraz... le creía menos discreto y más presuntuoso... Me he equivocado. Más vale así. Siempre es bueno saber a qué atenerse.

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—¡Qué!

CARLOS.—Nada.

ENRIQUETA.—(*Zalamera y curiosa.*) Anda, dime quién es.

CARLOS.—No lo sé.

ENRIQUETA.—¿No me lo quieres decir?

CARLOS.—¡Pero si no lo sé, mujer!

ENRIQUETA.—¿No me lo quieres decir? Bueno. Pues se lo preguntaré a él.

CARLOS.—Haz lo que quieras.

ENRIQUETA.—¿De veras no lo sabes?

CARLOS.—Pero, mujer, ¿no comprendes que estas cosas no se preguntan? ¿Te gustaría que yo fuera por ahí proclamando tu nombre?

ENRIQUETA.—Es distinto.

CARLOS.—No sé por qué ha de ser distinto.

ENRIQUETA.—¡Qué lástima! ¡Me hubiera gustado tanto saber quién era ella! Y eso que las conquistas que haga ése... pero ¿de veras no te ha hecho ninguna indicación?

CARLOS.—¡Mira que eres pesada!

ENRIQUETA.—¿Me riñes? Pues adiós. Me voy.

CARLOS.—No te vayas.

ENRIQUETA.—Sí, que es muy tarde y tengo que llegar hasta el tranvía. En esta dichosa calle tuya nunca se encuentra un coche.

CARLOS.—¿Vendrás luego?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿Mañana?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿El sábado?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿Cuándo entonces?

ENRIQUETA.—Ah, no lo sé. La semana que viene. ¿No dices que una vez a la semana?

CARLOS.—¡Vengativa!

ENRIQUETA.—Yo hago lo que tú mandas.

CARLOS.—Entonces, ven esta tarde, ¿quieres?

ENRIQUETA.—No; esta tarde no puedo. Tengo que salir con mis nenas. He prometido llevarlas al teatro.

CARLOS.—Mañana, pues...

ENRIQUETA.—*(Vacilando.)* No sé... por si acaso no salgas por la mañana... yo te avisaré por teléfono.

CARLOS.—Haz lo posible, nena...

ENRIQUETA.—*(Jugando distraída con los objetos que hay sobre el velador.)* No sé... no sé... *(Coge la cartera, la abre y se pone a examinar lo que tiene.)* La carterita de los secretos... ¡Mira tú que si yo encontrase ahora una carta!... *(Carlos sonríe.)* ¡Qué tonta! ¡Como que si la tuvieras la ibas aquí a guardar! ¿Y dinero? ¿Tienes mucho dinero? *(Saca dos billetes, uno de veinte duros y otro de diez.)* ¿Nada más que esto? ¿No tienes más que treinta duros para acabar el mes?... Pobrecito mío y qué mal andas... *(Saca del bolso dos billetes de cien pesetas y los mete en la cartera.)*

CARLOS.—No, no. Enriqueta, de ninguna manera... no quiero... Además, que no me hace falta. Tengo suficiente.

ENRIQUETA.—*(Cerrando la cartera.)* Haberlo dicho antes. Ya está.

CARLOS.—*(Bajando la cabeza.)* No me gusta que hagas estas cosas... ¡Me humillas!

ENRIQUETA.—*(Va hacia él y le besa en los ojos.)* ¡Tonto!

CARLOS.—No me gusta...

ENRIQUETA.—Pero si eres mi chulo... Y yo soy tu golfa... ¿Qué soy yo tuya?

CARLOS.—No lo sé.

ENRIQUETA.—*(Silabeando.)* Tu golfa... ¡Ay qué rico eres y cuánto te quiero! (*Le coge la cara y le da un beso estrepitoso.*)

CARLOS.—De niñera.

ENRIQUETA.—Mejor. Anda, dame el abrigo. Espera... (*Se pone la toca, se prende el velo y se vuelve de espaldas para que Carlos le ponga el gabán.*)

CARLOS.—(*La coge de los brazos, la obliga a dar una vuelta en redondo y se la queda mirando embelesado.*) ¡Qué bonita estás!... Oye, ¿qué tienes tú hoy que estás tan bonita?

ENRIQUETA.—(*Riendo.*) El sombrero, tonto.

CARLOS.—¿El sombrero? (*Fijándose en él.*) Sí... está bien... pero, vamos... no tiene nada de particular. Te los he visto muchísimo mejores.

ENRIQUETA.—Es que es marrón, memo, y como yo soy castaña clara me hace más rubia y parezco más joven... ¡Qué torpes sois los hombres! No os enteráis de nada. Y eso que tú en estas cosas eres de los más listos.

CARLOS.—Estás estupendamente bonita. Tienes hoy el bonito subido.

ENRIQUETA.—¡A quién se lo cuentas! Por eso vine a verte. No creas que es broma. En serio. Mira, antes de salir de casa ya me encontraba yo muy mona; pero, chico, en la calle me han dicho tantas cosas y me han echado tantas flores, que pensé: Verdaderamente debo estar muy bonita. Voy a que me vea el golfo ese.

CARLOS.—¡Bendita seas!

ENRIQUETA.—Estate quieto... déjame, que te vas a llevar el color de los labios y voy a tener otra vez que pintarme. Anda, ponme el abrigo.

CARLOS.—(*Obedece, luego la sujeta de los hombros y la besa en la nuca.*) ¡Vida!

ENRIQUETA.—(*Estremeciéndose.*) Déjame.
CARLOS.—¿Vas a venir mañana?
ENRIQUETA.—¿Tú quieres que venga?
CARLOS.—Sí.
ENRIQUETA.—Pues... hasta mañana.
CARLOS.—¿Me dejas que te dé un beso?... el último.
ENRIQUETA.—Por encima del velo y sin apretar.
CARLOS.—¿Así?
ENRIQUETA.—Así. Adiós.
CARLOS.—(*Reteniéndola.*) Oye... ¿a qué teatro vais esta tarde.
ENRIQUETA.—A Lara o al Trianón. No lo sé. No lo hemos decidido todavía. Pero si vas no se te ocurra acercarte, porque me llevo a las dos nenas y Enriqueta ya sabes que es muy lista.
CARLOS.—Bueno, pero ¿adónde vais?
ENRIQUETA.—Si no lo sé, hijito.
CARLOS.—Lo sabré yo... Espera, ¿qué hacen en Lara? Ah, sí... lo de Benavente... ¿Y en el Trianón?... Ya sé dónde vas. Al Trianón. ¿A que sí?
ENRIQUETA.—Puede.
CARLOS.—Y tan puede. ¡Como es monísima!
ENRIQUETA.—¿Quién?
CARLOS.—Esa.
ENRIQUETA.—No sé de qué me hablas.
CARLOS.—¡Pobrecita!
ENRIQUETA.—De verdad. No sé a quién te refieres.
CARLOS.—A la última.
ENRIQUETA.—Te has «colao» porque no es mi tipo.
CARLOS.—Verdad, que a ti te gustan rubias.
ENRIQUETA.—Ni rubias ni morenas, barbarote... ¡indecente! La culpa la tengo yo por hacerte confidencias. Descuida, que no te las volveré a hacer para que no me las eches en cara.
CARLOS.—Tonta, si tú sabes que yo a ti te lo perdono todo.
ENRIQUETA.—Sí, ya sé que eres tan sinvergüenza como todo eso.
CARLOS.—¿Sinvergüenza?... No. Ni tú ni yo somos sinvergüenzas. Un poquito viciosos nada más.
ENRIQUETA.—¿Viciosos?... Yo... tal vez, sí... ¿pero tú?... ¡Tú qué vas a ser vicioso, criatura! Tú eres una ursulina.

(*Carlos se queda estupefacto. Ella aprovecha este momento para desprenderse de él y echa a correr por el pasillo. Se oye el chasquido de un beso y el ruido de una puerta al cerrarse.*)

CARLOS.—(*Vuelve a entrar en el gabinete y mira el reloj.*) ¡Atiza... la una y veinte y ése esperándome en la Peña!... ¡Y sin vestir! (*Se mete desesperado en la alcoba.*)

IV

El gabinete íntimo de Marta Alora; muy sencillo, muy sobriamente decorado. En las paredes, lisas, unos cuadros de flores al pastel y unos retratos de familia en marcos de caoba; una sillería Imperio de color malva; en una esquina una gran lámpara de bronce con una pantalla de tul bordado en oro, que cae en picos como una manteleta; enfrente del balcón, medio cerrado, con el *store* caído, un secreter de señora y sobre él un aparato telefónico. Una puerta al pasillo y otra a cada lado de la habitación. Las cinco de la tarde.
Marta y su tía la condesa de Arnedo hablan íntimamente sentadas en el sofá.

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Levantándose.)* Bueno, Marta, hija mía, adiós.

MARTA.—¿Se va usted, tía?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Sí, que es muy tarde y tenemos todavía que hacer muchas cosas. *(Mirando hacia la izquierda.)* ¿Dónde se habrán metido ésas? ¿Quieres hacer el favor de llamarlas?

MARTA.—Ahora mismo. *(Toca un timbre y dice a una doncella que aparece.)* Avise a las señoritas que se va la señora condesa. *(La doncella sale.)*

LA CONDESA DE ARNEDO.—Perdóname, hija mía, si he dicho algo que te haya podido molestar. Comprendo que estas cosas son muy desagradables. Pero no hay más remedio. Yo te lo he dicho porque creo que te lo debía decir.

MARTA.—No, no, tía; si ha hecho usted bien. Yo se lo agradezco a usted mucho.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Tú eres muy lista y te haces en seguida cargo de las cosas. No es que tenga nada de particular, pero no está bien, ¿verdad?

MARTA.—¡Qué va a estar, tía, por Dios! ¡Ni muchísimo menos!

LA CONDESA DE ARNEDO.—Cuando hables con ella puedes indicarle que te lo he dicho yo.

MARTA.—Ah, desde luego.

LA CONDESA DE ARNEDO.—A mí no me importa que lo

sepa. Al contrario, mejor; así verá que no se trata de chismes ni murmuraciones. Y cuando la coja por mi cuenta ya verás tú el recorrido que le doy.

MARTA.—Es usted muy buena.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No; es que os quiero muchísimo, ya lo sabes, como si fueseis hijas mías. *(Viendo salir a María Luisa y a María Pepa.)* ¿Qué, estáis ya?

MARÍA LUISA.—*(Entrando con su hermana.)* Cuando quieras, mamá.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Bueno, pues vamos. Adiós, Marta; hasta otro día. *(Levantando la voz.)* Adiós, Mercedes, que nos vamos.

MERCEDES.—*(Desde dentro.)* ¡Voy!... ¡Voy!... *(Entra con traje de calle, pero sin sombrero.)* Adiós, tía. *(Besándola.)*

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Mirándola el traje.)* ¿Qué es eso? ¿Ibas a salir?

MERCEDES.—*(Confusa.)* Sí...

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues anda, te esperamos. Vente con nosotras.

MERCEDES.—Con muchísimo gusto, pero... voy con la *miss*... vamos a casa de Angelina, que está un poco malucha... Me ha dicho que fuese a pasar la tarde con ella... Me está esperando.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Bueno, pues anda, te llevaremos en el auto; te dejaremos en la puerta.

MERCEDES.—Por Dios, si está aquí, a un paso... No vale la pena... Muchas gracias.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Como quieras. Adiós.

(Despedidas, besos y se van todas por el pasillo, menos Mercedes, que sale por la derecha.)

(Al cabo de un rato vuelve a entrar Marta, se dirige directamente al secreter y hojea el libro del teléfono para buscar un número. Cuando lo ha visto llama.) Central... noventa ochenta y tres... eso es... *(Pausa.)* ¿Es el noventa ochenta y tres?... ¿Quiere usted decir al señor?... ¿Ah, es usted?... ¿Qué tal?... Soy Marta... Muy bien... muy bien... todos muy bien... ¿Y ustedes?... Vaya, me alegro... Sí... sí... claro... Pues nada, que yo quisiera hablar un momento con usted... Cuando usted quiera... Bueno... Muy bien... perfectamente... perfectísimamente...

Pues nada; hasta ahora... Y usted perdone... Muchas gracias. De su parte. Adiós. *(Deja el teléfono, toca un timbre y entra la doncella.)* Dígale a la señorita que haga el favor de venir.

DONCELLA.—La señorita Mercedes se está vistiendo.

MARTA.—Dígale que haga el favor de venir como esté. *(Sale la doncella.)*

MERCEDES.—*(Completamente vestida, con el sombrero puesto y abrochándose los guantes.)* ¿Qué quieres?

MARTA.—Que hagas el favor de desnudarte y volver.

MERCEDES.—Pero si voy a salir.

MARTA.—Hoy no sales.

MERCEDES.—¿Por qué?

MARTA.—Porque no sales.

MERCEDES.—Pero si me está esperando Angelina.

MARTA.—Pues no vas.

MERCEDES.—Me parece una tontería.

MARTA.—Te parecerá todo lo que quieras, pero no vas.

MERCEDES.—Pero, ¿por qué? Alguna razón habrá.

MARTA.—Claro que la hay.

MERCEDES.—¿Y cuál es?

MARTA.—Ahora te la diré. Ve a desnudarte y vuelve.

MERCEDES.—¿No me la puedes decir así?

MARTA.—No repliques, Mercedes, y haz lo que te mando. *(Mercedes baja la cabeza y sale. Marta toca otra vez el timbre y vuelve a aparecer la doncella.)* Al portero, que cuando venga el señor duque de Hinojares le hagan subir y que fuera de él no estamos para nadie.

DONCELLA.—Muy bien, señora. *(Vase.) (Pausa.)*

MERCEDES.—*(Volviendo a entrar sin sombrero.)* ¿Qué quieres?

MARTA.—Cierra esa puerta. *(Señalando la de la derecha; ella cierra la de la izquierda.)*

MERCEDES.—*(Extrañada.)* ¿Qué pasa?

MARTA.—Pasa, Mercedes, que estoy ya harta de que me pongan la cara colorada por tus tonterías y tus ligerezas. No se habla en Madrid más que de ti. Estás siendo el hazmerreír de todo el mundo.

MERCEDES.—Vamos, algún chisme de tía Lola y de las preciosidades de sus hijas. ¿Era a eso a lo que han venido? Porque si no venían a más, podían haberse ahorrado la visita.

MARTA.—Debías empezar por hablar con más respeto de tu tía. Es prima hermana de tu padre.

MERCEDES.—Lo cual no quita para que sea muy antipática.

MARTA.—Sí, a ti todo el que no te lleve el aire te es muy antipático; ya lo sé.

MERCEDES.—Bueno, en resumen, ¿qué es lo que tienes que decirme?

MARTA.—Que esto no puede seguir así.

MERCEDES.—¿El qué?

MARTA.—Lo que estás haciendo.

MERCEDES.—¿Qué hago yo?

MARTA.—¿Qué haces? ¿Y tienes el valor de preguntarlo? ¡Pero es posible que seas tan ingenua, por no decir tan loca, es posible que estés tan obcecada que no te des cuenta de la situación ridícula en que te estás poniendo y nos estás poniendo a todos! ¡Pero de veras no lo comprendes! ¿Es que va a ser preciso que lo diga más claro todavía?

MERCEDES.—No; sé perfectamente adónde vas; pero como yo no hago nada malo, no veo la razón para que os pongáis así conmigo.

MARTA.—Ah, de manera que te parece bien...

MERCEDES.—Ni bien ni mal. No creo que haya motivo para el alboroto que estáis armando. En resumen, ¿qué es lo que te han dicho? ¿Qué han podido decirte? ¿Que me han visto en la calle con Gabriel Heredia? ¿Es eso?

MARTA.—Eso es.

MERCEDES.—Bueno, ¿y qué?

MARTA.—¿Cómo y qué?

MERCEDES.—Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso de particular?

MARTA.—¡Conque no tiene nada de particular que una muchacha soltera pasee con un hombre!

MERCEDES.—¡Con un caballero, una persona dignísima, amigo de casa, conocido de todos, que tiene la atención de acercarse y saludarla a una... no creía yo que esto fuera un delito...!

MARTA.—Si se tratara de un encuentro casual, no. Eso, en efecto, no tendría importancia. Pero tú sabes demasiado, Mercedes, que no es eso. La cosa es más grave. Osestá is viendo todos los días.

MERCEDES.—No es verdad.

MARTA.—Casi todos los días. Os han visto en la Moncloa, en el Parque del Oeste, en el Retiro, en los altos del Hipódromo... solos los dos, con Dolly, cuando no la dejáis a veinte pasos de distancia... cuando no os sentáis en un banco y la enviáis al de enfrente... Ayer mismo os han visto cogidos del brazo y tú riendo a carcajadas... ¡a carcajadas! ¡No me digas que no, porque os han visto! ¿Y tú crees que esto se puede hacer? ¿Tú crees que lo puedes hacer tú?... Que lo haga una niña de diez y seis años, una alumna del Conservatorio... psss... ¡vaya con Dios!... ¡Pero tú! ¿Crees que lo puedes hacer tú? ¿Pero tú qué crees que pensará la gente?

MERCEDES.—Como yo tengo la conciencia limpia, me tiene sin cuidado que piensen lo que quieran.

MARTA.—Pues si a ti no te importa, a mí me importa mucho. Yo estoy resuelta a que esto no siga ni un minuto más. De modo que tú verás si estás decidida a cambiar de conducta.

MERCEDES.—No tengo que cambiar, porque ya te he dicho que no hago nada malo.

MARTA.—¡Pero tú estás loca, Mercedes! ¡No te conozco! Tú has sido siempre una mujer sensata y razonable... ¿Qué ha pasado por ti que te haya hecho variar de ese modo? ¡Pero tan ciega estás por ese hombre! *(Mercedes hace signos negativos con la cabeza.)* ¿No?... Mercedes, hablemos con lealtad. Gabriel ¿es tu novio o no es tu novio?

MERCEDES.—No.

MARTA.—¿No?

MERCEDES.—No.

MARTA.—Entonces ¿qué es?

MERCEDES.—Un amigo.

MARTA.—¿Nada más?

MERCEDES.—Nada más.

MARTA.—¿Y por un amigo nada más te comprometes de esa manera? ¿Nada más que por un amigo te expones a que la gente murmure de ti, a poner en entredicho tu reputación y tu fama? No, no es posible. Alguna razón tendrás para proceder de ese modo.

MERCEDES.—Ninguna que no pueda decirse. No creo que para estimar a una persona sea preciso enamorarse de ella. Yo quiero mucho a Gabriel, pero en el buen

sentido... Es un muchacho muy simpático, muy correcto, muy noble, muy bueno... completamente distinto de toda esa caterva de majaderos que tiene una la desgracia de conocer, es... otra cosa.

MARTA.—Nada de eso puede justificar que le veas todos los días.

MERCEDES.—Todos los días habrán sido diez o doce... quince a lo sumo... desde la muerte de su padre. El pobre muchacho estaba abatidísimo... él es muy afectivo, muy cariñoso, muy amante de la familia... La muerte de su padre le ha causado una impresión tremenda. ¿Qué menos podía hacer yo que consolarle?

MARTA.—Hay consuelos muy peligrosos.

MERCEDES.—Nunca me detuve a pensar que en la bondad pudiera haber peligro.

MARTA.—Eres muy buena. De algún tiempo a esta parte te estás volviendo muy sentimental y muy buena. Te impresionan mucho las desgracias ajenas.

MERCEDES.—¿Qué quieres decir?

MARTA.—Te advierto que yo no me había fijado; me lo han hecho observar. Si yo hubiera caído en ello te lo habría prohibido.

MERCEDES.—¿El qué?

MARTA.—Que desde el día de la muerte del padre de Gabriel vas vestida de negro.

MERCEDES.—*(Confusa.)* ¿Yo?

MARTA.—No te has vuelto a poner un traje de color. No has vuelto a ir al teatro... Estás guardando un luto. Y eso en el mundo no tiene más que una significación. Eso se hace cuando se puede hacer... Si tuvieses relaciones formales con ese muchacho, si estuvieses pedida, a mí me parecería muy bien que le dieras esa prueba de consideración y de afecto; pero si no es oficialmente tu novio, si no lo es, según tú dices, de ninguna manera, ¿qué interpretación puede tener? ¿No comprendes que es dar pábulo a la malicia y al escándalo? ¿No ves que te estás poniendo en evidencia, que a estas horas estás completamente desacreditada? ¡Cómo vas a convencer a nadie de que no tienes nada que ver con ese hombre, cuando empiezas tú misma por hacer alarde de una compenetración de sentimientos hasta en el traje que llevas! ¡Pero no has visto que todo el mundo lo ha notado!

Mercedes, Mercedes, esto no puede continuar. No estoy dispuesta a que continúe. No, no y no. Ya lo sabes. Hoy mismo vamos a aclarar esta situación. Acabo de llamar por teléfono a Gabriel.

MERCEDES.—¿Le has llamado?

MARTA.—Hace diez minutos.

MERCEDES.—¿Y va a venir?

MARTA.—Me ha prometido que en seguida.

MERCEDES.—Pero, ¿qué le vas a decir?

MARTA.—Lo que te he dicho a ti; lo mismo.

MERCEDES.—*(Nerviosa.)* No, no; eso no puede ser. Tú no le dirás eso.

MARTA.—¡Ya lo creo!

MERCEDES.—No, no; déjame a mí... no le digas tú nada... yo se lo diré.

MARTA.—Se lo diré yo primero y luego tú.

MERCEDES.—¡Marta!

MARTA.—Mira, Mercedes; hablemos como deben hablar dos hermanas, con entera franqueza. Ni tú me debes ocultar nada a mí ni yo deseo otra cosa que tu bien y tu felicidad. Por torpe que me juzgues supondrás que no me has engañado más que a medias. Yo sabía los pasos en que andabas. Me hice la tonta y te lo consentí, en primer lugar porque nunca pensé que las cosas llegaran a este extremo, y en segundo porque te suponía más lista.

MERCEDES.—Más lista, ¿por qué?

MARTA.—Yo creía de buena fe que todo ello no era más que un plan tuyo, una coquetería perfectamente lícita para afianzar la conquista de Gabriel. Yo a eso no me podía oponer, ni siquiera te lo podía censurar. Gabriel es un partido inmejorable. En la situación en que estamos es el único que puede salvar la ruina de esta casa. Muerto su padre, hereda con el ducado de Hinojares una de las fortunas más sólidas de España.

MERCEDES.—Ya...

MARTA.—No pongas ese gesto despectivo, que desgraciadamente tú conoces tan bien como yo la situación en que estamos. ¿Qué te voy a decir que tú no sepas? Tú no estás para perder el tiempo, Mercedes. Tú necesitas casarte en seguida, con Gabriel o con quien sea, pero en seguida. No hay otra solución. Yo creí que tú veías todo esto como lo veía yo; y siendo así, ¿qué te iba yo

a decir? ¿Cómo me iba a oponer a un noviazgo que podía ser tu salvación y tu felicidad? Pero ahora resulta que no hay tal noviazgo, que estás perdiendo lastimosamente el tiempo, y lo que es peor, comprometiéndote y poniéndote en entredicho. Ese muchacho no va de buena fe... no, no, Mercedes, no te hagas ilusiones. Ese hombre quiere burlarse de ti, y ni esto debes tolerarlo tú ni estoy dispuesta a tolerarlo yo. No hemos caído todavía tan bajo para que se nos trate de ese modo. Yo soy la primera que reconozco que necesitas un matrimonio de esta índole, pero por encima del dinero y de la conveniencia está la dignidad. Hasta hoy, gracias a Dios, no hemos tenido que humillarnos a nadie. Lo mismo que nos hemos defendido hasta ahora nos seguiremos defendiendo.

UN CRIADO.—*(Desde la puerta.)* El señor duque de Hinojares.

MARTA.—Déjame un momento, Mercedes.

MERCEDES.—Por Dios, Marta, piensa lo que vas a hablar.

MARTA.—No te preocupes. Yo sé lo que debo decir. *(Al criado.)* Que pase ese caballero.

(Vanse el criado por el pasillo y Mercedes por la derecha.)

GABRIEL.—*(De luto riguroso.)* Buenas tardes, Marta; ¿qué tal?

MARTA.—Bien, ¿y usted, duque?

GABRIEL—No le pregunto por su papá y por Merceditas, porque ya he tenido el gusto de oir por teléfono que todos están bien.

MARTA.—Sí, muy bien, muchas gracias... Ya me ha dicho usted también que su madre está buena.

GABRIEL.—Así, regular, muy floja...

MARTA.—Siéntese. Usted me perdonará la libertad que me he tomado.

GABRIEL.—Usted me ordena siempre.

MARTA.—Gracias; y gracias también por la prontitud con que ha acudido.

GABRIEL.—Me ha cogido usted con el sombrero puesto. Iba precisamente a salir. Si tarda usted cinco minutos en llamar no me encuentra en casa. Excuso decirle lo que lo hubiera deplorado.

MARTA.—También yo lo habría sentido mucho, porque tenía interés en verle a usted.

GABRIEL.—Pues aquí estoy; usted dirá.

MARTA.—Supondrá usted de lo que voy a hablarle.

GABRIEL.—No.

MARTA.—¿De veras no lo sospecha usted?

GABRIEL.—Ni una palabra.

MARTA.—Tengo que hablarle a usted de Mercedes.

GABRIEL.—¡Ah!...

MARTA.—Quiero, duque, que despejemos una situación que está siendo demasiado violenta para todos. Mercedes ha cometido la debilidad de interesarse por usted.

GABRIEL.—No siga usted. Yo siento por Mercedes un afecto muy grande. No es amor, por lo menos en el sentido material que esta palabra tiene entre nosotros. La palabra amor lleva más o menos velada una idea de posesión y de pertenencia, y yo, sinceramente se lo digo a usted, no he deseado jamás que Mercedes pueda pertenecerme. El sentimiento que me inspira es más noble, más desinteresado. Me encanta hablar con ella. Estar a su lado no es sólo para mí una satisfacción y un placer; es algo más imperioso que está por encima de mi voluntad. Pero yo le doy a usted mi palabra de honor de que a pesar de todo esto no existe en nuestro trato más que un sincero y recíproco afecto; yo le juro que no hay entre nosotros otra cosa que una buena amistad.

MARTA.—Pero esto es un juego muy peligroso.

GABRIEL.—¿Peligroso? ¿Por qué? Lo sería si en el proceder pudiera haber engaño. Pero si no lo hay. Yo procedo con Mercedes con toda lealtad. Ella lo sabe y está conforme. Pregúnteselo usted.

MARTA.—No, no, duque; esto no puede ser. Piénselo usted en frío, reflexivamente, y usted mismo verá cómo no puede ser. Estas amistades limpias y desinteresadas entre dos personas jóvenes que se gustan son muy difíciles de sostener. La gente no cree en ellas. Aun suponiendo que a mí pudieran ustedes convencerme, a los demás no les convencerían. Por desgracia, todos sabemos la manera que tiene el mundo de juzgar estas cosas. Por eso le he dicho que es necesario que despejemos esta situación. Han cometido ustedes una serie de ligerezas y de imprudencias muy lamentables. Están uste-

des siendo objeto de la murmuración de todo el mundo. Con la mejor buena fe, yo quiero hacerle a usted la justicia de reconocer que no hubo mala intención, que no ha medido usted bien el alcance de su conducta, ha colocado usted a mi hermana en una situación dificilísima.

GABRIEL.—Marta...

MARTA.—Dificilísima. Ya se lo he dicho a ella.

GABRIEL.—¿Se lo ha dicho usted?

MARTA.—¡Naturalmente! Le he dicho todo lo que tenía que decir. Claro que, ahora que no nos oye, yo reconozco que en el fondo ella tiene disculpa. Es una niña. Pero usted, duque, ¡usted!... un hombre de mundo, que ha viajado, que se ha educado en una sociedad tan rígida y tan austera como la de Londres, un hombre como usted, tan correcto, ¿cómo es posible que haya usted podido llegar al extremo de comprometer de este modo a una pobre muchacha?

GABRIEL.—Marta...

MARTA.—A una mujer que no ha cometido otra falta que la de confiarse a su caballerosidad. No ha procedido usted bien, permítame usted que se lo diga. Esto no se hace con nosotras, duque. Por lo mismo que somos dos mujeres solas, que no tenemos una madre que nos defienda y nos aconseje, ha debido usted portarse de otro modo. Merecíamos más respeto.

GABRIEL.—Marta, yo le aseguro a usted...

MARTA.—¿Qué ha visto usted en nosotras para tratarnos de este modo? No me diga usted que quiere usted a Mercedes. No, no, duque, no la quiere usted. Cuando se quiere a una mujer se la enaltece, se la eleva; no tiene uno más afán que todo el mundo la considere, la respete y la admire. Y usted está haciendo todo lo contrario. ¿Qué pretende usted? ¿Adónde va usted a parar? Si verdaderamente no piensa usted en ser mas que un buen amigo de ella, ¿con qué derecho perturba usted su vida, la llena usted de sombras, la empuja usted al descrédito para que no pueda acercarse a ella ningún hombre? Y si la quiere usted de otro modo, como debía de ser, como ella se merece; si aspira usted a hacerla su mujer, ¿cómo consiente usted que se murmure de ella? Yo quiero creer, duque, que usted no ha pensado en la transcendencia que tiene todo esto... no es posible... Us-

ted es una persona dignísima, un caballero intachable, un hombre de honor... Yo le ruego que medite un momento; yo apelo, duque, a su caballerosidad y a su hidalguía...

GABRIEL.—Yo le aseguro a usted, Marta, que...

MARTA.—¿Usted quiere seguir viendo a Mercedes? Pues véala usted, pero aquí, entre nosotros... esta casa siempre está de par en par abierta para usted... ¿Usted la quiere? Quiérala usted, pero como Dios manda. ¿No la quiere usted? ¿Se trata sólo de un pasatiempo y de un capricho? ¿No le interesa a usted realmente Mercedes? Pues tenga el valor de decírselo; afronte usted lealmente la situación; siempre será más digno y más gallardo decir la verdad que seguir engañando a una pobre mujer. Haga usted lo que quiera, pero deshaga usted el equívoco; no dé pretexto para que la gente piense lo que no debe ser, lo que no puede ser, ni por usted, ni por ella, ni por nosotros, ni por nadie. Esto es lo que no puede ser y lo que va usted a resolver ahora mismo. Para eso le he llamado.

GABRIEL.—Marta...

MARTA.—No me diga usted nada. No es a mí a quien se lo tiene usted que decir. Es a ella. ¡Mercedes! *(Elevando la voz.)*

MERCEDES.—*(Entrando.)* ¿Qué quieres?

MARTA.—El señor duque de Hinojares que te quiere hablar. (*Se va muy digna sin volver la cabeza.*)

GABRIEL.—(*Avanza hacia Mercedes y le estrecha las manos.*) Mercedes...

MERCEDES.—No me digas nada, porque lo he oído todo. Como sabía de antemano de lo que íbais a hablar y me interesaba, escuché.

GABRIEL.—Entonces nada tengo que contarte. Dime tú lo que te han dicho a ti.

MERCEDES.—¿Qué quieres que te diga? Ya te lo puedes figurar... lo mismo.

GABRIEL.—(*Mirándola fijamente.*) Mercedes...

MERCEDES.—¿Qué?

GABRIEL.—Tú has llorado.

MERCEDES.—No.

GABRIEL.—Sí, tú has llorado. Estás llorando todavía. ¿Qué te han dicho, Mercedes?

MERCEDES.—No me han dicho nada. No lloro por lo que me han dicho, sino por lo que pienso.

GABRIEL.—¿Qué piensas?

MERCEDES.—Que no vamos a tener más remedio que dejar de vernos.

GABRIEL.—¿Tú crees?

MERCEDES.—No queda otro camino. Conozco a mi hermana. Después de lo que ha sucedido, ten la seguridad de que no vuelvo a salir sola.

GABRIEL.—Bueno, pues te veré aquí. Vendré yo.

MERCEDES.—Y, ¿cómo? ¿con qué carácter?

GABRIEL.—Con el de un buen amigo.

MERCEDES.—No, Gabriel; no te hagas ilusiones; esto se terminó. Nuestra amistad no les convence. Claro es que si vienes te recibirán; me verás, me hablarás, pero siempre con mi hermana delante. A esto no lo llamo yo vernos.

GABRIEL.—Claro que no.

MERCEDES.—Pues esto es lo que pienso y lo que me da pena. Lo que han dicho, lo que puedan decirme, ¡eso qué me importa!

GABRIEL.—¡Pobre Mercedes!

MERCEDES.—Hemos sido muy locos.

GABRIEL.—Es verdad.

MERCEDES.—Hemos cometido muchas imprudencias.

GABRIEL.—Tienes razón. ¡Pero quién iba a suponer que podía nadie interpretarlo de ese modo! Cuando se obra sin malicia no se piensa nunca en la malicia de los demás.

MERCEDES.—Pues, sin embargo, ya lo ves.

GABRIEL.—Sí; ya lo he visto. Y lo peor es que, puestos en el punto de mira de la gente, hay que reconocer que tienen razón. Hemos hecho muy mal. Es decir, he sido yo quien ha hecho mal. Yo soy quien ha tenido la culpa de todo.

MERCEDES.—La hemos tenido ambos.

GABRIEL.—No, no, sólo yo. Yo tenía el deber de pensar por los dos. Yo no debí nunca exponerte a lo que ha sucedido.

MERCEDES.—Soy más culpable yo que tú, porque yo lo veía.

GABRIEL.—¿Tú?

MERCEDES.—Sí; lo pensé algunas veces. Estos últimos días lo estuve pensando. Pero te encontrabas tan triste, estabas tú estos días tan necesitado de consuelo, te veía tan a gusto conmigo, que no tuve valor de amargarte el buen rato. Y, sin embargo, algo te dije... ¿no te acuerdas? Fué la otra mañana, en la Moncloa, cuando me cogiste del brazo... te lo dije: ¿Ves lo que es el engaño de las apariencias? Cualquiera que nos viese se creería que somos dos novios. Anda, convence a la gente de que no somos novios.

GABRIEL.—Es verdad...

MERCEDES.—Tú no caíste...

GABRIEL.—No... no caí... ¡Era yo tan feliz aquella mañana!... iba tan a gusto llevándote así... era así. *(Cogiéndola del brazo.)* ¿Te acuerdas? ¡Qué mañana tan encantadora!... Pero tú que veías más claro debiste insistir.

MERCEDES.—¡Para qué hablar de lo pasado! Ya no tiene remedio. Por mucho que lo lamentemos no conseguimos nada.

GABRIEL.—También tienes razón. No es con lamentaciones como se arreglan estas cosas. Lo hecho, hecho está. Lo que hay que pensar es qué hacemos ahora.

MERCEDES.—No vernos más. No hay otro camino.

GABRIEL.—¡Mercedes!

MERCEDES.—No pretenderás que te cuesta más trabajo que a mí... pero ¡qué voy a hacer! Dime, ¿qué quieres tú que haga?

GABRIEL.—¡Pero esto es tremendo!

MERCEDES.—Tú sabes que yo siempre seré la misma para ti. Pase lo que pase, sea cual fuere la suerte que el destino nos tenga reservada, ante Dios y ante mi siempre serás mi hermano.

GABRIEL.—Pero esto es tremendo... es brutal que únicamente porque los demás quieran, porque la gente viva equivocada, porque se empeñe en ver lo que no es, yo no tenga más remedio que renunciar a ti... es horroroso!

MERCEDES.—¡Y qué vamos a hacer!

GABRIEL.—No sé... No lo sé. Menos dejar de verte, cualquier cosa.

MERCEDES.—Tú dirás.

GABRIEL.—¿A ti no se te ocurre?

MERCEDES.—Nada. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras. Tú dirás.

GABRIEL.—Si no sé... Si no lo sé tampoco. Porque es el caso que una ruptura en seco, además de lo difícil que es para nosotros, en este momento no resuelve nada... acaso sea contraproducente.

MERCEDES.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque si la gente se empeña en creer que te he comprometido, que tú has sido conmigo una imprudente y una loca; sí verdaderamente, como ha dicho tu hermana, te he desacreditado, reñir de pronto, sin una explicación satisfactoria, es dejarte envuelta en una atmósfera de maledicencia y de calumnia que yo no puedo consentir. No, no, Mercedes, eso no puede ser. Yo no puedo reñir contigo sin dejar ante las gentes y ante tu familia perfectamente aclarado este punto, sin que recobres ante todos el concepto que tú mereces. Yo hice el daño; yo lo repararé. ¡No faltaba más!

MERCEDES.—Bien, pero ¿cómo?

GABRIEL.—¿Cómo? Siguiendo de la misma manera que hasta aquí. Después de todo, ¿por qué se escandaliza la gente? ¿Porque no somos oficialmente novios? Pues lo seremos ante el mundo. ¡Qué más da!

MERCEDES.—No, Gabriel.

GABRIEL.—¿Pero qué tiene eso de particular?

MERCEDES.—No es que tenga ni deje de tener. ¡A mí qué me importa lo que piense el mundo, si yo sé cómo te quiero y de qué manera me quieres tú a mí!

GABRIEL.—Entonces...

MERCEDES.—Es que esta solución no resuelve nada.

GABRIEL.—¿Cómo que no?

MERCEDES.—Como que no. Esto no sería más que un aplazamiento.

GABRIEL.—Que por lo pronto disiparía las sombras.

MERCEDES.—Por el momento, sí; pero, ¿y después?

GABRIEL.—Ah, no sé... después ya veríamos.

MERCEDES.—No; estas cosas hay que verlas antes.

GABRIEL.—Yo lo único que veo es que no puedo dejarte en la situación falsa en que ahora estás. Y en que estoy yo también. Porque yo también me encuentro en una situación muy difícil. ¿Qué crees tú que pensará la gente de mí si yo te dejo, qué crees tú que pensará tu

hermana? Que soy un Tenorio profesional, un seductor de oficio que he venido a engañarte, a burlarme de ti, y que cuando he visto el peligro de que las cosas se formalizaran me he salido por la tangente... No, hija mía, no; yo no permito que nadie piense eso de mí. Yo también tengo mi concepto de la dignidad y del honor. *(Pausa.)* Pero es que aunque yo transigiera, aunque yo hiciese el sacrificio—que lo haría muy gustoso, por tratarse de ti—, ¿es que se aclararía tu situación? Al contrario; se empeoraría más aún. Y esto es lo que yo no quiero, lo que yo no puedo consentir, porque tú estás por encima de todo, *porque tú eres mi hermana.*

MERCEDES.—Sí, sí, tienes razón... pero es que con la solución que tú propones en lugar de arreglarse se agrava todo más. Claro es que si tú y yo le decimos al mundo que tenemos relaciones formales, el mundo lo creerá y no se preocupará más de nosotros. Pero estas relaciones más tarde o más temprano forzosamente llegarán a un término.

GABRIEL.—Hay relaciones que duran años.

MERCEDES.—Entre nosotros, no. A nosotros nos plantearían el dilema en seguida; ah, no te quepa duda; nos le plantearían como nos le han planteado hoy. ¿Y qué haríamos?

GABRIEL.—No lo sé. Ya veremos. Por lo pronto vamos a intentarlo.

MERCEDES.—No, Gabriel, no; esto es muy grave. Tú piénsalo bien. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú digas; pero piénsalo bien. Piensa que cuanto más tiempo pase ha de ser más difícil la ruptura; piensa que cada día hemos de estar ante el mundo más ligados y más comprometidos. Si hoy no encuentras una explicación satisfactoria, ¿cómo la encontrarás después? Si la gente ve que pasa el tiempo y no nos casamos, ¿crees que no pensará de ti y de mí mucho peor de lo que piensa hoy? El día que te vuelvan a plantear el dilema, ¿qué le dirás a mi familia? Si riñes conmigo, ¡en qué situación me dejas! Y si a pesar de todo te empeñas en seguir, ¿qué razones encontrarás para justificarte?... ¿qué excusas le darás a la gente para explicar que no te casas?

GABRIEL.—No habría más que una: decir la verdad.

MERCEDES.—¡La verdad!

GABRIEL.—¿Podemos decirla? *(Mercedes baja la cabeza.)* ¿Te atreves tú a decirla? ¿Es que aunque tú te atrevieras, aunque me atreviese yo, aunque los dos tuviéramos el heroico valor de afrontar el escándalo, podríamos decirla? ¿Es que el secreto es sólo nuestro? ¿Es que puedes tú, es que puedo yo, es que tenemos ninguno de los dos derecho a profanar la sagrada memoria de los muertos y la santa ignorancia de los vivos? ¿Es que puedo yo rasgar la venda que tantos años ha cubierto los ojos de mi madre? ¿Es que puedes tú llenar a tu hermana de vergüenza y de oprobio? ¿Es que a ese hombre que se llama tu padre...?

MERCEDES.—Calla, por Dios, no sigas, porque desde que sé la verdad no me atrevo a mirarle frente a frente. Tú no sabes lo violenta que estoy en esta casa... el martirio que paso, las dudas que me asaltan; porque yo me pregunto si el traje que visto, el lecho en que duermo, el pedazo de pan que me como, son míos... tengo derecho a ellos... A mí me parece que soy aquí una intrusa.

GABRIEL.—Y lo eres. Pero aunque no lo fueras. Desde el momento en que dices que te encuentras violenta, desde el instante en que no tienes la confianza y el calor y el cariño que son imprescindibles en un hogar; desde el momento en que estás a disgusto, no puedes permanecer aquí. Tú no tienes fortuna, Mercedes... desgraciadamente, tú lo sabes... Yo en cambio soy riquísimo... puedo hablarte sin humillación de estas cosas... yo poseo una fortuna enorme y esta fortuna es tan tuya como mía, te pertenece como a mí; tienes a ella el mismo derecho que yo. ¿Y voy a consentir que mientras yo viva espléndidamente pases tú privaciones y apuros? No... no... esto no puede ser. A mí este dinero me quemaría las manos... Piensa que no es que te lo regale, es que te pertenece, que te hace falta, que tú lo necesitas...

MERCEDES.—A mí eso no me importa.

GABRIEL.—Déjate de romanticismo y baja a la realidad, que es donde estamos. ¡Cómo no te ha de importar en la situación en que te encuentras... situación que yo sé porque tú me lo has dicho!... Si esto no admite espera, si tú sabes que la catástrofe está encima, que no hay manera de evitarla, que viene la ruina y no es la mise-

ria dorada, sino la real, la efectiva... ¡que te vas a morir de hambre! ¿Y cómo voy yo a consentir que llegues a ese extremo teniendo derecho a lo tuyo?... ¡a lo tuyo! ¿no comprendes?

MERCEDES.—Sí, sí, pero...

GABRIEL.—Tú tienes que aceptarlo y yo te lo tengo que dar. Pero, ¿cómo te lo doy? ¿Qué fórmula honrosa encontramos para que lo admitas? Porque si yo ahora te lo diese y tú lo aceptases, sabiendo como sabe la gente que estáis arruinados, ¿qué pensarían de ti?

MERCEDES.—Figúrate.

GABRIEL.—No habría más que un medio.

MERCEDES.—¿Cuál?

GABRIEL.—Mercedes, tú no puedes dudar de la manera que yo te quiero.

MERCEDES.—No.

GABRIEL.—Tú lees en el fondo de mi corazón y sabes la pureza de mis intenciones, ¿verdad?

MERCEDES.—Sí.

GABRIEL.—Tú sabes que lo que yo quiero es salvarte, dignificarte, redimirte del dolor de esta casa, encontrar una fórmula que nos justifique ante el mundo, un modo de cubrir las apariencias, ¿verdad?, un medio de que hagas uso de lo que legítimamente te pertenece sin que nadie tenga que decir nada de ti, ¿no es eso? Pues para eso no habría más que un medio: que tú pudieras aparecer ante los ojos de las gentes como si fueras mi mujer.

MERCEDES.—¡Qué barbaridad!

GABRIEL.—¿Barbaridad? ¿Por qué? Si tú sabes cómo te quiero yo y de qué manera me quieres tú a mí, ¿a ti qué te importa lo que piense el mundo?

MERCEDES.—No es lo que piense el mundo. Es lo que pienso yo.

GABRIEL.—¿Qué piensas tú? ¿Es que puedes tú tener la menor duda de la manera como yo te quiero? ¿Es que, pase lo que pase, suceda lo que suceda, puedes tú en ningún instante dejar de ser mi hermana, nada más que mi hermana?

MERCEDES.—Eso, no.

GABRIEL.—¡Pues entonces!

MERCEDES.—No, no, Gabriel. Esto es absurdo.

GABRIEL.—Absurdo, no. No basta decir esto es absur-

do, esto es un disparate. Los conflictos humanos no se resuelven con una negativa categórica, ni con una pirueta ingeniosa, ni con la aplicación cómoda de un lugar común. Los conflictos se resuelven razonándolos, con argumentos y con lógica. Aquí, ¿de qué se trata en resumen? De que tú tengas lo que te pertenece, de que no nos separemos, de que vivamos juntos. ¿Es que seríamos los únicos hermanos que en el mundo hayan vivido juntos? ¿Es que porque vivas conmigo vas a dejar de ser mi hermana?

MERCEDES.—No; si no es eso. A mí no me asustaría vivir contigo.

GABRIEL.—¡Pero es que puedes tú vivir conmigo sin casarte!

MERCEDES.—Cállate, Gabriel; me aturdes, me enloqueces... no insistas... ¡Si tú sabes que eso no puede ser!

GABRIEL.—¿Entonces qué hacemos?

MERCEDES.—Dejarme.

GABRIEL.—¿Dejarte?

MERCEDES.—Sí, déjame, Gabriel... no sufras por mí... no te preocupes... Sigue tu camino, yo seguiré el mío. ¡Sea lo que Dios quiera!

GABRIEL.—Pero, ¿qué vas a hacer?

MERCEDES.—Me iré a un convento.

GABRIEL.—¿A un convento?

MERCEDES.—Es la única manera de salir de esta casa de una manera decorosa. Así la gente no tendrá nada que decir de mí. Y si lo dicen, que digan lo que quieran. Dios me confortará.

GABRIEL.—No, no, eso no puede ser tampoco. ¡Cómo te vas a meter en un convento! ¡Cómo vas a renunciar a la vida porque quiera la imbecilidad de la gente! Como insistas en eso, yo doy el escándalo, digo la verdad y nos hundimos todos.

MERCEDES.—¡Gabriel!

GABRIEL.—¡Por qué vas a ser tú la única víctima! ¡Qué culpa tienes tú de lo que pasa! ¡Por qué razón vas a pagar tú sola los pecados de los demás! ¡Si tú quisieras ir a un convento por vocación, por voluntad... ¡muy bien! pero sacrificada, humillada, de Magdalena, para que la gente te considere culpable de una falta que no has cometido... ¡eso, nunca! Tú tienes que ir a todas partes con

la frente muy alta, siempre como lo que eres, inmaculada y pura; tú no tienes que bajar los ojos ante nadie, ¡ante nadie! ¿lo oyes? ¡Porque tú eres mi hermana; *(Transición.)* Mercedes, mi madre está muy vieja y muy enferma... cualquier día se la llevará Dios... me voy a quedar solo, solo en aquella casa tan grande, tan lóbrega y tan triste..., en aquel caserón que se me cae encima... solo, sin ti y con el remordimiento horrible de haberte hecho desgraciada. Mercedes, tú puedes llenar esa casa de luz y de alegría; tú dispondrás en ella, tú mandarás y yo seré tu hermano. Para el mundo, lo que el mundo quiera... ¡Qué nos importa el mundo! Para Dios, que lee en el fondo de las almas, y para nosotros, que obramos con arreglo a nuestra conciencia, dos hermanos que han sabido limpiarse de todas las impurezas de la vida.

MERCEDES.—Quizá tengas razón... es posible que tengas razón... no lo discuto... pero es que hay dentro de mí algo que me subleva, algo que me repugna, que me dice que eso no puede ser... No, Gabriel, eso no puede ser. Piensa otra solución.

GABRIEL.—¡Si no la encuentro! ¿Tú crees que si yo la encontrara no te la habría dicho? ¿Tú crees que a mí esta solución me satisface? ¡Cómo me va a satisfacer, Mercedes! ¡Pero si no hay otra... si es que no veo otra!... Estaré aturdido, estaré obcecado, pero no la veo... Piénsalo tú que estás más serena... ¡Ojalá la encuentres!... ¡Qué más quisiera yo que poder encontrarla! En cuanto me des una solución la acepto en el acto. Piénsalo tú. Piénsalo bien, Mercedes. Tú, piénsalo.

V

Un entresuelo lindísimo con honores de bajo en una casa soberbia de la Avenida de Reñalver. Portal de mármol, portero de librea, escalerita independiente y en la puerta una chapa de esmalte que dice: CARMELA, MANICURA. Esto en el exterior. Dentro, un recibimiento cuadrado con dos rasgadas vidrieras de colores y un alto friso de alegres azulejos sevillanos; pendiente del techo un farol japonés y en el testero un perchero de haya con los barrotes de metal muy limpios y una palmera a cada lado del testero dentro de un macetón de Talavera; luego un pasillo corto y después tres saloncitos corridos; el primero gris perla, el segundo oro viejo y el tercero amueblado con butacas de piel. Es el gabinete de trabajo. Junto al balcón, casi pegando con los vidrios cubiertos con sutiles visillos de tul crema, una mesita de níquel y cristal con dos tableros biselados; en el de abajo, sobre un paño de encaje, los útiles del oficio: pinzas, limas, tijeras, alicatitos, pulidores, cajas de polvos y tarritos de pastas; en el de encima un almohadón de seda blanca bordado con rosas de colores que debe ser un trozo de mantón de Manila, y una lamparita portátil de alabastro con primorosa pantalla de batic. En el fondo, tras una cortina de damasco malva, la alcoba de Carmela.

Los tres saloncitos tienen corridas las persianas, bajados los estores, entornadas las puertas del balcón, y por lo tanto, sumidos en dulce y discretísima penumbra. No hay ningún cliente.

Como no hay ninguno, DOÑA CARMEN, la madre de Carmela, una matrona de cincuenta años, opulenta y oronda, vestida con amplia bata de lunares azules, puede darse el gustazo de regodearse a sus anchas en uno de los butacones más cómodos del gabinete de trabajo, mientras JULIA, la doncella, primorosamente ataviada con traje negro, cofia minúscula, delantal impecable, cuello y puños planchados y zapatitos de charol, frota con un paño de gamuza la armadura de níquel de la mesita de cristal. Suena vibrante y largo el repiqueteo de un timbre.

DOÑA CARMEN.—*(Sin moverse.)* Julia, el teléfono.

JULIA.—*(Sin volver la cabeza.)* Ya lo he oído, señora, ahora voy. *(Dobla con mucha parsimonia el paño y se va lentamente por una puertecita de escape. Deja de tocar el timbre y se oye la voz de Julia dentro.)* Sí, señora, aquí es... No, señora; no está... No le puedo a usted decir... No sé, pero me parece que hoy será muy difícil... seguramente no va a poder ser. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? *(Cambiando de tono.)* Ah, ¿es usted, señora condesa?... usted perdone... no la había a usted conocido. Pues la señorita no está... Salió muy temprano... a las tres, nada más comer... tenía hoy mucho trabajo. Sí, señora, yo le daré el recado en cuanto venga,

pero desde luego le anticipo a la señora condesa que hoy no va a poder ser... Desde las siete en adelante están pedidos todos los turnos... No, no, imposible... de ninguna manera... son clientes antiguos, todos de hora fija... Ya sabe la señora condesa que la señorita es muy formal... Sí, sí, en cuanto llegue... yo se lo diré... ella misma hablará con la señora condesa y así podrán quedar las dos de acuerdo en la hora de mañana... ¿Le parece bien a la señora condesa?... Sí, señora... sí, señora... sí, señora... es lo mejor... ¿Desea algo más la señora condesa? Siempre a las órdenes de la señora condesa. *(Hay una pausa y Julia vuelve a entrar en el gabinete.)*

DOÑA CARMEN.—¿Quién era?

JULIA.—La señora condesa de Bartrina.

DOÑA CARMEN.—¿Esa que vive cerca del paseo de Rosales?

JULIA.—La misma.

DOÑA CARMEN.—Y luego da un duro...

JULIA.—No sé lo que da.

DOÑA CARMEN.—Un duro, un duro; no da más que un duro. Y ¿qué quería? ¿Que fuese mi hija a su casa a estas horas? *(Se pasa la mano por la nariz y sorbe.)* ¡Miau! Haberle dicho que no.

JULIA.—Ya se lo he dicho, señora.

DOÑA CARMEN.—Pero claro, claro, que lo hubiera entendido.

JULIA.—A una condesa no se le puede hablar más claro, señora.

DOÑA CARMEN.—¡A una condesa! ¡Nos han chinchao las condesas! No sé qué van a tener las condesas que no tengamos nosotras. *(Julia no contesta; sale del gabinete y vuelve a entrar con una toalla doblada que acomoda en un barrote de la mesita. Suena el timbre otra vez.)* Julia, el teléfono.

JULIA.—Voy. ¡Dichoso aparato, cómo está todo el día! *(Sale de nuevo y de nuevo se oye dentro su voz.)* Sí, señor, aquí es... no, señor, no está... No puedo a usted decir... Sí, a las siete seguro que está en casa, pero esa hora la tiene pedida... ¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? Precisamente es esa señora la que va a venir a las siete... ¿A las ocho? ¡Imposible! Esa hora está reservada para el señor secretario de la Embajada de Inglaterra. ¿Es

amigo de usted? ¿Me hace usted el favor de decirme quién es? Ah, señor duque, buenas tardes..., usted perdone... Sí, a las siete... seguramente... por lo menos ella viene todos los miércoles a esa hora... Ya sabe usted que es su hora fija... Puede usted venir como si no supiera nada... será una... coincidencia... No faltaba más; yo, ni una palabra, como el otro día; pura coincidencia... No hay de qué... El señor duque me manda siempre. Yo tengo mucho gusto en poder servir al señor duque... y mi señorita también... Hasta luego. Sí, a las siete en punto. Siempre a las órdenes del señor duque. *(Hay otra pausa y Julia vuelve a entrar en el gabinete.)*

DOÑA CARMEN.—¿Quién era?

JULIA.—Don Germán Atienza, el hijo mayor del duque de Montaldo.

DOÑA CARMEN.—¿Y por qué le llama usted duque, si todavía no lo es?

JULIA.—Porque ya lo será.

DOÑA CARMEN.—¿Y por qué le ha dicho usted que venga a las siete, si sabe usted que esa hora está comprometida?

JULIA.—Porque al señor Atienza lo que menos le importa es hacerse las manos; lo que él quiere es ver a una señora que vendrá aquí a las siete.

DOÑA CARMEN.—¡Vaya unos líos que se traen ustedes!

JULIA.—No hay ningún lío, señora.

DOÑA CARMEN.—Todo será hasta el día en que a mí se me hinchen las narices.

JULIA.—¡Qué miedo!

DOÑA CARMEN.—Es usted una insolente, una deslenguada..., ¡sinvergüenza!

JULIA. Señora. ¡Déjeme usted en paz!

DOÑA CARMEN.—Me está usted faltando al respeto.

JULIA.—Y usted a mí.

DOÑA CARMEN.—Ya se lo contaré a mi hija.

JULIA.—Y yo también. Yo también le diré que se mete usted en lo que no le importa.

DOÑA CARMEN.—Yo me meto en lo que me da la gana; ¡eso es!

JULIA. Señora, haga usted el favor de marcharse al comedor. Ya sabe usted que la señorita no quiere que esté usted en este gabinete.

DOÑA CARMEN.—La que se va a marchar es usted, pero a la calle.

JULIA.—Yo me marcharé cuando me eche la señorita. Yo en esta casa no tengo que ver con nadie más que con la señorita.

DOÑA CARMEN.—Y conmigo. Para eso es usted la criada.

JULIA.—Yo soy la doncella de la señorita.

DOÑA CARMEN.—Usted lo que es es una golfa.

JULIA.—¡A mí no me falte usted! *(Suena un timbre que no es el del teléfono.)*

DOÑA CARMEN.—La puerta.

JULIA.—Voy.

(Sale del gabinete por el salón amarillo; cruza el salón perla, desaparece en el corredor y se oye al poco rato una conversación en el recibimiento.)

JULIA.—La señorita Carmela no está.

UNA VOZ DE HOMBRE.—¿Cómo que no está? Pero si me tiene citado.

JULIA.—Si ya lo sé; a las seis y cuarto, y a la señorita de Arnedo a las seis y media... Pero no ha venido todavía. No sé qué le habrá sucedido. ¿Quiere usted pasar y esperarla?

LA VOZ DE HOMBRE.—Sí, sí, ya lo creo.

JULIA.—Pase usted.

(Doña Carmen, que desde las primeras palabras inclinó la cabeza y aguzó el oído, se levanta todo lo de prisa que su humanidad le consiente y se escurre por la puertecilla de escape. Entran en el salón perla Julia y Fernando Alcaraz.)

FERNANDO.—La señorita de Arnedo, ¿no ha venido tampoco?

JULIA.—Todavía no. Yo creo que no debe tardar. ¿Qué hora es?

FERNANDO.—Las seis y veinticinco.

JULIA.—No sé qué le habrá pasado a mi señorita, porque ella es muy formal.

FERNANDO.—Muy formal. El otro día me dió un plantón de tres cuartos de hora.

JULIA.—Oh, seguramente no tuvo ella la culpa. Mi señorita es muy formal.

FERNANDO.—¡Qué obscuro está esto!

JULIA.—¿Quiere el señor que abra el balcón?

FERNANDO.—Sí, hombre, por Dios, dé usted luz. Que nos veamos siquiera la cara.

(Julia se dirige al balcón, abre las maderas y descorre la persiana. Fernando saca un cigarro, lo va a encender y se detiene.)

FERNANDO.—Julita... ¿se puede fumar aquí?

JULIA.—Sí, si señor; no habiendo señoras... *(Señalando el estor.)* Le dejo así porque desde la calle se ve todo; pero si el señor quiere más luz...

FERNANDO.—No; basta, ¿para qué? El objeto era vernos la cara, por lo menos verte yo la tuya.., porque cuidado, chiquilla, que eres bonita... cada día que pasa estás más bonita...

JULIA.—¡Si le oye a usted la señorita María Pepa!

FERNANDO.—Tendría que darme la razón.

JULIA.—Pero no le gustaría.

FERNANDO.—Pues que se aguantara. Si tú me quisieras un poco, valiente cosa me iba a mí a importar la señorita María Pepa. Le voy a decir a Carmela que te me traspase.

JULIA.—Va a ser un poco difícil, porque está muy contenta conmigo y yo con ella.

FERNANDO.—¿Quieres venir de doncella a mi casa?

JULIA.—No, señor.

FERNANDO.—¿Por qué?

JULIA.—Porque me han dicho que en su casa de usted duran muy poco las doncellas.

FERNANDO.—Pues por eso.

JULIA.—*(Con retintín.)* Pues por eso. *(Suena el timbre de la puerta.)* Con su permiso... llaman.

FERNANDO.—¡Qué timbrazo más inoportuno!

(Sale Julia. Fernando se acomoda en una butaquita y se pone a hojear distraídamente un periódico ilustrado que coge de una mesa. En el recibimiento se oye hablar.)

JULIA.—La señorita Carmela no está, pero pase usted, porque no debe tardar.

UNA VOZ DE MUJER CLARA Y VIBRANTE CON LIGERO ACENTO GUTURAL UN POCO EXÓTICO.—He venido demasiado pronto, ¿no?

JULIA.—Sí... Hay un cliente antes. Tendrá la señora que esperar un poquito.

LA SEÑORA.—No tengo prisa, hasta mi hora. El caso es que Carmela sea puntual.

JULIA.—Debe estar al llegar.

LA SEÑORA.—¿Quién es el cliente que hay delante de mí?

JULIA.—Un oficial de húsares; el señor Alcaraz.

LA SEÑORA.—Ah...

JULIA.—Está en el salón perla. Pasaré a la señora al salón amarillo.

LA SEÑORA.—Bien.

Entra la señora en el salón amarillo. Es una mujer esbeltísima, muy morena, con ese moreno bronceado que constituye la preocupación de nuestras elegantes. Tiene los ojos enormemente grandes y enormemente negros, la nariz aguileña, la boca provocativa, las facciones un poco acentuadas, el pecho alto, la garganta llena, los hombros desnudos hasta el codo, maravillosamente torneados. Viste un traje de seda negro, largo de talle, justo de caderas y muy corto, demasiado corto; tan corto, que cuando se sienta queda el borde de la falda casi a nivel de las rodillas; alarde valiente de mujer bien formada, segura de la armonía de sus líneas, de la firmeza de sus piernas finísimas de caña, calzadas con medias de torzal de seda y zapato cerrado, puntiagudo, con fleco de charol. En la cabeza, muy encasquetado en la frente, un sombrero de paja con una amazona sin rizar; en las orejas, dos grandes perlas negras; en la garganta, cayendo sobre el pecho, un collar de azabache; en las muñecas, dos esclavas macizas; en las manos, un bolso de malla de oro y una sombrilla. Dice que tiene veintisiete años. Es polaca, viuda y se llama MARÍA CRAMARCZIC.

JULIA.—¿Quiere la señora que abra el balcón?

MARÍA.—*(Vivamente.)* No, no, no...

JULIA.—Como la señora guste.

MARÍA.—Se está muy bien así. *(Se sienta en el borde de una silla, el busto erguido, alta la cabeza, las rodillas muy juntas y las manos cruzadas sobre el puño de la sombrilla.)* Con tal de que Carmela venga pronto...

JULIA.—Yo no sé qué le pasa esta tarde a mi señorita. Ya debería estar aquí. *(Suena el timbre de la puerta.)* ¡Ah!... ella debe de ser. *(Sale del gabinete y en seguida vuelve a oírse su voz.)* La señorita no ha venido todavía, pero pase usted; debe estar al caer y es usted la primera...

Se oye un murmullo ininteligible, una carcajada, y entra en el saloncillo perla María Pepa Arnedo con su señorita de compañía. Alcaraz se acerca a saludarla.

FERNANDO.—¿Qué tal?

MARÍA PEPA.—Bien, ¿y tú? ¿Hace mucho que estabas aquí?

FERNANDO.—Veinte minutos.

María Pepa.—Nosotras entramos a comprar unas cosas y nos retrasamos. Luego hemos tenido que venir escapadas. Mira cómo traigo a ésta. *(Señalando a la señorita de compañía.)* ¡La he dado un trote!... Creí que no llegaba...

La señorita de compañía.—*(Dejándose caer sin fuerzas en una silla y abanicándose furiosamente.)* ¡Como que ya no podía más!

Fernando.—Dios en el otro mundo, y yo, miserable pecador, en éste, se lo pagaremos a usted, señorita. *(La señorita baja la cabeza, suspira y sonríe.)*

María Pepa.—Me han dicho que Carmela no está.

Fernando.—No; no ha venido todavía.

María Pepa.—Mejor: así podremos hablar más tiempo y más a gusto. Porque, chico, en la calle es comprometidísimo.

Fernando.—Además, que aquí estamos más cómodos...

María Pepa.—¡Qué duda cabe!

Julia.—*(Que ha vuelto a entrar en el salón amarillo, a María Cramarczic, que no se ha movido de la silla.)* No era la señorita; era la hija de los condes de Arnedo; la que está precisamente delante de usted.

María.—Entonces son dos.

Julia.—Sí... Es decir, puede que no sea más que uno, porque si ella despacha antes será lo más probable que él no se haga las manos.

María.—*(Comprensiva.)* ¡Ah!... Son novios.

Julia.—No sé. Es la primera vez que han coincidido. *(Suena otra vez el timbre de la puerta.)* Con permiso... ¡Creo que ahora sí que será la señorita! *(Sale del gabinete. Como las veces anteriores, se oye su voz en el recibimiento.)* No, señor; no está; no ha venido aún y hay tres clientes que la están aguardando. Si no tiene usted mucha prisa y quiere esperar... Pase usted... por aquí... por aquí... Siéntese. Hace el número cuatro.

Entra Germán Atienza quitándose los guantes y entornando los ojillos miopes para orientarse, porque apenas se ve. Después de muchos esfuerzos descubre al fin a María Cramarczic y avanza hacia ella con la mano tendida.

Germán.—Buenas tardes. María, ¿usted aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍA.—Buenas tardes, Germán.

GERMÁN.—¡Qué feliz coincidencia!

MARÍA.—¿Está usted seguro de que ha sido una coincidencia?

GERMÁN.—Por mi parte, sí.

MARÍA.—Yo creí que usted sabía bien que mi día es el miércoles y las siete mi hora.

GERMÁN.—*(Alcanzando una silla volante y sentándose en ella lo más cerca posible de su interlocutora.)* Sí, es verdad; lo sabía. ¿Para qué mentir? Lo sabía y he venido exclusivamente por eso; para verla a usted aunque no sea más que diez minutos. ¿Usted me perdona que yo haya abusado de esta pequeña confianza? ¿Verdad que no le ofende a usted?

MARÍA.—Oh, no; ¿por qué? Usted es muy dueño de venir... Yo no puedo impedírselo. Esto casi es un sitio público.

GERMÁN.—¿Entonces usted me autoriza para que nos veamos aquí todos los miércoles?

MARÍA.—No, no; eso ya no... eso tendría todo el carácter de una cita y podría comprometerme demasiado. Eso no.

GERMÁN.—María, yo necesito verla a usted.

MARÍA.—Es muy difícil.

GERMÁN.—¿No quiere usted que seamos amigos?

MARÍA.—Yo quisiera, pero no puede ser. Yo estoy en una situación muy delicada. Usted sabe, yo soy viuda, sola, no tengo a nadie aquí; vivo mi vida muy independiente; tengo pocas amigas... Una amistad con un hombre se prestaría a suposiciones muy malévolas... sobre todo con un hombre como usted tan... rico... Es usted demasiado rico para ser amigo de una mujer honrada.

GERMÁN.—Interpreta usted mal mis intenciones. Yo le ofrezco a usted una amistad honesta, desinteresada y leal. Yo la quiero a usted de buena manera, honradamente. Yo estoy dispuesto, si usted lo desea, a hacer públicas estas intenciones para que la gente sepa a qué atenerse...

MARÍA.—¿Sí?

GERMÁN.—Cuando usted quiera. Ahora mismo, ¿quiere usted?

MARÍA.—No, no, no...

GERMÁN.—¿Por qué?

MARÍA.—Porque no, porque no puede ser...

GERMÁN.—Pero ¿por qué no puede ser?

MARÍA.—Porque no.

GERMÁN.—Será porque usted no quiera. Libre, sola, independiente, ¿quién lo puedo impedir?

MARÍA.—*(Sin mirarle, jugueteando con la sombrilla.)* Oh, muchas cosas.

GERMÁN.—No veo más que una: que usted no quiere nada conmigo.

MARÍA.—*(Levantando la cabeza y clavando en él los ojazos negrísimos con una larga mirada mareadora.)* ¿Usted piensa?

GERMÁN.—*(Sobrecogido como un pobre pájaro ante las pupilas fascinadoras de un reptil.)* ¡María!

MARÍA.—Yo le estimo a usted bien... usted sabe que yo le estimo bien, pero...

GERMÁN.—¿Qué?

MARÍA.—No puedo ser yo novia.

GERMÁN.—Pero, ¿por qué?

MARÍA.—Yo soy muy sincera.

GERMÁN.—Por eso precisamente me gusta usted tanto.

MARÍA.—Yo soy una mujer muy cara... muy cara y muy gastosa, pero tengo fama de serlo todavía mucho más, ¿no? Yo matrimonié con un hombre muy rico... tanto como usted... puede que más... pero un poco loco, demasiado ligero... él se metió en empresas que no entendía nada y se arruinó, lo gastó todo... Yo no tengo responsabilidad ninguna, yo no soy absolutamente culpable... y, sin embargo, todo el mundo dijo que soy yo quien le había arruinado... Esto me ha originado muchísimos disgustos y no quiero que me suceda más. No, no, no, no... Si ahora, con la fama que yo tengo, aceptara los amores de usted, toda la gente pensaría que yo iba por su dinero.

GERMÁN.—¡Por Dios!... ¡Cómo puede usted suponer!

MARÍA.—Oh, sí, sí, sí... la gente es muy mala... siempre piensa mal... Usted mismo podría quizá pensarlo.

GERMÁN.—¿Usted me cree a mí capaz?

MARÍA.—Yo no necesito casarme. Yo tengo bastante para vivir una vida modesta, independiente. Yo he sido muy desgraciada en mi primer matrimonio y no quiero

volverlo a ser. Jamás me casaré con un hombre que tenga dinero.

GERMÁN.—Eso no es más que una excesiva susceptibilidad.

MARÍA.—Es posible, pero es mi propósito. Yo soy muy firme en mis propósitos.

GERMÁN.—¿De manera que no me da usted ni una esperanza. *(María calla.)* ¡Me destroza usted!

MARÍA.—Yo también me contrario mucho. Créamelo. Le estimo a usted bien.

GERMÁN.—*(Mirándola a los ojos.)* Yo confío en que, a pesar de todo, algún día podré vencer esa resistencia. *(María sonríe. El la coge una mano y se la acaricia. Ella se deja acariciar.)* ¡María! *(Ella levanta los ojos y le mira. Suena el timbre de la puerta. María retira la mano vivamente y la vuelve a poner sobre el puño de la sombrilla. El se aparta.)*

JULIA.—*(En el recibimiento.)* ¡Gracias a Dios! Desde las seis y cuarto la están a usted esperando.

UNA VOZ DE MUJER.—No he podido venir antes.

Se oye un rápido taconeo y por la puerta de escape entra CARMELA en el gabinete. Es una muchachita bien plantada, regordeta, con los ojos garzos, muy bonitos, y la piel satinada, de una blancura mate de tazón de leche. Bajo el sombrero, puesto de cualquier modo, asoman unos bucles castaños, desrizados, pegados a la frente. Viene sudando y respirando agitadísima. Deja sobre la mesa un maletín de piel que trae; se quita el sombrero, se pasa una toalla por la frente, se atusa los bucles ante el espejo, entra en la alcoba y se lava las manos.

CARMELA.—¡Qué tarde me han dado, hija! ¡Estoy rendidita! No puedo más. *(Volviendo a salir.)* ¿Hay muchos esperando?

JULIA.—Cuatro. Y falta todavía el señor secretario de la Embajada de Inglaterra.

CARMELA.—¿Quién está el primero?

JULIA.—La señorita de Arnedo y el teniente Alcaraz.

CARMELA.—Uno u otro...

JULIA.—Vienen juntos.

CARMELA.—*(Con un gesto de resignación.)* Que pasen. Y agua caliente.

(Abre el maletín, saca de él unos pulidores y unas limas y los deja sobre el tablero de cristal. Julia sale por la puerta de escape, atraviesa el salón perla, ha-

bla un momento en voz baja con María Pepa y Alcaraz y entra en el salón amarillo.)

JULIA.—*(A María Cramarczic.)* Puede usted pasar cuando guste.

MARÍA.—¿Pero no estaban antes otros?

JULIA.—Sí, pero le ceden a usted el turno.

MARÍA.—¡Ah! *(Tendiendo la mano a Germán.)* Adiós.

GERMÁN.—¿La espero a usted?

MARÍA.—Lo que usted quiera, pero me iré en seguida en el coche y no sería correcto que nos vieran salir juntos.

GERMÁN.—En ese caso me voy.

MARÍA.—¿No se hace usted las manos?

GERMÁN.—Me las haré mañana.

MARÍA.—Entonces no nos veremos. Yo voy mañana a las carreras de Aranjuez.

GERMÁN.—*(Con alegría.)* ¡Ah! pues hasta mañana. ¿Me permitirá usted que yo vaya también a las carreras?

MARÍA.—*(Sonriendo deliciosamente.)* ¡Oh! usted es muy dueño de ir. Yo no puedo impedirlo. Es un sitio público. *(Cruza el salón y entra en el gabinete.)* Buenas tardes, Carmela.

CARMELA.—¡Cómo! ¿pero es usted? Si yo creí que estaba antes la señorita de Arnedo.

MARÍA.—Me ha cedido su turno.

CARMELA.—Pues... cuando usted guste.

MARÍA.—Cuando usted quiera. *(Se sienta en el sillón-cito enfrente de la mesa y pone el codo sobre el almohadón.)*

CARMELA.—¡Julia! ¡Julia!, he pedido agua caliente.

JULIA.—*(Entrando por la puerta de escape con un tazón de cristal.)* Aquí está.

FERNANDO.—*(En el salón perla, a María Pepa en voz baja y tan cerca de su cara que se diría que la está besando.)* Pero, ¿por qué no quieres? Si no hay peligro, tonta, si nadie te ha de ver... Carlos, con un pretexto, echa de casa a las criadas, me da a mí las dos llaves... yo te entrego a ti una... me quedo con la otra... subes tú sola...

MARÍA PEPA.—*(Encogiéndose como una gata.)* Me da mucho miedo, Fernando... tengo mucho miedo.

FERNANDO.—Pero tonta, ¿de qué?

MARÍA PEPA.—De ti... de mí... ¿Y si luego me dejas de querer?

FERNANDO.—¡Puedes pensar eso de mí!

MARÍA PEPA.—No sé... No sé...

FERNANDO.—*(Cogiéndole la mano y queriéndole mordisquear las puntas de los dedos.)* ¡Vida mía!... ¡mi alma!

MARÍA PEPA—*(Señalando con los ojos a la señorita de compañía, que está leyendo un periódico ilustrado.)* Por Dios, estate quieto; no seas imprudente.

FERNANDO.—(*Apasionado.*) ¡Si es que me tienes loco! (*Se oyen pasos que se aproximan. María Pepa retira vivamente la mano. Fernando se separa. Julia atraviesa el salón perla sin mirar, entra en el amarillo y se dirige a Germán que está de pie.*) ¿Va usted a pasar después de la señorita María?

GERMÁN.—No; es muy tarde ya. Prefiero volver otro día; pasado mañana, por ejemplo.

JULIA.—Como el señor guste.

GERMÁN.—Dígaselo a Carmela.

JULIA.—Se lo diré.

GERMÁN.—Adiós; hasta el viernes. (*Saca dos duros y se los da a la doncella.*)

JULIA.—(*Guardándoselos uno en cada bolsillo del delantal para que no suenen.*) Muchas gracias, señor duque; muchísimas gracias. Siempre a las órdenes del señor duque. (*Le acompaña hasta el recibimiento y se oye cerrar la puerta de la calle.*)

CARMELA.—(*Llamando.*) ¡Julia!

JULIA.—(*Entrando por la puerta de escape.*) Señorita...

CARMELA.—¿Quién se ha ido?

JULIA.—El señor Atienza.

CARMELA.—¡Ah! ¿Pero estaba ahí?

MARÍA.—Sí; ha estado hablando un poco conmigo.

CARMELA.—(*A Julia.*) Nada más. (*Julia se retira.*) (*A María.*) ¿Ve usted cómo ha venido? ¡Si lo sabía yo!... Se lo dije a usted... Estaba segurísima... No había más que oirle hablar... ¡Si usted supiera el entusiasmo con que me habló de usted!

MARÍA.—(*Con vivo interés.*) ¿Sí? ¿Qué dijo de mí?

CARMELA.—Nada, que le trae usted loco; que es usted

una mujer encantadora... que está decidido a casarse en cuanto usted le diga que sí...

MARÍA.—(*Dando un gran suspiro.*) ¡Si fuera eso verdad!

CARMELA.—El parece muy apasionado...

MARÍA.—Sí, los hombres en España son muy apasionados y muy vehementes... Todo lo quieren en seguida... Son muy peligrosos. Hay que andar con muchísimo cuidado.

CARMELA.—Yo creo que éste la quiere a usted de veras.

MARÍA.—Ya lo veremos.

CARMELA.—Es usted un poquito desconfiada.

MARÍA.—Me han hecho serlo.

CARMELA.—¿Me da usted la otra mano?

FERNANDO.—(*A María Pepa.*) ¡Qué ganas tengo de besarte toda!... ¡toda! Voy a empezar por esos rizos que asoman juguetones por debajo del ala del sombrero; por esos dos bucles pegados a las sienes, negros como las alas de las golondrinas; por esos lobulillos de las orejas, tan finos, tan suaves que parecen amasados con espuma y con fresas, fresas en chantilly; te voy a besar la frente, esa frente tan pura y tan noble, para ver si los besos traspasan ese cráneo y se meten dentro como juramentos de mi cariño; te voy a besar los ojos, esos dos pétalos de rosa que te han puesto por párpados, y esa naricilla respingona y chula, y esas mejillas tan lindas de bebé... Te voy a morder la boca..., esa boca de fruta en sazón, tan jugosa y tan fresca... y el hoyuelo de la barbilla... Te voy a besar la garganta, te voy a besar los hombros, te voy a besar los brazos y besando, besando voy a llegar a las muñecas, y luego por la mano hasta la puntita de las uñas, y otra vez a subir, siempre besando, hasta llegar nuevamente a los hombros, y entonces empezar a descender por el escote...

MARÍA PEPA.—¡Por Dios, baja la voz, que te pueden oír! (*Fernando obedece; obedece tan bien, que a partir de este momento su voz es tan baja que ya no se le oye.*)

CARMELA.—(*A María.*) Podía haber pasado con usted. Debió usted decírselo.

MARÍA.—No, no, de ninguna manera. No habría sido correcto.

CARMELA.—Conmigo hay confianza. ¡Figúrese usted!

MARÍA.—No hay que dar confianzas a los hombres. Demasiadas se toman ellos. Además, que conviene hacer desear las cosas. Cuanto más se desean, mejor.

CARMELA.—Es usted muy cruel... o muy lista.

MARÍA.—Un poco experimentada nada más.

MARÍA PEPA.—(*A Fernando, un poquito retirada de él.*) ¡Y dices tú que Carlos no ha tratado de averiguar quién era la mujer que ibas a llevar a su casa!

FERNANDO.—No, no...

MARÍA PEPA.—¿No te preguntó nada, de verdad?

FERNANDO.—Entre hombres de honor esas cosas no se preguntan.

MARÍA PEPA.—Oye: ¿de qué vive Carlos?

FERNANDO.—No lo sé.

MARÍA PEPA.—El gasta, triunfa...

FERNANDO.—Psss... regular... no creas... lleva una vida relativamente modesta, muy metódica. Se administra bien, eso es todo.

MARÍA PEPA.—Sin embargo, él gasta. Tiene que gastar.

FERNANDO.—Ah, naturalmente...

MARÍA PEPA.—¿Y de dónde lo saca?

FERNANDO.—No lo sé.

MARÍA PEPA.—El no tiene fortuna personal.

FERNANDO.—Ninguna.

MARÍA PEPA.—Vivirá de la trampa.

FERNANDO.—No; eso te lo garantizo. Precisamente tenemos los mismos proveedores y me consta; paga como el primero.

MARÍA PEPA.—¿A ti no te ha pedido nunca nada?

FERNANDO.—Jamás.

MARÍA PEPA.—Pues no lo entiendo. En Madrid, chico, hay mucha gente que es un misterio para mí. Yo no sé de qué viven.

FERNANDO.—Bueno, mira; eso no nos importa. Lo interesante para nosotros en este momento es que tú te decidas.

MARÍA PEPA.—Ay, Fernandito de mi alma, a mí me da mucho miedo.

MARÍA CRAMARCZIC.—(*De pie, dispuesta ya para marcharse.*) Bueno, Carmela, adiós; hasta el próximo miércoles.

CARMELA.—Adiós; señorita María. Y que se arreglen esas cosas.

MARÍA CRAMARCZIC.—(*Dando un suspiro.*) ¡Ay, Carmela, Carmela, como yo sujete a ese hombre de verdad, qué regalo tan espléndido la voy a hacer a usted!

CARMELA.—Así sea.

MARÍA.—Buenas tardes.

CARMELA.—Buenas tardes. (*Sale María Cramarczic por la puerta de escape. Julia la acompaña hasta el recibimiento; luego entra en el gabinete, se lleva el agua sucia y trae otro lavamanos de cristal con agua limpia.*)

CARMELA.—Que pase la señorita de Arnedo.

JULIA.—¿Sola o con el señor Alcaraz?

CARMELA.—Como quieran. (*Desaparece Julia y a los pocos momentos entra Fernando solo.*) ¿Usted primero?

FERNANDO.—María Pepa se ha ido. Era muy tarde para ella. Me ha encargado mucho que la perdone usted y que, si le es posible, vaya mañana temprano por su casa. Ah, y que no diga usted que ha estado aquí.

CARMELA.—(*Cruzada de brazos.*) ¿Qué más?

FERNANDO.—Nada más, preciosa.

CARMELA.—¿Se va usted a hacer las manos?

FERNANDO.—Sí, señora.

CARMELA.—Pues cuando usted quiera.

FERNANDO.—Vamos allá. (*Se sienta en el sillón que dejó vacante María y apoya el codo sobre el almohadón.*)

CARMELA.—¡Jesús, qué manos!... ¿Pero qué hace usted con las manos, criatura? ¡Están estropeadísimas!

FERNANDO.—Cuénteselo usted al caballo. ¿Qué quiere usted que haga?

CARMELA.—Tener más cuidado.

FERNANDO.—¿En pleno entrenamiento? Sí, sí...

CARMELA.—¿Monta usted mucho ahora?

FERNANDO.—Todos los días.

CARMELA.—¿Corre usted mañana en Aranjuez?

FERNANDO.—Sí, señora.

CARMELA.—Si pudiera ir apostaría por usted. No, no haga usted ese gesto, no se ponga usted tonto, que no sería por usted, sino por el caballo. Tiene usted una yegua magnífica.

FERNANDO.—Pues ahora voy a comprar otra mejor. Esa sí que es soberbia. La voy a llamar Carmela, si usted me lo permite.

CARMELA.—¡Qué gracioso, hombre!

FERNANDO.—A ver si me trae la buena suerte.

CARMELA.—¿Sí? ¡Pues está usted lucido!

FERNANDO.—¡Cómo! ¿No tiene usted buena suerte?

CARMELA. Hombre, no me puedo quejar. (*Una pequeña pausa.*) ¡Pero cómo se ha puesto usted las manos, Dios mío!

FERNANDO.—En cambio las de usted son cada día más bonitas. ¿Qué hace usted, Carmela, para tener esas manos tan lindas y tan satinadas?... ¡Si parecen de raso! (*Acariciando con la que tiene libre la mano de Carmela.*)

CARMELA.—(*Coge la de él y le obliga a que introduzca los dedos dentro del tazón de cristal.*) Haga usted el favor de meter la mano aquí y tenerla quieta hasta que yo le avise.

FERNANDO.—(*Resignado.*) Bueno. (*Suena el timbre de la puerta.*)

CARMELA.—(*Al cabo de un rato.*) Julia...

JULIA.—(*Desde la puerta de escape.*) Señorita...

CARMELA.—¿Quién era?

JULIA.—Su hermano de usted.

CARMELA.—Ah...

JULIA.—Ha pasado al comedor. Dice que quiere verla a usted.

CARMELA.—Bueno. (*Se va Julia.*)

FERNANDO.—No sabía yo que tenía usted hermanos.

CARMELA.—Tengo éste.

FERNANDO.—¿Y qué es?

CARMELA. Empleado.

FERNANDO.—Y novio ¿tiene usted?

CARMELA.—Sí, señor.

FERNANDO.—Ah, ¿pero tiene usted novio?

CARMELA.—¿Por qué no le voy a tener?

FERNANDO.—Verdaderamente... Y ¿qué es?

CARMELA.—Amigo de mi hermano.

FERNANDO.—¡Ah!...

CARMELA.—Ya puede usted sacar la mano del agua.

FERNANDO.—¿Y qué hago con esta otra?

CARMELA.—Tenerla muy quietecita para que no se le vaya el brillo.

FERNANDO.—Le advierto a usted que a mí me cuesta mucho trabajo tener las manos quietas cuando estoy delante de una mujer bonita.

CARMELA.—Pues no hay más remedio, porque de lo contrario se expone usted a tener que irse con una arreglada y otra sin arreglar.

FERNANDO.—¡Qué infame! ¿Sería usted capaz?

CARMELA.—¡Toma, ya lo creo!

FERNANDO.—Bueno, Carmelita, en serio; voy a pedirle a usted un favor.

CARMELA.—¿En serio?

FERNANDO.—En serio.

CARMELA.—Venga de ahí.

FERNANDO.—Ya habrá usted comprendido que estoy con María Pepa...

CARMELA.—Me lo he figurado...

FERNANDO.—Me he complicado un poco. No sé en qué parará esto, pero tengo que seguir adelante.

CARMELA.—¿En qué quiere usted que pare, hijo mío? En la Vicaría.

FERNANDO.—¡Quia!

CARMELA.—Ah, ¿no?

FERNANDO.—Ni en broma.

CARMELA.—Entonces, ¿dónde?

FERNANDO.—Eso es lo que no sé.

CARMELA.—¡Pero qué tíos son ustedes todos!...

FERNANDO.—Paso; eso no va por mí.

CARMELA.—¡Como que usted es un santo!

FERNANDO.—Soy un hombre que baila al son que le tocan.

CARMELA.—Y eso ¿qué quiere decir?

FERNANDO.—Quiere decir, Carmelita, que yo trato a cada mujer como se merece.

CARMELA.—¿Y la señorita María Pepa no merece ir a la Vicaría?

FERNANDO.—Yo no sé si lo merece, pero conmigo no va.

CARMELA.—¿Ve usted cómo son todos ustedes unos tíos?

FERNANDO.—No veo la consecuencia.

CARMELA.—Pues yo sí que la veo. Cuando las mujeres les dicen que no, son unas orgullosas antipáticas; cuando les dicen que sí, las desprecian por demasiado fáciles.

FERNANDO.—¡Naturalmente! Como que la virtud está en el justo medio.

CARMELA.—Ya, ya... Bueno, ¿y cuál era el favor que quería usted pedirme?

FERNANDO.—Un favor muy grande... pero sin compromiso. Y sobre todo, sin enfadarse, ¿eh?... Usted me contesta sí o no, pero sin ofenderse.

CARMELA.—Diga usted.

FERNANDO.—¿Usted tiene inconveniente en que María Pepa y yo nos podamos ver aquí?

CARMELA.—¿Aquí?... ¿Qué es aquí?

FERNANDO.—Hombre, en su casa de usted.

CARMELA.—¿Como... hoy?

FERNANDO.—Sí, como hoy, pero más íntimos. En otra habitación en donde hubiera seguridad de que no entraba nadie.

CARMELA.—No tengo más habitaciones disponibles que las que usted ve.

FERNANDO.—Estas no me sirven.

CARMELA.—Pues no tengo otras.

FERNANDO.—Aunque sea el cuarto de la criada.

CARMELA.—No se moleste usted, porque no puede ser. Usted viene a esta casa cuando se le antoje y habla usted con quien le dé la gana, pero aquí, en los gabinetes de espera... nada más.

FERNANDO.—¿En absoluto?

CARMELA.—En absoluto. Ya ve usted que se lo digo sin enfadarme.

FERNANDO.—Usted perdone.

(Suena el timbre del teléfono.)

CARMELA.—*(Levantando la voz.)* ¡Julia!... ¡Julia!

JULIA.—*(Asomando la cabeza.)* Señorita...

CARMELA.—Si es alguien que pide hora, que no estoy.

JULIA.—Muy bien. *(Desaparece y en seguida se la oye hablar dentro.)* Bueno... bueno... se lo diré... No hay de qué... Vaya usted con Dios. *(Volviendo a asomar la cabeza.)* El señor secretario de la Embajada de Inglaterra,

que disponga usted de su hora porque no puede venir y que lo hará mañana.

CARMELA.—Jesús, lo que me alegro. *(A Fernando.)* Servido.

FERNANDO.—*(Levantándose.)* Muchas gracias.

CARMELA.—¿Hasta cuándo?

FERNANDO.—No sé... ya le avisaré.

CARMELA.—Sí, sí; hágame el favor de avisar siempre; un recado o una simple llamada por teléfono, pero siempre con anticipación. Hay personas que tienen la mala costumbre de no pedir hora, se plantan aquí y me perturban toda la tarde.

FERNANDO.—Usted sabe, Carmelita, que yo soy muy formal. *(Le entrega un billete de cinco duros.)*

CARMELA.—Ya lo sé. *(Toma el billete y se levanta.)* Voy a darle a usted la vuelta.

FERNANDO.—*(Con un gesto de príncipe.)* Liquidado.

CARMELA.—Muchas gracias. ¿Es a cuenta de la yegua de mañana?

FERNANDO.—*(Se ríe.)* Adiós, Carmelita.

CARMELA.—Adiós, don Fernando.

Sale Alcaraz. Carmela enlaza las manos por detrás de la nuca y se despereza con un movimiento lánguido y felino. Luego se deja caer en una butaca y suspira:

—Julia, dígale al señorito que puede pa...

No acaba la frase, porque en este momento, por la puerta de escape, entra en el gabinete Carlos Monterrey.

CARLOS.—Nena, mi vida, ¿qué haces tú ahí tan retecómoda?

CARMELA.—Ay, chiquillo, estoy que no puedo más... reventadita... ¡qué tute me han dado!... Toda la mañana aquí y desde las tres en la calle.

CARLOS.—Pero es una locura... Te vas a matar.

CARMELA.—¡Y qué quieres que haga!

CARLOS.—Lo razonable. Llegas a un punto y cortas, y el que venga detrás que se fastidie. ¡No faltaba más! Antes eres tú.

CARMELA.—Tengo los dedos entumecidos.

CARLOS.—*(Se los coge y se los besa.)* ¡Pobres dedines míos! ¡Es un crimen que te mates así!

CARMELA.—Sí... verdaderamente no voy a tener más

remedio que tomar una determinación, porque chico, esto no puede ser... Cada día más compromisos. Parece que no hay en Madrid otra manicura que yo.

CARLOS.—Presume, niña...

CARMELA.—¡Qué presume...! ¡Tontería pura! Que está una de moda.

CARLOS.—Pues aprovecha, pero sin entregarte; ten en cuenta que cuanto más te hagas valer más te solicitarán.

CARMELA.—Eso ya lo sé yo.

CARLOS.—No, no lo sabes, porque si lo supieras no tendrías tantas. Hazme caso, nenita; pocas y buenas.

CARMELA.—Tú déjame a mí, que cuando llegue la hora ya seleccionaré. ¿Me haces el favor de alcanzarme ese bolso? *(Señalando el maletín de piel que trajo en la mano. Carlos se lo entrega. Ella lo abre, saca de él un puñado de billetes y monedas de plata y lo vierte en el halda.)*

CARLOS.—Nena, qué rica estás.

CARMELA.—*(Apartando unos billetes.)* Me pagó la Fresnedo.

CARLOS.—Ya era hora.

CARMELA.—Dos meses y unos días; no lo sé a punto fijo; no llevaba la cuenta. Me ha dado cincuenta duros.

CARLOS.—Está bien.

CARMELA.—Pero que muy bien. Ella, como cargante, es muy cargante, pero es espléndida.

CARLOS.—¿Más que la de Arnedo?

CARMELA.—No me hables. Esa es una de las primeras que voy a dejar plantada. Estos cinco duros *(Enseñándole otro billete.)* son del teniente Alcaraz.

CARLOS.—Espléndido también.

CARMELA.—Mucho... Ya te contaré. Y esto *(Mostrando el resto del dinero.)* lo del día. ¿No está mal, verdad?

CARLOS.—¡Qué va a estar, mujer!

CARMELA.—Tengo apartadas, sin contar el gasto del mes, tres mil cuatrocientas pesetas. Oye, ¿habrá bastante para otra lámina de amortizable?

CARLOS.—¿Cinco mil nominales? No lo sé; ahora haremos la cuenta, pero me parece que no, porque el amortizable está muy alto. Compras interior.

CARMELA.—Me gusta más el amortizable.

CARLOS.—Pues vamos a ver si hay suficiente. Trae un lápiz.

CARMELA.—Déjalo para mañana. No tengo yo ahora ganas de cuentas. ¿Qué vas tú a hacer esta noche?

CARLOS.—Yo había venido a llevarte a cenar, pero si te encuentras tan cansada...

CARMELA.—Para eso no estoy cansada nunca, vida.

CARLOS.—Pues andandito. Vete vistiendo. Yo me voy a llegar un momento a la Peña a ver a uno y vuelvo en seguida con un coche a por ti.

CARMELA.—Pero, oye, riquín, ¿tú tienes dinero para convidarme a cenar?

CARLOS.—Soy más pobrecito que tú, pero todavía me quedan cinco duros.

CARMELA.—¿Y te los vas a gastar conmigo?

CARLOS.—Yo no me gasto el dinero más que contigo.

CARMELA.—¡Ole los hombres! Pues guárdatelos y toma. *(Le ofrece unos billetes.)*

CARLOS.—No, déjalo. Si me hacen falta ya te los pediré.

CARMELA.—Anda, si sabemos lo que es necesidad.

CARLOS.—No, espera; deja que hagamos antes cuentas; no vayan a hacerte falta para el amortizable. A mí no me corren prisa. Puedo pasar sin ellos.

CARMELA.—Pero, tontín, si tengo yo guardado... ¡cuando yo te los doy!... No seas chiquillo, tómalos. Son los que me acaba de dar la Fresnedo... Huélelos. Verás qué bien perfumados están.

CARLOS.—*(Llevándoselos a la nariz.)* Toma, pues es verdad. *(Se los guarda.)* Bueno, adiós, vuelvo en seguida.

CARMELA.—No tardes; que yo estoy aviada en un momento.

CARLOS.—Quince minutos. *(Sale.)*

CARMELA.—*(Llamando.)* Julia, a escape, la ropa, que me voy a vestir.

JULIA.—*(Entrando.)* ¿La señorita cena fuera?

CARMELA.—Sí. *(Se meten las dos en la alcoba.)*

DOÑA CARMEN.—*(Dentro.)* Carmela... ¡Carmela!

CARMELA.—No puedo ir ahora, mamá: me estoy vistiendo.

DOÑA CARMEN.—Ah, ¿pero te vas?

CARMELA.—Sí.

DOÑA CARMEN.—¿Tampoco hoy comes en casa?

CARMELA.—Tampoco.

DOÑA CARMEN.—*(Entrando en el gabinete.)* ¡Buena vida te llevas, hijita!

CARMELA.—¡Para eso estoy todo el día sacrificada, mamá!

DOÑA CARMEN.—Y para eso lo ganas, ¿no?

CARMELA.—Sí, señora.

DOÑA CARMEN.—Nada, hijita, diviértete... y gasta. Para ti es el mundo.

CARMELA.—¡Y qué quiere usted que haga, madre! ¿Que me esté aquí consumida?

DOÑA CARMEN.—No, hija; yo no quiero nada. Allá tú... y él. Por mí puedes irte con él y gastártelo todo. *(Con mucho retintín.)* ¡Para eso lo ganas!

CARMELA.—*(Frunce los labios, crispa los dedos y repiquetea el suelo con el taconcito.)* ¡Ya salió aquello!

JULIA.—*(Que está a sus pies arrodillada, calzándola un zapato.)* No la haga usted caso, señorita.

CARMELA.—*(A Julia.)* ¡Pero usted ve!... ¡Todos los días así! *(Julia hace un gesto despectivo.)* ¡No he de hacer caso, si es capaz esta mujer de agotar la paciencia de Job!

DOÑA CARMEN.—¡Vergüenza te debía de dar!... ¡Estar todo el día trabajando como una negra para mantener a un hombre... a un chulo, porque ese hombre es un chulo!

CARMELA.—¡Mamá!

DOÑA CARMEN.—¡Estás enchulada!

CARMELA.—Ni yo estoy enchulada, ni ese hombre es un chulo, ni usted sabe lo que se dice.

Entra en el gabinete. Entra medio desnuda; con una enagua pantalón muy corta, de seda blanca, sin más adorno que un lindísimo calado de vainica; todo el escote al descubierto, los brazos desnudos y anudados en los hombros los lazos lila de la camisa Imperio. Ha cambiado las medias de hilo que llevaba por otras soberbias de torzal de seda y las botitas de becerro por unos zapatitos de charol impecables. La indignación ha puesto en sus mejillas dos rosetas de fuego, ha encendido sus labios y ha abrillantado sus pupilas garzas. Está guapísima. En las manos de Julia el traje de seda que se va a vestir cruje con un murmullo rumoroso y suave, como si la llamara.

DOÑA CARMEN.—*(Con una sonrisa que es como un cuchillo.)* Conque no, ¿eh?

CARMELA.—No. Se lo he dicho a usted muchas veces

y se lo voy a decir la última para que no se le olvide. Cuando ese hombre me conoció yo estaba en un taller haciendo sombreros, velando hasta las once de la noche para ganarme tres cochinas pesetas; tres pesetas con las que no teníamos para empezar. Y luego venía la vacación y nos moríamos de hambre... usted lo sabe mejor que yo, porque era usted la que manejaba el dinero. Y este hombre me conoció y me ayudó y, si no dinero porque no lo tenía, me dió buenos consejos, que a veces valen mucho más; y me enseñó este oficio y me puso esta casa; si no ésta, otra, pero al fin una casa; y me pagó los muebles.

DOÑA CARMEN.—¿Estás segura de que los pagó él?

CARMELA.—Para el caso es lo mismo, porque él fué quien dió la cara. Y él me hizo la parroquia... y todo lo que tengo, y todo lo que gano se lo debo a él. ¿Qué menos puedo hacer yo que ser agradecida?

DOÑA CARMEN.—Vaya, que todavía va a resultar que te saca poco.

CARMELA.—No me saca nada.

DOÑA CARMEN.—¡Me vas a mí a decir que no te pide dinero!

CARMELA.—¡Nunca! ¡Jamás!... en la vida me ha pedido nada. ¡Si alguna vez se lo doy, porque él lo necesita, yo sé mejor que nadie el dolor que le cuesta y el trabajo con que me lo toma! Además, no le doy nada que no sea suyo. Tiene a ello tanto derecho como yo.

DOÑA CARMEN.—¡Atiza!

CARMELA.—Sí, señora, sí; nada de «atiza». Es suyo y bien suyo. ¿Usted cree que yo gano veinticinco duros diarios por mi cara bonita? Usted cree que en Madrid no hay manicuras que valgan más que yo, que sepan trabajar mejor que yo? Ahí está mi maestra, que es una maravilla y hay meses que no gana para pagar la casa. Y yo, en cambio, usted ve... robando el dinero. Y todo, ¿por qué? porque él me ha buscado la parroquia, porque él me ha ido trayendo una a una las parroquianas más ricas de Madrid. Pero, señor, ¡si hasta educación me ha dado! Si yo era una bruta que no sabía ni hablar y hasta eso tengo que agradecerle.

DOÑA CARMEN.—Todo eso está bien, pero ese hombre te ha perdido.

CARMELA.—¡Y qué vamos a hacer, madre, si las cosas se han puesto así!

DOÑA CARMEN.—Que cumpla contigo como Dios manda; que se case.

CARMELA.—¡Si no puede ser, madre! ¡Si usted sabe que eso sería la ruina!

DOÑA CARMEN.—¿Por qué había de ser la ruina?

CARMELA.—Porque si me casara con él tendría que dejar el oficio. Hay cosas, madre, que no pueden ser. La señora de don Carlos Monterrey no puede hacer las manos a las amigas de su marido.

DOÑA CARMEN.—Pero serías una mujer honrada.

CARMELA.—Muy honrada; sí, señora, sería muy honrada, y él muy caballero; pero a estas horas estaríamos los tres, él, usted y yo muriéndonos de hambre.

VI

El Tiro de Pichón de la Casa de Campo. Está animadísimo porque se juega esta tarde la copa de la Peña (veinte metros, veinte pájaros, tres ceros y derecho a igualar) y se han inscrito setenta y cuatro escopetas. Comenzó la tirada a las dos en punto; son las tres y veinte y la primera vuelta no ha terminado aún. Como el sol está muy alto todavía y calienta de firme, la mayoría de la gente se ha refugiado en el chalet. Sólo algunos privilegiados que han tenido la fortuna de pescar las mesas amparadas por la sombra de la casita se han podido dar el placer de almorzar al aire libre bajo la limpia bóveda del cielo intensamente azul. Ante los ojos deslumbrados por la refracción de la luz diamantina se extiende la pradera del campo de tiro como un mar de esmeraldas, salpicado de margaritas y amapolas, limitado en el fondo por el ramaje áspero y obscuro de las viejas encinas. Los tiradores avanzan hacia la plancha, se quedan allí un momento con el cuello estirado, la vista atenta, la escopeta enfilada, el dedo en el gatillo, queriendo abarcar de una vez las cinco jaulas... Se abre una, sale un palomo: ¡Pam!... ¡pam!... y unas veces la paloma cae y otras se remonta y huye batiendo el vuelo por encima de las ásperas copas de las encinas seculares.

En una de las mesas más apartadas Fernando Alcaraz y Carlos Monterrey acaban de almorzar. Todavía el mantel está puesto; todavía humean mediadas las tazas de café y se ven llenas las copas de licor y recién encendidos los habanos.

CARLOS.—Oye, Fernandito.

FERNANDO.—¿Qué?

CARLOS.—En confianza: ¿a ti te divierte esto mucho?

FERNANDO.—¡Pss!... ¡tanto como mucho! ¿Por qué lo preguntas?

CARLOS.—Porque yo me aburro como una ostra.

FERNANDO.—Guárdame el secreto: y yo.

CARLOS.—Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

FERNANDO.—Hombre, porque como en alguna parte había que almorzar, lo mismo daba aquí que en otro sitio. Da miedo meterse a estas horas en un local cerrado. Aquí por lo menos se respira aire puro, hay horizonte y se alegra la vista. Y no se come mal.

CARLOS.—Yo he comido bien.

FERNANDO.—Y yo. Como que, desengáñate, no hay nada como el campo. ¡Ah, quién pudiera vivir en el campo!

CARLOS.—¿Tú bucólico? ¡Me asustas, Fernandito!

FERNANDO.—No lo tomes a broma. ¡Si vieras qué harto estoy de esta vida! Anoche, al acostarme, lo pensaba en la cama; si no fuera porque no quiero dar un disgusto a mi madre, mañana mismo pedía el traslado a Canarias.

CARLOS.—¿Qué se te ha perdido a ti en Canarias?

FERNANDO.—Nada. He dicho Canarias como podía haber dicho las Hurdes, si en las Hurdes hubiera un regimiento de Caballería. Canarias en este caso es para mí sinónimo de reposo y de tranquilidad.

CARLOS.—Ya.

FERNANDO.—Necesito una temporada larga de vida apacible.

CARLOS.—Ay, Fernandito, ya sé lo que te pasa.

FERNANDO.—¿Qué me pasa?

CARLOS.—O no tienes dinero o te ha engañado una mujer... o las dos cosas.

FERNANDO.—¿Quién te ha dicho?

CARLOS.—Nadie. Tranquilízate. Lo he adivinado yo. De estas cosas sé una barbaridad. Conozco mucho estos estados sentimentales. He pasado por ellos. De manera que desahógate, hijo mío; ábreme tu corazón; cuéntame tus penas. ¿Cuánto has perdido anoche?

FERNANDO.—Siete mil pesetas.

CARLOS.—¡Vaya por Dios!

FERNANDO.—Y lo más triste es que las perdí en tonto.

CARLOS.—Siempre se pierde en tonto.

FERNANDO.—Como anoche, nunca. Verás. Yo ayer no tenía ganas de jugar. Hacía lo menos quince días que no jugaba. Por la noche me voy al Casino a buscar a Germán...

CARLOS.—Y Germán no estaba.

FERNANDO.—Eso es.

CARLOS.—Y tú, en vista de eso, subiste a la sala...

FERNANDO.—¡Te lo han contado!

CARLOS.—No, hijito, no me ha contado nadie nada, es que siempre sucede lo mismo: uno no tiene ganas de jugar; se va al Círculo a buscar a un amigo; el amigo no está; entonces uno, sin saber cómo, inconscientemente, se mete en la sala del crimen, y mientras el amigo viene o no viene, por pasar el rato, por distraerse

nada más, pone un billete a encarnado y gana el negro. ¡Es indefectible!

FERNANDO.—Eso ocurrió; sí, señor; sólo que todo lo contrario, porque a mí fué el negro quien me dió en la cabeza.

CARLOS.—Para el caso es lo mismo.

FERNANDO.—Figúrate que no hago más que entrar y veo en la pizarra que van nueve encarnados seguidos. Yo tuve una corazonada; ahora quiebra, me dije. Y puse a negro.

CARLOS.—Y se dió encarnado.

FERNANDO.—¡El décimo!

CARLOS.—¡Naturalmente! ¿A quién se le ocurre no seguir la racha? ¡Pero si es ley de juego!

FERNANDO.—Hombre, eso está bien cuando se sigue desde el primer pase, pero ya al noveno, ¿quién no se figura que ha de quebrar? Yo me emperré en quebrar.

CARLOS.—¿Y siguieron dándose encarnados?

FERNANDO.—¿Que si siguieron?... ¡veintidós! Cada uno era un grito de asombro. Chico, hasta los *croupiers* estaban emocionados. El general Sánchez Méndez dijo que hacía un año, seis meses y diez y siete días que no se había dado un caso parecido.

CARLOS.—¿Y tú llegaste al veintidós?

FERNANDO.—Me quedé heroicamente en el veintiuno. No tenía más. Dos mil pesetas que llevaba encima y cinco mil que me prestaron. Y gracias a que en aquel momento entró Germán y me sacó de allí. Si no, hasta la cabeza, porque ya se me había calentado la boca.

CARLOS.—Te tengo dicho, Fernando, que no juegues. Si tú no tienes temperamento de jugador, ¡si no sabes jugar! Además, ¿a ti qué falta te hace? ¡Si no lo necesitas! ¿Es por distraerte? ¿por agenciarte un pequeño plus? Pues haz lo que yo. Para ganar no hay más que un procedimiento: el mío.

FERNANDO.—¡Hombre, para eso hace falta una fuerza de voluntad!...

CARLOS.—Pues no hay otra manera. Tú fíjate en mí. Todos los días dos duros, y nada más que dos duros; ¿los pierdes? a otra cosa; ¿ganas? dejas la postura; ¿sigues ganando? retiras cada vez una tercera parte; ¿pierdes un pase? ¡a casa! De este modo nunca puedes per-

der más de dos duros y en cambio te puedes llevar todo lo que la suerte tenga la bondad de regalarte. Es decir, que el banquero no tiene contra ti más que una probabilidad y tú tienes contra él todas las probabilidades de la suerte.

FERNADDO.—Si, lo sé; ya me lo has explicado muchas veces, mas para eso hay que tener sangre de horchata.

CARLOS.—Pues no hay otro camino. Pero en fin, dejemos estas cosas; después de todo, ya sabes lo que dicen los ingleses: Dinero perdido, poco perdido. Tiempo perdido, mucho perdido. Corazón perdido, todo perdido. ¿Es que también has perdido el corazón, Fernando?

FERNANDO.—Perdido no, pero estoy muy disgustado.

CARLOS.—¿Qué te pasa?

FERNANDO.—Esa María Pepa...

CARLOS.—¿Qué?

FERNANDO.—Yo creo, chico, que se burla de mí.

CARLOS.—*(Con un retintín tan espiritual y tan suave que para su amigo pasa inadvertido.)* ¿Tú crees?

FERNANDO.—Sospecho que sí.

CARLOS.—Cuéntame. Cuatro ojos ven siempre más que dos. Acaso pueda darte algún consejo.

FERNANDO.—¡Psss...! si el caso es que en el fondo no pasa nada... ¿Qué te voy a contar? Todo está igual que el primer día.

CARLOS.—¿No adelantaste?

FERNANDO.—Nada.

CARLOS.—Entonces está mucho peor, porque en amor no avanzar siempre es retroceder.

FERNANDO.—Toma, ya lo sé; por eso te digo que estoy muy disgustado.

CARLOS.—Bueno, pero concretamente: ¿ella en qué actitud está contigo?

FERNANDO.—¡Estupenda! ¡maravillosa!... en punto de caramelo. Pedir más sería gollería.

CARLOS.—Entonces, bandido, ¿de qué te quejas?

FERNANDO.—Hombre, me quejo de que no acaba nunca de decidirse. Le falta siempre el arranque definitivo.

CARLOS.—Ya lo tendrá.

FERNANDO.—Eso pensaba yo al principio. «Ya lo tendrá.» Ya vendrá la ocasión. Todo en el mundo es cuestión de oportunidad. Pero los días pasan y la oportuni-

dad no se presenta. Es más, empiezo a sospechar si es ella quien premeditadamente las rehuye.

CARLOS.—Es posible. Pero aunque así sea, tu vanidad no debe molestarse. Ten en cuenta que es una mujer «bien». No se va a dar como una costurera.

FERNANDO.—No, no, si eso es verdad; tienes mucha razón. Pero al propio tiempo, no hay que olvidar tampoco que esta cuestión la ha planteado ella. Yo vivía tranquilo, sin pensar en nada. Fué ella, ella la que me provocó.

CARLOS.—Ah, ¿sí?

FERNANDO.—Sí, hombre. ¿No te lo he contado? Pues verás; muy interesante. *(Se bebe de un sorbo media copa de coñac, da al cigarro dos fuertes chupetones y prosigue.)* Yo a esta chica la trataba muy poco... A mí esta familia de Arnedo me ha sido siempre muy antipática. El conde es un sinvergüenza, un vividor, un agente de negocios que anda metido en cosas feas y en asuntos sucios; la madre, así. *(Cerrando el puño para indicar que es una miserable.)* María Luisa, una mema, y ésta, una chiquilla mal encarada, de esas que miran a todo el mundo por encima del hombro. He observado, y perdona la digresión, que generalmente las personas que tienen más motivos para callar son las que adoptan en sociedad actitudes más insolentes. Es como si quisieran prevenirse anticipadamente al juicio ajeno con un cínico «Bueno, ¿y qué?» Suelen ser también las más maldicientes. También es natural: desacreditando a los demás, ellas resultan menos despreciables. Emplean la maledicencia y la calumnia como rasero nivelador, ¿verdad?

CARLOS.—Eres observador, Fernandito.

FERNANDO.—Sí.

CARLOS.—Continúa.

FERNANDO.—Nada; que esta chica me era muy antipática. Yo hablaba con ella lo menos posible, lo inevitable, nada más. Una tarde, el último día del concurso de *tennis*, la encontré en el Club de la Puerta de Hierro. Yo estaba un poco alegre. Me había tomado tres *coctails*. Nos pusimos a charlar, me dió una broma y yo le solté una serie de barbaridades. Qué cosas le diría, que al día siguiente, al recordarlas, ya sereno, yo mismo me avergoncé. Yo soy muy fresco con las mujeres, pero una

cosa es la frescura y otra la mala educación. Precisamente por tratarse de ella, por ser una mujer con la que apenas tenía confianza, y antipática por añadidura, me dolía más que con ninguna otra que pudiera juzgarme un ordinario y un grosero. Mas, por otra parte, no encontraba la manera de afrontar una explicación franca. ¿Qué le digo yo a esta mujer? ¿Por dónde le entro? ¿Cómo me justifico? ¿No resultará acaso la rectificación peor todavía? En estas dudas, aquella tarde la encontré en las Carreras. Iba con su madre, con su hermana y con unas amigas, las dos pequeñas de Zazuar. Me acerqué, azoradísimo, a saludarlas. Ella me acogió como siempre, estoy por decirte que mejor que nunca. Esto me animó, y aprovechando un momento en que los demás estaban distraídos, me aproximé a su oído y le dije en voz baja: «—Tengo que darte una explicación, María Pepa.» «—¿Una explicación?—me contestó en un tono que me desconcertó por lo ingenuo—; ¿explicación, por qué?» «—Por lo de ayer.» «—No recuerdo.» «—Yo sí; recuerdo perfectamente; sé que te debo una explicación y una satisfacción y deseo dártelas.» «—Bueno, cuando tú quieras...»—Y como yo callara, agregó: «—Ahora mismo. Espérate.» Dejó pasar unos instantes y exclamó en voz alta: «—Mamá, nos vamos a dar un paseo por la *pelouse;* en seguida volvemos. ¿Nos acompañas, Fernandito?» Salimos los dos de la tribuna con las chicas de Zazuar; echaron ellas delante, y cuando María Pepa juzgó que no podían oírnos se encaró conmigo: «—Tú dirás.» Yo, un poco turbado, me puse a pedirla perdón y a querer justificar mi proceder con el estado en que me hallaba, que incluso exageré, naturalmente. «—Ya comprenderías—le dije—que estaba un poco...» «—Sí, sí—contestó sin dejarme concluir la frase—, ya lo ví; me di cuenta enseguida; por eso mismo no le di importancia.» «—Entonces, ¿me perdonas?» «—Sí, hijo mío; de todo corazón.» «—No sabes qué peso me quitas de encima; no puedes figurarte lo preocupado que yo estaba.» «—¿Por qué?» «—Por haberte ofendido.» «—¡Qué tontería! Pero si no me dijiste nada que pudiera ofenderme.» «—¿Cómo que no?»—interrumpí en un arranque de ingenuidad sin poder contenerme. Ella se detuvo, me miró cara a cara, se echó a reir y agregó muy tranquila:

«—Nada... absolutamente... No me dijiste nada que me pudiera molestar... Como no fuera aquello de... Espera... espera que recuerde...» Entornó los ojos, se quedó un momento pensativa como si en realidad hiciera un esfuerzo de memoria, y prosiguió... «—Sí, aquello del beso... realmente era un poco fuertecito, pero tampoco me molestó. ¿Por qué me había de molestar? Después de todo, no fué más que un rasgo tuyo de sinceridad; lo sentías en aquel momento. Mira, chico, a mí lo que me molesta son las ñoñerías, este falso concepto del pudor en que nos educan a todas y que no es más que hipocresía, créeme tú a mí, hipocresía pura. ¿Por qué hemos de hablar entre nosotras de todo aquello que nos dé la gana y, en cambio, ante la más leve insinuación de un hombre hacer que nos sentimos sobresaltadas y ofendidas? No, chico, yo no soy así. A mí puedes hablarme con entera franqueza. Puedes estar tranquilo. No me molesta nada de lo que me digas.» ¡Me quedé estupefacto!

CARLOS.—Lo creo.

FERNANDO.—No sabía qué hacer, ni qué decir, ni por dónde empezar. Claro está que sólo fué un momento. En seguida me dí cuenta de que estaba a dos pasos de ponerme en ridículo. Y antes de que ocurriera decidí jugarme el todo por el todo, echar por la calle de en medio y seguir adelante hasta que me parase los pies.

CARLOS.—¿Y qué?

FERNANDO.—Nada. Le dije una serie de atrocidades, todas las atrocidades que se me ocurrieron, y... nada. Me escuchó tan tranquila. Sólo alguna que otra vez, cuando la atrocidad era muy gorda, me advertía: «—Me parece, Fernandito, que exageras un poco. Te engaña el corazón.»

CARLOS.—¡Qué barbaridad!

FERNANDO.—La cité para el día siguiente en la Castellana. Fué con la *miss*. Nos sentamos en una silla y estuvimos charlando media hora. Bueno, una conversación como para poner un hierro al rojo cereza. Al otro día nos volvimos a ver en el Hipódromo y al otro en el Ritz. Yo, naturalmente, me arranqué.

CARLOS.—Naturalmente.

FERNANDO.—Y entonces empezaron las excusas y las dificultades... dificultades de ejecución, nada más... En

el fondo ella está conforme, dice que está conforme... pero no se arranca. Yo, al principio, como antes te indicaba, creí de buena fe que eran vacilaciones naturales de una mujer decente, miedo justificado de desacreditarse, temor a que se sepa, al qué dirán... pero ahora voy creyendo que no... ¿Sabes tú lo que empiezo a creer?

CARLOS.—¿Qué?

FERNANDO.—Que esa chiquilla es una pervertida moral. Por temperamento, por educación, por malas lecturas, por amistades peligrosas, por lo que sea, esa criatura es una exaltada y una imaginativa. Se satisface con hablar. Estoy seguro de que nunca obtendré otra cosa de ella.

CARLOS.—Es posible.

FERNANDO.—No hay manera de pescarla dos minutos a solas. No hay modo de meterla en un coche ni de llevarla a un cine... nada. Hablando hay momentos en que parece que está ya rendida, que no puede más, que vas a conseguir todo lo que deseas... En cuanto te separas, reacciona, y trabajo perdido... ¿Te acuerdas del día de tu casa? En la vida se vuelve a presentar otra ocasión como aquélla. Todo lo habíamos discutido, previsto, examinado... no quedaba un detalle pendiente, un cabo por atar... parecía que estaba tan conforme... Llegó la hora de la cita y no fué. Me envió a la doncella con una carta en la que me daba unas excusas tan razonables, que al punto las creí. Pero luego la escena ha vuelto a repetirse; otra vez y otra vez, y siempre igual. Se ve que es una táctica, el eterno juego del quiero y no quiero y del tira y afloja... Cuando más segura parece que la tengo, más fácil se me escapa. Yo, muchacho, ya no sé qué pensar: estoy desconcertado. ¿Qué se hace con una mujer así?

CARLOS.—Dejarla.

FERNANDO.—Eso sería fácil si no me gustara tanto.

CARLOS.—Ah, pero ¿te gusta?

FERNANDO.—Mucho.

CARLOS.—¿A pesar de todos los defectos?

FERNANDO.—A pesar de todo. Me interesa extraordinariamente. Tú no sabes lo sugestiva que es esta mujer. Si tú vieras cuando habla cómo se transfigura, cómo

brillan sus ojos, qué expresión tan encantadora hay en su cara... A mí me trastorna. Hay momentos en que empiezo a sospechar si estaré verdaderamente enamorado.

CARLOS.—Ay, Fernandito de mi alma, esto sí que es grave. Cuando un hombre empieza a sospechar si estará enamorado de una mujer es que lo está de remate.

FERNANDO.—No te diré que no.

CARLOS.—Te veo muy en peligro.

FERNANDO.—Y yo. Malo será que un día no haga una barbaridad.

CARLOS.—¿Casarte?

FERNANDO.—¡Hombre, no!

CARLOS.—Como decías una barbaridad...

FERNANDO.—Barbaridad, pero no tanta. Cualquiera se casa con una chica así.

CARLOS.—Pues ándate con ojo, porque éstas suelen ser las peligrosas. A ver si todo esto que tú juzgas perversión imaginativa no es en el fondo más que un ardid muy premeditado para cazarte.

FERNANDO.—¡Quia!

CARLOS.—Por si acaso, no te fíes. Hay quien es capaz de disfrazarse de viciosa como sospeche que el vicio puede ser en ella un atractivo más.

FERNANDO.—¡Sería el colmo!

CARLOS.—Chico, yo desde que veo a las mujeres honradas, a las verdaderamente honradas recortarse las faldas, ceñirse las telas y agrandarse el escote para parecer más sugestivas, no me extraña ya nada. Tratándose de mujeres todo lo creo posible.

(Hay una pausa que los dos amigos aprovechan para acabar de tomarse las copas de coñac. Fernando llama al mozo, pide la cuenta y paga.)

CARLOS.—*(Con la cabeza vuelta, como si realmente le interesara mucho en este instante el tirador de turno, y con el tono más frívolo que encuentra.)* Y la Fresnedo, ¿qué?

FERNANDO.—¿La Fresnedo? Otra que tal baila. ¿Te acuerdas que te conté que la tenía ya casi vencida? Pues el otro día fuí a decirla un chicoleo y me paró los pies.

CARLOS.—*(Por decir algo.)* Sí, ¿eh?

FERNANDO.—En seco. Yo digo si será porque me haya

visto demasiado obsequioso con María Pepa. Como las mujeres son así...

CARLOS.—Es posible.

El Tiro se ha ido animando cada vez más. Constantemente llegan automóviles y coches de Casino, de los cuales descienden caballeros, en su mayoría jóvenes, que se reparten por las mesitas del chalet. Hay también algunas señoras. Siguen sin interrupción los estampidos de los escopetazos. En la plancha, a los pies de los tiradores, van aumentando los montones de cartuchos vacíos, negros, rojos, amarillos, azules...

Germán Atienza entra en el chalet. Con el sombrero de paja en la mano, haciéndose aire con él a modo de abanico, se queda un momento ante la barandilla mirando distraído a la gente. Al ver a Monterrey y Alcaraz les hace una seña; de dos brincos salva la escalerilla y viene a saludarlos.

GERMÁN.—Hola. ¿Qué tal?

CARLOS.—Bien, ¿y tú? Siéntate.

GERMÁN.—¿Desde cuándo estáis aquí?

FERNANDO.—Hemos almorzado.

GERMÁN.—¡Hombre, si lo sé!... Podías habérmelo advertido.

FERNANDO.—Fué una inspiración del momento.

GERMÁN.—¿Cómo va esto?

FERNANDO.—¿El qué?

GERMÁN.—La tirada. ¿Quién gana?

FERNANDO.—Ah, no nos interesa.

GERMÁN.—¿Qué copa se juega? *(Fernando se encoge de hombros.)* ¡Pero hombre!

FERNANDO.—No pongas ese gesto, porque tú tampoco lo sabes. Si lo supieras no lo preguntarías.

CARLOS.—La de la Peña.

GERMÁN.—¡Ah!

FERNANDO.—Te has quedado tan satisfecho. Casi nos harás creer que vienes a ver matar pichones.

GERMÁN.—No... He venido porque no tenía adónde ir.

FERNANDO.—Y de paso a recoger la orden.

GERMÁN.—¿Qué orden?

FERNANDO.—No te hagas el loco, que todo se sabe... Tengo yo una palomita azul en la calle de Lista que me lo cuenta todo...

GERMÁN.—¿Calle de Lista? No sé por dónde vas.

FERNANDO.—Pues yo sí sé por dónde vas tú. Por el treinta y dos, que te deja en la esquina.

GERMÁN.—Ah, sí... Pues nada, hijo; te has equivocado, porque eso fracasó.

FERNANDO.—Sería antes de ayer que te vi yo con ella.

GERMÁN.—¿A mí? Te has confundido.

FERNANDO.—Ya te lo diré como venga esta tarde.

GERMÁN.—Y tú, ¿por quién vienes?

FERNANDO.—Yo por nadie, hijo mío. Con éste.

GERMÁN.—¿Y éste?

CARLOS.—A mí no me metáis en líos. Yo soy moro de paz.

GERMÁN.—Tú lo que eres es un reservón. *(A Fernando.)* Te advierto que éste las mata a la chita callando. Le vi yo hace dos meses en un auto con una mujer... ¡Vaya una mujer! ¡Soberbia, chico! Y debía ser mujer conocida, porque iba escondida en el rincón del coche y con el manguito tapándose la cara.

CARLOS.—Entonces, ¿cómo sabes que era buena mujer?

GERMÁN.—Ah, porque estas cosas se adivinan, se olfatean... ¡Te tengo una envidia, Carlitos!

CARLOS.—¿Tú a mí? ¡Vamos, hombre!

GERMÁN.—Sí, a ti, a ti... ¿Quién como tú?... libre, soltero, independiente...

CARLOS.—Y sin dos pesetas.

GERMÁN.—Por eso mismo te envidio.

CARLOS.—¿Sí? Pues eso tiene un arreglo muy fácil: me das lo que tienes y cambiamos.

GERMÁN.—No es eso. Quiero decir... me explicaré...

CARLOS.—Sí, explícate, porque la cosa es digna de explicarse.

GERMÁN.—Quiero decir que precisamente por no tener dinero, bueno, por no tener fama de hombre de dinero...

CARLOS.—Déjate de eufemismos, en crudo; por no tener dinero...

GERMÁN.—Tienes la garantía de que te quieren por ti mismo.

CARLOS.—Vaya, que casi vas a decir que soy un chulo.

GERMÁN.—¡Hombre, no! ¿Cómo voy a decir yo eso de ti? Pero, en fin, prescindiendo de ti y generalizando la cuestión, ¿puede haber nada más hermoso en el mundo que eso de que le quieran a uno por sí mismo? La otra noche salía yo de la Peña; era muy tarde; no había ningún coche, y por no perder tiempo me fuí por la Gran

Vía. Al llegar a la esquina del Clavel me llamó la atención una pareja: ella, una golfa esquinera, repugnante; él, un chulo indecente de pantalón de odalisca y gorra de visera. Iban del brazo: él, indiferente y desdeñoso; ella, pegada, zalamera, restregándose contra él como una gata en celo, tan apremiante y tan provocativa, que al pasar yo, él, con un resto de pudor, la apartó de su lado: «—Estate quieta: ¿no ves que vamos por la calle? Ten un poco de educación.» Ella me miró de soslayo, se encogió de hombros, y se volvió a colgar del brazo de él. Y así se fueron calle arriba. Yo me quedé en la esquina mirándolos. Y en un momento adiviné el idilio, la tragedia de aquellas dos almas. Comprendí a aquella mujer, baqueteada, destrozada, rendida, luchando toda la noche para ganar unas pesetas, y, sin embargo, reservándose, conteniéndose, guardando incólume todo el tesoro de ilusión para dárselo a última hora al hombre amado con el corazón fiel y el alma limpia. Admiré la pasión inmensa de aquella mujer y sentí envidia de aquel hombre, de aquel chulo indecente que así obtenía de manera tan fácil lo que acaso yo no lograré jamás con todos mis millones.

FERNANDO.—Eres un romántico, Germán.

GERMÁN.—Soy un hombre que vive con la ilusión de que le quieran por sí mismo. ¿Por qué creéis vosotros que no me he casado? Pues sencillamente por esto, porque no he encontrado hasta ahora la mujer que me ofrezca la garantía de que me quiere a mí por mí.

FERNANDO.—Ni la encontrarás.

GERMÁN.—Pues no me casaré.

CARLOS.—Peor.

GERMÁN.—Me haréis la justicia de suponer que no es tacañería, pero la mujer que a mí me quiera no me ha de costar dinero.

CARLOS.—Te saldrá más cara. Tú no sabes el dinero que cuestan las mujeres que no cuestan dinero.

GERMÁN.—¡El dinero! El dinero es una cosa absolutamente despreciable. Cada día me convenzo más de que no sirve para nada.

CARLOS.—Haz la prueba de vivir, aunque no sea más que dos meses, sin él, y ya verás si sirve.

GERMÁN.—Hombre, sirve para satisfacer las necesida-

des materiales... nada más. Nunca he podido calmar con él una ansiedad espiritual.

FERNANDO.—Decididamente eres un romántico.

En el chalet hay un gran revuelo de curiosidad. El Rey ha entrado. Todos los concurrentes se descubren y se ponen de pie. El Rey avanza repartiendo sonrisas y apretones de manos y se detiene ante la barandilla, formando grupo con algunos socios que indudablemente le explican el curso de la tirada. Hojea rápidamente unas hojas impresas que le dan, felicita a algunos de los tiradores y se queda examinando una escopeta con minuciosidad de inteligente.

GERMÁN.—Ahí tienes; a mí no me gustaría ser rey. ¡Qué cosa más insoportable debe ser la vida íntima de un rey: siempre rodeado de cortesanos y de aduladores, no sabiendo jamás en dónde se halla el verdadero afecto! Porque imagínate tú que el Rey tiene una aventura... Aceptemos la hipótesis de que pueda tenerla. ¿Y qué? ¿Qué satisfacción íntima puede ofrecer una aventura real? ¿Quién podrá dar la garantía de que le quieren por hombre y no por rey?

CARLOS.—Pero, hijo mío, esa garantía no la tiene nadie. El torero que ha logrado en la plaza una tarde estupenda, el tenor que ha arrebatado al público, el artista de fama, el escritor de moda, el que se juega la cabeza en un aeroplano, el árbitro de las elegancias, el personaje factor de la política, el millonario que nos apabulla con su dinero, los favoritos de la suerte, del amor y de la fortuna, todos aquellos a quienes se disputan las mujeres, están en el mismo terreno. ¿Tú crees que los quieren por lo que valen en sí o por lo que aparentan, por lo que son o por lo que significan? No te hagas ilusiones. En este punto todos son iguales. Lo mismo vale un rey que un novillero.

GERMÁN.—¿Y el que no es nada? ¿Y el que no tiene nada? A ése ¿por qué le quieren?

CARLOS.—Algo tendrá cuando le quieren.

GERMÁN.—¿Tú crees entonces que en el fondo de todo amor hay siempre una gran dosis de egoísmo?

CARLOS.—Siempre.

GERMÁN.—Según eso hay que renunciar al amor.

CARLOS.—Al contrario. Hay que aceptarlo como es. Es el gran secreto.

GERMÁN.—Yo pongo por encima de todo la sinceridad.

CARLOS.—¿Sinceridad en amor? ¡Estás lucido!

GERMÁN.—Puede que tengas razón, porque yo no he encontrado hasta ahora más que una mujer sincera.

CARLOS.—¿Encontraste una? Pues ya es algo; no la pierdas.

GERMÁN.—*(Un poco abatido.)* Me ha dicho que no.

CARLOS.—Por si acaso, insiste. Puede que sea la primera vez que no haya sido sincera.

(Hay una pausa larga. Fernando llama al mozo y le señala con un gesto las copas vacías.)

EL MOZO.—¿Tres?

GERMÁN.—*(Levantándose.)* No, dos; yo no quiero más. Voy un momento a ver cómo va la tirada. Vuelvo en seguida. *(Se va.)*

FERNANDO.—*(A Carlos, en voz baja.)* Te habrás convencido de que éste es tonto.

CARLOS.—Hace mucho tiempo.

FERNANDO.—Mira tú que con el dinero que tiene, con la vida que este bárbaro se podría dar sólo con aceptar las cosas como son, con dejarse llevar por la corriente, nada más que con un poco de sentido común...

CARLOS.—¿Sentido común? Pues no pides tú nada.

FERNANDO.—Es que me da pena este hombre.

CARLOS.—A mí, no. Está bien que sea así. Es justo. La suerte, como todo, debe tener un límite. Si este hombre además de sus millones tuviera talento, habría que dudar de la justicia de la Providencia.

FERNANDO.—Eres un anarquista, Carlitos.

CARLOS.—Soy un bolchevique.

FERNANDO.—Pues el pobre anda ahora loco por una.

CARLOS.—¿Quién es ella?

FERNANDO.—María Cramarczic.

CARLOS.—¿La polaca?

FERNANDO.—Sí.

CARLOS.—¡Anda!

FERNANDO.—Figúrate. Como le pesque las va a pagar todas juntas.

CARLOS.—También será muy justo. ¿No quiere mujercitas baratas? Pues ahí va una. Como le agarre bien me parece a mí que ésa...

FERNANDO.—¿Esa? Esa le deja en cueros. Lo cual, después de todo *(Riendo.)*, no sería más que una justa reciprocidad.

CARLOS.—Hombre, ahí tienes a tu María Pepa. Ah, granuja, estabais citados aquí...

FERNANDO.—Sí, pero me dijo que vendría sin su madre.

CARLOS.—¡Que más da!

FERNANDO.—¡Ya lo creo que da! Como que delante de su madre me ha exigido la discreción más absoluta. Y además, fíjate con quién viene... con la Fresnedo.

CARLOS.—Estás de malas, Fernandito.

FERNANDO.—Todo se me tuerce. Hay días en que no debería uno salir de casa.

CARLOS.—Hay meses.

Por la arena del paseo, bordeando las mesitas de te, llega Enriqueta con la condesa de Arnedo y sus dos hijas María Pepa y María Luisa. Vienen buscando sitio. Casualmente junto a la mesa de Carlos y Fernandito hay otra vacía.

ENRIQUETA.—*(Se detiene y pone la mano sobre el respaldo de una de las sillas.)* ¿Nos sentamos aquí?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Como queráis. *(Se sientan. Los dos amigos vuelven la cabeza y saludan muy ceremoniosos.)*

ELLOS.—Buenas tardes.

ELLAS.—Muy buenas tardes.

FERNANDO.—*(A Carlos, en voz baja.)* ¿Verdad que está muy guapa María Pepa? ¡Qué boca tiene!... Fíjate... Pues no te digo nada la Fresnedo... Viene estupendísima... Oye, en confianza: tú, puesto en mi lugar, ¿por cuál de las dos te decidirías?

CARLOS.—*(Desconcertado ante lo inesperado de la pregunta.)* Hombre, no sé...

FERNANDO.—A mí como gustarme me gusta mucho más Enriqueta, y me convendría también más. Al fin es una mujer casada y tiene menos compromiso... Pero me parece más difícil.

CARLOS.—Eso desde luego.

FERNANDO.—Sí, ¿verdad? ¿Tú crees que no conseguiré nada?

CARLOS.—Yo creo que no.

FERNANDO.—Tiene fama de honrada...

CARLOS.—Merecida.

FERNANDO.—Tú los tratas íntimamente, ¿no?

CARLOS.—Regular.

FERNANDO.—¿Y nunca oíste hablar nada de ella?
CARLOS.—Nunca.
FERNANDO.—¡Qué lástima!

Germán acaba de acercarse nuevamente a la mesa. Le acompaña un amigo. Es Alberto Elizalde, aquel muchacho alto, muy moreno, que estuvo a punto una mañana, por culpa de una avispa juguetona, de ser víctima de la moralidad de un guarda en una senda del Parque del Oeste.

CARLOS.—Siéntate.
GERMÁN.—*(Con gesto cansado.)* No, gracias; me voy.
FERNANDO.—¿No has encontrado lo que buscabas?
GERMÁN.—No buscaba nada. Es que estoy aburrido. Va eso muy pesado. Excluyen tres ceros y hay todavía diez y nueve escopetas sin falta. Ahora han empezado la tercera vuelta. No acaban ni a las ocho.
CARLOS.—Anda, hombre, siéntate.
FERNANDO.—De todos modos, dondequiera que vayas te vas a aburrir lo mismo...
GERMÁN.—Bueno, un momento. *(Volviéndose a su amigo.)* ¿Nos sentamos?
ALBERTO.—Lo que usted quiera.
GERMÁN.—*(Presentándolos.)* Don Fernando Alcaraz... don Carlos Monterrey... don Alberto Elizalde...
CARLOS.—¿Elizalde? ¡Cómo! ¿Es usted don Alberto Elizalde? ¡Cuánto me alegro! ¡Con las ganas que yo tenía de conocerle a usted!
ALBERTO.—*(Verdaderamente asombrado.)* ¿A mí?
CARLOS.—Me explicaré. Su teléfono de usted es el setenta y ocho sesenta y dos, ¿no?
ALBERTO.—En efecto.
CARLOS.—Pues el mío es el setenta y ocho setenta y dos. Y desde hace ocho meses todo el santo día me están llamando al aparato.—«¿Es la casa del señor Elizalde?»—«¿Don Alberto Elizalde?»—«No, señor; aquí no vive el señor Elizalde.»—«¿Pues no es ése el setenta y ocho sesenta y dos?»—«No, señor; éste es el siete ocho siete dos.»—«Se habrá equivocado la Central.»—«Seguramente.»—«Usted perdone.»—«No hay de qué.» Y así todo el día. Usted debe de ser hombre de muchos asuntos.
ALBERTO.—Bastantes. Soy ingeniero, y ese teléfono es el de mi oficina. Constantemente está funcionando el

aparato. No me deja vivir y..., por lo visto, a usted tampoco.

CARLOS.—Comprenderá usted las ganas que tenía de conocerle.

ALBERTO.—Sí, sí...; me hago cargo... ahora que me dice usted eso caigo yo en una cosa graciosísima. La otra mañana me llamaron a mí por equivocación. Seguramente era para usted.

CARLOS.—Es posible.

ALBERTO.—Una mujer.

CARLOS.—*(Vivamente.)* No; entonces no era para mí.

ALBERTO.—Fué una conversación muy breve, pero muy graciosa. Si no es indiscreción la cuento.

FERNANDO.—Cuéntela usted.

GERMÁN.—Cuéntela usted.

ALBERTO.—*(Consultando a Carlos con los ojos.)* ¿Se puede contar?

CARLOS.—*(Encogiéndose de hombros.)* Por mí...

ALBERTO.—*(Titubeando, arrepentido ya de su indiscreción, muy azorado, pesaroso de tenerse que meter por un terreno resbaladizo que él mismo ha preparado.)* No, si después de todo no tiene nada de particular... Es que a mí me cogió de sorpresa y me hizo mucha gracia.

GERMÁN.—Pero cuéntelo usted.

CARLOS.—Sí, hombre, cuéntelo usted.

ALBERTO.—Nada, que llama el aparato, me acerco y me suelta esta rociada: «¿Eres tú? Oye, titín, riquín, alma mía, bonito, aguárdame a las cinco, que voy... a las cinco en punto... toda la tarde para ti, mi vida, rico...», y así en este tono todo lo que ustedes se puedan imaginar... hasta que yo, que tenía ya unos dientes así de largos, no pude más y le interrumpí: «Señora, tenga usted piedad; que ese hombre afortunado no soy yo.» Y aquí se terminó, porque la señora dió un gritito y colgó el aparato.

FERNANDO.—*(A Carlos.)* ¡Ah, granuja!

GERMÁN.—¡Miserable!

FERNANDO.—¡Bandido! ¿Conque esas teníamos?

GERMÁN.—¿No te decía yo que éste las mata callando?

ENRIQUETA.—*(Volviendo la cabeza y alzando la voz.)* ¡Muy bien, Carlitos, muy bien; que sea enhorabuena!

CARLOS.—Condesa, por Dios, no haga usted caso...

Empecé por decir que no tengo nada que ver en este asunto. Se trata sólo de una suspicacia de estos señores.

ALBERTO.—Suspicacia, no, usted perdone; en todo caso, de una coincidencia. Yo lo he contado porque usted me lo autorizó. Si hubiera podido sospechar que le molestaba...

CARLOS.—Si a mí no me molesta. Si yo no tengo nada que ver en ello.

ENRIQUETA.—A pesar de todo, yo insisto en darle a usted la enhorabuena.

CARLOS.—Bueno...

MARÍA PEPA.—¿Conque te llevas mujercitas a casa?

CARLOS.—¿Tú también?

MARÍA PEPA.—Eso quiere decir que vives solo.

CARLOS.—Como un hongo.

MARÍA PEPA.—¿Dónde vives?

CARLOS.—En la calle de Ayala.

FERNANDO.—Es un cuarto lindísimo, una bombonera, una preciosidad.

MARÍA PEPA.—Sí, ¿eh? Oye.

CARLOS.—¿Qué?

MARÍA PEPA.—Una tarde nos tienes que dar una fiesta.

ENRIQUETA.—Hombre, sí; es una idea.

MARÍA PEPA.—¿Verdad?

ENRIQUETA.—Maravillosa. Yo también tengo ganas de conocer ese cuartito.

MARÍA PEPA.—Lo malo es... si nos encontramos con la señora del teléfono.

ENRIQUETA.—No, no hay cuidado. ¿No acabas de oir que tiene la buena costumbre de avisar por la mañana? *(Carlos la mira irritadísimo. Ella suelta la carcajada. Contagiada por la risa María Pepa rompe a reir también. Carlos está rojo como una guinda.)*

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(En voz baja, a su hija.)* ¡Niña!

ENRIQUETA.—*(Sin poder contener la risa.)* ¿Conque titín, riquín, bonito? ¡Qué cosa más graciosa!

CARLOS.—*(Nerviosísimo.)* ¡Bueno!

MARÍA LUISA.—No seáis escandalosas.

GERMÁN.—*(Levantándose de pronto.)* Vaya, me voy.

CARLOS.—¿Adónde vas? ¿Qué prisa tienes?

GERMÁN.—*(A Alberto.)* ¿Viene usted o se queda?

ALBERTO.—*(Levantándose también.)* Me voy con usted. *(Se dirige a Carlos y le tiende la mano.)* ¿Me perdona usted, verdad? Créame, señor, que sería para mí un disgusto enorme, del que no me arrepentiría nunca lo bastante, haber podido molestarle a usted inconscientemente por una tontería. *(Carlos, sin contestar, le estrecha la mano con un apretón vigoroso.)* ¿Perdonado, verdad?

CARLOS.—Ni hablar más de ello.

ALBERTO.—Muchas gracias. Alberto Elizalde, ingeniero de Minas...

(Ofrecimientos, despedidas, apretones de manos... Germán y Alberto se van.)

CARLOS.—¿Pero qué prisas le han entrado a ese hombre? ¿Adónde va?

FERNANDO.—Que ha visto a la polaca.

CARLOS.—¿Ha venido por fin?

FERNANDO.—Sí; allí está.

MARÍA PEPA.—¿Pero es que anda Germán detrás de la polaca?

CARLOS.—Eso dice éste. *(Por Fernando.)*

FERNANDO.—Está loco por ella. Y según parece ella no le hace caso.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues no sé qué más puede pedir. Podría darse con un canto en los pechos.

FERNANDO.—*(Confidencialmente al oído de María Pepa.)* Se rompería el canto.

MARÍA PEPA.—*(Volviendo la cabeza y en el mismo tono.)* Tú qué sabes...

FERNANDO.—Me lo figuro. No hay más que verlo.

MARÍA PEPA.—No te fíes. Hay sostenes que engañan.

FERNANDO.—¿Cómo es el tuyo?

MARÍA PEPA.—Yo no le uso, hijito; no me hace falta.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿Qué dices, María Pepa?

MARÍA PEPA.—Nada, mamá; lo mismo que tú: que es muy raro que esa mujer no haga caso a Germán.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Y tan raro. Algo habrá que no sabemos. Porque partidos así no se desdeñan todos los días.

MARÍA LUISA.—A propósito de buenos partidos. ¿Sabéis quién se casa?

ENRIQUETA.—¿Quién?

María Luisa.—Mi prima Mercedes.

Enriqueta.—¿Merceditas Alora? ¿Con quién?

La condesa de Arnedo.—Con quién va a ser, mujer... con su novio... con Hinojares.

Enriqueta.—¿Pero tan de prisa va eso?

La condesa de Arnedo.—¿Que si va de prisa? ¡Como que la boda es el mes que viene!

Enriqueta.—Pero eso no es una boda, es un escopetazo.

María Pepa.—Sí, hija, sí; la niñita ha sabido darse buena maña.

María Luisa.—Y la creíamos tonta.

Enriqueta.—Fíate de las tontas.

Fernando.—Ha sido un atraco.

Carlos.—Completo.

Enriqueta.—¡Pobre Gabriel!

Fernando.—Una desdicha.

María Pepa.—Le han cazado lo mismo que a un conejo.

En el extremo izquierdo del chalet, ante la plancha de los tiradores, hay gran algazara: voces, gritos, aplausos, vivas... Un grupo lleva en hombros a un joven que sostiene en las manos una copa de plata. La condesa de Arnedo, sus hijas y Enriqueta se levantan.

Carlos.—¿Se van ustedes?

La condesa de Arnedo.—Sí.

Fernando.—Nosotros también.

(Mientras la condesa de Arnedo paga al mozo, Fernando se aproxima a María Pepa y Enriqueta se acerca a Carlos.)

Enriqueta.—¿Con que titín, eh?... Titín, riquín, bonito...

Carlos.—¡Eres de una imprudencia!

Enriqueta.—No lo he podido remediar. Me ha hecho mucha gracia... Si tú supieras el gesto que tenías...

Carlos.—En una de éstas te vendes.

Enriqueta.—No lo creas. Al contrario. No hay como dar la cara, chico, para desorientar. No hay nada que engañe como la verdad. La gente se equivoca siempre. ¡Siempre!

Carlos.—En eso puede que tengas razón.

Enriqueta.—El mundo es una farsa.

VOCES EN EL EXTREMO DEL CHALET.—¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Muy bien!

¡Viva!

¡Viva Alcántara!

¡Vivan las buenas escopetas!

¡Viva España!

¡Viva la raza!

¡Viva el Rey!

¡Vivaaaa!

ENRIQUETA.—El mundo es una farsa. Todo es farsa, Carlitos.

CARLOS.—No lo sabes tú bien.

VII

Un saloncito en forma de rotonda en el palacio de Hinojares. En el fondo un gran balcón abierto, por el que se ven los árboles del jardín bañados por la luna. En los ángulos dos puertas cerradas y otras dos laterales abiertas. Sobre los muebles regalos, cajas, estuches, objetos de arte... Sobre una butaquita un velo de desposada y una corona de azahar.

Entra Luis Valdés acompañado de un criado de librea. Viste de smoking y sombrero de paja y lleva al brazo un gabán de verano.

LUIS VALDÉS.—Si no han terminado de comer, no les diga usted nada; esperaré aquí hasta que concluyan.

CRIADO.—Deben estar acabando.

LUIS VALDÉS.—Mejor; así esperaré menos. *(Le da el gabán y el sombrero. El criado se va y cuando llega cerca de la puerta Luis le llama y le hace señas para que se acerque.)* Pss... ¿quién hay?

CRIADO.—La señora duquesa viuda, el señor marqués de Alora y la señorita Marta, el señor obispo, la señora condesa de Arnedo y sus hijas, el señor conde de Fresnedo y la señora condesa, su hermana de usted, el señor Monterrey y el señor Alcaraz.

LUIS VALDÉS.—¿Nada más?

CRIADO.—Nada más. Podía el señor pasar. Como ve, todos son de confianza.

LUIS VALDÉS.—Es verdad.

CRIADO.—¿Anuncio al señor?

LUIS VALDÉS.—*(Tras un momento de vacilación y después de consultar el reloj.)* No... prefiero aguardar aquí. No tengo prisa.

CRIADO.—Como el señor guste... ¿Le molesta al señor que esté el balcón abierto? ¿Quiere que lo cierre?

LUIS VALDÉS.—No, hombre, por Dios... todo lo contrario. Está una noche deliciosa.

CRIADO.—Como que ya casi es verano.

LUIS VALDÉS.—Dentro de ocho días.

(Se va el criado. Luis se asoma al balcón.)

GABRIEL.—*(Entra como buscando a alguien y por fin*

descubre a Luis.) Pero Luisito, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no has querido pasar?

LUIS.—Iba a pasar ahora. Estaba esperando a que concluyeseis.

GABRIEL.—¡Qué cosas tienes! ¡Pero hombre, por Dios; hay o no hay confianza!

LUIS.—Por eso mismo que la hay. Además, no me tengas lástima. Estaba aquí estupendamente. Este jardín es una maravilla. ¡Y está la noche!...

GABRIEL.—Espléndida. Pero anda, pasa, ven a tomar siquiera una copa de champagne. Ya que no has querido cenar con nosotros...

LUIS.—No me digas eso. Esta tarde en la capilla te expliqué ya el motivo.

GABRIEL.—Excusas...

LUIS.—Ya sabes tú que no. ¡Qué más hubiera querido que estar con vosotros como ha estado mi hermana! Pero cuando las cosas se tuercen... Se empeñó el ministro en llevar unos documentos al Consejo de esta noche y he tenido que estar hasta ahora traduciéndolos.

GABRIEL.—Que lo hubiera hecho otro.

LUIS.—Eran cosas muy delicadas. Además, estoy con el ministro un poco así... *(Juntando las yemas de los dedos corazón.)*, no quiero rozamientos.

GABRIEL.—¡Pues sí que es divertida la carrera!

LUIS.—Más de lo que tú te crees. ¡Ay, Gabrielito, los que habéis tenido la suerte de encontrároslo todo hecho no sabéis lo desagradable que es luchar por la vida!

GABRIEL.—El que más y el que menos todos llevamos nuestro peso encima.

LUIS.—¡Hombre, tú!... tú no puedes quejarte... Sería un crimen que te quejaras tú...

GABRIEL.—¿Vienes a tomar esa copa de champagne?

LUIS.—Ahora mismo. Voy a beber por tu indiscutible felicidad. *(Deteniéndose.)* Pero ¿de veras habéis concluido?

GABRIEL.—Sí, hombre, sí... mira, ¿lo ves? ya salen. *(Señalando a María Luisa y María Pepa, que entran con Carlos y el conde de Fresnedo. Luis las saluda y se va con Gabriel.)*

MARÍA LUISA.—Esta Angelina es una loca.

MARÍA PEPA.—Qué modo de reir.

MARÍA LUISA.—Y qué manera de beber.

MARÍA PEPA.—*(A Carlos.)* ¿Pero es posible que os gusten las mujeres así?

MARÍA LUISA.—Sí, hija, sí; así es como les gustan.

CARLOS.—Sois implacables con Angelina. Angelina es una buena muchacha. No tiene más que el genio un poco alegre.

MARÍA LUISA.—Demasiado alegre. Aunque no lo fuera tanto, ¿verdad conde?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Nunca se es en el mundo demasiado alegre si la alegría es buena y sana y no se hace con ella daño a nadie.

MARÍA LUISA.—¿También usted?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Oh, yo no es de ahora; lo he creído siempre. Siempre he tenido la convicción de que la mayor desgracia de los españoles es este empacho de seriedad que padecemos. Diríase que toda la labor cultural y educativa de la raza no ha tenido otra finalidad que cercenarnos la alegría. ¿Hay nada más triste que un niño que no ríe? Pues desde que el niño tiene uso de razón, padres, maestros, institutrices, cuantas personas le rodean son a coartarle sus naturales expansiones: «Niño, no seas loco; ten formalidad; los niños deben ser serios y formales.» Y tanto se lo dicen, que la pobre criatura concluye por creer que, efectivamente, la risa es un delito, por lo menos una patente de mala educación.

MARÍA PEPA.—Pues lo que es usted no se ha reído esta noche.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¡Y quién se iba a reír con este ambiente! Si esto más que una comida íntima ha parecido un banquete fúnebre. No he visto en mi vida caras más largas.

MARÍA LUISA.—Hay que tener en cuenta las circunstancias... Está todavía el luto tan reciente...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Claro que no es para solemnizar la fiesta. Por eso no la ha habido. Pero tampoco es para tanto. Hay que ver cómo ha estado Gabriel... cómo ha estado Mercedes... Por eso quizá les han desentonado a ustedes tanto las carcajadas de Angelina, y precisamente por eso me han sonado quizá a mí tan agradablemente al oído. Benditas risas de mujer que

han sido esta noche la única sensación sana de la alegría de vivir.

CARLOS.—Tiene usted razón, conde; tiene usted muchísima razón. Estamos padeciendo un empacho de formalidad.

MARÍA LUISA.—¿También tú, Carlitos?

CARLOS.—¿Yo? Yo estoy de formalidad hasta aquí. *(Señalando la coronilla.)* Ay, si yo fuera, como el conde, senador vitalicio, o por lo menos diputado a Cortes... ¿Sabéis lo que haría?

MARÍA PEPA.—Cualquier cosa...

CARLOS.—Me compraría un revólver y saldría una noche por esas calles disparando tiros. Como es lógico, los guardias me detendrían en el acto. Yo entonces haría valer mi investidura parlamentaria, mi nombre y mi influencia y pediría que me condujesen al despacho del jefe superior de Policía, y el jefe de Policía me pondría inmediatamente en libertad, después de decirme un poco estupefacto: «Pero mi querido amigo, ¿se ha vuelto usted loco?»—«No, mi querido amigo; no estoy loco. Es que protesto.»—«¿Protestar? ¿Contra qué?»—«Contra la formalidad.» Y al día siguiente, en la Cámara, en cuanto se abriese la sesión, pediría la palabra y pronunciaría un discurso, un discurso admirable, un estupendo discurso en el cual demostraría en párrafos altisonantes que no hay nada en el mundo más antipático, más idiota y más indigesto que un empacho de formalidad.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Muy bien, Carlitos; muy bien; lo malo es que aunque tuvieras el acta no te determinarías a hacer eso, porque no son los guardias, ni el Juzgado municipal, ni el Código los que te lo impedirían, sino las conveniencias sociales, esas conveniencias sociales que nos convierten en marionetas de *guignol,* en muñequitos de retablo movidos por los hilos invisibles de los mandatos de la sociedad. Vamos por el mundo como caricaturas de nosotros mismos. No somos lo que queremos ser, sino lo que los demás quieren que seamos.

Por la puerta de la izquierda aparece Angelina Valdés. Trae los ricitos alborotados, los ojos brillantes, las mejillas arrebolladas y en la mano una botella de champagne descorchada. Recostada en el quicio de la puerta hace señas a Carlos para que se aproxime.

ANGELINA.—Carlitos... oye, Carlitos... ven aquí... vamos a bebernos entre los dos esta botella.

MARÍA PEPA.—¡Cómo está esa mujer!

MARÍA LUISA.—¿Qué dice usted ahora, conde?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Nada, que me parece bien; un día es un día. En una noche como ésta lo debíamos haber hecho todos. ¿Lo ha hecho sólo ella? Pues es la única que está en el sentido de la realidad.

MARÍA LUISA.—Conde, por Dios...

ANGELINA.—*(Avanzando unos pasos.)* Carlitos...

CARLOS.—*(Saliendo a su encuentro.)* Dame esa botella... no bebas más, Angelina.

ANGELINA.—Déjame..., tengo sed.

CARLOS.—Trae.

ANGELINA.—¡Pero qué tonto eres!... Si te creerás tú que a mí media botella de champagne me hace daño...

CARLOS.—Por si acaso.

ANGELINA.—Y aunque así fuera... ¿qué?... Esta noche tengo yo ganas de cogerla... La cojo llorona, pero la cojo.

CARLOS.—*(Le quita la botella y la deja sobre un mueble.)* Esta noche no bebes más.

ANGELINA.—Bueno... *(Se sienta en el sofá. Carlos se acomoda a su lado.)* ¿Por qué no me dejas?

CARLOS.—Porque esta noche me hace daño tu alegría, Angelina. No creo en ella. Más que alegre te encuentro nerviosa y excitada... me parece que quieres engañarte a ti misma. No te rías, que me duele tu risa... ¡Pobre Angelina, qué mal día has pasado!

ANGELINA.—¿Yo?

CARLOS.—Tú, sí... ¿No ves que le he pasado yo también y por la misma causa?... ¡Si sabré lo que es eso!... Todo, todo lo que has pensado tú hoy lo he pensado yo también... Cuando esta tarde te miraba a los ojos, adivinaba en ellos todo lo que pensabas. O si no, dime la verdad: ¿qué pensabas en aquel momento, Angelina?

ANGELINA.—No pensaba en nada.

CARLOS.—¿Por qué no eres sincera? Yo te lo diré. Pensabas al ver a Gabriel, flamante con su espléndido uniforme de caballero calatravo, que era una tremenda injusticia del cielo que en aquel instante no fueras tú la novia.

ANGELINA.—¡Qué disparate! Nunca he pensado en eso. Precisamente si alguien se alegra de ese matrimonio soy yo. Yo quiero a Mercedes como a una hermana mía.

CARLOS.—Si no se trata de Mercedes... ¿quién habla de Mercedes, ni siquiera de Gabriel?... Prescinde de personas; es del hecho de lo que te hablo yo. ¿No es una pena, no es una injusticia del cielo que mientras día tras día ves desfilar hacia el matrimonio a todas tus amigas, las abonadas de los palcos del Real, las dueñas de los hoteles de la Castellana, tú que vales tanto como la que más, tú que eres más linda, más graciosa, más inteligente, infinitamente mucho más exquisita que todas ellas juntas, no seas para los hombres más que la eterna camarada, la amiguita alegre, el *flirt* inofensivo que no compromete la libertad, el corazón, ni la fortuna, la comensal ingeniosa de la mesa de té en las tardes de tiro, la pareja de *tennis* o la pareja de cotillón?... ¿No es indignante que yo, que tengo sangre de reyes en las venas, yo que viviría como un nabab en palacios que parecerían museos, yo que sería el árbitro de las elegancias, yo que he nacido para los grandes refinamientos, que estoy en el secreto de todas las exquisiteces, tenga que resignarme a pasar por la vida como un simple comparsa, mientras otros que valen mucho menos que yo representan los primeros papeles?... ¿No crispa los nervios, Angelina, que un hombre como yo, de mis cualidades y mis merecimientos, no pueda acercarse a un grupo de mujeres sin que inmediatamente las mamás frunzan el ceño y las muchachas se miren unas a otras como para advertirse: «¡Chiss... que viene Carlitos Monterrey... un buen muchacho, de muy buena familia, pero un partido deplorable... no tiene dos pesetas... Cuidado, niñas, no intiméis con él, que es peligroso... podríais correr el riesgo de interesaros y esto sería poco razonable»?

ANGELINA.—Hablas como un libro, Carlitos.

CARLOS.—Hablo como un hombre que no tiene dinero y que por no tenerlo sabe precisamente todo lo que vale.

ANGELINA.—Dímelo a mí.

CARLOS.—Por eso te lo digo, porque tú me comprendes... Ay, Angelina, tú y yo sabemos mucho de estas cosas para no estar compenetrados. Porque lo estamos,

porque sentimos al unísono, yo he leído en tus ojos esta tarde todo lo que pasaba por ti. Por eso no quiero que bebas; porque tu alegría es falsa, es ficticia; no es alegría, es pena... quieres beber para olvidar, para aturdirte, para no pensar en las cosas que han pasado esta tarde, porque esta tarde has sentido como nunca todo el peso enorme de la injusticia de la vida.

María Luisa.—*(Que se fué al comienzo del diálogo con su hermana y con Hinojares al balcón.)* Ellos, naturalmente, querían haberse marchado esta misma noche, pero han tenido que desistir a ruegos de la madre. La pobre duquesa está tan enferma y se queda tan sola...

Angelina.—Me has entristecido, Carlitos. Ahora es cuando nos vamos a tener que beber la botella.

Carlos.—Lo que tú quieras. Como si quieres que convenzamos a tu hermano y a alguien más y nos vayamos todos a la verbena.

Angelina.—Verdad, que hoy hay verbena.

Carlos.—La de San Antonio.

Angelina.—Anda, sí; llévame a la verbena; eso es muy madrileño y muy castizo y yo tengo esta noche muchas ganas de fiesta.

Carlos.—Aunque no las tengas seguiremos la farsa. Sería imperdonable que tú y yo no tuviéramos buen humor y alegría cuando es lo único que se nos exige para andar por el mundo, acaso porque el mundo sabe demasiado que es lo único que le podemos dar. Sí, Angelina, tienes razón; iremos a la verbena y beberemos, si no esa botella, todas las botellas que tú quieras... ¿a la salud de quién?... ¡a la salud de los incomprendidos!

Angelina.—No seas cursi. Beberemos por esta rica heredera imaginaria que ha de realizar un día tus sueños de nabab.

Carlos.—Ole. Yo beberé por el marido ideal que te redima de la soltería.

Angelina.—Házmelo bueno.

Carlos.—Le encontrarás... no te quepa duda... le encontrarás, como la hallaré yo... Todo es proponérselo. Todo se consigue en el mundo cuando hay tenacidad, todo se logra cuando todos los esfuerzos convergen en un punto. Ahora bien; cuando lo consigamos, cuando

por fin encuentres tú el marido y yo la mujer, ¿habremos alcanzado la felicidad? ¿No será ya acaso demasiado tarde? ¿No nos habremos dejado en el camino todo lo que llevábamos dentro, de noble y de grande, la ilusión, la alegría, quién sabe si hasta la misma ambición que hoy nos empuja? Y ellos, ¿cómo serán? ¿Hasta qué punto habremos tenido que transigir de concesión en concesión? ¿Cómo será tu marido, Angelina?... ¿Cómo será el bárbaro que se te lleve a ti tan linda, tan elegante, tan refinada, tan merecedora de ser la mujer más dichosa del mundo...? porque yo te conozco bien, sé lo mucho que vales, el caudal inagotable de bondad y de ternura que en tu corazón se atesora.

ANGELINA.—Te advierto, Carlitos, por si no te enteras, que te me estás declarando y yo estoy esta noche muy sentimental.

CARLOS.—No tengas cuidado. Tú sabes, como yo, que esto sería poco razonable. Tú y yo enamorados, ¡qué gracioso! ¿No es verdad que sería muy gracioso, Angelina? Tú y yo reunidos con nuestro conocimiento de la vida, en el secreto de nuestras mutuas intimidades, con todas nuestras cuquerías, renunciando a nuestras luchas, a nuestras ambiciones, a nuestros afanes de ostentación y de dinero por la calma apacible de un idilio romántico en un pisito de cuarenta duros con una cocinera y dos criadas para todos... ¡Sublime porvenir!... Ay, Angelina, los que padecemos la desgracia de vivir como nosotros, no tenemos siquiera el derecho de presumir de corazón. No podemos ser como queremos, sino como los demás quieren que seamos. Hace un momento lo decía Fresnedo: el mundo es quien nos mueve, no hacemos más que lo que quiere el mundo. No somos en la farsa de la vida más que pobres muñecos de retablo.

ANGELINA.—Ahora eres tú el que se ha entristecido.

CARLOS.—Tienes razón. Ahora es cuando nos vamos a beber la botella.

LUIS.—*(Por lateral derecha.)* Anda, Angelina, que es muy tarde.

ANGELINA.—*(Levantándose.)* ¿Nos vamos?

LUIS.—Sí. *(Al conde.)* Fresnedo, me encarga la condesa que le diga a usted que se va.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ah, muy bien, muchas

gracias, Luisito. *(Avanzando.)* ¿Dónde está mi mujer?

LUIS.—En las habitaciones de la duquesa. Están allí todos despidiéndose.

MARÍA PEPA.—¿Mamá también?

LUIS.—Todos.

MARÍA LUISA.—¿Y Mercedes?... ¿y Gabriel?

LUIS.—Todos, todos están allí.

MARÍA LUISA.—Bueno, pues vámonos. *(A Angelina, que está recorriendo la habitación como buscando algo.)* ¿Te quedas, Angelina?

ANGELINA.—No, me marcho. Es que no sé qué he hecho de un bolso que traía. Esperadme un momento.

MARÍA LUISA.—Ya sabes dónde estamos.

ANGELINA.—Como queráis. Voy en seguida.

(Se van todos menos Angelina, que sigue buscando el bolso. Entra Luisa, la doncella de Mercedes.)

LUISA.—¿Busca algo la señorita?

ANGELINA.—Un bolso.

LUISA.—¿Es éste? *(Dándole uno que había en una mesa.)*

ANGELINA.—Este es. Muchas gracias. *(Reconociendo a la doncella.)* Hola, ¿pero eres tú, mujer? ¿Qué haces aquí?

LUISA.—Yo creí que lo sabía la señorita. Estoy aquí desde hoy. Me ha traído la señorita Mercedes; perdón, he querido decir la señora duquesa.

ANGELINA.—Para ti siempre será la señorita.

LUISA.—Y que lo diga usted. ¡El trabajo que me ha costado acostumbrarme! ¡No hago más que equivocarme todo el día!

ANGELINA.—Vaya, mujer, pues me alegro que estés aquí... que sea enhorabuena.

LUISA.—Gracias, señorita Angelina; muchas gracias.

ANGELINA.—Adiós, Luisa.

LUISA.—Vaya usted con Dios, señorita Angelina; muchos recuerdos a su mamá.

(Vanse las dos.)

Entra un criado por la derecha; se lleva la botella de champagne y vuelve a entrar; cierra la puerta lateral izquierda; pone en orden las sillas, cierra el balcón y cuando va a correr las cortinas vuelve a entrar Luisa; recoge de encima de la butaquita el velo de desposada y la corona de azahar y se dirige a una de las puertas del fondo que está cerrada. Antes de abrirla el criado la llama.

CRIADO.—¿Se han ido todos?

LUISA.—Casi todos. Vaya un día de trajín.

CRIADO.—Aquí hay siempre trajín. Ya se irá usted acostumbrando.

LUISA.—Estoy acostumbrada.

CRIADO.—¿Dónde están los señores?

LUISA.—El señor duque y la señorita Merce..., he querido decir la señora duquesa, deben estar todavía en las habitaciones de... la señora duquesa. Oiga usted: si llamamos a la señora duquesa la señora duquesa, ¿cómo llamaremos a la otra señora duquesa?

CRIADO.—Pues señora duquesa.

LUISA.—Pues va a ser un lío. Lo mejor será que yo la siga llamando señorita.

CRIADO.—Y ande la confianza.

LUISA.—Le advierto a usted que a mí mi señorita me quiere muchísimo.

CRIADO.—*(Avanzando hacia ella.)* ¿Y quién no te va a querer a ti, rica, con lo bonita que eres?...

LUISA.—¡Chisss... de lejos!... A mí, de lejos... conmigo poquitas confianzas. Cada uno a lo suyo, y ¡allá cuidaos!

(Se va por una de las puertas del fondo llevándose el velo y la corona de azahar. El criado acaba de correr las cortinas.)

Entran Gabriel y Mercedes.

GABRIEL.—*(Al criado, que se ha cuadrado y permanece rígido.)* ¿Quería usted algo?

CRIADO.—Lo que el señor duque disponga.

GABRIEL.—Nada. Pueden ustedes acostarse. *(El criado hace una reverencia y se va cerrando la puerta tras sí.) (A Mercedes.)* ¡Ya está! Habrás visto cómo, buena o mala, no había más solución que ésta. Lo hecho, hecho está, pero ahora que no tiene remedio, ahora que la rectificación no es ya posible, ahora es cuando me asalta la duda, cuando empiezo a tener el remordimiento de si me habré equivocado.

MERCEDES.—¿Qué quieres decir?

GABRIEL.—Quiero decir que quién sabe si no habría sido preferible haber tenido el valor de decir la verdad, de arrostrar serena y bravamente las consecuencias de la verdad... quién sabe si todo, todo, el escándalo, el

dolor, la vergüenza, el oprobio, no habrían sido preferibles a esta tremenda iniquidad que he hecho contigo. Porque yo te he destrozado, Mercedes; te he anulado, te he aniquilado para toda la vida. Por un falso concepto de la vida, por un necio egoísmo, por un cobarde, miserable egoísmo, he matado en ti todo lo que había de humanidad y de amor, he roto para siempre el santo tesoro de tu belleza y de tu juventud.

MERCEDES.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Tú tenías derecho a vivir; a haber encontrado un hombre que te hubiera querido y que te habría hecho seguramente muy dichosa; tenías derecho a ser la madre de tus hijos, la dueña de tu hogar, y todo eso te lo he quitado yo.

MERCEDES.—¡Gabriel!

GABRIEL.—No quise que fueras al convento porque me parecía inicuo que sacrificaras tu vida entre cuatro paredes, y te he traído a esta casa, que no puede ser otra cosa que otro convento para ti. Yo creí que hacía bien en lo que hacía: yo estaba seguro de que cumplía con mi deber, y ahora que el deber está cumplido, ahora que lo que hice ya no tiene remedio, ahora es cuando me asalta el temor de si me habré equivocado; ahora es cuando me pregunto si se puede sacrificar una vida al cumplimiento de un deber.

MERCEDES.—Aunque así fuera, ¿por qué he de ser yo sola la sacrificada? Si hay sacrificio, ¿no te sacrificas tú también?

GABRIEL.—¡Pobre Mercedes!... ¡cómo vas a comparar tu caso con el mío! Yo soy un hombre, y como todos los hombres, tengo abierto el camino para vivir mi vida. Pero tú eres mujer, y por ser mujer, por tu honor de mujer, por el honor de un nombre que es el tuyo y el mío, tienes que ser eternamente buena. ¿Ves cómo tú eres la única sacrificada?

MERCEDES.—Todos los hombres sois iguales. Cuanto más blasonáis de conocer a las mujeres menos nos conocéis. ¿Por qué me juzgas si no me conoces? Para una mujer verdaderamente buena, el seguir siendo buena no es ningún sacrificio.

GABRIEL.—Vales infinitamente mucho más que yo. ¡Eres una santa! *(Le estrecha las manos efusivamente.)*

MERCEDES.—Estoy muy fatigada, Gabriel.

GABRIEL.—Tienes motivos para estarlo. Ha sido un día de muchas emociones para ti. Anda, ve a descansar. *(Cogiéndola del talle y empujándola hacia una de las puertas del fondo, la de la derecha.)* La soledad y el reposo te sentarán muy bien.

MERCEDES.—Estoy muy mareada.

GABRIEL.—*(Abriendo la puerta.)* Hermana mía, que descanses. Adiós, hasta mañana.

MERCEDES.—Buenas noches.

(Gabriel cierra la puerta, apaga la luz y entra en la habitación contigua. El saloncito queda a solas y a obscuras.)

VIII

El comedor de la servidumbre en el palacio de Hinojares; una enorme habitación rectangular en el sótano con tres ventanas enrejadas al nivel de la calle, veladas con cortinas de lona para evitar la curiosidad impertinente de los transeuntes. A un lado, la cocina. En medio, una mesa de pino de cuatro metros de larga cubierta de hule blanco; a su alrededor, sillas de anea, y adosados a la pared tres armarios también de pino.

Son las diez de la noche y hace hora y media que terminaron todos de cenar. En el palacio del duque de Hinojares los criados comen a las ocho y los señores a las nueve, costumbre muy práctica y ya bastante generalizada, pero que debiera generalizarse más aún por razones tan sencillas de comprender que sería ocioso venir a enumerarlas. Gracias a ella el comedor a las nueve de la noche suele estar casi siempre vacío. Si hoy se prolongó la sobremesa, es porque los duques no cenaron en casa; la duquesa viuda no ha querido bajar al comedor; se ha hecho servir en sus habitaciones una taza de chocolate a la francesa y después de esta refacción tan frugal se ha metido en la cama. Todo está a obscuras. No ha quedado un criado escaleras arriba.

Como no hay prisas, y para festejar el asueto, Martín el cocinero, se ha sentido rumboso y ha invitado a café, y por no ser menos, estimulado por noble emulación, Walter, el ayuda de cámara, ha pagado de su bolsillo una botella de coñac. Todavía las tazas humean sobre el hule, y Luis, el mozo de comedor, acaba de escanciar las copitas con la misma solemnidad con que lo hubiera hecho en la mesa de sus señores.

MARTÍN, el cocinero, es un hombre bajito, rechoncho, rubicundo, con las mejillas tan coloradas siempre, que parece que se han grabado en ellas los reflejos del cok. WALTER es alto, muy alto, extremadamente alto; todo en él adolece de esta exageración longitudinal: el cuello, las orejas, la nariz, los brazos, los dedos... tan desgarbadote y tan gansarón que parece que el traje lo lleva colgado de alguna escarpia que le han debido clavar en el cogote. Y todavía es más listo que alto. Al fin y al cabo, la estatura, aunque con gran esfuerzo, puede abarcarse toda; y como listo se pierde de vista. Aún no hace seis meses que su señor le trajo de Inglaterra y habla ya el castellano de corrido, desde luego más correctamente que muchos de sus compañeros indígenas. LUIS, el mozo de comedor, tiene veinticuatro años; es gallego, guapo, arrogantísimo, con una distinción tan natural y tan desafectada, que de puro natural hay momentos que resulta agresiva.

Todavía hay más gente en el comedor. Está FRANCISCO, el viejo Francisco, el decano. Tiene sesenta y nueve años y lleva cuarenta y siete de servicio en la casa. Fué ayuda de cámara del duque abuelo. Hace tres años recibió de manos del Rey una cartilla de quinientas pesetas como premio a su lealtad y sus buenos servicios, en la solemne fiesta que al excelso patrono San Francisco de Borja celebra anualmente en el Sagrado Corazón la Grandeza de España. Hace mucho tiempo que está ya jubilado. La duquesa viuda, que le estima mucho, quiso darle una pensión y enviarle al pueblo a que terminara dulcemente sus días; pero él, con lágrimas en los ojos, suplicó humildemente que no le echasen del palacio, en donde se juzga una institución. Y en el palacio se quedó como un mueble inútil más. El pobre está artítrico y apenas puede moverse renqueando. La duquesa viuda le ha dispuesto una habitación

para él solo; ha mandado alfombrarla con un viejo tapiz y le ha cedido una de las dos butacas de su alcoba, una butaca que Francisco estima más que un trono porque su señora se sentaba en ella.

Está LEANDRA, la vieja Leandra, jubilada también. Fué ama de cría, luego ama seca, después ama de llaves, pero se volvió tan tonta que no hubo más remedio que despedirla y señalarle una pensión. Ella, a pesar de todo, sigue viniendo casi diariamente a repasar la ropa blanca. Tiene una hija, Martina, que está sirviendo en la casa de segunda doncella.

Está PACO, el *chauffeur*. No come en el palacio, pero como esta noche los señores le han dicho que no vaya a buscarles con el *auto* hasta las once, ha venido a pasar un rato de tertulia. Es recio, moreno, mal encarado.

Está ADRIÁN, el cochero, alto, grueso, buen tipo. ROQUE, el lacayo, muy buen tipo también, asturiano, avanzado de ideas, sabihondo y redicho; tres criados: ESTÉBAN, MANUEL y RAMÓN; LUISA, la primera doncella de la duquesa; AGUSTINA, la doncella de la duquesa viuda; tres o cuatro segundas doncellas, criadas de cuerpo de casa, pinchas, mozos de cuadra, etc., etc.

En el comedor hay gran algazara. Todos hablan a la vez y ninguno se entiende.

PACO.—*(Da en la mesa un puñetazo formidable y se encara con las mujeres.)* ¡Pero queréis hacer el cochino favor de callaros!... ¡Pues vaya un guirigay!

LUISA.—¿Y por qué nos vamos a callar?

AGUSTINA.—Cállate tú.

MARTINA.—Mira tú éste; la ley del embudo.

PACO.—Pues si no queréis callar hablad más bajo, que estamos nosotros aquí tratando de cosas serias.

LUISA.—*(En voz baja, dando con el codo a Agustina.)* ¿De qué hablan?

AGUSTINA.—*(En el mismo tono.)* No sé... Creo que de política.

MARTINA.—Callarse, chicas, que no dejáis oír a don Melquiades.

PACO.—*(Envuelve a las mujeres en una mirada de profundo desprecio y se dirige a los hombres.)* Yo lo que sostengo es que en Rusia ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. No se puede tener a un pueblo sumido en la esclavitud y en la opresión. Un día el pueblo se acuerda de que es pueblo, y salta.

ADRIÁN.—Te creerás tú eso.

PACO.—¡Cómo que si me lo creeré! ¿Pues quién te piensas tú que ha traído en Rusia la revolución?

ADRIÁN.—El hambre.

PACO.—¿Y quién ha traído el hambre?

ADRIÁN.—La guerra.

PACO.—Y la guerra, ¿quién la ha traído?

ADRIÁN.—Yo qué sé.

PACO.—Ahí le duele. Aquí es donde te quería yo coger. *(Con suficiencia.)* La guerra la han traído el militarismo y la autocracia. Y por eso ha venido la revolución, que no es ni más ni menos que la protesta colectiva del proletariado consciente.

ADRIÁN.—Me alegro de verte bueno.

PACO.—Contigo no hay manera de discutir.

ADRIÁN.—Como que todo lo echas en palabras. En Rusia ha pasado lo que ha pasado, sencillamente porque los han vencido; que fueran vencedores y ya hubiéramos visto si no seguían tan militaristas y tan autócratas como antes.

PACO.—Vencidos o vencedores, después de esta guerra en todas partes vendrá el triunfo de la justicia, de la igualdad, de la civilización y del derecho.

ADRIÁN.—¡Magras!

PACO.—Tú lo verás.

ADRIÁN.—Y tú.

PACO.—Ah, ¿pero es que tú te crees que después de la guerra todo va a seguir lo mismo?

ADRIÁN.—Ya nos contentaremos con que no siga peor.

PACO.—Esta guerra será el fracaso definitivo del militarismo.

ADRIÁN.—Ya se lo preguntaremos a Inglaterra.

PACO.—En Inglaterra pasará lo mismo que en otras partes.

WALTER.—Inglaterra siempre será Inglaterra.

ADRIÁN.—Mira, míster, a mí no me hables en ese tono de Inglaterra, porque te grito ¡viva España!

WALTER.—Yo también grito ¡viva España!

ADRIÁN.—Eres un barbián. Chócala, y toma una copa, que te la has ganao. *(Le escancia coñac.)*

WALTER.—*(Bebiéndosela.)* ¡Viva España!

ADRIÁN.—Y viva Inglaterra.

WALTER.—*(Verdaderamente entusiasmado.)* ¡Hurra!

MARTINA.—*(A Agustina.)* Tú, ¿qué hora es?

AGUSTINA.—Las diez han dado.

MARTINA.—¡Y ése sin silbar! *(Se levanta, se acerca a una de las ventanas, alza la cortina, inspecciona la calle y vuelve a su sitio.)* Nada, que no está. Pues como tarde cinco minutos se va a asomar su madre.

LUISA.—Mujer, no habrá podido.

MARTINA.—Que haga un poder. Ya sabe que tiene que estar aquí a las diez en punto.

LUISA.—No eres tú poco exigente, chica.

MARTINA.—Si no le gusta, que lo deje.

AGUSTINA.—Lo ibas a sentir poco.

MARTINA.—¿Yo? ¡No me conoces tú! ¿Qué te apuestas a que no me asomo?

AGUSTINA.—*(Cantando.)* Qué te quieres apostar... qué te quieres apostar...

PACO.—Yo lo que os digo es que el militarismo tiene que acabarse; que no puede ser eso de que millones de hombres se maten porque les dé la gana a media docena de ambiciosos. Eso se tiene que acabar y lo tiene que acabar el pueblo con revoluciones como la de Rusia. Lo de Rusia está muy bien, pero que muy bien. *(Adrián hace un gesto expresivo.)* ¿Es que a ti lo de Rusia no te parece bien?

ADRIÁN.—A mí me parece que en Rusia quieren ir demasiado deprisa. Buena está la república y hasta si me apuras un poco el socialismo, pero de eso a los crímenes y a los asesinatos y a la anarquía hay mucha diferencia. Con eso yo no estoy conforme ni creo que pueda estarlo nadie que tenga sentido común.

PACO.—Hombre, te diré... *(Titubeando porque no encuentra a mano un argumento contundente.)* Te diré... No es que yo sea partidario de la violencia, pero a veces es necesaria.

ADRIÁN.—El crimen no es necesario nunca. Ahí tienes, por ejemplo, lo del Zar. Le destronaron, bueno va; pero matarle, ¿por qué? ¿Qué necesidad había de matarle? ¿A ti te parece bien que hayan asesinado al Zar?

PACO.—Hombre, era un tirano.

ADRIAN.—Aunque fuera un tirano. ¿Tú crees que había razón para matarle?

LUIS, el mozo de comedor.—Pues dicen que han matado también a la Zarina.

MARTÍN.—Y a los hijos.

LUISA.—¿También a los hijos?

MARTÍN.—A todos.

LUISA.—¡Criaturas!

AGUSTINA.—¡Pobres hijitos! ¡Qué culpa tendrían ellos! Eso no ha estado bien.

CASI TODOS A UNA.—No, no; no ha estado bien... Eso, no.

ADRIAN.—Esos bolcheviques son unos asesinos, y el que los defienda, tan asesino como ellos.

PACO.—*(Un poco acobardado ante la unanimidad de la protesta.)* Yo no los defiendo.

ROQUE, el lacayo.—*(Que hasta ahora ha permanecido mudo sentado en un extremo de la mesa, se levanta pausadamente y avanza hacia el grupo con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.)* ¿Pero es que creéis vosotros que no tenían también hijos todos los millones de hombres que han muerto en las trincheras bajo la metralla de los alemanes; los millares de hombres que han perecido en los calabozos del Neva; los millares de millares de hombres que sucumbían todos los años de hambre y de frío en las minas de la Siberia; los millones de hombres que han caído bajo los latigazos del *knut?* ¿Vosotros no sabéis lo que es el *knut?* Pues el *knut* es un látigo de correas que tiene al final de cada una un alambre retorcido. Con ese látigo se azotaba a los hombres, hasta matarlos, por orden del Zar.

ADRIAN.—No sería precisamente por orden del Zar.

ROQUE.—En Rusia no había más que el Zar. Todo se hacía en nombre del Zar. Ministros, gobernadores, jueces, generales, todos eran criados del Zar. El Zar era el amo y el señor. Por eso su muerte está justificada. La ejecución del Zar no es la muerte de un hombre; es el acabamiento de todo un sistema.

LUISA.—¡Pero, los hijos!

MARTINA.—¡Pobres criaturas!

AGUSTINA.—¡Angelitos! ¡Qué culpa tenían ellos!

(Se oye un silbido en la calle.)

LUISA.—*(A Martina.)* Ahí tienes a ése.

MARTINA.—Ya lo he oído; pero lo que es esta noche ya puede silbar hasta quedarse seco.

AGUSTINA.—Anda, mujer; si lo estás deseando.

MARTINA.—¿Yo? *(Se oye otro silbido.)* Bueno, voy, porque si no va a escandalizar toda la calle... *(Se levanta, se acerca a una de las ventanas, alza la cortina y se sienta en el suelo con la cara en la reja.)*

ADRIAN.—*(A quien no han convencido del todo las razones de Roque.)* Mira, aun prescindiendo de lo del

Zar, convendrás conmigo en que los bolcheviques están haciendo en Rusia muchas barbaridades.

ROQUE.—Todos los cambios radicales de régimen traen consigo necesariamente un desbordamiento de brutalidad. No se puede hacer revoluciones sin sangre; en primer lugar, porque es la única manera de vencer la resistencia de los contrarios, y en segundo, porque una vez las masas desatadas no hay quien las contenga. Los mismos jefes, si quisieran oponerse, se verían arrollados y caerían. Pero deja tú que pase la convulsión, que las ideas se cristalicen, que las aguas vuelvan a su cauce, que se restablezca la normalidad, y ya veremos si el movimiento de Rusia es provechoso o no.

ADRIAN.—Una revolución hecha con crímenes no puede ser nunca beneficiosa.

PACO.—*(A quien la intervención de Roque ha envalentonado.)* Todas las revoluciones se han hecho con crímenes.

MARTÍN.—*(Por decir algo.)* Pero como en ésta ninguna.

PACO.—En todas. ¿Verdad, Roque, que sí?

ROQUE.—Más sangre se vertió en la Revolución francesa y, sin embargo, gracias a ella somos hoy lo que somos.

MARTÍN.—Eso de que más sangre...

ROQUE.—*(Despreciativo.)* Tú qué sabes... En la Revolución francesa bastaba para ir a la guillotina una denuncia, una sospecha, un anónimo... así cayeron millares de personas.

LUISA.—¡Qué barbaridad!

ROQUE.—¿Te asustas? Pues aun había más. Hubo mujeres, docenas de mujeres, que fueron a la guillotina por el único delito de tener las manos finas y cuidadas, porque en las palmas no había callos ni en los dedos picaduras de agujas. Tú habrías ido a la guillotina.

LUISA.—*(Mirándose las manos y estremeciéndose como si sintiera en el cuello el filo de la cuchilla.)* ¡Qué barbaridad!

ROQUE.—Y, sin embargo, gracias a la Revolución francesa se transformó la sociedad y se alcanzaron los derechos del hombre. *(A Adrián.)* Todos los beneficios políticos y sociales que disfrutas se los debes a esa Re-

volución francesa. Tú eres hijo de la Revolución francesa.

ADRIAN.—*(Que no está muy convencido.)* ¿Yo?

ROQUE.—Tú y todos. Como el día de mañana nuestros hijos serán hijos de la Revolución rusa.

ADRIAN.—Si no han de tener más madre que ésa, los prefiero incluseros.

ROQUE.—Ya me lo dirás.

ADRIAN.—¿Pero tú crees de verdad que el bolchevi-quismo puede traer algo bueno?

ROQUE.—¿Que si va a traer? Pues la transformación radical del mundo. ¡Nada más!

ADRIAN.—Vamos, tú eres de los ilusos que creen que esto se va a volver patas arriba.

ROQUE.—Creo en el triunfo de la justicia social.

ADRIAN.—Y eso ¿qué es?

ROQUE.—Eso es la nivelación de la riqueza por la justa relación entre el producto y el trabajo.

ADRIAN.—Vamos, que se van a acabar los ricos y los pobres.

ROQUE.—No se trata de acabar con los ricos ni con los pobres, sino que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres.

MARTÍN.—Eso no estaría mal.

PACO.—Como que eso tiene que ser.

ADRIAN.—*(Escéptico.)* Sí, sí...

ROQUE.—Pero ¿tú crees que es justo que un hombre por el único mérito de haber nacido rico y sin trabajo de ninguna clase tenga derecho a poseer cuatro automóviles, y divertirse con cinco queridas, y que su hija estrene cada mes diez sombreros, y el niño se gaste cinco duros diarios, mientras otro rindiendo todo el esfuerzo, fíjate bien, todo el esfuerzo de que es capaz, no obtenga lo suficiente, lo indispensable para comer y dar de comer a su familia? ¿Tú crees que esto es justo?

ADRIAN.—Hombre, ¡qué va a ser!

ROQUE.—¿Tú crees que es justo que unos coman y otros no coman?

ADRIAN.—Claro que no.

ROQUE.—¿Tú crees que es justo que coman los que no trabajan y que los que trabajan no coman?

ADRIAN.—*(Acorralado.)* ¡Hombre!

ROQUE.—Tú reconoces que nadie tiene derecho a

usar de lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario ¿verdad?

ADRIAN.—Verdad.

ROQUE.—*(Triunfante.)* Pues esto es el bolcheviquismo.

ADRIAN.—No creo que sea precisamente esto el bolcheviquismo.

ROQUE.—Pues, ¿qué crees que es?

ADRIAN.—No lo sé..., pero, vamos, me figuro que si fuera sólo eso no lo combatiría todo el mundo.

ROQUE.—Pero, ¿quiénes son los que lo combaten? Los ricos, los poderosos, los patronos, los amos, todos los que tienen algo que perder... los que están disfrutando la parte agradable de la vida. El que no trabaja no tiene derecho a vivir.

ADRIAN.—¿Y qué se va a hacer con él? ¿Se le va a matar?

ROQUE.—No; se le va a hacer trabajar. ¿Por qué han de trabajar unos y otros no? ¿Por qué han de comer unos y otros no, si la tierra es de todos y produce bastante para todos? Si no hay ningún hombre que valga más que otro, si todos los hombres son iguales, ¿por qué unos han de ser ricos y otros han de ser pobres?

ADRIAN.—Porque el mundo es así.

PACO.—Pues de eso se trata, de que no sea así.

MARTÍN.—Siempre habrá ricos y pobres.

ADRIAN.—Y además es necesario que los haya. Si no hubiera ricos los pobres no podrían vivir. ¿Qué harías tú si no hubiera ricos que tuvieran coche?

ROQUE.—Trabajaría en otra cosa.

ADRIAN.—¿Pero trabajarías?

ROQUE.—Naturalmente.

ADRIAN.—Pues chico, si de todas maneras hay que trabajar, bien estamos como estamos. Así como así, no vamos a encontrar otra cosa mejor.

ROQUE.—*(Despreciativo.)* Tienes alma de esclavo.

ADRIAN.—Yo lo que tengo es sentido común.

LUIS.—Adrián tiene razón. Tires pa atrás, tires pa alante, de todas maneras te toca trabajar. Lo que hace falta es que los amos paguen mejor.

UNA PINCHA.—¡Eso!

UNA CRIADA.—Y que den mejor de comer.

ESTEBAN.—Y que hagan trabajar menos, gachó, que el día que te toca dar brillo te quedas escacharrao pa una semana.

UNA DONCELLA.—Eso no lo ven los amos.

OTRA.—¡Qué van a ver!

MANUEL.—Pues mira, tú, no creas que estaría de más que un día la señorita tuviese que coger el cepillo y la cera...

LA MISMA DONCELLA QUE HABLÓ ANTES.—¡Se le iban a despintar las uñas!

EL VIEJO FRANCISCO.—*(Dando un puñetazo en la mesa y levantándose torpemente.)* Granujas... sinvergüenzas, que habláis mal de los amos y estáis comiendo el pan de esta casa... ¡Granujas!...

ESTEBAN.—¡Eh, pare usted la burra, que aquí no se come nadie lo que no es suyo!

MANUEL.—Aquí lo que uno come se lo gana.

FRANCISCO.—¡Qué vais a ganar desgraciaos, qué vais a ganar, si entre todos no servís para nada, si tendríais que dar dinero encima por que os enseñasen! ¡Si debíais todos besar por donde los amos pisan! Demasiado hacen con aguantaros. Y todavía murmuráis y os quejáis... ¡Desagradecidos! ¡Granujas!

ESTEBAN.—Si no fuera usted un viejo, ya le contestaría yo a usted.

MANUEL.—Está guillao. No le hagas caso.

ESTEBAN.—¡Yo qué voy a hacer caso de una momia!

FRANCISCO.—Esta momia, como sigas hablando, te va a partir la cabeza.

ESTEBAN.—¡Usted a mí!

FRANCISCO.—¡Cómo que no!... ¡Ahora mismo! *(Se abalanza sobre la botella de coñac y la empuña por el gollete. Los demás se interponen y se la quitan.)*

WALTER.—*(Cogiéndole de un brazo.)* Vamos, vamos, señor Francisco, calma... no hay que alterarse...

FRANCISCO.—A ese granuja le parto yo la cabeza.

WALTER.—Usted no le parte nada. Usted se va a dormir y yo le voy a acompañar. Vamos. *(Se le lleva del brazo.)*

FRANCISCO.—*(Refunfuñando.)* ¡Granujas!... ¡Sinvergüenzas!... ¡Comiendo el pan de esta casa y encima hablando mal!... Y luego dicen que si falta... Lo que falta

es respeto y religión... mucha religión... *(Se va definitivamente.)*

ESTEBAN.—¡Nos ha chafao el viejo!

MARTÍN.—Está ya chocho el pobre.

ROQUE.—No lo creas. Está en su sano juicio. Hay muchos que piensan así, más papistas que el papa. Son los que llaman los señores «los criados fieles». De eso se valen ellos... de que todavía los hay.

ADRIAN.—*(A Paco el chauffeur, después de mirar el reloj.)* Tú, que se te va a hacer tarde; que son las once menos cuarto...

PACO.—¿Pero tú crees que yo llevo una carreta como tú? Yo en tres minutos me planto con el coche.

ADRIAN.—Yo te lo advierto. Ahora, tú, ¡allá cuidaos!

LUISA.—*(A Agustina, señalando con un gesto a Martina, que sigue acurrucada ante la reja.)* Mira ésa. Y decía que no quería salir.

AGUSTINA.—¡Que no quería!... ¡Pues está poco loca! *(Levantando la voz.)* Martina... *(Más alto aún al ver que no responde.)* ¡Martina!

MARTINA.—*(Volviendo la cabeza.)* Qué...

AGUSTINA.—Que aproveche, mujer... ¡Cómo te estás poniendo de novio!

MARTINA.—¡Jorobarse la que no lo tenga! *(Vuelve a pegar la cara en la reja y sigue hablando.)*

ADRIAN.—*(A Roque.)* Un día vas a tener un disgusto.

ROQUE.—Yo, ¿por qué?

ADRIAN.—Porque te vas demasiado de la lengua; se lo van a contar al mayordomo y te van a poner en la calle.

ROQUE.—¿Y por qué me van a poner a mí en la calle si yo cumplo con mi obligación?

ADRIAN.—Tienes ideas muy peligrosas.

ROQUE.—¿Es que también nos van a prohibir que tengamos ideas?

ADRIAN.—No te quejes, que aquí no se está mal.

ROQUE.—Si se estuviera mal ya me habría yo marchado.

ADRIAN.—Eso es lo que te van a decir. De modo que transige y espera: sufre, que ese es todo el secreto de la vida; cuando seas yunque, aguanta; cuando seas martillo, pega.

PACO.—También eso es verdad.

ADRIAN.—Vayas donde vayas, te va a pasar lo mismo. En todas partes se está bien y en todas parte se está mal. Te lo digo yo que conozco casi todas las casas de Madrid. Hay por ahí cada casa...

ESTEBAN.—¡Anda que si las hay!

UNA DONCELLA.—¡Decídmelo a mí, que he estado en la de los condes de Arnedo y me tuve que salir porque nos mataban de hambre!

LUISA.—Sí, ¿eh?

LA DONCELLA.—Un escándalo. Todos los días judías y lentejas y lentejas y judías y patatas viudas y un cocido con cuarto kilo de carne y veinte céntimos de tocino para todos y una sopa que era agua pura porque se le sacaba la substancia del caldo para los guisos de la mesa. Un día nos plantamos y subimos a ver a la señora. Y le dijimos que nos íbamos todos si no nos daban mejor de comer. Y la señora dijo que teníamos razón. Y desde aquel día nos dieron filetes... dos semanas. A las dos semanas se acabaron los filetes y volvimos a las patatas y a las lentejas.

AGUSTINA.—Pero ya no era culpa de la señora.

LA DONCELLA.—La señora decía que nos dieran filetes, pero no aumentaba el gasto de la compra, y claro, el ama de llaves y la cocinera se volvían locas, y por más cuentas que hacían, pues... no había de qué.

AGUSTINA.—Hay muchas casas donde se come mal.

LUISA.—Muchas. Y ahora más que nunca. Antes todavía se comía regular, pero lo que es ahora...

AGUSTINA.—Oye, y ahora, ¿por qué?

LUISA.—Pues porque todo ha subido y las señoras no han aumentado el gasto. La que daba veinte duros sigue dando los veinte duros, y la que daba quince, quince. Y hoy con quince duros diarios para la compra en una casa medio regular no se puede comer.

MARTÍN.—Pues lo que es aquí, no os quejaréis. Creo que yo hago todo lo que puedo.

LUISA.—No, no; aquí se come bien.

UNOS.—¡Ya lo creo!

OTROS.—¡Esto es gloria!

UNA DONCELLA.—Bueno, ¿pues sabéis lo que os digo? Que yo, con todo el postín de las casas grandes, prefie-

ro las que no son títulos. Yo he estado en casa de un ingeniero, don Alberto Elizalde, que allí sí que se comía bien. Verdad que no éramos más que tres en la cocina: la cocinera, la doncella de la señorita y yo, que estaba para el cuerpo de casa. ¡Pero qué modo de comer!... ¡Como que eran los mismos platos de la mesa! Todos los días salmón, langosta, langostinos, pollo, pavo trufado... Pues ¿y postres? Pues los mismos que comían ellos. Fruta si era fruta, dulces si eran dulces... El señorito no consentía catar una cosa si sabía que no la habíamos de comer nosotros. Yo creo que algunas veces se quedaba con hambre porque le parecía que iba poco en las fuentes. ¡Me acuerdo de un jollín que armó una noche porque a la señorita se le ocurrió decir que medio pollo asado que sobraba se guardase para hacer croquetas!... Todavía me parece que le estoy oyendo. «Aquí no se guarda nada. Lo que yo como lo comen los criados. Y si mañana hay que hacer croquetas, se compra otro pollo. Y que no vea yo mañana croquetas, porque no las como.» La señorita ni rechistó, y el pollo fué a la cocina.

AGUSTINA.—Hay pocas casas así.

LA DONCELLA.—No, hay bastantes; lo que pasa es que tienen que ser casas de poca servidumbre. Aquí, aunque se quisiera, ¿cómo se iba a hacer?

TODOS.—Verdad.

AGUSTINA.—¿Y por qué te saliste?

LA DONCELLA.—Por un pelmazo de novio que me hacía ir tarde todos los domingos que me tocaba salir. Una noche la cogí a la señorita de mal humor y me dió la cuenta. Luego estuve en casa del conde de Fresnedo.

AGUSTINA.—¿Qué tal se está allí?

LA DONCELLA.—¡Pss!..., bien. La condesa está un poco loca, pero es buena, y llevándola el genio se hace de ella lo que se quiere.

AGUSTINA.—Sin embargo, cambia mucho de doncellas.

LA DONCELLA.—Por el señor conde, que se mete con todas.

AGUSTINA.—Ah, ¿sí?

LA DONCELLA.—Con todas. Es un pendón.

LUISA.—¿Y por eso te saliste tú?

LA DONCELLA.—Por eso.

LUISA.—Tonta, haberte dejao.

LA DONCELLA.—Que se deje su madre.

PACO.—Bueno, adiós, hasta luego. Me voy.

AGUSTINA.—¿Qué hora es?

PACO.—Menos diez, las once.

AGUSTINA.—*(A Luisa.)* Ya vendrán pronto. ¿Subes?

LUISA.—Luego subiré. Cuando se oiga la bocina. Hace arriba mucho calor. *(A Paco, que está ya cerca de la puerta.)* Tú, Paco, que no dejes de avisar; suena fuerte.

PACO.—No tengáis cuidado. Adiós. *(Se va.)*

MARTINA.—*(Desde la ventana, volviendo la cabeza.)* Luisa.

LUISA.—¿Qué?

MARTINA.—Que está aquí tu hermana, que te quiere ver.

LUISA.—Dila que suba.

MARTINA.—*(Después de cuchichear un momento en la reja.)* Ya se lo he dicho. Ahora va.

Entra JUSTA, la hermana de Luisa. Es menuda, regordeta, pelirroja, con los ojos azules muy bonitos y la boca fresca, muy apetitosa. Con menos pecas y un poquito más alta sería una gran mujer. Viste de negro, con delantal blanco. Saluda a todos con un «Buenas noches» sonoro y cristalino y se dirige directamente hacia su hermana con un taconeo muy rápido y muy fuerte. Las dos se besan con estrépito.

LUISA.—Hola, chica, ¿qué tal? Cuánto tiempo sin verte.

JUSTA.—Ya, ya... Y si no vengo yo, sabe Dios hasta cuándo...

LUISA.—¡Pero si no puedo! ¿Tú sabes cómo estamos aquí para eso de las salidas?

JUSTA.—Toma, pues lo mismo que yo. Y gracias a que esta noche he pedido permiso. Nos vamos mañana.

LUISA.—¿A San Sebastián?

JUSTA.—Sí; como siempre. Y vosotros, ¿cuándo os vais?

LUISA.—La semana que viene.

JUSTA.—¿A San Sebastián también?

LUISA.—Casi lo mismo, porque vamos a Hernani.

JUSTA.—Ah, es verdad, que allí tienen la finca. Creo que es soberbia.

LUISA.—Creo que sí.

JUSTA.—He tenido carta de madre. Te la traigo.

LUISA.—¿Qué dice?

JUSTA.—Ya te lo puedes figurar; lo de siempre: que les mandemos dinero.

LUISA.—¡Gachó con ellos! ¡Parece que les ha hecho la boca un fraile! No hacen más que pedir. Pues ahora tienen menos motivo que nunca, porque están en eras, y, mucho o poco, algo habrán cogido.

JUSTA.—Dicen que quieren comprar el corral del tío Zurdo.

LUISA.—Pues que no le compren.

JUSTA.—En fin, ya lo leerás. Ahí te dejo la carta. *(Le da un sobre arrugado.)*

LUISA.—Bueno, luego la leeré. *(Se lo guarda en el pecho.)*

JUSTA.—Y qué, ¿cómo te va?

LUISA.—Bien.

JUSTA.—¿Estás a gusto?

LUISA.—Mucho.

JUSTA.—Es buena casa, ¿verdad?

LUISA.—De primera.

JUSTA.—¿Mejor que la otra?

LUISA.—Mujer, yo como en la otra no tenía que ver más que con la señorita Mercedes como aquí... pues, no tengo por qué hablar mal.

JUSTA.—La señorita Mercedes tan simpática, ¿eh?... y tan alegre...

LUISA.—*(Bajando la voz.)* Si yo te dijera que...

JUSTA.—¿Qué?

LUISA.—(*Muy quedo, confidencialmente.*) Que aquí pasa algo, y yo no sé qué es lo que pasa.

JUSTA.—(*Intrigadísima.*) ¿Qué pasa?

LUISA.—Por Dios, no se lo vayas a decir a nadie, mira que no lo sabe nadie más que yo y es una cosa muy seria... mira que mi señorita tendría un disgusto horroroso si esto se supiese, y yo ¡no te digo!

JUSTA.—Habla ya. ¿Qué es ello?

LUISA.—Que el señor duque y la señora duquesa no duermen juntos.

JUSTA.—¡Pues vaya un secreto!

LUISA.—(*Admirada.*) ¿Lo sabías tú?

JUSTA.—No, pero vamos, no es para asustarse. Hay en

Madrid la mar de matrimonios que les pasa lo mismo. Si creo que hasta es moda.

LUISA.—No, no es eso; una cosa es que duerman separados, cada uno en su alcoba, y otra que... ¿Cómo te lo diría yo?... que no tengan nada que ver... vamos...

JUSTA.—¡Pero tú crees que no tienen nada que ver!

LUISA.—Nada.

JUSTA.—Mira no te equivoques.

LUISA.—¡Cuando yo te digo que estoy segura!

JUSTA.—¡Y yo que me creía que se llevaban bien!

LUISA.—Pues esta es la cosa; que se llevan muy bien. Siempre están juntos; van a todas partes juntos; no saben estar el uno sin el otro; no hay nunca entre ellos la menor palabra... y sin embargo...

JUSTA.—¿Qué?

LUISA.—No se han hecho jamás una caricia.

JUSTA.—¡Mujer!

LUISA.—¡Ni una! Nunca le he visto a él darle un beso, ni sentarla en sus rodillas, ni decirla qué bonita eres... ni entrar en el cuarto de ella cuando se está vistiendo, en fin, esas cosas tan naturales en los recién casados, esas cosas que todos hemos visto en todas partes.

JUSTA.—¿Que si las hemos visto? Y las estamos viendo. Vente a mi casa si las quieres ver... Tengo yo una pareja.

LUISA.—¿La marquesita?

JUSTA.—La marquesita y el marquesito... Allí pasa todo lo contrario que aquí... allí no puedes entrar en una habitación sin toser o dar antes con los nudillos, porque chica, te expones a cada película que ni en el *cine*. Y cuando más distraída vas por los pasillos suena cada beso y ves cada achuchón...

LUISA. -¡Si eso a mí no me extraña... si eso es lo natural... si eso debe ser en la luna de miel!... Lo que me extraña es lo que pasa aquí.

JUSTA.—¡Si que es raro!

LUISA.—¡Calla, mujer!...

JUSTA.—Y tú, ¿qué crees que es?

LUISA.—Chica, yo no sé.

JUSTA.—Habrán tenido algún disgusto.

LUISA.—Ninguno. ¿No te digo que se llevan muy bien?

JUSTA.—No le gustarán a ella los hombres.

LUISA. —¿Pues para qué se ha casado?
JUSTA.—No le gustarán a él las mujeres.
LUISA.—¡El es muy hombre!
JUSTA. Entonces, ¿qué ocurre?
LUISA.—Si no lo sé. Te digo que estoy hecha un lío.

IX

El salón japonés o cuarto de la terraza, que por ambos nombres se le designa en Miralrío: la posesión veraniega del duque de Hinojares. Está enclavada en los alrededores de Hernani, un poco apartada de la carretera, a la que se llega por una cuidada avenida de enormes eucaliptus que cimbrean al viento sus copas olorosas. Una larga verja pintada de negro con remates dorados circunda todo el parque, tan grande y tan frondoso que ya le quisieran para su esparcimiento ciudadano muchas primeras capitales de España. Hay en él grandes parterres a la inglesa; un campo de *golf* y otro de *tennis;* un *skating* de portland y un tiro al blanco con unos monigotes graciosísimos; hay en él plazoletas encantadoras dormidas bajo la sombra del ramaje; grutas bellísimas en donde el agua adquiere fantásticos matices al reflejarse en los vidrios de colores empotrados en las estalactitas y en los grandes espejos que cubren las paredes y que recogen en explosión de luz los prodigios del sol; surtidores altísimos que susurran dulcemente su canción de cristal; invernaderos en donde viven las maravillas de otras floras; cenadores ocultos en la enramada y miradores desde los cuales los ojos se extasían en la magnificencia del paisaje. Hay un riachuelo que se desliza mansamente bajo los troncos de unos puentes rústicos, se ensancha en un gran lago y luego, saltando alegremente de piedra en piedra por los peldaños de una cascada artificial, se escapa de la finca, huye por el valle y va a morir al Urumea.

El palacio está en medio del parque. Exteriormente no tiene nada de particular. Como la inmensa mayoría de las obras de la Restauración, es feo, pesado, amazacotado, macizo; carece en absoluto de originalidad y de gracia; todo en él es vulgar; desde el alto pórtico de columnas corintias y la enorme escalera de mármol hasta la balaustrada rematada por jarrones de piedra. En cambio en el interior se han atendido todas las conveniencias de la comodidad; habitaciones espaciosas, techos altísimos, galerías amplias, cerradas con vidrieras de colores, patios frescos y umbríos circundados de arriates de flores y palmeras, y terrazas decoradas con claros azulejos protegidas de los rayos del sol por toldos corredizos.

A una de estas terrazas, la más amplia de todas y de mejores vistas, da el salón japonés, que ya de japonés no guarda más que el nombre. Si hace setenta años, cuando lo mandó hacer el duque abuelo, tuvo en efecto, muy pulcramente depurado, este exquisito carácter oriental, hoy es una habitación como otra cualquiera, muy espaciosa, muy alegre, pero nada más; una habitación de confianza. Está decorada con telas de lienzo granulado pintadas al esmalte con un friso de flores; cortinas de medio paño de cretona inglesa y una abundante y variada silletería de junco de color verde seco; hay ejemplares de todas formas y tamaños; sillones, silloncitos, butacas, mecedoras, sillas largas, canapés, unos cubiertos de almohadones, otros con asientos de cretona igual que las cortinas y haciendo también juego mesitas y biombos.

Sentadas cerca de la terraza, respirando a pleno pulmón el aire embalsamado del jardín, están hablando íntimamente Mercedes, su tía la condesa de Arnedo y la condesa de Fresnedo, Enriqueta en la intimidad. Mercedes va de luto; un traje muy sencillo en forma de túnica sin más adorno que un larguísimo rosario de cuentecitas mate que bordea el escote, las

mangas cortas y el filo de la falda; en las muñecas unas pulseras de azabache y en la garganta un collar de ébano. La condesa de Arnedo envuelve su corpulenta humanidad en un traje de alpaca, de color de tabaco, tan fino y tan brillante que más que de alpaca parece de glasé, y Enriqueta, linda como siempre y como siempre elegantísima, se atavía con un traje de gasa gris perla completamente liso sujeto con una banda de la misma tela que le rodea el talle y una cinta de terciopelo verde esmeralda recortando el escote; un sombrerito de gasa verde y gris con un gran lazo de tisú de plata, medias grises y zapatos de ante.
Son las seis y media de la tarde y finaliza agosto.

La condesa de Arnedo.—Mira, Merceditas, a mí en cuestiones de dinero no me ha gustado inmiscuirme nunca, porque en estas cosas cada uno sabe mejor que nadie lo que le conviene; mas ya que no consejos, que sólo se deben dar cuando se piden, permíteme siquiera que te haga algunas observaciones, hijas del cariño que os tengo y de mi conocimiento del mundo, que aunque sólo sea por razón de edad tiene que ser, naturalmente, mucho mayor que el vuestro. Yo no diré que lo que proyectáis sea un desatino, pero por lo menos es una ligereza.

Mercedes.—Tía...

La condesa de Arnedo.—¿Habéis meditado bien, serenamente, tu marido y tú, las graves responsabilidades que vais a contraer, los enormes compromisos que podéis adquirir, con la realización de una obra de esta naturaleza? A mí, te lo digo con toda lealtad, la idea en principio me parece plausible y el capital inicial no me asusta. Es más: creo sinceramente que el capital es lo de menos. Cuando uno se aventura a una obra de esta índole es porque previamente ha medido sus fuerzas y sabe de antemano qué es lo que va a dar, hasta dónde puede llegar y de qué límite no quiere pasar. Pero esto es lo malo: que se pasa siempre. Siempre, siempre, siempre, se gasta más de lo que se calcula. Lo de menos es la fundación; lo grave, lo ruinoso, es el sostenimiento. *(Atajándola con un gesto.)* Sí, ya sé lo que me vas a decir: que vosotros no pensáis dar más que el capital de fundación; una cantidad equis en láminas intransferibles de la Deuda perpetua, y con el interés que reditúen atender a todos los gastos que en lo sucesivo se originen, incluso confiando la administración a un patronato y desentendiéndoos vosotros directamente de ello.

MERCEDES.—Eso es.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Me lo figuraba. Es como generalmente se hacen estas cosas. Bueno, pues aun así, siempre se pasa con exceso de la cantidad presupuesta. Lo hagas por tu cuenta, hágaslo por contrata, lo hagas en la forma que mejor te parezca, no hay edificio en Madrid que por subida de materiales, por elevación de jornales, por huelgas, por paros, por fas o por nefas, no cueste por lo menos una tercera parte más de lo que al principio se calculó. Dínoslo a nosotros que hemos cometido la locura, como sabes, de construir cinco casas. Ojalá no las hubiéramos hecho nunca y hubiéramos empleado el dinero en cualquier otra cosa. Y si esto sucede con una finca particular, con una casa de vecindad, ¡qué no ocurrirá con un edificio, como el que vosotros proyectáis, monumental y grandioso! Os va a costar un ojo de la cara.

MERCEDES.—No lo crea usted, tía. Aproximadamente el cálculo está ya hecho y aunque, en efecto, resulta un poco caro—estas cosas por fuerza tienen que salir caras—no es una ruina ni muchísimo menos. Bien es verdad que tampoco se trata de una obra extraordinaria; es relativamente modesta.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿A qué llamas tú relativamente modesta?

MERCEDES.—*(Sonriendo.)* Ay, tía, es un poco difícil que yo se lo pueda a usted explicar ahora.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No me expliques nada. Yo me refería exclusivamente al dinero. Me ha dicho tu hermana que pensáis gastaros unos cinco millones.

MERCEDES.—Seis habíamos calculado.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Caramba, hijita mía!... ¡ya sé que tu marido es muy rico, pero seis millones son un buen pellizco para una fortuna por sólida que sea!

MERCEDES.—Estas cosas, tía, no tienen término medio; o no se hacen o se hacen con decoro.

LA CONDESA DE ARNEDO.—En eso precisamente, precisamente en esa palabra que acabas de emplear está el peligro de que te hablaba antes. ¿Dices que pensáis gastaros seis millones? Pon nueve, por si acaso.

MERCEDES.—¡Tía, por Dios!

LA CONDESA DE ARNEDO.—No rebajo un céntimo. Mira,

Merceditas, aunque me taches de machacona y de pesada, te repito que en estas cosas se equivoca uno siempre. Por muy bien planeado que esté un proyecto así, por muy meditado que se tenga, siempre quedan cabos sueltos, un defecto que corregir, un olvido que subsanar, una mejora que hacer; siempre hay a última hora variaciones y perfeccionamientos. A medida que la obra avanza se va encariñando uno cada vez más con ella y la quiere mejor; el ideal sería llegar a la perfección absoluta, y ya que esto no pueda ser, a lo mejor posible. Y si esto te ocurre a ti, no te digo lo que sucederá con las personas que te rodean, que no exponen nada y que por el solo hecho de intervenir ponen en el resultado un empeño de amor propio y de vanidad mucho mayores todavía que el tuyo; el arquitecto, el maestro de obras, los médicos, las monjitas... porque supongo que esta fundación no será laica.

MERCEDES.—Oh, no, no...

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues como tengas que tratar con monjitas ya te has caído. ¡Para qué quieres más! Ellas nunca te pedirán concretamente nada; todo a primera vista les parecerá dispendioso y excesivo; pero... ya irás tomando nota de la serie de peros... «¡Qué lástima que no se pueda hacer esto! ¡Qué pena que no se pueda hacer lo otro!... ¡Si pudiera hacerse lo de más allá!...» Como hagas una observación, te atajarán en el momento: «¡No, no, de ninguna manera, no faltaba más! ¡Demasiado dinero está usted ya gastando!» Pero como te ablandes, ¡ay, como te ablandes! «Sí, verá usted; puede que no sea mucho; probablemente no valdrá la pena; total, un poco más... consúltelo usted.» Y tú lo consultas y te dicen que, en efecto, es muy poco, relativamente muy poco, una insignificancia comparada con el gasto total de la obra, y tú transiges para que no se interprete como ruindad, para no echar a perder con un detalle de tacañería la totalidad hermosa del conjunto, y te proponen otra cosa y sigues transigiendo y veinte mil duros de aquí, y quince mil de más allá y cuarenta mil de otra parte, así, jugando, se te va un millón. Luego, para el sostenimiento tú has calculado una cantidad fija, tres pesetas por plaza, por ejemplo, con las cuales te han dicho que hay más que suficiente; pero luego,

cuando la obra está terminada y se va a inaugurar, resulta que las tres pesetas se convierten en cinco, porque la vida está muy cara y con doce reales diarios por persona no hay ni para empezar.

MERCEDES.—*(Asustada.)* ¡Tía!

LA CONDESA DE ARNEDO.—Sí, hijita, sí: esto es lo que sucede. Por eso te digo que lo meditéis bien antes de que llegue un día que os arrepintáis y no tenga remedio. ¿Sabes, Merceditas, en tu lugar, lo que haría yo?

MERCEDES.—¿Qué haría usted?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues verás. Puesto que de todos modos estáis resueltos a realizar una obra piadosa, yo buscaría una congregación cualquiera, la que más me gustase, la que más simpática me fuese; por ejemplo, la de Santa Ana. Son unas monjas bonísimas, las mejores indudablemente para lo que vosotros pretendéis. Tienen de todo, hospitales, sanatorios, inclusas, hospicios, asilos, colegios... elegiría entre ello lo que más se asemejase a mi propósito y les daría una cantidad en firme, un millón, dos millones, tres, lo que fuese, y me desentendería de todo. La caridad sería por vuestra parte la misma, os costaría más barato y ellas os lo agradecerían mucho más.

MERCEDES.—No, no, por Dios; qué había de ser lo mismo. Se desvirtuaría el objeto de la fundación.

ENRIQUETA.—Bueno, ¿pero de qué se trata? Hago la pregunta porque, vamos, me parece que después de lo que habéis hablado no cometo ninguna indiscreción. Decidme lo que es, porque no sé una palabra.

MERCEDES.—Ah, ¿pero tú no sabes?

ENRIQUETA.—Es la primera vez que oigo hablar de esto.

MERCEDES.—Ay, hija, pues perdona; creí que lo sabías. Me figuré que mi hermana te lo habría contado.

ENRIQUETA.—Nadie me ha dicho nada.

MERCEDES.—Pues verás; Gabriel es un hombre muy bueno, muy bueno, de una bondad de corazón de la que no tenéis siquiera idea. Además es muy culto, muy ilustrado; ha viajado mucho; ha estudiado muchísimo; está al corriente de todas las nuevas tendencias sociales, de todos los gravísimos problemas que hoy afectan al mundo. Si le oyerais hablar os quedaríais asombradas; asom-

bradas de lo que sabe, y más asombradas aún de lo avanzado de sus ideas. Yo le he oído decir muchas veces que los ricos son usurpadores de la riqueza universal, detentadores y que, por lo tanto, cuando dan no dan, sino que restituyen; no practican la caridad, sino la justicia, porque justicia es devolver a otro lo que le pertenece.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Caramba con tu marido. Pues sí que tiene unas ideas tranquilizadoras.

MERCEDES.—El dice que esto es socialismo cristiano; que está proclamado en los libros de los santos padres de la Iglesia.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Eso sería en otro tiempo, porque lo que es ahora...

ENRIQUETA.—Bueno, no divaguemos; al grano, Merceditas. Cuéntame ese proyecto, que estoy ya muerta de curiosidad.

MERCEDES.—Pues nada; que como tiene esta verdadera preocupación por los desvalidos y los desamparados, constantemente está pensando en la realización de obras caritativas, justicieras que las llama él, y claro está que siempre de aplicación utilitaria, porque él ante todo y sobre todo es un espíritu eminentemente positivista y práctico. Por eso lo primero que quiere establecer es una Casa de Maternidad.

ENRIQUETA.—¡Qué cosa más rara!

MERCEDES.—No lo creas. En cuanto te exponga la idea tal como él me la ha explicado verás cómo te parece excelente. Las Casas de Maternidad de España, salvo algunas honrosas excepciones, la de aquí, por ejemplo, la de Bilbao, no sé si alguna más, son un verdadero desastre. La de Madrid es bochornosa. Más que institución piadosa aquello es una picota, es una afrenta. No se admite en ella a las mujeres más que en último extremo, cuando no pueden más, casi con los dolores del alumbramiento. Esto es una infamia, una verdadera infamia, porque la pobre mujer que se decide a ir a la Maternidad es porque la han echado del obrador, del taller, de la tienda, de la casa en que servía; porque no tiene un rincón en donde guarecerse, porque no hay quien la ampare ni quien la ayude, porque se ve sola en medio de la calle. Aquí no pasará esto. Aquí las mujeres podrán

ingresar desde el sexto mes de embarazo y desde ese día se las cuidará y se las atenderá; estarán solas, sin que nadie las vea, completamente solas en un cuarto, en el cual no entrarán más que el médico y las hermanas de la caridad que las asistan. Después de dar a luz seguirán toda la cuarentena, y el tiempo que haga falta hasta el restablecimiento absoluto. Y nadie les preguntará su nombre, ni su naturaleza, ni su estado; nadie sabrá si son solteras, casadas o viudas, porque eso no le importa a nadie. No dejarán en los libros de la casa más rastro que la huella de un número correlativo y las indicaciones de tres fechas: la de ingreso, la de alumbramiento y la de alta. Y si quieren llevarse a su hijo se le llevarán; y si no pueden llevársele se quedará en la casa y en la casa le verán siempre que quieran, todos los días que se les antoje; incluso, si lo desean, podrán venir a lactarle ellas mismas a las horas que mejor les convenga.

ENRIQUETA.—(*Emocionada.*) Está bien eso. ¡Muy bien!

MERCEDES.—En esta casa nunca se romperá el lazo que debe unir a una madre y a un hijo. ¿Quién es la sociedad para romperle? ¿Con qué derecho se le puede decir a una madre: «Porque tu hijo es fruto de la pasión, del vicio, del engaño o del hambre, encima de la desgracia que sufriste tendrás ahora el dolor de no verle. Porque no tenías dinero para cubrir las apariencias, porque no estás en condiciones de criarle tú misma o de darle a criar, tienes que resignarte a no verle.»? Eso es una infamia. Eso no se puede hacer; eso no se debe de hacer. ¡No hay derecho a hacer eso! Como no hay derecho a que una pobre mujer, sea quien fuere, tenga que pasar por el oprobio de dar su nombre y referir su falta, y dejar estampada en las hojas de un libro una filiación que es un testimonio de vergüenza. Demasiada desgracia tiene con la acusación de su propia conciencia la infeliz que cae, para sufrir encima la divulgación de la afrenta, para saber que siempre hay perenne un testimonio oficial de su delito, para exponerse a que cualquier día, en medio de la calle, cualquier compañera de sala que convivió con ella, la más abyecta, la más perdida, la más despreciable de todas, pueda decir, si la

reconoce: «Esa estuvo conmigo; ésa dió a luz en la cama de al lado; ésa es como yo.»

ENRIQUETA.—Está muy bien, Mercedes.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Psss!... Según se mire. Me parece, hijita, que como vuestras teorías prevalezcan se va a llenar el mundo de chiquillos sin padre.

MERCEDES.—(*Ingenua.*) ¿Por qué, tía?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues, hija, muy sencillo: si hoy, con todos los inconvenientes que nos cuentas, pasa lo que pasa, no te quiero decir lo que sucederá en cuanto las mujeres pierdan el miedo de que se va a saber. Estoy viendo ya cola en la puerta de esa casa.

MERCEDES.—Tía, por Dios, no sea usted así...

LA CONDESA DE ARNEDO.—Te lo digo en serio. Me parece esa fundación muy inmoral. Si no se tratara de tu marido y de ti llegaría a sospechar si no tiene por finalidad proteger el vicio.

MERCEDES.—¡Tía, por Dios!

LA CONDESA DE ARNEDO.—Te lo digo como lo siento.

MERCEDES.—¿De manera que usted cree que todas las mujeres que caen son culpables?

LA CONDESA DE ARNEDO.—La mayoría.

MERCEDES.—Pero alguna habrá que no lo sea... Alguna habrá merecedora de que se la ampare.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Por excepción.

MERCEDES.—Pero habrá alguna... alguna que haya pecado por amor...

LA CONDESA DE ARNEDO.—Alguna puede haber.

MERCEDES.—Pues con que haya una sola, nada más que una, ya está la fundación justificada.

ENRIQUETA.—(*Levantándose y abrazando a Mercedes, muy conmovida.*) Eres muy buena, Mercedes. Y tu marido, también. Díselo de mi parte. Sois muy buenos los dos.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Bien, pero además de esa Casa de Maternidad, Inclusa o lo que sea, tu hermana me ha hablado de no sé qué panteón de familia.

MERCEDES.—(*Un poco confusa.*) Sí... en efecto... pero esto ya es cosa secundaria... No está decidido todavía. Gabriel quería hacer un panteón, un panteón pequeño y llevar a él a su padre y a mamá... de esta manera la fundación podría estar dedicada a la memoria de los dos...

y si acaso, más tarde, el día de mañana, que nos enterraran también a nosotros.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿Nada más?

MERCEDES.—Nada más.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Es un raro capricho... Pero, en fin, allá vosotros. En estas cosas no me gusta meterme; son muy delicadas. En lo que sí quiero insistir es en una actitud un poco extraña que observo siempre en ti y en tu marido. Habláis siempre de vosotros como si el mundo se redujera a esto. Disponéis de vuestra fortuna, os preocupáis de vuestro descanso eterno como si fuerais a estar toda la vida solos. No, hijita, no; permíteme que te diga que esto es una gravísima equivocación; tú eres muy joven; tu marido lo mismo; os queréis mucho; os lleváis muy bien, afortunadamente; en estas condiciones lo natural es que tengáis familia, eso es lo lógico, lo que tiene que suceder, lo que sucederá seguramente. Y el día que esto ocurra, ¿qué pasará? Vamos a ver: ¿qué pensáis hacer el día que tengáis hijos?

MERCEDES.—Podemos no tenerlos.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Podemos... podemos... Eso es una tontería, Mercedes. Lo natural es que los tengáis. ¿Crees tú que porque llevas tres meses casada y hasta ahora no hay novedad, va a suceder siempre lo mismo? No, mujer. ¡Qué disparate! Mira, yo estuve los dos primeros años sin tener hijos; luego, en menos de cinco tuve cuatro...

ENRIQUETA.—Yo en cambio a los nueve meses justos tuve a Enriqueta; luego, casi en seguida, un aborto; después se pasaron tres años y medio hasta que vino Carmen y no he vuelto a tener ninguno más.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Hay cosas muy raras. Ahora, que aquí lo verdaderamente raro sería que no los tuvierais. Eso es lo anormal, lo excepcional. Figúrate que, como es de esperar, sucede lo contrario y te llenas de chicos... Si esto ocurre ¿no tendréis el día de mañana tu marido y tú el remordimiento de haber disminuido vuestra fortuna, de haberla repartido, de haber privado de una manera injusta a vuestros hijos de algo que legítimamente les pertenecía? Ay, Merceditas, tú, como no eres madre, no sabes todavía lo que tiran los hijos, lo que se hace por ellos, lo que una tiene que sacrificarse

por asegurar su porvenir. Ya ves, yo tengo fama de tacaña; dicen por ahí que soy muy miserable.

ENRIQUETA.—¡Quién hace caso de la gente, condesa!

LA CONDESA DE ARNEDO.—No, si es verdad; lo soy; lo reconozco. Pero ¿por qué lo soy? porque tengo cinco hijos y nueve nietos y todo me parece poco cuando pienso en la distribución. No hay fortuna que baste cuando se tiene muchos hijos, no ya la nuestra, que después de todo es modestísima, sino cualquier otra por enorme que sea. Ahí tienes a Urquizar, el banquero. Me parece que capital como ése pocos habrá en Madrid... Pero Urquizar tiene diez hijos y una mujer muy graciosa y muy linda que no hay más que mirarla a la cara para comprender que está dispuesta a echar otros tantos... Por sólida que sea esa fortuna, ¿en qué quedará, repartida? Ay, Mercedes, Mercedes, quiera Dios que algún día no te acuerdes de esto que ahora te digo.

ENRIQUETA.—Eso es verdad. La condesa tiene razón. Tiran mucho los hijos.

(*Hay una pausa larga. Las tres se han dado cuenta de que la conversación se está encauzando por un terreno tan resbaladizo, que de insistir en él, puede llegar a ser desagradable, y desean variar de tema, pero no saben cómo, cosa que, después de todo, no tiene nada de particular, porque llevan tres horas hablando y han agotado ya lo humano y lo divino.*)

LA CONDESA DE ARNEDO.—Qué calor ha hecho hoy.

ENRIQUETA.—Horroroso.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Sin embargo, aquí se está muy bien. Esta casa es fresquísima.

MERCEDES.—Sí, sobre todo estas habitaciones del parque; en cuanto sopla un poquito de aire son una delicia.

ENRIQUETA.—(*A Mercedes.*) Tienes una casa preciosa.

(*Mercedes sonríe. Otra pausa.*)

LA CONDESA DE ARNEDO.—La verdad, hija, que dentro de tu suerte has tenido desgracia. ¡Qué contrariedad tan inoportuna la de este luto!... ¡Con lo que hubieras podido disfrutar este año, tú, tan alegre!...

MERCEDES.—¡Qué le vamos a hacer, tía; otra vez será!

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Ah, claro!... pero es una pena. Podía ese buen señor haberse muerto un par de años más tarde. Porque es el caso, hijita, que no has te-

nido un solo día de expansión. ¡Vaya una luna de miel que estás pasando!

ENRIQUETA.—Es que también Mercedes es muy exagerada. Yo no digo que pueda ir a todas partes, que se prodigue, que se exhiba, pero un poco más de esparcimiento...

MERCEDES.—Si no puedo... ¿Dónde voy con la toca? ¡Es tan llamativa!

LA CONDESA DE ARNEDO.—Verdaderamente.

ENRIQUETA.—Y gracias a esta casa.

MERCEDES.—Sí, a esta casa y a Gabriel, que es muy bueno y siempre está conmigo, y a Angelina, que me acompaña mucho.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No lo dirás por hoy.

MERCEDES.—¡Pobrecilla! La habían invitado las de Zazuar a pasar el día. No quería ir por no dejarme sola. Fuí yo quien le dijo que fuese. Ya que no pueda yo divertirme, que se divierta ella.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Sé divierte, se divierte... no pases cuidado. Rara es la tarde que no la vemos en San Sebastián, ¿verdad, Enriqueta?

ENRIQUETA.—Sí; se la ve mucho.

MERCEDES.—Porque la envío yo. Encima de habérmela traído, no la voy a tener sacrificada.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Caramba con el sacrificio! Pues sí que puede quejarse la niñita... ¡Quién como ella!... a mesa y mantel, tratada a todas horas como una reina, y encima libertad para divertirse. Pues di que está mucho mejor que tú.

MERCEDES.—Todo se lo merece. No sabéis lo buenísima que es esa criatura, lo que me distrae y lo muchísimo que me quiere.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Me parece, Merceditas, que la que se pasa de buena eres tú.

MERCEDES.—¿Yo? ¿Por qué?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Por nada.

MERCEDES.—La habéis tomado con la pobre Angelina, y Angelina es una criatura angelical. Repito que no sabéis lo buena que es.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Será muy buena, pero yo no me la hubiera traído.

MERCEDES.—¿Por qué?

La condesa de Arnedo.—¡Qué sé yo!

Mercedes.—(*Decidida a no darse por enterada.*) ¡Qué iba a hacer! Usted sabe, tía, tan bien como yo lo que ha sucedido. Angelina es una muchacha admirablemente educada; la conozco de toda la vida: nos hemos criado juntas; hemos ido al mismo colegio. Su familia ocupó en otro tiempo una gran posición. El padre fué ministro varias veces, embajador de España en San Petersburgo y en el Quirinal, presidente del Consejo de Estado; pero como fué una persona decente, el día que murió se llevó la llave de la despensa; lo que pasa siempre con los hombres honrados que no tienen la habilidad de hacer dinero y que les falta la base sólida de una fortuna personal. Los pobres tuvieron que reducirse, pasaron grandes apuros, y ahora es cuando empezaban a levantar un poco la cabeza, a vivir, si no con lujo, por lo menos con cierto desahogo, con la pensión de la madre y el sueldo de Luis, que tenía un gran destino en el Ministerio de Estado. Pero a Luis le acaban de enviar nada menos que de ministro a Méjico... dicen que ha sido una venganza del ministro, con el cual no se llevaba bien... no sé... lo cierto es que le han sacado de Madrid. Y, naturalmente, esto fué la catástrofe. Ausente Luis, que era quien soportaba principalmente el gasto, no les quedaba más recurso que deshacer la casa y marcharse a Villajoyosa, un pueblecito de Alicante, en donde tienen unas tierrecitas, o irse a vivir con Carmen, la hermana mayor, que está casada en Córdoba con un general de brigada. Angelina me contó todo esto con lágrimas en los ojos, y yo le dije: —Nada, no te apures; no levantéis la casa ni hagáis nada; dile a tu madre que se vaya con tu hermana a Córdoba; tú te vienes con nosotros a Hernani, pasamos el verano, y cuando llegue el invierno, ya veremos qué es lo que se hace.—Angelina consultó el caso, a su madre le pareció muy bien, nos la trajimos, y eso es todo lo que ha sucedido. Me parece que no tiene nada de particular. Cualquiera en mi caso hubiera hecho lo propio.

La condesa de Arnedo.—No sé... no sé... Puede que yo no lo hubiera hecho.

Mercedes.—Lo mismo.

La condesa de Arnedo.—¡Qué sé yo!... será que soy

más desconfiada que tú, pero yo encuentro un poco peligroso, cuando se tiene un marido joven, meter en la casa a una mujer pobre y bonita.

MERCEDES.—(*Indignada.*) ¡Tía, por Dios!... ¡usted supone!...

LA CONDESA DE ARNEDO.—(*Con gran tranquilidad.*) Yo no supongo nada. Digo únicamente que me parece un poco expuesto.

MERCEDES.—Bueno. ¿Pues sabe usted lo que le digo yo? Que estoy absolutamente tranquila, ab-so-lu-ta-men-te. En este terreno tengo una confianza completa en Gabriel y en Angelina. (*La condesa hace un gesto de duda.*) No, no ponga usted ese gesto; completa. Respondo de los dos.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Más vale así.

MERCEDES.—Puede usted, por lo tanto, decir a la persona que haya tenido el mal gusto de inventar esa infamia...

LA CONDESA DE ARNEDO.—(*Interrumpiéndola.*) Eh, poco a poco; que a mí no me ha dicho nadie nada, ni he oído hasta ahora decir nada. Es sencillamente una previsión mía.

MERCEDES.—Excesivamente suspicaz.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Tus motivos tendrás cuando lo crees.

MERCEDES.—Los tengo. Le he dicho a usted que respondo en absoluto de los dos.

ENRIQUETA.—No, eso no, Mercedes; perdóname que te diga que eso es una tontería. Conste que yo no creo nada malo de Angelina; me parece una muchacha buena, y sobre todo, incapaz de cometer contigo, precisamente contigo, una mala acción de esa naturaleza; pero ¿responder? ¡Ay, hijita!, cuando se trata de hombres y mujeres no se puede responder de nada.

MERCEDES.—Pues yo pongo la mano en el fuego. Y os ruego que no me volváis a hablar más de este asunto.

Por la puerta principal del salón, abierta de par en par, entra sin anunciarse Angelina Valdés. Viene lindísima, con un traje blanco de crespón de seda, un sombrerito también blanco, medias blancas, zapatitos blancos y las mejillas tan blancas como el traje, los zapatos, las medias y el sombrero. Llega muy agitada y trae los ojos un poco enrojecidos. Diríase que ha llorado.

ANGELINA.—Buenas tardes.

MERCEDES.—¡Qué sorpresa, mujer! ¿quién te ha traído?

ANGELINA.—Nadie. He venido en tranvía.

MERCEDES.—¿Y eso?

ANGELINA.—Me puse un poco mala en el Hipódromo; me dió como un vahido... me dolía mucho la cabeza, y para no asustar a nadie ni descomponer la diversión, me marché sola, tomé el tranvía y luego en el otro he venido hasta aquí.

MERCEDES.—¿Y Gabriel?

ANGELINA.—No sé; no le he visto; no estaba en Lasarte. Me tenía citada a las ocho y media en casa de Anita para recogerme; pero encontré a Carlos Monterrey, le referí lo que me pasaba y quedó en avisarle.

ENRIQUETA.—Estás muy pálida, chiquilla.

ANGELINA.—Como que no me encuentro nada bien. Me duele espantosamente la cabeza. Tanto, que con el permiso de ustedes me voy a desnudar y a echarme un poco a ver si se me pasa. Debe ser el calor, algo de sofoco; hacía en el Hipódromo un calor asfixiante.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Vaya por Dios, mujer.

ANGELINA.—(*Haciendo ademán de retirarse.*) Con el permiso de ustedes.

ENRIQUETA.—Sí, hijita, sí... ve...

MERCEDES.—¿Quieres que vaya contigo?

ANGELINA.—No, no... por Dios... ¡no faltaba más!... Esto no será nada. (*Se va.*)

LA CONDESA DE ARNEDO.—(*Cuando Angelina ya ha salido.*) A ésta le ha pasado algo.

ENRIQUETA.—Yo creo que sí.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No hay más que verla. Traía los ojos como puños.

MERCEDES.—No sé...

LA CONDESA DE ARNEDO.—(*Levantándose.*) Bueno, hijita; te dejamos.

MERCEDES.—¿Se va usted, tía?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Sí, que ya va siendo tarde. Estamos aquí desde las cuatro. No te quejarás de la visita.

MERCEDES.—Se la he agradecido a usted mucho. Y a ti también, Enriqueta. Realmente hace falta mucha abnegación para pasar toda una tarde aquí con lo hermoso que debe estar San Sebastián.

ENRIQUETA.—Tú vales, Merceditas, más que todo San Sebastián junto. (*Mercedes se inclina con una reverencia muy gentil.*) Adiós, preciosa.

MERCEDES.—Adiós. Da muchos besos a tus nenas. Tengo ganas de verlas.

ENRIQUETA.—Pues no tienes más que decidirte y venir cualquier día a comer con nosotros.

MERCEDES.—Con muchísimo gusto.

ENRIQUETA.—Te lo digo de veras.

MERCEDES.—Y de veras lo acepto. Te prometo que iré.

ENRIQUETA.—¿Cuándo?

MERCEDES.—Yo te avisaré por teléfono. Adiós, tía. Tantas cosas a todos.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Adiós, sobrina. Y no te enfades nunca por las cosas que yo te digo. Piensa siempre que yo te hablo como si fueses hija mía.

(*Salen las tres por la puerta principal del salón.*)

Cuando al cabo de un gran rato, después de haber acompañado a las visitantes hasta el mismo pie de la escalinata del jardín en donde tomaron el automóvil que ha de llevarlas a San Sebastián, vuelve Mercedes a subir al salón, encuentra en él a Angelina que acaba igualmente de entrar. Angelina no se ha desnudado, como dijo. No ha hecho más que quitarse el sombrero. Las dos, al verse, van derechamente la una hacia la otra y se abrazan.

MERCEDES.—(*Sujetándola de los brazos y mirándola fijamente.*) ¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?... ¡Cuéntame!... ¿Qué te pasa?

ANGELINA.—(*Con los ojos llorosos.*) Mercedes...

MERCEDES.—¿Qué?...

ANGELINA.—Mercedes... yo me voy.

MERCEDES.—¿Que te vas?... ¿Adónde?...

ANGELINA.—A Córdoba... con mamá. Me voy mañana.

MERCEDES.—Pero, ¿por qué?... ¿Qué pasa?... ¿Qué te ha ocurrido para esa decisión, así, de pronto?...

ANGELINA.—Nada... No me ha pasado nada... Es que me han dicho esta tarde en el Hipódromo que mamá está muy delicada... que debo ir a su lado.

MERCEDES.—¿Por qué mientes, Angelina?

ANGELINA.—¿Yo?

MERCEDES.—Tú no te vas por eso. Dime por qué te vas. Dímelo. Necesito saberlo. Dime la verdad.

ANGELINA.—Pues la verdad: me voy porque no puedo estar en esta casa.

MERCEDES.—¿Qué te ha pasado en ella?

ANGELINA.—(*Levantando la cabeza.*) A mí, nada.

MERCEDES.—Entonces...

ANGELINA.—Es que dicen... ¿tú sabes lo que dicen?... ¡Una infamia!... ¡Tú no sabes lo mala que es la gente!... Dicen que si yo... (*Con los ojos llenos de agua; a punto de romper a llorar.*) Que si yo... Que si Gabri... que si yo te engaño con tu mari... (*Se detiene porque los sollozos la ahogan; da un suspiro muy fuerte y con la cara descompuesta por un gesto de dolor y de angustia.*) ¡Dicen que estoy liada con Gabriel! (*Se echa a llorar desconsoladamente; llora a raudales, a gritos, con ayes y quejas que le desgarran la garganta.*) ¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Madre mía! ¡Ay, madre de mi alma!

MERCEDES.—(*Abrazándola cariñosamente y tratando en vano de enjugarle las lágrimas.*) Vamos, Angelina, Angelina... Mujer, no te pongas así... No seas chiquilla... No llores... Tranquilízate.

ANGELINA.—¡Ay, madre mía!

MERCEDES.—Angelina... por Dios...

ANGELINA.—(*Secándose los ojos.*) ¡Qué infame es la gente!

MERCEDES.—Pero ¿a ti te han dicho?

ANGELINA.—(*Siempre llorando.*) Sí; me lo han dicho esta tarde... como se dicen estas cosas... Ya me habían echado algunas indirectas... pero nunca creí que la gente... fuera... tan mala... Y hoy me lo han dicho... me lo han dicho claro.

MERCEDES.—¿Quién?

ANGELINA.—Concha Zazuar y María Pepa, tu prima... Parece que lo dice todo el mundo en San Sebastián... que no se habla de otra cosa. Y yo ¡pobre de mí! ¡tan inocente! (*Vuelve a llorar.*)

MERCEDES.—(*Acariciándola.*) Angelina... mujer...

ANGELINA.—Comprenderás que después de esto... yo no puedo seguir en tu casa... Me tengo que marchar... Pero antes de irme he querido decírtelo para que lo sepas por mí... antes de que te lo diga nadie... porque te lo dirán... te lo dirán... como a mí me lo han dicho... y así, estás prevenida... Ya lo sabes, no te puede coger de sorpresa... Y yo me iré mañana, me iré mañana mis-

mo. *(Rompe a llorar de nuevo.)* Ay... ¡ay... ay, Dios mío! ¡Madre de mi vida, qué desgraciada soy!...

MERCEDES.—Vamos, mujer, por Dios, no seas así... ¡Qué disgusto te estás tomando!... ¡Te vas a poner mala!

ANGELINA.—¡Madre de mi alma!... ¡con lo contenta que yo vivía aquí! *(Contrae la cara, pone en blanco los ojos, crispa los dedos, se lleva a los labios el pañolito de batista, lo muerde, da un tirón y el pañuelo se rasga.)*

MERCEDES.—(*Cogiéndole las manos.*) Angelina, por la Virgen... no te pongas así... no seas loca... ten calma... ten serenidad... ¿No me ves a mí lo tranquila que estoy?

ANGELINA.—¡Si a ti te hubieran dicho!...

MERCEDES.—Me lo han dicho.

ANGELINA.—¿Te lo han dicho?

MERCEDES.—Sí.

ANGELINA.—¿De manera que te lo han dicho y sin embargo tú...?

MERCEDES.—Ya lo ves.

ANGELINA.—Bueno, pero tú, ¿qué contestaste cuando te lo dijeron?

MERCEDES.—Lo mismo que tú; lo que se merecían; que eso era una infamia.

ANGELINA.—¡Y no me has dicho nada! ¿Por qué no me lo has dicho, Mercedes?

MERCEDES.—¿Qué te iba a decir? ¿Cómo te lo iba a decir? ¿Cómo querías que te lo dijese si yo sabía que eso era una infamia? ¡Cómo iba yo a hacerte la infamia de dudar de ti!

ANGELINA.—(*Se abraza al cuello de Mercedes y la besa frenéticamente en los ojos, en las mejillas, en la boca.*) ¿Verdad que sí, Mercedes?... ¿Verdad que nunca, nunca, nunca has dudado de mí?... ¿Verdad que tú sabes bien que yo soy incapaz de hacer eso contigo?... ¡Dios santo, hacer yo eso contigo... contigo! ¡con lo que yo te quiero!... ¡con lo que has hecho tú por mí!... con lo que estás haciendo... ¡con lo que tengo yo que agradecerte!... tendría yo que ser la más mala, la más perdida de todas las mujeres y ¡cómo había de hacer eso contigo!... ¡Señor, Señor, cómo habrá gentes tan perversas en el mundo!... ¿por qué se gozarán en pensar mal cuando es tan fácil y tan sencillo pensar bien?...

MERCEDES.—Porque el mundo es así...

ANGELINA.—Pero, además, ¿que habrán visto para suponer esto? ¿en qué se fundan?... una calumnia, por miserable que sea, necesita una base, y yo no he hecho nada; estoy segura de no haber dado motivo... yo tengo la conciencia absolutamente tranquila... Es que no me ha pasado nunca por la imaginación... nunca, jamás, ¡te lo juro!... Yo no le he gastado una broma a Gabriel... no por falta de estimación, es que no sé, me infunde muchísimo respeto... Y él, Dios mío, él ni mirarme... ni fijarse en mí... ¡Pobre hombre!... Yo creo que ni siquiera sabe cómo tengo los ojos. (*Una pausa.*) Y sin embargo, ya ves; no tengo más remedio que marcharme.

MERCEDES.—¿Por qué?

ANGELINA.—Porque sí... Comprenderás que después de lo que se dice yo no puedo seguir con vosotros ni un solo día más. Es imposible. Mañana mismo me iré a Córdoba con Carmen. Pasaré allí con mamá lo que resta de verano, y luego, en invierno, levantaremos la casa y nos iremos a vivir a Villajoyosa... definitivamente. (*Se le saltan las lágrimas.*)

MERCEDES.—(*Conmovida.*) ¡Angelina!

ANGELINA.—(*Echándose a llorar.*) ¡Qué voy a hacer!

MERCEDES.—No te vas.

ANGELINA.—(*Levantando los ojos y mirándola.*) Mercedes...

MERCEDES.—No te vas. No te puedes ir. Ahora menos que nunca.

ANGELINA.—Pero Mercedes.

MERCEDES.—¿No comprendes, criatura, que si tú te fueras mañana es cuando la gente pensaría que eso efectivamente era verdad, por lo menos que yo sospechaba de ti?... Incluso dirían que yo te había echado; habría quien sería capaz de dar por cierto que te había sorprendido con él...

ANGELINA.—¿Tú crees?

MERCEDES.—Tú no sabes lo mala que es la gente.

ANGELINA.—Pero y si me quedo, ¿qué dirán?

MERCEDES.—Pues cuando vean que a pesar de todo te sigo queriendo lo mismo que siempre, concluirán por reconocer que todo era mentira.

ANGELINA.—¡Qué sé yo, Mercedes..., qué sé yo!

MERCEDES.—A mí es a quien toca desvanecer esa calumnia... No tengas cuidado, que yo la desvaneceré.

ANGELINA.—¡Qué buenísima eres!

MERCEDES.—No es bondad sólo. Es justicia también.

ANGELINA.—Yo creo que sería mejor que me marchase... Voy a estar muy violenta... muy cohibida... compréndelo... No voy a poder ir a ninguna parte, sobre todo con tu marido... me va a parecer que todo el mundo nos mira... me va a dar muchísima vergüenza.

MERCEDES.—Irás conmigo. Irás siempre conmigo. Y yo te daré ante todo el mundo tales pruebas de confianza que ya verás cómo la gente tiene al fin que reconocer avergonzada que se equivocó.

ANGELINA.—Mercedes de mi vida, qué buena eres.

MERCEDES.—Lo que tú no puedes es marcharte ahora, así, desacreditada... Y sobre todo, lo que no puede ser es que por una infamia de la gente tengas que sacrificar tu porvenir, sepultar tu juventud en un pueblo, renunciar a tu vida...

ANGELINA.—¡Mi vida! ¡Mi vida hace mucho tiempo que no tiene ya objeto, Mercedes! ¿Qué puedo esperar yo de la vida?... ¡Sepultarme en un pueblo! Tarde o temprano ese ha de ser mi fin... La vida es dulce para unos y cruel para otros... Para mí fué muy dura... Yo no puedo ya aspirar a nada. ¿A qué voy a aspirar?... Eso es cuestión de suerte y yo nunca la tuve... ¡Yo soy muy desgraciada! (*Vuelve a llorar.*)

MERCEDES.—(*Besándola.*) Angelina... Angelina... mujer, no llores, que me haces llorar a mí.

Gabriel entra en el salón sin hacer ruido y sin que ninguna de las dos le vea. Queda un momento en el marco de la puerta sorprendido y en seguida avanza hacia las dos.

GABRIEL.—¿Qué pasa?

MERCEDES.—(*Incorporándose y echándose hacia atrás.*) Nada... no pasa nada...

GABRIEL.—¿Por qué lloráis?

ANGELINA.—(*Enjugándose los ojos.*) Es que verás... le estaba diciendo a Mercedes que me quería ir a Córdoba.

GABRIEL.—¿A Córdoba?

ANGELINA.—Está mi madre mala.

GABRIEL.—¿Has tenido algún telegrama?... ¿alguna carta?...

ANGELINA.—No, no... me lo han dicho esta tarde...

GABRIEL.—¿Pero tú no tienes ninguna noticia concreta?

ANGELINA.—No... ninguna.

GABRIEL.—¡Qué cosa más rara! Pues anda, vente a mi despacho. Vamos a pedir ahora mismo una conferencia telefónica con tu hermana o con tu cuñado. Están en Córdoba, ¿verdad? Salimos de dudas inmediatamente. Ven...

MERCEDES.—No te molestes; no es eso. Angelina, en efecto, se quiere ir, pero no es por eso.

GABRIEL.—¿Por qué, pues?

ANGELINA.—(*Suplicante.*) Por Dios, Mercedes, no le digas nada.

MERCEDES.—¿Por qué no se lo voy a decir? (*Angelina baja la cabeza.*)

GABRIEL.—(*Impaciente.*) ¿Qué es ello? Hablad.

MERCEDES.—Angelina se quiere ir porque le han dicho...

ANGELINA.—¡Mercedes!

MERCEDES.—Porque le han dicho... que tú y ella... que los dos estáis... que os entendéis, vamos...

GABRIEL.—¡Qué bestialidad!

MERCEDES.—Se lo han dicho esta tarde en su cara... y la pobre ha tomado un disgusto... ¡figúrate!... ha estado aquí llorando... y se quería marchar.

GABRIEL.—(*A Mercedes.*) Pero tú le habrás dicho...

MERCEDES.—Yo le he dicho que no.

GABRIEL.—¡Naturalmente!

MERCEDES.—(*A Angelina.*) ¿Lo ves?

GABRIEL.—¿Pero de dónde ha salido esa infamia? Quién ha inventado esa... si no sé cómo calificarlo... esa brutalidad.

MERCEDES.—La gente.

GABRIEL.—¡Qué bestia es la gente! Bueno, pero tú ya le has dicho...

MERCEDES.—Yo le he dicho que se tranquilice y que no se disguste y sobre todo que no se vaya. Ahora no se puede ir.

GABRIEL.—Ahora menos que nunca. Si se fuera es cuando se figurarían que era verdad.

MERCEDES.—Eso mismo le he dicho yo.

GABRIEL.—¡Qué bruta es la gente! No hagas caso, Angelina. (*Muy cariñoso.*); no hagas tú caso de esas cosas... Tú procura tener siempre la conciencia tranquila y no te preocupes de lo que diga el mundo.

MERCEDES.—(*Se acerca a Angelina, le acaricia los cabellos; con la punta de los dedos le seca los ojos y la besa.*) Pobrecita mía... ¡qué disgusto la han dado!

GABRIEL.—(*Se acerca también a Angelina y la abraza.*) ¡Pobre Angelina!... (*Angelina recuesta la cabeza en el pecho de Gabriel, suspira y llora. Gabriel le da unos golpecitos en las mejillas.*) Ea, basta ya... A serenarse y a no volver a hablar más del asunto...

MERCEDES.—(*Riendo.*) Anda, que si os viesen ahora. (*Angelina al oirlo se estremece, se incorpora con un ademán brusco y se aparta de Gabriel.*)

GABRIEL.—(*Echándose a reir.*) ¿Qué es eso, nena? ¿Es que te vas a asustar ahora de mí?

ANGELINA.—(*Muy encarnada.*) No... es que estoy muy nerviosa... muy nerviosa, no sé lo que me pasa... Me voy a desnudar...

MERCEDES.—Voy contigo.

GABRIEL.—Sí, ve con ella. No la dejes sola.

(*Las dos mujeres salen abrazadas. Gabriel las sigue con los ojos hasta que doblan la puerta del pasillo. Luego se deja caer en una butaca, saca un cigarro, lo enciende, da una chupada y se queda moviendo la cabeza con un gesto de contrariedad y de disgusto.*)

X

Un gabinete en Villa Aurora, el chalet de los condes de Fresnedo, al pie de Igueldo, casi en el mismo muro, a ochenta metros de la estación del funicular. Una villa a la inglesa con sus dos cuerpos de edificio simétricos, sus numerosas ventanitas iguales, sus chimeneas uniformes y sus tejados puntiagudos de pizarra gris.

El gabinete está en el principal. Es una habitación muy alegre, muy linda, decorada con tonos claros, pequeñas rosas sobre fondo lila y un ancho friso verde pálido con grandes flores malva. Los muebles, de limonero barnizado, tapizados de seda, tienen la gracia encantadora de esos muebles sencillos y elegantes estilo inglés del siglo XVIII. Pequeños tapices pintados adornan las paredes y cuatro grandes pantallas malva y verde de tul bordado con tisú de oro amortiguan las luces de las lámparas. Por una de las ventanas entreabiertas, entre el marco de encaje de las cortinas descorridas, se abarca de una sola ojeada el espectáculo maravilloso de la Concha desde Miramar al Gran Casino.

Son las cuatro y media de la tarde, pero como está nublado y corre brisa, no molesta el calor.

Sentada en una butaca Enriqueta habla con sus hijas, que están de pie ante ella. Las dos son blancas como su madre, aunque un poco más rubias. ENRIQUETITA, la mayor, tiene doce años. Alta, muy desarrollada, curtida por el aire y el sol, constantemente con la risa en los labios, da una sensación envidiable de fuerza y de salud. CARMENCITA, la pequeña, es más fina, más delicada; más esbelta y también más seria, más grave. Sus ojos azules, grandes y almendrados como los de mamá, tienen a veces sombras inexplicables de melancolía; otras se quedan quietos, extáticos, como si mirasen más allá de las cosas, fijos, sin expresión, en una lejanía imaginaria. Las dos llevan el pelo partido en raya y dividido en trenzas que rematan dos lazos y que pasando sobre los hombros caen encima del pecho. Visten sencillos delantales de hilo crudo festoneados de azul, con media manga. Carmencita calza los pies desnudos en sandalias de becerro rojo; Enriquetita en medias de hilo y zapatitos de cabritilla, sin tacón. Enriqueta, que aguarda visita, se ha ataviado con un soberbio sobretraje de punto, corto de manga y amplio de escote, tupidamente bordado en azabache y rematado en flecos sobre un viso de glasé azul de noche.

ROSARIO, la doncella, va y viene por la habitación haciendo que hace, pero sin hacer nada. Es una criatura preciosa. Tendrá veintidós años. Chiquita, pero maravillosamente proporcionada; blanca, rubia, grácil, fina, hay en sus movimientos y en sus actitudes una gracia, una delicadeza, una soltura tan elegante, una espiritualidad tan femenina, que más que una doncella parece un bibelot, un maniquí, un modelo de disfraz para un baile de trajes. Va primorosamente vestida de negro, con la falda muy corta, zapatos de charol, medias de seda, cuellecito blanco, guantes de hilo, delantal de encaje, un gran lazo de encaje prendido en el pelo con un agujón de oro, y sobre los vuelillos del encaje, rematando el peinado muy alto, un plumerito rubio, muy gracioso.

ENRIQUETA.—(*Que acaba de descubrir en la media derecha de su niña mayor, casi en el mismo borde del zapato, al nivel del tobillo, un agujero del tamaño de*

una moneda de dos reales.) ¡Pero dónde vas con este tomate, vida mía! ¿No te da vergüenza llevar esas medias? Y seguramente serán puestas de hoy... (*Rosario vuelve la cabeza y sonríe.*) Lo dicho, puestas de hoy. ¿Pero qué haces con las medias para romperlas de este modo?... Todos los días un par... ¿Tú crees que esto es posible? (*Enriquetita se encoge de hombros.*) ¿Qué es lo que haces? ¿Se puede saber?

ENRIQUETITA.—Nada.

ENRIQUETA.—Pues ¿y esto?

ENRIQUETITA.—No sé; algún punto.

ENRIQUETA.—¡Qué punto ni qué coma! ¿No estás viendo que es un desgarrón? Y menudo. Si además tienes un arañazo.

ENRIQUETITA.—Fué esta mañana en el jardín, que me enganché con un rosal.

CARMENCITA.—Y lo rompió.

ENRIQUETITA.—(*Enseñándole la lengua a su hermana.*) ¡Aaaah! (*En seguida cierra el puño y le da con un nudillo un golpe en la cabeza.*) Por acusona.

CARMENCITA.—(*Con mucho mimo.*) ¡Mamá!

MAMÁ.—(*Severa.*) ¡Enriqueta!... (*La coge de un brazo y le arremanga el vestido hasta el hombro.*) ¿Qué tienes aquí?... ¿Qué te has hecho? Dios mío, una desolladura... Pero tú un día te vas a matar... Mira, Rosario, mira cómo se ha puesto esta criatura... (*En efecto; en el mismo codo presenta el brazo izquierdo de Enriquetita una reciente excoriación; tan reciente que todavía los bordes están llenos de sangre coagulada.*) Jesús, Jesús, lo que te has hecho... ¡Pero que esta hija mía siempre ha de ir señalada! Esto no es una mujer; esto es un marimacho. (*A Rosario.*) Trae una toalla y un frasco de colonia.

ROSARIO.—(*Se va, vuelve en seguida con la toalla y con el frasco y se los da a Enriqueta.*) ¿Quiere la señora que yo...?

ENRIQUETA.—No, trae.

ROSARIO.—Yo lo haré. Se puede la señora condesa manchar...

ENRIQUETA.—No... (*A su hija.*) Ven acá. (*Empapa la toalla en colonia y muy suavemente va limpiando la herida.*)

CARMENCITA.—(*Estremeciéndose como si se lo hicieran a ella.*) ¡Ay!

ENRIQUETITA.—¡Tonta!

CARMENCITA.—¿No te escuece?

ENRIQUETA.—Que se aguante. Más le escocería cuando se lo hizo.

ENRIQUETITA.—(*Riéndose.*) No me enteré.

ENRIQUETA.—¡Si que te has puesto buena! ¡Qué bonita vas a ir esta tarde! Por supuesto, ya puedes decir que te pongan un traje de manga larga.

ENRIQUETITA.—(*Encogiéndose de hombros.*) Es lo mismo.

ENRIQUETA.—A ti todo te da siempre lo mismo. No he conocido jamás una criatura que tenga más embotado el instinto de la coquetería. Yo no sé cuándo vas a empezar a darte cuenta... Tienes ya doce años... Pero tú no ves a las demás niñas que van siempre tan lindas, tan elegantitas, tan monas y tú constantemente hecha un adefesio... ¿Es posible que no te dé vergüenza?

ENRIQUETITA.—Ay, mamá, déjame...

ENRIQUETA.—Todo el santo día hay que estar encima de ti para llevarte medianamente limpia... ¡Qué pelos siempre!... Parece que te peinan los gatos. ¿Y las manos? ¿Qué apostamos a que las llevas sucias? ¿A que tienes las uñas de luto?

ENRIQUETITA.—(*Poniendo triunfante ambas manos sobre la rodilla de mamá.*) Miralas.

ENRIQUETA. ¡Muy bonitas! ¿Quién te las ha pintado, hija mía?

ENRIQUETITA.—Yo.

ENRIQUETA.—Ya se conoce. Te has echado medio kilo de pasta en cada una. ¿Tú crees que la pasta se da así? ¿A ti te parece que están bien estos ribetes colorados? ¡Vaya un modo de arreglarse las uñas! Para eso sería mucho mejor que las llevaras al natural... Carmencita, tráeme un *polisoir*. Y tú, dame las manos. (*Las coge entre las de ella y con la toalla empapada todavía en colonia va disolviendo los famosos ribetes. Luego con el pulidor que trae Carmencita las frota hasta abrillantarlas.*) ¿Qué? ¿No están mejor así?

ENRIQUETITA.—Ya lo creo, mamá.

ENRIQUETA.—Entonces, ¿por qué no lo haces tú?

ENRIQUETITA.—Porque no sé.

ENRIQUETA.—¡No sabes! Ladrar, porque no te enseñaron.

ENRIQUETITA.—De veras que no sé. Y además me da lo mismo.

ENRIQUETA.—En eso sí te creo. No es necesario que lo jures. ¡Ay, qué hija más desmañada y más inútil eres! Como no te avives un poco, cuando seas mayor me parece a mí que no te casas. (*Enriqueta se encoge de hombros y se ríe.*) Sí, ríete, ríete... ya me lo dirás. Bueno, id a que os vistan, porque vais a salir a la calle cuando sea de noche.

ENRIQUETITA.—No te enfades, mamá.

ENRIQUETA.—No me enfado, es que me da no sé qué verte de esa manera, tan despreocupada. Las mujeres tienen que ser ante todo mujeres, ¿sabes?, muy mujeres; y tú no eres una mujer, eres un chico.

ENRIQUETITA.—Qué gracioso, un chico. Ojalá. Con lo que a mí me gustaría ser chico.

ENRIQUETA.—Anda de ahí, ¡marimachona!

(*Las dos chiquillas salen del salón. Enriqueta delante, con las manos entrelazadas en la nuca y dando brincos con los pies juntos como un buchecillo trabado y retozón; Carmencita detrás, despacio, sonriendo maliciosamente. Enriqueta las sigue con la vista hasta que desaparecen en el pasillo.*) ¡Qué coraje me da esta criatura! A mí que me gustan las mujeres femeninas, ¡muy femeninas!

ROSARIO.—Ya se enmendará cuando sea mayor.

ENRIQUETA.—Difícil me parece. Estas cosas salen de dentro. Cuando no hay materia propicia...

ROSARIO.—Es muy niña aún.

ENRIQUETA.—No, no es tan niña... Mira a su hermana con cuatro añitos menos, y sin embargo...

ROSARIO.—Es que la señorita Carmen es muy rica, es una monada... una verdadera monada. La señorita Carmen es como la señora.

ENRIQUETA.—¿Crees tú de veras que yo soy también una monada?

(*Rosario sonríe, entorna los ojos, clava en su señora una mirada tierna y lánguida y se ruboriza. Suenan*

dos golpecitos en la puerta y se oye una voz tímida de mujer que pregunta:)

—¿Se puede?

ENRIQUETA.—¿Quién es?

—Yo, señora condesa, Benita.

ENRIQUETA.—Adelante. (*Se abre la puerta y entra una muchachita de unos diez y ocho años, delgada, morenucha, picada de viruelas, pero pizpireta y graciosa.*) ¿Qué quería usted?

BENITA.—(*Balbuciendo.*) Pues... venía a despedirme de la señora condesa... Supongo que ya le habrán dicho a la señora condesa...

ENRIQUETA.—¿Que se va usted? Sí; me lo han dicho.

BENITA.—Sí, sí, señora... me voy. Tengo a mi padre enfermo, ¿sabe usted? Me ha escrito mi madre que me vaya... y claro... pues me tengo que ir.

ENRIQUETA.—Vaya, mujer, lo siento.

BENITA.—Yo también lo siento. Créame la señora condesa que yo también lo siento muchísimo. Yo estaba muy a gusto en esta casa.

ENRIQUETA.—¿Cuánto tiempo llevaba usted en ella?

BENITA.—Cuatro meses nada más: pero me encontraba muy a gusto.

ENRIQUETA.—¿Qué ganaba usted?

BENITA.—Cinco duros.

ENRIQUETA.—¿Le han pagado a usted?

BENITA.—Sí, señora, ¡ya lo creo! ¡No faltaba más! Hasta el último céntimo.

ENRIQUETA.—¿El mes completo?

BENITA.—(*Vacilando.*) Diez y nueve días... mi cuenta...

ENRIQUETA.—Espere un momento. (*Se dirige a un secreter, saca de un cajón tres duros en plata y se los da.*) Tenga usted.

BENITA.—(*Rehusándolos tímidamente.*) No, no, muchas gracias... muchísimas gracias... si me han pagado ya... Yo no venía a eso... Vengo sólo a despedirme de la señora... Yo no me quería marchar sin despedirme de la señora, sin decir a la señora condesa que yo estaba muy a gusto en esta casa y que me voy con mucha pena... sobre todo por la señora... (*Gimoteando.*) que siempre ha sido muy buena conmigo.

ENRIQUETA.—Esto no tiene nada que ver con lo otro.

Es un regalo mío. Tenga usted. Para ayuda del viaje.

BENITA.—(*Tomando el dinero.*) Muchas gracias... Muchísimas gracias. Dios se lo pague a la señora. Crea la señora que me voy con muchísima pena... (*Llorando.*) ¡Con muchísima pena!

ENRIQUETA.—Pues nada, hija; ya lo sabe usted. Si se mejora su padre y quiere usted volver a esta casa, siempre tiene usted un sitio.

BENITA.—Muchas gracias, señora, muchas gracias. No lo olvidaré... Ya sabe la señora condesa que siempre tiene en mí una servidora... Adiós, buenas tardes. Que siga usted bien.

ENRIQUETA.—Adiós, mujer. Que se mejore su padre.

BENITA.—Muchas gracias. Adiós. Adiós, Rosario.

ROSARIO.—Adiós, Benita.

BENITA.—¡Me voy a despedir de las señoritas! (*Sale enjugándose los ojos con el pañuelo.*)

ENRIQUETA.—(*A Rosario cuando ya Benita ha cerrado la puerta.*) ¿Por qué se va ésta?

ROSARIO.—Ya se lo puede figurar la señora.

ENRIQUETA.—¿Por lo que todas? (*Rosario tuerce la cabeza con un gesto expresivo.*) ¿Con que también con ésta? (*Rosario repite el gesto.*) Bueno; pero con ésta es que tú lo supones o que...

ROSARIO.—No, no... es verdad; me lo ha contado ella misma.

ENRIQUETA.—Entonces, ¿cómo Eulalia no me ha dicho nada?

ROSARIO.—No sé, puede que no lo sepa... que la Benita no se lo haya dicho o que ella no haya querido decírselo a la señora... ¡estas cosas son tan desagradables!

ENRIQUETA.—¡Que si son!... ¡No lo sabes tú bien!

ROSARIO.—Es lástima, porque ésta era una buena chica.

ENRIQUETA.—Ya lo creo. La prueba de que es una buena muchacha es que se va. Si fuera un pendón se habría quedado. Está visto que en esta casa no podrá haber nunca una muchacha buena.

ROSARIO.—Ya, ya, con el señor... La verdad es que podía divertirse por ahí fuera y no venir aquí a...

ENRIQUETA.—Yo no sé qué hacer... Ya no sirve ni que una las elija. Porque hay que ver a ésta; como criada

sería buena, pero como mujer la pobrecita no puede ser más desgraciada... es horrible.

ROSARIO.—Para el señor conde es lo mismo. Se atreve con todas. Yo creo que al señor le debe dar igual una escoba vestida. Con tal que tenga faldas.

ENRIQUETA.—¡Qué asco! (*Suenan dos golpes en la puerta.*) ¿Quién?

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Entrando.*) Yo.

ENRIQUETA.—(*Muy seca.*) ¿Qué te ocurre?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Nada; ¿qué quieres que me ocurra? Que me voy.

ENRIQUETA.—Adiós.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Y decirte que esta noche no vengo a cenar. (*Enriqueta se encoge de hombros.*) Ceno en el Casino... (*Enriqueta le vuelve la espalda.*) ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Estás de mal humor?

ENRIQUETA.—(*A Rosario.*) Vete a ver si las niñas están ya vestidas. (*Rosario, sin contestar, sale y cierra la puerta que dejó abierta el conde.*)

EL CONDE DE FRESNEDO.—Bueno, pues adiós. ¿Quieres algo?

ENRIQUETA.—No quiero nada. Quiero que te vayas y me dejes en paz.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pero ¿qué modales son esos? ¿Qué te sucede hoy? ¿Se puede saber?

ENRIQUETA.—Me sucede que estoy ya harta de tus indecencias.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Y a qué viene esto?

ENRIQUETA.—Viene a que ahora mismo se acaba de marchar la Benita.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Y quién es la Benita?

ENRIQUETA.—¡Qué sinvergüenza y qué cínico eres! No he conocido jamás un caso de cinismo como el tuyo. Has perdido el recato, la vergüenza, el pundonor, la dignidad... Has perdido lo último que puede un hombre ya perder: el respeto a sí mismo. Comprenderás que a mí me tiene completamente sin cuidado que hagas lo que quieras. Puedes hacer lo que te dé la gana. Ni me importa ni te pido cuentas. Pero hazlo con decoro, como lo hacen los hombres que se estiman en algo, por pudor de ti mismo... Vete con todas las que se te antoje, pero fuera de aquí, en la calle... aquí no...; aquí ten por lo

menos la consideración de la casa... Y si no lo haces por la casa, si no lo haces por mí, si no lo haces por ti, hazlo siquiera por la inocencia de tus hijas.

El conde de Fresnedo.—Por lo que veo, te han contado algún chisme.

Enriqueta.—No son chismes; ya sabes tú que no son chismes. Lo que no comprendo es cómo tienes valor para hacer estas cosas; cómo no se te cae la cara de vergüenza al pensar que tienen que contármelo, que yo me tengo que enterar... ¡Pero es posible que no te importe!... Y todavía si fuera una vez, en un arrebato impulsivo, en un instante de ceguedad y obcecación, en un momento en que se pierde la cabeza, todavía... vaya con Dios, podrías tener disculpa; pero ¡con todas!... ¡sistemáticamente!... Vamos a ver: ¿qué plan te llevas?... ¿Qué es lo que te has propuesto?... ¿Es que tú quieres que en esta casa no tengamos jamás una criada buena?... ¿Es que aquí no van a poder entrar más que pendones?... Porque este será el final, indefectiblemente... ¿Qué mujer honrada va a venir aquí?... Lo que no me explico es cómo vienen.

El conde de Fresnedo.—Es verdaderamente ridículo que por una criada tengamos esta escena.

Enriqueta.—Si no es por la criada. ¡A mí qué me importa la criada!

El conde de Fresnedo.—En qué quedamos, ¿te importa o no te importa?

Enriqueta.—Lo que me importa es la grosería, la indecencia, la falta de respeto... Por lo demás, una criada, ¿a mí?... ¡qué asco!... Si no estuviera hace ya mucho tiempo harta de ti, sería motivo más que bastante para que no te volviera a mirar a la cara... ¿Después de una criada acercarte a mí? ¡Hombre, por Dios!... Nunca más en la vida... Pero no por despecho, ni por amor propio; por buen gusto, por aseo, por pulcritud, ¡hasta por higiene! ¡qué asco!... ¿Pero cómo te atreves tú?... ¿Cómo es posible que te agrade una mujer así, que no te asquee y que no te repugne?... Prescindamos por un momento de toda consideración social, olvidémonos de quién eres tú, de quién soy yo... como si no nos conociéramos... como si fuéramos dos personas extrañas... dime, por curiosidad, ¿qué ilusión puedes tener ni carnal ni espiritualmente por una mujer así?... una mujer zafia, grosera,

ordinaria, mal vestida, que seguramente hasta debe oler mal... ¿Qué atractivos encuentras en estas desgraciadas? ¿Qué voluptuosidad puedes hallar en una infeliz que se te da como una bestia, por ignorancia, por interés, por temor, por... lo que sea, que yo todavía no me puedo explicar por lo que es... por todo menos por amor... Supongo que no imaginarás que es por amor... Y no siendo por amor, ¿cómo puede satisfacerte? ¿Qué disculpas hallas en ti mismo para justificar tu canallada?... Porque lo que haces es una canallada... ¡una canallada!... ¡Todavía si fuese con mujeres hechas, con pleno conocimiento de sus actos, con experiencia de la vida, mujeres que supieran defenderse... ¡pero con infelices, con chiquillas!... engañarlas así, perderlas de ese modo, para después abandonarlas... ¡Si esto es infame, criminal, monstruoso!... ¡Si tú debías estar en presidio!

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Quieres que dejemos esta conversación?

ENRIQUETA.—Es una táctica muy cómoda la tuya.

EL CONDE DE FRESNEDO.—No; es que no puede conducir a nada práctico. Tú sabes que hace tiempo convinimos en tener cada uno dentro de nuestra vida una absoluta libertad.

ENRIQUETA.—Pero guardándonos los respetos debidos.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Yo te los guardo.

ENRIQUETA.—No, Federico, no; no me los guardas.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ya sabes tú que sí.

ENRIQUETA.—Pero, ¿en qué? ¿Cuándo? ¿De qué manera?... ¿No dejando en esta casa una mujer tranquila? ¿Metiéndote con todas?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Con todas no. Ya sabes que respeto lo que necesito respetar.

ENRIQUETA.—(*Irguiéndose desafiadora.*) ¿Qué quieres decir?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Nada. No quiero decir nada. No discutamos, Enriqueta. ¿Para qué discutir si no nos hemos de poner de acuerdo? Déjame, y tú haz lo que quieras. ¿Te pido cuentas de lo que haces tú?

ENRIQUETA.—No me las pides porque no hay motivo. Pero que supieras de mí tanto así nada más (*Señalando el borde de una uña.*) y ya veríamos si me las pedías.

EL CONDE DE FRESNEDO.—El caso es que no te las pido.

Tú entras, sales, vas, vienes, haces lo que te da la gana; gastas más cada día...

ENRIQUETA.—¡También me vas a echar en cara lo que gasto!

EL CONDE DE FRESNEDO.—No te lo echo en cara. No es un reproche. Puedes gastar lo que quieras. Tienes crédito abierto... Ya lo sabes... Precisamente si te lo digo es para demostrarte que no te pido cuentas.

ENRIQUETA.—Es que hay cuentas y cuentas.

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Con grandísima frialdad.*) Puedes estar tranquila, que nunca te pediré ninguna. De manera que déjame y no me las pidas tú tampoco a mí.

ENRIQUETA.—(*Paseando por la habitación muy nerviosa.*) Está bien... Puesto que me autorizas, yo sabré lo que tengo que hacer.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Puedes hacer lo que te dé la gana.

ENRIQUETA.—(*Cada vez más nerviosa.*) Eso me lo dices porque sabes que no lo he de hacer... Porque estás seguro de que aunque lo hiciera te guardaría siempre en el fondo el respeto debido... no daría el escándalo, no lo iría proclamando a voces como tú... Si yo algún día me decidiera a tener un amante...

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Con mucha calma.*) Pero, ¿de veras no has tenido ninguno?

ENRIQUETA.—(*Completamente exaltada.*) ¡Sí... le tengo... le tengo!... ¡Hace un año que le tengo y no te has enterado!

EL CONDE DE FRESNEDO.—Eso es lo que tú no sabes.

ENRIQUETA.—¡Ah!, ¿pero lo sabías? ¿De modo que lo sabes y me lo consientes? ¡Conque no te importa!... ¡Pero qué clase de hombre eres tú!... Vete, vete, no te quiero ver; me asqueas, me repugnas... ¡Pero cómo es posible que yo viva contigo!... ¡Dios mío, si no fuera por las nenas, por las pobrecitas nenas, que no tienen la culpa... ahora mismo me iba!... Por eso te soporto... nada más que por eso... ya lo sabes... si no fuera por eso, ¡cómo iba yo a vivir contigo!... ¡con un hombre como tú, tan miserable y tan abyecto!... (*Se cubre con las manos la cara y cae en una butaca sollozando. Se abre la puerta y entran corriendo Enriquetita y Carmen.*)

LAS DOS.—¡Mamá!

ENRIQUETA.—(*Abriéndoles los brazos.*) ¡Hijitas de mi alma! (*Se echa a llorar. Quedan las tres enlazadas en amoroso y tierno grupo; cada una de las nenas sentada en una rodilla de mamá, las tres cabezas juntas.*)

ENRIQUETITA.—Mamá...

CARMENCITA.—Mamá, ¿por qué lloras?

ENRIQUETA.—(*Secándose las lágrimas y dando un gran suspiro.*) Por nada, hijas mías. Por nada... no os asustéis...

CARMENCITA.—(*Vuelve la cabeza, clava en su padre una larga mirada interrogadora y severa, se abraza de nuevo a su madre y la llena de besos.*) No llores tú, mamita... rica... preciosa... No hagas caso a papá.

ENRIQUETA.—Andad, que es tarde... idos ya, si es que vais a salir.

CARMENCITA.—Yo no salgo, mamá, yo me quedo contigo.

ENRIQUETA.—(*Acariciándola.*) No seas tontina... Ve...

CARMENCITA.—(*Abrazada a su madre, muy mimosa.*) Que no... que no...

UN CRIADO.—(*Desde la puerta.*) El señor duque y la señora duquesa de Hinojares.

ENRIQUETA.—(*Incorporándose.*) ¡Ah!...

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Al criado.*) Páselos usted aquí.

ENRIQUETA.—¿Aquí?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Naturalmente. No vas a hacer la ridiculez de recibirlos en el salón.

ENRIQUETA.—Pues recíbelos tú. Yo vuelvo en seguida.

EL CONDE DE FRESNEDO.—No tardes, que tengo que salir.

ENRIQUETA.—Un momento. (*Volviéndose a sus hijas.*) Enriqueta... Carmen... nenitas, venid por aquí... (*Sale con sus hijas por una puerta lateral.*)

Entran Gabriel y Mercedes. Gabriel, de americana y sombrero de paja negra. Mercedes, con tocas de crespón.

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Saliendo al encuentro de los recién llegados.*) ¿Qué tal, grande hombre? ¿Y tú, Merceditas? Cuánto tiempo sin verte, muchacha. Como no se vaya expresamente a Hernani no hay posibilidad de dar contigo. El otro día se lo dije a tu hermana.

MERCEDES.—Con esto del luto salgo tan poco... ¿Y Enriqueta?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ahora viene. Ha ido un momento a despedir a las niñas, que se van a paseo... No sé cómo no os habéis cruzado en la escalera...

MERCEDES.—¡Qué lástima! Me hubiera gustado mucho verlas... ¿Se habrán ido ya?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Seguramente, pero es lo mismo; luego las verás... Porque supongo que vienes a comer...

MERCEDES.—Sí.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Le vas a dar a Enriqueta una alegría muy grande. Y yo también te lo agradezco mucho... aunque tendré el sentimiento de no poder acompañaros.

MERCEDES.—¿Usted no come en casa?

EL CONDE DE FRESNEDO.—No. Por eso decía que celebro la coincidencia de que hayas venido hoy, porque así Enriqueta, que iba a cenar sola, tendrá, gracias a ti, una agradable compañía.

MERCEDES.—Nunca será como la de usted...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Oh... eso es bueno para vosotros, que estáis en la luna de miel... Nosotros ya hemos pasado de eso...

MERCEDES.—Por Dios, conde, no diga usted esas cosas, que ya sabemos que son ustedes un matrimonio que se quieren mucho. *(Fresnedo sonríe.)* Cuánto siento que no coma usted en casa.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Yo también, pero se me ha complicado el día de una manera tremenda. Cuando habéis venido iba precisamente a salir. Ha sido una verdadera casualidad que nos hayamos encontrado.

GABRIEL.—¿Se va usted ahora mismo?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ahora mismo... si tú no quieres otra cosa.

GABRIEL.—Si me aguarda usted diez minutos me voy con usted.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ah, ¿pero tú no te quedas a comer en casa?

GABRIEL.—No puedo. He subido sólo para tener el gusto de saludarles a ustedes un momento. Luego vendré a buscar a Mercedes.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Entonces nos iremos juntos. Supongo que bajas a San Sebastián.

GABRIEL.—Sí.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pues ahora nos iremos. En cuanto venga Enriqueta. No sé qué estará haciendo... ¡Ah! *(Viéndola entrar.)* Aquí está.

Entra Enriqueta; se ha sombreado los ojos, se ha retocado los labios, se ha dado polvos en la cara y viene sonriendo.

ENRIQUETA.—*(Abrazando a Mercedes y besándola.)* Preciosidad, monada... no sabes cuánto te agradezco que hayas venido... Con las ganas que yo tengo de charlar contigo, largo, largo...

MERCEDES.—Pues charlaremos todo lo largo que tú quieras, porque hasta las once no vendrá a buscarme Gabriel.

ENRIQUETA.—Ah, ¿pero Gabriel no come con nosotras?

GABRIEL.—Con todo el sentimiento de mi alma, pero no me es posible. Ya lo sabe Mercedes.

MERCEDES.—Sí, es verdad. Hoy tiene que hacer.

ENRIQUETA.—Los hombres siempre tienen que hacer fuera de casa. No sé cómo se las componen. Pero en fin, es lo mismo. Nos pasaremos perfectamente sin ellos. No los necesitamos para nada. ¿Verdad, Merceditas?

MERCEDES.—Verdad.

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Sonriendo y con una ironía tan fina que pasa inadvertida para todos.)* Más vale así... Adiós, Merceditas... Mi felicitación más cordial por lo guapísima que estás con esas tocas... Estás preciosa... Si no fuera irreverencia diría que divina...

MERCEDES.—*(A Enriqueta.)* Muy galante tu marido.

ENRIQUETA.—Siempre.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Vamos, Gabriel?

GABRIEL.—Cuando usted quiera. Adiós, Enriqueta. *(A Mercedes.)* Vendré por ti a las once.

MERCEDES.—Bueno.

(Se van los dos hombres y Enriqueta y Mercedes quedan solas en el saloncito.)

MERCEDES.—Qué precioso traje llevas. ¿Te lo has hecho ahora?

ENRIQUETA.—Quia, mujer. Es un traje viejo. Le tengo de Madrid.

MERCEDES.—Es muy elegante.

ENRIQUETA.—Sí, no está mal... A mi me gusta mucho. Pero quítate el sombrero. Debes ir ahogada con esas tocas... ¿No te dan calor?

MERCEDES.—Sí, un poco. Son muy molestas. *(Se quita el sombrero.)*

ENRIQUETA.—Déjale ahí, en cualquier lado... en una silla. Ahora vendrán por él... Siéntate aquí... *(Llevándola a un sofá.)* Cuéntame... tengo muchas ganas de saber de ti... Muy contenta ¿verdad? Muy dichosa con tu marido, ¿no?... Gabriel debe ser muy bueno...

MERCEDES.—Muy bueno. Todo lo que te diga es poco.

ENRIQUETA.—No tienes nada que decirme. Estas cosas se ven en la cara... Hay no sé qué en los ojos que no engaña nunca... Tu marido tiene en la mirada una expresión de nobleza y de lealtad, que es imposible que no sea la expresión de un alma buena...

MERCEDES.—Sí, es muy bueno.

ENRIQUETA.—¿Sabes lo único que le encuentro yo a tu marido?

MERCEDES.—¿El qué?

ENRIQUETA.—No te molestes por lo que voy a decirte... No es más que una suposición mía... Probablemente yo estaré equivocada... Yo a tu marido le encuentro un poco... frío.

MERCEDES.—No.

ENRIQUETA.—No digo que lo sea contigo... hablo en general... le encuentro poco efusivo... Claro es que esto no se puede remediar... es cuestión de carácter. Todos no vamos a ser de la misma manera... Tu marido tiene algo de inglés. Yo creo que como ha estado tanto tiempo en Inglaterra...

MERCEDES.—*(Sonriendo.)* Sí... es posible...

ENRIQUETA.—Mujer, me alegro que lo reconozcas, no fueras a creer que es que yo... Pero sí, es verdad, es frío, inexpresivo... Son temperamentos... esta manera de ser de la gente del Norte... No es que sea falta de cariño, no... Ya ves, en el caso concreto vuestro no se puede siquiera dudar de que Gabriel te quiere con toda su alma... Te ha dado pruebas de ello. Un hombre que se casa en las circunstancias en que lo ha hecho él, en tres meses escasos de relaciones y con su padre casi de cuer-

po presente, es porque está apasionadísimo... no cabe discutir. Y sin embargo, yo a tu marido le noto no sé qué... no veo en él ese delirio, ese entusiasmo, esa exaltación pasional que debe haber en un recién casado, que hay en todos los recién casados del mundo cuando se trata de un matrimonio por amor... como... el vuestro... Yo encuentro a Gabriel demasiado tranquilo. No me digas que no, que estas cosas se ven... se traslucen aunque uno no quiera, en una frase que se escapa, en un gesto que no se domina, en una mirada inconsciente...

MERCEDES.—Mujer, en qué cosas te fijas...

ENRIQUETA.—Será que yo tengo otro concepto del amor, pero te soy franca, a mí me daría mucha pena tener un marido así.

MERCEDES.—Se conoce que el tuyo no lo es.

ENRIQUETA.—Para nosotros esas cosas han pasado ya. La exaltación pasional tiene su época como todo en el mundo. Luego se transfigura, evoluciona, se va sustituyendo poco a poco con el afecto, con la estimación, con el respeto mutuo... es otra cosa. Pero es que tu marido empieza por donde los demás concluyen.

MERCEDES.—No lo creas; Gabriel es muy bueno.

ENRIQUETA.—No lo dudo, riquita, ¿pero qué tiene que ver lo uno con lo otro? Se puede ser excelente como marido y una calamidad como amante. Y eso que me parece que tú a esto no le das importancia. Voy creyendo que tú también eres un poco... fría, ¿no?

MERCEDES.—Mujer, no sé.

ENRIQUETA.—Lo sabré yo. Con franqueza, dime la verdad, ¿es que tú no eres apasionada?... ¿Es que no sientes tú el deseo de...?

MERCEDES.—*(Ruborizada.)* ¡Qué cosas dices!

ENRIQUETA.—Hija, no creo que tenga nada de particular. Somos dos mujeres y estamos solas. Supongo que ni tú ni yo nos vamos a estas alturas a asustar de nada. Además, son cosas naturales. Me figuro que te habrás casado para esto.

MERCEDES.—Ah, claro.

ENRIQUETA.—Entonces...

MERCEDES.—Es que me haces unas preguntas que no sé qué decirte.

ENRIQUETA.—Pues vuelvo a repetir que no creo que

tengan nada de particular. Me limito a preguntarte si te gusta tu marido.

MERCEDES.—Mujer, naturalmente.

ENRIQUETA.—Pero... ¿mucho?... ¿mucho?

MERCEDES.—Sí... ¿por qué no?... Como todas.

ENRIQUETA.—Me parece que un poquito menos que todas.

MERCEDES.—No, no... no...

ENRIQUETA.—Ah, ¿sí?... ¡Vaya...! te felicito... Y él, ¿es cariñoso contigo?... ¿Es apasionado?...

MERCEDES.—Sí, sí...

ENRIQUETA.—¿Tú estás satisfecha... contenta?

MERCEDES.—Mucho.

ENRIQUETA.—Pues me voy a permitir darte un consejo que harás bien en oir, porque tengo de la vida mucha más experiencia que tú. De la misma manera que tú estás satisfecha y contenta, procura tener siempre satisfecho y contento a tu marido. Cuando los hombres buscan algo fuera de casa es porque generalmente no lo tienen en ella. Y digo generalmente porque la excepción son los que lo buscan de todas maneras. Contra ésos no hay táctica posible. El que sale pendón, no tiene remedio. Yo me refiero a la inmensa mayoría, a aquellos que aun queriendo muy de veras a su mujer, estando sinceramente enamorados, buscan distracciones por fuera. El que quiere divertirse fuera, es porque no se distrae dentro. Créeme, Merceditas, que te lo digo yo. Sujeta a tu marido todo lo que puedas; procura estar siempre con él, a todas horas, amable, cariñosa, complaciente, sin grandes extremos tampoco, porque la exageración enfada y hastía, pero dentro del término prudencial un poquito más que menos... que no pueda decir nunca tu marido que ha quedado por ti, ¿me entiendes?... tú siempre complaciente, muy complaciente, incluso alguna vez violentándole un poco si es necesario... Mira que a los hombres no les gustan las mujeres frías.

MERCEDES.—Pero si no lo soy...

ENRIQUETA.—No creas que te digo esto a humo de pajas y por el gusto de mortificarte. Es que yo te quiero mucho, Mercedes, y me intereso muy de veras por ti. Tú eres una niña que empiezas ahora a conocer el mundo, y yo tengo, desgraciadamente, por todos conceptos, una

experiencia muy larga. Como estoy segura de que no has de enfadarte conmigo por crudo que te hable, porque conoces la intención que me guía, quiero que sepas que todo lo que he dicho responde al deseo de que evites con tiempo algo que por ignorancia te pudiera ocurrir.

MERCEDES.—¿Te refieres acaso a lo de Angelina?

ENRIQUETA.—No. Yo no creo nada malo de Angelina y muchísimo menos después de lo que la otra tarde dijiste en tu casa.

MERCEDES.—Por eso.

ENRIQUETA.—No. No es de Angelina. Sin embargo, bueno es que sepas, por si no te has enterado todavía, que supongo que no, cuál es, a mi parecer, el punto de arranque de esa canallada que ha inventado la gente.

MERCEDES.—*(Curiosa.)* ¡Cómo! ¿Tú sabes?

ENRIQUETA.—No sé nada, pero me lo figuro. Por torpe, por infame que sea una calumnia, necesita apoyarse en algún fundamento. No se habla por hablar. Siempre hay un fundamento. Y en este caso el fundamento ha sido los chismes y las murmuraciones de los criados de tu casa.

MERCEDES.—¿De mi casa? ¿Qué dicen los criados?

ENRIQUETA.—Pues dicen, y perdóname que sea yo quien te lo repita, insisto en que quiero que puedas saber a qué atenerte, dicen los criados de tu casa que tu marido y tú vivís, aunque muy afectuosos en apariencia, completamente distanciados.

MERCEDES.—*(Poniéndose súbitamente encarnada.)* ¡Eso dicen!...

ENRIQUETA.—Eso dicen. Dicen que tu marido no te hace una caricia, que no dormís juntos, que no tenéis jamás una expansión. Por eso antes insistí yo tanto, aun con riesgo de molestarte y de ofenderte, en aquello de la frialdad. Tú sabrás mejor que nadie si lo que dicen es verdad o es mentira, pero yo te aconsejo que, si es verdad, cambies radicalmente de conducta y modifiques tu manera de ser. Te lo digo por tu bien, Merceditas. No pierdas a tu marido. Tú no sabes lo que es perder el amor de un marido. No hay nada en el mundo que valga lo que un marido.

(Enriqueta calla. Una sombra de melancolía pasa por sus ojos aterciopelados; inclina tristemente la ca-

beza y entrelaza las manos sobre el halda. Mercedes queda también callada y pensativa. Una ráfaga de viento sacude en la ventana las cortinas de encaje y se oye lejos bramar con bronco son la sirena de un barco que se va.)

XI

El Hipódromo de Lasarte un jueves de carreras. Va a comenzar la cuarta: «Steeple chase» militar. Distancia, 3.500 metros. Premios, 3.000 pesetas al primero, 1.500 al segundo y 500 al tercero. Se inscribieron nueve caballos y se han retirado dos.

Todas las tribunas están atestadas de público. En la real, los Monarcas y sus hijos. Las mesas de te, tomadas por asalto. La *pelouse,* llena. No hay manera de encontrar una silla.

Comenzó septiembre y el tiempo ha refrescado. Bajo el cielo cubierto de cúmulos, en el crepúsculo que empieza, tiene el campo agostado y reseco la melancolía de una tarde otoñal. Va a llover. Ráfagas desapacibles sacuden los árboles, se llevan revoloteando las primeras hojas secas y hacen temblar con estremecimientos de frío a las muchachas bajo las telas vaporosas de los vestidos de verano. Otras más cautas se han abrigado ya. Hay muchos trajes de entretiempo, muchas pieles, muchos abrigos, muchas capas. En los hombres se ve también alguno que otro gabán de gabardina con trabilla ajustada, algún impermeable previsor. Sin embargo, la mayoría de los hombres van a cuerpo, unos con esas americanas absurdas que sólo se ven en las carreras de caballos, otros con *jacquets* claros, sombreros de copa de castor gris, botines y los prismáticos enfundados en bandolera. Así va el conde de Fresnedo muy gentleman. Así va Germán Atienza, muy elegante. En cambio Carlitos Monterrey, que alardea de despreocupado y de hombre fuerte, ha tenido la osadía de presentarse con un traje de playa, un traje blanco de lanilla inglesa, camisa de seda cruda y sin chaleco.

Las mujeres son un desfile de figurines. Las hay primorosas, las hay maravillosas, las hay atrevidísimas. Atrevidísima va Enriqueta con una capa de tisú rayado en oro y negro. Las rayas dibujadas en sentido horizontal por la espalda, dan la vuelta y quedan verticales en el delantero bajo un gran cuello vuelto de tul sobre tisú también de oro. Cuando el viento sacude los pliegues y entreabre los embozos de la capa, brilla como una llamarada el forro amarillo de seda fruncida y se recorta con una elegantísima silueta un traje negro de crespón de China con un escote muy ancho que en vano intenta suavizar un crochet de plata con una orla de crochet de seda. A su lado María Pepa resulta la pobrecilla casi insignificante con su trajecito de tafetán morado malva con cuello de organdí y un sombrero de paja negra con plumas de avestruz glicerinadas.

Los cinco, cargado cada cual con una silla, atraviesan en fila india el *stand* sorteando habilidosos las apreturas de las gentes; cruzan por delante de la tribuna real y se detienen por fin en un extremo, lejos del bullicio de la muchedumbre.

ENRIQUETA.—*(Clavando la silla en el suelo y afianzándose con el cuerpo para convencerse de que está segura.)* Aquí, ¿verdad? Yo creo que aquí estaremos bien. Allí arriba hay demasiada gente.

GERMÁN.—Sí, es verdad; hay demasiada gente hoy. Se está poniendo esto cada día más insoportable.

María Pepa.—Marea tanto ruido.

Enriqueta.—Además, yo tengo la preocupación de que la gente huele mal.

El conde de Fresnedo.—Mujer...

Enriqueta.—Será preocupación, pero no puedo remediarlo. Anoche en el Casino creí que me ponía mala.

El conde de Fresnedo.—No la hagan ustedes caso. Esta tiene la manía de los olores. Recuerdo que una vez en Madrid...

Enriqueta.—No; perdona; aquella tarde tú mismo lo reconociste.

El conde de Fresnedo.—Sí, es verdad... aquella tarde, sí... pero era un *thé dansant*, en local cerrado y en invierno. Ahora estamos en una playa, en verano y al aire libre. Hay que suponer que en San Sebastián la gente se baña.

María Pepa.—Por lo menos se mete en el mar.

Enriqueta.—Que no es lo mismo. Además, fíjate que hace unos días ha refrescado el tiempo.

María Pepa.—Mujer, ¿tú crees que en San Sebastián la gente no se lava?

Enriqueta.—No lo sé. Yo lo que te digo es que en San Sebastián y en todas partes en cuanto se reúnen cuarenta personas no se puede parar.

María Pepa.—¡Qué exagerada eres!

Carlos.—*(Incorporándose y señalando a un grupo de jinetes que acaba de entrar en la pista.)* Ahí está Fernandito.

En efecto; «ahí está». Viene montado en un caballo negro y lleva en el pecho cruzada sobre la chaquetilla de húsar una banda granate. Los restantes jinetes, seis más, son también como él todos militares: dos húsares, un lancero, un capitán de Artillería y dos tenientes de la Escolta Real. Los oficiales de la Escolta y los húsares ostentan sobre el pecho, lo mismo que Fernando, una banda de raso de color. Los caballos, impacientes, piafan y caracolean.

María Pepa.—*(Poniéndose en pie para mirar mejor a Fernando.)* Vamos a ver si el pobre queda mejor que el otro día.

Enriqueta.—¿Qué día?

María Pepa.—El mes pasado. Una tarde que tú no viniste.

Enriqueta.—Sería el domingo que fuí con tu madre a ver a la Hinojares.

María Pepa.—Creo que sí.

Enriqueta.—¿Qué le pasó?

María Pepa.—Que no pudo acabar la carrera.

Enriqueta.—¡Pero hombre!

Germán.—No fué culpa de él; fué de la yegua. Ya esta primavera en Aranjuez le sucedió lo mismo. Es un animal muy comprometido. Salta muy bien, muy limpia, corre admirablemente, tiene unos músculos de acero, es incansable, pero se para; cuando más descuidado va uno pone muy tiesas las orejas y dice que no le da la gana.

María Pepa.—Es para matarla.

Germán.—Aunque la mates.

El conde de Fresnedo.—Pero con un animal así va uno vendido. ¿Por qué la monta?

María Pepa.—Eso digo yo.

Germán.—Porque fuera de eso es magnífica. Corre muy bien.

Enriqueta.—Pero si se para...

Germán.—Va a jugar el albur. Si las cosas salieran siempre como uno desea, la vida sería un encanto.

Carlos.—No lo creas, chiquito. Sería espantosamente aburrida, porque acabaría por matar el deseo. Si la vida tiene algo de agradable es por las sorpresas de lo inesperado.

Enriqueta.—¿Le gustan a usted las sorpresas, Monterrey?

Carlos.—Mucho, condesa. ¿Y a usted?

Enriqueta.—¿A mí? No sé, hijo. ¡Hace ya tanto tiempo que no tengo ninguna!

María Pepa.—Pero ¿cuándo empiezan?... ¡Que lata! Esto es lo que me fastidia a mí de las carreras. Por cada minuto de emoción, media hora de aburrimiento... No compensa. ¿Me presta usted un momento los prismáticos, conde?

El conde de Fresnedo.—Ahí van, pero gradúalos. Seguramente no están bien para ti.

María Pepa.—Gracias. *(Coge los gemelos, se los lleva a los ojos y los va graduando lentamente.)* Ya... ya... ya están... ¡Son soberbios, conde!

Enriqueta.—*(Señalando a un jinete.)* ¿Quién es ése? El de la banda azul...

María Pepa.—*(Después de mirarle con los gemelos.)* No sé.

Enriqueta.—Parece Miranda, ¿no?

El conde de Fresnedo.—No, mujer; Miranda es artillero y ése es de la Escolta.

Carlos.—Alfonso Gaitán.

Enriqueta.—No le conozco.

Carlos.—Sí, condesa, le conoce usted; es un muchacho malagueño, casado con una Rincón, la pequeña...

Enriqueta.—¿Con Charito?... Ah, sí... ¿Me dejas, María Pepa? *(Coge los gemelos y mira.)* Es verdad... ahora parece que recuerdo. Es un muchacho muy guapo.

Carlos.—Sí, ¿eh?

Enriqueta.—¡Muy guapo!

Carlos.—¡Vaya por Dios!

Enriqueta.—*(Sin quitarse los gemelos de los ojos.)* Supongo, Monterrey, que no tendrá usted la pretensión de ser el único.

Carlos.—El único... ¿qué?

Enriqueta.—El único... guapo.

Carlos.—Por Dios, señora; si yo estoy ya mandado retirar.

Enriqueta.—¿Adónde?

Carlos.—De la circulación. Yo soy inofensivo.

María Pepa.—Sí, sí... Que se lo cuenten al pisito de la calle de Ayala.

Enriqueta.—*(Bajando los gemelos y mirando fijamente a María Pepa.)* ¿Sabes tú algo, niña?

María Pepa.—Acuérdate lo que nos contaron en el Tiro... lo del teléfono.

Enriqueta.—*(Tranquilizada.)* Ah..., es verdad; no me acordaba.

Carlos.—Aquello fué una broma.

María Pepa.—¡Ya van a salir!... ¡ya van a salir!... *(A Enriqueta.)* ¿Me dejas los prismáticos? Digo, si no los necesitas.

Enriqueta.—No, tómalos; yo no tengo interés.

María Pepa.—Ay, hija, yo sí; llevo cinco duros.

Carlos.—¿Por Alcaraz?

María Pepa.—Naturalmente.

Carlos.—¿A ganador o a colocado?

María Pepa.—A colocado... por si acaso. No las tengo todas conmigo.

Carlos.—Has hecho bien, porque el ganador va a ser Gaitán.

El conde de Fresnedo.—¡Qué sé yo! No me gusta ese caballo de Gaitán.

Carlos.—Yo en las carreras militares no juego nunca por los caballos, sino por los jinetes.

María Pepa.—¿Crees que Fernando es peor jinete que Gaitán?

Carlos.—No, pero pesa mucho. El otro es más ligero.

Enriqueta.—Como que es un chiquillo.

Carlos.—Muy guapo.

Enriqueta.—Sí, señor; aunque usted no quiera.

María Pepa.—Otra vez dieron mal la salida... Vuelta a empezar... ¡Qué pesadez!

Germán.—Si que se está poniendo esto pesadito.

El conde de Fresnedo.—Es el *starter*. No me gusta nada ese hombre.

María Pepa.—Vamos a ver ahora... Ya... ya... ya... ¡Por fin! *(Dando un suspiro de satisfacción y enfocando los gemelos.)* ¡Gracias a Dios!

El conde de Fresnedo.—¡Qué mal han salido!

Germán.—Muy mal.

María Pepa.—Déjelos usted. El caso es que salieran... Gaitán va el segundo, Fernando el cuarto... Huy... huy... huy... qué malo empieza esto.

Germán.—No se puede decir nada todavía. Es la carrera muy larga... tienen que dar dos vueltas.

Enriqueta.—¿Qué distancia es?

Germán.—Tres mil quinientos metros.

Carlos.—¡Qué bien salta el caballo de Alcaraz!

Germán.—Es un animal muy hermoso.

El conde de Fresnedo.—Un poco basto. Tiene las pezuñas muy grandes.

Germán.—Pero salta muy bien.

María Pepa.—*(Que se ha subido encima de la silla para mirar mejor.)* Ha ganado un puesto... va ya el tercero.

El conde de Fresnedo.—Ahora veremos al dar la vuelta.

María Pepa.—*(Bajando desalentada los gemelos.)*

Sí, ahora veremos, porque en este momento no hay modo de ver nada. ¡Cómo me fastidian estos Hipódromos tan grandes! Lo mismo pasa en Aranjuez.

CARLOS.—Ah, es que Hipódromos como el de Madrid, en los que se domina toda la carrera, hay pocos.

GERMÁN.—Es muy bonito el Hipódromo de Madrid. ¡Si tuviera doscientos metros más!

ENRIQUETA.—Pues todavía hay otro más bonito.

GERMÁN.—¿Cuál?

ENRIQUETA.—El de Tablada. ¡Ese sí que es bonito!

MARÍA PEPA.—*(Con los gemelos otra vez enfocados.)* Ahí están. ¡Ya vienen!... El primero va perdiendo terreno... Y lo gana Gaitán... Y Fernando también... Van casi juntos... ¡Hale, Fernandito! ¡Hale, valiente!... Ya llegan al muro... Ay, Dios mío. A ver si se para...

GERMÁN.—No; éste no se para.

MARÍA PEPA.—*(Siguiendo al caballo con los gemelos, cada vez más interesada.)* No... no... ¡qué bien sube!... se agarra que parece una araña... ¡ya está!... ¡qué a tiempo alzó las manos!... ¡cómo ha encogido las patas traseras!... No ha tropezado ni un ladrillo... ¡qué limpiamente!... Muy bien, ¿verdad?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Muy bien.

GERMÁN.—Pues fíjense ustedes ahora que va a saltar la ría... Verán ustedes qué largo toma el salto y sin embargo le sobra terreno.

ENRIQUETA.—A ver si se da un chapuzón.

GERMÁN.—¡Quia!... No hay cuidado. Precisamente estos saltos son su especialidad. Ahí va... ¡ecch!... ¿no lo dije yo?...

CARLOS.—¡Soberbio salto!

EL CONDE DE FRESNEDO.—Y a pesar de todo esa yegua es basta...

GERMÁN.—Es basta, pero salta muy bien...

MARÍA PEPA.—¡Qué bárbaros!... Cómo van... Los tres primeros han saltado la valla casi juntos... Ahora es Gaitán el que pierde terreno.

CARLOS.—Ya le recobrará en la curva. Ese es el ganador.

MARÍA PEPA.—No me hagas mal de ojo, Carlitos, que llevo cinco duros.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Es muy bonita esta carrera.

GERMÁN.—Muy interesante.

MARÍA PEPA.—Ya se perdieron de vista otra vez... ¡Qué coraje!

GERMÁN.—Atención, que ésta es la decisiva... *(Todos se levantan. Enriqueta se sube también en la silla.)* ¡Ahí están ya!

MARÍA PEPA.—Sí... vienen juntos... ¡casi juntos!... No les falta más que la otra ría... ¡Anda, Fernandito!... ¡Ah!... *(Conteniendo la respiración y adelantando el cuerpo como si quisiera ayudarle con el impulso.)* ¡Qué bien saltó! ¡Hale, hale, hale, Fernando, no te dejes ganar... aprieta!... ¡ah!... ¡qué rabia!

GERMÁN.—Ha ganado Gaitán.

CARLOS.—¿No te lo dije yo?

GERMÁN.—Por medio cuerpo escaso...

CARLOS.—Pero ganó.

MARÍA PEPA.—¡Qué rabia!

CARLOS.—No te disgustes, María Pepa. Ha llegado el segundo y tú jugabas a colocado, ¿no? Pues cobrarás más, porque Gaitán era el favorito y Alcaraz iba muy descargado.

MARÍA PEPA.—¿Tú crees?

CARLOS.—Seguramente.

MARÍA PEPA.—Del mal, el menos. *(Desciende de la silla.)*

Los caballos que con el impulso adquirido traspusieron la meta, van poco a poco regresando. Vienen despacio, sudorosos, jadeantes, cubiertos de espuma. Los de Fernando y Gaitán llegan juntos, casi emparejados. Los jinetes los acarician con blandas palmaditas en el cuello. El público los aplaude al pasar. Los animales mueven alegremente la cola, como si lo entendiesen; dilatan la nariz y arrugan el belfo; parece que se ríen.

Llegan el CONDE DE ARNEDO, la condesa y María Cramarczic. El conde tiene cincuenta y cuatro años, pero representa diez menos. Sobre todo de espaldas parece hijo de su mujer. De frente desconcierta un poco el contraste del bigote, completamente blanco, con la frescura de la tez, sin una sola arruga, y el brillo de los ojos, muy vivos y muy inteligentes. Viste bien, con elegancia sobria, un tanto exótica, un traje claro de americana cruzada de dos filas, zapatos de color y sombrero Frégoli de jipijapa. La condesa lleva el mismo vestido de color de tabaco con que fué hace unos días a ver a la Hinojares. María Cramarczic va elegantísima, con un traje de tricot de seda *bleu de nuit* bordado a mano con hilillo de oro y un sombrero de cachemir del mismo tono con grandes flores en seda y oro viejo, en la mano una sombrilla azul con puño de bola de marfil.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿No tienen ustedes ni una silla vacante?

CARLOS.—*(Levantándose.)* Sí, señora; por lo menos hay una: hela aquí.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No, no; de ninguna manera; muchas gracias. Sería desnudar a un santo...

CARLOS.—Gracias por lo de santo, pero el santo se va; puede usted, condesa, disponer de la silla con toda confianza.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿De veras se va usted?

CARLOS.—Voy un momento, con el permiso de ustedes, a saludar a don Paulino Echaurri; le he visto pasar y no quiero que se me fugue.

ENRIQUETA.—¿Quién es ese Echaurri? ¿el naviero?

CARLOS.—El mismo.

EL CONDE DE ARNEDO.—¡Qué ganas tengo de conocer a ese hombre! ¿Es amigo tuyo, Carlitos?

CARLOS.—Bastante.

EL CONDE DE ARNEDO.—Preséntamele.

CARLOS.—Venga usted conmigo.

EL CONDE DE ARNEDO.—No, tráele tú aquí.

CARLOS.—No sé si querrá...

EL CONDE DE FRESNEDO.—¡No ha de querer! Dile que hay mujeres muy guapas.

MARÍA CRAMARCZIC.—¿Le gustan las mujeres?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Supongo que sí. ¿A quién no le gustan las mujeres bonitas? *(Mirándola apasionadamente.)*

MARÍA.—Ah, yo creí que hablaba usted con fundamento... que sabía usted cosas...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Suposiciones nada más... No le conozco.

CARLOS.—Hasta ahora. Con él o sin él, vuelvo en seguida... *(Se va.)*

GERMÁN.—*(Ofreciendo su silla a María Cramarczic.)* María...

MARÍA.—Muchas gracias; pero ¿y usted?

GERMÁN.—Yo voy a ver si pesco un par de ellas por ahí. Ahora es fácil.

MARÍA PEPA.—*(Deteniéndole con un gesto.)* Oye, puesto que te vas, ¿quieres hacerme el favor de cobrar mi ganancia? *(Le da un papel azul.)*

GERMÁN.—Con muchísimo gusto.

MARÍA PEPA.—Y ya de paso juégame otros cinco duros.

GERMÁN.—¿A qué caballo?

MARÍA PEPA.—Al que tú quieras. A uno que vaya descargadito.

GERMÁN.—¿A ganador o a colocado?

MARÍA PEPA.—Lo que a ti te parezca.

GERMÁN.—Bien; lo pondré a lo mismo que yo juegue. ¿Te parece bien?

MARÍA PEPA.—Muy bien. Así correremos los dos la misma suerte. *(Se va Germán.)*

MARÍA.—*(Con la mano en el respaldo de la silla, sin sentarse.)* ¿Quién es Echaurri?

EL CONDE DE ARNEDO.—*(Señalando con la vista.)* Aquel que se acerca ahora a saludar a Carlos... el más alto... el del traje azul.

MARÍA.—*(Mirando con los impertinentes.)* Oh, es un atleta... qué tremendo es.

ENRIQUETA.—Sí que es grande el tío.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Ve usted todo lo grande que es? Pues todavía pesa más el dinero que tiene.

MARÍA.—¿Sí?

EL CONDE DE ARNEDO.—Es uno de los primeros accionistas del Banco de Bilbao.

MARÍA.—¡Oh...! ¿Qué edad tiene?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ninguna.

MARÍA.—¿Cómo que ninguna?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Las acciones del Banco de Bilbao, querida María, no tienen edad.

MARÍA.—A pesar de lo tremendo que es, tiene muy buen tipo.

ENRIQUETA.—María le encuentra hasta buen tipo.

MARÍA.—Usted piensa mal... No es por eso. A mí los hombres de dinero no me interesan absolutamente nada.

EL CONDE DE ARNEDO.—A mí mucho.

ENRIQUETA.—Pues éste me parece que no tiene más que dinero.

EL CONDE DE ARNEDO.—Está usted equivocada, Enriqueta. Este hombre es muy interesante. Precisamente ha ido usted a dar con uno de los pocos hombres interesantes de España.

ENRIQUETA.—¿En qué sentido?

EL CONDE DE ARNDEO.—En todos. Empecemos porque es un hombre muy inteligente, trabajador, tenaz, per-

severante, de una fuerza de voluntad, de una energía...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Vamos, un hombre de presa.

EL CONDE DE ARNEDO.—Esa es la palabra.

ENRIQUETA.—¡Si viera usted que yo desconfío mucho de los hombres de presa! Siempre he creído que en cuanto se les rasca un poquito la piel, dentro de cada uno aparece un canalla.

EL CONDE DE ARNEDO.—¡Tanto como un canalla!

ENRIQUETA.—Por lo menos un salvaje, con todos sus atributos característicos.

EL CONDE DE ARNEDO.—En todo caso, tenga usted la seguridad, querida Enriqueta, de que éste es un salvaje muy civilizado.

ENRIQUETA.—¡Qué sabe usted, si no le conoce!

EL CONDE DE ARNEDO.—No le conozco personalmente, pero tengo de él referencias exactas. Me las han dado personas que le tratan con gran intimidad. Es un hombre muy atento, muy bien educado, muy galante...

ENRIQUETA.—A mí me han contado que ha sido cargador de muelle.

EL CONDE DE ARNEDO.—En efecto, por ahí empezó. El no se avergüenza de ocultar su origen. Fué efectivamente cargador del muelle de Bilbao; después contramaestre de un barco; luego se estableció en los Estados Unidos; hizo dinero, volvió a España con una pequeña fortuna, adquirió una flotilla de vapores pesqueros, amplió el negocio a Santander y a la Coruña y empezó a hacer dinero en grande. En esto vino la guerra y con la guerra el pánico de los navieros... El fué uno de los primeros que vió claro; en vez de amilanarse, compró todos los barcos que pudo, reunió una flota muy mala, pero muy numerosa, y ya ¡qué les voy a ustedes a contar!

ENRIQUETA.—No nos cuente usted nada; lo sabemos. Raro era el día que no le torpedeaban un barco.

EL CONDE DE ARNEDO.—El negocio era el mismo.

ENRIQUETA.—Sí, ya lo sé. Pero ¿y las tripulaciones? ¿Y los pobres hombres que iban dentro?

EL CONDE DE ARNEDO.—Tuvo suerte. Se le ahogaron pocos.

ENRIQUETA.—¡Pero se ahogaron!...

EL CONDE DE ARNEDO.—Algunos... claro está... Pero él no tenía en eso responsabilidad alguna. Sabían todos

de antemano a lo que se exponían. Por eso iban espléndidamente pagados.

ENRIQUETA.—¡Pobres gentes! ¡Y todavía quiere usted que no hablemos mal de los hombres de presa!

EL CONDE DE ARNEDO.—Eso no es más que una sensiblería, Enriqueta, muy propia de usted, porque es usted muy buena, pero nada más que una sensiblería. Esos infelices si no hubieran ido en los barcos de Echaurri habrían ido en otros. Siempre que hay riesgo bien pagado se encuentra un hombre que se aventure al riesgo.

ENRIQUETA.—De todos modos crea usted que no me gustaría haber sido la dueña de esos barcos.

EL CONDE DE ARNEDO.—Ni a mí tampoco. Eso ya es otra cosa.

ENRIQUETA.—Sin embargo, usted le admira.

EL CONDE DE ARNEDO.—Le admiro por eso; porque es más fuerte que yo.

MARÍA.—Estos hombres de lucha son muy interesantes.

MARÍA PEPA.—Veo que a pesar del dinero le va a usted interesando.

MARÍA.—Sí, pero no por el dinero, sino por el esfuerzo. Yo admiro mucho a los hombres de recia voluntad.

EL CONDE DE ARNEDO.—Será porque también usted la tiene.

MARÍA.—Oh, no... ¡pobre de mí! Yo no tengo ninguna.

EL CONDE DE FRESNEDO.—María es una paloma torcaz, una pobrecita tórtola inocente.

MARÍA.—Usted, conde, se burla de mí.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Líbreme Dios. Yo no me puedo burlar de una mujer tan estupendamente bonita.

MARÍA PEPA.—*(A Enriqueta, confidencialmente.)* Chica, tu marido es un sinvergüenza.

ENRIQUETA.—*(A María Pepa, en el mismo tono.)* ¿Te has enterado ahora?

MARÍA PEPA.—No creí que era así.

ENRIQUETA.—¡Anda, pues si no fuera más que así!

MARÍA PEPA.—¿Todavía es más?

ENRIQUETA.—Mucho más.

MARÍA PEPA.—Pues estás divertida.

ENRIQUETA.—Yo, no... Allá él. Puede hacer lo que quiera. Me tiene sin cuidado.

MARÍA.—Ese hombre será casado, naturalmente.

EL CONDE DE ARNEDO.—Viudo y sin hijos.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Maravillosa proporción, María.

MARÍA.—Usted la ha tomado conmigo. Yo no voy a poder preguntar nada.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Yo creí que lo había usted preguntado ya todo.

MARÍA.—*(Muy seca.)* No preguntaré nada más. Esté usted tranquilo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—No se enfade usted, María.

MARÍA.—Sí, me enfado, me enfado... ¿No me he de enfadar? Usted la ha tomado hoy conmigo. *(Frunce el ceño y se queda en la silla muy rígida, muy seria, con las manos cruzadas sobre el puño de la sombrilla.)*

EL CONDE DE ARNEDO.—Viudo, sin hijos, solo y un hombre encantador, gran *causeur*, muy mundano...

ENRIQUETA.—*(En el mismo tono declamatorio.)* Ex cargador del muelle de Bilbao.

EL CONDE DE ARNEDO.—Sí, señora; ex cargador del muelle de Bilbao. Precisamente en eso estriba el mérito extraordinario de este hombre; en que habiendo sido un cargador de muelle hoy es una persona distinguidísima, correctísima, maravillosamente educada, de un trato social exquisito...

ENRIQUETA.—Hijo, ni que le hubiera usted tratado toda la vida. ¡Qué enterado está usted!

EL CONDE DE ARNEDO.—Yo me entero siempre de todo lo que me interesa.

ENRIQUETA.—Y eso que no le conoce usted personalmente.

EL CÓNDE DE FRESNEDO.—Es lo mismo. Arnedo es como esos geógrafos que saben el mundo palmo a palmo sin haberse movido de un sillón.

EL CONDE DE ARNEDO.—*(Sonriendo.)* Exacto.

ENRIQUETA.—Pues aquí le tiene usted. Puede usted ya estudiar sobre el propio terreno.

En efecto, DON PAULINO ECHAURRI acaba de llegar con Carlos Monterrey. Como observó atinadamente María Cramarczic, es un atleta; alto, fornido, firme de tórax, ancho de espaldas, recio de biceps, fuerte de piernas, la cabeza redonda, sólidamente ajustada en un cuello de toro, y todo distribuido en tan armónica proporción, que desnudo sería un modelo excelente para una escultura de gladiador de circo o de héroe mitológico. Vestido a la moderna casi puede pasar por hombre elegante dentro de su traje de americana, azul marino, los botines blancos y el *canotier*

de paja. Debe andar alrededor de los cincuenta años, pero los lleva bien; tiene la cara tersa, los ojos vivos, los dientes completos y muy blancos, simpática la expresión de la boca, el pelo crespo, ligeramente gris. Mirándole con atención se advierte en la parsimonia de sus movimientos la preocupación constante de una persona que quiere estar a tono, ese aire peculiar un poquito afectado de los cómicos y de los oradores que alardean de elegancia y naturalidad. Se ve que es hombre que ha querido domarse y que lo ha conseguido. La afectación, sobre todo, donde más se le nota es en las manos, que lleva calzadas ahora y todo el verano con guantes de hilo, en invierno de cabritilla o de gamuza, pero siempre calzadas. Y no contento con enguantárselas, las huye, las esconde, las oculta unas veces en la profundidad de los bolsillos, otras enlazándolas detrás de la espalda, cuando está sentado oprimiéndolas entre las rodillas. Y es que a pesar de los guantes se adivinan callosas, toscas, ásperas, las rudas manos del cargador de muelle. Ah, si las manos se pudieran cambiar, si se pudiera adquirir otras nuevas como se compra un automóvil, una villa o un yath, ¡cuánto tiempo hace que las hubiera él substituido!... Cinco millones, medio por cada dedo, daría gustoso don Paulino Echaurri por tener otras manos.

Carlos Monterrey ha hecho la presentación sencillamente, como si se tratara de un encuentro casual; él, muy mundano, ha tenido para los caballeros una sonrisa franca y unos efusivos apretones de manos, y para las damas unas frases galantes y respetuosas, que a todas ellas les han sonado bien. Y roto el hilo ha comenzado la conversación.

El conde de Arnedo.—Tenía muchas ganas, señor Echaurri, de conocerle a usted personalmente, y digo personalmente, porque de nombre hace ya tiempo que le conozco y que le admiro.

Echaurri.—Tanto honor, señor conde. Yo también hace tiempo que de nombre le conozco a usted. Leo siempre con verdadero placer esos trabajos admirables que publica usted en su revista financiera. Lástima que se prodigue usted tan poco. Los hay notabilísimos. Este último especialmente, el de la semana pasada, era verdaderamente interesante. Está usted muy bien orientado, señor conde.

El conde de Arnedo.—No sabe usted cuánto agradezco este juicio, más que por lo elogioso por venir de usted, tan competente en la materia.

Echaurri.—Yo no soy más que un simple aficionado.

El conde de Arnedo.—Esa modestia es inútil conmigo, señor Echaurri. Precisamente esta mañana he tenido en las manos la Memoria que ha presentado usted a la Junta general de accionistas de la Cantábrica Naviera. Comprenderá usted que me ha bastado su lectura para saber a qué atenerme.

Echaurri.—¿Le ha parecido bien?

El conde de Arnedo.—Tanto, que si usted me autoriza, pienso dedicarle el primer número de mi revista.

ECHAURRI.—¿Cree usted que eso puede interesar a alguien?

EL CONDE DE ARNEDO.—Mucho, sobre todo si usted tiene la bondad de facilitarme algunos datos que necesitaré.

ECHAURRI.—Con muchísimo gusto.

EL CONDE DE ARNEDO.—Muy agradecido. Ya hablaremos despacio.

ECHAURRI.—Cuando usted quiera. Estoy siempre a sus órdenes.

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Al oído de Carlos.)* La lucha del oso con el tigre. Será interesantísima. ¿Quién crees tú que se comerá a quién?

CARLOS.—Ninguno. Probablemente se harán amigos para comerse entre los dos a los demás.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Es posible.

MARÍA.—¿Usted vive en Bilbao, señor Echaurri?

ECHAURRI.—Allí figuro inscrito en el padrón municipal, señora; pero vivo un poco en todas partes, que es como no vivir en ninguna.

MARÍA.—¿Le gusta a usted viajar?

ECHAURRI.—No, señora, todo lo contrario. Por lo mismo tal vez que llevo una vida muy ajetreada, soy en el fondo un burgués sedentario, entusiasta de la tranquilidad y del reposo. Mi ideal sería una casita en medio del campo, lejos de todo ruido y todo movimiento.

ENRIQUETA.—A la orilla del mar, naturalmente.

ECHAURRI.—No, señora; tierra adentro; cuanto más adentro mejor.

MARÍA.—¡Cómo! ¿Usted es marino y no ama el mar?

ECHAURRI.—Le tengo miedo. El mar es como las mujeres demasiado hermosas. El que se da por entero a él está perdido. El mar atrae, pero no se le quiere; domina, pero no se le ama. Todos los viejos marinos que se retiran con dinero y se hacen una casa la construyen de espaldas a la mar. Algo tendrá cuando no quieren verle.

MARÍA PEPA.—Bueno, pero esa vida tranquila que usted envidia y que nos ofrece como el resumen de la felicidad, no la tiene usted porque no quiere. ¿Quién se lo impide a usted?

ECHAURRI.—Si usted viera, señorita, que muchas veces me he hecho yo mismo esa pregunta. ¿Quién me lo

impide? Aparentemente nadie ni nada. Y sin embargo, algo debe de haber cuando a pesar de todo no logro realizarlo.

LA CONDESA DE ARNEDO.—La ambición, señor Echaurri.

EL CONDE DE ARNEDO.—Legítima ambición.

ECHAURRI.—No lo crean ustedes; no es ambición, lo aseguro sinceramente.

ENRIQUETA.—¿Qué es entonces?

ECHAURRI.—No sé. El impulso tal vez, la velocidad adquirida, la costumbre... una ley de inercia que le obliga a uno contra su voluntad a seguir adelante...

MARÍA.—Usted, señor Echaurri, según eso, necesitaría el empuje de una fuerza contraria.

ECHAURRI.—Una especie de freno, ¿verdad? Es posible.

MARÍA.—Pues eso no sería difícil encontrarlo. *(Clava en él los ojos y le envuelve en una mirada mareante y acariciadora.)*

ECHAURRI.—¿Usted cree?

MARÍA.—Yo creo que sí. *(Ahora es Echaurri el que se fija en ella y ella la que resiste la mirada, impávida, sin pestañear.)*

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Incorporándose.)* ¿Es aquella Mercedes?

MARÍA PEPA.—Sí, mamá.

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Después de calarse los impertinentes.)* Sí, ella es; con Angelina. ¡Qué valor!

ENRIQUETA.—¿Por qué, condesa?

LA CONDESA DE ARNEDO.—En primer lugar, por presentarse aquí de luto. Después, por empeñarse en ir con Angelina. Ninguna de las dos cosas está bien. Ya se lo diré cuando la hable. Y no la hablo ahora, porque no me parece el lugar apropiado. Si ella se olvida de quién es, yo no.

ENRIQUETA.—Hará usted mal.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No la defienda usted, que no tiene disculpa.

ENRIQUETA.—No la disculpo, condesa. Voy más lejos, la admiro.

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Escandalizada.)* ¿Qué quiere usted decir?

ENRIQUETA.—Digo que me parece admirable que esa

mujer haya tenido el valor de sobreponerse a la calumnia; de sobreponerse y de desafiarla.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Hace unos días, cuando fuimos a verla, no lo creía usted así.

ENRIQUETA.—Verdad. Eran tantas las cosas que me habían dicho, tales los detalles con que me lo aseguraban, que me hicieron dudar. Pero la otra noche vino Mercedes a comer a casa, se quedó hasta muy tarde y pudimos hablar largo y tendido. Estaba indignadísima. «—¿Tú crees—me decía—que yo iba a ser tan ciega, tan torpe, tan estúpida, que no me iba a enterar? Y sabiéndolo, ¿lo iba a consentir? ¿Es que a nadie le puede caber en la cabeza que yo lo iba a consentir?» Estaba indignadísima. Y con razón, señor, y con razón... ¡Como que es una infamia!... Luego, lo que me decía la pobre: «—Desde ahora no tengo más remedio que ir con esta muchacha a todas partes. ¡Cómo la dejo sola! ¿Cómo la expongo a que continúe la murmuración?... En cuanto viesen en mí algo que pudiera interpretarse como frialdad o como despego se afirmarían las sospechas. Iré con ella a todas partes... saldré todos los días. Ya sé que ahora murmurarán de mí... que dirán que me exhibo... pero ¡qué voy a hacer! ¿Voy a tener a esta pobre criatura sacrificada entre cuatro paredes? Y además, que quiero ir con ella; quiero que nos vean juntas, que todo el mundo sepa que no tolero la menor insidia. De este modo el que la haga un desaire, ya sabe de antemano que me lo hace a mí.»

MARÍA PEPA.—¡Qué barbaridad! Pues no lo ha tomado con poco calor.

ENRIQUETA.—Con el calor que se merece.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Todo esto se habría evitado con hacerme caso y no haber metido en casa a esa mujer... ha sido un disparate. Ya se lo advertí.

ENRIQUETA.—Pero quién podía suponer que se iba a interpretar de esa manera.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues ya lo ha visto usted.

ENRIQUETA.—Pero, ¿qué es lo que he visto? Porque yo hasta ahora lo único que veo es que la gente es muy mala, condesa.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Por eso lo primero que hay que hacer es evitar todo motivo de murmuración.

ENRIQUETA.—Mejor sería evitar la murmuración.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Puertas al campo.

ENRIQUETA.—Y sobre todo que la gente no fuera tan mala.

ECHAURRI.—Con la gente se da un fenómeno muy curioso: es buena individualmente y mala colectivamente. Si cada vez que ocurre un caso de estos cogiera usted una por una a todas las personas que hablan mal, antes de dos minutos las oiría a todas desdecirse. «—No, si yo no lo creo—le afirmarían a usted—; si no lo he creído nunca. Yo estoy absolutamente seguro de que eso es mentira, pero... ¡como lo dicen!» Por muchas averiguaciones que hiciera usted, como las hiciera individualmente, no lograría jamás saber quién lo había dicho. Y no es hipocresía, no; no es que las personas mientan por mentir... es que individualmente todos somos buenos y colectivamente unos bandidos. Cara a cara no hay en el mundo quien sea capaz de sostener lo que no es, como en ello no tenga un enorme interés personal y egoísta; pero socialmente no se le da valor a la mentira, no tiene importancia, se suelta una frase por lucir el ingenio, por hacer un chiste; el chiste se enreda con una insidia, de la insidia se obtiene una deducción falsa; de la deducción se pasa a la calumnia. La calumnia va creciendo, creciendo, y cuando se quiere atajar es un alud que no hay quien le detenga; la comparación manida de la bola de nieve.

ENRIQUETA.—Sí, señor; es verdad; eso es lo que pasa.

ECHAURRI.—Por eso lo que hay que hacer es no creer nunca en lo que se dice. Nunca. A mí en todos los negocios me ha servido siempre como punto de orientación averiguar lo que piensa la gente... y hacer en seguida todo lo contrario. Es la única manera segura de no equivocarse. A mí me ha ido muy bien.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Es que además la gente tiene el prurito de pasarse de lista. En cuanto hay media docena de personas reunidas se establece un verdadero pugilato para demostrar quién es más comprensivo, más inteligente, más suspicaz y más sutil. Parece que reconocer la razón sencilla de las cosas es una patente de inferioridad mental. Todo el mundo quiere ser el Cristóbal Colón de la intención ajena.

ENRIQUETA.—Por eso la gente se equivoca tanto.

ECHAURRI.—Siempre, señora, siempre. Dígalo usted en rotundo. No hay nada en el mundo más peligroso que «un se dice». Yo en cuanto oigo «un se dice», me pongo en guardia... por si acaso.

EL CONDE DE ARNEDO.—La verdad es que no puede uno fiarse de las gentes.

ECHAURRI.—Según de cuáles. Yo con los pillos me he entendido siempre admirablemente. Los únicos que me han engañado en este mundo han sido las personas honradas.

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Con una risita de conejo.)* ¡Muy gracioso!

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Al oído de Carlos.)* Este hombre es de mucho cuidado.

ENRIQUETA.—*(Poniéndose en pie.)* Voy en un momento a saludar a Mercedes y a Angelina. *(A su marido.)* Oye, si tardo y tú te levantaras, al terminar la última carrera nos veremos aquí.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Bueno. *(Enriqueta se va.)*

MARÍA PEPA.—¿Pero dónde se habrá metido Germán? Ese hombre es capaz de haberse fugado con mis cinco duros.

CARLOS.—¿Se los diste a cobrar? Pues no son cinco, que son sesenta y tres.

MARÍA PEPA.—¡Qué me dices!

CARLOS.—Lo que oyes. Están pagando a sesenta y tres pesetas por duro... Con que echa la cuenta.

MARÍA PEPA.—¡Carlitos de mi alma, que me desvanezco!

CARLOS.—Ahora lo verás.

MARIA PEPA.—¿Y tú? ¿Cómo has salido?

CARLOS.—Yo muy mal. A siete cincuenta. Ocho duros y medio. Como jugaba cinco gano setenta reales.

MARIA PEPA.—Te está bien empleado. Por amartillar. ¡Toma favorito!

CARLOS.—Y los voy a cobrar, que menos da una piedra.

MARIA PEPA.—Oye, si ves a Germán échanosle hacia aquí.

CARLOS.—Mírale; ahí viene.

MARIA PEPA.—Pobrecito. No se había fugado.

(Carlos se va al propio tiempo que Germán llega cargado con dos sillas. Las deja en el suelo, mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca unos billetes y unas piezas de plata y se lo entrega todo a María Pepa.)

GERMÁN.—Toma, hija; aquí tienes; doscientas noventa pesetas, que con veinticinco más que juegas ahora al número cuatro hacen las trescientas quince que te han correspondido.

MARIA PEPA.—*(Con el dinero sobre la palma de la mano.)* ¿Todo esto es para mí?

GERMÁN.—Todo.

MARIA PEPA.—¿Y qué hago yo ahora con tantísimo dinero?

EL CONDE DE ARNEDO.—Invitarnos a merendar. Está indicado.

MARIA PEPA.—*(Inclinándose.)* Señoras y caballeros... cuando ustedes gusten.

GERMÁN.—Perdona, María Pepa; esa invitación me corresponde a mí.

MARIA PEPA.—Hijo mío, haber llegado antes.

GERMÁN.—Me corresponde a mí porque he ganado mucho más que tú. Jugaba veinte duros y he cobrado mil doscientas cuarenta pesetas.

MARIA PEPA.—¡Chico! ¿Sabes que estoy por cederte el convite?

EL CONDE DE ARNEDO.—Aquí no se cede nada ni se malogran las buenas intenciones. Si Germán quiere convidar, que convide a otra cosa.

GERMÁN.—A cenar esta noche en Igueldo. ¿Hace?

EL CONDE DE FRESNEDO Y MARIA PEPA.—*(A un tiempo.)* Hace.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Pero niña!

MARIA PEPA.—Ya está dicho, mamá.

GERMÁN.—Está dicho. Quedan ustedes invitados. Usted también, María. Y usted, Echaurri.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Se conocían ustedes?

ECHAURRI.—Somos viejos amigos.

GERMÁN.—Acepta usted, ¿verdad?

ECHAURRI.—Con una condición. Que me permitirán ustedes que a mi vez les invite a un almuerzo en mi yath. Un almuerzo o una comida... lo que ustedes pre-

fieran. Digo almuerzo, porque en este tiempo en el mar, ya de noche, refresca demasiado.

GERMÁN.—Un almuerzo es mejor.

ECHAURRI.—Como ustedes quieran. ¿Mañana?

EL CONDE DE ARNEDO.—Mañana para mí es imposible. Preferiría el lunes.

ECHAURRI.—No hay más que hablar. El lunes.

MARIA PEPA.—¿Vamos a merendar?

TODOS.—Vamos a merendar.

Se van charlando en animado grupo. Al cabo de un rato llega Carlos solo. Se queda un momento de pie mirando a derecha e izquierda, asombrado de que se hayan ido todos los contertulios, y cuando se convence de que no los ve, se sienta en una silla. Al poco rato, Enriqueta.

ENRIQUETA.—Gracias a Dios, hijo. Está visto que he de ser yo la que venga a buscarte para que podamos hablar.

CARLOS.—Me lo dices en un tono que parece que tengo yo la culpa.

ENRIQUETA.—¡Naturalmente! ¿Quién si no? ¿Me vas a decir que en todo el día no se te ha presentado una ocasión de hablarme? ¡Que tuvieras interés por mí como le tenías antes y ya veríamos si las encontrabas! Lo que pasa es que no tienes interés... ninguno, absolutamente ninguno... que ya no te importo.

CARLOS.—Nenita de mi alma, qué tonterías dices.

ENRIQUETA.—Sí, tonterías, tonterías... Tú con decir que son tonterías ya lo has arreglado. Me disgustas y luego crees que me contentas con cuatro zalamerías. No, hijito; eso era antes. Ya no creo en tus zalamerías. Obras son amores.

CARLOS.—Bueno, concretemos: ¿que motivos de queja tienes de mí?

ENRIQUETA.—¿Y es posible que me lo preguntes?

CARLOS.—No tienes ninguno.

ENRIQUETA. ¿Que no tengo? Mira, empecemos porque hace no sé cuántos días que no me escribes una carta.

CARLOS.—¿Cómo te las voy a mandar, nenita?

ENRIQUETA.—A la lista.

CARLOS.—Te he dicho que eso en San Sebastián es comprometidísimo. No puede ser.

ENRIQUETA.—Pues dándomelas a la mano. Eso es más fácil.

CARLOS.—Muy fácil... cuando hay ocasión.

ENRIQUETA.—Claro, si no la buscas, ¿cómo la va a haber? Ya ves, ahora mismo, si la tuvieras escrita, podías dármela. Y lo que es hoy no vengas con disculpas... Hoy tenías la seguridad completa de que me ibas a ver. *(Carlos por toda contestación mete los dedos en el bolsillo de la americana y deja asomar la esquinita de un sobre. Enriqueta cambiando de tono.)* ¿Me has escrito? *(Carlos baja la cabeza y sonríe.)* Dámela. *(Impaciente.)* Dámela, nene.

CARLOS.—Luego...

ENRIQUETA.—No; ahora.

CARLOS.—Ahora te pueden ver.

ENRIQUETA.—No me ve nadie. Trae. *(Le coge la carta y se la guarda en el pecho.)* Ya está. Nadie me ha visto.

CARLOS.—Eso es lo que tú no sabes.

ENRIQUETA.—Bueno; pues si me han visto, mejor. Estoy ya harta de tapujos y consideraciones.

CARLOS.—Eres una loca. Cualquier día vas a tener un disgusto muy gordo...

ENRIQUETA.—Tú en cambio no tendrás ninguno. No, no hay miedo de que te comprometas. Eres de una prudencia que me saca de quicio.

CARLOS.—De manera que no estás contenta todavía.

ENRIQUETA.—¿Por lo de la carta? Ah, ¿pero tú crees que yo con una carta me doy por satisfecha?

CARLOS.—Entonces, ¿qué quieres?

ENRIQUETA.—¿Qué quiero? ¡Hombre, tendría gracia que fuera yo la que tuviera que decirlo!

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Pero ¿de veras crees tú que no tengo motivos para estar quejosa?

CARLOS.—¿Pero es mía la culpa?

ENRIQUETA.—Yo no sé si será tuya. De lo que te respondo es que mía no es.

CARLOS.—¡Nenita de mi alma!

ENRIQUETA.—¡Me irás a hacer creer que en todo San Sebastián no hay un sitio donde podamos vernos!

CARLOS.—Pues aunque te parezca absurdo, no lo hay. Por lo menos yo no lo conozco.

ENRIQUETA.—Todavía tendré yo que lanzarme a buscarlo.

CARLOS.—Déjate de ironías. Cuando no le he encon-

trado yo no lo encuentra nadie. He revuelto Roma con Santiago. Me hablaron de una casita en Zarauz. Imposible. Luego de unos hotelitos en Hernani... Fuí a verlos... muy lindos, pero sin condiciones... pegados a la carretera... expuestísimo...

ENRIQUETA.—En estas cosas no hay más remedio que exponerse.

CARLOS.—Sí, pero no tanto.

ENRIQUETA.—Vamos a intentarlo.

CARLOS.—¡Cuando yo te digo que no puede ser...!

ENRIQUETA.—Entonces, ¿qué hacemos?

CARLOS.—Tener paciencia y esperar.

ENRIQUETA.—¿Y vamos a estar otro mes así?... *(Mordiéndose, nerviosa, una uña y dando en el suelo con el taconcito.)* Ah, no hijo, no... tira por donde quieras; pero eso, no...

CARLOS.—Pero nena...

ENRIQUETA.—A una mujer como yo no se la tiene de esa manera abandonada... Precisamente por abandonarme mi marido ha pasado lo que ha pasado... Conque aprende... No te quejes el día de mañana si agotas mi paciencia... Tú tendrás la culpa...

CARLOS.—*(Frunciendo el ceño y con voz dura.)* ¡Nena!

ENRIQUETA.—Pero, ¿es que me vas a hacer creer que un hombre como tú se puede pasar mes y medio dejando correr los días y los días...? No, hijito, te conozco mucho y sé cómo las gastas. Para que un hombre como tú no se acuerde de una mujer como yo es necesario que haya encontrado otra que le entretenga más. Pero si es así, las cosas claras. Yo no retengo a nadie; a enemigo que huye...

CARLOS.—Vamos... Ya salió aquello.

ENRIQUETA.—Naturalmente que tiene que salir. ¿Qué te has creído? ¿que me la ibas a dar? No, hijo. Yo, de tonta, ni un pelo.

CARLOS.—No te exaltes, que estás llamando la atención.

ENRIQUETA.—Tú tienes la culpa. No me pongas nerviosa.

CARLOS.—De modo que todo este alboroto resulta que son celos.

ENRIQUETA.—Ah, claro... ¿Pues qué iba a ser?... ¿Qué

habías pensado?... ¿Es que has supuesto tú que yo...? No, niño; yo soy muy tranquilita.

CARLOS.—Pues si no son más que celos, puedes estar segura de que nunca menos motivos que ahora.

ENRIQUETA.—Sí, ¿eh? Cuéntaselo a tu abuela.

CARLOS.—Te juro que...

ENRIQUETA.—*(Interrumpiéndole.)* No jures, que es mentira.

CARLOS.—¡Nena de mi vida, que yo te quiero con toda mi alma!

ENRIQUETA.—¡Mucho!... ¡Si tú me quieres mucho!... ¿No lo estás viendo?

CARLOS.—Más de lo que te figuras.

ENRIQUETA.—Creí que ibas a decir más de lo que me merezco.

CARLOS.—Yo no puedo decir un disparate semejante. ¡Cómo voy a decir eso de ti, mi vida, si sabes que eres lo único que hay en el mundo para mí!

ENRIQUETA.—Sí, sí... dame coba.

CARLOS.—¡Lo único!

ENRIQUETA.—Obras son amores.

CARLOS—¡Mira que a estas alturas tú celosa!

ENRIQUETA.—¡No, si no tengo motivos para estarlo!... No me escribes, no me hablas, no me buscas, no te acuerdas para nada de mí... me tienes completamente abandonada... no te veo más que algún momento delante de gente! ¡Y cómo te veo! Alternando con todas... coqueteando... Llevas una temporada imposible... Nunca has estado con las mujeres más metido que ahora... Has ido cuatro veces a casa de Hinojares... ¡Cuatro veces! Me lo han dicho. ¿A qué vas tanto a casa de Hinojares? ¿Qué se te ha perdido en Miralrío?... ¿Es que piensas ahora dedicarte a Mercedes?... ¿O es que, como dicen esas cosas de Angelina, te has creído tú que eso es terreno fácil?... ¡Pues te vas a llevar un chasco!...

CARLOS.—¡Qué tonterías dices, Titina!

ENRIQUETA.—Hace ya tiempo que había notado yo que te gustaba a ti Angelina.

CARLOS.—¡Qué me va a mí a gustar!

ENRIQUETA.—Bueno, pues, ¿sabes lo que te digo?

CARLOS.—Calla, que viene gente. *(Señalando con los ojos a María Luisa, que se acerca.)*

MARIA LUISA.—Oye, Enriqueta, ¿no estaban aquí mamá y papá?

ENRIQUETA.—Sí, aquí los dejé. No sé adónde habrán ido. Yo también los estoy esperando.

MARIA LUISA.—¿Crees entonces que volverán aquí?

ENRIQUETA.—Supongo. Este es, por lo menos, el punto de reunión.

MARIA LUISA.—En ese caso me quedo. No vaya a resultar que esto se acabe y no nos encontremos.

CARLOS.—Faltan todavía dos carreras.

MARIA LUISA.—Esta va a empezar ahora mismo. Mira, ya salen los caballos.

ENRIQUETA.—De aquí a que empiecen...

MARIA LUISA.—*(Dejándose caer en una silla.)* Estoy cansadísima. No me he sentado en toda la tarde. *(Una pequeña pausa.)* ¿Habéis visto a Mercedes? ¡Qué atrevimiento!... ¡Presentarse de luto!

ENRIQUETA.—No se le iba a quitar para venir aquí.

MARIA LUISA.—Y a Angelina, ¿la habéis visto? ¡Qué lujo! Yo no sé qué locura le ha entrado a mi prima por esa muchacha... ¡Cómo la lleva!... Ni que fuera algo suyo... ¡Mírala, mírala!...

ENRIQUETA. -*(Volviendo los ojos en la dirección que señala María Luisa.)* La vi antes. Está monísima. Es una monada esa criatura. ¿Verdad, Monterrey?

CARLOS.—No está mal.

ENRIQUETA.—Yo cada día la encuentro más bonita.

MARIA LUISA.—Aquí vienen.

ENRIQUETA.—¿Quién?

MARIA LUISA.—Papá, mamá... tu marido... todos.

En efecto; llegan todos en animada conversación. Echaurri lleva la voz cantante. Debe decir algo muy gracioso porque se les oye reír. Al propio tiempo se acercan también Mercedes y Angelina. Mercedes viste un traje negro completamente desceñido; en la cabeza una gorrita en forma de turbante, muy gracioso y muy lindo, con un ribete blanco y una cinta igualmente blanca, que le rodea el óvalo de la cara a modo de barboquejo, y detrás, flotando sobre la espalda, la pena de crespón. Está guapísima. Angelina lleva un vestido de tricot, color naranja, con ancho zócalo de *poiluchon* del mismo tono, un gran sombrero con el ala vuelta, también de *poiluchon,* y sobre los hombros un *renard argenté.*

MARIA PEPA.—*(Que viene corriendo, se sube en una de las sillas y enfoca los gemelos al grupo de jinetes.)* ¡Mi caballo!... ¡Mi caballo!... ¿Cuál es mi caballo?... ¡Ah, sí, el amarillo... aquél!... *(En este momento el «starter»*

da la salida, arrancan los caballos y suena la campana.) ¡Si me descuido!

GERMÁN.—Ganaremos como la otra, María Pepa.

MARIA PEPA.—Dios te oiga.

LA CONDESA DE ARNEDO.—*(Que se ha llevado a Mercedes a un extremo del grupo.)* No está bien lo que haces, Mercedes; permíteme que te lo diga; no está bien.

MERCEDES.—No sé si está bien o está mal. Sé únicamente que me he propuesto desvanecer esa calumnia.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿Y crees que lo conseguirás?

MERCEDES.—Sí.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Yo creo, Merceditas, que lo que debías hacer era... *(Siguen hablando en voz baja, muy expresivamente.)*

(Arnedo ha cogido por su cuenta a Echaurri y departe con él, vis a vis, cada uno en una silla. Fresnedo, de pie, escucha sin intervenir en la conversación, y María Cramarczic, sentada enfrente, permanece inmóvil, los ojos entornados, la sonrisa provocativa, una pierna cruzada sobre la otra, impúdicamente tentadoras bajo el vuelo de la falda subida. Enriqueta, María Luisa y Carlos forman grupo aparte. Angelina, que estaba con ellos, se va separando poco a poco como si quisiera ver mejor la carrera, y cuando ya está bastante distanciada, vuelve la cabeza y con la mano hace una seña a Carlos para que se aproxime.)

CARLOS.—*(Acercándose.)* ¿Qué quieres?

ANGELINA.—Quiero, Carlitos, darte las gracias por lo del otro día. Sé que la otra mañana, en la playa, hiciste de mí una defensa calurosa.

CARLOS.—No dije de ti más que lo que debía y lo que te mereces. Además, no me lo agradezcas. Fué un arrebato absolutamente romántico.

ANGELINA.—Por eso mismo es más de agradecer.

CARLOS.—Me indignó la estulticia de la gente. Hace falta toda la carencia de sentido común que tiene la gente cuando juzga las cosas, para suponer de ti semejante barbaridad.

ANGELINA.—¿Verdad que sí, Carlitos?

CARLOS.—Sí, mujer, sí. ¡Qué duda cabe!

ANGELINA.—¡Figúrate!... ¡Con lo que yo quiero a Mercedes!

CARLOS.—*(Subrayando muchísimo la frase.)* ¡Y con lo que Mercedes te quiere a ti!

ANGELINA.—*(Cambiando súbitamente de expresión ante el presentimiento de una nueva infamia.)* ¿Qué quieres decir?

CARLOS.—Nada, rica, no quiero decir nada... Que os queréis las dos mucho. ¿Tiene eso algo de particular?

ANGELINA.—¡Lo dices en un tono!...

CARLOS.—¡Bah!... No hagas caso; es mi modo de hablar. Ya sabes que te quiero de veras y que soy incapaz de decirte nada que te pueda ofender.

ANGELINA.—Entonces, ¿a qué esas reticencias? ¿Qué supones de mí?

CARLOS.—Desde el momento en que te ofendes, nada.

ANGELINA.—No me ofendo. Háblame claro. ¿Qué has pensado de mí?

CARLOS.—Nada, mujer.

ANGELINA.—¿Por qué te extraña que Mercedas y yo nos queramos?

CARLOS.—Pero si no me extraña, rica. ¡Qué me va a mí a extrañar! Al contrario, lo encuentro muy lógico. Y además me parece muy bien. Te lo digo como lo siento. Ya sabes tú que soy muy franco. A mí lo que me habría extrañado es que hubieras cometido la barbaridad de comprometerte con un hombre, sobre todo con un hombre casado. Eso sí me habría parecido un disparate. Nunca lo creí. Yo estaba seguro de que eso era mentira. Por eso cuando la gente murmuraba me reía para mis adentros, es decir, unas veces me reía y otras me indignaba. Siempre lo dije, y si no lo dije, porque estas cosas no se dicen, lo pensé: ¿Comprometida con él? ¡Qué desatino! En todo caso...

ANGELINA.—En todo caso, ¿qué?

CARLOS.—Sería con ella.

ANGELNA.—*(Descompuesta.)* ¡Carlos!

CARLOS.—Pero tontina, ¿qué tiene eso de particular?

ANGELINA.—*(Apretando los dientes y tremolando airada las manos en el aire.)* ¡Infame! ¡Infame!... ¡Eres un infame!... ¡Pero qué malos sois!... ¡Qué perversos sois todos!

(Enriqueta, que desde el momento en que los dos se pusieron a hablar ha estado observándolos sin perderlos de vista, al ver los ademanes airados de Angelina no puede contenerse, se levanta de un salto y va hacia ellos.)

CARLOS.—¡Pero qué tonta eres! ¡No se te puede gastar una broma!

ANGELINA.—*(Muy seca.)* De ese género, no.

ENRIQUETA.—¿Qué pasa?

ANGELINA.—*(Echándose hacia atrás y secándose con la mano enguantada una pequeña lágrima furtiva.)* Nada.

ENRIQUETA.—*(Mirando recelosa a los dos.)* ¿Qué te ha dicho éste? ¿Qué le has dicho a Angelina?

CARLOS.—Nada, condesa: le he gastado una pequeña broma..., pero como esta mujer no tiene correa...

ENRIQUETA.—¿Qué ha sido?

ANGELINA.—Una impertinencia... Estos hombres, que creen que todas somos iguales. Y ellos sí que son unos...

ENRIQUETA.—Dilo claro. Unos ¡tíos! *(Mirando agresiva a Carlos.)*

CARLOS.—Condesa, yo le aseguro a usted...

ENRIQUETA.—*(A Angelina.)* Cuéntame qué te ha dicho; ¡lo quiero saber!

ANGELINA.—Luego te lo diré. *(Viendo que se acercan Mercedes y su tía. Carlos se encoge de hombros y va en busca de Arnedo y Echaurri.)*

LA CONDESA DE ARNEDO.—Estás monísima, Angelina. Llevas un traje precioso. No te le había visto. ¿Te le has hecho ahora?

MERCEDES.—Se le he regalado yo.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Has tenido mucho gusto. Es elegantísimo.

MARÍA PEPA.—*(Palmoteando subida en la silla.)* Mira, Germán, mira... el nuestro... ¡el amarillo! ¡Viene en cabeza!... Vamos a ganar...

GERMÁN.—Ya te lo dije.

ENRIQUETA.—*(A Angelina.)* Oye, Angelina, ¿qué vas a hacer mañana?

ANGELINA.—No sé, no tengo plan.

ENRIQUETA.—¿Quieres venir a merendar conmigo?

ANGELINA.—Mujer, por mí... figúrate..., pero no sé qué querrá hacer Mercedes.

ENRIQUETA.—Mercedes...

MERCEDES.—Qué.

ENRIQUETA.—¿Quieres dejar a Angelina que venga mañana a merendar conmigo?

MERCEDES.—Mujer, ¡qué cosas tienes!... Lo que ella quiera.

ENRIQUETA.—(*A Angelina.*) Ya lo has oído. Te espero mañana a merendar. No faltes.

ANGELINA.—Bueno.

MARÍA PEPA.—(*Sin dejar de aplaudir.*) ¡Bravo!... ¡bravo!... ¡olé!... ¡El amarillo!... Hemos ganado.

GERMÁN.—Ya te le dije yo.

CARLOS.—(*Que se ha acercado.*) No te felicites, porque ya sabes que en el juego es de muy mal agüero la fortuna.

GERMÁN.—¿Por qué lo dices? (*Carlos, sin contestar, señala con la vista a María Cramarczic, que está hablando intimamente con Echaurri.*)

ENRIQUETA.—Angelina, ya lo sabes... que te espero mañana. No dejes de venir.

XII

La alcoba de Enriqueta. Contigua al gabinete malva, tiene la misma orientación, pero es más amplia, más espaciosa, más alegre, muy elegante también, con ese sello personal de distinción y de buen gusto que caracteriza todo el menaje de la casa Fresnedo. Está decorada sobre una atrevida combinación de cuatro colores: melocotón, negro, verde y púrpura. Las paredes, de melocotón, listadas de negro, con un ancho friso de flores de acanto; las cortinas, de tela de esponja, igualmente de melocotón, con anchas cenefas de las mismas flores. En el centro del testero del fondo una cama Imperio, sencillísima, sin más adorno que un filete de oro y una pequeña greca de nácar y marfil, y una colcha de raso amarillo con «filet» y tul, bordados con encajes Venecia. Como la cama las dos mesas de noche, un biombo, una coqueta de tres lunas y un gran armario de tres cuerpos. A los pies de la cama un inmenso sofá americano, muy cómodo, muy muelle, enfundado con una tela igual a las cortinas y cubierto materialmente de almohadones, y a los pies del sofá un tapiz persa negro, amarillo, verde y escarlata. A cada lado un veladorcito; sobre uno de ellos una jarra con flores, sobre el otro una lámpara eléctrica de porcelana de Sajonia, con una pantalla primorosa de encaje negro y tul. Detrás de la cabecera de la cama dos enormes cortinas, que caen cerradas desde el techo, y tras las cortinas el misterio del tocador y el secreto del baño.

Enriqueta, envuelta en los pliegues de un salto de cama, lee un libro tumbada en un sofá, si se puede decir tumbada a tener la espalda sobre dos cojines, cuatro bajo la nuca y los pies en alto sobre otro gran montón. Cansada, al fin, de la postura, cierra el libro, tira los almohadones, se incorpora, consulta el relojito de pulsera y llama.

ENRIQUETA.—Rosario... Rosario... ¡Rosario!

ROSARIO.—(*Apareciendo.*) Señora...

ENRIQUETA.—Prepárame el baño.

ROSARIO.—(*Asombrada.*) ¡Pero se va a bañar a estas horas la señora condesa!

ENRIQUETA.—¿Por qué no? Son las cinco y media. Almorcé a las doce; es decir, no almorcé. Ya sabes que no he comido nada...

ROSARIO.—De todas maneras, señora condesa... A mí me parece un poco expuesto.

ENRIQUETA.—¿Por qué?

ROSARIO.—Por la digestión.

ENRIQUETA.—¡Dónde estará ya la digestión! Anda, anda...

ROSARIO.—Yo hago lo que la señora me mande...,

como siempre, pero la verdad, me da un poco de miedo. ¿Por qué no lo deja la señora para más tarde?

ENRIQUETA.—Porque no puede ser. Va a venir la manicura de un momento a otro, y luego una amiga a quien estoy esperando...: la señorita Angelina Valdés... Si no lo hago ahora ya no me queda tiempo... Y no tengo más remedio que bañarme... no puedo estar así... me parece que me falta algo... no me encuentro yo a gusto... Además, no sé qué me pasa hoy. Estoy muy excitada, muy nerviosa.

ROSARIO.—Será el tiempo.

ENRIQUETA.—No sé... Tengo mucho calor, estoy ardiendo. *(Tocándose las manos.)* Creo que hasta tengo un poquito de fiebre... A ver, ven aquí... *(Rosario se acerca, su señora la toma las manos, le pulsa las muñecas y le oprime los dedos.)* Tú también estás muy calurosa.

ROSARIO.—Será el tiempo, señora.

ENRIQUETA.—No sé... *(Estremeciéndose toda.)* No sé lo que será, pero estoy imposible. Ponme el agua muy fría.

ROSARIO.—*(Bajando la cabeza.)* Lo que la señora mande.

ENRIQUETA.—Todo lo fría que pueda resistirlo. Tomaré el baño corto... Anda... date prisa y avisa cuando esté.

(Rosario desaparece detrás de las cortinas que cierran la cabecera de la cama. Poco después se oye el ruido cristalino del chorro al chocar con el mármol. Enriqueta tiembla voluptuosamente estremecida como si ya sintiera en la carne la impresión del agua. Se descorcheta la bata, cruza una pierna sobre otra y se quita las ligas, dos ligas negras con rositas granate, se pone en pie y espera.)

ROSARIO.—*(Desde dentro.)* Cuando la señora guste.

ENRIQUETA.—Un momento. ¿Has dicho que si viene Carmela la pasen aquí, a la alcoba?

ROSARIO.—No, señora, pero voy a decirlo. *(Hay una pausa un poco larga y se vuelve a oir la voz de Rosario.)* Ya lo he dicho. Puede la señora pasar cuando guste.

ENRIQUETA.—Voy. *(Sale muy despacio plegando y recogiendo con entrambas manos la bata desceñida. Poco después, en el silencio de la alcoba, suena el ru-*

moroso chapoteo del agua y los suspiros temblorosos y cortados de un estremecimiento.) Ah... aaaaaay!... ¡qué fría! *(Luego otra vez el chapoteo del agua y otros suspiros y frases temblorosas.)* No, no, por Dios... déjame... no me toques... que estoy nerviosísima!... *(Por la puerta de la alcoba aparece Carmela.)*

CARMELA.—¿Se puede?

Viene muy linda con un sencillo traje de hilo crudo; la falda fruncida y unida a una blusa muy floja con el cuello vuelto y el talle ceñido con una faja de tricot negro, azul nathier y rojo cárdeno que se anuda atrás, medias blancas, zapatos de ante y un sombrerito de paja de Italia con un lazo escocés como la faja del vestido. En la mano trae el saco de piel.

ENRIQUETA.—*(Desde dentro.)* Pase usted, Carmela, y aguarde un momento. Soy con usted en seguida...

CARMELA.—No tenga prisa, señora condesa.

ENRIQUETA.—Un momentito nada más.

(Carmela deja el bolso sobre una butaca, se dirige al armario de luna, se arregla coquetonamente ante el espejo los rizos del peinado, luego se acerca a una ventana y por encima de la varilla del visillo corto queda absorta en la contemplación del paisaje, tan abstraída que no advierte la entrada de Enriqueta hasta que la oye hablar.)

ENRIQUETA.—Buenas tardes, Carmela.

CARMELA.—*(Volviéndose sorprendida y confusa.)* Señora...

ENRIQUETA.—*(Riendo.)* ¿Se ha asustado usted?... ¿O es que le choca verme así?

CARMELA.—Oh, no... ¿por qué?... Al contrario. Está usted monísima.

(Es verdad; está «muy mona», es una verdadera monada, una preciosidad, un juguete; parece que le han quitado quince años de encima; parece que no tiene sexo; es como un efebo de Alejandría que le hubieran vestido con un pijama inglés; un pijama de seda listado blanco y fresa que se plega y se ciñe sobre la carne húmeda todavía por el baño reciente, todavía excitada con la reciente fricción de la esencia de rosas. Va descalza de pierna y esconde los pies desnudos en unos diminutos escarpines de raso.)

ENRIQUETA.—Me puse esto para no hacerle a usted esperar. No me gusta hacer esperar a nadie.

CARMELA.—Está usted muy bonita... Y muy graciosa... No sé qué le encuentro a usted que me hace muchísima gracia... Parece usted un chico.

ENRIQUETA.—Por Dios, no me lo diga usted, que me lo quito. ¡Qué horror! ¡Con lo que me gusta a mí ser femenina!

CARMELA.—Pero si lo es usted. Si yo la encuentro más mujer que nunca... pero al mismo tiempo muy no sé qué... muy fina... muy graciosa... yo no me sé explicar.

ENRIQUETA.—Vamos, que casi, casi le gusto a usted.

CARMELA.—*(Poniéndose seria.)* Señora...

ENRIQUETA.—Le advierto a usted que yo tengo mucho partido con las mujeres.

CARMELA.—¿Sí?

ENRIQUETA.—Un horror. No sé qué encuentran en mí, pero hija, es una desgracia; no me dejan vivir. Gusto más a las mujeres que a los hombres.

CARMELA.—*(Sonriendo.)* Pues a mí no es por ahí.

ENRIQUETA.—Ni a mí tampoco. Era hablar por hablar. Pero es de veras. Me han hecho el amor muchas mujeres.

CARMELA.—¡Qué asco!

ENRIQUETA.—¿Verdad que sí?

CARMELA.—*(Volviendo la cabeza con un gesto de repugnancia.)* ¡Uf!...

ENRIQUETA.—Pues no sabe usted cómo está Madrid en este terreno.

CARMELA.—Lo sé, señora, lo sé... Está que da asco.

ENRIQUETA.—Verdaderamente. *(Levantando la voz.)* ¡Rosario!

ROSARIO.—*(Asomando por entre las cortinas.)* Señora...

ENRIQUETA.—Tráeme la capa de felpa. Tengo frío. *(Rosario desaparece.)*

CARMELA.—¡Pero no ha de tener usted frío, señora condesa, si va usted desnuda!

ENRIQUETA.—*(Desabrochándose un botón del pijama y mostrando el pecho.)* Completamente. Me acabo de bañar.

CARMELA.—¡A estas horas!

ENRIQUETA.—No tuve tiempo esta mañana. Me levanté muy tarde. Cenamos anoche unos amigos en Igueldo; luego nos fuimos al Casino... hasta no sé qué hora...

Llegué desvelada... me dormí muy tarde y hoy me levanté a las once y cuarto... No he tenido tiempo para nada...

ROSARIO.—*(Entrando con la capa de felpa; una capa larga, como un jaique, blanca, festoneada de azul, con capucha.)* La capa, señora.

ENRIQUETA.—Echamela. Y trae agua caliente. *(Rosario coloca la capa sobre los hombros de su señora y se va.)*

ENRIQUETA.—*(A Carmela.)* Y ahora, ¿parezco todavía un muchacho?

CARMELA.—Ahora parece usted un morito.

ENRIQUETA.—Pero siempre un hombre...

CARMELA.—Señora, por Dios...

ENRIQUETA.—¿Vamos allá?

CARMELA.—Cuando guste la señora condesa.

(Enriqueta se acomoda en uno de los extremos del sofá, junto al veladorcito de la jarra de flores; deja la jarra en el suelo, coloca en su lugar un almohadón, y sobre el almohadón el brazo arremangado, blanco y mórbido como el cuello de un cisne. Carmela alcanza el saquito de piel, saca una lima, unas tijeras y unos pulidores, se sienta en una silla delante de Enriqueta, y con un cartuchito de cartón en la mano, queda esperando a que Rosario traiga el agua caliente. Cuando Rosario deja sobre el velador el tazón de cristal, Carmela vuelca en él los polvos de jabón y Enriqueta mete los dedos en el agua.)

ENRIQUETA.—Bueno, usted que sabe cosas... cuénteme usted. ¿Qué hay?

CARMELA.—*(Atareada ya en limar una uña.)* No sé nada, señora.

ENRIQUETA.—¿Nada... nada... nada?

CARMELA.—Ya sabe la señora condesa que soy poco curiosa...

ENRIQUETA.—Sí; ya sé, Carmelita, que tiene usted fama de discreta.

CARMELA.—No hay más remedio, señora. Es casi una obligación en mi oficio.

ENRIQUETA.—Cierto, pero en fin, dentro de la discreción, se puede hablar de muchas cosas sin ofender a nadie.

CARMELA.—Ah, claro...

ENRIQUETA.—Por ejemplo, vamos a ver. Dicen que se casa Alcaraz con la chica de Arnedo. ¿Qué ha oído usted de eso? ¿Es verdad?

CARMELA.—Eso he oído decir, pero yo no lo creo.

ENRIQUETA.—El está muy entusiasmado.

CARMELA.—¡Psss!

ENRIQUETA.—Ah, ¿no?

CARMELA.—Hasta cierto punto. Él es un hombre que le gustan todas. Va a sacar lo que puede... nada más... No creo que se case. Pero aunque él quisiera, que no quiere, no le dejaría tampoco seguramente la familia. Está muy desacreditada esa gente de Arnedo. Ya ve usted; dicen del padre hasta si es prestamista...

ENRIQUETA.—Sí; eso dicen.

CARMELA.—Pero lo más gracioso es que la familia de ella tampoco le quiere a él.

ENRIQUETA.—Pues no sé qué más puede pedir. Un muchacho «bien», muy rico...

CARMELA.—Sí, muy rico, pero como si no, porque es más vicioso que rico. No tiene el demonio por dónde cogerle. Creo que en el Casino lleva perdido un dineral.

ENRIQUETA.—Es posible. Yo, la otra noche, por lo menos, le vi jugar muy fuerte.

CARMELA.—Dicen que un horror.

ENRIQUETA.—Pues con un vicio así no hay fortuna que baste.

CARMELA.—Por eso no le quieren.

ENRIQUETA.—Bueno, pero si no piensan casarse, ¿qué plan se llevan?

CARMELA.—No sé. Él, ya le he dicho a usted que va, como todos, a sacar lo que puede.

ENRIQUETA.—¿Y ella?

CARMELA.—Ella es una niña de esas de... ¡vaya usted con Dios!... con unas ganas de marido y de retozo...

ENRIQUETA.—Sí, ¿eh?

CARMELA.—Tremenda.

ENRIQUETA.—Pues a ver si un día cualquiera hacen una tontería. Si no la han hecho ya...

CARMELA.—No creo. Ella tiene mucho miedo a su madre. Ya sabe usted que la de Arnedo es de caballería.

ENRIQUETA.—¿Ve usted, Carmelita, cómo sabe usted cosas?

CARMELA.—(*Poniéndose colorada.*) Por Dios, señora condesa, hablar por hablar. ¿Me da usted la otra mano?

ENRIQUETA.—(*Obedece. Se queda un rato contemplando satisfecha las uñas recién pulidas y prosigue.*) Y eso que en San Sebastián no hay peligro. Aquí creo que son muy difíciles esas expansiones. La otra tarde una amiga mía, muy amiga mía, en un rato de sinceridad se me lamentaba de ello.

CARMELA.—¿De qué?

ENRIQUETA.—Pues de que no hay manera de verse. Esta señora tiene un amante y desde que han venido de Madrid creo que se han entrevistado una vez y por casualidad. La pobrecilla está desesperada.

CARMELA.—(*Riendo ingenuamente.*) ¡Qué gracioso!

ENRIQUETA.—(*Con una risita de conejo.*) Muy gracioso.

CARMELA.—(*Sin poder contener la risa.*) Pobre señora... Sí que estará...

ENRIQUETA.—Muy divertida... Figúrese usted. Como que ya no pudo contenerse y me preguntó: «—Tú... ¿no sabes?—No, hija; yo ¿de qué?—¿Y no podrías enterarte?—Mujer, ¿cómo se va una a enterar de esas cosas?—Por si buenamente lo sabías. —No.» Luego cuando se marchó me acordé de usted. Hombre, me dije, se lo voy a preguntar a Carmela... por curiosidad...

CARMELA.—(*Levantando la cabeza.*) ¿A mí? ¿Por qué?

ENRIQUETA.—¡Qué sé yo!... ¡Como sabe usted tantas cosas!...

CARMELA. — (*Tranquilizada.*) Sí... verdaderamente, pero vamos, de esto no he oído nada. Pero si tiene usted interés...

ENRIQUETA.—(*Vivamente.*) No, no, ninguno... Pura curiosidad. (*Carmela la mira y en seguida baja de nuevo la cabeza y sigue puliendo las uñas de la mano que tiene entre las suyas. Enriqueta mirándose la otra.*) ¡Qué bonita mano me ha dejado usted hoy!... Qué bien trabaja usted, Carmela... Indiscutiblemente es usted la primera manicura del mundo.

CARMELA.—Por Dios, señora condesa, no diga usted eso... demasiado sabe usted que el mérito no es mío...

Usted misma ve que no me cuesta trabajo ninguno... Son las manos... las manos... Da gusto trabajarlas... se recrea una en ellas. No crea usted, señora condesa, que es adulación; se lo he dicho a usted muchísimas veces... son las manos más bonitas que tengo... Son las manos más lindas de Madrid.

ENRIQUETA.—Carmelita, que esto no es Madrid.

CARMELA.—Es verdad. ¿Querrá usted creer, señora condesa, que no acabo de hacerme a la idea de que estamos en San Sebastián? Todos los años me pasa lo mismo. Claro, como yo hago la misma vida, tengo la misma clientela, veo las mismas caras, pues... me parece que estoy allá. ¿No le pasa a usted también?

ENRIQUETA.—Sí, a veces.

CARMELA.—Pero sea San Sebastián, sea Madrid, tiene usted las manos más bonitas del mundo. ¡Hay que ver estas manos! (*Deja el «polisoir» en el velador; con una mano coge suavemente la de Enriqueta por la palma y con la otra acaricia los dedos.*) ¡Qué uñas, qué dedos... qué líneas, qué suavidad de piel!... ¡si es como raso!... Hay que ver esta finura de muñeca y este brazo. (*Subiendo la manga del pijama y acariciando suavemente el brazo de Enriqueta hasta más arriba del codo.*) ¡Qué piel!

ENRIQUETA.—(*Estremeciéndose.*) Carmelita... Carmelita... que no estoy para fiestas.

CARMELA.—¿Qué le pasa a usted?

ENRIQUETA.—Que estoy hoy muy nerviosa.

CARMELA.—(*Riendo.*) Ah, ¿sí?

ENRIQUETA.—(*Estremeciéndose.*) Muy nerviosa...

CARMELA.—Como la señora del otro día... vamos...

ENRIQUETA.—Peor.

CARMELA.—¡Vaya por Dios!... Pues ya hemos concluído. (*Haciendo ademán de recoger sus instrumentos.*)

ENRIQUETA.—Yo desearía, Carmelita, que me hiciera usted también los pies.

CARMELA.—Lo que la señora condesa quiera.

ENRIQUETA.—Digo, si no tiene usted prisa...

CARMELA.—No, no, por mí no... Yo con mucho gusto...

ENRIQUETA.—Por eso no me puse las medias.

CARMELA.—Pues cuando usted quiera. (*Se levanta de la silla, se sienta en una butaquita muy baja que colo-*

ca enfrente del sofá, pone sobre las rodillas un almohadón y espera. Enriqueta se descalza un escarpín, se arremanga el calzón, tiende indolentemente la espalda sobre un montón de cojines y coloca el pie en las rodillas de Carmela.) ¡Hay que ver qué pies!... Si no me diera miedo de que se pusiese usted nerviosa, diría que son tan bonitos como las manos... ¡Qué piel más fina! (*Acariciando delicadamente el tobillo y subiendo por debajo del calzón hasta la corva.*)

ENRIQUETA.—Carmelita... Carmelita...

CARMELA.—(*Riéndose.*) ¿Qué pasa?

ENRIQUETA.—No me toque usted, que esto va a acabar muy mal.

CARMELA.—(*Sin dejar de reir.*) Por mí no hay cuidado.

ENRIQUETA.—Pero lo puede haber por mí.

CARMELA.—Tampoco.

ENRIQUETA.—No se fíe usted por si acaso...

CARMELA.—¡Bah!...

ENRIQUETA.—¡Carmelita! ¡Carmelita!...

ROSARIO.—(*Entrando.*) La señorita Angelina Valdés...

ENRIQUETA.—¡Qué contrariedad!... ¿Cómo la hago yo esperar a esta mujer? (*A Rosario.*) Dile que pase.

CARMELA.—¿Pero va a pasar?

ENRIQUETA.—¿Qué voy a hacer? La tengo citada. Pero no le importe a usted. Es de confianza.

CARMELA.—No es por eso; es que no me gusta que me vean hacer los pies... No se los hago a nadie más que a usted... a nadie más... usted lo sabe, y si me ven pueden creer que...

ENRIQUETA.—Angelina es muy buena muchacha. Nos guardará el secreto.

CARMELA.—Sí, por Dios, dígaselo usted, porque si no...

ENRIQUETA.—No tenga usted cuidado. Se lo diré. (*A Rosario.*) Que pase la señorita Angelina.

Rosario se va y a los pocos momentos entra Angelina en la alcoba. Viste el mismo traje del día anterior.

ENRIQUETA.—Pasa, rica, pasa y perdóname que te reciba en esta «tenue» tan... democrática, pero lo prefiero a tener que darte un plantón. No me gusta hacer esperar a nadie.

ANGELINA.—Ya sabes que entre nosotras hay confianza.

ENRIQUETA.—Precisamente ahora mismo se lo estaba diciendo a Carmela, que no le ha hecho gracia ninguna el que yo te dejara pasar.

CARMELA.—*(Rápidamente y poniéndose muy encarnada.)* No, no... por Dios... Yo le explicaré a usted, señorita Angelina, por lo que era... Es que yo no hago los pies absolutamente a nadie en el mundo más que a la señora condesa, y la verdad, sentiría mucho que pudiera usted creer que yo...

ENRIQUETA.—Carmela desea que le guardes el secreto.

ANGELINA.—¿Nada más que eso? Pues guardado.

CARMELA.—Muchas gracias, señorita Angelina.

ANGELINA.—Mujer, no faltaba más.

CARMELA.—Es que la señora condesa tiene unos pies tan lindos que son como unas manos. ¡Dios!, cuántas manos trabajo yo al cabo del día que quisieran ser como estos pies. Fíjese usted, señorita Angelina; hágame usted el favor. Acérquese. ¿Ha visto usted jamás unos pies más bonitos?

ANGELINA.—*(Aproximándose y mirando el pie que Carmela tiene entre las manos.)* Sí que es verdad. ¡Qué pies más bonitos tienes, Enriqueta... qué lindos son!... ¿Qué haces para tenerlos así?

ENRIQUETA.—*(Sonriendo halagadísima.)* ¿Qué voy a hacer?

CARMELA.—*(A Angelina.)* Toque usted esta piel. *(Indicando la del tobillo.)* Es raso puro. Toque usted.

ANGELINA.—*(Se descalza un guante y acaricia la pierna de Enriqueta.)* Es verdad. ¡Qué piel!

ENRIQUETA.—Bueno, bueno, bueno... que me están ustedes... ruborizando. Y además es muy tarde. Mire usted, Carmela, lo mejor será que lo dejemos para otro día.

CARMELA.—Lo que usted diga, señora condesa, pero yo por mi parte termino en cinco minutos...

ENRIQUETA.—Si no son más que cinco minutos...

CARMELA.—*(Decidiéndose.)* Se los voy a usted a hacer.

ENRIQUETA.—Como usted quiera. *(Carmela se pone a trabajar muy afanosa.)*

ANGELINA.—Con tu permiso me voy a quitar el sombrero.

ENRIQUETA.—Sí, mujer; ya lo creo. Déjalo por ahí.

ANGELINA.—¿Dónde?

ENRIQUETA.—Donde te dé la gana. Y anda, cuéntame. ¿Qué tal anoche? Lo pasamos bien ¿verdad?

ANGELINA.—Yo, muy bien.

ENRIQUETA.—Y eso que estabas un poco disgustada. Te vi un gran rato con la cara muy seria.

ANGELINA.—Un momento nada más. Se me pasó en seguida. Pero es que hay cosas que molestan.

ENRIQUETA.—Ahora hablaremos de eso. Bueno, nena, que anoche hiciste una conquista.

ANGELINA.—¿Yo?

ENRIQUETA.—No te hagas la desentendida, que estuvo muy claro. Y un pez bien gordo.

ANGELINA.—*(Riendo.)* ¿Te refieres a Echaurri?

ENRIQUETA.—Al mismo.

ANGELINA.—¡Pobre señor!

ENRIQUETA.—Estuvo toda la noche afectuosísimo contigo.

ANGELINA.—*(Riendo.)* Sí que es verdad, pero ¿sabes tú por qué creo yo que lo hizo?

ENRIQUETA.—¿Por qué, mujer?

ANGELINA.—Por quitarse de encima a la polaca. ¡Cómo estuvo la mujer toda la noche! ¿Te fijaste? ¡Qué imprudente!

ENRIQUETA.—La deslumbraron los millones del naviero.

ANGELINA.—Se conoce. Pues él ya lo viste. No la hizo el menor caso. Y cuidado que el hombre es atento y es fino... Pero se veía que le era antipática. Yo creo que por eso estuvo extremoso conmigo: por darle a ella en la cabeza.

ENRIQUETA.—O porque tú le gustes.

ANGELINA.—¡Mujer!

ENRIQUETA.—¿Por qué no?

ANGELINA.—Un hombre con tantos millones, que tendrá las mujeres así, figúrate si se va a fijar en una pobrecita como yo.

ENRIQUETA.—¿Por qué no?

ANGELINA.—Porque no.

ENRIQUETA.—Tú, por si acaso, no seas tonta y déjate querer, que no pierdes nada.

ANGELINA.—Mujer, yo...

ENRIQUETA.—Estos hombres improvisados son muy especiales... Nunca sabe una a qué atenerse...

ANGELINA.—No parece mala persona.

ENRIQUETA.—Allá veremos. Tú, por si acaso, te lo repito, déjate querer.

ANGELINA.—Yo, hija, la verdad; te lo digo con entera franqueza; no creo que ese hombre se haya fijado en mí; pero si por cualquier cosa algún día fuera verdad, me encontraría en una situación muy violenta.

ENRIQUETA.—¿Por qué?

ANGELINA.—Mujer, porque sí... El con tanto dinero, yo sin una peseta... él además mucho mayor que yo... todo el mundo diría que me había vendido.

ENRIQUETA.—Y eso a ti, ¿qué?

ANGELINA.—Es muy molesto.

ENRIQUETA.—Pero sería muy conveniente. Y ante la conveniencia propia ríete de lo que piensen los demás. Puede que en el fondo no hubiera más que envidia.

ANGELINA.—Es posible.

ENRIQUETA.—Fíjate en lo de Mercedes.

ANGELINA.—No compares. Nadie que sea justo puede decir que Mercedes no se ha casado enamorada.

ENRIQUETA.—¿Y por qué lo habían de decir de ti?

ANGELINA.—Es otra cosa. Tú misma, si eres franca, lo reconocerás. En mí sería distinto. Además, es muy duro esto de ligarse sin amor para toda la vida... ¡para toda la vida!... ¡es muy duro!...

ENRIQUETA.—Eres una sentimental, Angelina.

ANGELINA.—Sí, es verdad; no puedo remediarlo. En el fondo lo soy.

ENRIQUETA.—Te compadezco entonces, porque vas a ser como yo, una desdichada.

ANGELINA.—¿Tú? Mujer, tú no tienes motivos.

ENRIQUETA.—¿Lo crees? ¡Si tú supieras!

ANGELINA.—¿Qué te pasa?

ENRIQUETA.—No, nada; concretamente nada... Que soy como tú, una sentimental.

CARMELA.—A sus órdenes, señora condesa.

ENRIQUETA.—Muchas gracias, Carmelita.

ANGELINA.—*(Acercándose.)* A ver... a ver... ¡Qué preciosidad! ¡Qué bonitos te han dejado los pies!

ENRIQUETA.—Es una maravilla esta muchacha.

CARMELA.—Pero conste que no se lo hago a nadie más que a usted.

ANGELINA. — Guardaremos herméticamente el secreto.

CARMELA.—Sí, por Dios, se lo ruego a ustedes. Me podría perjudicar muchísimo. ¿Desean ustedes algo más de mí?

ENRIQUETA.—Nada; muchas gracias.

CARMELA.—Buenas tardes.

ENRIQUETA.—Adiós, Carmelita.

ANGELINA.—Adiós, Carmela.

(Se va Carmela, llevándose su saquito de piel.)

ENRIQUETA.—*(Cogiendo de los brazos a Angelina y besándola.)* Ven acá, ingrata, más que ingrata, que eres una ingratona... que no quieres nada conmigo... Parece mentira con lo que yo te quiero y sin venir a verme ni una sola vez.

ANGELINA.—Pues aquí estoy. Ya me tienes aquí.

ENRIQUETA.—*(Abrazándola.)* Sí, ya te tengo. ¿Y por qué? Gracias a mí que me empeñé ayer en que vinieras. Si no...

ANGELINA.—Pero si no voy a ningún lado...

ENRIQUETA.—No digas eso, que vas a todas partes. Menos a mi casa, a todas partes. El otro día, sin ir más lejos, vino Mercedes a comer... Excuso decirte que también te esperaba. ¿Por qué no viniste?

ANGELINA.—Estaba malucha... He pasado unos días muy desazonada.

ENRIQUETA.—Lo supongo... Me lo contó Mercedes. Pero por eso precisamente debiste venir. Supongo que sabrás, y si no lo sabes te lo digo ahora, que yo soy de las personas que más te han defendido.

ANGELINA.—Lo sé, Enriqueta, lo sé y te lo agradezco muy de veras. Dios te lo pague.

ENRIQUETA.—No te lo digo por que me lo agradezcas. Es para que lo sepas nada más. Me indigné mucho; puedes creerlo. ¡Pobrecita mía! ¡Con lo buenísima que tú eres! *(La acaricia dulcemente la cara y la vuelve a besar.)*

ANGELINA.—*(Besándola también.)* Gracias, Enriqueta.

ENRIQUETA.—*(La enlaza del talle, la conduce al sofá*

y la obliga a sentarse al lado de ella.) Bueno, ven aquí; cuéntame... ¿Qué te dijo ayer Carlos?

ANGELINA.— *(Ingenuamente, sin darle importancia.)* Nada.

ENRIQUETA.—Mujer, algo te diría cuando te pusiste de aquel modo...

ANGELINA.—Una impertinencia.

ENRIQUETA.—Pero, ¿qué fué?

ANGELINA.—Nada; una grosería. Vale más no hablar de ello.

ENRIQUETA.—Pero dímelo...

ANGELINA.—Si te repito que no es nada... no fué nada... una broma de mal gusto. El mismo debió comprenderlo porque en seguida me dió una explicación.

ENRIQUETA.—¿Te hace el amor Carlos?

ANGELINA.—Oh, no.

ENRIQUETA.—¿De verdad?

ANGELINA.—De verdad. No, no, en ese terreno, ni una palabra.

ENRIQUETA.—*(Respirando tranquila, pero cada vez más curiosa.)* Entonces, ¿qué fué? ¿Qué te dijo? ¿Por qué te pusiste de aquella manera? *(Angelina vacila.)* Mujer, ¡cómo eres!... ¡Parece mentira!... ¡No tienes confianza conmigo!

ANGELINA.—No, no... es que me da no sé qué repetirlo... Figúrate que me dijo que...

ENRIQUETA.—¿Qué?

ANGELINA.—Pues que yo... Verás, me dijo que él no creyó nunca eso que decían de que yo estuviera con Gabriel, que en todo caso sería con... ¡con ella!

ENRIQUETA.—*(Sinceramente.)* ¡Qué bárbaro!

ANGELINA.—¡Tú verás si era para indignarse!

ENRIQUETA.—*(Tranquilizada ya del todo.)* Sí, realmente es una grosería. Pero, vamos, no es tampoco para que te pusieras de aquella manera. Habría sido mejor tomarlo a broma.

ANGELINA.—¡Caramba!

ENRIQUETA.—Estas cosas no se toman en serio. Se desprecian.

ANGELINA.—Que te lo hubieran dicho a ti.

ENRIQUETA.—Me habría hecho muchísima gracia.

ANGELINA.—¡A que no!

ENRIQUETA.—Puedes estar segura de que no me habría ofendido.

ANGELINA.—Porque sabes que de ti no lo dicen.

ENRIQUETA.—Aunque lo dijeran. Mira, Angelina, a mí me importaría mucho, pero mucho, que dijeran que yo tenía un hombre; verdad o mentira, me dolería, ¡ya lo creo! pero... ¿lo otro? Puedes creerme que me tendría sin cuidado. Yo te aseguro que me reiría muchísimo.

ANGELINA.—Pues yo no sé decirte cuál de las dos cosas me parece peor.

ENRIQUETA.—El hombre, mujer, el hombre, ¡qué duda cabe de eso! ¡Ni hablar! Una calumnia de ese género, tratándose de un hombre, te deja deshonrada para toda la vida. Si eres soltera te arriesgas a no casarte, y si estás casada no quiero decirte a lo que te expones si das con un marido de un poquito de genio. En cambio, lo otro no tiene nada de particular.

ANGELINA.—Mujer, no digas.

ENRIQUETA.—Nada, absolutamente nada. Ya ves que conmigo no puede haber sospecha. Yo soy muy mujer. Pero no le doy importancia a estas cosas. No creo que la tengan. Te soy franca. Por más que hago no consigo indignarme.

ANGELINA.—¿De manera que a ti estas cosas te parecen bien?

ENRIQUETA.—No me parecen bien, pero no me indignan; no me gustan, pero no me repugnan.

ANGELINA.—¿De modo que a ti no te indigna, a ti no te repugna ver a una mujer que hace el amor a otra, que la asedia, que la persigue, que se la declara como un tío; una mujer que bebe, que fuma, que jura como un carretero; vamos, una mujer como la...?

ENRIQUETA.—*(Interrumpiéndola.)* No cites nombres... ¡Qué asco!

ANGELINA.—¿Sabes ya quién te digo?

ENRIQUETA.—¡Son tantas!

ANGELINA.—¿Y qué te parecen?

ENRIQUETA.—Repugnantes.

ANGELINA.—¿Ves cómo me das la razón?

ENRIQUETA.—No, mujer, ¡cómo te voy a dar la razón si no es eso de lo que te hablo!... Eso son tíos, machos, transgresiones de la Naturaleza, degeneradas... qué sé

yo... ¡lo que sea!... ¿Mujeres que no les gustan más que las mujeres... que se visten como los hombres, que fuman, que beben?... ¡qué asco! La mujer no debe perder nunca el encanto de su sexo, ¡nunca!

ANGELINA.—No te entiendo, hija; no sé lo que dices. Tú misma te estás haciendo un lío.

ENRIQUETA.—No hay lío. Digo que una mujer debe ser sobre todo mujer. En esto precisamente está su encanto, su perfume, su aroma... ¿Hay nada más bonito en el mundo que una mujer, más fino, más tierno, más suave? Compara la piel de un hombre con la de una mujer... Compara el alma de un hombre con la de una mujer... ¿Cuándo han tenido ellos las delicadezas que tenemos nosotras? ¿Cómo vas a igualar la sensibilidad de un hombre con la de una mujer? Esas mujeres de que hablábamos antes son odiosas, porque no son mujeres, porque han perdido las cualidades características del sexo. Por eso son repugnantes, completamente repugnantes. Pero que dos mujeres jóvenes, dos amigas que se conocen y se quieren... o sin conocerse, dos mujeres «chic», limpias, bien perfumadas, bien vestidas, que un día cualquiera, al verse, se encuentran mutuamente bonitas, ¿qué tiene eso de particular?; si son tan bonitas, tan bonitas que las dos se gustan, ¿qué tiene eso de particular?

ANGELINA.—Hija, según...

ENRIQUETA.—¿A ti no te gustan unas mujeres más que otras?

ANGELINA.—En ese terreno, no.

ENRIQUETA.—Déjate de terrenos. Contesta categóricamente a la pregunta. Unas mujeres te parecen feas y otras bonitas, y dentro de las bonitas unas te gustan más que otras, ¿no?

ANGELINA.—Eso le pasa a todo el mundo.

ENRIQUETA.—A todo el mundo que sabe apreciar la belleza. Ese es el triunfo de la belleza. Una mujer bonita será siempre bonita para los hombres y para las mujeres. A ti y a mí y a todo el mundo hay caras que nos repelen y caras que nos gusta besarlas. ¿Por qué besas tú a las mujeres?

ANGELINA.—Hija, porque es costumbre.

ENRIQUETA.—Y porque no te repugna. Si te repugnase

no las besarías. ¿Tú tienes inconveniente en desnudarte delante de una mujer?

ANGELINA.—Según de quien sea.

ENRIQUETA.—De una amiga íntima... De mí, por ejemplo.

ANGELINA.—De ti, claro que no.

ENRIQUETA.—¿Y por qué?

ANGELINA.—Porque de ti no tiene nada de particular.

ENRIQUETA.—Que es precisamente lo que te estoy diciendo: que tratándose de mujeres nada tiene nada de particular.

ANGELINA.—Es que de eso a lo otro...

ENRIQUETA.—Lo otro... lo otro... ¡cualquiera sabe cómo empiezan y cómo acaban estas cosas!...

ANGELINA.—*(Curiosa.)* Oye, ¿tú alguna vez?

ENRIQUETA.—¿Y tú?

ANGELINA.—Yo, nunca.

ENRIQUETA.—¿Nunca?

ANGELINA.—Nunca.

ENRIQUETA.—¿No te ha hecho nunca el amor ninguna mujer?

ANGELINA.—Una vez. Una doncella de casa. Era yo muy niña. Tenía diez y seis o diez y siete años. Me decía muchas cosas: me echaba flores como un hombre. Se ponía muy pesada. A mí más que asco me dió miedo. Se lo dije a mamá y la plantó en la calle.

ENRIQUETA.—Y ¿cómo era?

ANGELINA.—Huy, muy fea. Parecía un hombre.

ENRIQUETA.—¡Ya!... Y después ¿no te han vuelto a decir nunca nada?

ANGELINA.—Nada... nunca.

ENRIQUETA.—Pues es raro, porque tú eres muy bonita y Madrid está perdido... Yo sé de muchas amigas que tú tienes, las que menos te figuras, que puede que les gustes... Tú no sabes cómo está Madrid... No lo sabes.

ANGELINA.—Eso he oído decir.

ENRIQUETA.—Perdidito, hija.

ANGELINA.—¿Y a ti?

ENRIQUETA.—A mí, ¿el qué?

ANGELINA.—Si a ti no te han dicho nunca...

ENRIQUETA.—A mí... *(Vacilando.)* Hasta ahora... tampoco...

ANGELINA.—Claro. ¿Lo ves?... Si esto indudablemente se conoce en la cara.

ENRIQUETA.—No... que no ha venido la ocasión rodada.

ANGELINA.—El caso es que no te lo han dicho.

ENRIQUETA.—¿Quieres que te diga una cosa... en secreto?

ANGELINA.—¿Cuál?

ENRIQUETA.—¿Tú no tienes un poquito de curiosidad?

ANGELINA.—*(Ruborizándose.)* Mujer, yo... no... ¿Y tú?

ENRIQUETA.—Te voy a ser franca. Voy a tener contigo un momento de sinceridad. Como antes te dije, a mí estas cosas no me gustan, pero no me repugnan. Yo no las busco, pero... no las rehuyo... Yo no buscaré jamás, óyelo bien, jamás, jamás, jamás, a ninguna mujer; pero si es ella la que a mí me busca, como me busque bien y sea una mujer muy bonita, muy bonita, quién sabe... puede que me encuentre.

ANGELINA.—*(Riendo.)* ¡Qué bromista eres!

ENRIQUETA.—*(Levantándose.)* Puede que me encuentre... Bueno, hija, con tu permiso, me voy a vestir. ¿No te dará vergüenza que me vista delante de ti?

ANGELINA.—¿Por qué?

ENRIQUETA.—¿Aun después de lo que hemos hablado?

ANGELINA.—Eso son bromas tuyas... Si sabré yo que tú...

ENRIQUETA.—Claro que son bromas... (*Se dirige al armario, saca unas prendas interiores y con ellas en la mano se oculta detrás del biombo y empieza a desnudarse. Angelina se levanta también y se pone a pasear por la alcoba. Tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Enriqueta, detrás del biombo.*) Angelina...

ANGELINA.—*(Volviendo rápidamente la cabeza.)* ¿Qué?

ENRIQUETA.—Oye: ¿te gusta esta camisa? *(Tirando por encima del biombo un rollito de tela, que va a caer sobre el tapiz.)*

ANGELINA.—*(Lo recoge, lo desdobla y aparece, en efecto, una camisa.)* ¡Qué cosa más linda!... ¿Dónde has comprado esta preciosidad?... ¡Qué encajes más finos!

ENRIQUETA.—*(Sin salir del biombo.)* No son encajes, fíjate bien; son calados hechos a mano... sacando los hilos... Me las han traído de Canarias.

ANGELINA.—*(Verdaderamente entusiasmada.)* ¡Qué cosa más primorosa!

ENRIQUETA.—¿Te gusta?

ANGELINA.—No he visto nunca en camisas nada más lindo. Pero me parece un poco corta.

ENRIQUETA.—¿Para qué más?

ANGELINA.—Yo también las llevo muy cortas, pero, vamos, no tanto... Esto ya es una exageración.

ENRIQUETA.—No lo creas, lo justo. Están hechas a la medida.

ANGELINA.—A mí me parece demasiado corta.

ENRIQUETA.—No... Oye, échamela, que me enfrío.

ANGELINA.—(*Se acerca al biombo y por encima de él le da la camisa a Enriqueta.*) Digas lo que digas, esa camisa te está corta.

ENRIQUETA.—Que no, mujer, ahora lo verás. (*Sale del biombo con la camisa puesta.*) Vamos, ¿qué tal?

ANGELINA.—Tienes razón... está justa...

ENRIQUETA.—Es que yo, con los zapatos y vestida, parezco más alta... pero soy muy menuda; no valgo nada...

ANGELINA.—No digas, mujer... estás muy bien hecha...

ENRIQUETA.—¿Tú crees? *(Poniéndose las manos en las caderas y girando lentamente en redondo.)*

ANGELINA.—Me gustas más desnuda que vestida... Yo no te había visto nunca así... Eres muy bonita, Enriqueta.

ENRIQUETA.—Tú sí que eres bonita... ¡Quién fuera tú!

ANGELINA.—(*Ruborizándose.*) Mujer, por Dios... *(Las dos se miran cara a cara.)*

ENRIQUETA.—¿De veras te gusta la camisa?

ANGELINA.—Mucho.

ENRIQUETA.—Te voy a regalar una.

ANGELINA.—No, no...

ENRIQUETA.—Tonta, si tengo media docena... iguales... No varía más que el dibujo de los calados. (*Sacando del armario un puñado de camisas y poniéndolas sobre una butaca.*) Escoge la que quieras... Para que tengas un recuerdo mío... Tómala... que te la doy de veras... Tómala...

ANGELINA.—Pero...

ENRIQUETA.—Anda, mujer, escoge.

ANGELINA.—Bueno, pues... esta misma.

ENRIQUETA.—¿Te gusta esa?

ANGELINA.—Sí, muchas gracias, Dios te lo pague. Mañana mismo la estrenaré.

ENRIQUETA.—¿Por qué mañana? Ahora... Anda, pruébatela.

ANGELINA.—Mujer, ahora...

ENRIQUETA.—¿Qué más da? ¿Te va a dar vergüenza?

ANGELINA.—No... es que me tengo que quitar el corsé.

ENRIQUETA.—Pues te le quitas... Si no es más que eso...

ANGELINA.—No, no... ahora no... hoy no... otro día...

ENRIQUETA.—¿Pero por qué otro día?

ANGELINA.—No sé... déjalo... yo vendré otro día...

ENRIQUETA.—Pero si no es más que probártela. A ver si te crees por lo que dije antes...

ANGELINA.—No, no... Cómo voy a suponer de ti...

ENRIQUETA.—Por eso...

ANGELINA.—Aquello fué una broma.

ENRIQUETA.—Por supuesto...

ANGELINA.—Una broma...

ENRIQUETA.—Entonces, anda, tontina... pruébatela... Vamos, ¿quieres que te desnude yo?

ANGELINA.—No, quita... yo me desnudaré.

(En la puerta de la alcoba se oyen dos golpes secos.)

ENRIQUETITA.—¡Mamá!

CARMENCITA.—Mamá, ¿se puede?

ENRIQUETA.—Un momento, hijas mías, esperad un momento, que me estoy vistiendo. Ahora mismo entraréis.

ANGELINA.—Son tus nenas, ¿no?

ENRIQUETA.—Sí, que vienen de paseo. *(Contrariada.)* ¡No sé por qué las traen tan pronto!

ANGELINA.—*(Con las pupilas clavadas en las de Enriqueta.)* Entonces...

ENRIQUETA.—No, ya no puede ser... *(Se viste a toda prisa, nerviosa y malhumorada.)* Ahora voy, nenitas mías, ahora voy... *(A Angelina.)* Oye, quédate a cenar.

ANGELINA.—*(Tristemente.)* No puedo. No he dicho nada; me estarán esperando y si no voy se asustarán... creerán que me ha ocurrido algo...

ENRIQUETA.—Se lo decimos por teléfono. Ahora mismo, en cuanto yo me vista. Verás cómo no dicen nada.

ANGELINA.—No, por decir, no... ¿Qué van a decir?

ENRIQUETA.—Entonces te quedas, ¿verdad?

ANGELINA.—*(Después de un momento de vacilación.)* No, no... déjalo... otro día... Yo volveré otro día... Ya te avisaré... Hoy no puede ser...

ENRIQUETA.—¿Por qué?

ANGELINA.—Acabaríamos de cenar muy tarde y luego, ¿quén me llevaba?... Sería una perturbación... No, déjalo... Otro día.

ENRIQUETA.—¿No quieres?

ANGELINA.—Yo, sí, pero...

ENRIQUETA.—¿Tú quieres?

ANGELINA.—Yo, sí.

ENRIQUETA.—Pues si tú quieres, todo está arreglado. Ahora mismo lo convengo con Mercedes. Tú no te tienes que meter en nada. Déjame a mí... Les digo por teléfono que te quedas aquí y que yo misma te llevaré mañana... ¿eh?...

ANGELINA.—Mujer...

ENRIQUETA.—Ya está. Ahora mismo lo digo por teléfono. Verás cómo a todos les parece muy bien. Ya está todo arreglado. Esta noche te quedarás aquí. Cenarás en casa y dormirás conmigo.

XIII

A bordo del *Euskaria*, el *yacht* de Echaurri, una mañana de primeros de octubre. Bajo la inmensa bóveda del cielo, limpio, sin una nube, el mar es tan azul, que la playa norteña parece un pedazo de costa levantina. Apenas si la brisa puede rizar las olas y hacer temblar con un leve estremecimiento, en lo alto de los mástiles, los gallardetes que cuelgan desvaídos. La delgada columna de humo que se escapa de la chimenea asciende recta, recta y recta se disuelve en el espacio, vaporosa y sutil. En la lona de la toldilla el sol casi no es más que una mancha de oro, y abajo, en la cubierta, tras la penumbra de la borda, en los tablones baldeados, unas franjas de seda.

Ancló el *Euskaria* lejos de la bahía; tan lejos, que visto desde tierra, tan esbelto y tan blanco, debe parecer en el agua una gaviota que bajó a descansar. Apenas si consigue destacarse la isla de Santa Clara, salpicada de barquitos de vela, los macizos imponentes del Urgull, del Igueldo, del Mendi-Zorrotz y del Arratzain, la herradura de la Concha como una diadema enjoyada de piedrecitas de colores—las casetas de baño—, los blancos edificios inundados de luz, los tejados uniformes y grises de la playa de Gros.

Falta media hora aún para el almuerzo y los invitados entretienen sus ocios charlando animadamente en la toldilla unos de pie, otros sentados en cómodos butacones de mimbre. Lo han visto todo ya. Las señoras, especialmente, no han querido perder un detalle, y acompañadas de los oficiales, muy galantes, muy finos, han recorrido todo el buque, desde el trinquete a la mesana, y desde el puente a la bodega; han bajado por unas escaleras absurdas, haciendo equilibrios inverosímiles y llenándose las manitas de grasas, no obstante los puñados preventivos de estopa, hasta el cuarto de máquinas; han husmeado todos los camarotes, han visto la cocina, la despensa, la enfermería y el botiquín; se han metido en los cuartos de baño, se haa arreglado todas los ricitos en los espejos de los tocadores; se han quedado deslumbradas ante la magnificencia de la cámara, con sus incrustaciones de maderas ricas, sus filetes de oro, su claraboya maravillosa de cristales, sus lámparas magníficas, sus tapices espléndidos, sus soberbios tapetes; han admirado la salita de música, el *fumoir* y la biblioteca; han subido hasta la garita del timonel y se han hecho explicar muy detalladamente el funcionamiento de la telegrafía sin hilos; han hablado con cuatro o cinco marineros, que se han azorado un poco al verse delante de mujeres tan guapas, y, por fin, han llegado otra vez a cubierta muy contentas, muy satisfechas, complacidas como chiquillos ante la sorpresa de un juguete nuevo, muy asombradas de haberlo hallado todo tan en su punto, tan en orden, tan atildado y tan limpio. Han felicitado efusivamente a Echaurri, y Echaurri ha tenido para todas unas frases amables de cordialidad y de galantería.

El almuerzo es todavía aquel almuerzo que se concertó una tarde de carreras en el Hipódromo de Lasarte, hace cerca de un mes, y que por unas o por otras causas se ha ido aplazando hasta hoy. Los invitados son el duque y la duquesa de Hinojares; el conde y la condesa de Fresnedo; Angelina Valdés; María Cramarczic; el conde de Arnedo (la condesa y sus hijas se han ido ya a Madrid); Carlos Monterrey; Germán Atienza y Fernando Alcaraz. Con Echaurri hacen los honores el comandante del *Euskaria* y dos oficiales del *yacht*. Los cuatro van vestidos de blanco.

ECHAURRI.—Señoras y señores: Me van ustedes a hacer el honor de aceptar un *cocktail*. Es un obsequio del comandante. El señor comandante del *Euskaria* tiene el orgullo de decir que no hay en el mundo *barman* de *caravanserail* que sirva un aperitivo como los que prepara el cocinero de este barco. Sería para él una terrible decepción que ustedes no se lo confirmasen.

CARLOS.—Por mi parte testifico que es cierto.

GERMÁN.—Y por la mía. Yo no he tomado jamás en ninguna parte *cocktails* como los de este barco.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Tienen fama los barcos de hacer bien estas cosas. ¿Por qué será?

ECHAURRI.—Muy sencillo. El comandante se lo explicará a ustedes.

EL COMANDANTE. — *(Sonriendo.)* Don Paulino pretende que el secreto estriba en que se agita bien la cotelera.

ECHAURRI.—Como que se la encajan a un marinero y el infeliz se está tres horas dale que le das.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pues mire usted; es posible.

EL COMANDANTE.—Hay algo más que la cotelera.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Desde luego. Era una broma.

EL COMANDANTE.—Ahora verán ustedes. *(Hace una seña y aparecen cuatro marineros; el primero trae una gran bandeja con vasitos llenos de un líquido de color de miel; otros dos, cuatro grandes coteleras de níquel con dos coladores preparados para repetir, y el último una cajita de sándalo y plata con cigarrillos habanos, turcos, rusos y egipcios y un mechero de alcohol. Lo dejan todo sobre el velador y desaparecen como autómatas.)*

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Después de apurar un sorbo.*) Tenía usted razón, comandante; es exquisito.

MARÍA.—Delicioso.

GABRIEL.—Riquísimo. Verdaderamente muy rico.

ENRIQUETA.—Verdaderamente.

(Siguen los elogios a la bebida. El comandante sonríe envanecido y satisfecho.)

ENRIQUETA.—¿Y cómo se llama esto?

EL COMANDANTE.—No tiene nombre...

ECHAURRI.—Aquí lo llaman *Sirimiri*.

GABRIEL.—¿Sirimiri?... ¿Por qué?

ECHAURRI.—No sé... acaso porque, como esa lluvia, *cae* sin sentir...

EL CONDE DE FRESNEDO.—No está mal.

(María Cramarczic coge de la cajita de sándalo un cigarro y lo enciende con la llamita de alcohol; cruza una pierna sobre otra; apoya la cabeza en el respaldo del sillón; aspira con delicia algunas bocanadas, y luego, cerrando los labios, va devolviendo el humo en un hilito gris.)

ENRIQUETA.—Hombre, yo también voy a fumar un cigarro. *(Toma otro de la caja, lo enciende como lo hizo María, da un par de chupadas y en seguida arruga graciosamente el rostro con un mohín de desagrado.)* No me gusta. (*Tira el cigarrillo.*) Decididamente no soy elegante.

MARÍA.—No es cosa de elegancia; es costumbre. Yo fumo desde muy pequeña. En Viena fuman todas las señoras.

ECHAURRI.—Yo creí que era usted polaca.

MARÍA.—Soy galitziana; de Cracovia; pero me he educado en Viena.

ANGELINA.—¿Me presta usted un instante los gemelos, Echaurri?

ECHAURRI.—*(Los saca del estuche y se los da.)* Con alma y vida. Todo lo que usted quiera, Angelina.

ANGELINA.—Muchas gracias. *(Se va hacia la borda, se acomoda en ella, gradúa los gemelos y los enfoca sobre la playa. En seguida vuelve la cabeza y hace una seña con la mano.)* Enriqueta... Enriqueta... ven.

ENRIQUETA.—(*Acercándose.*) ¿Qué quieres?

ANGELINA.—Nada, que estés aquí conmigo.

ENRIQUETA.—Ah, yo creí que me llamabas para algo.

ANGELINA.—Para que estés conmigo. ¿Es que no quieres estar conmigo?

ENRIQUETA.—Sí, rica, ¿por qué no?

ANGELINA.—¡Con lo que yo te quiero!

ENRIQUETA.—Y yo a ti.

ANGELINA.—No, tú no... Tú a mí no me quieres...

ENRIQUETA.—¡Tontona! (*Le quita los prismáticos y se pone a mirar a la playa.*)

EL COMANDANTE.—(*Empuñando una de las coteleras.*) ¿Otro vasito?

ALCARAZ.—Encantado.

MERCEDES.—(*Poniendo la mano sobre el suyo.*) Yo no quiero más... muchas gracias. Es demasiado fuerte para mí.

EL COMANDANTE.—(*A Gabriel.*) ¿Usted, duque?

GABRIEL.—Bueno.

EL COMANDANTE.—(*A Arnedo.*) ¿Y usted, conde?

EL CONDE DE ARNEDO.—También. (*El comandante sigue llenando vasos.*)

ANGELINA.—Oye, Enriqueta; ¿qué vas a hacer luego cuando salgamos de aquí?

ENRIQUETA.—No sé; lo que digan... No tengo plan para esta tarde. ¿Por que lo preguntabas?

ANGELINA.—Por nada.

ENRIQUETA.—¿Querías algo?

ANGELINA.—(*Ruborizándose.*) No, nada... saberlo... Porque si tú no tenías nada que hacer le diría a Mercedes que me iba contigo... Y luego tú me acompañabas.

ENRIQUETA.—Hija, eso depende de lo que se propongan hacer ellos.

ANGELINA.—Sí... claro...

ENRIQUETA.—Por mí...

ANGELINA.—Ya lo sé.

EL CONDE DE ARNEDO.—(*Cogiendo a Carlos disimuladamente de un brazo y llevándosele de la toldilla.*) Oye, Carlitos, ¿me puedes hacer un favor?

CARLOS.—Querido conde, todo lo que usted diga. Usted me manda siempre.

EL CONDE DE ARNEDO.—Necesito hablar unos momentos con Echaurri y quiero que tú me proporciones la entrevista.

CARLOS.—¿Yo?

EL CONDE DE ARNEDO.—Tú. Verás. Hace quince días que ando detrás de este hombre sin haber conseguido dar con él, por lo menos en las condiciones en que me hace falta. Estuve dos veces en su hotel a buscarle. Me recibió muy atento, muy fino, pero siempre delante de gente; y como delante de gente no le podía hablar como yo quería, resulta que he perdido el tiempo, y lo que es peor, me he colocado en una situación algo violenta para volver, ¿comprendes?

CARLOS.—Comprendido.

El conde de Arnedo.—Dos o tres veces he querido invitarle a comer, pero fuera casualidad o excusa, siempre le he encontrado comprometido. Este hombre tiene tantos amigos, conoce tanta gente...

Carlos.—Mucha.

El conde de Arnedo.—Lo cierto es que no consigo verle a solas. Esto está dando las boqueadas; se está marchando todo el mundo; dentro de quince días no queda un alma aquí; yo soy el primero que necesito irme y no me quiero ir sin haber hablado antes con él.

Carlos.—¿Y qué es lo que yo puedo hacer?

El conde de Arnedo.—Muy sencillo. Tú, que tienes con él gran confianza, procura cogerle diez minutos a solas con el pretexto que mejor te parezca; yo estaré al cuidado, me acercaré, y cuando me acerque tú te escurres.

Carlos.—Muy bien.

El conde de Arnedo.—¿Quedamos en ello?

Carlos.—Por mí, con muchísimo gusto.

El conde de Arnedo.—Pues anda.

Carlos.—Dejaré pasar un rato para que no parezca...

El conde de Arnedo.—Sí, sí... a tu aire.

Carlos.—No me pierda usted de vista.

El conde de Arnedo.—Muchas gracias, Carlitos.

Carlos.—Mi querido conde, usted me manda siempre. (*Se separan.*)

Angelina.—Oye, si encontramos un pretexto «bien» para separarnos de ellos, ¿quieres que vayamos a tu casa?

Enriqueta.—No, porque estarán las nenas.

Angelina.—(*Muy mimosa.*) ¡Ves..., cómo no quieres nada conmigo!...

Enriqueta.—Mira, Angelinín; tú eres una chiquilla, muy chiquilla y muy impresionable. Tomas las cosas con demasiada vehemencia, eres un poquito peligrosa y yo no quiero responsabilidades.

Angelina.—No, no; si yo no lo decía por eso... ¿Es que te vas a figurar tú?...

Enriqueta.—Te digo que no quiero responsabilidades. Estas cosas se pueden hacer cuando vienen rodadas, muy rodadas... y una vez en la vida... nada más... Buscarlas, nunca... y menos tú, que eres una chiquilla

muy buena, con el alma muy limpia, y que no estás todavía, afortunadamente para ti, en este tren, ni quiera Dios que lo estés nunca... No quiero tener remordimientos contigo... No quiero.

ANGELINA.—Sí, pues ya ves... tú has tenido la culpa...

ENRIQUETA.—Es verdad; yo he tenido la culpa, y, por lo mismo que la he tenido, no quiero seguir teniéndola.

ANGELINA.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Vamos, no seas tonta... Tranquilízate, no pienses en ello, procura distraerte... Después de todo, esto no es más que imaginación; se cura con un poquito de buena voluntad.

ANGELINA.—No, no; si es que ya no me quieres.

ENRIQUETA.—¡Tontona!

MERCEDES.—(*Acercándose.*) ¿Qué hacéis?

ENRIQUETA.—Nada; charlando aquí de tonterías y mirando a la playa.

MERCEDES.—Oye: ¿qué le has hecho a Angelina que no sabe estar sin ti?

ENRIQUETA.—(*Riendo.*) Mujer, nada; ¿qué quieres que haga yo? Cuestión de simpatía. Es muy buena esta chica.

MERCEDES.—¿Verdad que sí?

ANGELINA.—Vosotras sí que sois buenas conmigo.

MERCEDES.—Le vamos a buscar un novio. Me tienes que ayudar, Enriqueta.

ENRIQUETA.—Cuenta conmigo. Cuando has llegado se lo estaba diciendo. Es lo que a esta chica le está haciendo falta.

MERCEDES.—¿Hablabais de ello?

ENRIQUETA.—Precisamente.

MERCEDES.—¿Y a quién habíais echado el ojo?

ENRIQUETA.—A Echaurri. ¡Mira tú que si le pudiéramos pescar!...

MERCEDES.—Echaurri es demasiado viejo. Di que no, chica. Tú cásate con un joven, con un muchacho...

ANGELINA.—Sí, sí..., buenos están los muchachos para casarse. *(Siguen departiendo, sin apartarse de este tono frívolo.)*

(Echaurri se ha levantado y se dirige hacia una escotilla, acaso para enterarse de cómo va el almuerzo.

Carlos le sigue y le da con la mano en el hombro.) Un momento, Echaurri.

ECHAURRI.—*(Volviéndose.)* ¿Qué quiere usted?

CARLOS.—¿Puede usted oirme dos palabras?

ECHAURRI.—*(Hace un gesto de asentimiento y se retira con Carlos hacia la borda de estribor.)* Dígame.

CARLOS.—Tengo, Echaurri, cerca de usted una misión muy... fastidiosa.

ECHAURRI.—¿Qué es ello?

CARLOS.—El pelmazo de Arnedo quiere hablar con usted.

ECHAURRI.—¿De qué?

CARLOS.—No sé... No me lo ha dicho ni se lo he preguntado. Sé únicamente que le quiere hablar y me ha encargado que le facilite la entrevista.

ECHAURRI.—¿Se lo ha dicho a usted así?

CARLOS.—No; todo lo contrario. El desea que la entrevista parezca casual, y para ello me ha distribuído a mí el papelito de Cirineo.

ECHAURRI.—Ya...

CARLOS.—El plan es que yo le sujete a usted y cuando le tenga a usted bien sujeto presentarse de pronto él y que yo me escurra. De modo que ya lo sabe usted. Ahora usted hace lo que quiera. Si quiere usted hablar, habla, y si no, márchese usted y yo le diré que, a pesar de toda mi habilidad, no pude retenerle.

ECHAURRI.—No, ¿qué más da?

CARLOS.—Creo lo mismo. Además, que este hombre es muy terco y no ceja. Si no lo consigue hoy, insistirá mañana y el otro... Se ve que tiene decidido interés en hablarle.

ECHAURRI.—Ya lo había observado... Ha estado dos días a buscarme en el hotel y me ha invitado a comer dos o tres veces... Anda siempre rondándome... No sé qué buscará.

CARLOS.—¿Usted no sospecha?

ECHAURRI.—Ni la menor idea. ¿Y usted?

CARLOS.—Tampoco.

ECHAURRI.—Lo mejor será hablar y acabar de una vez. Veremos lo que quiere.

CARLOS.—Sí; es lo mejor. *(Una pausa.)*

ECHAURRI.—¿Qué clase de hombre es ese Arnedo?

CARLOS.—¡Para qué voy a decirle nada! Usted lo verá.

ECHAURRI.—Dicen que es listo.

CARLOS.—Demasiado listo.

ECHAURRI.—Mejor. Así acabaremos antes. Yo con los listos me he entendido siempre muy bien.

CARLOS.—Esa frase se la he oído a usted otras veces aplicar a los pillos.

ECHAURRI.—Es lo mismo. En el argot social, listeza y pillería son sinónimos.

CARLOS.—Aquí viene ya el hombre.

ECHAURRI.—Pues ahora saldremos de dudas.

EL CONDE DE ARNEDO.—*(Acercándose muy despacio.)* Está la mañana deliciosa.

ECHAURRI.—Estupenda.

EL CONDE DE ARNEDO.—No sé cómo se encontrarán en San Sebastián a estas horas, pero aquí está uno deliciosamente. Voy a concluir por creer que tienen, en efecto, razón los que aseguran que no hay nada como la vida en el mar.

ECHAURRI.—Sí, sobre todo con tiempo bueno y en un puerto seguro.

EL CONDE DE ARNEDO.—¡Quién pudiera tener un *yacht!*

ECHAURRI.—¡Bah!

EL CONDE DE ARNEDO.—Le aseguro a usted, sin adulación, que se lo envidio muy de veras.

ECHAURRI.—¿Envidiar? No. No vale la pena. No se debe envidiar más que lo imposible.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿A qué llama usted lo imposible?

ECHAURRI.—A lo que no depende de uno, a lo que está por encima de nosotros, de la voluntad y del esfuerzo... lo que no podremos obtener jamás por mucho que queramos: la vida, la salud, las cualidades físicas *(Mirándose instintivamente las manos.);* pero los bienes materiales, las comodidades, la riqueza, todo lo que depende de nosotros, lo que está a nuestro alcance, ¿por qué? Todo eso es fácil, relativamente fácil... todo eso se puede alcanzar. No hay más que proponérselo.

CARLOS.—Hasta luego. *(Se va.)*

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Usted cree que no hay más que proponérselo?

ECHAURRI.—Nada más.

El conde de Arnedo.—Usted habla así porque no ve más que su caso. Pero su caso es excepcional. Usted, Echaurri, es un hombre extraordinario.

Echaurri.—No. Soy sencillamente un hombre que ha trabajado mucho y a quien ha acompañado muchísimo la suerte.

El conde de Arnedo—¿Cree usted de veras en la eficacia de la suerte?

Echaurri.—No hay más remedio que creer en ella. Es un factor esencial en la vida. No se puede prescindir de él.

El conde de Arnedo.—Pero siempre secundada por el esfuerzo y por la voluntad.

Echaurri.—Naturalmente.

El conde de Arnedo.—De acuerdo. *(Pausa.)* Pues yo, señor Echaurri, también he trabajado mucho, de otro modo que usted, pero también he trabajado. Y como la suerte no me desampare, pienso cosechar en breve el fruto de mi trabajo.

Echaurri.—Será muy justo.

El conde de Arnedo.—Sí, señor. Y ya que ha entrado la conversación así rodada, quiero hacerle a usted confidente de una legítima aspiración mía que desde algunos años a esta parte viene constituyendo lo que podríamos decir el objetivo de mis aspiraciones y el remate de todos mis esfuerzos. Voy a confiarle a usted un secreto que no sabe nadie.

Echaurri.—¿Nadie?

El conde de Arnedo.—Casi nadie... Muy poquísima gente... mi familia... algún íntimo...

Echaurri.—*(Levantando la mano con ademán denegatorio.)* Entonces no me lo diga usted. Sería para mí una enorme preocupación pensar que ese secreto pudiera traslucirse y que era yo uno de los pocos iniciados en él. Prefiero no saberlo.

El conde de Arnedo.—No, si después de todo no tiene nada de particular. Tarde o temprano tiene que saberse.

Echaurri.—Siendo así...

El conde de Arnedo.—Yo, señor Echaurri, me propongo ser ministro.

Echaurri.—Ah...

EL CONDE DE ARNEDO.—Quiero ser ministro de Hacienda.

ECHAURRI.—Muy bien, pero vamos, eso no es precisamente una sorpresa.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Lo sabía usted?

ECHAURRI.—Lo había oído decir.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿A quién?

ECHAURRI.—No sé... a la gente...

EL CONDE DE ARNEDO.—Es que lo seré muy pronto. Muy pronto. Mucho antes quizá de lo que la gente imagina.

ECHAURRI.—Mi enhorabuena anticipada.

EL CONDE DE ARNEDO.—*(Como si hablara para él solo.)* Lo seré. Y el día que lo sea usted verá lo que yo valgo, Echaurri. Usted no me conoce todavía, no hay por qué tampoco... no nos hemos tratado. Usted no sabe de mí más que lo que buenamente hayan querido contarle.

ECHAURRI.—Yo no hago caso nunca de lo que me cuentan.

EL CONDE DE ARNEDO.—Hace usted bien, porque es el medio mejor de no equivocarse nunca.

ECHAURRI.—El mejor, no; el único.

EL CONDE DE ARNEDO.—Exacto. Repito, para no divagar, que el día que yo llegue a ministro usted verá lo que soy. Yo tengo grandes planes, Echaurri; planes muy vastos, muy maduros, estudiados muy sólidamente, entramados muy bien todos los hilos para no fracasar... No son cosas de un día... he trabajado mucho, mucho, sin que nadie lo sepa... Como esas arañas que se afanan de noche he ido elaborando mis planes en secreto... no falta más que la oportunidad de llevarlos a la práctica... la ejecución. Y llegará. Yo le aseguro a usted que llegará, y cuando llegue no seré tan necio que la desperdicie. Todo lo tengo perfectamente calculado. Con seis meses me basta. Y después que digan lo que quieran. Ahora bien, yo no puedo hacer esto solo. Para llevar a cabo mis proyectos con la certidumbre de un éxito seguro necesito una persona que se identifique conmigo; una persona muy inteligente, muy independiente, alejada de la política militante, de una honorabilidad a cubierto de toda sospecha, que pueda dispo-

ner en un momento de grandes cantidades, una persona de gran posición. Con usted se puede hablar sin eufemismos. Voy a hacerle una proposición a la americana. Me hace falta un hombre. Ese hombre es usted. ¿Puedo contar con usted, Echaurri?

ECHAURRI.—Puede usted contar... con que le guardaré el secreto de esta conversación.

EL CONDE DE ARNEDO.—¡Echaurri!

ECHAURRI.—¡Conde!

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Se ha ofendido usted acaso?

ECHAURRI.—No. Yo no me ofendo por nada.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Es entonces que duda usted de mí?

ECHAURRI.—Tampoco. Ni es virtud ni es desconfianza; es... cansancio. Yo soy muy rico, conde, muy rico; mucho más de lo que usted se figura; mucho más de lo que cree la gente... He trabajado mucho, he luchado mucho por la vida y empiezo ya a sentir la necesidad de descanso. Me hace falta reposo.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Reposo? ¿Usted? Pero si es usted un roble.

ECHAURRI.—Reposo... moral... Tengo el alma muy vieja y muy gastada. La tengo intoxicada de dinero... puede que no muy limpio. Necesito airearla un poco, purificarla...

EL CONDE DE ARNEDO.—Echaurri...

ECHAURRI.—Somos dos hombres, conde, que podemos tener hablando a solas la sinceridad de las palabras y desnudar los pensamientos... Me pesa el dinero... No quiero más. Quiero reposo, tranquilidad, honestidad, olvido... Cualquier día le contarán a usted que me retiro de los negocios. Pienso liquidar muy pronto todos mis asuntos.

EL CONDE DE ARNEDO.—Pero eso es un crimen... Usted no tiene derecho a hacer eso... Eso sería una deserción, y usted es demasiado fuerte para desertar.

ECHAURRI.—¿Quién me lo va a impedir?

EL CONDE DE ARNEDO.—Usted mismo en cuanto pase este instante de abatimiento y vuelva otra vez la serenidad y la razón.

ECHAURRI.—Ahora es cuando estoy en plena razón.

EL CONDE DE ARNEDO.—No lo creo. Tanto no lo creo,

que abrigo la esperanza de que hablaremos otro día. Le emplazo a usted. Yo le convenceré.

ECHAURRI.—Perderá usted el tiempo, y un hombre como usted no le debe perder.

EL CONDE DE ARNEDO.—No le perderé. Yo no pierdo nunca nada de lo que me hace falta, y usted es el único hombre de España que yo necesito.

ECHAURRI.—Ha llegado usted demasiado tarde.

EL CONDE DE ARNEDO.—No.

ECHAURRI.—Sí; ha llegado usted tarde. Si hace cuatro años me hubiera usted conocido, no sé... es posible... puede que hubiéramos podido todavía entendernos.

EL CONDE DE ARNEDO.—Seguramente.

ECHAURRI.—No sé... puede que sí... Hoy ya no.

EL CONDE DE ARNEDO.—Lo siento.

ECHAURRI.—Yo también.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿No me guarda usted rencor?

ECHAURRI.—¿Por qué?

EL CONDE DE ARNEDO.—Por mi... franqueza.

ECHAURRI.—No. A un hombre como yo se le debe hablar siempre como me ha hablado usted. Ya ve cómo yo he contestado con la misma rudeza.

EL CONDE DE ARNEDO.—Entonces, ¿puedo seguir contando con su amistad?

ECHAURRI.—¿Por qué no?

EL CONDE DE ARNEDO.—Es que algún día, si no de la manera que yo deseaba, es posible que tenga necesidad de usted.

ECHAURRI.—¿Para qué?

EL CONDE DE ARNEDO.—Para una orientación... para un consejo...

ECHAURRI.—Usted no necesita consejos.

EL CONDE DE ARNEDO.—De usted, sí.

ECHAURRI.—Si usted los necesitara yo se los daría.

EL CONDE DE ARNEDO.—Gracias, Echaurri.

ECHAURRI.—No hay de qué, conde. *(Levantando la voz y dirigiéndose al comandante, que pasa en este instante por delante de ellos.)* Comandante, ese almuerzo.

EL COMANDANTE.—*(Consultando el reloj.)* Faltan veinte minutos, don Paulino.

ECHAURRI.—Pero dentro de veinte minutos, ¿estará?

EL COMANDANTE.—Estará. (*Desaparece por la escotilla.*)

EL CONDE DE ARNEDO.—No pierdo la esperanza de convencerle a usted.

ECHAURRI.—Es inútil, Arnedo.

GERMÁN.—(*Que acaba de aproximarse con María Cramarczic y el conde de Fresnedo.*) Oiga usted, Echaurri; acabo de hacer a María una proposición maravillosa, para cuya realización necesito de la complicidad de usted.

MARÍA.—No le haga usted caso. Este hombre no es sino un romancero.

ECHAURRI.—Ante todo aclaremos la frase. ¿Qué quiere usted decir con romancero? ¿novelero o romántico?

MARÍA.—Las dos cosas.

ECHAURRI.—Siendo así, está bien aplicada. Veamos, sin embargo, la proposición.

MARÍA.—No le haga usted caso.

GERMÁN.—Le decía a María que si yo fuera el propietario de este *yacht* hoy les daría a mis invitados una sorpresa desconcertadora.

ECHAURRI.—¿Cuál?

GERMÁN.—Un viaje. Encargaría al comandante que en cuanto nos viera sentados a la mesa diera orden de zarpar, muy despacio, muy despacio, para que nadie se enterase; echaría un narcótico en los vinos, y cuando los invitados despertaran se encontrarían en alta mar.

ECHAURRI.—¿Nada más que eso? Pues por mí no hay inconveniente. Ahora mismo. Vamos a decírselo al comandante.

MARÍA.—No; por Dios, no... que yo me mareo mucho.

GERMÁN.—Va usted a ir narcotizada. No se va usted a enterar.

MARÍA.—Me enteraría cuando despertara.

GERMÁN.—Es que para entonces yo reservo la segunda sorpresa.

ECHAURRI.—Ah, pero ¿hay otra sorpresa?

GERMÁN.—La definitiva. Verá usted. Hemos estado navegando toda la noche. Al amanecer damos vista a una isla desierta.

ECHAURRI.—Le advierto a usted que quedan ya muy pocas... y las pocas que hay están muy lejos.

GERMÁN.—No importa. Daríamos con ella.

ECHAURRI.—Si usted se empeña...

GERMÁN.—Es necesario.

ECHAURRI.—Bien.

GERMÁN.—Una vez a la vista de la isla desierta, siempre de acuerdo previamente con el comandante, simularíamos un naufragio. Ya se sabe lo que son estas cosas. Momentos terribles de confusión... desolación, espanto, azoramiento... sálvese el que pueda...

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Con entonación cómica.*) Horrible.

GERMÁN.—De pronto, María Cramarczic cae al agua...

MARÍA.—Gracias.

GERMÁN.—Cae al agua; pero en el instante en que se cree ya perdida, unos brazos robustos la salvan de la muerte y la depositan en un bote. María, naturalmente, se ha desmayado. Al volver en sí, se encuentra con que el hombre que la ha salvado he sido yo... El buque está ya lejos... María y yo nos ponemos a bogar, y desfallecidos, medio muertos, logramos arribar a la isla desierta y en ella nos instalamos. Yo, desde el primer día, no tengo para usted más que ternuras, respeto, delicadezas, atenciones, un verdadero y grande amor. ¿Qué haría usted, María?

MARÍA.—Hombre, no lo sé...

GERMÁN.—Reflexione usted un poco. Yo no le soy a usted del todo antipático.

MARÍA.—No, no...

GERMÁN.—Usted tiene por mí una gran simpatía...

MARÍA.—Hombre, mucha... mucha...

GERMÁN.—Bueno, pero aunque poca la hay...

MARÍA.—(*Vacilando.*) Sí.

GERMÁN.—Pues vuelvo a repetir: ¿qué haría usted?

MARÍA.—No sé; pone usted un caso tan excepcional...

GERMÁN.—El único posible para que pueda usted quererme.

MARÍA.—A mí este caso no se me ha presentado nunca ni creo que se me presentará jamás en la vida. Soy poco aficionada a los viajes por mar. Me mareo mucho. Puedo estar absolutamente tranquila de que no me pasará nunca nada de esto.

ECHAURRI.—No se puede decir nada.

MARÍA.—Yo puedo decirlo.

ECHAURRI.—Le advierto a usted, María, que también en la vida hay islas desiertas.

MARÍA.—Por los mares que yo navego no las hay.

ECHAURRI.—Se equivoca usted, señora; las hay y son terriblemente peligrosas.

MARÍA.—Ah, ¿sí?

ECHAURRI.—Muy peligrosas.

MARÍA.—¿Y dónde están?

ECHAURRI.—En todas partes y en todos los momentos. Se llaman la ocasión, las circunstancias y la casualidad.

MARÍA.—Ya, ya... Es por eso, sin duda, que yo no quiero embarcarme. (*Todos se ríen.*)

CARLOS.—(*A Fernando Alcaraz, en la toldilla.*) ¡Pero qué te pasa, hombre, qué tienes que estás tan aplanado! (*Fernando se encoge de hombros con ademán de mal humor.*) Si que estás bueno. ¿Qué te ocurre? ¿Se puede saber?

FERNANDO.—(*Abatidísimo.*) Estoy muy disgustado.

CARLOS.—¿Sigues perdiendo?

FERNANDO.—Voy de cabeza.

CARLOS.—No será porque no te lo he dicho. ¡Me hubieras hecho caso!

FERNANDO.—No me des consejos. Desgraciadamente, he llegado a un límite en que los consejos no me sirven de nada, como no sea para desesperarme más. No son consejos lo que necesito. Es dinero.

CARLOS.—Pero, ¿así estás?

FERNANDO.—No tengo una peseta.

CARLOS.—¡Fernando!

FERNANDO.—Tengo, pero como si no. No puedo disponer de ellas ahora... Las tiene mi padre. Me quedan unos catorce o diez y seis mil duros.

CARLOS.—¿Nada más?

FERNANDO.—Nada más.

CARLOS.—¿De modo que te has gastado en ocho meses?...

FERNANDO.—Unos treinta mil.

CARLOS.—Sí que te has dado prisa. ¿Y qué piensas hacer?

FERNANDO.—No sé. Mi padre tiene esos catorce o quince mil duros, que son míos, pero ¿con qué cara se

los pido yo? Y necesito dinero. No tengo más remedio que hacerme con él, sea como sea... Oye, ¿tú no sabes quién me podría prestar hasta diciembre aunque no fueran más que quince mil pesetas?

CARLOS.—Aquí, no sé... Si estuviéramos en Madrid...

FERNANDO.—Toma, toma, en Madrid...

CARLOS.—Como no sea Hinojares.

FERNANDO.—No, amigos, no... nada de amigos; nada de favores. No me gusta deber a nadie favores de esta índole... Yo no me rebajo... es cuestión de orgullo. Además, que te los den o no te los den, todo se sabe y te desacreditas. Prefiero el préstamo franco. No tienes que agradecer nada a nadie; contratas, firmas, cobras, devuelves, liquidas y en paz. Y a otra cosa. Yo quiero un prestamista. Aquí seguramente los habrá como en todas partes.

CARLOS.—Seguramente.

FERNANDO.—Tú, ¿no sabes?

CARLOS.—Me enteraré.

FERNANDO.—Oye, ¿tú crees que Arnedo...? (*Carlos hace signos negativos con la cabeza.*) Mira que a mí me han dicho...

CARLOS.—Es posible. Pero Arnedo a ti no te da dinero.

FERNANDO.—¿Crees que no le ofrezco garantías?

CARLOS.—No.

FERNANDO.—¡Cómo que no!

CARLOS.—Quiero decir que no es por eso. Arnedo, efectivamente, presta dinero; te han informado bien. Aun cuando él protesta indignadísimo cuando se aventura sobre este punto la menor alusión, lo cierto es que lo hace, me consta; pero él no da jamás la cara; se vale de agentes; el contrato se firma siempre a nombre de tercera persona, y sólo en caso de ejecución aparece él para hacerlo efectivo como si fuese un crédito endosado. Además, se dedica casi exclusivamente a hipotecas. Casi todas las casas que tiene las ha adquirido así. Para que Arnedo facilite un préstamo no hay más remedio que entenderse con el agente.

FERNANDO.—¿Y quién es el agente?

CARLOS.—En Madrid conozco yo dos.

FERNANDO.—En Madrid... en Madrid... Volvemos a lo

mismo. Yo no puedo esperar. Oye, tú que tienes con él gran confianza, ¿por qué no se lo indicas?

CARLOS.—Porque es inútil. Me enviaría con cajas destempladas. ¿No comprendes que precisamente lo que él quiere es que no se sepa? ¿Cómo te lo iba a dar ti? ¡Ni soñarlo! No te hagas ilusiones.

FERNANDO.—¿Y si fuera a ti a quien se lo diese? También podíamos hacer eso. Que te lo diera a ti y tú y yo luego nos entendiéramos.

CARLOS.—¿A mí? Menos.

FERNANDO.—Entonces, ¿qué hacemos?

CARLOS.—Buscar por otro lado. Con Arnedo es inútil. Además, que a ti no te conviene. Es muy expuesto para ti. En cuanto realices la gestión, favorable o desfavorable, te has cerrado las puertas con su hija.

FERNANDO.—Por cerradas.

CARLOS.—¡Cómo! ¿Has desistido ya de María Pepa?

FERNANDO.—Sí.

CARLOS.—¿Te has aburrido? Era natural. Ya me lo figuraba.

FERNANDO.—No es por eso. Al contrario. Precisamente ahora es cuando ella estaba más complaciente conmigo.

CARLOS.—Ah, ¿sí?

FERNANDO.—Sí.

CARLOS.—Entonces...

FERNANDO.—No me gusta esa mujer. Está demasiado delgada.

CARLOS.—¿Te enteras ahora? Eso pudiste verlo desde el primer día.

FERNANDO.—Es que vestida aparenta otra cosa. Desnuda es la pobrecita un almacén de huesos. No tiene nada; ni líneas, ni formas... nada... un desastre.

CARLOS.—(*Muy admirado.*) ¡Pero la has visto desnuda!

FERNANDO.—(*Sin darle importancia.*) Sí.

CARLOS.—¿De modo que... cayó?

FERNANDO.—No.

CARLOS.—Entonces, ¿qué ha pasado? Cuéntame, hombre, cuéntame; no me has dicho nada. Y es muy curioso. ¿Qué pasó?

FERNANDO.—(*De mal humor y sin ganas de hablar.*) Nada... no pasó nada. Una tarde en Madrid, días antes

de venir a San Sebastián, la metí en un auto, y ya en el auto logré convencerla de que fuera conmigo a un reservado.

CARLOS.—¿Y fué?

FERNANDO.—Le había dado palabra de honor de respetarla.

CARLOS.—¿Y la cumpliste? Te admiro.

FERNANDO.—No me admires. No fué todo virtud. Aunque di mi palabra, ya comprenderás que no pensaba cumplirla. Pero chico, llegó el momento, la desnudé, la vi, y mitad desilusión, mitad remordimiento..., yo no sé lo que pasó por mí, lo cierto es que le hice una caricia y la dejé.

CARLOS.—¿Y ella?

FERNANDO.—Vete a saber lo que en aquel momento pensaría. Luego, la he visto agradecida y satisfecha. Hemos quedado como buenos amigos.

CARLOS.—Más vale así.

FERNANDO.—Sí; más vale. Pasado el capricho, habría sido para mí muy desagradable pensar que había perdido en frío a una mujer. Pero, en fin, dejemos esto y vamos a lo que importa. ¿Dónde encontraría yo dinero, Carlitos?

CARLOS.—Yo te lo buscaré.

FERNANDO.—¡Chico, si me lo encuentras!

CARLOS.—No te preocupes; yo te lo buscaré. (*Se levanta y se acerca al conde de Arnedo, que pasea pegado a la borda con gesto pensativo.*) ¿Habló usted con Echaurri?

EL CONDE DE ARNEDO.—Sí.

CARLOS.—¿Y qué?

EL CONDE DE ARNEDO.—(*Encogiéndose de hombros.*) Es un egoísta. No va más que a lo suyo.

CARLOS.—¿Le ha propuesto usted algo?

EL CONDE DE ARNEDO.—Un gran negocio.

CARLOS.—¿Y no ha querido aceptar? (*Arnedo dice que no con la cabeza.*) Bueno; no hay que desesperar. Puede que rectifique. (*Arnedo se encoge de hombros con ademán de duda. Carlos se aparta de él y se acerca a Echaurri, que en este momento se acaba de separar del grupo que forman Germán, Fresnedo y María Cramarczic.*) ¿Se arrancó ya ese hombre?

ECHAURRI.—Sí.

CARLOS.—¿Y qué quería?

ECHAURRI.—Una cosa no muy limpia.

CARLOS.—¿Qué concepto ha formado usted de él?

ECHAURRI.—Deplorable.

CARLOS.—(*Sonriendo.*) Lo suponía.

ECHAURRI.—Más deplorable seguramente de lo que usted supone. Es un bandido. Y como todos los bandidos, torpe y bruto.

CARLOS.—Pues por ahí tiene fama de listo.

ECHAURRI.—La listeza del falsificador. Si no fuera hijo de quien es, estaría ya fichado a estas horas en el gabinete antropométrico. Pero no hay que perder la esperanza. Si algún día triunfa el bolcheviquismo y le secuestran la fortuna, todavía le verá usted organizando timos del entierro.

CARLOS.—¡Hombre!

ECHAURRI.—Lo lleva en la sangre.

CARLOS.—Pues será ministro de Hacienda. Y muy pronto.

ECHAURRI.—Me abrocharé cuando entre en su despacho. (*Da media vuelta y se acerca a saludar a María Cramarczic, que viene en busca de él.*)

EL CONDE DE ARNEDO.—(*Se aproxima a Carlos.*) Oye, hablabais de mí, ¿verdad? ¿Qué decía Echaurri?

CARLOS.—Nada; que es usted un hombre muy agradable y muy inteligente.

EL CONDE DE ARNEDO.—¿Te ha dicho eso?

CARLOS.—Me ha hecho grandes elogios de usted. Le ha sido usted muy simpático.

EL CONDE DE ARNEDO.—(*Transfigurándose.*) Entonces, ¿tú crees que puede haber aún esperanza?

CARLOS.—Hombre, ¿por qué no? Puede que sí.

EL CONDE DE ARNEDO.—Carlitos, trabájame a Echaurri. Si logras convencerle, el día que yo sea ministro de Hacienda te hago diputado a Cortes, para luego nombrarte gobernador.

CARLOS.—¿Yo gobernador? No estaría mal.

MARÍA.—(*A Echaurri.*) ¿Ha visto usted, señor Echaurri, qué cosas se le ocurren al señor Atienza?

ECHAURRI.—Ya lo he visto, pero eso lo único que demuestra es el gran cariño que le tiene a usted.

MARÍA.—Sí, parece que en verdad él me quiere un poco, pero él a mí no acaba de convencerme.

ECHAURRI.—¿Por qué?

MARÍA.—Es demasiado joven... demasiado ligero...; a mí me gustan los hombres más reflexivos, de más peso.

ECHAURRI.—Sí, como pesar debe pesar muy poco...

MARÍA.—Yo no digo el peso físico... Yo me refiero a...

ECHAURRI.—Comprendido, María, comprendido.

MARÍA.—(*Mirándole con los ojos muy abiertos.*) ¿Usted me comprende?

ECHAURRI.—Admirablemente.

MERCEDES.—(*A Gabriel, sentados los dos en los silliones de la toldilla.*) ¿Qué te parece Echaurri?

GABRIEL.—Hija, no sé... Es difícil en tan poco tiempo formar concepto exacto de un hombre como éste. Si quieres que te hable con franqueza, me desconcierta un poco. No sé todavía qué clase de persona es.

MERCEDES.—Ni yo tampoco. Por eso mismo te lo preguntaba.

GABRIEL.—Por un lado no cabe duda de que es un *parvenu.*

MERCEDES.—Naturalmente. De eso no hay ni que hablar. Por los cuatro costados.

GABRIEL.—Te diré. Es un *parvenu* si nos atenemos a la improvisación de su fortuna y de su condición social. Pero es que esto lo sabemos nosotros. Si no lo supiéramos, si no conociéramos la vida de este hombre, si no tuviéramos de él antecedentes, ¿nos merecería el mismo concepto?

MERCEDES.—Yo creo que sí. Hay cosas que, como tú mismo dices, no se pueden improvisar.

GABRIEL.—Qué sé yo. Depende del sujeto. Yo no sé Echaurri cómo será en el fondo. Desde luego el pasado no le abona mucho. Pero lo que es ahora, hoy por hoy, superficialmente, exteriormente al menos, no se le puede poner ningún reparo. Es de una corrección intachable. Te confieso que conozco poquísimas personas mejor educadas y de más buen sentido.

MERCEDES.—¡Psss!... puede que sí. No te diré que no.

GABRIEL.—Las características distintivas del *parvenu*, lo habrás observado, son el orgullo, la vanidad, la presunción, el alarde constante y ostentoso de la riqueza,

el desdén ofensivo por todo lo que juzgan inferior a ellos. Este hombre es todo lo contrario. Yo le encuentro de una sencillez encantadora.

MERCEDES.—A mí me parece que hay en él mucho de vanidad.

GABRIEL.—Lo habrá, pero no se trasluce.

MERCEDES.—¿Que no? Por Dios, Gabriel, no digas eso. ¿Qué otra cosa más que vanidad puede ser este afán desmesurado de alternar, de exhibirse, de ir a todas partes, de relacionarse precisamente con lo más selecto, con lo más distinguido? Si no hay más que verle. ¡Pobre hombre! Se vuelve loco en cuanto le presentan una persona «bien». ¡Pero es posible que no lo hayas notado!

GABRIEL.—Sí, pero vamos, puede que no sea exclusivamente vanidad.

MERCEDES.—¿Qué puede ser entonces?

GABRIEL.—Buen gusto. Reconozcamos que, con todos sus enormes inconvenientes, la gente «bien», como tú dices, es la más agradable. Además, tiene derecho a ello.

MERCEDES.—¡Tanto como derecho!

GABRIEL.—Derecho, derecho... no pongas esa cara. Se lo dan sus millones, que en la vida moderna son un factor tan considerable como cualquier otro. Acaso el más considerable. La prueba está en que nadie le rechaza y en todas partes se le admite con gusto.

MERCEDES.—Pues a mí este hombre no me acaba de entrar.

GABRIEL.—Es que aún no has podido del todo sustraerte al ambiente de tu familia. Tienes aún demasiados prejuicios.

MERCEDES.—Eso será tal vez. (*Pausa.*) ¿Y no te ha vuelto a hablar?

GABRIEL.—¿De aquello? No. Se conoce que lo deja para Madrid. Ya me indicó que irá una tarde a casa para charlar despacio.

MERCEDES.—¿Y qué piensas hacer?

GABRIEL.—Pues mira, no lo sé. Te aseguro sinceramente que me tiene bastante preocupado. Por una parte, yo desearía que la fundación fuese exclusivamente nuestra. Por otra, si este hombre nos presta desinteresadamente una ayuda considerable, ¿por qué rechazarla?

MERCEDES.—Lo primero que hace falta saber es qué

objetivo persigue. ¿Tú estás seguro de que su ofrecimiento es desinteresado?

GABRIEL.—Mujer, en la forma que lo ha hecho parece que sí. El me dijo que no quería que su nombre apareciese para nada. Era la primera condición que imponía.

MERCEDES.—Y sin más ni más, un hombre como éste, que le ha costado hacer el dinero tantísimo trabajo, ¿se va a desprender, así, de unos millones?

GABRIEL.—No sé. Ya lo veremos.

MERCEDES.—A mí me escama mucho.

GABRIEL.—¿Por qué? ¿No lo hacemos nosotros?

MERCEDES.—Es distinto. Nosotros tenemos motivos muy sagrados.

GABRIEL.—¿Sabes tú acaso los que tiene él? No juzgues nunca por apariencias, ni busques el sentido oculto de las acciones. ¿Por qué pensar mal, cuando lo más sencillo es pensar bien?

MERCEDES.—Sí, sí..., es posible que tengas razón; pero aun así, a mí me da no sé qué... Me parece que no es dinero digno.

GABRIEL.—Ya lo dignificaremos nosotros. Quién sabe si él precisamente nos le dé porque sepa que en nuestras manos se purificará. Además, no hagamos investigaciones sobre la pulcritud del dinero, porque podría resultar que el nuestro no lo fuese tampoco.

MERCEDES.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Ni el nuestro ni ninguno. En el origen de toda fortuna, generalmente hay una infamia. Por eso precisamente es necesario dar. Hay que repartir. Hay que restituir.

ENRIQUETA.—(*A Angelina.*) Anda, Angelina; vamos con Mercedes; no vaya a decir luego que yo te tengo secuestrada.

ANGELINA.—No.

ENRIQUETA.—Me parece a mí que a Merceditas no le hace gracia que estemos las dos juntas.

ANGELINA.—¿Por qué?

ENRIQUETA.—Qué sé yo. He creído notar que le molesta verte tan encariñada conmigo.

ANGELINA.—No, no, no lo pienses... Te aseguro que no... al contrario. Merceditas te quiere mucho. Siempre me habla muy bien de ti.

ENRIQUETA.—Una cosa es que me quiera ella y otra que me quieras tú.

ANGELINA.—Te aseguro que no. Piensas muy mal.

ENRIQUETA.—Por si acaso. Anda, vamos. No resulte luego que tienes un disgusto por mí.

ANGELINA.—¿Disgusto? ¡Qué malísima eres! Si te irás a figurar tú también como Carlos...

ENRIQUETA.—Hijita, yo, por lo menos, tengo algún fundamento.

ANGELINA.—Pues no; te equivocas, te lo juro, Enriqueta; yo te juro que no... En ese terreno que tú piensas, no. Estás equivocada.

ENRIQUETA.—Pero, tonta, si yo no soy como ella... no me enfado.

ANGELINA.—Que te digo que no.

ENRIQUETA.—¡Vamos, Angelinín!

ANGELINA.—¡Qué coraje me da! ¡Pero cómo se van a decir las cosas!

ENRIQUETA.—¿De veras?... ¿de veras?

ANGELINA.—¡De veras! (*Muy solemne y muy seria.*) ¡Te lo juro!

ENRIQUETA.—Bueno, mujer, te creo; no te pongas así.

ANGELINA.—Es que me da mucha rabia que no hagas caso de lo que te digo.

ENRIQUETA.—Contéstame a una pregunta; nada más que a una: ¿de veras no te gusta Mercedes?

ANGELINA.—(*Enfadada.*) No.

ENRIQUETA.—¿Nada, nada?

ANGELINA.—(*Muy seca.*) Nada.

ENRIQUETA.—Será ahora. Otras veces me has dicho que era muy bonita. (*Angelina se encoge de hombros.*) Si te gustaba antes, ¿por qué no te gusta ahora? (*Angelina vuelve a encogerse de hombros, se muerde los labios, y con la punta de un dedito se enjuga una lágrima.*) Mujer, por Dios, cómo eres... No se te puede gastar una broma.

ANGELINA.—Es que me dices unas cosas.

ENRIQUETA.—Pero, después de todo, ¿tiene algo de particular? Aunque fuera verdad, ¿es que no podemos nosotras hablar de ello?... ¿Vas a suponer de mí que te lo digo con el propósito de ofenderte?

ANGELINA.—No.

ENRIQUETA.—Entonces...

ANGELINA.—Es que no es verdad...

ENRIQUETA.—¿Me vas a negar que tú quieres muchísimo a Mercedes?

ANGELINA.—Sí la quiero, pero de otra manera. En el sentido que tú piensas, no.

ENRIQUETA.—Me vas a decir que con lo mimosa que tú eres, con lo cariñosa que tú eres, con lo vehementísima que tú eres, conviviendo juntas, bajo el mismo techo, estando tantas horas solas, no has tenido nunca la tentación... (*Angelina hace signos negativos con la cabeza.*) Pero, tonta, si yo no me enfado; si no se lo voy a decir a nadie, si es un secretito que se quedará entre las dos... ¿por qué no has de tener confianza conmigo?

ANGELINA.—Ya que te pones así, te diré la verdad.

ENRIQUETA.—Vamos, lo ves...

ANGELINA.—Si no es lo que tú crees... si es precisamente todo lo contrario de lo que te figuras. Te lo voy a decir para que te quedes tranquila y me dejes en paz.

ENRIQUETA.—Pero la verdad; no me mientas, que te voy a conocer el embuste en la cara.

ANGELINA.—No te miento. La verdad. Una tarde... hará de esto diez o doce días, yo estaba muy inquieta, muy nerviosa... me acordaba de ti... Nos quedamos solas Mercedes y yo... Y yo, pues, empecé a hablarla... a decirle cosas...

ENRIQUETA.—Y ¿qué?

ANGELINA.—Pues nada, hija; que dió un desplante que me dejó helada. Y ya no me atreví a insistir.

ENRIQUETA.—Haber insistido.

ANGELINA.—No me atreví. Ni tú tampoco te hubieras atrevido. Hay cosas que se leen en los ojos. Estoy segura de que si llego a insistir me pone en la calle y terminamos para siempre.

ENRIQUETA.—Pero entonces, ¿qué clase de mujer es Mercedes? Porque a mí me han asegurado que no le gusta su marido. Tú misma me has dicho que no se hacen jamás una caricia.

ANGELINA.—Jamás.

ENRIQUETA.—Entonces...

ANGELINA.—No sé. Debe de ser una mujer muy fría.

ENRIQUETA.—Por fría que sea. Esto ya no sería frial-

dad; sería el Glacial Artico. No te quepa duda de que alguna compensación debe tener, algún vicio oculto, que ni tú ni yo sabemos todavía.

ANGELINA.—Mujer, un vicio...

ENRIQUETA.—¡Cuántas virtudes que nos parecen intachables se sostienen gracias a la práctica ignorada de un vicio secreto!

ANGELINA.—¿Tú no crees en la virtud?

ENRIQUETA.—En absoluto, no.

ANGELINA.—¡Mujer!

ENRIQUETA.—No conozco ninguna.

ANGELINA.—Ah, pues las hay, las hay. No te quepa duda.

ENRIQUETA.—Nombres, nombres. Dice mi marido que para murmurar bien hay que especificar nombres.

ANGELINA.—Mercedes.

ENRIQUETA.—Mercedes, no; porque es precisamente el caso que estamos discutiendo.

ANGELINA.—Su hermana Marta.

ENRIQUETA.—No la hemos puesto a prueba. Pero, además, Marta tiene su vicio.

ANGELINA.—*(Muy asombrada.)* ¿Marta?

ENRIQUETA.—Que yo sepa, tiene tres: el orgullo, la avaricia y el fanatismo. No hay más que fijarse en la vida que lleva. Todavía cuando Merceditas estaba soltera iba a alguna parte, alternaba, pero ahora... ahora, tú lo ves, no se trata con nadie; no sale de la iglesia, está todo el santo día metida entre frailes y curas; pertenece a las Congregaciones del Santísimo Sacramento, Sagrado Corazón, Guardia de Honor, de la Buena Muerte, del Apostolado de la Oración, de las Conferencias de San Vicente de Paúl, del Sagrario de San Antonio... de...

ANGELINA.—*(Interrumpiéndola.)* Mujer, por Dios; vas a decir también que la religión es un vicio...

ENRIQUETA.—Cuando se convierte en fanatismo, cuando absorbe por entero la personalidad, sí. Y si te parece sacrílego llamarlo vicio, llámalo pasión, exaltación... llámalo como quieras. Yo lo que te digo es que no se puede vivir sin algo que llene la imaginación y el pensamiento. Vicio o virtud, necesitamos algo en que soñar a todas horas, algo que nos compense del prosaico aburrimiento de la vida.

ANGELINA.—Eso sí que es verdad.

ENRIQUETA.—Todos tenemos nuestro vicio. A la vista u oculto, confesable o inconfesable, todos le llevamos. Lo difícil de averiguar es el de cada uno. ¿Tu vicio cuál es, nena?

ANGELINA.—*(Entornando los ojos.)* Mi vicio eres tú.

ECHAURRI.—*(A Fresnedo consultando el reloj.)* Me dijo el comandante que almorzaríamos a las doce y media; faltan dos minutos y...

EL COMANDANTE.—*(Apareciendo por la escotilla.)* Don Paulino... cuando ustedes quieran.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Puntual el comandante.

ECHAURRI.—Ya me extrañaba a mí. *(Alzando la voz.)* Señoras, caballeros... El almuerzo está servido. Cuando ustedes gusten.

(Todos se agrupan y se disponen a bajar.)

ANGELINA.—*(A Enriqueta.)* ¿Vamos a ir a tu casa?

ENRIQUETA.—No, hoy no. Esta tarde no puede ser.

ANGELINA.—¿Cuándo entonces?

ENRIQUETA.—Ya te avisaré.

ANGELINA.—Muy bien. Está muy bien. Descuida, que no te lo volveré a decir nunca más. *(Se va muy ofendida.)*

CARLOS.—*(Acercándose a Enriqueta.)* ¡Gracias a Dios! Creí que no te iba a poder hablar en todo el día.

ENRIQUETA.—¡Qué angustia de mujer! No me la puedo quitar de encima. ¡Qué pesada se pone!

CARLOS.—Tú has tenido la culpa.

ENRIQUETA.—Bueno, ¿qué? ¿Has arreglado eso?

CARLOS.—Sí... ya está.

ENRIQUETA.—*(Brillantes los ojos de alegría.)* Entonces mañana...

CARLOS.—*(Bajando mucho la voz.)* Esta tarde...

ENRIQUETA.—*(Transfigurada.)* ¡Esta tarde!

CARLOS.—A las seis.

ENRIQUETA.—¡Titín de mi alma!

CARLOS.—¡Chiss...! *(Le ofrece el brazo y descienden los dos por la escotilla.)*

XIV

Tiene fama la casa de Hinojares de poseer, entre las joyas valiosísimas de sus innumerables riquezas, una de las mejores bibliotecas de España. Ocupa por entero un ala del palacio con entrada independiente y grandes ventanales de colores que dan sobre el jardín. Comprende cuatro estancias corridas, decoradas igual con ese severo, sólido y macizo estilo español que constituye ahora la elegancia suprema de nuestras mansiones señoriales. No hay más diferencia tal vez que aquí todo es auténtico: desde los altísimos estantes de roble tallados con la artística perfección de una sillería de coro hasta las armaduras que rígidas se yerguen en los huecos y las banderas que se plegan en las paredes evocadoras de las glorias de Flandes y de Italia, de San Quintín y de Lepanto; desde los augustos retratos de príncipes y reyes hasta los códices que duermen encerrados en las vitrinas el sueño de los siglos; desde los herrajes hasta el artesonado; desde los atriles hasta las chimeneas.

Hay en la biblioteca de Hinojares volúmenes de inapreciable mérito; códices miniados; incunables riquísimos; manuscritos raros; libros de horas: ejemplares únicos; colecciones completas; soberbias encuadernaciones mudéjares de cuero colorado; ediciones extravagantes y extrañas, caprichos de bibliófilo. Y hay también obras modernas, muchas obras modernas, todo bien escogido, muy bien seleccionado, depuración exquisita de la literatura universal.

En la claridad luminosa del día la luz se tamiza por las altas vidrieras emplomadas en haces irisados como en la nave de una catedral. De noche, el resplandor de las lámparas arranca reflejos acerados de las vitrinas y las armaduras y arrojan sombras imponentes muebles y cortinajes. Los tapices amortiguan el rumor de los pasos. De noche y de día la biblioteca siempre está silenciosa. Todo invita en ella al estudio y a la meditación.

En medio de la sala central, acodados sobre el recio tablero de una mesa de roble, el duque de Hinojares, la duquesa, el conde de Fresnedo y don Paulino Echaurri examinan detenidamente unos planos delineados en papel tela. En un rincón, bajo la penumbra de una enorme chimenea imitada.) Enriqueta y Angelina cuchichean bajito hundidas en anchos sillones abaciales de guadamecí.

Son las once y media de la noche. Finaliza noviembre, brama el viento y en los ventanales repiquetea la lluvia.

GABRIEL.—*(A Echaurri.)* ¿Qué le parece a usted?

ECHAURRI.—En conjunto, admirable. Creo que no se puede pedir más. En detalle, no sé. No puedo juzgar. No entiendo una palabra de estas cosas. Es la primera vez que me veo delante de un proyecto tal.

GABRIEL.—Pero en conjunto, ¿le parece a usted bien?

ECHAURRI.—Repito que lo encuentro maravilloso. Todo está perfectamente calculado y previsto. No creo que falte nada.

GABRIEL.—¿No se le ocurre a usted ninguna observación?

ECHAURRI.—Ninguna. Por lo menos en este momento. Tal vez más adelante, pensándolo detenidamente...

GABRIEL.—¿Quiere usted que hagamos una cosa? Llévese el proyecto a casa; todo, la memoria, los planos; usted lo estudia, lo examina despacio y me comunica luego el resultado de sus observaciones.

ECHAURRI.—Bueno. *(Hace ademán de coger los papeles.)*

GABRIEL.—*(Poniendo la mano sobre ellos.)* Deje usted; no faltaba más. Ya se los enviaré a usted mañana.

ECHAURRI.—*(Rectificando.)* No, mire usted; no me mande usted nada. ¿Para qué? Yo no entiendo una palabra de estas cosas y usted en cambio está perfectamente impuesto. Nadie mejor que usted sabe de qué manera se puede mejorar. Usted, usted... siga usted con ello. Usted arregla, modifica, amplía, agranda... lo que quiera. Todo lo que haga, desde luego está bien.

MERCEDES.—Nosotros, Echaurri, le agradecemos mucho esta prueba de confianza, pero desearíamos...

ECHAURRI.—No es confianza, señora; es reconocimiento de mi incapacidad; seguridad absoluta de que su marido ha de hacerlo mejor. Yo no sé una palabra.

GABRIEL.—Entonces me deja usted en libertad completa...

ECHAURRI.—Absoluta. Es más: creo que no debemos hablar ya del asunto. Cuando llegue el día usted me dice «tanto»; yo le digo a usted «ahí va» y nada más. ¿Qué necesidad hay de nada más?

GABRIEL.—Muchas gracias, Echaurri. *(Le estrecha las manos.)*

ECHAURRI.—Yo a ustedes por haberme proporcionado la realización de un deseo que hace tiempo anhelaba. Ahora que podemos decir que esto ya se ha ultimado, ahora que yo me siento orgulloso y envanecido de que ustedes se hayan dignado aceptar mi colaboración siquiera sea humilde y secundaria, he de decirles con entera franqueza, con la franqueza que me gusta hablar siempre, que me acaban de dar una de las satisfacciones más grandes de mi vida. Hace mucho tiempo, mucho, que yo deseaba hacer algo parecido; acaso no era

esto precisamente; no sé lo que era; pero habría sido algo muy semejante.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ah, ¿de manera que usted tenía ya su proyecto?

ECHAURRI.—No era proyecto aún; no era más que un propósito.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Es raro que lo haya usted dejado sin realizar. Un hombre como usted, tan activo...

MERCEDES.—Sí que es raro. Si no es indiscreción, ¿puede saberse por qué no lo ha hecho usted?

ECHAURRI.—Muy sencillo. Por miedo a la gente.

MERCEDES.—¿Por miedo?

ECHAURRI.—Sí, por miedo. Esa es la palabra. ¿Le choca a usted, verdad? ¿Le parece extraño que un hombre como yo, que ha tenido a veces que saltar por todo, que romper con tantísimo prejuicio y sobreponerse a tantas preocupaciones sociales, al fin de su carrera y de su vida tenga miedo a la gente? Pues le he tenido. Me ha dado miedo la murmuración. Me ha cohibido la idea de que pudieran creer que era en mí vanidad.

MERCEDES.—Por Dios... Si fuéramos a eso, también lo podrían decir de nosotros.

ECHAURRI.—De ustedes, no. Ustedes es distinto. Ustedes están, y es justo que lo estén, a cubierto de esas ruines suposiciones. Pueden ustedes despreciar la murmuración de las gentes, la calumnia y la envidia. No ya el bien que practican a todas horas con ejemplaridad edificante, podrían ustedes incluso complacerse en el mal, y el prestigio de su alcurnia les escudaría. A mí, no. A mí se me persigue, se me acecha. Yo no puedo hacer nada sin que inmediatamente se dé a todos mis actos una torcida interpretación. Y es que en ustedes la fortuna es una cosa secundaria; en mí es lo esencial; a mí no se me perdona que tenga dinero.

MERCEDES.—Exagera usted, Echaurri.

ECHAURRI.—No exagero, duquesa; es la verdad. Y si no, contraste usted mi manera de ser con la opinión que las gentes han formado de mí. ¿Qué cree usted que piensa de mí la gente? Ustedes mismos, antes de conocerme, ¿qué opinión habían formado de mí? Con franqueza: ¿qué concepto les merecía yo?

GABRIEL.—Podrá usted creerlo o no creerlo, pero

siempre tuve de usted buena opinión. Si no la hubiese tenido, no le habría otorgado mi amistad. Puede usted estar seguro.

ECHAURRI.—Gracias, duque. Pero, ¿y el concepto de los demás? ¿Cree usted que los demás me juzgan de la misma manera? Para la generalidad de la gente yo no soy otra cosa que un hombre enriquecido, sabe Dios por qué medios; un hombre de presa que tiene afán en desquitarse de las miserias que ha pasado; un *parvenu* que quiere deslumbrar a todo el mundo con la agresiva ostentación de sus millones. Si me doy buena vida, es por ostentación; si viajo, es por ostentación; si adquiero un hotel, es por ostentación; si poseo un yate, es por ostentación. Si hubiera hecho por propia iniciativa la décima parte de lo que van ustedes a realizar ahora, todo el mundo habría dicho de mí que era por vanidad; que yo me servía de los desvalidos para establecer una plataforma en donde asentar mi vanidad. ¿Es cierto o no es cierto? Con franqueza.

GABRIEL.—Tal vez.

ECHAURRI.—Por eso yo le ruego a usted, duque, yo les suplico encarecidamente a todos *(Mirando a Fresnedo.)* que esta conversación no trascienda jamás; yo deseo, si lo pudiera hacer lo exigiría, que mi nombre no figure absolutamente para nada; que nadie sepa que en esta obra contribuyo yo.

MERCEDES.—Muy bien, Echaurri, pero hágase usted cargo al propio tiempo de que nuestra situación es un poco violenta.

ECHAURRI.—¿Por qué?

MERCEDES.—Va a resultar que nosotros nos llevamos la gloria.

ECHAURRI.—Muy merecida, puesto que en definitiva de ustedes es la idea.

MERCEDES.—Sí, pero los medios...

ECHAURRI.—Los justifica el fin. Esto es lo único que a todos nos debe preocupar. Hágase el milagro y hágalo el diablo. En todo caso *(Echándose a reír.)* ya sabe usted, señora, que el diablo soy yo.

MERCEDES.—Ah, si todos los diablos fuesen como usted...

ECHAURRI.—*(Recorriendo con la vista la habitación.)*

Soberbia biblioteca tiene usted, duque. Me habían hecho grandes elogios de ella, pero la realidad supera a toda ponderación. Es magnífica. Creo que tiene usted ejemplares muy valiosos.

GABRIEL.—Sí; hay algunas cosas bastante interesantes. ¿Quiere usted verlas?

ECHAURRI.—Con muchísimo gusto.

GABRIEL.—Están en la primera sala; la que nosotros llamamos de los códices. Venga usted. *(Salen los cuatro.)*

ENRIQUETA.—*(A Angelina.)* Anímate, mujer. Me da no sé qué verte tan pachucha. ¿Tienes sueño?

ANGELINA.—No.

ENRIQUETA.—¿Estás mala?

ANGELINA.—Tampoco.

ENRIQUETA.—Entonces, ¿qué te ocurre?

ANGELINA.—No sé; debe de ser el tiempo. Estos días nublados me entristecen mucho, me aplanan Tú no sabes qué efecto tan deprimente me produce en los nervios el repiqueteo de la lluvia. ¿A ti no?

ENRIQUETA.—Al contrario. A mí me arrulla el sonido del agua. Estas noches, como el balcón de mi alcoba da al jardín, no te puedes figurar lo bien que duermo. Yo, que tengo la costumbre de leer en la cama llevo tres días sin coger un libro.

ANGELINA.—Yo también leo en la cama.

ENRIQUETA.—¿Tú también?

ANGELINA.—Huy, hasta muy tarde.

ENRIQUETA.—¿A qué hora te levantas?

ANGELINA.—No tengo hora fija. Sugún duermo.

ENRIQUETA.—Pero generalmente...

ANGELINA.—Generalmente, en este tiempo, de nueve y media a diez.

ENRIQUETA.—Buena vida te das. *(Angelina suspira.)* ¿Y tu madre?

ANGELINA.—Bien.

ENRIQUETA.—¿Sigue en Córdoba?

ANGELINA.—Sí.

ENRIQUETA.—¿Y Mercedes... está más... complaciente con su marido?

ANGELINA.—Igual.

ENRIQUETA.—¡Qué asombrada me tiene esa mujer! Cuanto más tiempo pasa menos la comprendo.

ANGELINA.—Y yo.

ENRIQUETA.—Es muy raro, ¿verdad?

ANGELINA.—Muy extraño. Yo te confieso que no sé qué pensar. Porque, hija, ellos, aparentemente al menos, se llevan muy bien. No tienen una palabra más alta que otra. No los he visto disgustados jamás.

ENRIQUETA.—Sin embargo... mira; puede que sea ya preocupación, pero los encuentro un poco tristes.

ANGELINA.—Sí, eso sí; yo también lo he observado. No tiene Mercedes aquella alegría de soltera.

ENRIQUETA.—¡Qué va a tener!

ANGELINA.—Pues si a él le vieras en la intimidad... Todavía está muchísimo más triste.

ENRIQUETA.—El no me extraña. Siempre ha sido un sauce.

ANGELINA.—¡Si le vieras ahora! Y eso que tiene días. Algunos se levanta de muy buen humor, dicharachero. ¡Pero el día que le da por no hablar!

ENRIQUETA.—Me ha dicho Federico que bebe.

ANGELINA.—También es como el humor: tiene días.

ENRIQUETA.—Pues hija, por lo que veo tu situación no es muy envidiable.

ANGELINA.—No, no, eso no. Yo no puedo quejarme. Lo que es conmigo, Jesús, me llevan en palmitas. Están cariñosísimos. Ya no es posible más.

ENRIQUETA.—¿El también?

ANGELINA.—El sobre todo. *(Arrepentida de haber ido demasiado lejos.)* Digo él porque como es menos efusivo parece que resalta más, ¿verdad?, pero ella... Dios mío, ella es buenísima; me quiere con locura.

ENRIQUETA.—Siempre dentro de la buena amistad.

ANGELINA.—*(Sonriendo azorada.)* Naturalmente, mujer. ¡Qué cosas tienes!

ENRIQUETA.—Y él, ¿no te ha dicho nunca nada?

ANGELINA.—¿De qué?

ENRIQUETA.—¿No se ha insinuado alguna vez contigo? ¿No te da alguna broma?

ANGELINA.—No, no...

ENRIQUETA.—¿Nunca?

ANGELINA.—Nunca, jamás; ni la menor palabra. Eso sí que no.

ENRIQUETA.—Tonta, dime la verdad; ya sabes tú que a mí puedes decírmela.

ANGELINA.—Te la diría. Demasiado te consta que para ti no tengo secretos.

ENRIQUETA.—Pues también es muy raro. Perdóname, rica, que te hable con esta crudeza, pero es que no entiendo a esta gente. Si este hombre no convive con su mujer, si por lo que se ve no le importa, ¿cómo es posible que teniéndote a ti siempre al lado, tan linda, tan bonita, tan deliciosa, tan espiritual como tú eres, no te haya dicho nada? Yo no soy hombre, soy mujer, muy mujer, y cuando estoy a solas contigo...

ANGELINA.—*(Ruborizándose.)* Es que tú eres así.

ENRIQUETA.—Es que los hombres deben ser así. Si no son así, ¿qué son?

ANGELINA.—Pues nunca, hija; nunca me ha dicho nada.

ENRIQUETA.—No lo entiendo.

ANGELINA.—Algunas veces, cuando estamos solos, al levantar los ojos me encuentro de pronto con los suyos que me están mirando... parece que me va a decir algo, pero... no me lo dice.

ENRIQUETA.—Lo cuentas en un tono que cualquiera creería que lo sientes.

ANGELINA.—*(Vivamente.)* No, no.

ENRIQUETA.—*(Cogiéndole las manos y acariciándoselas muy cariñosa.)* Cuidado, Angelina. Ese hombre es posible que no esté todavía enamorado de ti, pero tú me parece que lo estás ya de él.

ANGELINA.—Te aseguro que no.

ENRIQUETA.—Ten cuidado, Angelina. Tú eres muy vehemente, muy mimosa, muy sentimental y muy apasionada... eres muy buena, pero a pesar de todas tus bondades pudieras vacilar. No vaciles, Angelina; sé fuerte, no aguardes a que venga la tentación; si tú comprendes que le quieres, evítalo con tiempo. Si es necesario, vete de esta casa.

ANGELINA.—No, no; si no le quiero.

ENRIQUETA.—Con un hombre casado, jamás, óyelo bien, ¡jamás! Sería la desgracia y la desesperación para toda tu vida.

ANGELINA.—Si no le quiero... Te digo que no le quie-

ro. Pero aunque le quisiera sería lo mismo. ¡No me quiere él!

ENRIQUETA.—Angelina, ¡vete de esta casa!

ANGELINA.—¡No me quiere él!

GABRIEL.—*(A Echaurri en la primera sala, abriendo la puerta de cristal de una vitrina en cuyo fondo reposa un grueso volumen aforrado en cuero.)* Aquí tienen ustedes el ejemplar más interesante de la biblioteca; un códice español del siglo XIII: el Omeliario de Santa Eudoxia. Este libro perteneció a la Biblioteca de Isabel la Católica, que, como ustedes saben, estaba guardada en el Alcázar de Segovia y constaba, según el inventario que en el Archivo de Simancas se conserva, de doscientos un volúmenes, cifra copiosísima para aquellos tiempos. La Biblioteca de Isabel la Católica fué donada al convento toledano de San Juan de los Reyes, mandado construir por los Reyes Católicos en cumplimiento de un voto por la feliz terminación de las guerras que les promovieron el monarca portugués Alfonso quinto y los parciales de la Beltraneja. El convento de San Juan de los Reyes fué saqueado por los franceses en la invasión napoleónica. ¿Se llevaron los franceses el libro? Seguramente, puesto que a Francia fué a parar. De allá lo trajo al menos un antecesor mío, el marqués de Guadal, que fué Embajador de España en París en mil ochocientos treinta. Lo admirable de este volumen es lo maravillosamente conservado que está. Vean ustedes. *(Saca el libro y lo deposita sobre el cristal.)*

EL CONDE DE FRESNEDO.—La encuadernación es soberbia.

GABRIEL.—Magnífica; de lo mejor que existe en encuadernaciones mudéjares.

ECHAURRI.—*(Un poco cohibido ante el temor natural de salir con una tontería.)* Es interesantísimo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Desata las cintas de las tapas y pone al descubierto la portada; se cala los lentes y lee.)* Omeliario de la Santa Madre Nuestra Eudoxia sobre San Lucas escrito en vulgar castellano a mandamiento de Su Alteza por frey Raymundo de Aranda de la orden de los menores.

GABRIEL.—Ahí dentro debe de haber una nota muy interesante acerca de la personalidad del traductor.

El conde de Fresnedo.—*(Tomando un papel que sobresale.)* Esta debe de ser. Sí; ésta es. *(Lee.)* En mil cuatrocientos sesenta y ocho fué nombrado para la iglesia de Salamanca don fray Raimundo, natural de Aranda de Duero, de donde tomó su apellido cuando profesó la regla del glorioso Padre San Francisco, dexando el que tenía de su noble linaje de los Hurtados. En la religión hizo tales progresos en la virtud y ciencia que en la opinión de todos era merecedor de los empleos más altos en que aprovechase y gobernase a muchos. Fué Guardián del Convento de San Francisco de León y celebrándose capítulo provincial en Astorga en el año mil cuatrocientos cuarenta y siete fué electo en Vicario Provincial de la Observancia... *(Sigue leyendo.)*

Enriqueta.—*(A Angelina.)* Tú sabes, Angelina, que yo te quiero mucho; que me intereso muy de veras por ti, ¿verdad que lo sabes?

Angelina.—*(Completamente dominada ya.)* Sí, lo sé; además, tienes en estas cosas mucha más experiencia que yo.

Enriqueta.—Bastante más. Y por lo mismo te voy a hablar con entera franqueza. Yo creo que enamorada, lo que se llama verdaderamente enamorada, no lo estás. No es Gabriel hombre a propósito para que una mujer como tú se apasione. Pero estás algo peor que enamorada; estás intrigada; estás encaprichada; estás despechada.

Angelina.—¿Yo?

Enriqueta.—Tú. Has empezado por extrañarte de que ese hombre no te dijera nada; de la extrañeza has pasado a la preocupación; te has puesto a pensar, a pensar, y a fuerza de pensar que no te lo decía te han entrado deseos de que te lo dijese. Y cuanto menos te lo dice más ansia tienes de que te lo diga. No es cariño, es despecho, es amor propio, orgullo de mujer. Y algo también de curiosidad... afán de romper el enigma; de saber qué clase de hombre es.

Angelina.—*(Ofendida.)* Parece mentira que pienses eso de mí.

Enriqueta.—Lo pienso de ti porque me miro en mí misma. Lo que sucede es que yo soy más franca. Si estuviera en tu lugar me ocurriría lo propio. Es decir, si

estuviera en tu lugar hace mucho tiempo que habría salido de dudas.

ANGELINA.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Pero es que yo soy yo y tú eres tú. Yo puedo hacer muchas cosas que a ti te están vedadas. En mí un capricho, ¿qué importancia tiene si el único que debería pedirme cuentas no me las pide? Pero tú no, nenita; tú no puedes jugarte el porvenir al albur de un capricho. Y conste que al decir el porvenir no me refiero a la materialidad de casarte. Yo no le doy a eso demasiada importancia. En la situación en que te encuentras, acaso para ti fuera mejor un buen amante que un mal marido. Lo hagas o no lo hagas, de todos modos te lo toman en cuenta...

ANGELINA.—Ah, ¿pero siguen diciendo de mí?...

ENRIQUETA.—No, ya no lo dicen; no se preocupa nadie. Lo vuestro ya pasó. Está en la categoría de hecho consumado.

ANGELINA.—¿Qué quieres decir?

ENRIQUETA.—Quiero decir, preciosa mía, que el mundo es espantosamente hipócrita, por no decir espantosamente ridículo. En el primer momento parece que se alarma; le ves que se indigna, que se subleva, pero esto no es más que en el primer momento. En seguida se calma; se acostumbra; esa es la palabra. Lo único que exige es que se guarden las formas, que no se dé el escándalo; que se hagan las cosas decorosamente. Vuelve la vista a tu alrededor; examina uno por uno todos los casos ignominiosos que nos rodean: adulterios, incestos, perversiones, aberraciones, infamias. Si la intransigencia perdurase, ¿podríamos vivir? ¿Es que hay algo ignorado? ¿Es que no estamos todos en el secreto? ¿Es que no nos conocemos perfectamente los unos a los otros? Si persistiera la intolerancia de los juicios y tuviéramos que negar el saludo a cuantas personas nos parecen indignas, concluiríamos, hijita de mi alma, por no tratarnos con nadie. Además, la indignación es un sentimiento que se desgasta con el uso. Dura lo que el asombro de la primera noticia, el estupor de la sorpresa; luego pasa. Ante el hecho consumado no se indigna nadie. ¿A que a ti no te dicen ya nada?

ANGELINA.—*(Ingenua.)* No.

ENRIQUETA.—Ni una broma, ¿verdad?, ni una alusión, ni una indirecta...

ANGELINA.—Nada. Pero yo creí que era porque se habían convencido.

ENRIQUETA.—No, hija; es que ya no les importas. No eres actualidad. Por eso te decía antes que lo de menos para ti es el concepto de las gentes. Por desgracia, ése te le has jugado ya y lo que es más triste, sin culpa y sin provecho. Te hablo con esta crudeza porque te quiero bien. Si creyera que ese hombre te traía la felicidad yo sería la primera en decirte: Anda con él. ¡Qué te importa a ti el mundo! Sé feliz. Pero es que tengo la convicción, Angelina, de que ese hombre no te haría feliz. Yo te conozco bien; sé cómo eres; yo conozco, Angelina, tus ternuras, tus delicadezas, tus sentimentalismos... ese hombre no los satisfaría... sería un capricho, nada más que un capricho, y por un capricho, ¿te vas a perder? Saldrías de sus brazos más desencantada y más triste que nunca y con una necesidad mayor que nunca de compensaciones. Una vez dado el primer paso resbaladizo en la pendiente, ¿adónde irías a parar? Hazme caso, Angelina, que yo sé del mundo más que tú. El placer de la carne, cuando no lo defiende un verdadero y grande amor, cuando no es más que afán de goce, es el más peligroso de todos los venenos, el que envicia más; peor que el alcohol, que la morfina, que la cocaína... el que cae en sus garras ya no se desprende. Por eso lo que hay que hacer es no empezar. Piensa lo que te ha sucedido conmigo.

ANGELINA.—Te agradezco mucho todo lo que me dices, porque sé que me lo dices por mi bien; pero no tengas miedo, que no me pasa nada. Yo te aseguro que no me pasa nada. No sé si le quiero o no le quiero; pero aunque le quisiera, yo no engaño a Mercedes. Puedes estar tranquila.

ENRIQUETA.—No te quería hablar de ello, porque me parecía demasiado duro; pero ya que lo dices, es verdad. No tendrías perdón de Dios si engañaras a Mercedes.

ANGELINA.—Sería una infamia.

ENRIQUETA.—Lo sería.

ANGELINA.—Puedes estar segura de que yo no lo hago.

ENRIQUETA.—¿Verdad que no?

ANGELINA.—No.

ENRIQUETA.—¿Me das tu palabra?

ANGELINA.—Te la doy.

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Acabando de leer.)* ...fueron tan altas sus virtudes, que todas sus ovejas le amaron mientras vivió, y la opinión de su santidad fué en tal grado, que después de su muerte, que fué en diez y nueve de mayo de mil cuatrocientos ochenta y dos, todo el pueblo tocaba y besaba con mucha devoción sus vestiduras. *(Volviendo a dejar la nota en su sitio.)* Es muy interesante.

ECHAURRI.—El tal padre Arandà era por lo visto un hombre de mucho valer.

GABRIEL.—*(Sonriendo.)* Por lo visto.

ECHAURRI.—Y esos libros que se encierran en las demás vitrinas, ¿son también tan interesantes como éste?

GABRIEL.—Algunos, sí. Aquél, por ejemplo... venga usted. *(Le lleva a otra vitrina.)* Esta es la Biblia con la versión castellana de las Sagradas Escrituras, mandada hacer por don Lope de Heredia al rabí Mosé Abdelé. Hay otro ejemplar en la Biblioteca Nacional. Debe ser indudablemente aquél el original y éste la copia; pero una copia que en nada desdice del original. Vean ustedes. *(Saca el volumen de la vitrina y, como hizo antes Fresnedo con el otro, desata las cintas y abre el libro al azar.)*

ECHAURRI.—¡Qué primor de dibujos!

GABRIEL.—Fíjese usted en las letras capitales cómo están ornamentadas.

ECHAURRI.—Una maravilla. ¡Qué paciencia! Pero esto representa la vida de un hombre.

GABRIEL.—¡Ah!, claro... desde luego.

ECHAURRI.—Es asombroso. Diga usted, duque, ¿no envidia usted un poco la fortaleza de alma, la grandeza de espíritu de un hombre que, encerrado en el fondo de una celda, consagra por entero su vida a la realización de una obra así, ajeno por completo a las luchas del mundo?

GABRIEL.—Psss. ¡qué sé yo!

ENRIQUETA.—*(A Angelina.)* Lo malo aquí sería que él pudiera darse cuenta de que tú estás un poco interesada.

ANGELINA.—No, porque yo soy la primera que evita

la ocasión, y desde ahora más. Luego, él no se fija en mí ni en nadie. ¿Le has visto alguna vez mirar a una mujer? Hija, yo creo que a este hombre no le interesan las mujeres.

ENRIQUETA.—*(Torciendo la boca con un gesto pícaro.)* Hum...

ANGELINA.—*(Mirándola asombrada.)* ¿Es que has visto tú algo? ¿Te ha dicho a ti algo alguna vez?

ENRIQUETA.—No, rica, a mí no.

ANGELINA.—Entonces, ¿a quién?

ENRIQUETA.—De nosotras, que yo sepa, a ninguna. Pero se divierte.

ANGELINA.—Ah, ¿sí?

ENRIQUETA.—Sí, hija, sí; tiene sus trapicheos como todos los hombres. Por eso te digo que no te fíes.

ANGELINA.—*(Muy admirada.)* ¡Es posible!

ENRIQUETA.—Corre sus juerguecitas por las noches.

ANGELINA.—¡Pero si de noche no sale de casa!

ENRIQUETA.—*(Con una entonación desgarrada de chamberilera castiza.)* ¡Que te crees tú eso!

ANGELINA.—¿Quién te lo ha dicho?

ENRIQUETA.—Quien lo sabe y me lo puede decir.

ANGELINA.—¿Tu marido?

ENRIQUETA.—Eres tonta.

ANGELINA.—¡Ah!

ENRIQUETA.—Ahora parece que anda comprometido con una muchachita del Trianón: la Charo.

ANGELINA.—¿Qué tal es?

ENRIQUETA.—Hay opiniones. Unos dicen que es guapa, otros dicen que es fea. A mí me gusta. Tiene unos brazos preciosos y los juega con muchísima gracia. En el *Nuevo Mundo* de esta semana viene su retrato.

ANGELINA.—Ah, pues le tengo aquí.

ENRIQUETA.—Tráele. Yo te le enseñaré. Viene en el anuncio de una perfumería.

(Angelina se levanta para ir en busca del periódico; pero como en este momento entran en la sala Echaurri, los duques y Fresnedo, se detiene y se queda de pie.)

ECHAURRI.—Las doce menos cuarto. Les he dado a ustedes la noche.

MERCEDES.—Nada de eso... al contrario... Nosotros agradecidísimos por este rato tan agradable.

ECHAURRI.—Es usted amabilísima, duquesa.

GABRIEL.—*(A Echaurri.)* ¿De veras no quiere usted llevarse los planos?

ECHAURRI.—No, no... ¿para qué?

GABRIEL.—Como usted guste. *(A Enriqueta.)* ¿Me haces el favor, Enriqueta, de tocar ese timbre que tienes junto a ti? Y perdona. *(Enriqueta oprime el botón y al poco rato aparece un criado. El duque se encara con él.)* Los señores se van... los coches. *(El criado hace una reverencia y desaparece.)*

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Mirando a los ventanales.)* ¡Qué nochecita!

GABRIEL.—Se ha metido el tiempo en agua.

MERCEDES.—Ya, ya... ¡qué fastidio!

ECHAURRI.—*(A Fresnedo.)* ¿Ustedes se quedan?

ENRIQUETA.—No, señor; nos vamos también. *(Acercándose a Mercedes y besándola.)* Adiós, preciosa; muchas gracias por todo.

MERCEDES.—Yo a ti, rica. Uno de estos días iré a verte.

ENRIQUETA.—Siempre dices lo mismo, y luego...

MERCEDES.—Si que voy, mujer; te prometo que voy.

ENRIQUETA.—Bueno. Adiós, Angelinín, monada; que no estés tan triste.

MERCEDES.—¿Está triste?

ENRIQUETA.—¿No la ves qué pachucha?

ANGELINA.—*(Sonriendo.)* Es el tiempo.

ECHAURRI.—*(En el umbral de la puerta estrechando vigorosamente las manos de Gabriel.)* Vaya, adiós, buenas noches... no pase usted de aquí.

GABRIEL.—No faltaba más.

Salen todos. Poco a poco el murmullo de la conversación se apaga en el vestíbulo. Hay un silencio largo. Se oye luego el arranque de los automóviles y vuelven a entrar casi juntas Angelina y Mercedes.

MERCEDES.—Oye, ¿de veras estás triste? ¿Qué te pasa?

ANGELINA.—No, hija; yo qué voy a estar triste. Ni muchísimo menos. Cosas de Enriqueta.

MERCEDES.—Sí que parece que estás un poquito pachucha.

ANGELINA.—Es que tengo muchísimo sueño.

MERCEDES.—Oye, y yo. ¿Querrás creer que no puedo tenerme? Y mira que he dormido bien anoche. Llevo

unos días durmiendo como una tonta. Y cada vez tengo más sueño.

ANGELINA.—Cuanto más se duerme más se quiere.

MERCEDES.—Yo creo que sí. Jesús, cómo estoy. Se me cierran los ojos.

ANGELINA.—Y se te abre la boca.

MERCEDES.—*(Bostezando.)* Sí.

ANGELINA.—Ay, no me mires, que se me abre también. Ahhhhh.

MERCEDES.—Sí que estamos buenas.

ANGELINA.—Ya, ya, ¡qué tontas!

GABRIEL.—*(Entrando.)* Este Echaurri es muy interesante.

MERCEDES.—¿Por qué?

GABRIEL.—¿No le encontráis vosotras interesante?

MERCEDES.—Yo continúo no entendiéndole.

ANGELINA.—Ni yo.

GABRIEL.—Porque seguís empeñadas en buscar el sentido oculto de las cosas. Pensad en lo sencillo nada más.

MERCEDES.—¿Y qué es lo sencillo?

GABRIEL.—Que es una buena persona.

MERCEDES.—No pretenderás hacernos creer que Echaurri es un sentimental.

GABRIEL.—¿Por qué no?

MERCEDES.—Como no sea el sentimentalismo de José María...

GABRIEL.—*(Distraído.)* ¿Quién es José María?

ANGELINA.—José María o el bandido generoso.

GABRIEL.—Sois tremendas.

MERCEDES.—Bueno, hijito; vámonos a acostar, que me estoy muriendo de sueño.

GABRIEL.—Sí que tienes una cara...

MERCEDES.—Ah, pues si no fuera más que la cara...

GABRIEL.—Ya lo veo. Pues hale, hale... vámonos a dormir. ¿Te quedas, Angelina?

ANGELINA.—¿Yo? ¿Qué voy a hacer aquí?

MERCEDES.—¡Pobrecilla, si tiene todavía más sueño que yo!

ANGELINA.—Y que lo digas.

Salen los tres. Lentamente el ruido de sus pasos se va desvaneciendo en el entarimado del pasillo. Poco después entra un criado, apaga las luces y cierra la puerta. En las altas vidrieras emplomadas suena seguido y lú-

gubre el repiqueteo de la lluvia. Un reloj da las doce: doce solemnes y graves campanadas que dejan en el silencio de la noche una larga y profunda vibración. Otro reloj le contesta: doce timbrazos rápidos, atropellados, argentinos. Luego otro y otro y otro... Y en un intervalo de diez minutos todos los relojes del viejo caserón cantan las doce.

Súbitamente, sin que preceda el menor ruido, se vuelve a iluminar la biblioteca y entra de puntillas Angelina Valdés. Avanza decidida hacia una mesa llena de periódicos y revistas, revuelve afanosa el confuso montón, coge un *Nuevo Mundo*, se encamina hacia la chimenea, se hunde en uno de los butacones y empieza a hojear el semanario. Al llegar a la última página, precisamente en la última página, sus ojos se detienen ante un fotograbado cuyo epígrafe dice: Charo Ximénez. Genial canzonetista que actúa en el Trianón.

Con el periódico abierto sobre las rodillas, Angelina examina el retrato larga y minuciosamente. Es una muchachita gallarda, esbelta, fina. Tiene los brazos desnudos graciosamente arqueados por encima de la cabeza y con los dedos deshoja una rosa. En su boca, tal vez un poco grande, hay una mueca desvergonzada y pícara, y sus ojos, enormemente rasgados, se entornan maliciosos con un guiño de truhanería demasiado provocativo. Angelina da un suspiro y se abisma en la contemplación del retrato. Tan abstraída se queda que no oye entrar a Gabriel, hasta que a Gabriel, que tampoco la ha visto, se le ocurre toser. Entonces, toda asustada, da un grito y se incorpora.

Gabriel, que avanzaba derecho hacia la mesa, al oír el grito y ver a Angelina se detiene asombrado. Viene vestido como para salir, un gabanote inglés impermeable y el sombrero puesto.

GABRIEL.—¿Qué haces aquí?

ANGELINA.—*(Con el «Nuevo Mundo» aún en la mano, azorada y confusa.)* Nada... He venido a buscar un periódico. Es ya tal el vicio que tengo de leer en la cama, que si no leo no me puedo dormir.

GABRIEL.—Ya.

ANGELINA.—¿Y tú?

GABRIEL.—¿Yo?... Yo venía a recoger unos documentos, no me los vayan los criados a traspapelar cuando limpien... los planos esos de la...

ANGELINA.—Sí, sí... pero tú estás vestido. ¿Es que vas a salir?

GABRIEL.—Voy a llegarme un momento al Casino. Pero vuelvo en seguida.

ANGELINA.—¡A estas horas!

GABRIEL.—No he tenido otras. Tú ves lo que ha pasado.

ANGELINA.—Pero, ¡adónde vas con esta noche!

GABRIEL.—Tengo el auto en la puerta.

ANGELINA.—Ah... ¿tienes el auto?

GABRIEL.—*(Ingenuamente.)* Sí.

ANGELINA.—¡Ya! *(Los dos se miran en silencio.)* Gabriel...

GABRIEL.—Qué...

ANGELINA.—No salgas esta noche. ¿Adónde vas a ir? ¿Qué tienes que hacer?

GABRIEL.—Ver a un amigo.

ANGELINA.—Ya le verás mañana.

GABRIEL.—*(Molesto, pero sonriente.)* No puede ser, nenita. Es una cosa que me urge. ¡Cuando yo te digo que tengo que salir!

ANGELINA.—¿De veras es de una absoluta necesidad?

GABRIEL.—Mujer, tanto como absoluta...

ANGELINA.—Entonces no salgas.

GABRIEL.—¡Qué tontería!

ANGELINA.—No salgas. Anda, quédate. ¿Adónde vas a estas horas y con este tiempo... con la noche tan mala?... Mira, si no tienes ganas de acostarte, si es que no tienes sueño, estate aquí; charlaremos los dos.

GABRIEL.—Pero si la que se está muriendo de sueño eres tú...

ANGELINA.—No, no, ya no; te aseguro que no. Ya se me ha pasado.

GABRIEL.—*(Mirándola fijamente.)* ¿Y de qué quieres que hablemos? ¿Es que tienes tú algo que decirme?

ANGELINA.—*(Poniéndose encarnada.)* Yo, no... Jesús, qué te voy yo a decir...

GABRIEL.—Entonces...

ANGELINA.—*(Súbitamente, como a quien se le acaba de ocurrir una idea.)* Sí; quiero decirte una cosa. No te vayas, que tenemos que hablar.

GABRIEL.—¿Tan urgente es que no lo podemos dejar para mañana?

ANGELINA.—*(En un arranque decisivo.)* No.

GABRIEL.—Bien; tú dirás. *(Se quita el abrigo, lo tira sobre el respaldo de un sillón y se acerca a Angelina.)* Tú dirás. Te oigo.

ANGELINA.—Gabriel, te estás portando de muy mala manera con Mercedes.

GABRIEL.—*(Interrumpiéndola con un gesto.)* Angelina...

ANGELINA.—*(Sin hacer caso.)* Muy mal. Lo que haces está muy mal.

GABRIEL.—*(Con ademán expresivo de contrariedad.)* Angelina, tú sabes que yo te quiero mucho; tengo contigo una confianza verdaderamente familiar, fraternal;

te considero y te trato como si fueses algo mío; mas por lo mismo que tenemos esta franqueza y esta confianza, yo te ruego..., creo que puedo decírtelo sin el menor asomo de molestia, yo te ruego que no te mezcles para nada en mis asuntos íntimos. Limítate a oír, ver y callar.

ANGELINA.—¿De manera que tú mismo lo reconoces?

GABRIEL.—¿El qué?

ANGELINA.—Que estás obrando mal.

GABRIEL.—Angelina, no insistas.

ANGELINA.—Perdona, Gabriel, perdona. Yo te prometo que no volveré nunca más a hablarte de este asunto. Primera y última. Pero ya que se ha iniciado la conversación, déjame terminarla. Por lo menos que conste mi intención. No quiero que te quede la duda de que yo me meto en lo que no me importa.

GABRIEL.—Angelina...

ANGELINA.—Me lo has dicho. Por mucho que quieras endulzarlo, eso es lo que me has dicho. Y yo a eso quiero contestarte que estás equivocado. Sin que tú me lo adviertas, yo sé de sobra, Gabriel, cuál es mi situación en esta casa. Hasta hoy, por lo menos, no creo haber dado motivo para que tengas de mí, en punto a discreción, la menor queja, ¿verdad?

GABRIEL.—Verdad.

ANGELINA.—Te agradezco que lo reconozcas. Y ya puestos en este terreno, te agradeceré también mucho que reconozcas igualmente que si hoy me atreví a decirte lo que te he dicho...

GABRIEL.—No hablemos más, Angelina.

ANGELINA.—Sí, sí, hablemos. ¡Cómo no hemos de hablar! ¡Ya lo creo! Me interesa a mí mucho, pero mucho, dejar este punto perfectísimamente aclarado.

GABRIEL.—Pero si es lo mismo.

ANGELINA.—Lo será para ti. Para mí no. Yo quiero que sepas, que te conste de una manera indubitable, que si me mezclo, como dices, en tus asuntos íntimos, no es por afán de intromisión, sino porque tengo la certeza de que estoy a tiempo de evitarte un disgusto y de evitárselo a Mercedes. Sobre todo a Mercedes. Prefiero mil veces que lo tengas conmigo a que se lo des a ella. Por eso, nada más que por eso, me he decidido a hablarte. Que te conste. Esa ha sido mi única intención.

GABRIEL.—No podía ser otra tratándose de ti, que eres tan buena. Pero tranquilízate. Yo te garantizo que no sucede nada.

ANGELINA.—¡Que no sucede nada! ¡Pero es posible, Dios mío, que tengas el valor de creerlo!... ¡Que no sucede nada!... No sucederá mientras Mercedes no se entere, pero ¿y cuándo lo sepa? Que lo sabrá... necesariamente tendrá que saberlo, que enterarse algún día de la misma manera que me he enterado yo. ¿Y entonces?

GABRIEL.—Yo te garantizo que no pasará nada.

ANGELINA.—*(Completamente desconcertada.)* Gabriel...

GABRIEL.—Nada absolutamente. Me harás la justicia, Angelina, de reconocer que no soy un loco ni un malvado. Yo quiero muchísimo a Mercedes.

ANGELINA.—Nadie lo diría.

GABRIEL.—Pues la quiero mucho; mucho más de lo que tú puedas imaginarte. Si yo sospechara, sospechar tan sólo, que cualquier acto mío podía ser para ella motivo de contrariedad y de disgusto, ten la seguridad absoluta de que ni tú, ni ella, ni nadie, tendríais jamás que recriminarme nada. Pero...

ANGELINA.—*(Curiosísima.)* ¿Qué?

GABRIEL.—Nadie mejor que tú que estás conviviendo con nosotros, que por fuerza tienes que estar en el secreto de las interioridades de esta casa, nadie mejor que tú puede saber que no obstante el inmenso cariño que los dos nos tenemos, no hay entre Mercedes y yo la intimidad que debe haber en todo matrimonio. Tú has debido observarlo.

ANGELINA.—*(Que empieza a comprender.)* Sí, sí... eso ya lo había visto... pero ¿por qué?

GABRIEL.—*(Vacilando.)* Pues por...

ANGELINA.—¿Está enferma Mercedes?

GABRIEL.—*(Con la alegría del que, perdido en un subterráneo, vislumbra de pronto un rayito de luz.)* Eso es.

ANGELINA.—Nunca me ha dicho nada.

GABRIEL.—Ni te lo dirá. Ni tú debes hablarle nunca de ello. Yo te lo ruego, Angelina. No suscites jamás con ella esta conversación. Como si no la hubiéramos tenido. Me lo prometes, ¿verdad?

ANGELINA.—*(Profundamente conmovida.)* ¡Pobre Mercedes!

GABRIEL.—Ya tienes aclarado por qué te hablo así. Si en el primer momento pudiste sospechar que era cinismo, ya vas viendo cómo sólo es franqueza y sinceridad. A cualquier otra persona que se hubiera atrevido a decirme lo que esta noche me has dicho tú, ten la certeza de que me habría limitado a contestarle: Eso es falso. Eso es mentira. A ti no puedo ni quiero engañarte. Sí; es verdad; hay algo de verdad en lo que te han contado.

ANGELINA.—*(Muy desabrida.)* ¡Qué sabes tú lo que me han contado!

GABRIEL.—Lo sé desde que te vi en la mano ese periódico. *(Señalando el «Nuevo Mundo». Angelina se estremece y lo deja caer.)* Pero estoy seguro de que sólo te han informado a medias. Yo te voy a decir toda la verdad. Esa muchacha *(Señalando al periódico caído.)* es efectivamente amiga mía, pero esa amistad ni me absorbe ni me compromete. No es una pasión, es un entretenimiento.

ANGELINA.—*(Encogiéndose de hombros.)* Allá tú.

GABRIEL.—Te lo digo porque quiero que conozcas todo el alcance de mis actos. Te aseguré antes que no pasará nada. Ahora te añado que si temiera que podía ocurrir, si yo sospechara que esto podía ser un día motivo de disgusto, no me costaría ningún trabajo suprimir el motivo. ¿Comprendes bien lo que quiero decirte?

ANGELINA.—Sí, te entiendo; pero creo que habría sido mejor no haberle dado.

GABRIEL.—Las cosas no se buscan, nenita; vienen ellas rodadas y la mayoría de las veces contra nuestro deseo. Comprenderás que una mujer así no puede satisfacerme.

ANGELINA.—Algo tendrá cuando sigues con ella.

GABRIEL.—Te aseguro...

ANGELINA.—*(Interrumpiéndole.)* No, hijito; si después de todo a mí no tienes que darme explicaciones.

GABRIEL.—Me las doy a mí mismo.

ANGELINA.—No lo conseguirás. Lo que haces con Mercedes no tiene, Gabriel, perdón de Dios. Sea cual fuere la situación en que la pobrecita se encuentra, precisamente por esta misma situación tú estabas en el deber,

más que nunca, de considerarla y respetarla. ¡Qué culpa tiene la infeliz si está enferma! ¿Crees que la pobre no sufrirá bastante? ¡Y encima del dolor de verse enferma vas a añadirle la pena de saberse engañada! ¡Es infame, es inicuo, Gabriel, lo que haces con Mercedes!

GABRIEL.—Angelina...

ANGELINA.—¡Y por quién!... ¿Por quién vas a causar este dolor? ¿por quién vas a arriesgar la felicidad de tu mujer y la tranquilidad de tu casa? Por una cualquiera, por una perdida, por una mujerzuela que tú mismo dices que no te satisface... ¿Pero qué clase de hombre eres tú?... ¿Qué hay bajo esa apariencia de bondad con la que a todos quieres engañarnos? Eres como todos, como todos, tan miserable como todos.

GABRIEL.—No, Angelina.

ANGELINA.—Sí, como todos. ¡Todos sois iguales! Si todavía me dijeras que al casarte con Mercedes habías tenido la desgracia de no sentirte espiritualmente comprendido; si me dijeras que Mercedes es una mujer incapaz de satisfacer los legítimos anhelos de un hombre apasionado; si me dijeras que por la necesidad imperiosa de sentirte querido habías caído en el abismo de un verdadero y grande amor, yo te comprendería, te justificaría; pero por un capricho grosero, por una aventura de la calle, por una mujer que moralmente, espiritualmente y hasta físicamente vale mucho menos que la tuya... por un amor comprado a tanto la caricia... nada más que por vicio, por vicio miserable... ¡qué asco!

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—¡Qué repugnantes sois los hombres! *(Pausa.)* Anda, vete, vete con ella. Todavía es posible que llegues a tiempo. Siento ya haberte entretenido tanto.

GABRIEL.—Eres tremendamente injusta. ¿Qué sabes tú cómo soy yo? ¿Qué motivos tienes para juzgarme ni para conocerme? ¿Te has asomado alguna vez al fondo de mi alma? ¿Qué sabes tú de mí?

ANGELINA.—Sé lo que tú me has dicho.

GABRIEL.—Ni eso, porque jamás te he dicho nada. ¿Quieres que te lo diga? Esta noche te lo voy a decir. Siéntate aquí un momento.

ANGELINA.—*(Retrocediendo.)* No, no... no me digas nada.

GABRIEL.—No es más que un instante. Te lo ruego... óyeme. *(La coge dulcemente de la mano y la obliga a sentarse en un sillón. El se acomoda en el de enfrente, muy cerca de ella, casi con las rodillas juntas, vis a vis.)* Has puesto, Angelina, el dedo en la llaga. Sin darte cuenta has adivinado mi tragedia íntima. El caso de que hablas es mi caso. Ese hombre soy yo. Yo tengo la desgracia de vivir espiritualmente incomprendido. Mercedes, por una serie de circunstancias que no son del caso referirte ahora, es una mujer incapaz, como tú decías, de satisfacer los legítimos anhelos de un hombre como yo. Yo sentía una necesidad imperiosa de querer y de que me quisieran, y como la sentía, como era fatal que la satisfaciese, caí en el abismo de ese grande y verdadero amor que tú me hablabas; me apasioné de una mujer, la quise tanto, la quiero tanto, que para mí en el mundo no hay nada más que ella; ya ves si la querré, que con ser tan grande la locura que por ella siento, ante el temor de que mis frases pudiesen ofenderla, no se lo he dicho nunca. He tenido miedo de que no me entendiese, he tenido miedo de que no me creyera, de que juzgase un capricho vulgar de liviandad y de galantería lo que era la pasión más grande de mi alma. Y he callado. He vivido junto a ella como una sombra de mí mismo; rehuyendo a todas horas el peligro y esquivando las ocasiones; siempre fingiendo, siempre violentándome, mordiéndome los labios para no hablar, cerrando muchas veces los ojos para que no viese en ellos el resplandor del fuego que me consumía. Y aún hice más. Por si, a pesar de todo, este cariño mío que yo juzgaba tan sincero y tan grande no era más que lujuria, quise ponerlo a prueba; busqué la compensación de otros amores para encontrar, ya que no el olvido, que esto no era posible, por lo menos un calmante y un aturdimiento. Y ni olvidé, ni me calmé, ni me aturdí. Seguí peor que antes, muchísimo peor, porque la violencia del contraste sólo sirve para purificar más mi cariño. Esto es lo que pasa. Ya ves, Angelina, si me has juzgado mal.

ANGELINA.—Palabras, Gabriel. Todo eso no son más que palabras.

GABRIEL.—¿No me crees? ¿Pero de veras no crees lo que te digo? *(Intentando cogerle las manos.)*

ANGELINA.—*(Esquivándolas.)* Déjame.

GABRIEL.—¡Ya sabía yo que tú tampoco me comprenderías! ¡Qué bien hice en callar!

ANGELINA.—*(Pasándose los dedos por los ojos.)* Es muy tarde... Me duele la cabeza... Tengo sueño... Déjame, que me voy a acostar. *(Hace ademán de incorporarse.)*

GABRIEL.—*(Reteniéndola.)* Un momento, nada más que un momento, una palabra... Oye: ¿de veras no me crees? *(Angelina calla.)* ¿No tienes siquiera curiosidad por saber quién es esa mujer?

ANGELINA.—Déjame, Gabriel, te lo ruego... es muy tarde... Otro día me lo contarás.

GABRIEL.—No, ahora, ahora. Es preciso que te lo cuente ahora. Yo no te hubiera dicho nunca nada, te lo juro, Angelina, te lo juro, nunca... ya ves que nunca te lo he dicho... Pero ahora ya no puedo callar... es preciso que te lo diga; es necesario que tú sepas que esa mujer a quien quiero con toda mi alma, que me tiene ciego, que me tiene loco, eres tú.

ANGELINA.—*(Levantándose.)* Gabriel...

GABRIEL.—*(Levantándose también y abrazándola.)* Tú, tú, tú...

ANGELINA.—*(Queriendo desasirse.)* Quita...

GABRIEL.—*(Sujetándola cada vez más fuerte y más apasionado.)* Eres tú... Yo te quiero con toda mi alma, Angelina. Yo no puedo vivir sin ti. Desde el día en que pusiste los pies en esta casa estás siendo mi martirio. Si tú lo sabes. Si yo sé que lo sabes... Si yo lo sé también... Si aunque con los labios nunca nos lo hemos dicho, los ojos se lo han contado muchas veces. Yo lo he leído en los tuyos. Yo sé que tú también me quieres.

ANGELINA.—¡No!... yo, no.

GABRIEL.—Sí, Angelina, tú me quieres también. ¡Si hasta puedo decirte desde cuándo! ¿Quieres que te lo diga? Te lo voy a decir. ¿Te acuerdas de una tarde?

ANGELINA.—No me acuerdo de nada. Déjame.

GABRIEL.—¿No te acuerdas?... Fué aquella tarde en que te querías ir de casa porque la gente murmuraba de ti. Te rogué que no te fueses, y como estabas llorosa y afligida, para consolarte te fuí a dar un beso, un beso de hermano, te lo juro, el más casto de toda mi vida. Me

huiste. Te miré a los ojos y aquella tarde por primera vez en tus ojos leí que me querías.

ANGELINA.—Ni aquella tarde, ni hoy, ni nunca... Jamás, ya lo sabes... ¡jamás! ¡Déjame!

GABRIEL.—*(Soltándola.)* ¡Angelina!

ANGELINA.—Aquella tarde me debí marchar. ¿Por qué me retuvisteis? ¿Por qué no me dejasteis que me fuera? ¡Cuánto mejor habría sido para todos!

GABRIEL.—Angelina...

ANGELINA.—Pero me iré mañana.

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—Mañana me iré.

GABRIEL.—No, eso no. Todo menos eso. Haz lo que quieras, dime lo que quieras, pero eso no. Por Dios, no, eso no... Angelina. Angelina, no te vayas... Perdón si te he ofendido... Yo te juro que no quise ofenderte. Yo te juro que nunca más lo volveré a decir... nunca más... ¡te lo juro! Ten lástima de mí... no me hagas caso... olvídate de todo... si no quieres quererme, no me quieras, ¡pero no te vayas!

ANGELINA.—*(Conmovida.)* ¡Gabriel!

GABRIEL.—¡Qué sería de mí si tú te fueses!... ¡Qué sería de esta casa sin tu presencia! ¿Pero no has comprendido, Angelina, todavía no te has dado cuenta de que si en esta casa hay un rayo de luz y de alegría es porque tú le traes? ¡Qué sería de nosotros sin ti!

ANGELINA.—¡Pero qué cosas tan extrañas dices! Te escucho y cuanto más te escucho menos te entiendo y más me desconciertas. No sé si eres un cínico o un loco.

GABRIEL.—No soy más que un pobre hombre que tiene un ansia infinita de amor y de felicidad.

ANGELINA.—¿Y la quieres calmar con una infamia?

GABRIEL.—No es una infamia, Angelina... Yo te juro que no es lo que tú crees.

ANGELINA.—Yo no creo más que lo que veo.

GABRIEL.—¡Si tú supieras!... ¡Si yo pudiera decirte la verdad!

ANGELINA.—¡Qué más puedes decir de lo que ya me has dicho! Que no quieres a Mercedes, que estás harto de ella, que no te satisface, que necesitas otra que te dé lo que ella no te da porque no puede, y te has fijado en mí... Y crees que yo, yo, que quiero a Mercedes más que

si fuera hermana mía; yo, que daría la vida por ella; yo, que no tengo para ella más que motivos de gratitud, que debería besar por donde pisa, voy a cometer la infamia de ultrajarla en lo que más le duele, aquí, en esta casa, bajo su mismo techo... ¿Pero qué concepto tienes tú de mí? ¿Qué clase de mujer crees que soy yo?

GABRIEL.—Que no es eso, Angelina, que no es eso.

ANGELINA.—Entonces, ¿qué es?

GABRIEL.—Ya lo sabrás. Yo te prometo que un día lo sabrás.

ANGELINA.—No lo sabré, porque me voy mañana.

GABRIEL.—No.

ANGELINA.—Sí.

GABRIEL.—No, Angelina, no te irás.

ANGELINA.—Me iré.

GABRIEL.—No te exaltes. Ten calma... te lo ruego. Mira que nos estamos jugando la felicidad.

ANGELINA.—Yo la mía ya me la he jugado.

GABRIEL.—¿Lo ves? ¿Ves cómo me quieres?

ANGELINA.—Gabriel, óyeme. Oyeme bien, porque ésta es la última conversación que tendremos. Mañana saldré de esta casa y nunca más me volverás a ver... ¡nunca más! Porque tengo decidido este propósito, me siento con valor para decirte lo que de otro modo jamás te hubiera dicho. Oyeme bien. Yo no sé si te quiero o no te quiero... Puede que te quiera mucho más que tú a mí.

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—Pero aunque te quisiera más que a la sangre de mis venas, yo te juro por la salvación de mi alma, por las cenizas de mi padre, que no engaño a Mercedes. Después de esto, comprenderás que todo lo que me digas es inútil.

GABRIEL.—¿Y si yo te demostrase que no hay engaño?

ANGELINA.—No me lo puedes demostrar.

GABRIEL.—¿Pero y si te lo demostrase? *(Angelina calla. Se muerde los labios y le mira muy fija. Está muy pálida y un estremecimiento nervioso la hace temblar desde los pies a la cabeza.)* Tú me quieres, ¿verdad?

ANGELINA.—No lo sé...

GABRIEL.—Me has dicho que sí... Tú me has dicho que para quererme no hay más obstáculo que uno: Mercedes.

ANGELINA.—¿Te parece poco?

GABRIEL.—Contéstame concretamente. ¿No hay más que ése, verdad?

ANGELINA.—Nada más.

GABRIEL.—De manera que si yo te demostrase que eso no era obstáculo, ¿me querrías?

ANGELINA.—No lo sé.

GABRIEL.—Sé leal. Angelina, sé leal... ¡Si me lo has dicho antes!... ¿Verdad que sí?

ANGELINA.—¡Sí!

GABRIEL.—*(Dando un suspiro de alegría y clavando los ojos en el techo.)* Ven aquí. *(Se sienta en un sillón, atrae dulcemente a Angelina y la obliga a sentarse en las rodillas de él. Y en voz muy baja.)* Ven aquí, que te voy a contar una cosa...

XV

Un pasillo del Ritz a las siete y media de una tarde de marzo; jueves de moda. De un lado, el estrépito del *hall;* del otro la musiquilla dulzona y pegajosa de los violines de los Boldi.
En un diván de terciopelo pegado a la pared, Gabriel Heredia, el conde de Fresnedo, Fernandito Alcaraz y Carlos Monterrey fuman, charlan y ven pasar la gente.

El conde de Fresnedo.—*(Siguiendo con los ojos a dos muchachas tobilleras que acaban de cruzar cogidas del brazo.)* ¡Qué encanto de chiquillas!... ¡qué ricas!

Gabriel.—Conde, por Dios, si son dos criaturas.

El conde de Fresnedo.—¡Es-tu-pen-das!

Gabriel.—¿Lo dice usted en serio? ¿Pero es posible que le gusten a usted?

El conde de Fresnedo.—¿Que si me gustan? Hombre, ¡exquisitas!... bocado de cardenal... deliciosas... como para comérselas saboreándolas desde la punta del zapato. Ya quisieras una para cada domingo.

Gabriel.—No.

El conde de Fresnedo.—¡Hipócrita!

Gabriel.—Palabra de honor. Se las regalo a usted. No me han gustado nunca las tobilleras.

El conde de Fresnedo.—Pero si no son tobilleras, Gabrielito; si ya no hay tobilleras. Eso era antes, cuando tú ibas al Instituto. Ahora son tobilleras todas las mujeres. Y desde el momento en que todas lo son, la legítima, la auténtica, ha desaparecido.

Gabriel.—Comprenderá usted, Federico, que yo me refería a algo más esencial que a la materialidad del largo de la falda.

El conde de Fresnedo.—¿A qué?

Gabriel.—Hombre, ¿a qué va a ser? ¡a todo! Una niña siempre será una niña.

El conde de Fresnedo.—¡Pero si ya no hay niñas, hijito! Sigues desdichado. ¿No estás viendo que todas son iguales? ¿Quieres decirme en qué se distingue una

niña de una mujer? Mira aquella que pasa; lo mismo puede tener catorce años que cuarenta y dos. Hace ya mucho tiempo que las mujeres han tenido la habilidad de suprimir la raya divisoria.

GABRIEL.—Con usted no hay manera de discutir en serio.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Bien sabe Dios que en serio estoy hablando.

CARLOS.—Tiene razón Fresnedo; es verdad. Es una vergüenza lo que ocurre con las mujeres.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Perdón, Carlitos; eso no. Tómalo como quieras, pero en trágico, no. Nada de vergüenza; al contrario, muy agradable y muy entretenido. ¿Verdad, Fernando?

FERNANDO.—Yo las encuentro cada vez más bonitas. Cada día me parecen más encantadoras.

CARLOS.—Pues yo no. Yo me permito disentir de ustedes. No estoy conforme. Creo que las mujeres llevan un camino muy equivocado, que es contraproducente lo que están haciendo, incluso para ellas mismas. Me harán ustedes la justicia de reconocer que yo no soy precisamente un dechado de moralidad.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Lo creemos sin que lo jures. No te esfuerces.

CARLOS.—Pues yo les aseguro que hay momentos en que las mujeres me molestan, me indignan; me subleva que sean tan idiotas. Es preciso toda la falta de sentido común que tienen las mujeres para no haber caído en la cuenta de que esa exagerada exhibición, ese descoco provocativo, ese alarde constante y persistente de desnudez, lejos de atraer y excitar a los hombres sólo sirve para matar la ilusión y apagar el deseo. Yo recuerdo, señor, hace unos años... no está la fecha tan lejana que no la tengamos en la memoria todos..., yo recuerdo cuando iba por la calle un día de lluvia y una mujer para cruzar la acera se arremangaba el pico de la falda, ¡con qué ansiedad la miraban mis ojos! ¡Cuántas mujeres he seguido desatinado por las calles, vibrante de deseo, la vista afanosa, clavada en un pedacito de media, tres dedos escasos, que asomaba tímido entre el borde de la bota y el revoloteo de la falda! ¡Cuántas veces en un asunto urgente he detenido el paso para

verlas subir en un tranvía o descender de un coche! Ahora ¡qué linda tiene que ser una pantorrilla para que me obligue a volver la cabeza!

FERNANDO.—Los años, Carlitos.

CARLOS.—¡Qué años ni qué narices!... la costumbre... Sencillamente que a fuerza de mirarlas ya no nos interesan. Hoy se ve una pierna como se ve un brazo, como se ve un cuello, como se ve una nuca.

EL CONDE DE FRESNEDO.—No me hables de la nuca, porque no hay nada en el mundo más bonito que una nuca... bonita. ¿Tú te has fijado bien en lo que es una nuca? De cien mujeres apenas encontrarás tres que la tengan verdaderamente bonita, ¡pero la que la tiene!...

FERNANDO.—Me parece, Fresnedo, que tratándose de mujeres a usted le gusta todo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¡Todo, todo, todo!

CARLOS.—Pues yo digo y repito que el encanto mayor de la mujer estriba en el misterio de lo desconocido. No hay realidad en el mundo, por hermosa que sea, que supere a la fuerza emotiva, excitante, evocadora y sugestionadora de la ilusión imaginada. Pues si no se nos deja nada que imaginar, si la mujer no nos da margen para que adivinemos, ¿qué ilusión nos reserva para el momento definitivo? Yo creo que las mujeres van muy equivocadas. Piensan que nos atraen y nos están matando los deseos, asesinando la ilusión, acabando con la curiosidad. No saben que la mayoría de las veces, la inmensa mayoría de las veces que un hombre solicita a una mujer, más que por deseo es por curiosidad, porque quiere saber qué es lo que esconde debajo de la ropa. No es el placer lo que se busca, es la sorpresa, la ilusión de lo desconocido, el misterio de la carne velada, imaginada. De todas las emociones que diariamente nos ofrece la vida, no creo que haya ninguna más fuerte y más intensa que la de desnudar a una mujer. Todos hemos pasado por ello. Todos sabemos con qué nerviosa excitación, con qué temblorosa torpeza los dedos han desprendido las primeras presillas y han desabrochado los primeros corchetes; con qué impaciencia, con qué deliciosa voluptuosidad se ve surgir a la caricia de los primeros besos, entre la veladura de las últimas telas, el dulce encanto de los tesoros escondidos; con qué alegría

se ve caer la ropa. Suprimamos la ilusión de este momento emocional, ¿y qué nos queda? ¡Ay de la mujer que no tenga el primer día reservada para su amante una sorpresa! ¡Ay de aquella que la primera vez no merezca la pena de ser desnudada!

El conde de Fresnedo.—Todas lo merecen, Carlitos. Por mucho que enseñen, siempre queda algo por ver.

Carlos.—Al paso que van, dentro de poco no les quedará nada.

El conde de Fresnedo.—Mejor. Será la manera de evitarnos desencantos y desilusiones. Porque, chico, tú no has presentado más que la parte agradable del problema. Pero, ¿y cuando sucede lo contrario? ¿Y cuando te equivocas?

Carlos.—Yo me he equivocado pocas veces.

El conde de Fresnedo.—Pues yo muchas.

Fernando.—Y yo.

Carlos.—Porque ustedes lo aceptan todo y yo depuro mucho. Soy muy exigente. Yo necesito poner por delante una cantidad enorme de ilusión.

El conde de Fresnedo.—No. Es que tú, como la inmensa mayoría de los españoles, todavía le concedéis al problema sexual una importancia demasiado excesiva. Creéis que conseguir a una mujer es una cosa excepcional, fundamental, y estáis en un error. Eso no tiene importancia ninguna, por lo menos no debiera tenerla. El día que la humanidad se acostumbre a mirar el amor como una función orgánica, tan natural y tan sencilla como cualquiera de las restantes funciones fisiológicas, se habrá evitado una serie de contrariedades y disgustos que hoy constituyen su infelicidad. ¿Hay nada más lamentable que ver a un pobre hombre, en la plenitud de su fuerza, malbaratando todas las energías de su voluntad y de su entendimiento, circunscribiendo todo su ideal y todos sus afanes en la posesión de una mujer? ¡Hombre, por Dios!... La vida es demasiado seria para supeditarla a una cosa tan nimia.

Fernando.—Es usted, conde, un paradojista formidable.

El conde de Fresnedo.—¿Yo? ¿por qué?

Fernando.—¡Condenar el amor, usted... usted que no hizo nunca otra cosa que amar!

El conde de Fresnedo.—Pues por eso precisamente, porque no hice otra cosa, no le doy al amor esa transcendencia que vosotros le concedéis. Yo no he podido nunca hacer con las mujeres esas clasificaciones arbitrarias que a vosotros os preocupan tanto. Fuera de la belleza, no creo que haya ninguna mujer superior a otra. A mí todas me parecen iguales.

Gabriel.—Hombre, todas...

El conde de Fresnedo.—Todas. Todas tienen sus ventajas y sus inconvenientes. En todas se encuentra por igual, equitativamente repartido, lo agradable y lo desagradable. Por eso, si en amor hay algo apetitoso, es variar.

Gabriel.—No estoy conforme.

Carlos.—Ni yo. Es más. Por lo que a mí concretamente se refiere, puedo decir que rara ha sido la mujer que la primera vez me ha interesado. En cambio, cuando he tenido la fortuna de dar con una verdaderamente exquisita, cuanto más la he querido, más exquisita la he encontrado. La consecuencia en mí no es una virtud, es un egoísmo. Y es, querido conde, que no hay exquisitez donde no hay ilusión, y que no hay ilusión donde no hay simpatía, y no hay simpatía que se consiga la primera noche.

El conde de Fresnedo.—Es cuestión de criterio.

Carlos.—No; es que el amor no tiene término medio: o es la voluptuosidad más sublime del mundo o es sencillamente una grosería.

El conde de Fresnedo.—Por lo visto yo no he pasado de la grosería.

Carlos.—Por lo visto.

El conde de Fresnedo.—Puede que tengas razón.

Carlos.—Haga usted la prueba.

El conde de Fresnedo.—Es ya un poco tarde para rectificar. Además, que no vale la pena.

Carlos.—¿Qué es entonces, según usted, lo que vale la pena?

El conde de Fresnedo.—Nada.

Carlos.—Eso sí que ya es un criterio.

El conde de Fresnedo.—Nada, chico, créeme; no hay nada en el mundo que merezca un esfuerzo, y una mujer menos que nada. Tú todavía, afortunadamente para

ti, estás en la edad en que los hombres pueden hacerse la ilusión de que los aman por sí mismos; ya me lo dirás cuando tengas que querer con autorización de la cuenta corriente.

CARLOS.—Antes de que eso llegue me habré buscado cuarteles de invierno.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Quieres decir que te casarás? Es lo mismo. No conseguirás nada. Si te casas por amor, el mismo amor siempre acabará por aburrirte; y si te casas sin amor, tarde o temprano el amor tomará su desquite como delito o como sufrimiento.

GABRIEL.—*(Sin poder contenerse.)* Eso sí que es verdad.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Naturalmente. Por eso lo que hay que hacer es no darle demasiada importancia al amor; acostumbrarse a mirarlo como lo que es, una satisfacción agradable, la más agradable de todas, la más deliciosa si queréis, pero ni más ni menos importante que el comer o el dormir. En amor como en todo hay que escoger lo bueno y rechazar lo malo. Este es el gran secreto de la vida. La vida, ni es tan mala como pretenden los pesimistas, ni tan buena como los optimistas suponen. Tiene de todo. Por eso lo mejor es acomodarse a ella, dejarse llevar y no ir contra corriente.

CARLOS.—Esa teoría estaría muy bien si no nos condujera al aburrimiento y a la monotonía. Yo, con permiso de usted, prefiero vivir la vida intensamente.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Vivir la vida intensamente es buscarse el dolor a sabiendas.

CARLOS.—No vivirla intensamente será ahorrarse los dolores, pero es también escamotearse los placeres.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Por lo menos convendrá saber en cada caso si la compensación es bastante.

FERNANDO.—Se están ustedes metiendo en unas honduras demasiado aburridas. Me divertía más la conversación al principio. ¿Quieren ustedes que volvamos a las tobilleras?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Lo que tú quieras, Fernandito.

CARLOS.—*(Levantándose.)* Pues sigan ustedes. Yo vengo en seguida.

FERNANDO.—¿Te vas?

CARLOS.—Sólo un momento. Voy a decirle una cosa a Angelina.

GABRIEL.—¡Ah!, ¿pero insistes?

CARLOS.—¡Pero hombre, si aun no se lo he dicho! ¿Es que te parece mal que se lo diga?

GABRIEL.—A mí, ¿por qué?

CARLOS.—No, chico, con franqueza; si te molesta no le digo nada.

GABRIEL.—¿A mí?

CARLOS.—Anda, ven conmigo. La hablaremos los dos.

GABRIEL.—Gracias. Ve tú solo. No me gusta meterme en estas cosas. Allá tú... y ella.

CARLOS.—Bueno, pues... ya te contaré. *(Desaparece por el salón de baile.)*

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Qué es ello, si no es indiscreción?

GABRIEL.—Nada; tonterías de Carlos. *(Alzando la voz al ver a Germán que viene por el «hall».)* ¡Germán!... ¡Germán!

GERMÁN.—*(Acercándose.)* Hola; ¿qué hacéis aquí?

GABRIEL.—Aburrirnos... ya ves. ¿Y tú?

GERMÁN.—Yo acabo de llegar.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Hombre, te felicito. Me han dicho que te casas.

GERMÁN.—No, señor.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿No te casas? Pues también te felicito. Como dice San Pablo, bueno es casarse, pero mejor es no casarse.

GERMÁN.—Yo no sé si es bueno o es malo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Vamos, te encuentras como aquel a quien le preguntaron si tocaba el violín y contestó: No lo sé: no lo he probado nunca. Pues mira, chico, en la duda no lo pruebes.

GERMÁN.—*(Sentándose en el sitio que dejó Carlos vacante.)* Si vieran ustedes lo desorientado que estoy... Por un lado me gusta esa mujer; me gusta mucho, no puedo remediarlo; estoy loco por ella; por otra parte la tengo miedo; no sé por qué; no me acierto a explicar, pero la tengo miedo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Eso es el instinto. No te cases.

GERMÁN.—¿El instinto?

El conde de Fresnedo.—Sí, sí, el instinto. Es como cuando vas en un coche por el paseo grande del Retiro, y al cruzar por delante de la Casa de fieras, el león ruge. El pobre jamelgo se estremece. El no sabe lo que es un león; no le ha visto jamás; no tiene idea del peligro que podría ante él amenazarle, y, sin embargo, tiembla. Es el instinto. Déjate siempre guiar por el instinto. El instinto es la salvaguardia de los seres. Cuando esa mujer te asusta, por algo será. No te cases.

Germán.—¿Habla usted en serio?

El conde de Fresnedo.—Siempre.

Germán.—Tiene usted una manera de decir las cosas, que muchas veces no sabe uno si echarse a reír o ponerse a pensar.

El conde de Fresnedo.—En la duda opta por reír. Es más agradable.

Germán.—¡Reír!... ¡Reír!... ¡Si viera usted qué pocas ganas tengo yo hoy de reír!

Fernando.—¿Qué te pasa?

Germán.—¡Qué me va a pasar!... Mi padre, ya sabes cómo es... No quiere que me case.

El conde de Fresnedo.—Puntualicemos. ¿No quiere que te cases o no quiere que te cases con esa?

Germán.—Lo mismo da, porque ya le he dicho que si no me caso con ella no me caso con ninguna.

El conde de Fresnedo.—Muy fuerte lo has tomado. Pues mira, chico, creo que haces mal. Ni esa mujer ni ninguna merece que le des un disgusto a tu padre.

Germán.—Pues se le doy.

El conde de Fresnedo.—Repito que harás mal. Con la familia no se debe emplear la violencia. Suele traer consecuencias muy lamentables. Es preferible ir buenamente por la persuasión. Ten paciencia... espera... convence a tu padre... A los padres tarde o temprano se los convence siempre.

Germán.—No puede ser, es muy expuesto. Esa mujer no está por su edad ni por sus condiciones en circunstancias de poder esperar. Podría ocurrir que un día cualquiera, incluso por despecho, se casara con otro.

El conde de Fresnedo.—¿Por despecho?... Sí, es posible... siempre hay justificantes para todo. Pues mira, todavía te queda otro camino. Tú la quieres, ¿verdad?

GERMÁN.—Mucho.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Y ella a ti?

GERMÁN.—Supongo que también.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Entonces cásate con quien tus padres quieran y déjala a ella que se case con quien le dé la gana... aunque sea por despecho. Si una vez casada te sigue gustando vuelve a hacerla el amor, y si ella continúa aún queriéndote llegarás al mismo resultado, mejor aún, porque la encontrarás más apetitosa. Y encima tendrás la ventaja de que si ahora a la gente le parece mal que la quieras, entonces todo el mundo lo encontrará muy bien, incluso tus mismos padres. Ya verás cómo dicen: «¡Pobrecillos!... Era natural. Tenía que suceder. No podía ocurrir otra cosa. ¡Se querían tanto!»

FERNANDO.—Es usted, conde, un hombre formidablemente divertido. Comprendo el gran partido que tiene usted con las mujeres. Si yo fuera mujer estaría loca por usted; haría usted de mí lo que quisiera sólo por el placer de oirle hablar.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pues nada, hijo; ni por esas. No consigo enloquecer a una. Se conoce que las mujeres que yo trato son refractarias a las disquisiciones ideológicas.

FERNANDO.—Las mujeres son seres inferiores.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Pero muy agradables.

FERNANDO.—Eso sí.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Y muy deliciosas. Hay que perdonárselo todo por lo deliciosas que son. ¿Queréis que ahora mismo nos tomemos un whisky a la glorificación de las mujeres?

FERNANDO.—Muy bien.

GABRIEL.—Yo les acompañaré a ustedes, pero no tomo nada.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Un whisky, ¿no?

GABRIEL.—Nada. He prometido no beber.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿A quién?

GABRIEL.—A nadie. A mí mismo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Me escamas. Esas promesas de arrepentimiento suelen ser rara vez autocinésicas. A ti te lo ha prohibido alguien. ¿Es que no le gusta a tu Charo que bebas? ¿Le repugnan los besos que saben a whisky?

GABRIEL.—Está usted muy atrasado de noticias, conde. ¿No sabe usted que hace un siglo eso se terminó?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Ah, ¿sí?

GABRIEL.—Mejor dicho, no ha tenido que terminarse, porque nunca hubo nada serio. Fué un capricho, una aventura, una tontería... nada.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Que acabó definitivamente...

GABRIEL.—Definitivamente.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Hombre, cuánto me alegro, porque a mí esa mujer me gusta mucho, y nunca le dije nada porque era cosa tuya. Yo tengo todavía la debilidad de respetar la amiga del amigo.

GERMÁN.—Parece mentira, conde, que teniendo una mujer tan bonita y tan buena como la que usted tiene...

EL CONDE DE FRESNEDO.—Qué...

GERMÁN.—Se pase usted la vida cometiendo infidelidades.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Si no son infidelidades. En lo que la mayoría de la gente llama infidelidades, no hay infidelidad. Nadie engaña a su mujer por el placer perverso de engañarla, ni porque haya dejado de quererla, ni porque la nueva le parezca mejor. Casi siempre sabe uno de antemano que vale mucho menos. Es por costumbre, por novedad, por curiosidad, porque, como decía Carlos hace un momento, se quiere saber lo que hay debajo de la ropa. Hombre, cuánto siento que no hayas oído a Carlos; lo explicaba muy bien. Yo os aseguro que muchas veces, cuántas veces al volver a casa después de una de estas aventuras estúpidas y ver a mi mujer tan fresca, tan elegante, tan bonita, me han dado tentaciones de decirle: Perdóname, chica; vengo desolado; soy un majadero. Te acabo de engañar con una mujer que vale mucho menos que tú, infinitamente menos... no hay comparación. Tú no sabes qué arrepentido vengo, qué avergonzado estoy de mí... ¡Qué bruto soy y qué linda eres tú! Ahora es cuando me pareces verdaderamente bonita. Si uno tuviera la franqueza de decir estas cosas y las mujeres la suficiente alteza de miras para comprenderlas, ¡qué felices podrían llegar a ser algunos matrimonios! Porque nunca, nunca se quiere más a una mujer que cuando acaba uno de engañarla con otra que vale menos.

GERMÁN.—Y casi siempre vale menos.

EL CONDE DE FRESNEDO.— Siempre.

GERMÁN.—Entonces, ¿por qué engañarlas?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Psss... ya sabes... la costumbre, la novedad, la curiosidad. ¡Es tan atrayente eso de saber lo que se esconde debajo de la ropa!

FERNANDO.—¿Tomamos o no tomamos ese whisky?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Sí; vamos.

Salen los cuatro por el *hall* y al mismo tiempo por la puerta del salón de baile aparecen Carlos y Angelina. Avanzan unos pasos y se refugian en un ángulo, de pie los dos, apoyados ligeramente en la pared.

CARLOS.—Gracias a Dios. Creí que no se iban y ahí dentro no hay manera de poder hablar. Todo se oye.

ANGELINA.—Pero, hijito, si yo creo que no tenemos nada que hablar. Te he entendido perfectamente.

CARLOS.—No, Angelina, no me has entendido. En primer lugar, tú crees que yo vengo enviado.

ANGELINA.—¿Y no es así?

CARLOS.—No, te he dicho que no. Mira, Angelina; tú puedes suponer de mí lo que quieras menos que tratándose de ti juego con dos barajas. Yo te pongo a ti siempre por encima de todo. Tú eres de todo lo que más me interesa.

ANGELINA.—Estás muy amable esta tarde.

CARLOS.—Tú en cambio tienes conmigo una ironía que me duele, porque nunca, y esta tarde menos que nunca, me la merecí. Oyeme. Angelina, escúchame un momento con atención. Después harás lo que quieras. Me voy a limitar a darte un consejo, que seguirás o no, pero óyele. ¿Tú te has dado perfectamente cuenta de la situación en que estás en casa de Hinojares? Prescindamos de las infamias que de ti se han dicho y se siguen diciendo. Yo te conozco bien y sé que como tienes la conciencia limpia puedes valientemente despreciarlas. Pero es que aparte de esa vil calumnia que acabará a la larga por desvanecerse (te puedo asegurar que ya sé de mucha gente que va rectificando), aparte de eso que era fundamental para ti, hay una serie de pequeñas minucias que, no teniendo aparentemente importancia, en el fondo te perjudican más porque la realidad no puede defenderte. Estás viviendo en esa casa de prestado. Per-

dona la crudeza, pero es preciso que te hable así. Yo te quiero mucho, Angelina. Si alguien hay con quien yo esté verdaderamente compenetrado, eres tú. Y es que tú y yo vivimos en situación análoga. Los dos somos dos víctimas del mundo, tan parecidos, tan iguales, que me parece que veo mi retrato cuando te miro a ti. Pero yo, que conmigo no tengo piedad, yo, que soy un hombre lo bastante fuerte para llegar incluso al cinismo si no hay otro remedio, me duele y me abochorna más que si la falta fuera mía, cuando te veo a ti ceder y claudicar. No claudiques, Angelina; no des pretexto para que murmuren. Tú no tienes idea del daño que me hace cada vez que oyendo hablar de ti escucho una ironía, una reticencia, un chiste sangriento, una frase de despiadada conmiseración hipócrita, a cualquiera de esas amigas tuyas que diez minutos antes te han besado la cara y te han ofrecido un elogio galante. Tú no sabes lo que a mí me duele que mientras ellas brillan y gastan y triunfan y gozan de todas las ventajas de la suerte, tú no seas a su lado más que la eterna convidada, la amiga pegadiza, la muchachita gorrona a quien se paga para que acompañe y entretenga unas horas al día con las sobras de la mesa y los desechos del guardarropa como aquellos hombres de placer que usaban antiguamente los magnates para que los divirtiesen en los ratos de hastío. Tú no sabes lo que a mí me duele que te humillen a ti, a ti, que vales más que todas, que eres mucho más linda, más inteligente, más exquisita, más buena, infinitamente muchísimo más buena que todas ellas juntas. Lo que yo daría, con qué alegría tan grande vería yo que un día se volviesen las tornas y fueses tú quien las humillaras a ellas. En tu mano está. Piénsalo bien, Angelina; piénsalo bien. Lo que te digo no es una locura ni una tontería. Es una cosa muy seria.

ANGELINA.—Hablas como si todo dependiera de mí. Cualquiera que te oyese pensaría que soy yo la que se complace en ello. Harta desgracia tengo si no puedo vivir de otra manera.

CARLOS.—De ti depende. Yo te doy el camino.

ANGELINA.—Eso es un sueño, Carlos; un buen deseo, que te agradezco mucho, pero nada más.

CARLOS.—No, Angelina; óyeme. Yo no soy un chiqui-

llo ni un tonto para perder el tiempo en fantasías. Tengo la bastante experiencia para saber a qué atenerme. Además, te quiero demasiado para lanzarte a una aventura en la que te expusieras a ponerte en ridículo y llevarte un desengaño doloroso. Cuando te indico un camino y te doy un consejo, puedes tener absoluta seguridad en mí.

ANGELINA.—¿Pero cómo es posible, Carlos, cómo me vas a hacer creer que un hombre de esa posición, que no tiene más que abrir la boca para conseguir lo que quiera, se va a fijar precisamente en una pobrecita como yo?...

CARLOS.—En primer lugar, tú no conoces a ese hombre. Por lo mismo que tiene muchísimo dinero, por lo mismo que sabe que con el dinero todo se consigue, siente por las gentes un profundísimo desprecio. Si tú le oyeras en la intimidad, como yo, te daría pena la amargura, el dolor, el vacío tan grande que hay en el fondo del alma de ese hombre, la necesidad que tiene de un poco de comprensión y de ternura. El está firmemente persuadido de que la gente le tolera, pero que en el fondo le odia, que no le perdonan el delito de haber hecho millones. El sabe que la inmensa mayoría de cuantos le rodean no van más que a saquearle, a explotarle, a vengarse en él de lo que juzgan la injusticia de la distribución social, y él, que no es ni miserable ni tacaño; él, que no sabe lo que es la avaricia; él, que en el fondo desprecia como nadie la materialidad del dinero, defiende su dinero contra el robo, contra la adulación, contra el engaño y contra el vicio. Los que le tratan superficialmente creen que es un egoísta. Yo, que le conozco muchísimo mejor, sé que en el fondo es un sentimental.

ANGELINA.—Aunque así sea, ¿por qué se ha fijado precisamente en mí habiendo tantas en donde escoger?

CARLOS.—No, no hay tantas. Al contrario, hay muy pocas. Vuelve la vista a tu alrededor y verás qué poquitas hay. Todo el afán de ese hombre estriba en encontrar una mujer buena que le comprenda y que le estime. Sabe que a su edad las pasiones son un poco difíciles; pero cree, y acaso no se equivoque, que un afecto sincero, honrado, permanente y tranquilo puede ser más provechoso que una gran pasión. Para eso hace falta

una mujer muy buena. El está seguro de que tú lo eres. Conoce tu historia.

ANGELINA.—Se la habrás contado tú.

CARLOS.—¡Naturalmente! Algo tenía yo que hacer en el mundo por ti.

ANGELINA.—¿Y cómo es que si le gusto nunca me ha dicho nada?

CARLOS.—Todos los hombres fuertes, Angelina, suelen ser con las mujeres algo tímidos. Este lo es mucho. Además, parece que dos o tres veces que ha intentado insinuarse contigo le has acogido un poco fría.

ANGELINA.—No, ni fría ni...

CARLOS.—Bueno, indiferente.

ANGELINA.—¿Qué iba a hacer?

CARLOS.—Si no te digo nada... te contesto. Estamos justificando la timidez.

ANGELINA.—Vamos, y por eso te ha encargado a ti...

CARLOS.—*(Interrumpiéndola.)* No me ha encargado nada... Ni yo actúo de tercero, ni soy correveidile. Obro por mi cuenta. Yo quiero mucho a Echaurri. Conmigo se ha portado muy bien y le tengo que estar agradecido. Pero por mucho que le quiera te quiero más a ti. Eres tú quien verdaderamente me interesa. Echaurri es una buena persona, pero tiene, como todo el mundo, su punto flaco, su tendón de Aquiles. La gran vanidad, la ilusión mayor de su vida es que nosotros, los de arriba, los elegidos, le hagamos un sitio, alternemos con él, le consideremos como uno de los nuestros. El sabe que a pesar de la buena acogida que aparentemente se le da en todas partes, en el fondo se le considera un extraño, un intruso; quiere romper la muralla, entrar en el templo por derecho propio, y esto sólo puede hacerlo del brazo de una mujer.

ANGELINA.—¿No le importa las cosas que de mí se han dicho?

CARLOS.—No sigas. En este punto, si mi testimonio no hubiera sido bastante, ya procuró él buscarse el de Mercedes y el del propio Gabriel.

ANGELINA.—¡Ha tenido valor de preguntárselo!

CARLOS.—Estas cosas no se preguntan, hija. Se encauza una conversación...

ANGELINA.—Ya...

CARLOS.—Y mira tú lo que es el mundo. Precisamente la indignación que ha sentido ante esa calumnia ha sido uno de los más poderosos alicientes para que aumentara su interés por ti. Hay una justicia inmanente en la vida. *(Angelina baja la cabeza pensativa y confusa; Carlos calla un momento aguardando una respuesta de Angelina; pero como Angelina no responde, prosigue.)* Nada más tenía que decirte. Tú piensa, medita, reflexiona... estudia detenidamente el caso y decide. Eres lo bastante lista para, una vez puesta en antecedentes, exteriorizar tu decisión del modo que mejor te convenga. No es necesario que a mí me digas nada. Allá tú. Ya te he advertido que ni actúo de tercero ni soy correvedile. Yo me limito a insistir en mi consejo. Una ocasión como ésta no se te vuelve a ofrecer más. Piénsalo bien.

ANGELINA.—No sé, chico... no sé.

CARLOS.—Tú verás. Son muchos millones, Angelina, ¡millones! Es resolver para siempre la vida, no carecer ya nunca más de nada; es triunfar, brillar, desquitarse de todo lo pasado, devolver todos los desprecios sufridos; es saborear el exquisito placer de la venganza, es subir a la gloria después de haber padecido el infierno... Esos millones, Angelina, son joyas, son trajes, son automóviles, son palacios en la Castellana y villas en la orilla del mar... y algo que vale más que todo eso: es la envidia de los otros, la humillación de los que te humillaron, la victoria definitiva...

ANGELINA.—*(Deslumbrada, los ojos brillantes, las manos temblorosas, la voz un poco enronquecida.)* ¡Carlos!

CARLOS.—*(Cada vez más exaltado.)* Te quiero mucho, Angelina, pero aunque no te quisiera te ayudaría para que triunfaras, porque tu triunfo me parece el mío. ¡Quién cómo tú, Angelina, quién como tú!... ¡Quién pudiera escupir todo el dolor que se ha visto en el mundo obligado a beber!... ¡Quién pudiera tirar las vestiduras viejas y desprenderse de las sandalias rotas y sacudirse el polvo de todo lo pasado!

ANGELINA.—¡El pasado!... ¿Crees que se puede realmente borrar el pasado? Me acuerdo de una cosa que me dijiste un día. Todo se consigue cuando hay tenacidad; todo se logra cuando todos los esfuerzos convergen

en un punto. Pero cuando se logre la ambición, ¿se habrá alcanzado la felicidad? ¿No será ya acaso demasiado tarde? ¿No nos habremos dejado entre las zarzas del camino todo lo que llevábamos dentro de grande y de noble? ¿Hasta qué punto tendremos que transigir de concesión en concesión?

CARLOS.—¡Concesiones! ¿Qué más puedes pedir?

ANGELINA.—¡Amor!

CARLOS.—¡Angelina!

ANGELINA.—No puedo, Carlos, no puedo... Aunque quisiera no podría... Yo no puedo darme a un hombre sin amor... ¡Imposible! Tendría asco de mí misma. Sería venderme como una mujerzuela de la calle.

CARLOS.—Te oigo y me desconciertas. Tú no eres la de antes, Angelina... Tú has cambiado... ¿Qué ha pasado por ti?

ANGELINA.—*(Confusa.)* Nada.

CARLOS.—Tú eras antes una mujer fuerte. Eras, como yo, una ambiciosa y una luchadora que mirabas la vida cara a cara... ¿Por qué te achicas ahora, por qué te asustas, di, por qué vacilas?

ANGELINA.—No lo sé...

CARLOS.—Piénsalo bien, Angelina, piénsalo bien. En el mundo no hay más que una cosa definitiva: la voluntad.

ANGELINA.—La voluntad y el...

CARLOS.—¿El qué?

ANGELINA.—Nada.

CARLOS.—¿Qué ibas a decir?

ANGELINA.—Nada, nada.

CARLOS.—Nadie mejor que tú puede saber lo que más te conviene. Pero medita bien tu situación; fíjate en las circunstancias en que estás. Por mucho que los Hinojares te consideren y te quieran, no eres en su casa más que una extraña y una intrusa. Mercedes es muy buena, pero por muy buena que sea, un día cualquiera puede levantarse de mal temple y tener contigo un arrebato de mal humor. Ya ves que de él no te digo nada. De la amistad de un hombre se puede estar seguro. De una mujer, no. Sería la primera vez en la vida que dos mujeres que conviven juntas no acaben por reñir. Y si esto sucediera...

ANGELINA.—Calla, que viene Gabriel.

GABRIEL.—*(Acercándose.)* ¿Dónde dejaste a Mercedes, Angelina?

ANGELINA.—Ahí dentro, en el salón, con Enriqueta. Se quedaron las dos viendo bailar. ¿Quieres que la llame?

GABRIEL.—No, hijita; de ninguna manera. No faltaba más... Quería sólo saber en dónde estaba... Sigue, sigue...

CARLOS.—No, chico, si no teníamos nada que decirnos. Estábamos aquí charlando por charlar...

(Pasan María Pepa y María Luisa.)

MARÍA PEPA.—*(Sin detenerse.)* Oye, Carlitos, cuando termines, ¿quieres venir a buscarme, que tengo que decirte una cosa?

CARLOS.—Ahora mismo, rica; soy todo tuyo. *(Acercándose a ella.)*

MARÍA PEPA.—Aguárdame un momento. Voy a dar un recado a mamá y vuelvo en seguida.

CARLOS.—Si no es más que eso te acompaño.

MARÍA PEPA.—Como quieras. Mejor.

CARLOS.—*(Despidiéndose con la mano de Gabriel y de Angelina.)* Hasta luego. *(Se va con María Pepa y María Luisa.)*

GABRIEL.—*(A Angelina.)* ¿Qué te decía Carlos?

ANGELINA.—Nada.

GABRIEL.—¿Nada?

ANGELINA.—Nada de particular. ¿Qué me iba a decir?

GABRIEL.—Creí que serías más sincera conmigo.

ANGELINA.—¿Por qué me dices eso?

GABRIEL.—Porque él lo ha sido más que tú. Sé de qué hablabais.

ANGELINA.—*(Asombrada.)* ¿Te lo había dicho?

GABRIEL.—Sí.

ANGELINA.—Entonces, si lo sabías, ¿por qué me lo preguntas?

GABRIEL.—Porque quería oírlo de tus labios. Quería saber si tenías la franqueza de decírmelo.

ANGELINA.—Yo no digo nunca cosas desagradables.

GABRIEL.—*(Irónico.)* ¿Tan desagradable es lo que te han propuesto?

ANGELINA.—*(Muy mimosa y muy triste.)* Gabriel, ¿por qué me hablas así?

GABRIEL.—Porque no sé lo que me pasa, porque estoy

loco, porque me haces sufrir de una manera horrible...

ANGELINA.—¿Yo?

GABRIEL.—Has estado hablando diez minutos justos, diez minutos de reloj. No se habla tanto tiempo cuando una conversación desagrada, ni se pone una cara como la que tenías.

ANGELINA.—¡Qué chiquillo eres!

GABRIEL.—Es que tengo mucho miedo de perderte, Angelina.

ANGELINA.—¡Tonto!

GABRIEL.—¡Qué sería de mí si te perdiera!

ANGELINA.—No me perderás nunca.

GABRIEL.—*(Apasionado.)* ¿Verdad que no?

ANGELINA.—No.

GABRIEL.—Aunque te ofrezcan millones, aunque te den todos los tesoros del mundo.

ANGELINA.—Yo no quiero más tesoro que tú.

GABRIEL.—¡Alma mía!

Entran María Pepa y Carlos. Angelina al verlos se aparta instintivamente de Gabriel y echa a andar hacia el salón. Gabriel la sigue. María Pepa y Carlos cruzan el pasillo y van a sentarse en el diván de terciopelo.

CARLOS.—¿Qué querías de mí, divina?

MARÍA PEPA.—Hacerte una pregunta. Oye: ¿te ha hablado Fernando alguna vez de mí?

CARLOS.—*(Desconcertado ante lo inesperado de esta salida que no podía sospechar.)* ¿Fernando?... ¿Fernandito Alcaraz?... ¿De ti?... Sí, hija, ya lo creo. Muchísimas veces.

MARÍA PEPA.—¿Y qué te ha dicho?

CARLOS.—Pues que eras muy guapa... que le gustabas mucho... que le traías de cabeza... en fin, lo que se dice cuando uno está enamorado. Porque te advierto que Fernandito estaba apasionadísimo de ti.

MARÍA PEPA.—Sí, sí...

CARLOS.—Chica, yo no sé qué pasará ahora ni en qué situación os hallaréis el uno con el otro, pero ¿que hubo un tiempo en que te quiso mucho?... ah, de eso no te pueda caber la menor duda.

MARÍA PEPA.—*(Arrugando la carita con un gesto de incredulidad.)* Psss... me parece que ése no quiere a nadie.

CARLOS.—No, no, te aseguro que a ti...

MARÍA PEPA.—Ni a mí ni a nadie. Ese no tiene corazón. Conmigo estuvo un poco encaprichado, no te diré que no... sí, lo estuvo, pero no pasó de ahí. Se figuró de mí yo no sé qué... Gracias a que me dí cuenta en seguida.

CARLOS.—*(Haciéndose el admirado.)* Ah, ¿sí?

MARÍA PEPA.—Sí. Es de los que creen que todo el monte es orégano.

CARLOS.—Pero hombre, ¿qué me dices?

MARÍA PEPA.—Sí, hijito. Y lo peor no es eso. Lo malo es que no sé si por despecho al ver que me dí cuenta, por venganza de que no le he querido, por ligereza imperdonable o sencillamente por mala intención, lo cierto es que va por todas partes hablando mal de mí.

CARLOS.—Eso sí que no lo creo.

MARÍA PEPA.—Ah, pues puedes creerlo. Me consta. Lo he sabido por diversos conductos.

CARLOS.—Chica, se me hace muy duro.

MARÍA PEPA.—También a mí se me hacía al principio; pero al fin no he tenido más remedio que doblegarme a la evidencia.

CARLOS.—¿Y qué es lo que dice, o mejor aún, qué es lo que te cuentan que dice?

MARÍA PEPA.—Pues que soy una loca. Que ha tenido que dejarme por loca... Que si no ha conseguido de mí nada ha sido sencillamente porque no se lo ha propuesto.

CARLOS.—¡Qué barbaridad!

MARÍA PEPA.—Oh; y muchas cosas más.

CARLOS.—Pues nada, no lo creo. Yo tengo gran confianza con Fernando; una amistad muy íntima; me ha hablado de ti muchísimas veces, y nunca, nunca, le he escuchado un concepto ofensivo. Siempre me habló de ti con el respeto que te merecías. Te han engañado, María Pepa.

MARÍA PEPA.—Mira que me lo han dicho personas que son incapaces de mentir.

CARLOS.—Las habrán engañado a ellas. Irán de buena fe, lo habrán oído, pero yo te aseguro que el origen es falso. Conozco a Fernandito.

MARÍA PEPA.—Lo dice todo el mundo.

CARLOS.—No hagas caso del mundo. ¡Se dicen tantas cosas!

MARÍA PEPA.—No, si yo después de todo... Mira tú, últimamente, teniendo como tengo la conciencia limpia... ¡a mí qué! Pero se lo han dicho a mamá.

CARLOS.—¡Qué miserables!

MARÍA PEPA.—Y figúrate tú, mamá con lo religiosa y lo mojigata que es... no te quiero decir. ¡Me tiene frita! Mañana, tarde y noche, siempre encima de mí con la misma monserga... ¡Me ha caído una!

CARLOS.—¡Pobrecita mía!... ¡sí que estarás!...

MARÍA PEPA.—Calcula.

CARLOS.—Yo hablaré con tu madre.

MARÍA PEPA.—*(Admirada.)* ¿Tú?

CARLOS.—Sí, verás; como si no supiera nada. Como si tú no me hubieras dicho nada absolutamente. Yo me ingeniaré para sacar la conversación y te prometo que como hable con ella diez minutos la dejo convencida.

MARÍA PEPA.—¡Ay, Carlitos de mi alma, si tú fueras capaz de hacer eso!

CARLOS.—Yo por ti soy capaz de eso y de todo.

MARÍA PEPA.—¡Dios mío, si convencieras a mi madre!... lo que yo te lo agradecería... Porque tú no sabes cómo está conmigo, la guerra que me da... ¡Que ya no te casas, que ya no te casas, que ya no te casas!... ¡Qué horror, la preocupación que le ha entrado, lo apurada que está!... Creo que con tal de salir de esta situación sería capaz de dejarme casar con el mozo de cuerda de la esquina.

CARLOS.—*(Sin poder contenerse.)* Ah, ¿sí?

MARÍA PEPA.—Sí, hijo; no piensa en otra cosa. Cree que me voy a quedar para vestir imágenes.

CARLOS.—Es una preocupación muy natural. Al fin es tu madre y le interesa tu felicidad y tu porvenir. Hay que reconocer que tú has sido un poquito ligera.

MARÍA PEPA.—¿Yo? ¿Es que supones tú también que lo que dicen es verdad?

CARLOS.—No, mujer; ¿cómo voy a suponer eso de ti? Precisamente me acabas de oír que no lo creo.

MARÍA PEPA.—Ah, por eso.

CARLOS.—No; digo que has obrado un poco a la lige-

ra, porque nunca debiste hacer caso a un hombre como Alcaraz.

MARÍA PEPA.—Ahora mismo le estabas defendiendo.

CARLOS.—Una cosa es que yo le defienda en este caso concreto, y otra que sea un tarambana. Las mujeres, María Pepa, sois como las alondras: os deslumbra el brillo y el oropel; os volvéis loquitas por los uniformes, os trastornan las palabritas dulces, los arrebatos de los profesionales de la galantería, y en cambio no sabéis que muchas veces el que más calla es el que siente más hondo.

MARÍA PEPA.—Si calla, mal se puede saber.

CARLOS.—Pues ahí está el acierto, en adivinarlo. Oyeme, María Pepa... *(Se acomoda holgadamente en el diván, cruza una pierna sobre otra, se inclina hacia su amiguita y en voz baja, muy baja...)* Oyeme...

Entran Enriqueta y Angelina, la primera muy sofocada y abanicándose furiosa.

ENRIQUETA.—¡Jesús, qué calor!... ¡y qué mal olor!... Si estoy ahí dentro quince minutos más, me pongo mala...

ANGELINA.—¡Qué exagerada eres, mujer!

ENRIQUETA.—Seré lo que quieras, pero no podía más. *(Fijándose en Carlos, que sigue charlando bajito con María Pepa, tan embelesado, que ni siquiera ha vuelto el rostro.)* Hombre, qué bonito... mira quién está ahí.

ANGELINA.—Carlos. Ya le he visto.

ENRIQUETA.—Vamos, ¿te parece? ¿Estás viendo qué tíos son los hombres?

ANGELINA.—*(Asustada.)* Baja la voz, que te pueden oir.

ENRIQUETA.—Puedes creer que si estuviéramos solos me tendría sin cuidado. ¡Ay, si estuviéramos solos!

ANGELINA.—Enriqueta, por Dios, no te pongas nerviosa.

ENRIQUETA.—¡Ay, esa niña!...

ANGELINA.—Vas a dar un escándalo.

ENRIQUETA.—No le doy. Pero no es por falta de ganas... ¡Dios mío, si yo fuera ahora una verdulera!... ¿Por qué no seré yo una verdulera? ¡Con qué ganas me desahogaría!

ANGELINA.—Estás muy nerviosa, Enriqueta... Vámonos.

ENRIQUETA.—No, espera.

ANGELINA.—Me asustas.

ENRIQUETA.—No te asustes. No tengas miedo, que no pasa nada.

(Carlos vuelve en este momento la cabeza, y, al ver a Enriqueta, frunce el ceño con un gesto expresivo de sorpresa y de desagrado. Le dice a María Pepa unas palabras al oído, se levantan los dos del diván, cruzan el pasillo y se meten en el salón.)

ENRIQUETA.—*(Siguiéndolos con los ojos.)* Me las paga, me las paga... ¡ya lo creo que me las paga!

ANGELINA.—No te disgustes; déjalo.

ENRIQUETA.—*(Con un violento esfuerzo, mordiéndose los labios.)* Sí, tienes razón. Mejor es dejarlo. Hablemos de otra cosa. Cuéntame, ¿qué es de ti? ¿Qué haces? No te veo. Llevas un siglo sin venir por casa. ¿Cuándo vas a venir?

ANGELINA.—Cualquier día.

ENRIQUETA.—No quieres ya nada conmigo.

ANGELINA.—Tonta.

ENRIQUETA.—No, no... es verdad. Ahora eres tú la que no quiere nada. Dime: ¿cuándo vas a venir?

ANGELINA.—Pues mira: mañana tengo que hacer; pasado, también; el otro... *(Se interrumpe, se lleva la mano a la boca, cierra los ojos, vacila y se apoya en la pared.)*

ENRIQUETA.—¿Qué te pasa?

ANGELINA.—No sé... ¡llevo unos días más malucha!

ENRIQUETA.—¿Qué tienes?

ANGELINA.—Yo creo que debe ser el estómago sucio... Tengo unos mareos y unas náuseas... *(Enriqueta se la queda mirando.)* Esta mañana, al levantarme, si vieras, ¡me puse más mala!... Me dieron de pronto unas arcadas...

ENRIQUETA.—*(Sin dejar de mirarla.)* ¡¡Angelina!!

XVI

Un gabinete íntimo en casa de los condes de Fresnedo. Una habitación ochavada con dos balcones, muy clara y muy alegre, que tiene sobre todo el carácter de no tener carácter. Cada mueble es de una clase y de un estilo. Sillooncitos dorados Luis XIV, una gran *chaise longue* Luis XV, enorme como un lecho, un secreter de laca, un tapiz oriental, dos soberbios tibores chinos de la familia rosa; en un rincón, un gran busto de Budha con las manos cruzadas sobre el vientre, y en el hueco de los dos balcones una consola, y sobre ella una estufa diminuta llena de tiestecitos. Cortinas de damasco y las paredes recargadas de cuadros, bronces, lacas, espejos y cornucopias. Encima de la *chaise longue*, casi cubriéndola, una piel de oso blanco, y a los pies, sobre el tapiz, otra piel, también blanca, de cabra del Tibet.

Enriqueta, sentada ante el secreter, escribe afanosa una carta con una linda pluma estilográfica. La hoja del calendario marca el 8 de abril. El reloj, las cinco menos cuarto.

La carta dice:

Golfo: Aunque no te mereces que te escriba, porque eres un charrán y me tienes muy enfadada, para que veas que pienso más en ti que tú en mí, te digo, por si te sirve de satisfacción, que estoy completamente bien de mi piececito, y que mañana, Dios mediante, pienso salir. Si me decido, te llamaré por teléfono para decirte a qué hora voy. Haz, pues, el favor de estar en casa, para que no me pase lo del otro día. Me da mucho coraje llamarte y que no estés.

¿Tienes ganitas de verme? Yo, muchas. Las tuyas no deben de ser tantas, cuando sabiendo que he estado enferma no has sido para venir cinco minutos. Y no me vengas con excusas. Ya sabes que puedes venir cuando quieras y que no pasa nada. No te lo perdono. Eres un charrán. Adiós, hasta mañana que...

Suenan dos golpes en la puerta.

ENRIQUETA.—¿Quién?

ROSARIO.—*(Asomando.)* La manicura, señora.

ENRIQUETA.—Que pase.

CARMELA.—*(Entrando.)* Buenas tardes, señora condesa.

ENRIQUETA.—Buenas tardes, Carmela. ¿Me permite usted que termine esta carta?

CARMELA.—Señora, por Dios...

ENRIQUETA.—Acabo en dos minutos.

CARMELA.—Lo que usted quiera, señora; no faltaba más... No tengo prisa.

ENRIQUETA.—No, si es por mí. Me pongo nerviosísima cuando me espera alguien.

(Termina muy de prisa la carta, la dobla, pega el sobre, escribe la dirección, lo guarda dentro de la carpetita del secreter, cierra la pluma, se chupa una manchita de tinta que le ha quedado en un dedo y se dirige hacia la «chaise longue», muy despacio, un poquito torpe.)

CARMELA.—¿Qué es eso, señora condesa, cojea usted?

ENRIQUETA.—*(Con mucho mimo.)* Sí; estoy malita; tengo un pie malito. Llevo cuatro días sin salir de casa. *(Variando de tono.)* Me hizo una rozadura el zapato. Una verdadera llaga. Si viera usted... ¡he estado más molesta!

CARMELA.—Como que estas cosas molestan mucho.

ENRIQUETA.—Oh, son fastidiosísimas.

CARMELA.—¿Pero se encuentra usted ya bien?

ENRIQUETA.—Sí. Gracias a Dios, tengo una encarnadura muy buena.

CARMELA.—Vaya, más vale así.

(Rosario, entretanto, ha colocado pegada a la «chaise longue» la mesa de laca y sobre ella un cojín de raso, dos toallas y un gran tazón de plata lleno de agua caliente. Enriqueta se tiende en la piel de oso y pone la mano sobre el almohadón. Carmela se sienta en una silla baja y saca del bolso los consabidos útiles de siempre. Y empieza la operación en medio de un profundo silencio.)

ENRIQUETA.—*(Al cabo de un gran rato.)* Tiene usted muy mala carucha, Carmelita.

CARMELA.—*(Sin levantar la vista.)* ¿Sí?

ENRIQUETA.—Muy mala. A ver, mireme usted... Huy, qué pálida... qué ojos más hundidos... qué mirada tan triste... qué ojeras... A usted le pasa algo, Carmela.

CARMELA.—Llevo unos días que no me encuentro nada bien.

ENRIQUETA.—¿Qué tiene usted?

CARMELA.—Jaquecas... unos dolores de cabeza que me vuelven loca.

ENRIQUETA.—Trabaja usted demasiado, Carmela.

CARMELA.—No.

ENRIQUETA.—Ya lo creo. ¡Qué me va usted a decir! ¿Es que no lo veo yo? Eso es lo que usted tiene y nada más que eso, que trabaja usted mucho. Es usted demasiado ambiciosa.

CARMELA.—No lo crea usted, señora condesa. Nunca lo he sido y ahora menos que nunca; bien lo sabe Dios. Todos los días estoy rechazando nuevas parroquianas. No quiero ninguna más, y de las que tengo pienso también dejar algunas.

ENRIQUETA.—Hará usted bien. No sé cómo puede usted dar abasto.

CARMELA.—Verdaderamente. Como que he empezado ya. Ayer mismo he dejado a la señora condesa de Arnedo y a sus hijas.

ENRIQUETA.—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

CARMELA.—Pues... por eso... porque alguna tenía que ser la primera, por alguna había que empezar. Eran muy fastidiosas y me entretenían demasiado. La mañana que iba a su casa, mañana perdida. He dejado también a la señorita María Cramarczic.

ENRIQUETA.—Pero a mí no me dejará usted.

CARMELA.—No, señora.

ENRIQUETA.—No, no, ¿eh? que a mí no.

CARMELA.—Puede estar tranquila la señora condesa. Mientras yo trabaje me tendrá siempre a su servicio. Si algún día tuviera que dejarlas a todas, la señora condesa sería la última.

ENRIQUETA.—Ni la última ni la primera, no transijo. A mí no me hace las manos nadie más que usted, Carmelita. A mí no me entiende nadie más que usted. Conque de eso ni hablar. *(Carmela, muy atareada al parecer en limar una uña, no contesta. Enriqueta la mira fijamente, y después de un gran rato.)* ¿Es que se va usted a retirar, Carmela? *(Carmela calla.)* ¿Es que va usted a dejar el oficio?

CARMELA.—*(Sin levantar los ojos.)* No sé, señora.

ENRIQUETA.—¡Carmela! (*Carmela sigue callada.*) Carmela, a usted le pasa algo.

CARMELA.—No.

ENRIQUETA.—¿Qué le pasa a usted?

CARMELA.—Nada, señora. (*Hay otra pausa larga. Carmela sigue puliendo las uñas de Enriqueta siempre con la cabeza baja. Enriqueta no cesa de mirarla cada vez más intrigada y más curiosa. Carmela da un suspiro muy hondo.*) ¡Ay, Dios mío!

ENRIQUETA.—(*Muy cariñosa.*) Carmelita, hija mia, ¿qué tiene usted? (*Carmela no responde, pero de sus ojos se desprende un grueso lagrimón que va a caer sobre la mano de la condesa. La condesa se estremece, retira vivamente la mano, coge la cabeza de Carmela y la mira.*) ¡Pero si está usted llorando, criatura! Vamos, venga usted aquí... no trabaje usted más... déjelo; otro día será. Siéntese usted aquí, a mi lado. (*Tomándola suavemente de las muñecas y obligándola a sentarse en la «chaise longue».*) ¿Por qué llora usted? ¿Qué lágrimas son ésas?

CARMELA.—(*Parpadeando, haciendo esfuerzos por sujetar el llanto y reprimir los suspiros.*) No... si... no me pa... sa... nada.

ENRIQUETA.—No se contenga usted por mí. Llore usted lo que quiera. Desahóguese usted. (*Carmela saca un pañolito, se lo lleva a los ojos y solloza por lo bajo. Enriqueta, conmovida, deja pasar unos instantes y por fin, quitándole a Carmela las manos de la cara y abrazándola dulcemente.*) Cuénteme usted... No le dé reparo ni vergüenza. Yo soy una buena amiga... La quiero mucho. Desahóguese usted conmigo. ¿Ha tenido usted algún disgusto?... ¿Cuestiones de familia tal vez?... (*Carmela hace signos negativos.*) ¿No?... ¿Cosas de novio entonces? ¿Tiene usted novio, Carmela?

CARMELA.—Sí, señora.

ENRIQUETA.—Vamos... ¡una riña de novios!... Lo debí suponer. Pero eso, probablemente, no tendrá importancia... Las riñas de los novios no tienen importancia casi nunca. Cuénteme usted. Es posible que yo le pueda dar algún consejo. ¿Qué novio es ése? ¿Por qué ha sido la riña?... ¿Celos tal vez?... ¿Alguna trastada?... (*Carmela dice que no con la cabeza.*) ¿Más grave?... Cuénteme... no le dé vergüenza. No hay nada que más alivie una pena que contarla. Ea, dígame, ¿qué es ello?

CARMELA.—*(Después de un gran suspiro.)* Pues verá usted. Yo tenía un novio... un muchacho «bien», muy simpático, muy elegante, de muy buena familia...

ENRIQUETA.—¿Conque rico, eh?

CARMELA.—No, rico precisamente, no, pero... «bien»... Me quería mucho... parecía que me quería mucho. Hizo muchas cosas para demostrármelo.

ENRIQUETA.—¿Cuánto tiempo llevaban ustedes de relaciones?

CARMELA.—Cuatro años.

ENRIQUETA.—Ah, era ya una cosa seria.

CARMELA.—Sí, señora, muy seria. Yo estaba, ¿por qué voy a mentir?, muy entusiasmada y muy contenta. Me había hecho la ilusión de que iba a ser para toda la vida. Y de pronto...

ENRIQUETA.—Dice que no se casa.

CARMELA.—No, señora; no es eso.

ENRIQUETA.—Entonces...

CARMELA.—Yo no le había hablado nunca de matrimonio. Sabía que no había de casarse conmigo. Aunque sea muy doloroso, ya me había hecho a ello. Sabía que no podía ser. Y como le quería... *(Levantando los ojos.)* No me juzgue usted mal, señora...

ENRIQUETA.—No, hijita mía; siga usted.

CARMELA.—Pues verá usted... el otro día... hace de esto muy poco... ¡Si todo ha ocurrido muy rápido!... El otro día me dijo que iba a venir su madre a pasar una temporada con él... El vive en Madrid, solo... Y que en cuanto su madre viniera ya no nos podríamos ver... ni él podría ir por las noches a mi casa ni yo podría ir a la suya.

ENRIQUETA.—Ah, ¿pero ustedes se veían?

CARMELA.—Por Dios, señora, no me juzgue usted mal. Yo se lo cuento a usted todo... A otra persona no me atrevería, pero usted me inspira mucha confianza. Yo creo que usted se hace cargo de todo.

ENRIQUETA.—Sí, hijita mía, sí. Yo soy de las que se hacen cargo. Siga usted.

CARMELA.—Pues nada, que me dijo esto y le dije que bien. ¿Qué iba a hacer?

ENRIQUETA.—Y dejaron ustedes de verse.

CARMELA.—No, no, señora. Su madre va a venir, pero no ha venido todavía.

ENRIQUETA.—Entonces, ¿por qué ha sido la riña?

CARMELA.—Pues porque el otro día, casualmente... estas cosas que pasan en Madrid, que se lo cuentan a uno todo sin preguntarlo... me enteré de que eso de la madre no era más que un pretexto, una combinación que él se ha buscado para ir terminando poco a poco conmigo, porque en el fondo lo que ocurre es que... se casa.

ENRIQUETA.—¿Que se casa?

CARMELA.—*(Saltándosele otra vez las lágrimas.)* Sí, señora.

ENRIQUETA.—De modo que tenía otra.

CARMELA.—Sí, señora.

ENRIQUETA.—Y usted sin saber nada.

CARMELA.—Nada. Figúrese cómo me quedaría. Vino a casa, se lo dije...

ENRIQUETA.—Y tendría el cinismo de negarlo.

CARMELA.—No, señora; tuvo el cinismo de reconocer que era verdad.

ENRIQUETA.—¡Qué tío!

CARMELA.—Se excusó con que no tenía más remedio... que era un matrimonio de conveniencia... que ella era muy rica y él lo hacía únicamente por el dinero, para resolver su situación, por asegurarse la vida... Y a todo esto dándome mucha coba, jurándome y perjurándome que no quería a nadie más que a mí, que siempre sería para mí el mismo... que no fuera tonta... que a mí eso no debía importarme... En fin, concluyó por proponerme que siguiera con él. Yo le dije que no.

ENRIQUETA.—Naturalmente.

CARMELA.—Eso es lo que ha pasado. Ya ve la señora condesa si tengo motivos para estar disgustada.

ENRIQUETA.—Sí, verdaderamente, todo eso es muy triste. Pero, ¿quiere usted que le hable con franqueza? ¿quiere que le dé un consejo con toda lealtad y sobre todo con la amarga experiencia de una mujer que ha vivido mucho y que tiene la desgracia de conocer muy de cerca a los hombres? Alégrese usted. Con ser muy doloroso lo que ha sucedido, es lo mejor que podía pasar. Ese hombre no la quería a usted. Tarde o temprano el desengaño habría venido. Vale más que haya llegado ahora. Usted es muy joven todavía, es usted muy guapa, muy simpática; tiene usted un carácter encantador.

Libre de ese hombre, cualquier día podrá usted encontrar otro, le encontrará seguramente, que la estime más, que la quiera más, que la haga más feliz, todo lo feliz que usted se merece.

CARMELA.—Ay, señora condesa; para mí, desgraciadamente, ha terminado todo.

ENRIQUETA.—No, hijita mía; al contrario; nada de eso. Ahora empieza usted a vivir.

CARMELA.—Yo ya no puedo querer a nadie, señora condesa. Ese hombre se ha llevado todo lo que yo tenía: mi alegría, mi juventud, mis ilusiones... todo se lo ha llevado él.

ENRIQUETA.—Todo volverá a nacer para volver a morir y renacer de nuevo. Las primaveras se suceden y los corazones constantemente se renuevan. El corazón es insaciable, Carmelita. Se lo dice a usted una mujer que ha amado mucho.

CARMELA.—¿Quiere usted que siga haciéndole las manos, señora condesa?

ENRIQUETA.—No, no; otro día.

CARMELA.—Le advierto a usted que estoy ya tranquila. Venía muy acongojada, pero se me pasó. Tenía usted razón. No hay nada que alivie una pena como poder contarla.

ENRIQUETA.—¿No se la había usted contado a nadie?

CARMELA.—A nadie. No tenía a quién.

ENRIQUETA.—¡Pobre Carmelita! *(La abraza y la besa.)* Pues nada, hija mía; no sabe usted cuánto me alegro haberla tranquilizado.

CARMELA.—Es usted muy buena conmigo. ¿Cuándo quiere la señora que vuelva?

ENRIQUETA.—Cuando usted guste.

CARMELA.—¿Mañana?

ENRIQUETA.—No, mañana no, que tengo que salir.

CARMELA.—Pasado mañana, entonces.

ENRIQUETA.—Bien.

CARMELA.—Pues buenas tardes, señora condesa. Hasta pasado mañana. *(Recoge sus útiles, los guarda en el bolso y se dirige hacia la puerta.)*

ENRIQUETA.—Adiós. Ah, oiga usted. *(Carmela se detiene.)* Por supuesto, eso que decía usted antes de que se iba a retirar, será una broma...

CARMELA.—No sé, señora... puede que me vaya de Madrid... No lo he decidido todavía.

ENRIQUETA.—¿Qué se va usted a ir?... ¿Por qué? ¿Por lo del novio?.,. ¡Vamos, hombre, qué locura!... No faltaba más... ¡Ni hablar de ello!... ¡Que le maten! No sería usted poco tonta... con lo bonita que es usted... Pero si lo que sobra en el mundo son hombres... Además, que no estoy dispuesta a quedarme sin usted... que no, vaya, que no, que a mí no me hace las manos nadie más que usted, Carmelita...

CARMELA.—Es usted muy buena, señora condesa. Hasta mañana.

ENRIQUETA.—Que no se va usted, ¿eh?, que no... ¿verdad que no?

CARMELA.—*(Sonriendo tristemente.)* No lo sé...

ENRIQUETA.—Carmela, que no me quiero quedar sin manicura.

CARMELA.—Buenas tardes.

(Sale. Entra Rosario; se lleva las toallas y el tazón de agua caliente y coloca en su sitio la mesita de laca.)

ROSARIO.—Qué mal le han dejado a usted las manos hoy, señora.

ENRIQUETA.—No, si no me las ha hecho. No he querido yo que me las hiciera. ¡Pobre chica! Tenía un disgusto horrible. La ha dejado el novio plantada.

ROSARIO.—Ah, ¿sí?

ENRIQUETA.—Sí; se casa con otra después de cuatro años de relaciones.

ROSARIO.—¡Qué tío!

ENRIQUETA.—Todos son iguales. ¡Ay qué asco de hombres!

ROSARIO.—¡Ya, ya... pobre muchacha!

ENRIQUETA.—No te fíes nunca de ellos, hijita. Ya ves lo que son... todos lo mismo. El mejor, para ahorcarle.

ROSARIO.—*(Con una voz dulcísima de colegiala.)* Ya sabe la señora que a mí no me gustan los hombres. *(Suena un timbre.)*

ENRIQUETA.—Es el timbre del portero, ¿no? Alguien sube. Ve a ver.

ROSARIO.—*(Desaparece y en seguida vuelve a entrar para anunciar desde la puerta.)* El señor don Carlos Monterrey.

ENRIQUETA.—¡Que pase en seguida! Oye, al portero que no estoy para nadie.

Sale Rosario y entra Carlitos Monterrey a cuerpo gentil con un traje obscuro de americana acabadita de estrenar; muy bien peinado, muy bien afeitado, muy perfumado, muy pulido. Entra quitándose los guantes.

ENRIQUETA.—¡Chiquillo de mi alma, qué alegría... qué sorpresa tan grande!

CARLOS.—No me esperabas, nena.

ENRIQUETA.—Qué te había de esperar... después de cuatro días de saber que estoy mala... ¡Qué alma tienes! No, no me digas que ha sido por mí, no me vengas con la excusa de siempre... Ya sabes tú que no... que aquí puedes venir siempre que quieras y mucho más teniendo la prudencia de avisar por teléfono para que yo tome mis precauciones. Precisamente te lo decía en una carta que te he escrito.

CARLOS.—No la recibí, nena.

ENRIQUETA.—Qué vas a recibir si no te la he mandado. La tengo aquí todavía. Mírala. *(La saca de la carpeta y se la ofrece.)* No merecías que te la diese, pero en fin, para que veas que no miento, tómala.

CARLOS.—*(Coge la carta, la lee, se acerca en seguida a Enriqueta y la besa en los labios.)* ¡Qué rica eres!

ENRIQUETA.—Chissst..., sé formal.

CARLOS.—Bueno, ¿y cómo estás de tu pie?

ENRIQUETA.—Ya era hora. Vamos, hombre; ¿te has acordado ya? Creí que lo ibas a dejar para mañana.

CARLOS.—Pero, hijita, si acabo de entrar. No ha habido tiempo.

ENRIQUETA.—Pues ya estoy bien, pero he estado muy mala.

CARLOS.—¡Pobrecita!

ENRIQUETA.—Sí, sí, búrlate... Que lo hubieras tenido tú, con lo flojos que sois los hombres, y ya me lo habrías dicho. Di que yo soy muy fuerte, pero he tenido todo el tobillo en carne viva.

CARLOS.—¡Pobrecita!

ENRIQUETA.—Ah, ¿no lo crees? Ya te lo enseñaré mañana.

CARLOS.—¿Vas a ir mañana?

ENRIQUETA.—¿No has leído en la carta que sí? Iré a

primera hora al Sagrado Corazón a ver a las nenas, y de cinco a cinco y cuarto podré estar en tu casa. ¿Te parece bien?

CARLOS.—*(Muy frío.)* Muy bien.

ENRIQUETA.—¡Hijo, lo dices en un tono que se le quitan a una todas las ganas de ir!

CARLOS.—¡Qué cosas tienes!

ENRIQUETA.—No, si te molesta no hay nada de lo dicho; no voy. A disgusto, nada.

CARLOS.—Qué tontísima eres.

ENRIQUETA.—El tonto serás tú.

CARLOS.—Pero ¿a qué viene todo esto?

ENRIQUETA.—Tú lo sabrás, que has empleado un tono...

CARLOS.—Pero qué tono ni que... Eres de una susceptibilidad que mete miedo. Me anuncias que vas a ir a casa; te contesto que bien. ¿Qué más te voy a decir? ¿Me voy a poner a bailar?

ENRIQUETA.—A bailar no sé... pero otras veces esta misma noticia te causaba una alegría más grande..., por lo menos lo demostrabas más.

CARLOS.—No, rica mía... igual. Lo que pasa es que no siempre le cogen a uno las cosas de la misma manera. Hoy estoy yo de mal humor.

ENRIQUETA.—Ay, rey mío, pues te le guardas, que yo no tengo la culpa.

CARLOS.—Es que he de decirte una cosa algo desagradable.

ENRIQUETA.—Si es desagradable no me la digas, que estoy muy contenta y no quiero ponerme de mal humor como tú. Ya me la contarás otro día.

CARLOS.—Bueno.

ENRIQUETA.—¿Qué es ello?

CARLOS.—Ya te lo contaré.

ENRIQUETA.—No, dímelo ahora. De todas maneras ya me has metido en curiosidad.

CARLOS.—Déjalo. Hay tiempo.

ENRIQUETA.—Dilo. Ya qué más da... O no haber empezado.

CARLOS.—Pero si después de todo no tiene importancia.

ENRIQUETA.—Pues suéltalo de una vez. Jesús, qué hombre éste, qué nerviosa me pone.

CARLOS.—Pues nada... *(Con tono muy frívolo, sin*

darle importancia.) Que mi madre quiere venir a pasar una temporada conmigo.

ENRIQUETA.—*(Poniéndose súbitamente pálida.)* Que tu madr...

CARLOS.—*(Sin darse cuenta.)* Sí; hace tiempo que tenía ese capricho, y como en esta época del año es realmente cuando Madrid está mejor... pues se ha decidido a hacerlo ahora.

ENRIQUETA.—*(Apretando los dientes, mordiendo las palabras.)* ¡Conque viene tu madre!

CARLOS.—Sí; dentro de unos días. Estará un par de meses. *(Levantando los ojos y quedándose sorprendido al descubrir la expresión desencajada de Enriqueta.)* ¿Pero qué te pasa, nena? ¿Por qué te pones así? ¿Es que tiene algo de particular que venga mi madre?

ENRIQUETA.—*(Dominándose.)* No, nada...

CARLOS.—Por eso. Creí que te sabía mal.

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Pues es todo lo que tenía que decirte. *(Pausa.)*

ENRIQUETA.—*(Frotándose las manos muy nerviosa.)* Bueno, ¿y qué?

CARLOS.—Cómo, ¿y qué?

ENRIQUETA.—Sí, que ¿dónde está la noticia desagradable?

CARLOS.—Hombre, es desagradable porque desde el momento en que mi madre venga no tendremos más remedio, como comprenderás, que variar un poco de vida. Mientras esté aquí no podrás venir a casa... naturalmente... ¡Cómo vas a venir!... Por eso decía que es muy desagradable... Yo te conozco bien y sé que, aun haciéndote cargo, en el fondo te ha de contrariar mucho.

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—No digas. ¡Si nos conoceremos!... Te ha de contrariar como me contraría a mí.

ENRIQUETA.—A ti, no sé... A mí, no. Puedes estar tranquilo.

CARLOS.—¿De veras?

ENRIQUETA.—De verdad.

CARLOS.—No te puedes figurar, chiquilla de mi alma, qué peso tan grande me has quitado de encima. Estaba preocupadísimo.

ENRIQUETA.—Hacías mal.

CARLOS.—En fin, no hay que hablar más. En principio está todo resuelto. Mañana concretaremos detalles. Ya te contaré el plan que tengo.

ENRIQUETA.—Va a ser un poco difícil.

CARLOS.—¿Por qué? ¿No vas a venir mañana a casa?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—*(Muy sorprendido.)* ¿Cómo que no? ¿Pues no me decías hace un momento...?

ENRIQUETA.—Hace un momento pensaba una cosa y ahora pienso otra.

CARLOS.—¡Nenita!

ENRIQUETA.—¿Qué...?

CARLOS.—*(Muy cariñoso.)* Nena de mi alma, no te pongas así... No te enfades conmigo. Oye, ven aquí... *(Acercándose a ella y tratando de cogerle las manos.)*

ENRIQUETA.—*(Rechazándole muy seca.)* Estáte quieto. Haz el favor de no tocarme.

CARLOS.—*(Mirándola a la cara.)* ¿Pero qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿A qué viene este cambio? ¡Siempre has de ser igual... siempre lo mismo... susceptible, recelosa, bravía!... ¿Por qué no eres franca conmigo, por qué no has de decirme lo que sientes?... ¿Es que de veras te molesta que venga mi madre?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Entonces, ¿qué actitud es esta tuya? ¿Por qué hace diez minutos me escribes una carta y ahora de pronto, así...? ¿di, por qué? *(Enriqueta se encoge de hombros.)* Enriqueta, Enriqueta, no me martirices... sé razonable... Si tú has sido siempre muy buena conmigo.

ENRIQUETA. Lo he sido, pero ya no lo soy.

CARLOS.—Siempre, siempre... Lo que sucede es que a veces eres caprichosa y voluntariosa, que estás muy mimada, muy hecha a hacer siempre tu santa voluntad... Te ha contrariado lo que te he dicho, pero no tienes razón, yo te convenceré... ya verás cómo te convenzo mañana...

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Sí, tú lo verás. Ven mañana a casa... ¿Verdad que sí vendrás?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿No vas a venir?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿Pero por qué?

ENRIQUETA.—Porque no.

CARLOS.—No es una razón, nenita.

ENRIQUETA.—No tengo otra.

CARLOS.—*(Tratando de sonreír.)* ¿Es que ya no quieres nada conmigo?

ENRIQUETA.—*(Muy seca.)* No.

CARLOS.—¿Te has cansado de mí?

ENRIQUETA.—Sí.

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—¿Qué? *(Los dos se miran de frente. Hay otra pausa larga.)*

CARLOS.—Enriqueta, aquí pasa algo... a ti te han contado algo... Yo no sé qué es, pero aquí hay un chisme, un enredo que vamos a aclarar. ¿Qué te han dicho de mí?

ENRIQUETA.—No he hablado de ti absolutamente con nadie.

CARLOS.—¿De veras? ¿Me lo juras?

ENRIQUETA.—No tengo que jurar. Basta que yo lo diga.

CARLOS.—Pues no siendo así, no lo comprendo. Es tan extraña tu actitud conmigo, que sólo puedo explicármela con que estuvieses celosa.

ENRIQUETA.—*(Irguiéndose desafiadora; el gesto duro, con una expresión de supremo desprecio.)* ¿Celosa?... ¿Yo?... ¿De ti?... ¡Vamos, hombre!

CARLOS.—Huy, huy, huy... a ti te han dicho algo.

ENRIQUETA.—¿Qué supones tú que pueden haberme dicho?

CARLOS.—Qué sé yo... como la gente miente tanto... Con franqueza, dime la verdad, ¿qué te han contado de mí?

ENRIQUETA.—Nada.

CARLOS.—No seas tonta, sé franca. Si es mucho mejor. Yo te prometo ser sincero. Anda, di, ¿qué te han dicho? ¿Es acaso algo de María Pepa?

ENRIQUETA.—Ah, pero... ¿qué?... ¿te has acostado ya con ella?

CARLOS.—*(Absolutamente sincero.)* ¿Yo?

ENRIQUETA.—¿Qué tendría de particular? Una mujer que se vuelve loca por los hombres, que ha estado en

los brazos de un amigo tuyo... que si no le pasó nada fué porque él no quiso... porque la encontró demasiado delgada... Supongo que tú no habrás sido tan exigente.

CARLOS.—*(Mordiéndose los labios.)* ¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Tú me lo has contado... sé lo que tú me has dicho...

CARLOS.—¡Ves... ves cómo estás celosa!

ENRIQUETA.—¿Celosa?... ¿Yo?... ¿De *ésa?*... ¿de ti? Celos se pueden sentir de un hombre a quien se quiere, a quien se ha querido; de un hombre honrado y digno, de un caballero...

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—De ti, no.

CARLOS.—Enriqueta, adiós... Otro día hablaremos. Hoy te tengo miedo. Estás muy exaltada y te veo en camino de seguir diciéndome cosas desagradables que a nadie en el mundo le toleraría, y que de ti aunque las tolere, me han de hacer mucho daño. Pero antes de irme óyeme dos palabras. Yo no sé si soy bueno o si soy malo; si procedo bien o si procedo mal; sé que en las circunstancias en que se ha encarrilado mi vida no he podido proceder de otro modo. No he sido nunca lo que he querido ser, sino lo que los demás han querido que fuese. La honradez de los hombres es como la virtud de las mujeres. Que sea honrada una mujer millonaria, fea y fría, no tiene mérito ninguno; lo asombroso es que pueda serlo una pobre, bonita y apasionada. Que me hubiera dado a mí veinte mil duros de renta, y habrías visto si yo era el caballero Bayardo.

ENRIQUETA.—Esa es la justificación que nos buscamos los que no queremos obrar bien.

CARLOS.—¿Que no queremos o que no podemos?

ENRIQUETA.—Que no queremos. Ya ves que yo también me incluyo.

CARLOS.—¿Tú? ¡Pobre mía! Tú eres también otra víctima como yo.

ENRIQUETA.—Haz el favor de no comparar.

CARLOS.—Enriqueta, ¿por qué me tratas de este modo? ¿Qué te he hecho yo? Nena, nenita mía, no seas así conmigo... Yo seré un desdichado, una calamidad... pero te quiero mucho.

ENRIQUETA.—¡Tú que me vas a querer a mí, criatura!

CARLOS.—Te juro...

ENRIQUETA.—No jures. Entre nosotros no se puede hablar de eso. Ni tú me has querido nunca a mí ni yo a ti.

CARLOS.—¿Que tú a mí no me has querido?

ENRIQUETA.—Yo, nunca.

CARLOS.—*(Desconcertado.)* Entonces, si no me has querido, ¿por qué todo esto?

ENRIQUETA.—Psss, qué sé yo... Porque sí. Necesitaba un hombre... alguno tenía que ser y fuiste tú... Me gustaste. Podía pagarme un capricho y me le pagué.

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Me he cansado de ti. No me convienes. Te dejo, y en paz.

CARLOS.—Enriqueta, yo no sé lo que pasa... no sé lo que hay en ti. Eres de una crueldad que nunca sospeché... Me estás destrozando el alma.

ENRIQUETA.—*(Silbando las palabras.)* Tú no tienes alma.

CARLOS.—En este instante puede que sea verdad, porque yo mismo no la siento. Nunca creí que esto acabara de este modo... ¡Cómo ha de ser! Adiós.

ENRIQUETA.—Adiós.

CARLOS.—¿Me despides así? ¿Ni siquiera me das la mano?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿Ni siquiera la mano?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—(*Bajando la cabeza.*) Bien. (*Se lleva los dedos a los ojos, se los restriega fieramente y después da un suspiro muy hondo.*) Puedes vanagloriarte de haber sido la primera mujer que me ha visto llorar. Adiós.

Se va. Enriqueta le sigue con la mirada hasta que desaparece tras el marco rectangular de las cortinas. Entrelaza las manos, se las lleva a la boca, se va poniendo pálida, muy pálida, muy pálida, crispa los labios con una mueca de dolor y empieza a caerle de los ojos gruesos lagrimones. Cierra la puerta, corre las cortinas, se dirige a tientas hacia la *chaise longue*, se deja caer sobre la piel de oso, y de bruces, con la cara entre las manos, rompe a llorar desconsoladamente.

Se ha ido haciendo de noche. En la silenciosa soledad de la estancia resuenan estrepitosos los ruidos de la calle, el rodar de los coches, los discordes alaridos de las bocinas de los *autos*, el trémolo metálico de los alambres del tranvía. Enriqueta sigue llorando. Durante mucho tiempo se oyen sus sollozos desgarradores, sus ayes y suspiros. Luego la agitación se calma poco a poco; las lágrimas son menos abundantes; los sollozos más blandos; los suspiros más tenues... Por último ya no se la oye. Parece que se ha dormido.

Se encienden todas las luces de la lámpara y entra en la habitación el conde de Fresnedo.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Qué es eso, nena? ¿No has salido con la tarde tan hermosa que ha hecho?... ¿Por fin no te atreviste? (*Avanzando hacia la «chaise longue».*) ¿Es que estás peor? (*Enriqueta no responde; ni siquiera se mueve. El conde se sienta a su lado.*) ¿Qué tienes?... ¿Estás mala?... Contesta, mujer, ¿qué te sucede? (*Enriqueta sigue callada. El conde le pasa dulcemente el brazo por debajo del cuello, le separa con la otra mano los rizos despeinados de la frente y la mira.*) Estás llorando... ¿Qué te ha ocurrido, chiquita, di, qué tienes?... Te dejé tan contenta... ¿Te ha pasado algo mientras yo estuve fuera?... ¿Es conmigo el disgusto? (*Enriqueta mueve la cabeza negativamente.*) Entonces, ¿qué?... Habla, mujer, cuéntamelo... Yo soy un buen amigo tuyo, el mejor amigo que tú tienes... a mí puedes contármelo todo... Di, ¿qué te pasa? (*Muy cariñoso.*) Dímelo... ¿No me lo quieres contar? (*Enriqueta calla.*) ¿Es que no me lo puedes contar?

ENRIQUETA.—(*Levantando hasta él los ojos llenos de lágrimas y con un hilo de voz que es un suspiro.*) No.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¿Puedo servirte de algo?... ¿Puedo hacer algo por ti?...

ENRIQUETA.—*(Moviendo tristemente la cabeza y sin dejar de llorar.)* No.

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Baja resignado la suya. Se levanta, da unos paseos por la habitación, saca un cigarrillo, lo enciende, dirige a Enriqueta una mirada de profunda piedad, frunce los labios con un gesto de amargura y avanza hacia la puerta.)* Rosario... ¡Rosario!

ROSARIO.—(*Apareciendo en el pasillo.*) Señor...

EL CONDE DE FRESNEDO.—(*Confidencialmente.*) La señora está mala... Haga usted compañía a la señora.

XVII

Gran fiesta en el palacio de Montaldo. Desde los andenes de la Casteliana, sobre las altas copas de los árboles difumadas en la sombra, la iluminación del jardín es tan viva que parece un incendio. Los focos bañan la fachada con una blanca claridad de luna, destacan la terraza de mármol y abrillantan los peldaños de la gran escalera adornada con palmeras y cestas de magnolias. Guirnaldas de hojas entretejidas con lámparas eléctricas se tienden en los árboles desde tronco a tronco y de las ramas penden escondidos entre el follaje centenares de farolillos de papel de seda y globos chinos de papel de arroz. En el suelo, disimulados en la yerba, ocultos en los arriates, entre los macizos de plantas, brillan como luciérnagas millares de vasitos encarnados, verdes, amarillos, azules, y en las tazas de piedra de las fuentes los surtidores se desgranan en lluvia de colores.

En el rincón extremo del jardín, al final de las avenidas, se ha instalado un pedacito de verbena pintoresco y típico: un «tio vivo», unos columpios, un «pim pam pum», una buñolería y un puesto de refrescos y helados. Un piano de manubrio toca incansable trozos zarzueleros y desde el misterio de la fronda llega el eco dulce de los violines de los Boldi con un programa muy español también: *El relicario, Pastora ha vuelto, S. M. el Chotis, ¡Ay, Cipriano!, Yo tengo una pena, pena...*

No se puede dar un paso. Todo está lleno, los salones, la terraza, el jardín. En el ensanche de las plazoletas se han improvisado grupos de sillas, y por los paseos, bajo el túnel frondoso de las ramas discurren las parejas, ellos de «smoking», como conviene a una fiesta nocturna al aire libre, ellas muy en carácter con mantones de Manila y peinetas de concha, muchos volantes, muchos faralaes, mucha seda chiné, y contrastando con estas notas típicas las telas bizantinas, los tisús de oro y plata, los trajes brochados, los encajes antiguos, las joyas refulgentes.

Es la una y media de la madrugada. Los Boldi han interrumpido un momento su programa español para entonar las notas solemnes de la Marcha Real, y desde la terraza se ha visto descender a los reyes por la amplia escalera precedidos de dos criados con candelabros encendidos; han atravesado entre la servidumbre alineada hasta la verja en doble fila con su librea de gala, han tomado los automóviles y han desaparecido. Y pasado el momento de silencio respetuoso que la despedida ha motivado, han vuelto en seguida el estrépito y el bullicio más ruidosos aún que antes; los Boldi han reanudado su programa español y el organillo sus trozos zarzueleros más escandaloso que nunca.

En el rincón de una plazoleta, apartados del tumulto, Marta Alora, la condesa de Arnedo y su hija María Luisa conversan íntimamente. Marta, muy seria, como siempre, viste un traje negro adornado con plumas y lleva sobre los hombros un pañue o blanco. María Luisa se atavía con un traje azul pálido adornado con gasas y un pañuelo granate. Su madre está imponente ceñido el cuerpo en un inmenso pañolón de vivas rosas encarnadas y una peineta de concha antigua de veinticinco centímetros de altura sobre la cumbre del peinado.

La condesa de Arnedo.—Pero, hija mía, ¿cómo ha sido eso así, tan de repente? Me has dejado helada. No

tenía la menor noticia. Hace cuatro días, el lunes, estuve hablando con ellos y ninguno de los dos me dijo nada.

MARTA.—No sé... Puede que no lo tuvieran aún resuelto.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Un viaje así no se improvisa en veinticuatro horas. No es como tomar el *auto* y marcharse a Aranjuez. Indudablemente lo tenían ya pensado.

MARTA.—Yo lo único que le puedo a usted decir es que hasta anteayer no lo he sabido.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pero lo has sabido. A ti, aunque tarde, te lo han dicho. Conmigo no se han tomado esa molestia.

MARTA.—Me encargó mucho que se lo hiciera a usted presente.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No es lo mismo, Marta, no es lo mismo. Lo menos que podía haber hecho esa niña era venir a despedirse. ¡Diez minutos, señor..., un cuarto de hora!... ¿Me vas a hacer creer que no ha tenido un cuarto de hora disponible? ¿No ha podido llamarme por teléfono? ¿Enviarme dos letras? Yo hubiera ido a verla si ella no tenía tiempo.

MARTA.—¿Qué quiere usted, tía, que le diga yo? Usted me conoce y sabe de sobra mi modo de ser.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Tú eres de otra manera.

MARTA.—Y tanto.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Esta chiquilla ha cambiado completamente con el matrimonio. Se ha vuelto otra. No sé qué le ha ocurrido. Antes no era así.

MARTA.—Siempre fué así; voluntariosa, impulsiva, ligera, acostumbrada a hacer toda la vida su santa voluntad. Lo que pasaba es que yo la tenía muy sujeta y no la dejaba salirse con la suya. ¡Me ha dado más disgustos!

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Sí que habrás sufrido con ella!

MARTA.—No quiera usted saber. El último ya recordará usted; fué tremendo. Creí que no se casaba... que no había modo... que no le daba la gana a la niña... Tuvo papá que ponerse muy serio... Calcule usted si llega a no casarse... No lo quiero pensar. Hasta el día de la boda no respiré tranquila. Se lo dije. Hija mía, ve bendita de Dios.

María Luisa.—Pues no sé qué más podía pedir.

Marta.—Figúrate.

María Luisa.—Y eso que él es poco simpático.

Marta.—¿El? El vale mucho más que ella. Ya ves que al fin ella es mi hermana y yo debería defenderla, pero a mí no me ciega el cariño y soy justa por encima de todo. El vale más. Es un hombre serio, formal, admirablemente educado, incapaz de una incorrección... ¡Oh, él!

María Luisa.—Mujer, no digas: también ella es muy buena.

Marta.—Claro que sí, muy buena, ya lo creo... pero es otra cosa, más desigual, más despegada, más, ¿cómo te diría yo?, más voluble... del último que llega. Desde que se casó apenas viene por casa. Y cuando viene, de visita, media hora, como si fuésemos unos extraños. Papá, que no es precisamente un sentimental ni un extremoso, ya lo sabéis, más bien peca de adusto, está muy dolorido. Y yo también.

La condesa de Arnedo.—Pues con nosotras ya ves cómo se porta.

Marta.—Con toda la familia. En cambio ahí tiene usted con Angelina.

La condesa de Arnedo.—Ya, ya, qué pasión le ha entrado por ella.

Marta.—Como que estoy segura de que la quiere más que a mí.

La condesa de Arnedo.—Mujer, tanto como eso no.

Marta.—Por lo menos está haciendo con ella lo que nunca hizo conmigo. No es que yo me queje. Gracias a Dios, no necesito nada de nadie. Poco o mucho, sé acomodarme a lo que tengo; pero me duele que para una extraña, porque al fin y al cabo es una extraña, todo le parezca poco, y en cambio para mí, que soy su hermana, no tenga jamás una delicadeza. Ahora mismo, ¿no parecía natural que fuera yo la que la hubiese acompañado? ¿Quién mejor que yo la podía asistir el día que dé a luz?

La condesa de Arnedo.—Ah, ¿pero no van a volver a Madrid hasta que Merceditas dé a luz?

Marta.—Ese plan tienen.

La condesa de Arnedo.—Sí que es un poco compli-

cada tu hermana. (*Marta no responde, pero frunce los labios con un gesto que es todo un poema.*)

En la plazoleta aparece la condesa de Fresnedo. Viene maravillosamente bonita, muy en carácter, con un traje agitanado de color naranja lleno de faralaes, el escote tremendo, las patillas rizadas, un soberbio manton de flores desgarradamente ceñido, largas arracadas antiguas de diamantes y en el pelo, por todo adorno, un puñado de encarnados claveles reventones. Se dirige directamente a Marta, la abraza y la besa.

ENRIQUETA.—Gracias a Dios. Hace una hora que estoy loca buscándote por todos lados. Me han dicho que estabas aquí y no quería irme sin verte. Pero, hijita, ¿qué milagro es éste? ¿Qué santo se ha caído? ¿Cómo te has decidido a dejar que te vean?

MARTA.—(*Como si no entendiera la ironía.*) Se empeñó la duquesa... es la pobre tan buena y tan amable. Vino a casa a invitarme personalmente... insistió tanto que no tuve más remedio que decirle que sí, no fuera a creer que era un desaire. Si no, ¡figúrate! ¿de qué iba yo a venir? Ya sabes que hace tiempo que no voy a ningún lado.

ENRIQUETA.—Por eso, por eso me extrañó. Como que cuando me lo dijeron no lo quise creer. ¿Marta Alora de pingo a las dos de la madrugada? ¡Imposible!

MARTA.—¡Pero son las dos de la madrugada!

MARÍA LUISA.—(*Consultando el reloj de pulsera.*) No te asustes; la una y media y cinco nada más.

MARTA.—De todos modos es muy tarde. ¡Cómo pasa el tiempo!

ENRIQUETA.—Eso demuestra que has estado a gusto.

MARTA.—Sí, muy bien, ya lo creo. Una fiesta lindísima. Me alegro mucho haber venido.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Los Montaldo han hecho siempre estas cosas muy bien.

MARTA.—¡Oh, regiamente! Está el jardín encantador y la noche no puede ser más bella... una delicia. Pero para mí es tarde.

MARÍA LUISA.—No seas tonta, ¿qué prisa tienes?

MARTA.—Sí, sí, no hay más remedio. Quiero levantarme temprano.

MARÍA LUISA.—Mujer, un día es un día.

MARTA.—No puedo... tengo que madrugar.

ENRIQUETA.—Quiere ir a comulgar, ¿verdad, Martita?

MARTA.—(*Muy seria.*) Sí, hija mía; cada uno en este mundo tiene sus aficiones, y yo con las mías no hago daño a nadie. Adiós, buenas noches.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Adiós, hija; recuerdos a tu padre.

MARTA.—Muchas gracias. Adiós. (*Se va.*)

ENRIQUETA.—Parece que se ha molestado.

MARÍA LUISA.—Es que tú también eres...

ENRIQUETA.—No le he dicho nada.

MARÍA LUISA.—Sí, sí... Ya estás tú buena.

ENRIQUETA.—No puedo remediarlo, me revientan las personas hipócritas.

MARÍA LUISA.—¿Crees realmente que Marta es una hipócrita?

ENRIQUETA.—Por lo menos una envidiosa disfrazada con su capita de virtud. ¿Que no va a ningún lado? Porque no tiene dos pesetas. Dale la fortuna de su hermana y ya verás si nos humilla a todos.

MARÍA LUISA.—Anda, pues si la hubieras oído.

ENRIQUETA.—¿El qué?

MARÍA LUISA.—Hace un momento; cómo habla de su hermana.

ENRIQUETA.—¿De su hermana? ¿Qué dice esa envidiosa de Mercedes?

MARÍA LUISA.—Eso, tú lo has dicho; envidia; está muerta de envidia.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Niña, no juzgues de esa manera a las personas. Marta tiene muchísima razón.

ENRIQUETA.—¿Pero qué es lo que dice?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Dice... se duele, y es natural y justo que se duela, que su hermana es con ella muy desafectiva, que no tiene con ella apenas atenciones y en cambio con Angelina, que al fin es una extraña...

ENRIQUETA.—Eso es cuestión de simpatía, condesa.

LA CONDESA DE ARNEDO.—De todos modos no está bien. La familia es la familia y debe ponerse por encima de todo.

ENRIQUETA.—Cuando la familia lo merece. Si Mercedes ha encontrado en Angelina más afecto, más cordialidad, más efusión que en su hermana; si entre ambas hay una compenetración sentimental mucho más grande, ¿por qué razón no la ha de querer más?

La condesa de Arnedo.—Es demasiado excesivo ese interés por una amiga. Si Mercedes no fuera tan buena sería cosa de pensar mal.

Enriqueta.—No piense usted mal, condesa.

La condesa de Arnedo.—Yo, no, ¡líbreme Dios! Precisamente no sabe usted la alegría tan grande que he tenido al enterarme ahora por Marta del objeto de este viaje. ¿Usted no sabe?

Enriqueta.—(*Vacilando un momento.*) ¿El qué?

La condesa de Arnedo.—¿No se ha despedido Mercedes de usted?

Enriqueta.—(*Un poquito azorada, pero reponiéndose en seguida.*) Ella no, pero estuvo Angelina. Hablamos un momento.

La condesa de Arnedo.—Entonces ya sabrá usted que Mercedes está encinta.

Enriqueta.—¿Mercedes? Sí, sí.

La condesa de Arnedo.—Yo me he alegrado mucho. En primer lugar, porque era realmente lo único que le estaba haciendo falta... Un matrimonio sin hijos ya sabe usted que es como un tiesto sin flores y como un nido sin pájaros. Después, porque, vamos, supongo que ya se desvanecerán por completo aquellos rumores absurdos que inventó la maldad de la gente... todas aquellas murmuraciones de si se llevaban así o se llevaban asá... Me figuro que ahora ya no dudará nadie. Por que hay que ver las cosas que han dicho de esa pobre criatura.

Enriqueta.—Hay que ver, condesa.

La condesa de Arnedo.—Lo que yo no comprendo es por qué van a Suiza. No sé a qué viene este capricho extraño.

Enriqueta.—Yo se lo diré a usted. Me lo ha explicado muy bien Angelina. Mercedes lleva un embarazo un poco regular, algo anormal... parece que no se ve muy claro...

La condesa de Arnedo.—Sí, sí, ya lo sé... me lo ha contado Marta; pero aunque así sea, en Madrid hay ginecólogos muy buenos. ¿Quién la ha reconocido? Porque supongo que la habrán hecho algún reconocimiento; ¿qué digo, uno? Los que hayan sido necesarios.

Enriqueta.—Claro está... ¿cómo no? Pero precisamen-

te por no estar los médicos conformes, por existir disparidad de diagnósticos...

LA CONDESA DE ARNEDO.—Ah, ¿sí?... Cuénteme usted. ¿Qué dicen los médicos?

ENRIQUETA.—No sé, condesa, no puedo precisar. Angelina no ha descendido conmigo a esos detalles. Sé únicamente que van a Suiza a ver a un tocólogo que es una eminencia, lo mejor que hay en el mundo.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Claro que será así. ¡Cuando se han decidido!... En fin, lo que hay que desear es que todo salga con bien.

ENRIQUETA.—Eso es lo principal. *(Pausa.)* ¿Ustedes van a seguir aquí?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Yo creo que estaríamos mejor en la terraza. ¿Viene usted?

ENRIQUETA.—Luego. Ahora, con el permiso de ustedes, voy a llegarme un momento a la verbena a que me den un poco de algo frío. Tengo una sed que no puedo tenerme.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Hasta después, entonces.

ENRIQUETA.—Hasta luego, condesa. *(A María Luisa.)* Adiós, preciosidad.

(La condesa y su hija se dirigen hacia el palacio. La de Fresnedo cruza muy decidida la plazoleta y al ir a entrar bajo el túnel de sombra del paseo se da de manos a boca con Carlos Monterrey, que venía en dirección contraria. Los dos quedan un momento callados y confusos.)

CARLOS.—Hola, ¿cómo estás?

ENRIQUETA.—Bien; ¿y tú?

CARLOS.—¿Adónde vas?

ENRIQUETA.—A que me den un vaso de cualquier cosa fría.

CARLOS.—¿Me permites que te acompañe?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿No quieres?

ENRIQUETA.—¡Para qué!

CARLOS.—¿Me guardas todavía rencor?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Entonces...

ENRIQUETA.—Es que tú y yo no tenemos nada que decirnos.

CARLOS.—Yo siempre tengo que decirte algo. Comprenderás que éste no ha sido un encuentro casual.

ENRIQUETA.—¿Me estabas acechando?

CARLOS.—Quería hablar contigo. Escúchame un momento... cinco minutos nada más. Luego harás lo que quieras, pero óyeme.

ENRIQUETA.—Si eres muy breve...

CARLOS.—Cinco minutos. Es muy sencillo lo que quiero decirte. Yo no me resigno a esta situación, Enriqueta. No quiero discutir cuál ha sido la causa de nuestro rompimiento. Tú que le provocaste lo sabrás. Sea cual fuere el motivo de tu decisión, acepto el fallo y me conformo. A lo que no me conformo es a perderte definitivamente; a eso no. Ya que no pueda volver a aspirar a tu amor, concédeme siquiera tu amistad. Quiero ser un buen amigo tuyo.

ENRIQUETA.—Nunca te he negado el saludo. Cuantas veces me tendiste la mano te la dí. ¿Qué más quieres?

CARLOS.—No, Enriqueta. Tú me das la mano y no me niegas el saludo porque delante de gente no podrías hacer otra cosa. ¡Sería tan difícil justificar una ruptura! Mas si no fuera eso, si obraras libremente por tus propios impulsos, sé franca, ¿me saludarías?

ENRIQUETA.—¿Por qué no?

CARLOS.—Eso no es contestar. Pero aunque así fuese, esa amistad superficial no puede satisfacerme. Yo quiero otra cosa, Enriqueta, yo necesito otra cosa de ti. Desde que te he perdido estoy desorientado; siento dentro de mí un vacío muy grande que nada ni nadie consigue llenar. No voy a repetirte una declaración. No tengas miedo. Sé que en este terreno, por desgracia mía, la situación se ha complicado de tal modo que todo sería completamente inútil.

ENRIQUETA.—Todo.

CARLOS.—Lo sé. Por eso lo que te pido es otra cosa. Mira, Enriqueta, la razón fundamental de la gran felicidad que tú me has dado es que has sido la única mujer completa que conocí en mi vida. En el mundo hay muchísimas mujeres, unas hermosas, otras apasionadas, otras sentimentales, otras inteligentes; lo difícil es encontrar una que sea al mismo tiempo inteligente, sentimental, apasionada y hermosa. No he conocido más que

una, y eras tú. De todas las demás, ninguna hallé que lograra satisfacerme por entero. Las que con su belleza encantaban la vista y excitaban el ardor de la carne, eran pobres lindas bestias que no sabían hablar; las que cautivaban con su ingenio, calmantes contra la tentación; las buenas, demasiado buenas, casi tontas; las malas, demasiado malas, perversas; las sentimentales, empalagosas; las inteligentes, insensibles, y las apasionadas, feas. Ninguna interesaba más que en un aspecto, y el gran secreto de la mujer consiste en que interese siempre y de todas maneras. En ti siempre me interesó todo. Y es que tú gozas el privilegio único de ser la eterna renovadora de ti misma, la piedra preciosa de los cien mil cambiantes, la siempre nueva, que sabe ser para el hombre que quiere mujer, amante, novia, camarada y amiga. En ti me atraía todo, todo me ilusionaba por igual: tus caricias, tus arrebatos, tus vicios, tus bondades, tus conversaciones. ¡Cuánto me han extasiado tus conversaciones! ¿Te acuerdas de nuestras charlas, de aquellas charlas interminables de camaradería casi literaria en los paseos deliciosos de aquellas mañanitas encantadoras en el parque de la Florida, en las soledades de la Moncloa, en las avenidas umbrosas de los jardines de Aranjuez o entre las encinas de los montes de El Pardo? ¡Qué charlas las tuyas en las sobremesas de amor! Porque en amor, tú que eres una exquisita lo sabes, Enriqueta, lo verdaderamente interesante en amor no es lo que se dice antes, sino lo que se cuenta después! ¡Qué bien hablabas tú después! ¡Qué pocas, qué poquísimas mujeres hay en el mundo con las que se pueda hablar después!

ENRIQUETA.—Pues si todo eso lo tenías, ¿por qué lo perdiste?

CARLOS.—¡Si no sé todavía por qué lo he perdido!

ENRIQUETA.—Escudriñate bien la conciencia y lo encontrarás.

CARLOS.—¿Qué quieres decir?

ENRIQUETA.—Busca... busca.

CARLOS.—Ayúdame a buscarlo. Dime lo que es para que yo lo sepa. Será el único modo de que pueda arrepentirme y enmendarme. Oye, si me arrepiento, ¿me perdonarás?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Eres implacable.

ENRIQUETA.—Tú has tenido la culpa.

CARLOS.—Pero dime al menos por qué... que yo lo sepa. ¿No me lo quieres decir?

ENRIQUETA.—Te repito que tú y yo no tenemos nada que decirnos.

CARLOS.—Enriqueta...

ENRIQUETA.—Déjame, que voy a beber una copa de agua. Estoy muerta de sed.

CARLOS.—Más sed tengo yo de ti y no la puedo aplacar.

ENRIQUETA.—Tú has tenido la culpa.

CARLOS.—Enriqueta... ¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Déjame.

CARLOS.—¿De manera que nada... no me concedes nada? ¿Ni siquiera lo que te he pedido?

ENRIQUETA.—¿Pero qué es lo que quieres?

CARLOS.—Te lo he dicho: ser amigo tuyo, merecer de nuevo tu afecto y recobrar tu confianza; volver a ser un camarada, un compañero; renovar nuestras charlas, nuestras excursiones; restablecer nuestra adorable intimidad. Nunca hablaremos de amor si así lo exiges. Seremos amigos, nada más que amigos, pero amigos verdad; di, ¿quieres?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—Pero ¿por qué?

ENRIQUETA.—Porque no; porque no puede ser. Decías antes que lo difícil en el mundo es encontrar una mujer completa. Yo te añadiré que tan difícil como hallar una mujer es encontrar un hombre. Hombres hay muchos, pero que interesen hay muy pocos. Tú no tienes idea de lo necios, de lo majaderos, de lo vanidosos, de lo presuntuosos que sois todos los hombres. Tú no sabes, porque como eres hombre no puedes apreciarlo, la serie inacabable de groserías, de tonterías, de impertinencias y de vulgaridades que tiene una mujer que oir a todas horas. Porque en este punto te diferenciabas un poquito de los demás, porque creí que no eras como otros, porque me figuré que habías llegado a comprenderme, me interesé por ti. Y al fin de la jornada me encontré con que la equivocada fuí yo. Eras como todos. Si acaso peor que todos. No valía la pena de haberte querido.

Este es mi fracaso y esta mi amargura, lo que me duele y no te perdono. Te has destrozado tú y me has destrozado a mí. Ni tú volverás a dar con una mujer que valga lo que yo, ni yo encontraré jamás ya un hombre que me interese lo que tú.

CARLOS.—Pues si lo sabes, ¿por qué este tesón?

ENRIQUETA.—No es tesón.

CARLOS.—¡Y qué otra cosa puede ser entonces! Si no es tesón, ¿qué es?

ENRIQUETA.—Desilusión.

CARLOS.—¡Desilusión!

ENRIQUETA.—Desilusión, desencanto, llámalo como quieras. Yo era feliz contigo, porque a pesar de todos tus defectos creía en ti. Me has desilusionado, y la ilusión, como la fe, como la honra, como la vida, cuando una vez se pierde no se recobra más.

CARLOS.—Parece mentira que hables así. Tratárase de otra mujer y no me extrañaría, pero ¿tú?... ¡tú!, tan inteligente, tan culta, tan superior a todo lo que te rodea, tan libre de prejuicios y de preocupaciones, tan distinta de todas las demás, tan «ti misma», ¿cómo es posible que hayas caído en la vulgaridad de tener celos? Porque todo lo que tú tienes no es otra cosa que un ataque de celos. Pero ¡es posible! ¿Pero de veras te ha dolido tanto la noticia de que yo me case? *(Enriqueta hace un movimiento como si fuera a interrumpir, pero se contiene.)* Nena, mi vida, alma mía, por Dios... Si tú mejor que nadie, porque nadie como tú me conoce, sabe por qué me caso... Si tú eres la primera que estás convencida de que voy obligado por las circunstancias, si a ti te consta que no me queda otro camino... ¿Te parece que no es para mí suficiente desgracia tener que soportar a una mujer que ni carnal, ni cordial, ni espiritual, ni moralmente puede halagarme lo más mínimo? Tú que me conoces tan a fondo, que tan íntimamente te has compenetrado conmigo, ¿no comprendes que este enlace es para mí un grillete, una cadena? ¡Pero qué voy a hacer! Di, ¿qué quieres que haga? Necesito vivir.

ENRIQUETA.—No veo esa necesidad.

CARLOS.—*(Pasando por alto la ironía.)* Porque no la tienes. Brillas, gastas, triunfas, te ves adorada, envidiada de todos. No sientes, afortunadamente para ti, la preci-

sión imperiosa de las exigencias apremiantes. No sabes, y quiera Dios que no lo sepas nunca, lo que es levantarse todas las mañanas con la preocupación de resolver el problema del día. ¡Ay, Enriqueta de mi alma, si tú supieras lo que es eso!... Yo hice en el mundo muchas cosas, muchas, que si te las contara te parecerían bochornosas y abominables; pero ¿por qué las hice?

ENRIQUETA.—Si hubieras sido franco y leal conmigo puede que no hubieras tenido necesidad de hacerlas.

CARLOS.—Igual. Habría cambiado el sujeto, pero la acción sería la misma. Perdóname que te hable con esta crudeza. Prefiero parecerte cínico a parecerte hipócrita. Las hice porque no tenía otro recurso. Como voy a hacer esta de ahora. ¿Por qué crees tú que voy a hacer esto de ahora? ¿Por gusto, por capricho, por presunción, por ignorancia?... No, ya sabes tú que no. Lo hago porque no veo otro camino, porque mi situación, Enriqueta, es de las que no tienen remedio. ¡Qué voy a hacer si no me caso! Y sabiendo tú esto, conociéndome como me conoces, dándote cuenta exacta de cuál es todo mi enorme sacrificio, en lugar de apiadarte de mí, vienes encima a despreciarme, a humillarme, a negarme por un puntillo de vanidad y de amor propio la única felicidad compensadora que podría tener. Eres conmigo de una crueldad que mete miedo.

ENRIQUETA.—*(Súbitamente.)* Júrame que no has querido en el mundo a nadie más que a mí.

CARLOS.—Te lo juro.

ENRIQUETA. —Júrame que si alguna vez me engañaste fué únicamente por eso que tú llamas... la necesidad de vivir.

CARLOS.—Nada más.

ENRIQUETA.—Júramelo.

CARLOS.—Te lo juro.

ENRIQUETA.—Que me muera ahora mismo.

CARLOS.—¿Para qué juramentos si no son necesarios?... Yo no he querido en el mundo a nadie más que a ti, porque tú eres la completa, la excepcional, la exclusiva, la insustituible, la única, la mía... como yo soy para ti también el único.

ENRIQUETA.—El único.

CARLOS.—¡Lo ves!

ENRIQUETA.—Nunca te lo he negado. Siempre te dije que después de ti ninguno más.

CARLOS.—Entonces me perdonas...

ENRIQUETA.—No... todavía no.

CARLOS.—¿No?

ENRIQUETA.—No puedo. Aunque quisiera no podría. Antes necesito volver a creer en ti, y no sé si lo conseguiré.

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Soy franca. No te he engañado nunca. Siempre te dije la verdad. ¿Te acuerdas del comienzo de nuestros amores? Cinco meses tardaste en conseguirme. Estabas desesperado, creías que yo era una coqueta, que me burlaba de ti, que te martirizaba por capricho. Te demostré que no. Ten paciencia, aguárdate, dije; todo llegará. Si me quieres, espera. Yo no sé darme sin amor. Necesito creer. Nuestra primera entrevista tiene que ser como una noche de bodas después de un noviazgo de ilusión, ¿te acuerdas?

CARLOS.—Sí.

ENRIQUETA.—Pues ahora te digo lo mismo. Si «es» tiene que ser así.

CARLOS.—Pero ¿será?

ENRIQUETA.—No sé... En este momento no puedo decir nada.

CARLOS.—¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—Ten paciencia. No tengas prisa... aguarda. Si me quieres de veras todo llegará. Déjame que vuelva a creer en ti. Antes de nada necesito creer. Y adiós, que llevamos mucho tiempo juntos.

CARLOS.—¿Te veré mañana?

ENRIQUETA.—No.

CARLOS.—¿Cuándo entonces?

ENRIQUETA.—No sé... no sé. Cuando crea en ti.

Se va muy temblorosa y muy emocionada. Carlos, en medio de la plazoleta, la sigue extasiado con los ojos hasta que desaparece bajo la fronda del paseo. Entonces siente que una mano enguantada le da dos golpecitos en el hombro. Se vuelve un poco sobresaltado y se encuentra con María Pepa.

MARÍA PEPA.—¿Qué haces aquí tan solo? ¿En qué piensas?

CARLOS.—En nada, hija. Venía de la verbena y me he

parado aquí un instante para mirar a la Fresnedo, que va esta noche maravillosamente vestida.

María Pepa.—Siempre ha vestido con muchísimo lujo. Debe gastar un dineral esa mujer. Y ha debido ser guapa.

Carlos.—A mí me lo parece todavía.

María Pepa.—Por Dios, si está la pobre estropeadísima. No te has fijado bien. Di tú que se retoca mucho, que va hecha una muñeca, pero si no... Habrá que verla cuando se levante de la cama.

Carlos.—¿...?

María Pepa.—¿Pero de veras te gusta la Fresnedo?

Carlos.—Mujer, tanto como gustarme... psss... no me parece mal.

María Pepa.—Sí, ya sé que a ti siempre te gustaron las viejas.

Carlos.—Por eso, sin duda, me gustas tanto tú.

María Pepa.—Tonto... Bueno, venía buscándote para decirte que ha venido papá.

Carlos.—*(Vivamente.)* ¿Y qué?

María Pepa.—Nada, que ya está hecho. Se ha acordado esta noche. Va a Abastecimientos. Se lo ha dicho el presidente por teléfono. Ahora, que hasta mañana no se hará público.

Carlos.—Ah, claro.

María Pepa.—Conviene que le veas en seguida; si es posible ahora mismo, y si no mañana vienes temprano a casa, antes de que vaya a Palacio. Ya sabes que inmediatamente serán las elecciones.

Carlos.—¿Tú has hablado con él?

María Pepa.—Sí, sí... ya está todo arreglado. El quiere que seas su secretario particular. ¿A ti te conviene?

Carlos.—A mí me conviene todo lo que mande tu padre. El dispone de mí.

María Pepa.—Así me gusta. Déjate guiar por él, que no perderás nada. Mi padre es un hombre muy listo. El que vaya con él hará carrera.

Carlos.—Vamos a verle.

Se dirigen los dos hacia el palacio. En el momento de ir a trasponer la plazoleta llega por el paseo, en dirección contraria, un nutrido grupo de caballeros, la mayoría hombres de edad. Vienen discutiendo a grandes voces, con ademanes vivos. Diríase que riñen. Al ver a la pareja, callan de pronto, saludan muy amables y siguen su camino lentamente. Cuando

Carlos y Matía Pepa han desaparecido se detienen en medio de la plaza y reanudan la conversación, aunque en voz queda.

UNO.—¡Pero está usted seguro!

OTRO.—Sí, hombre, sí. Me lo acaba de decir Coronado. Es cosa ya resuelta. Mañana jura.

OTRO.—¡Qué barbaridad! Es lo último que me quedaba ya por ver. ¡Y hay quien habla todavía de regeneración!... ¡Pobre España!

EL QUE HABLÓ PRIMERO.—Tiene usted razón, marqués. Ese nombramiento es una ofensa colectiva.

EL QUE HABLÓ DESPUÉS.—Si se confirma emigro de España. Me siento avergonzado como madrileño, como español, como europeo y como hombre. A mí no me gobierna un ministro así.

EL MÁS JOVEN.—Yo no lo creo todavía. Mientras no lo vea...

EL MÁS VIEJO.—Ah, pues...

Callan todos, porque en este momento ven venir hacia la plazoleta al conde de Arnedo y a Carlos Monterrey cogidos del brazo. Quedan un momento indecisos y en seguida les salen al encuentro.

UNO.—¡Querido conde, que sea enhorabuena!

OTRO.—¡Mi felicitación más entusiasta!

EL MÁS JOVEN.—Ha sido una designación acertadísima.

EL MÁS VIEJO.—Y merecidísima. Ya era hora de que se acordaran de usted.

EL QUE HABLÓ PRIMERO.—Hombres así son los que se necesitan en España...

EL CONDE DE ARNEDO.—Muchas gracias, señores, muchas gracias... No saben ustedes cuán vivamente estimo estas cariñosas manifestaciones, sobre todo por lo que tienen de sinceras. Pero permítanme que les diga que son prematuras. Todavía no hay oficialmente nada... no es más que un rumor... yo no sé nada. Nadie me ha dicho nada...

EL MÁS JOVEN.—Es cosa acordada. Mañana jura usted. Nos consta.

EL CONDE DE ARNEDO.—No sé... no sé... En estas cosas no se puede nunca afirmar ni negar. Parece que, en efecto, se ha pensado en mí... ha jugado mi nombre. Pero yo no sé nada... No he pedido nada. Nada he solicitado.

El más viejo.—Los hombres de verdadero mérito no tienen que solicitar; se los busca.

El conde de Arnedo.—Gracias, gracias... Disculpen ustedes que no acierte a expresarme. Estoy verdaderamente conmovido.

Se dirigen todos hacia la verbena en animado grupo. Queda un instante la plazoleta sola. Al poco rato llegan Germán Atienza y Fernando Alcaraz.

Fernando.—Puedes estar satisfechísimo. Hace un momento se lo decía a tu padre. Es la fiesta más original y más hermosa que se ha dado este año en Madrid.

Germán.—¿Realmente te ha parecido bien?

Fernando.—Espléndida.

Germán.—La he organizado yo.

Fernando.—Lo suponía. Por eso mismo te felicité.

Germán.—Quería que fuese una fiesta española, típica, que tuviera carácter.

Fernando.—Pues lo has conseguido. Repito que puedes estar muy satisfecho.

Germán.—*(Con gesto cansado.)* ¿Satisfecho? ¡Si tú supieras!... *(Después de un momento de vacilación.)* Oye, te voy a contar una cosa. Necesito que me des un consejo.

Fernando.—*(Asombrado.)* ¿Un consejo?

Germán.—Sí. Tengo pendiente una cuestión algo desagradable. ¿Quieres que nos sentemos un momento aquí? *(Señalando un banco.)*

Fernando.—Bueno. *(Se sientan.)*

Germán.—¿Por qué crees tú que he organizado yo esta fiesta?

Fernando.—Hombre, ¡qué sé yo!... Por gusto de darla... por el deseo de obsequiar a la gente.

Germán.—A mí me tiene por completo sin cuidado la gente. La organicé por *ella.*

Fernando.—¡Ah!

Germán.—Tú sabes la oposición de mis padres a que me case con María. Prejuicios de aristócratas, ¿comprendes?, resabios. La juzgan inferior a mi alcurnia, creen que no es suficientemente distinguida. Y es que no la conocen, no la han hablado nunca. Para romper el hielo, para salir de una vez de esta situación enojosa, organicé esta fiesta en honor suyo, exclusivamente para ella.

Yo me las habría arreglado de tal modo que a nadie le pudiera quedar la menor duda. La habría impuesto. Todos hubieran tenido que acatarla. La fiesta de esta noche habría sido para ella como el espaldarazo, ¿comprendes?

FERNANDO.—Pero ella no ha venido.

GERMÁN.—No, no ha venido. No ha querido venir. Después de lo que ocurrió la otra noche no le ha parecido correcto exhibirse... Un exceso de delicadeza...

FERNANDO.—¿Qué ha ocurrido?

GERMÁN.—Verás. La otra noche, anteayer, en el Casino, ese bruto de Echaurri se permitió una frase despectiva.

FERNANDO.—¿Sobre qué?

GERMÁN.—¿Sobre qué iba a ser? Sobre ella.

FERNANDO.—¡Ah!

GERMÁN.—Yo, naturalmente, no se la toleré. El me contestó una impertinencia inaguantable y...

FERNANDO.—¿Llegasteis a las manos? No sabía nada.

GERMÁN.—No. Comprenderás que no me iba a pegar con Echaurri. Es un bárbaro. Me hubiera hecho añicos del primer trastazo. Le envié los padrinos, los primeros que hallé: Alijares y Juanito Vedia.

FERNANDO.—¿Y qué?

GERMÁN.—Pues que ese hombre no tiene la menor idea de lo que es el honor. Contestó que no se batía.

FERNANDO.—Muy bien. Pues ya está la cuestión terminada.

GERMÁN.—¡Qué va a estar! Al contrario. Lo estaría si ese hombre se hubiera amparado para negarse a dar la reparación que le exigían en una excusa decorosa, en sus ideas religiosas, por ejemplo, que es el argumento de todos lo cobardes, pero al fin una excusa que socialmente no hay más remedio que aceptar... Pero no; él no da explicaciones ni reparaciones... se limita a decir que no rehuiría el duelo si se tratara de una ofensa grave, pero que por una tontería tiene demasiadas cosas que hacer para perder el tiempo... Ah, y que el día que me encuentre en la calle y le mire de manera molesta, del primer puntapié me envía a un tejado. Y lo hace, porque es muy bruto. Comprenderás que yo no puedo quedar en esta situación.

FERNANDO.—¿En lo alto de un tejado? No. Sería muy ridículo.

GERMÁN.—Estoy hablando en serio.

FERNANDO.—Perdona; fué una frase. ¿Qué piensas hacer?

GERMÁN.—Descalificarle. Voy a llevar el asunto a un tribunal de honor...

FERNANDO.—Huy, huy, huy, no te lo aconsejo. Los tribunales de honor, querido, no sirven para nada. No he conocido todavía un tribunal de honor que dicte un fallo terminante, preciso. Todo son siempre atenuantes, distingos y reservas. Vas a quedar peor. Tú tienes seguramente una carta de tus padrinos, ¿verdad?

GERMÁN.—Hombre, claro.

FERNANDO.—Pues publícala. Con eso tienes suficiente. ¿Qué más descalificación para él que ésa?

GERMÁN.—No me basta. Yo quiero que sea un tribunal de honor.

FERNANDO.—Mira, muchacho, que con el tribunal no vas a lograr nada. Mira que eso no sirve para nada. Vamos a suponer que le descalifican. ¿Y qué? ¿Crees que por eso la gente le negará el saludo? Seguirá lo mismo, tan rico, tan bruto, tan considerado como antes y en abierta franquicia para darte todos los puntapiés que se le antoje. Además, que no le descalifican, no te hagas ilusiones... A nadie le gusta indisponerse con un millonario. Sería preciso encontrar personas excepcionales, muy rectas, muy justas, muy independientes, y sobre todo muy honorables, verdaderos hombres de honor...

GERMÁN.—Yo había pensado en Fresnedo y en Carlos Monterrey.

FERNANDO.—Ah, si cuentas con ellos...

XVIII

El despacho del duque de Hinojares. Estilo español como la biblioteca, sólo que allí era roble y aquí todo es nogal. Vargueños, cofres, arcas, hierros repujados... En las paredes cuadros auténticos: dos Goyas, tres Pantojas, un Sánchez Coello, dos Carreños, un Zurbarán, y contrastando muy dignamente, muy decorosamente, dos retratos modernos, un Joaquín Sorolla y un Marceliano Santa María, el primero muy Velázquez, el segundo muy Ticiano. En un testero dos panoplias enormes con armas damasquinadas. Alineados en la repisa de un estante y sobre alguna mesa una variada colección de capiteles y trozos de cornisa. En el centro, sobre un grueso tapiz de la Real fábrica, un brasero de cobre.
De pie, ante un balcón, Gabriel Heredia y el conde de Fresnedo.

El conde de Fresnedo.—Muchacho, qué calor hace aquí. Tienes demasiada calefacción.

Gabriel.—No, la de siempre. Es que hoy no hace frío.

El conde de Fresnedo.—Caramba, que no. Lo dirás tú.

Gabriel.—Yo salí esta mañana y me estorbó el gabán. Volví sudando.

El conde de Fresnedo.—De menudo sitio vienes. ¿Y qué? ¿Cómo os ha ido? ¿Qué tal habéis hecho el viaje?

Gabriel.—Bien.

El conde de Fresnedo.—¿Os habéis detenido muchos días en París?

Gabriel.—Dos nada más; los indispensables. Mercedes tenía prisa por verse pronto en casa.

El conde de Fresnedo.—Os habéis tirado una temporadita. ¿Cuánto tiempo habéis estado fuera?

Gabriel.—Seis meses. Nos marchamos el catorce de junio... dentro de cuatro días Nochebuena... usted verá.

El conde de Fresnedo.—¿Y está bien?

Gabriel.—¿Mercedes? Admirablemente. Ahora la verá usted.

El conde de Fresnedo.—¿Y el chiquillo?

Gabriel.—Una alhaja.

El conde de Fresnedo.—Vaya, hombre, que sea enhorabuena. *(Saca la petaca, ofrece un pitillo a Gabriel*

y sigue hablando.) El otro día pasé por la calle de Torrijos. Está eso muy adelantado.

GABRIEL.—Sí, muy bien, va deprisa. Esta mañana fuí allí precisamente. Estoy satisfechísimo. Han trabajado mucho. Me ha dicho el arquitecto que el mes que viene podremos inaugurar dos pabellones.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Y Echaurri... ¿cumplió?

GABRIEL.—Con exceso. Se ha aprovechado de mi ausencia para mejorarlo todo. Es de una esplendidez que asusta.

EL CONDE DE FRESNEDO.—¡Qué curioso y qué interesante es este hombre!... ¿Has hablado ya con él?

GABRIEL.—No. Aun no le he visto. Me ha dicho por teléfono que vendrá esta tarde. *(Avanzando hacia el centro de la habitación con el oído atento.)* Me parece que ha llegado alguien. *(Toca un timbre y aparece un criado.)* ¿Quién ha venido?

EL CRIADO.—La señora condesa de Arnedo y los señores de Monterrey.

GABRIEL.—Ah... *(El criado se va. En el pasillo se oyen voces femeninas.)*

—¡Pero si está aquí!

—¡Ay qué cosa más rica!

—¡Qué alhaja!

—¡Qué preciosidad de criatura!

—¡Pero si esto es un angelote de retablo!

UNA VOZ DE HOMBRE.—¿Dónde está ese padre dichoso, para felicitarle?

GABRIEL.—*(Asomándose a la puerta.)* Aquí, aquí... pasen ustedes. Adelante todos.

Entran en el despacho la condesa de Arnedo, María Pepa, María Luisa, Mercedes, Enriqueta, Angelina, Carlos Monterrey y el ama, una aldeana francesa rolliza y rubicunda que responde al nombre de Suzanne. La condesa de Arnedo trae en brazos al niño, un chiquillo hermosísimo, vestido ya de corto, con las piernas desnudas y los piececitos descalzos.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¡Qué enormidad, lo que pesa esta criatura! Cójale usted, condesa, verá usted qué asombro.

ENRIQUETA.—Como que está macizo. ¡Qué roscas le hacen las muñecas... qué muslos!... *(Levantando las faldillas hasta dejar la braga al descubierto.)* Toca, María Pepa, mira qué carne.

María Pepa.—Qué hermosura. *(A Mercedes.)* Anda, hija, que puedes estar bien satisfecha. Fué tardío, pero seguro.

La condesa de Arnedo.—¿Estarás contentísima?

Mercedes.—Figúrese usted.

La condesa de Arnedo.—Como que era lo único que necesitabas. ¿Te vas convenciendo de que tenía yo razón? ¿Ves cómo era verdad lo que yo te decía de que en el mundo no hay felicidad comparable a la que dan los hijos? La que no tenga hijos no sabrá nunca lo que son alegrías. Esta es la única verdadera alegría, la completa y suprema felicidad. ¿Verdad, Mercedes?

Mercedes.—Sí.

La condesa de Arnedo.—Lo que yo me habré reído a solas pensando en aquellas tonterías tuyas de los primeros meses de matrimonio. ¿Te acuerdas cuando te entró la preocupación de que no ibas a tener familia? ¡Qué gracioso!... Pues ya lo ves, hijita, todo llega en el mundo. Ahora te vas a llenar de chicos.

Mercedes.—No, no, por Dios; con uno basta.

La condesa de Arnedo.—Al tiempo. Ya me lo dirás. ¿Tú has quedado bien?

Gabriel.—Perfectamente.

La condesa de Arnedo.—Pues entonces prepárate.

Enriqueta.—*(A Angelina.)* Oye, ¿sabes que pesa este chiquillo?

Angelina.—Como que la deja a una rendida.

La condesa de Arnedo.—Por lo visto tú también, a ratos, actúas de niñera.

Mercedes.—¿A ratos? Todo el día. Es quien brega con él... *(Rectificando.)* A Angelina le han gustado siempre mucho los niños.

Angelina.—Ay, a mí, muchísimo. Me encantan.

Carlos.—Pues ya tienes uno con quien distraerte.

Angelina.—*(A Enriqueta.)* Tráele, que pesa mucho.

Enriqueta.—No es por lo que pese; es que no me vaya a... Como estos chiquillos cuando menos se espera hacen una gracia sin pedir permiso...

Mercedes.—Y éste con lo que mama...

La condesa de Arnedo.—¿Es muy tragón?

Mercedes.—Insaciable. No se ve nunca harto.

La condesa de Arnedo.—Así le luce.

ANGELINA.—*(A Enriqueta.)* Dásele al ama. Suzanne...

EL AMA.—*(Avanzando.)* Madame...

ENRIQUETA.—Voila, bebe. *(Le da al niño dos besos estrepitosos en las mejillas y se lo entrega al ama.)*

MARÍA PEPA.—*(Acercándose a él y haciéndole con un dedo fiestas en la boca.)* Nene, precioso... Gabrielín... ríete tú... anda, hombre, echa una risita... Ay qué rico, y se ríe...

GABRIEL.—Mucho.

MARÍA PEPA.—*(Sin dejar de hacerle fiestas.)* Mira, mamá, qué mono... No me quita los ojos. Le ha chocado, sin duda, el lazo del sombrero. ¡Cómo se fija!

GABRIEL.—En todo.

MARÍA PEPA.—¡Qué rico!

(Se agrupan todos alrededor del ama, menos Angelina y Enriqueta, que se apartan un poco.)

ENRIQUETA.—*(En voz baja.)* Chiquilla, cómo estás, ¡qué tremenda!, qué gruesa te has puesto... qué guapa... Sin tontería, eres completamente otra. Me estoy temiendo que van a sospechar.

ANGELINA.—¿Tú crees, mujer?

ENRIQUETA.—Hija, ha sido tan rápida la transformación... Sujétate ese pecho; no le lleves así...

ANGELINA.—Si no puedo más... va apretadísimo... reventando el sostén. ¡Si tú supieras lo que he sufrido!

ENRIQUETA.—¿Has tenido mal parto?

ANGELINA.—No, no, nada de eso, al contrario... muy bien. Ha sido el pecho.

ENRIQUETA.—Ya.

ANGELINA.—Imposible, hija; no había manera. Con lo bien que hubiera podido yo criarle... ¡Qué pena, Enriqueta, qué pena tan grande no poderle criar!

ENRIQUETA.—¡Qué vas a hacer! Pero, en fin, fuera de eso, ¿estás contenta? ¿Sigue todo bien?

ANGELINA.—Ya te contaré.

ENRIQUETA.—Sí, ven a verme. Tengo muchas ganas de charlar contigo.

ANGELINA.—Mañana iré a tu casa. *(Se aparta de Enriqueta y se acerca al grupo, que sigue embelesado alrededor del niño.)*

MARÍA LUISA.—Qué ojazos tiene esta criatura.

MARÍA PEPA.—Los de su padre.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Los ojos, sí, pero la boca, en cambio, es de Mercedes. De nariz abajo, todo es de Mercedes. La misma expresión, el mismo gesto. No, no puedes negar que es hijo tuyo. Es tu vivo retrato. Si se pierde en la calle te le traen a casa. Pero, oye, ahora que me fijo; tú estás vestida. ¿Es que ibas a salir?

MERCEDES.—No... es decir, sí; pensaba haber salido, pero desde el momento en que llegó Enriqueta cambié de plan, y ahora con más motivo.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Por nosotras no te violentes. Te advierto que nos vamos en seguida. Ya volveremos más despacio cualquier tarde de estas. Hoy no nos agradezcas la visita; no ha sido para ti. Hemos venido sólo a conocer al niño. De manera que si pensabas salir, sal... por nosotras no lo dejes.

MERCEDES.—No, si no tengo interés. Lo mismo da hoy que mañana, que cualquier otro dia.

LA CONDESA DE ARNEDO.—No seas tonta, con toda confianza. ¿Qué pensabas hacer?

MERCEDES.—Nada, un capricho; figúrese usted, ir un momento a ver cómo andaban las obras de Santa María Magdalena.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Ah, pues muy avanzadas, adelantadisimas...

MERCEDES.—¿Las han visto ya?

LA CONDESA DE ARNEDO.—Desde fuera. Hemos pasado por allí algunos días.

MERCEDES.—¿No han entrado?

LA CONDESA DE ARNEDO.—No, pero desde la calle se ve, por encima de la valla.

MERCEDES.—Esta mañana estuvo allí Gabriel.

LA CONDESA DE ARNEDO.—¿Y qué?

GABRIEL.—Ah, muy bien, resultará una obra muy hermosa. Va muy adelantada. El mes que viene se inaugurarán dos pabellones. Cuando ustedes llegaron se lo estaba contando a Federico.

MARÍA PEPA.—¿Tendremos fiesta?

GABRIEL.—Pss... si; una pequeña fiesta familiar. La inauguración solemne la aplazaremos para cuando se haya terminado todo.

LA CONDESA DE ARNEDO. *(A Mercedes.)* ¿Y no tenías otro objeto al salir?

MERCEDES.—Nada más que ese.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Entonces, si te parece, podemos hacer una cosa. Vámonos todos, ¿quieres? De esta manera las veremos de cerca. Tengo curiosidad.

MERCEDES.—Con mucho gusto.

LA CONDESA DE ARNEDO.—Pues anda, acaba de vestirte.

MERCEDES.—Sí, señora, ahora mismo. *(A Gabriel.)* ¿Vienes tú también?

GABRIEL.—No, yo no puedo. Tengo unas visitas anunciadas.

MERCEDES.—Ah, sí, que va a venir Echaurri.

ENRIQUETA.—*(A su marido.)* Y tú, ¿vienes?

EL CONDE DE FRESNEDO.—No, me quedo. Tengo que hablar con Gabriel.

ENRIQUETA.—Pues adiós.

Las señoras y Carlos se despiden y salen del despacho. Quedan solos en él Fresnedo e Hinojares. Hinojares de pie, junto a la mesa; Fresnedo recorriendo el estante y examinando los capiteles que hay sobre la repisa. Gabriel saca de una caja de plata dos habanos y le ofrece uno.

GABRIEL.—Federico, ¿un cigarro?

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Sin volver la cabeza.)* Voy. Perdona un momento; estoy viendo estas cosas. Tienes ejemplares interesantísimos. ¿Este es del trece, no?

GABRIEL.—Casi todo es del trece y del catorce.

EL CONDE DE FRESNEDO.—Muy interesante. *(Adelanta unos pasos, toma el cigarro que le ofrecía Gabriel, lo enciende y se arrellana en un sillón.)* Vaya, hombre, vaya... conque hecho un padrazo... Así me gusta.

GABRIEL.—¿Qué me quería usted decir?

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Distraído.)* ¿Yo? Nada.

GABRIEL.—Como le oí que teníamos que hablar...

EL CONDE DE FRESNEDO.—*(Cayendo en la cuenta y echándose a reír.)* Ah, vamos, ya; sí, sí... Pues nada, hijo; nada absolutamente. Fué un pretexto para librarme de ir con ellas. No hay nada más aburrido que acompañar señoras.

GABRIEL.—¿Cómo es eso? ¿No le gustan a usted ya las mujeres?

EL CONDE DE FRESNEDO.—Las mujeres, sí. He dicho señoras.

GABRIEL.—Ya.

El conde de Fresnedo.—Precisamente porque esta tarde quiero ver a dos mujeres, he tenido que apelar a este pequeño embuste. Como los chicos, hijo; igual que los muchachos cuando tienen que engañar a papá.

Gabriel.—¡Pero cuándo va usted a cambiar de vida!

El conde de Fresnedo.—Nunca... no lo quiera Dios. Me va muy bien con ésta.

Gabriel.—Federico, que ya no está usted para esos trotes.

El conde de Fresnedo.—¡Qué sabes tú! Acuérdate de lo que declaró un ministro español en plena Cámara. Cada uno tiene la edad que ejerce. Bueno, oye; ¿quieres decir que nos avisen cuando se vaya tu mujer?

Gabriel.—Con mucho gusto. *(Toca un timbre y viene un criado.)* Avise usted cuando se vayan las señoras.

Criado.—Acaban de salir en este momento.

El conde de Fresnedo.—*(Poniéndose en pie.)* Pues yo también me voy. Perdóname, muchacho, si no te acompaño más tiempo, pero tengo que hacer. Se trata de una cosa muy seria.

Gabriel.—No me diga usted nada; perdonado. Las mujeres ante todo.

El conde de Fresnedo.—Sí, chico, ante todo. Vaya, adiós. *(Poniéndole una mano en el pecho para no dejarle pasar.)* No te molestes, que yo sé salir. Hasta la vista, bien venido y repito la enhorabuena.

Gabriel.—Adiós.

Se va Fresnedo. Gabriel dirige una rápida mirada al reloj, que marca las cuatro y veinte; coge un libro, se sienta en un sillón y se pone a leer. Al cabo de un rato, de bastante rato, entra Angelina. Como observó atinadamente Enriqueta, se ha operado en ella una rápida transformación. Está más gruesa, más ancha, se podría decir que más solemne. Hay en su cara una expresión seria y en sus pupilas claras como una sombra de gravedad y de melancolía.

Gabriel.—*(Cerrando el libro y levantando los ojos extrañado.)* ¡Pero no has salido!... Si yo creí que ibas con ellas... Te hacía en la calle. ¿Y eso?

Angelina.—*(Frunce los labios y se encoge de hombros.)* Ya ves...

Gabriel.—Pero tú pensabas salir...

Angelina.—Me daba lo mismo. Habría salido. Pero como no me han dicho nada... Ya sabes tú que de algún tiempo a esta parte no se cuenta conmigo para

nada. No pongas ese gesto, porque ya sabes que desgraciadamente es verdad. No tenía interés en salir, pero además me alegro no haber salido porque así podremos hablar. Tengo que hablar contigo muy seriamente, Gabriel.

GABRIEL.—¿De qué?

ANGELINA.—Pues de esta situación en que me encuentro y que está siendo demasiado violenta para mí. Yo no puedo ni debo hacer nada sin contar contigo. Tú eres el que tiene que resolver.

GABRIEL.—Muy bien. ¿Y qué quieres que yo resuelva?

ANGELINA.—Mi situación. Yo no puedo seguir así. Yo no puedo continuar en esta casa en las condiciones en que estoy. Ya ves que hasta ahora no te he dicho nada. Me he aguantado, he sufrido, he llorado a solas, me he desesperado por dentro y no has oído de mí la menor queja. Pero todo en el mundo tiene un límite y ya no puedo más. Estoy harta de desprecios, de desaires y de humillaciones. No quiero que se me humille más. No me da la gana. No, no y no.

GABRIEL.—No te exaltes, ten calma. Las cosas no se resuelven con gritos ni con palabras fuertes. Vamos por partes. Ante todo, ¿qué humillaciones son ésas?

ANGELINA.—Ah, ¿no las ves? Pues hijo mío, serás ciego, porque están bien patentes. De algún tiempo a esta parte en esta casa se me trata muy mal; sobre todo desde que nació el niño es una cosa intolerable. Yo no sé qué ha ocurrido aquí, pero desde que nació el niño ni se me atiende, ni se me considera, ni se me habla, ni se me escucha; soy un cero a la izquierda; peor que una criada.

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA—Peor que una criada. Muchísimo peor; peor que la *nurse*, peor que el ama, ¡ya lo creo! Con el ama se guardan consideraciones que no se tienen conmigo. Y una de dos: o tu hermana acepta la situación o no la acepta. Si no la acepta, yo me tengo que marchar de esta casa. Si la acepta, esto tiene necesariamente que cambiar. Tú verás qué decisión tomas. Yo no he de hacer nada. Tú eres quien lo tiene que resolver.

GABRIEL.—Te digo lo de antes: ¿qué quieres que resuelva?

ANGELINA.—Tú verás. Consulta a tu conciencia y piensa a lo que estás obligado conmigo después de lo que has hecho. Yo no te pido nada. Si tú me quieres de veras, y no tengo hasta ahora ningún motivo para sospechar lo contrario, si me quieres de veras, no puedes consentir que tu mujer, porque yo soy tu mujer, tu única mujer, la madre de tu hijo, siga despreciada y humillada y preterida por nadie y mucho menos por tu hermana. Esto tú no debes tolerarlo, porque con ello nos haces una ofensa no sólo a mí y a nuestro hijito, sino a ti mismo, a ti más que a ninguno. De manera que procura convencer a tu hermana de que esto no puede seguir, de que tú no estás dispuesto a consentirlo, y si no la convences, entonces habrá llegado el momento de decidir. Porque esto no puede continuar. Yo estoy resuelta a que no continúe. Tu hermana o yo.

GABRIEL.—No sé qué empeño tienes en sacar las cosas de quicio.

ANGELINA.—Yo, no; ella.

GABRIEL.—Pero vamos a ver: ¿es que te ha dicho algo? ¿Has tenido algún choque con ella? ¿Ha pasado algo hoy?

ANGELINA.—Si no es hoy, ni ayer... si es todos los días... ¡Si es que tu hermana no me puede ver!... ¡Si es que está harta de mí!... ¡Si es que me odia!

GABRIEL.—*(Levantándose con las manos en la cabeza.)* ¡Qué disparates dices!

ANGELINA.—No, no, no, no... no es ningún disparate... Sé lo que me digo. Desde que nació el niño tu hermana tiene celos de mí.

GABRIEL.—¿Celos? ¡Qué barbaridad!... Estás loca, Angelina; no sabes lo que hablas.

ANGELINA.—El que no lo sabe eres tú. Yo creo que tú mismo no te has dado cuenta todavía de la enormidad que habéis hecho. Es un caso el vuestro tan absurdo, tan insólito, tan inaudito y tan disparatado, que únicamente viéndolo se puede creer. Si fuera posible hacer la prueba de referirlo por ahí, te quedarías aterrado ante las caras de asombro y de indignación que la gente pondría. Lo que habéis realizado es mucho peor aún que el propio incesto, porque el incesto, con ser tan repugnante como todo lo que va contra la moral pura, es

una cosa que se da en la vida. Es repugnante, es monstruoso, pero se da. Sin salir del círculo de nuestras relaciones, yo te podría citar ahora mismo algunos casos reales que todos conocemos, y lo que es peor aún, que todos toleramos. Y es que con ser odioso, monstruoso, repugnante el incesto, en la mayoría de estos casos está justificado por una locura pasional, por una exaltación, por una aberración, por algo terriblemente vesánico y diabólico que se sobrepone a la reflexión y al buen juicio. Pero en vosotros no. Vosotros habéis llegado a esto en frío, preconcebidamente, razonándolo, madurándolo y llegando a la perversidad de legalizarlo y santificarlo. Esto no tiene nombre. Yo no lo he visto nunca. *(Deteniéndole con un gesto.)* No me digas nada, porque ya sé lo que vas a decir. ¡Me lo has referido tantas veces! Y tú habrás visto que yo he tenido siempre la delicadeza de no contestarte. Nunca he querido entrar a discutir esta cuestión. Me ha parecido siempre excesivamente vidriosa y he tenido miedo de ser contigo demasiado cruel. Si hoy te hablo de ello, es porque las circunstancias lo imponen y para quitarte de una vez la venda de los ojos.

GABRIEL.—¿Qué disparate vas a decir?

ANGELINA.—Ninguno. La realidad lisa y escueta. Todas esas razones, todos esos argumentos que mutuamente os habéis dado para justificar el desatino que habéis hecho, no son otra cosa más que subterfugios para engañaros a vosotros mismos. Si tú crees que te ofendo, no tengo inconveniente en decirte que estoy segura de que ambos habéis procedido de buena fe; los dos habéis supuesto con honrada intención que sólo os atraía un afecto exclusivamente fraternal. Y no. Con un afecto exclusivamente fraternal no se llega a este extremo.

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—No se llega. Los dos estabais enamorados. Déjame hablar; no me interrumpas. Los dos estabais enamorados. Lo que sucede es que como los dos sois muy buenos, este cariño, en lugar de estallar en arrebato pasional, se deslizó plácido y tranquilo, honestamente, platónicamente. Tú con tu altruismo, ella con su inocencia—ya ves que no me duelen prendas y que le hago justicia—, considerasteis que en este afecto no

podía haber nada pecaminoso y que era una cosa perfectamente lícita. Ninguno de los dos visteis la realidad. Por eso tú me hiciste el amor, seguro de que no ofendías a Mercedes, y por eso Mercedes transigió, quién sabe si incluso contenta al principio por poder contribuir a darte una felicidad que merecías. Pero las cosas después se complicaron. Lo que podía haber sido una aventura pasajera se convirtió en algo fundamental para tu vida. Dejé de ser la amante para ser la mujer, más que la mujer, la madre. Desde aquel momento tú, inconscientemente, sin darte tú mismo cuenta, me colocaste en el primer puesto de la casa. Todos los cuidados, todas las atenciones, todas las delicadezas, todos los mimos fueron para mí. Mercedes quedó relegada a segundo término, al papel que en realidad le correspondía, el de auténtica hermana. Pero Mercedes se había acostumbrado a tomar demasiado en serio su papel de mujer. Ante la ley, ante vuestras familias, ante los criados, ante todo el mundo era ella la mujer, la legítima esposa. No transigió con la suplantación; no se avino a que fuera otra quien le arrebatara el amor de su marido, no de su hermano, fíjate bien, *de su ma-ri-do*. No dijo nada, porque no podía decir nada; no se quejó, no protestó, pero dentro de su alma se fué incubando el odio contra mí. ¿Crees que tengo o no razón?

GABRIEL.—Pss... si... es posible... puede que efectivamente haya algo de cierto. Pero de todos modos esto no es, ni con mucho, lo que antes dijiste.

ANGELINA.—Lo mismo. Te lo demostraré. Repito que Mercedes había tomado demasiado en serio su papel de mujer, quiero decir de esposa. Realmente reconozco que después de todo era natural. Hace falta un espíritu muy superior para sustraerse a las impresiones de fuera. Es el mundo quien nos obliga a hacer la mayoría de las cosas que hacemos sin que nosotros lo advirtamos. Obramos por la fuerza de la costumbre, y ella se había acostumbrado. Para todos los actos corrientes de la vida, ella era tu mujer; para serlo del todo no le faltaba más que la consumación definitiva; pero Mercedes, por fortuna suya, además de muy buena y de muy religiosa, es un temperamento frío e insensible que, como no siente las exigencias de la carne, no las echa de menos

y se puede pasar muy bien sin ellas. El nacimiento del nene fué como la desgarradura del misterio que velaba sus ojos. Entonces comprendió, por primera vez en su vida, que la vida tiene una finalidad y un objetivo santos, que el amor no es sólo la satisfacción de un goce sensual, es la prolongación de una existencia, la perpetuidad de una carne bendita que se ha sentido latir en las entrañas. Desde aquel día tuvo envidia de mí, envidia de mi hijo, dolor de que este hijo pudiera ser sangre de tu sangre. Desde aquel día me odió a mí y odió a mi hijo. Dime ahora si este dolor, este odio y esta envidia no se llaman celos.

GABRIEL.—No, mujer; celos, no. ¡Qué va a ser esto celos!

ANGELINA.—*(Muy exaltada.)* Celos, celos, nada más que celos... Mercedes tiene celos de mí... Te quiere para ella, exclusivamente para ella... Quiere que seas para ella lo que eres para mí. O si no... ¿a que no te rechaza? Haz la prueba: ¿a que no te rechaza?

GABRIEL.—La celosa eres tú. Tú sí que tienes unos celos estúpidos.

ANGELINA.—Pues bien, sí, los tengo, los tengo... ¿para qué negarlo? Los tengo. No quiero, no me da la gana, no transijo con que sigas queriéndola del modo que la quieres. O ella o yo.

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—Tú sabes que nunca te he pedido nada. Mujer más desinteresada que yo no encontrarás ninguna. Yo me avengo a todo. Tú dices que te casaste con ella únicamente por resolver una cuestión económica y realizar al propio tiempo una obra de reparación y de justicia. Este fué, según tú, el principal motivo. Pues bien, dale cuanto necesite. Déjala en este palacio, con el mismo tren, con los mismos criados, con el mismo lujo, para que no tenga que echar nada de menos, y tú vente conmigo.

GABRIEL.—¿Qué dices?

ANGELINA.—Una cosa muy sencilla y bien fácil de hacer. No hay que dar explicaciones a nadie. Eres un marido que, cansado de su mujer, se va a vivir con otra. Eso no tiene nada de particular. Se ve todos los días. No serás, ciertamente, el primero ni el último. Tu mujer

se queda en casa, considerada y compadecida por todos, muy bien en su papel de víctima. La única que con ello puede resultar perjudicada soy yo; yo seré la mala, la infame, pero a mí no me importa. Me tiene completamente sin cuidado lo que puedan pensar.

GABRIEL.—¿Estás loca, Angelina? ¿Tú sabes lo que dices?

ANGELINA.—Sí, sí, lo sé perfectamente. No tengas miedo que me vuelva atrás.

GABRIEL.—¡Qué locura! Eso no puede ser.

ANGELINA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque no; porque no puede ser. ¿Cómo voy a abandonar a mi hermana?

ANGELINA.—Si no la abandonas. Si le das todo lo que necesita, ¿dónde está el abandono? ¿En qué código social ni moral se ha establecido que un hermano tenga obligación de vivir con su hermana? La obligación está en vivir con la mujer, y la mujer soy yo.

GABRIEL.—¿Y el niño?

ANGELINA.—Nos le llevamos nosotros. De eso no hay ni que hablar. Eres su padre y te le llevas. No le reclamará. No tengas miedo.

GABRIEL.—Eso no puede ser.

ANGELINA.—¡Ves, ves cómo la quieres más que a mí!

GABRIEL.—¡Pero qué genio malo se te ha metido hoy dentro!... ¡Qué ridículos celos te hacen hablar así!... ¡Estás loca, Angelina!

ANGELINA.—No estoy loca. Nunca estuve en la vida más serena. Nunca he visto más claro. Tú la quieres, ¡la quieres! Si no la quisieras, ¿cómo ibas a consentir que a mí, a mí, a tu mujer, a la madre de tu hijo, a la que debía ser para ti lo primero del mundo, se la humille y se la ultraje y se la pisotee, y no tengas para quien la maltrata ni una sola palabra de indignación ni de protesta? Si tú a mí me quisieras, ¿cómo no te iba a doler que mientras ella triunfa y brilla y derrocha, yo no sea más que la señorita de compañía, la criada distinguida, a quien se paga con un plato en la mesa y los desechos del guardarropa?

GABRIEL.—Eso no es verdad. Tú puedes disponer de todo lo que necesites.

ANGELINA.—Yo no dispongo de nada.

GABRIEL.—Pues dispón desde ahora. ¿Qué es lo que te hace falta?... ¿Qué quieres? *(Tirando de un cajón de la mesa.)*

ANGELINA.—*(Con altivez.)* Nada. No necesito nada. Si lo necesitara lo tendría. Ya sabes tú que con abrir la boca para decir que sí, si yo hubiese querido, a estas horas tendría, de una manera perfectamente lícita, con la frente bien alta, más millones que los que me pudieras dar tú. No es dinero lo que yo necesito. Te necesito a ti.

GABRIEL.—Si me tienes, mi alma.

ANGELINA.—No, Gabriel, no te tengo. No me digas que esto es tener un hombre.

GABRIEL.—Pero ven acá; sé razonable. ¿No comprendes que hay cosas que están por encima de la voluntad y del deseo? ¿No dices tú que uno no hace lo que quiere, sino lo que las circunstancias le imponen? ¿No dices tú que en esta farsa que llamamos vida no somos otra cosa que unos pobres muñecos movidos por los hilos invisibles de los mandatos de la sociedad?

ANGELINA.—Pues rompamos los hilos.

GABRIEL.—No se pueden romper.

ANGELINA.—Todo se puede cuando se quiere de verdad.

GABRIEL.—No, nenita mía, no se puede. Estamos sujetos, atados, prisioneros del mundo, cautivos de sus leyes y preocupaciones. Vivimos de la fama que se nos quiere dar. Más que del convencimiento de las virtudes propias, el honor depende del concepto que los demás tienen formado de nosotros. Este es el honor, y sin honor no se puede vivir.

ANGELINA.—Cuando te acercaste a mi no te detuvo esa consideración.

GABRIEL.—¡Para qué reproches!

ANGELINA.—Tú me obligas a ello. ¡Qué he de hacer yo, pobre de mí, si cada vez te veo más indiferente! Oyeme, Gabriel, escúchame con calma. Si es que tienes miedo, si te asusta el escándalo, si te faltan arrestos para afrontar la lucha cara a cara como los tengo yo, vámonos de Madrid. Dices que te gusta la vida de Inglaterra. Vámonos a Inglaterra, vamos al fin del mundo. En cualquier rincón del mundo, contigo y nuestro hijito, yo seré feliz.

GABRIEL.—No puede ser.

ANGELINA.—¿No quieres?

GABRIEL.—No es que no quiera. Es que no puede ser.

ANGELINA.—Es decir, ¿que prefieres que todo siga igual? Con tal de no dar el escándalo, de que la gente no murmure, de que no se rompa el egoísmo de tu tranquilidad, ¿encuentras preferible que continúe yo sacrificada? Pues no. Yo no me sacrifico más. Bastante me he sacrificado hasta ahora. Además, que no puedo. Aunque quisiera no podría. Mi hermano ha de volver a España. Está gestionando el traslado al Ministerio y cualquier día se lo concederán. Si Luis viene destinado a Madrid yo tengo nuevamente que ir a vivir con él. Y entonces, ¿qué pasa? ¿Es que vas a continuar conmigo de la misma manera que hasta ahora? ¿Y mi hijo? ¿Es que voy a renunciar a él? Y mientras esto ocurre o no ocurre, ¿es que voy a tener que seguir soportando a Mercedes? No, no, no y no. *(Gabriel baja la cabeza y calla.)* Pero habla, contesta, dime algo... ¿Es que no se te ocurre nada?

GABRIEL.—En este momento, no. Me has cogido tan de sorpresa... Es tan grave lo que acabas de decir... la verdad, no había pensado en ello... no había yo caído en lo de tu hermano... Verdaderamente hay que tomar una resolución.

ANGELINA.—*(Cruzando las manos y levantando los ojos al techo.)* ¡Dios mío de mi alma, por qué habré creído yo en ti! *(Se muerde los labios y por las mejillas le resbalan dos gruesos lagrimones.)*

GABRIEL.—No seas tontina; no llores. Todo se arreglará... Yo te prometo que se arreglará.

ANGELINA.—*(Dando un suspiro.)* ¡Y para esto me buscaste!... ¡Para esto rompiste mi tranquilidad y mi porvenir!... ¡Para esto me hiciste desgraciada!... ¿Por qué no me dejaste que me casara cuando pude hacerlo? Con Echaurri no habría sido dichosa, pero habría podido resolver mi vida.

GABRIEL.—Verdaderamente fué una equivocación.

ANGELINA.—*(Irguiéndose desafiadora y vibrante.)* ¡Ah, conque fué una equivocación!

GABRIEL.—¡Angelina!

ANGELINA.—Lo has dicho, ¡lo has dicho!... No te vuelvas atrás...

GABRIEL.—Angelina, ten calma... por la Virgen, no te pongas así...

UN CRIADO.—*(Anunciando desde la puerta.)* El señor Echaurri.

Entra Echaurri quitándose los guantes. Viste un traje irreprochable de *jaquete* oscuro y botines marrón.

ECHAURRI.— *(Abrazando efusivamente a Gabriel.)* ¡Bienvenido!... Gracias a Dios. Qué ganas tenía de abrazarle a usted. *(Tendiendo la mano a Angelina.)* Muy buenas tardes, Angelina... Está usted desconocida. Le ha sentado a usted maravillosamente la excursión..., qué gruesa, qué colores...

ANGELINA.—Es que estoy un poquito arrebatada. Hace aquí demasiado calor.

ECHAURRI.—Sí, efectivamente, demasiado. Se nota desde que se traspone la puerta.

GABRIEL.—Es el contraste con la calle.

ECHAURRI.—Tal vez. Y acaso que yo soy hombre por temperamento y por costumbre enemigo irreconciliable del calor. Yo no uso calefacción en mi casa.

GABRIEL.—¿Usted no tiene frío?

ECHAURRI.—Nunca.

ANGELINA.—Dichoso usted. Yo soy una gatita.

ECHAURRI.—Será de Angora, que son las más bonitas que existen. *(Volviéndose a Gabriel.)* ¿Y la duquesa?

GABRIEL.—Bien. Acaba de salir. Ha ido a ver las obras de Santa María Magdalena. Esta mañana estuve yo. Por cierto que tengo a usted que reñirle.

ECHAURRI.—*(Sonriendo.)* ¿A mí? Quia...

GABRIEL.—Sí, señor, a usted, porque... *(Se interrumpe al ver a un criado que viene con una tarjeta; la toma, la lee y hace un gesto.)* Hombre, que inoportunidad. *(A Echaurri.)* Mi agente de Bolsa. Le dije que viniera esta tarde y ya no me acordaba. ¿Usted me permite que le reciba.

ECHAURRI.—No faltaba más.

GABRIEL.—Termino en dos minutos.

ECHAURRI.—Lo que usted quiera. Despache usted con él con toda confianza. Yo no tengo prisa.

GABRIEL.—Muchas gracias. *(Al criado.)* Que pase ese señor.

(Gabriel se reclina de espaldas en la mesa y aguarda la llegada del visitante. Echaurri y Angelina se retiran a un rincón del despacho, enfrente de un balcón.)

Entra un caballero alto, enjuto, cetrino, con el pelo canoso y el bigote blanco recortado a la inglesa. Viste de negro y trae en la mano una cartera de piel. Hace al entrar una leve inclinación de cortesía y se dirige a Gabriel. Los dos se ponen a hablar en voz baja.

ECHAURRI.—*(A Angelina.)* Estoy asombrado de verla a usted. Está usted más bonita que nunca.

ANGELINA.—Por Dios, Echaurri.

ECHAURRI.—De veras. Yo creí que una mujer bonita no podía ser más bonita, y veo que también en esto cabe superarse. Usted se ha superado.

ANGELINA.—Qué gracioso.

ECHAURRI.—En serio. Yo no sé decir flores, Angelina. Yo soy un hombre tosco. Si alguna vez, sin darme cuenta, brota una de mis labios, es una pobrecita flor silvestre humilde y sin perfume.

ANGELINA.—Esas son las que verdaderamente se estiman.

ECHAURRI.—Usted no la estimaría de mí.

ANGELINA.—Usted qué sabe... *(Sonriendo.)*

ECHAURRI.—¡Angelina!... *(Bajando todavía más la voz.)* ¿Usted me escucharía si yo me atreviese a decirla una cosa?

ANGELINA.—¿Cuál?

ECHAURRI.—*(Decidido.)* Angelina, quiero hablar con usted. Necesito hablar con usted.

ANGELINA.—Bueno.

ECHAURRI.—¿Cuándo?

ANGELINA.—Jesús... no sé... Cuando usted quiera.

ECHAURRI.—¿Me escuchará usted sin enfadarse?

ANGELINA.—*(Siempre sonriendo.)* Sí. *(Echaurri, radiante de alegría, va a contestar, pero al ver que el agente de Bolsa se despide de Gabriel y que Gabriel viene hacia ellos, se detiene.)*

GABRIEL.—*(Acercándose.)* Ya terminé. Me parece que no he tardado mucho. Y eso que se trataba de una cuestión difícil.

ECHAURRI.—Cuanto más difícil es una cuestión, más pronto se resuelve.

XIX

Una gran habitación cuadrada con una puerta de cristales. A un lado y a otro de ella y en los demás testeros, altos armarios de pino barnizado con puertas corredizas. Algunas quedaron abiertas y en los anaqueles se ve, cuidadosamente dispuestos, montones de ropa de cama, sábanas, mantas, colchas... El suelo, de madera sin encerar. En medio una mesa también de pino, y sobre ella restos de un lunch, botellas de champagne, casi todas vacías; tazas y platos, casi todos sucios, y bandejas con copas que han servido también como las tazas y los platos. Junto a la mesa, Enriqueta y Angelina muy abrigadas con gabanes y manguitos de piel. A pesar de que hay calefacción, el ambiente está frío. Huele a ropa nueva, a yeso mojado, a pino y a barniz.

ENRIQUETA.—¿Te atreves con otro emparedado?

ANGELINA.—No, no, gracias, que no voy a almorzar.

ENRIQUETA.—Ah, ¿pero tú pensabas almorzar todavía? Hija, qué ánimos. Te felicito. Yo no. Este es mi almuerzo de hoy. Por eso me atraco sin inconveniente. *(Coge un sandwich y se lo lleva a la boca.)* Se han marchado todos los camareros. Hombre, no hay derecho.

ANGELINA.—¿Qué querías?

ENRIQUETA.—Un poco más de te con leche.

ANGELINA.—Yo te lo serviré. Lo malo es que quizá se haya quedado frío. *(Pone la mano en la tetera.)* Lo dicho.

ENRIQUETA.—Hace mucho frío aquí.

ANGELINA.—Está el día crudísimo.

ENRIQUETA.—Pero como aquí todo está húmedo, parece que se siente más. ¿Y cuándo se inaugura oficialmente esto?

ANGELINA.—Huy, va para largo. Lo menos en dos años no se acaba la obra. Lo de hoy ha sido una pequeña fiesta íntima para celebrar la terminación de los dos primeros pabellones.

ENRIQUETA.—Me han dicho que van a funcionar en seguida.

ANGELINA.—Creo que sí. ¿Quieres el te?

ENRIQUETA.—Si dices que está frío...

ANGELINA.—Templado. Se puede tomar.

ENRIQUETA.—Entonces sírveme una taza.

(Angelina deja el manguito sobre la mesa y se dispone a servir a su amiga. Se abre la puerta y asoman las blancas tocas de una hermana de la Caridad.)

LA HERMANA.—*(Sin entrar.)* Ustedes perdonen... Creí que estaba aquí la señora duquesa.

ANGELINA.—Debe estar en las salas de arriba.

LA HERMANA.—Arriba no queda ya nadie absolutamente.

ENRIQUETA.—¿Se han ido todos los invitados?

LA HERMANA.—Casi todos. Habrá escasamente media docena de personas. Yo creía que estarían aquí.

ENRIQUETA.—No.

LA HERMANA.—Ustedes dispensen... Muchas gracias. *(Se va y cierra la puerta.)*

ENRIQUETA.—*(Con la taza en la mano.)* ¿De manera que lo tuyo es ya cosa resuelta?

ANGELINA.—Sí.

ENRIQUETA.—¿Cuándo te casas?

ANGELINA.—El veintidós de abril.

ENRIQUETA.—Dentro de dos meses. Pues mira, hija, has hecho bien en decidirte. Es lo mejor que podía suceder. En medio de todo, has tenido suerte. No te puedes quejar. *(Angelina suspira.)* Aquí lo único malo es la cuestión del niño.

ANGELINA.—No me hables de eso, porque lo tengo encima de mi alma.

ENRIQUETA.—Lo comprendo. En este punto es tremenda tu situación. Tener un hijo y no disponer de él.

ANGELINA.—¡Horrible!

ENRIQUETA.—Sí, hijita, sí; si lo comprendo. ¡Qué me vas a decir! ¿Y él cómo está contigo?

ANGELINA.—Como siempre... ya sabes... muy cariñoso, muy correcto, atentísimo.

ENRIQUETA.—¿Pero habéis terminado?

ANGELINA.—Ah, sí, sí; definitivamente.

ENRIQUETA.—Siempre te dije que ese hombre no te haría feliz. Ah, si tú me hubieras hecho caso... *(Angelina vuelve a suspirar.)* ¿Y ella?

ANGELINA.—¿Mercedes? Pues desde que salí de su casa para volver a vivir con mamá, encantada conmigo, y desde que sabe que me caso, a partir un piñón. Me ha

regalado un aderezo que vale una fortuna. Se ha empeñado en ser mi madrina de boda. Dice que es la manera de desvanecer la última probabilidad que quede de maledicencia y de murmuración.

ENRIQUETA.—¡Qué curiosa es esta gente!

ANGELINA.—Muy extraña.

ENRIQUETA.—Y Echaurri, ¿no sospecha?

ANGELINA.—*(Ligeramente turbada.)* No... Yo quería decirle la verdad... Yo se la hubiera dicho. Pero no me han dejado. Se han puesto conmigo de tal modo que me han dado miedo. A pesar de todo, no sé todavía si se lo diré.

ENRIQUETA.—No le digas nada, Angelina.

ANGELINA.—Yo no puedo engañar a ese hombre.

ENRIQUETA.—Antes te engañaron a ti.

ANGELINA.—Sí, pero él, ¿qué culpa tiene?

ENRIQUETA.—Y tú, ¿qué culpa tenías tú?

ANGELINA.—Echaurri es muy bueno. Es un alma muy grande. Estoy segura que me perdonará.

ENRIQUETA.—¿Y si no te perdona?

ANGELINA.—Sea lo que Dios quiera.

ENRIQUETA.—No, Angelina, no; hazme caso. Antes mártir que confesor. No le digas nada, no te expongas. Tú no sabes lo que son los hombres.

ANGELINA.—Este no es como los demás.

ENRIQUETA.—Será lo mismo.

ANGELINA.—No. Te digo que no. Ya ves si no lo es, que... *(Bajando la voz.)* Oye, no lo sabe nadie... te lo voy a contar. *(Bajando la voz más todavía.)* Se lo he dicho...

ENRIQUETA.—¡Se lo has dicho!... ¿Has tenido valor? ¿Qué le dijiste?

ANGELINA.—Lo que yo le podía decir... lo mío; nada más que lo mío. Conté el caso y guardé el nombre, porque el otro secreto no me pertenecía.

ENRIQUETA.—Y él, ¿te perdonó?

ANGELINA.—El es hijo natural. No tiene padre y ha vivido el dolor de su madre. Por eso contribuyó a fundar esta casa.

ENRIQUETA.—¡Ah...!

Se abre la puerta de cristales y entran Mercedes, Gabriel, la condesa de Arnedo, María Pepa, María Luisa, el conde de Fresnedo y Carlos.

La condesa de Arnedo.—Es magnífico, verdaderamente soberbio, pero hace un frío por esas galerías que no se puede resistir. Me he quedado helada.

Echaurri.—¿Quiere usted otra copa de champagne para reanimarse?

La condesa de Arnedo.—No, no, muchas gracias, que es peor. Está *frappé*. Lo que voy a hacer es marcharme ahora mismo.

Mercedes.—Lo que usted quiera, tía. Ante una razón de esa índole no quiero cometer la temeridad de retenerla.

La condesa de Arnedo.—Vámonos, hijas mías, vámonos... Estoy tiritando. Quiera Dios que no haya cogido una pulmonía.

Mercedes.—Tía...

La condesa de Arnedo.—No las tengo todas conmigo. Andad, niñas...

Carlos.—*(A María Pepa.)* Yo me quedo un momento. Luego iré a buscarte.

María Pepa.—¿A qué llamas tú «luego»?

Carlos.—Mujer, dentro de media hora.

María Pepa.—Te advierto que voy derecha a casa.

Carlos.—¿Vas a casa? Mejor.

María Pepa.—No tardes.

Carlos.—Media hora.

(La de Arnedo y sus hijas se despiden y salen acompañadas de los duques. Angelina se acerca a Echaurri, que está hablando con Fresnedo.)

Angelina.—Yo me voy también. Es cerca de la una.

Echaurri.—Aguarda un momentito, que nos vamos todos.

Carlos.—*(En voz baja, a Enriqueta.)* ¿Qué te parece todo esto?

Enriqueta.—Maravilloso, chico.

Carlos.—No, si no hablo del edificio. Hablo de esto que pasa.

Enriqueta.—Ah, pues también maravilloso.

Carlos.—Qué cosas, ¿eh? Parece que estamos en pleno *vaudeville*.

Enriqueta.—Un *vaudeville* que podría terminar en tragedia.

Carlos.—No tengas miedo. Entre gente de nuestra

clase no se da la tragedia. Es de mal tono. *Vaudeville,* y gracias. Pero tragedia o *vaudeville,* lo cierto es que la farsa no puede ser más divertida ni más interesante. Luego hablamos de la fantasía de los escritores y de las inverosimilitudes del teatro. ¿Has visto nada más falso, más inverosímil, más absurdo y más disparatado que este caso de Gabriel y de Mercedes?

MERCEDES.—*(Entrando con Gabriel.)* ¿Nos vamos?

ECHAURRI.—Un momento. *(Coge una botella de champagne y escancia una copa.)*

CARLOS.—*(A Enriqueta.)* ¿Tú crees que aunque vivas cien años vuelves a ver un caso como éste?

ENRIQUETA.—Calla, que va a brindar Echaurri.

ECHAURRI.—*(Con la copa de champagne en la mano.)* Señores, un momento... Ahora que estamos solos, ahora que nos hemos quedado exclusivamente los íntimos, permitidme que levante esta copa en un brindis que sea como si abriese mi corazón de par en par. Estáis asistiendo al momento más feliz de mi vida. Si algún hombre hay que haya llegado a la consecución de sus aspiraciones, ese hombre soy yo. Gracias a todos por el bien que me hicisteis. Por vosotros levanto mi copa. Por usted, duque, que me honró con su amistad leal. Por usted, duquesa, que me permitió contribuir a esta obra santa. Por ti, Angelina, que me traes el amor, el descanso y la paz. Por vosotros también, excelentes amigos... ¿Qué más os diré ya?... No sé qué decir... Estoy verdaderamente conmovido... me faltan las palabras..., pero ¿queréis todavía la última confesión? ¿Queréis saber cuál podría ser mi último anhelo, la realización de la dicha absoluta?

GABRIEL.—¿Cuál?

ECHAURRI.—Que Angelina me diese una hija y que esta hija se casara con vuestro primogénito.

TODOS.—¡...!

FIN DE LA NOVELA

Madrid, 1919.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028881648